

UNIVERSIDADE FEDERAL DE SÃO CARLOS – UFSCAR
CENTRO DE EDUCAÇÃO E CIÊNCIAS HUMANAS – CECH
PROGRAMA DE PÓS-GRADUAÇÃO EM SOCIOLOGIA – PPGS
CURSO: DOUTORADO EM SOCIOLOGIA

**LAS HUELLAS DE "EL DORADO" EN EL VALLE
DEL ALTO HUALLAGA:**

**Estado, coca(ína) y desborde popular en las fronteras
del capitalismo andino amazónico**

Francisco Javier Mazerés Gaitero
Orientador: Prof. Dr. Gabriel De Santis Feltran

São Carlos, 2020

Tese do Doutorado apresentada ao Departamento de Sociologia da Universidade Federal de São Carlos como requisito para obtenção do título de Doutor em Sociologia.

Orientador: Prof. Dr. Gabriel De Santis Feltran

São Carlos, 2020



UNIVERSIDADE FEDERAL DE SÃO CARLOS

Centro de Educação e Ciências Humanas
Programa de Pós-Graduação em Sociologia

Folha de Aprovação

Defesa de Tese de Doutorado do candidato Francisco Javier Mazerres Gaitero, realizada em 25/06/2020.

Comissão Julgadora:

Prof. Dr. Gabriel de Santis Feltran (UFSCar)

Prof. Dr. Salvador Maldonado Aranda (COLMICH)

Prof. Dr. Paul Gootenberg (SUNYSBU)

Profa. Dra. Maria Aparecida de Moraes Silva (UFSCar)

Prof. Dr. Rodrigo Constante Martins (UFSCar)

O presente trabalho foi realizado com apoio da Coordenação de Aperfeiçoamento de Pessoal de Nível Superior - Brasil (CAPES) - Código de Financiamento 001.

O Relatório de Defesa assinado pelos membros da Comissão Julgadora encontra-se arquivado junto ao Programa de Pós-Graduação em Sociologia.

Aunque esté lejos...

AGRADECIMIENTOS

La elaboración de este documento no hubiera sido posible sin la colaboración de muchas personas a las que debo agradecer por su apoyo y que no será siempre posible incluir en esta lista incompleta. Quiero comenzar agradeciendo a quienes accedieron a compartir conmigo sus experiencias, estén o no nombradas en el trabajo final. Tampoco hubiera sido posible realizar esta investigación sin la colaboración desinteresada de muchas otras personas que se ofrecieron a facilitarme la vida en los distintos lugares y etapas por donde transcurrió mi trabajo de campo y académico. No puedo dejar de mencionar entre ellos a Grimaneza Eunice Olaza Saavedra, Néstor Rojas Salazar, Elías Rodrigo Soto Machko, Eusebio Meza Castillo, Beatriz Patriota y Giulliano Placeres. No quiero olvidarme tampoco de muchos otros, como Hernán Manrique, Felipe Paucar, Gabriel Khan, Víctor Guanilo, Enrique Serna, Alexei V. Rada, Manuel Rosales, Gabriel M. Gallego o Roberto Núñez, quienes me regalaron parte de su tiempo para ayudarme con el trabajo o me ofrecieron información valiosa para desenvolverme en él. Mi agradecimiento incluye también al Programa de Becas Brasil PAEC OEA-GCUB, al Programa de Pós-Graduação em Sociologia (PPGS) de la Universidade Federal de São Carlos (UFSCar), a todos los colegas de la turma y del grupo de investigación NaMargem; todo los cuales hicieron posible o más interesante este sueño que está llegando a su fin.

El intercambio y la colaboración con algunos colegas y amigos en distintos momentos de la investigación, como Lourdes Flores Bordais, Dennis Fernando Meza Cañamero y Andrea Verhulst, fue siempre refrescante y motivador; demostrándome que el conocimiento es un asunto colectivo. En el tramo final, no habría podido tener mejores asesores que aquellos que estuvieron presentes en la banca examinadora y cuyos conocimientos y no han hecho más que conformar la admiración profesional que siento por ellos: María Aparecida de Moraes Silva; Paul Eliot Gootenberg; Salvador Maldonado Aranda y Rodrigo Constante Martins. Por supuesto, mi orientador Gabriel de Santis Feltran es en gran medida responsable de este trabajo y le estoy profundamente agradecido por sus enseñanzas, su motivación y su amistad, a lo largo de este camino juntos. De todas formas, y como no podría ser de otro modo, todos los errores y omisiones que aparecen en el texto son responsabilidad del autor.

Finalmente, nada de todo esto habría sido posible sin el aliento y la paciencia de mi familia (Susy, Lucía y Zoe). A todas y todos: GRACIAS.

RESUMEN

El Valle del Alto Huallaga, territorio rural de la selva andino amazónica peruana, ha estado asociado a representaciones sociales duraderas que lo relacionan principalmente con el narcotráfico y la violencia política. A pesar de su alto desapego historiográfico, esta imagen ha jugado un papel esencial a la hora de apagar los repertorios de resistencia que el movimiento campesino ha ido desplegando en respuesta a las asimetrías que el proyecto nacional republicano ha desencadenado en la región. Luego de un secular abandono y en una suerte de continuidad con los proyectos coloniales, el giro mercantilista se ha expresado aquí, entre el mesianismo político y los lenguajes de excepción, a través de un discurso desarrollista sobre población, mercado y territorio. Y lo ha hecho a lo largo de sus cuatro distintos ciclos constitutivos: i) los proyectos de colonización, ii) la cocalización de su economía, iii) el conflicto armado y iv) las políticas del llamado “desarrollo alternativo”.

Este estudio, a medio camino entre la historia oral y el trabajo etnográfico, ecléctico desde el punto de vista metodológico, plantea reconstruir, en su complejidad, la historia social del Alto Huallaga; contrastando críticamente el relato oficial con las experiencias de los sectores campesinos que expresan el impacto social y los límites del proyecto modernizador. Asimismo, se busca realzar una perspectiva ruralista, diacrónica y subalterna que reemplace la centralidad que hasta hoy han merecido la dimensión securitaria del conflicto. Finalmente, se espera contribuir a repensar la trama histórica de la sociedad peruana contemporánea, sin perder la perspectiva de los sujetos situados en sus márgenes.

Palabras claves: Perú, mundo rural, políticas de poblamiento, mercado de producción de drogas, conflicto armado interno, desarrollo alternativo.

RESUMO

AS PEGADAS DE "EL DORADO" NO VALLE DEL ALTO HUALLAGA: Estado, coca(ina) e agitação popular nas fronteiras do capitalismo andino amazônico

O Vale do Alto Huallaga, um território rural na Amazônia Andina, tem sido associado a representações sociais duradouras que o relacionam principalmente ao narcotráfico e à violência política. Apesar de distante do que se aponta na historiografia, essa imagem desempenhou um papel essencial para apagar os repertórios de resistência que o movimento camponês vem exibindo, em resposta às assimetrias que o projeto nacional republicano desencadeou na região. Após um abandono secular e em uma espécie de continuidade com projetos coloniais, aqui se expressa a virada mercantilista, entre messianismo político e linguagens excepcionais. O discurso desenvolvimentista sobre população, mercado e território se desenvolveu ao longo de seus quatro diferentes ciclos constitutivos: i) os projetos de povoamento, ii) a cocalização de sua economia, iii) o conflito armado interno e iv) as políticas do chamado “desenvolvimento alternativo”.

Esta tese, a meio caminho entre a história oral e o trabalho etnográfico, eclética do ponto de vista metodológico, visa reconstruir, em sua complexidade, a história social do Alto Huallaga, contrastando criticamente o relato oficial com as experiências dos setores camponeses que expressam o impacto social e os limites do projeto modernizador. Da mesma forma, busca-se aprimorar uma perspectiva ruralista, diacrônica e subalterna que substitui a centralidade que até hoje merecia a dimensão de segurança no conflito. Por fim, espera-se contribuir para repensar o tecido histórico da sociedade peruana contemporânea, sem perder a perspectiva dos sujeitos localizados em suas margens.

Palavras-chave: Peru, mundo rural, políticas de povoamento, mercado local, produção de drogas, conflito armado, desenvolvimento alternativo.

ABSTRACT

THE FOOTPRINTS OF "EL DORADO" IN THE VALLE DEL ALTO HUALLAGA:
State, coca(ine) and popular overflow on the borders of Andean Amazon capitalism

The Alto Huallaga Valley, rural territory of the Peruvian Andean Amazon, has been associated with long-lasting social representations that mainly relate it to drug trafficking and political violence. Despite its high historiographic detachment, this image has played an essential role in quenching the repertoires of resistance that the peasant movement has been displaying in response to the asymmetries that the republican national project has triggered in the region. After a secular abandonment and in a kind of continuity with colonial projects, the mercantile turn has been expressed here, between political messianism and exceptional languages, through a developmental discourse on population, market and territory. And it has done so throughout its four different constitutive cycles: i) colonization projects, ii) the cocalization of its economy, iii) the armed conflict and iv) the policies of the so-called "alternative development".

This study, halfway between oral history and ethnographic work, eclectic from the methodological point of view, aims to reconstruct, in its complexity, the social history of Alto Huallaga; critically contrasting the official account with the experiences of the peasant sectors that express the social impact and the limits of the modernizing project. Likewise, it seeks to enhance a ruralistic, diachronic and subordinate perspective that replaces the centrality that until today the security dimension of the conflict have deserved. Finally, it is hoped to contribute to rethinking the historical fabric of contemporary Peruvian society, without losing the perspective of the subjects located on its margins.

Keywords: Peru, rural world, settlement policies, drug production market, internal armed conflict, alternative development.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS.....	5
RESUMEN.....	6
RESUMO.....	7
ABSTRACT.....	8
ÍNDICE.....	9
LISTA DE ILUSTRACIONES (FIGURAS TABLAS, ILUSTRACIONES Y FOTOGRAFÍAS).....	11
INTRODUCCIÓN: EL VALLE DEL ALTO HUALLAGA Y LA POSIBILIDAD DE OTRA HISTORIA:.....	14
El Valle del Alto Huallaga.....	19
Modernización, Estados fallidos y márgenes del Estado: La historia “a contrapelo” de los grupos sociales subalternos.....	28
Objetivos de la investigación.....	32
Artesanía de la investigación.....	33
Estructura y capitulado.....	37
El autor, su entorno y su trabajo.....	39
PRIMERA PARTE. DESBORDE POPULAR AMAZÓNICO EN TINGO MARÍA: DE LA TIERRA PROMETIDA AL INFIERNO VERDE.....	43
Capítulo 1. La parábola del mendigo y sus antagónicos: avenidas paralelas.....	51
De la “solución propia” a la “solución bélica”.....	60
Capítulo 2. La ciudad de la Bella Durmiente y el dominio del medio natural.....	67
Capítulo 3. Los panatahuas y la génesis de la cocalización del VAH.....	84
El desborde popular de los “pañacos: balance provisional:.....	97
SEGUNDA PARTE. POBREZA, FE Y COCAÍNA: LA PROMESA DEL NARCOTRÁFICO EN EL VALLE DEL MONZÓN.....	104
Capítulo 4. Infancia, abandono y coca, con fondo de haciendas.....	112
Capítulo 5. “El primer narco, millonario, en el Valle del Monzón”: los años de bonanza.....	127
Capítulo 6. “Compañero no me mates, <i>toodos</i> somos humanos”: Fracaso y cárcel....	138
Capítulo 7. “En la vida todo se termina”: Desarrollo alternativo en tiempos inciertos...	154
Todo lo sólido se desvanece en el Valle del Monzón: balance provisional.....	166

TERCERA PARTE. DE LA PROMESA REDENTORA A LOS AÑOS DEL MIEDO: AUCAYACU Y SU MEMORIA LITERARIA	178
Capítulo 8. “Pueblo chico, infierno grande”: las violencias antes de la violencia.....	183
Capítulo 9. “Le avisas al General”: inicio y expansión de la violencia política.....	197
Capítulo 10. “No encuentro mi oreja”: generalización de la violencia.....	212
Capítulo 11. “Años Negros”: las violencias después de la violencia.....	224
Las memorias del olvido: balance provisional.....	235
CUARTA PARTE. LA PROMESA DEL MERCADO: PALMA ACEITERA Y DESARROLLO ALTERNATIVO EN LA PROVINCIA DE TOCACHE.....	241
Capítulo 12. El milagro privatizador peruano y las trampas del desarrollo sin equidad	247
El modelo asociativo agroindustrial: alternativa al “desarrollo”, oportunidades y riesgos.....	258
Ajuste estructural y fiebre privatizadora: el desarrollo “desde arriba”.....	260
Capítulo 13. Desarrollo alternativo y palma aceitera: las promesas de un nuevo ciclo económico.....	270
Del desarrollo alternativo al síndrome de la mono producción agroindustrial	283
Concentración de tierras y producción de biocombustibles	289
Entre la tragedia y la farsa: balance provisional	298
CIEN AÑOS (O MÁS) DE SOLEDAD EN EL VAH: EPÍLOGO	305
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	319

LISTA DE ILUSTRACIONES (FIGURAS TABLAS, ILUSTRACIONES Y FOTOGRAFÍAS)

Figura 1. Mapa del Perú con ubicación del Valle del Alto Huallaga	21
Figura 2. Mapa del Valle del Alto Huallaga	27
Tabla 1. Población del Alto Huallaga/ Tingo María (1940-1981)	78
Ilustración 1. Encuentro de Juan Santos con los franciscanos de Quimiri	90
Fotografía 1. Protestas de campesinos paperos en la ciudad de Huánuco	14
Fotografía 2. Destino la Selva	43
Fotografía 3. Paro provincial de 1982 (Tingo María)	56
Fotografía 4. Operativo Verde Mar I	61
Fotografía 5. Entierro de Tito Jaime (1984)	64
Fotografía 6. Silueta de “La Bella Durmiente” (Tingo María)	67
Fotografía 7. Colonización Oficial de Tingo María (1939)	73
Fotografía 8. “La (Carretera) Marginal está en la última lona”	80
Fotografía 9. “Desde Pampayacu hacia La Tierra Prometida”	82
Fotografía 10. Portada de "La Historia no revelada de Tingo María"	87
Fotografías 11 y 12. Aurelio Meza y Félix Meza Deza; Secadora de coca	95
Fotografías 13 y 14. Armando Retes Cielo y familia	96
Fotografías 15. Fotocomposición de don Héctor/Hojas de Coca	104
Fotografía 16. Arrieros de coca en el Valle del Monzón (1950)	120
Fotografía 17. Fundos y haciendas del Valle del Monzón (1950)	134
Fotografía 18. Fábrica de cocaína en el Valle del Monzón (1905)	143
Fotografía 19. Recolectores de coca y fabricante de cocaína del Valle del Monzón (1905)	157
Fotografía 20. Sendero en el Alto Huallaga	178
Fotografía 21. Liborio Aguilar Hidalgo	187

Fotografía 22. “Pueblo chico, infierno grande” de Liborio Aguilar Hidalgo.....	190
Fotografía 23. Segundo Jara Montejo “Le avisas al General”	202
Fotografía 24. Segundo Jara Montejo “No encuentro mi oreja”	218
Fotografía 25. Libro “Bodas de Oro”, poema “Años Negros” de Fernando Fausto Estrada Cajas	227
Fotografía 26. Placa conmemorativa a las víctimas de la violencia política (Aucayacu)	239
Fotografía 27. Desvío a la Cooperativa Agraria ACEPAT (Tocache)	242
Fotografía 28. “Proceso para la constitución de ACEPAT. Historia de ACEPAT” de Eusebio Meza Castillo	247
Fotografía 29. Santiago Quiñones Fernández	254
Fotografía 30. Noé Medina Altamirano (Asociación José Carlos Mariátegui)	270
Fotografía 31. Guillermo Ochoa Campos (Sindicato de Trabajadores de Palmas del Espino S.A.)	276

- *¿Qué quieres saber ahora? –pregunta el guardián—. Eres insaciable.*
- *Todos buscan la Ley –dice el hombre—. ¿Y cómo es que en todos los años que llevo aquí, nadie más que yo ha solicitado permiso para llegar a ella? El guardián comprende que el hombre está a punto de expirar y le grita, para que sus oídos debilitados perciban las palabras.*
- *Nadie más podía entrar por aquí, porque esta entrada estaba destinada a ti solamente. Ahora cerraré.*

(Ante la ley; Franz Kafka, [1914] 1974)¹

¹ KAFKA, F. Ante la Ley. En: _____ **Cuentos**. Buenos Aires: Ediciones Orión, 1974. p. 1.

INTRODUCCIÓN:

EL VALLE DEL ALTO HUALLAGA Y LA POSIBILIDAD DE OTRA HISTORIA



Fotografía 1. Protestas de campesinos paperos en la ciudad de Huánuco
(Fuente: Diario 3, Huánuco, 2018)

*Lo que existe fuera-de-lugar, (...) se encuentra allí emplazado bajo la ley del lugar. Alain Badiou.*²

- Juliana Oxenford (conductora del noticiero): ¿Y qué hay de los infiltrados? Porque además la zona donde te encuentras ahora mismo, que conozco, es la que permite llegar a Tingo María. Tingo María es una zona de coccaleros y donde hay muchas personas también que se encargan de resguardar a los narcotraficantes que tienen allí incluso a niños trabajando en pozas de maceración ¿Existe la posibilidad de que parte de este grupo se haya infiltrado a la huelga, a las manifestaciones, a este paro?

- Ricardo Reyna (reportero desplazado): Así es Juliana, existe esa posibilidad.³

La conversación entre dos periodistas informativos emitida en hora punta durante el noticiero televisivo “90 Central” de Latina Televisión a propósito de las jornadas de paro convocadas en febrero del 2018 por los productores de papa de las zonas rurales alto andinas del departamento de Huánuco, extractada en el anterior párrafo, puede haber sido ya olvidada. El centro de la noticia estaba siendo los fuertes enfrentamientos que se sucedieron entre los campesinos y los mototaxistas urbanos y que dejaron un lamentable saldo de heridos en ambos bandos. Sin embargo, a mi parecer, merece ser examinada nuevamente, dado que tuvo la involuntaria virtud de congregar algunos lugares comunes de la cultura política peruana. Algunos elementos cotidianos con los que opera la semántica del poder en relación a la alteridad territorial y a partir de los cuales aquél expresa, de forma diferencial, qué discursos pueden ser emitidos y quienes están o no legitimados para recrear la locución pública.

Las declaraciones, difundidas durante un despacho en vivo en horario estelar, más próxima al prejuicio incontenido que a la candidez, sugerían la presunta infiltración, aunque no contrastada, de elementos violentos provenientes de la zona de Tingo María, en la región del Alto Huallaga o Valle del Alto Huallaga (en adelante VAH).⁴ Dando así un giro insólito en el epicentro crítico del paro que se pretendía cubrir informativamente.

La polémica estaba servida y no tardó en desatar el rechazo unánime en amplios sectores de la sociedad tingalesa, habitualmente confrontados entre sí. Lo que se expresó

² Badiou (2008, p. 103).

³ Radio Karibeña. (2018, febrero, 07). Juliana Oxenford da fuertes comentarios sobre Tingo María. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=wqm4enLJFFs>

⁴ Merece recordarse que la presentadora, de origen argentino, no logró disculparse adecuadamente con la sociedad tingalesa. Oxenford se pronunció en redes sociales, con posterioridad, alegando que sus manifestaciones fueron malinterpretadas puesto que no eran generalizables. En sus propias palabras: “lamento herir susceptibilidades, pero más lamentable es negar la realidad (...) Esto sin dejar de reconocer lo hermoso de Tingo María y sus paisajes y su gente”.

inicialmente, de manera espontánea, a través de las redes sociales; llegando a cristalizar, con posterioridad, en la convocatoria de una marcha de protesta contra las desatinadas declaraciones de la comunicadora. En esa misma dirección se pronunciaron los gremios empresariales de la Provincia de Leoncio Prado, así como las autoridades municipales, quienes convinieron declarar "personas no gratas" a ambos comunicadores; argumentando que sus afirmaciones "denigran la imagen de nuestra ciudad y su gente, afectando la concurrencia de turistas" (PERÚ, 2018, p. 1).

Si quisiéramos dimensionar proporcionalmente las repercusiones que este tipo de manifestaciones tienen en el ámbito local, desde otra escala de observación y salvando las distancias, equivaldría a que un medio internacional con una amplia audiencia, pongamos CNN, afirmara que Lima es esa zona de narcotraficantes, donde hay muchos jueces y medios de comunicación, que también se encargan de ampararlos y edulcorarlos; y que tienen incluso a políticos comprometidos allí, trabajando en el Congreso de la República.

El hecho en sí, que seguramente para el ciudadano común no pasó de lo anecdótico, puede que apenas sea motivo de extrañeza para los ojos insuficientemente culturizados en la geografía política nacional. O a los de aquel que tenga voluntad de realizar una lectura crítica de los discursos periodísticos. Veamos entonces ahora, de un modo sucinto y sirviéndonos de este mismo caso, algunos de estos elementos cotidianos y sutiles con los que opera, entre desvíos y atajos, la semántica del poder en relación al VAH. La forma diferencial en que se impone qué historias pueden ser recordadas o silenciadas, y cómo operan las fronteras discursivas de la locución pública.

Comenzando por lo más explícito; la presentadora, a pesar de no aclarar nada acerca de sus fuentes, encontraba indicios suficientes para aventurar una explicación externa a la virulencia en la protesta campesina: su proximidad a Tingo María, puerta de entrada al VAH. Lo de menos es que a aquella ciudad distasen unos 120 kilómetros de angostas carreteras andinas. O que la región, por sus condiciones edafoclimáticas, sea un área exenta de cultivos alto andinos, como la papa.

Ahora bien, dejando un costado esta lectura más apegada a lo fáctico, para agotar la multiplicidad de sentidos es indispensable tomar en cuenta también ciertos niveles de interpretación fuera de la textualidad de lo dicho. Lo que quisiera poner ahora en

consideración pertenece al fértil territorio de las insinuaciones; dando la razón a los convencidos de que los fragmentos más interesantes del discurso aparecen en él, tan solo, de un modo tácito. O expresado en términos ricoeurianos (RICOEUR, 2008), para agotar la multiplicidad de sentidos es indispensable tomar en cuenta ciertos niveles de interpretación fuera de la textualidad de lo dicho.

Primero, al orientar el foco periodístico hacia los efectos de la huelga en el ámbito local, donde reverbera con intensidad la agitación social que provoca, la cobertura rehúsa colocar la problemática en el plano estructural; esto es, los aciertos y errores de la política agraria peruana, en donde aquella tiene origen. Conviene tener en cuenta además que estos hechos sucedieron en un contexto de enorme tensión política en la escena nacional, tal vez el más álgido de la última década, que culminaría con la renuncia, un mes más tarde, del por entonces presidente de la República, Pedro Pablo Kuczynski.⁵ Lo que induce a recordar, en este caso burdamente, las campañas psicosociales que de forma recurrente sirvieron como distractores mediáticos durante la década de la antipolítica fujimontesinista, en los noventa.⁶

A continuación, otra cuestión que llama la atención es la total ausencia de voces antagónicas durante la cobertura mediática. Lo que, en el contexto de esta huelga, vendría a expresar, por omisión, la existencia de al menos un par de actores que merecen una atención que no estaban recibiendo. Por un lado, los paperos, quienes desde un espacio de interpelación política no estaban consiguiendo abrir canales de negociación. Por otro, y éste me interesa especialmente, la presencia de un actor involuntario y de escurridiza semántica que, aunque es representado territorialmente, parece tener un valor instrumental extraterritorial.

Lo central aquí es que la presentadora rehusara incorporar los testimonios de los propios actores o de cualquier otro ciudadano de a pie. A partir de los cuales podría hasta haber llegado a hacer público un secreto a voces que se venía comentando de forma generalizada durante los días previos entre la población huanuqueña. Esto es, que las

⁵ El escenario, que tuvo como telón de fondo el arranque del escándalo de corrupción política en torno al “Caso Odebrecht”, e incluía el intento de compra de votos para evitar la destitución presidencial, el polémico indulto del ex presidente Alberto Fujimori y la ruptura y escisión interna del principal grupo de la oposición, el fujimorista Fuerza Popular.

⁶ DEGREGORI, C. I. **La década de la antipolítica: auge y huida de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos**. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2014. 350 p. (Coleção Obras Escogidas II).

marchas estaban siendo infiltradas por agitadores al servicio de intereses políticos en juego, dispuestos a poner en marcha el factor miedo para desalentar cualquier adhesión al paro por parte de otros sectores sociales. Es posible suponer también que los transportistas urbanos, un sector fuertemente castigado por la informalidad, se estuviesen viendo golpeados económicamente por la zozobra del paro. Lo que habría disparado una agresiva batalla de sobrevivencia entre aquellos y los productores de las comunidades campesinas alto andinas; cabe decir, entre el último y el penúltimo, o viceversa. Mediáticamente estimulada, además, durante las jornadas precedentes, por la prensa local.⁷ Con lo que, de paso, hasta puede que la comunicadora se hubiera ganado el aprecio general por su olfato periodístico. Lo que nunca ocurrió.

Por el contrario, eso sí, la presentadora buscó invocar uno de esos mantras cuasi universal en la región andina, que emerge por aproximaciones eufemísticas (cocaleros, pozas de maceración, narcotraficantes, violencia) y sin necesidad de ser pronunciado: el narcoterrorismo. Ahora, ¿por qué este concepto que generalmente consigue cerrar filas, no estaba siendo sino tácitamente señalado en este caso? Una hipótesis apuntaría a que el sustrato social que pudiera antagonizar el uso del término era, precisamente, el público al que iba dirigida la noticia. Otra, haría referencia al siempre inconveniente desajuste en el campo de las representaciones políticas que la presencia de actores armados en territorios como el VAH supone para la versión pacificada y triunfalista con la que el país oficial se autorepresenta desde inicios del siglo XXI. Y al cual solo parece necesitarse acudir en casos de fuerte evidencia o incontenida necesidad política.

Con todo, en la particular cartografía política nacional, parecen existir territorios periféricos, como el VAH que expresan fracturas en el terreno de las subjetividades políticas. Lo que presupone la existencia de marcos interpretativos apriorísticos, en permanente tensión semántica entre la historia social local y las representaciones que sobre aquella proyecta el relato oficial nacional. Todo lo cual ofrece, per se, indicios suficientes para considerar la existencia de una versión historiográfica local, congregante

⁷ Algunos titulares de la prensa local huanuqueña durante la huelga: Diario AHORA, Edición 30/01/18: “Alarma por huelga”; Edición 31/01/18: “Huelga deja 6 heridos”; Edición 01/02/18: “Dos muertos en huelga”; Edición 02/02/18: “¡Rechazan acuerdos!”; Edición 03/02/18: “Huánuco se queda solo”; Edición 05/02/18: “¡Basta ya! (Intransigencia de dirigentes afecta a cientos de miles de pobladores)”; Edición 06/02/18: “¡Nunca más! (Huánuco vivió siete horas de terror y vandalismo)”.

y en disputa con la versión oficial que, a fin de mantener a salvo el *status quo* político, ha sacrificado discursivamente aquella tensión fundante.

Sin embargo, dado que las disputas antes que solución tienen historia, trataré de realizar ahora una primera aproximación al VAH, procurando recomponer de forma sucinta, tanto esa conflictividad social que parece haber acompañado esta región, como el estado del arte más reciente sobre la misma.

El Valle del Alto Huallaga

Fruto ya de una pequeña falla semántica,⁸ el VAH es una depresión geográfica ubicada en el curso medio (que no alto) de la cuenca hidrográfica del río homónimo, entre el Parque Nacional Cordillera Azul en su flanco derecho y la vertiente oriental de la Cordillera de los Andes en el izquierdo; comprendiendo parte de los departamentos de Huánuco y San Martín. Se trata de una región natural situada entre los 400 y los 1.000 msnm, conocida como rupa-rupa⁹, selva alta, piedemonte amazónico, montaña tropical o ceja de selva, con una orografía compleja compuesta por bosques lluviosos de montaña, un clima tropical húmedo con temperaturas promedio de 26 °C y la mayor pluviosidad del Perú. El valle forma parte además de la ecorregión de los Andes Tropicales; un punto crítico de la biodiversidad a escala global que, según Conservation International alberga la mayor biodiversidad del planeta.

La población del VAH (PERÚ, 2015) asciende a 450.509 personas, y está distribuida equitativamente entre ambos géneros; siendo el 87 % de esta menor de cincuenta años. Lo que le garantiza a la zona un bono demográfico a futuro. Su estructura productiva está tradicionalmente vinculada a actividades primarias como la agricultura, la caza y la silvicultura; así como, en menor medida, a otras actividades como el comercio,

⁸ La denominación Valle del Alto Huallaga es, hasta cierto punto controversial. Durante la mayor parte del siglo XX aquella tenía una correspondencia meramente geográfica ya que hacía referencia la cuenca alto andina del río Huallaga; por lo común desde Pasco hasta la entrada a la selva alta (Tingo María). Sin embargo, a partir del último cuarto del siglo XX la denominación se institucionaliza, coincidiendo con los proyectos de colonización dirigida y se “amazoniza”; englobando la cuenca y subcuencas del Huallaga, desde la provincia de Leoncio Prado (Tingo María; Departamento de Huánuco), hasta la de Mariscal Cáceres (Campanilla; Departamento de San Martín). Más recientemente, y como consecuencia de la expansión de problemáticas originalmente focalizadas en este territorio, su radio se ha extendido, en ocasiones a la provincia de Patate (Departamento de La Libertad) y la de Padre Abad y Coronel Portillo (Departamento de Ucayali) desde distintos documentos públicos. Lo que, de otra parte, da cuenta de la ductilidad con la que aún se están instituyendo estos territorios con menos de un siglo de incorporación al proyecto nacional.

⁹ Rupa-Rupa: del quechua *rupha* "ardiente, quemante".

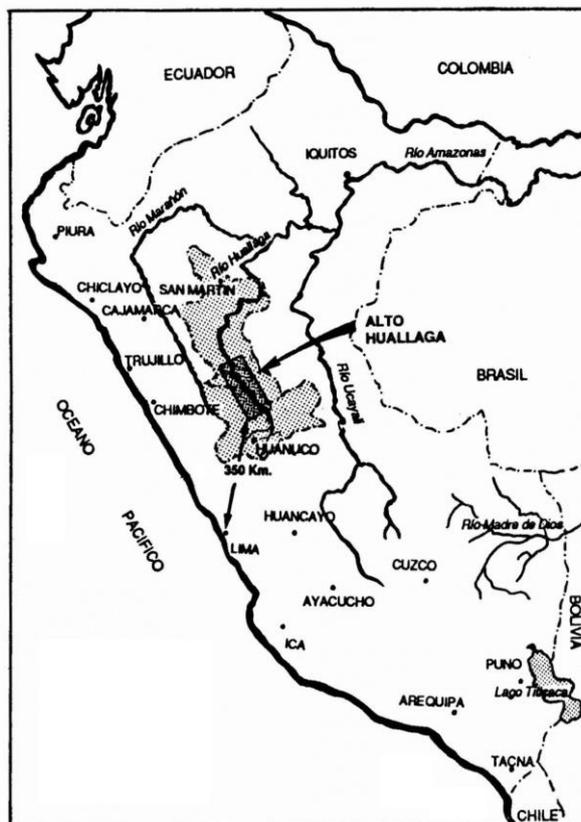
la agroindustria y los servicios gubernamentales. No obstante, las asimetrías sociales son profundas y duraderas, con el 41.4 % de la población viviendo en condiciones de pobreza y el 17.3 % en condiciones de extrema pobreza. Mayor al promedio nacional. El 39.3 % de los niños padece desnutrición crónica infantil y el 51 % de la población en edad de estar en Educación Básica Regular no se encuentra matriculada en ésta. En lo que se refiere al acceso a servicios básicos, el 69.7 % de las viviendas no cuenta con agua potable, el 37 % carece de alumbrado eléctrico y el 70.3 % no tiene acceso a una red pública de desagüe. Indicadores todos de las enormes brechas sociales y económicas aquí presentes que retraen esta región del desarrollo que poseen otras zonas del país, impactando considerablemente en las condiciones de vida de su población.

El Estado, no obstante, se encuentra diseñando una política de desarrollo territorial focalizada en el VAH desde el año 1981. Aunque el cambio de rumbo no llegó sino tres décadas después, en el 2013, cuando se declaró prioridad nacional el desarrollo económico, social y la pacificación de la denominada “Zona del Huallaga” (Decreto Supremo N.º 030-2013-PCM).¹⁰ El ulterior “Plan de Desarrollo Territorial de la Zona del Huallaga al 2021” que implementa la Comisión Multisectorial para la Pacificación y Desarrollo Económico y Social de la Zona del Huallaga (CODEHUALLAGA),¹¹ se convirtió además desde el año 2014 en su instrumento de gestión fundamental. Como corolario a esta nueva estrategia, o puede más bien que como impulso a la misma, el VAH devino, ese mismo año, el primer valle productivo agrícola del país. Ahora bien, las preguntas ineludibles son: ¿A qué responde esta atención preferencial a favor del VAH? ¿Desde cuándo se hace presente la violencia en el mismo? ¿Qué rol ha desempeñado el Estado en la conformación histórica de este territorio?

¹⁰ Disponible en: <http://www.munizlaw.com/normas/2013/Marzo/27-03-13/D.S.%20N%C2%BA%20030-2013-PCM.pdf>

¹¹ Disponible en: http://codehuallaga.pcm.gob.pe/wp-content/uploads/2015/12/plan_huallaga_final_11-09-2015.pdf

Figura 1. Mapa del Perú con ubicación del VAH



Fuente: (ARAMBURÚ, 1989, p. 232)

El VAH llegó a ser viabilizado poblacionalmente a lo largo del siglo XX mediante procesos discontinuos de penetración colonizadora bajo el impulso securitario y mercantilista gubernamental. Buena parte de su población actual llegó a la zona formando parte de los proyectos de colonización dirigida que emprendieron los gobiernos reformistas entre las décadas de los 40 y 70 o, en mayor medida, de forma espontánea, aunque alentada por la acción del Estado. Aquel, buscando ordenar la salida de excedentes poblacionales que venían presionando el sistema de haciendas con tomas de tierras, principalmente en la región andina, contó con fondos internacionales y bilaterales.

Estos procesos, sin embargo, no consiguieron mejorar los niveles de vida de los colonos por fallas en los lineamientos entre la política de ocupación territorial y el desarrollo rural del propio sistema de planificación del Estado (PERÚ, 2009).¹² Lo que acabaría llevando a la ruina económica a buena parte de los colonos. Además de provocar

¹² Los proyectos de colonización no fueron, sin embargo, precedidos por estudios de factibilidad técnica, económica y social. Por lo que, entre otras cuestiones, reprodujeron una cultura y unas técnicas de producción andinas, no aptas al ecosistema de la selva; aun hoy presentes en las políticas de Desarrollo Alternativo (PERÚ, 2009).

importantes impactos socio culturales y ambientales en la zona. A partir del fracaso de los cuales parece que la economía local fue capturada por los mercados internacionales del tráfico ilícito de drogas (TID), de forma paralela a los cambios internacionales en los patrones de consumo de aquellas. De tal modo que, a partir de entonces y de manera abrupta, la región pasó a formar parte de la red internacional de comercio ilícito de la cocaína. Así fuera que la planta y el alcaloide ya estuvieran históricamente presentes en el valle.

La coca (*erythroxilon coca*), es una planta originaria del Perú, asociada a la selva alta,¹³ cuyo uso tradicional en los países de la región andina -medicinal y religioso-, se remonta a tiempos preincaicos. Tras el descubrimiento alemán del alcaloide, “cocaína”, a mediados del siglo XIX, se comenzó a promover su uso farmacéutico; cuya producción comercial se realizaba principalmente en el VAH, con exportaciones hacia Alemania y Estados Unidos. Por entonces su comercialización ganaba fama internacional, siendo elogiada como ejemplo de la industria modernizadora peruana (GOOTEMBERG, 2016). Sin embargo, luego de hundirse su prestigio médico debido a una criminalización progresiva de su uso, incluyendo el tradicional, orquestada por el gobierno de los Estados Unidos, el gobierno peruano suscribió en 1961 la Convención Única de Estupefacientes de las Naciones Unidas. Alineándose al giro prohibicionista y fiscalizador multilateral. Y comprometiéndose, por consiguiente, a erradicar todos los cultivos y usos de la coca en los subsiguientes veinticinco años.¹⁴

A continuación, el mercado ilícito se disparó de forma extraordinaria por el VAH, iniciándose además un proceso de expansión de las áreas agrícolas cocaleras por el país que, rápidamente, se convirtió en el mayor productor de pasta básica de cocaína para los mercados ilícitos de la droga.¹⁵ Un lugar que ocupó hasta mediados de los años noventa.

De forma paralela comenzaron a desplegarse los programas de interdicción sobre los cultivos, dotándose el Estado de dispositivos jurídicos, con la aprobación de la “Ley

¹³ Situada en la vertiente oriental de la cordillera de los Andes, la selva alta, con 275,491 km cuadrados y el 21,5 % del territorio nacional, acoge a los 16 valles cocaleros del Perú, tradicionales y no tradicionales (CVR, 2003).

¹⁴ La concepción original de eliminación total fue modificada, a petición de Perú y Bolivia, en la Convención de las Naciones Unidas de 1988. Reconociéndose entonces el cultivo de la coca para uso tradicional bajo determinados mecanismos de fiscalización y quedando de manifiesto además que las medidas que se adoptaran debían respetar los derechos humanos fundamentales.

¹⁵ Hasta el año 2011, la cuenca del Alto Huallaga –donde se halla ubicado el valle del Monzón– era el principal centro de producción cocalera en el Perú (UNODC; DEVIDA, 2014).

de represión del tráfico ilícito de drogas” que data de 1978; e institucionales, con la creación del Proyecto Especial para el Control y la Erradicación de la Coca en el Alto Huallaga (CORAH), ya en 1983. Esta estrategia, por un lado, abría una vía conjunta de represión con los Estados Unidos a través de prácticas de corte militar-policial inspiradas por la *Drug Enforcement Administration* (DEA). Mientras por el otro, cerraba toda consideración a los factores sociales, económicos y culturales en torno al conflicto. Fue entonces cuando el movimiento campesino cocalero organizado comenzó a hacer presencia; desatando la protesta social ante la escalada de abusos y violencia practicadas durante las erradicaciones (RUMRRILL, 1993).

En ese mismo año, 1978, el estado de excepción se implantó en el VAH como un dispositivo casi permanente de control militar en la zona, por parte del Estado. Seguidamente, surgen las estrategias de desarrollo focalizado (los Programas Especiales de Desarrollo), de las que se encargaría, inicialmente, el Proyecto Especial Alto Huallaga (PEAH); creado por Decreto Supremo N° 048-81-PCM en 1981, con fondos del gobierno de los Estados Unidos de América a través de la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID).

Para ese entonces, las redes internacionales del narcotráfico se encontraban plenamente asentadas en el VAH, que llegaría a ser conocido como “la capital mundial de la coca”, en tanto que mayor suministrador mundial de cocaína de fabricación local (pasta básica de cocaína, o PBC, bruta o lavada); produciendo el 65 % de la cocaína que se consumía en los Estados Unidos (RUMRRILL, 1993). Pero a mediados de los años ochenta, en pleno “boom de la coca”, un nuevo actor entra en escena. El grupo insurgente armado PCP-SL (Sendero Luminoso) parece haber comenzado a actuar en el valle como intermediario de los campesinos cocaleros, al menos inicialmente, frente a la política de interdicción del estado y los abusos de los cárteles del narcotráfico (CASTILLO y DURAND, 2008). La espiral de violencia que desató su actividad armada junto a la respuesta del Estado convirtió al VAH en uno de los escenarios más letales del conflicto armado interno que, a diferencia de la mayor parte del territorio nacional, donde prácticamente ha desaparecido, ha estado golpeando la zona, con distintas intensidades, hasta tiempos recientes.

En paralelo, como expresión de compromisos internacionales y en una alianza permanente con la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional

(USAID), el Desarrollo Alternativo apareció en la agenda nacional en materia de drogas en el año 1990, siendo implementado, principalmente en el VAH, por la “Comisión Nacional para el Desarrollo y Vida sin Drogas” (DEVIDA), a través de la “Estrategia Nacional de Lucha contra las Drogas”. La idea era aglutinar distintos componentes: desarrollo alternativo integral y sostenible, erradicación de cultivos ilícitos, control de insumos químicos y de las operaciones de lavado de activos, decomiso de drogas, desactivación de las firmas del narcotráfico y enfrentamiento efectivo contra los remanentes del senderismo.

Más recientemente y a pesar de las nuevas pautas trazadas en la agenda política para la región, especialmente el cese del estado de emergencia casi ininterrumpido por treinta y siete años (1978-2015), algunas manifestaciones vertidas por instituciones internacionales independientes, inquietan. Abriendo cierto margen para la incertidumbre en el presente. La ONU (2015), por ejemplo, ha señalado que:

A pesar de los progresos alcanzados en la lucha contra la pobreza, las profundas disparidades socio-económicas, que fueron la causa y la consecuencia de la violencia política, permanecen vigentes hoy en día, dificultando el éxito de muchas de las medidas adoptadas (Conclusiones, 6).

No en vano, como se señalaba más arriba, el déficit democrático, las desigualdades persistentes y las profundas fracturas sociales que han acompañado históricamente al valle siguen teniendo allí una fuerte presencia hoy día.

Por lo tanto, parece posible sintetizar ahora, de forma incipiente, que el VAH llegó a ser viabilizado poblacionalmente a lo largo del siglo XX mediante procesos discontinuos de penetración colonizadora bajo el impulso securitario y mercantilista del Estado. A partir del fracaso de los cuales parece que la economía local fue capturada por los mercados internacionales del TID. Quedando envuelto más tarde por la presencia de prácticas de interdicción, violencia política y militarización del territorio que profundizaron las brechas socioeconómicas sobre las que parece descansar la atmósfera conflictiva de la región, sostenida por treinta y siete años (1978-2015), de estado de emergencia casi ininterrumpido; perennizadas durante el conflicto armado interno. Y que, más recientemente, la estrategia de control de drogas mediante el Desarrollo Alternativo desplegada por el Estado pareciera no terminar de resolver. A su vez, de la violencia filtrada se destiló una criminalización implícita de todo el entorno social, incluyendo la

propia subjetividad de los actores que más padecieron sus efectos; los campesinos, cocaleros; entre otros.

En definitiva, cuatro distintos ciclos constitutivos parecen haber emergido, de forma progresiva, aunque no necesariamente consecutiva, en la conformación socio histórica del VAH: los procesos de colonización, la cocalización de su economía, la violencia política y las políticas de control de drogas o desarrollo alternativo. Los cuales, desde un punto de vista diacrónico y a tenor del relato anterior, podrían ser considerados como indisociables. Ya que no consiguen explicarse por sí mismos sin tomar en cuenta su naturaleza procesual.

Una somera revisión de la exigua y dispersa literatura que toma el VAH como objeto de estudio, arroja por lo demás un resultado dispar. De una parte, en el ámbito local se dan tres corrientes reseñables. La primera, produce una historiografía de corte positivista que da centralidad a ciertos acontecimientos y personajes locales a quienes considera esenciales para la formación de una identidad local que, por lo mismo, elude a aquellos elementos alternos a la versión teleológica de su narración (CHIRA, 1959; VARALLANOS, 1959; RODRÍGUEZ, 1977; NAMUCHE, 2008). La segunda corriente, si bien aborda aquellos periodos críticos evadidos en los trabajos anteriores, se orienta principalmente a la crónica periodística e histórica de carácter descriptivo (PAUCAR, 2006; LEIVA, 2012). Finalmente, una reciente proliferación de obras que, desde el ámbito de la crónica literaria, abordan específicamente las interioridades y las secuelas de los procesos traumáticos vividos en torno al narcotráfico y la violencia política.

De igual modo, existe una interesante, aunque dispersa, producción externa, principalmente en el campo de las ciencias sociales (ARAMBURÚ, 1989; HENDRIX, 1993; VAN DUN, 2009; KERNAGHAN, 2009; CASAS y RAMÍREZ, 2017; MANRIQUE, 2017; entre otros). La pauta general aquí es la prevalencia de una perspectiva urbana cuya preocupación principal es de índole securitaria. Lo que favorece un cierto aislamiento explicativo que -con excepciones significativas (MORALES, 1994; PAREDES y MANRIQUE, 2018)-, tiende a sobre representar los efectos del conflicto y a disociar las distintas dimensiones historiográficas que han envuelto esta región. Es decir, existe una preocupación esencialmente institucional orientada principalmente hacia el manejo de las cuestiones sintomáticas; como el narcotráfico, la violencia, el terrorismo, la militarización, la corrupción, etc. En términos generales se observa la predilección por

el relato “descarnado”, en el sentido de una ausencia casi total de voces situadas como resultado de elementales aproximaciones etnográficas al territorio. Una de cuyas categorías, el “postconflicto” -en referencia al bélico-, expresa bajo mi parecer, cierta miopía respecto a los orígenes esencialmente rurales de la conflictividad histórica en el VAH.

Por lo mismo, considero que esta perspectiva expresa cierto sociocentrismo académico respecto a los espacios de consumo de drogas, frente a las preocupaciones propias de los contextos de producción; descuidando un análisis de aquellas problemáticas esencialmente rurales, que envuelven la dinámica económica y social propia de los sectores campesinos. Con todo, se percibe una menor visibilidad de estudios que impliquen un enfoque ruralista, que dé cabida a cuestiones como: la construcción sociocultural de la Amazonía, la exclusión histórica de los campesinos e indígenas del proyecto nacional, las asimetrías persistentes, el sistema de propiedad de la tierra y el modelo extractivista primario-exportador y dependiente del Perú en la economía global, entre otros.

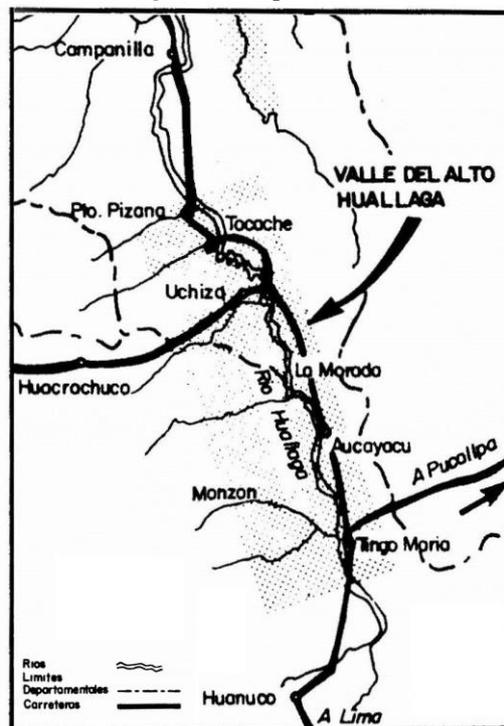
Pareciera por tanto que nos encontraríamos ante una carencia de estudios que consiga trazar una explicación amplia e integradora sobre la recurrencia del conflicto social en el VAH. Se necesita trazar, por tanto, una historiografía alternativa que, al hilo de las reflexiones que hace Wright Mills (2003) a propósito de las intersecciones de la biografía y la historia en las estructuras sociales, articule los factores internacionales y los domésticos; y ambos con las experiencias de los sectores subalternos en el contexto local. Un análisis trasfronterizo a medio camino entre una sociología rural que en la actualidad ha descuidado el estudio de estos territorios “excepcionales” y una etnografía contemporánea que, del mismo modo, ha ido alejándose de los territorios rurales. Un estudio que ponga además en diálogo las técnicas etnográficas de investigación, desde donde se define un lugar de observación próximo a las experiencias subalternas; con el enfoque de la sociología rural, desde donde se define la naturaleza de su objeto de estudio, articulado a la trama de la economía política.

Hacer posible esa labor requiere, por tanto, en términos exploratorios y como mera hipótesis de trabajo, de un estudio multidimensional de amplio alcance, articulado en distintas escalas de análisis espacio temporal. Es por ello que a continuación me propongo trazar el alcance de una propuesta de investigación que me permita reconstruir la historia

social del VAH mediante un relato diacrónico que integre los factores estructurales y domésticos con las representaciones pasado-presente que hace el sujeto histórico de su experiencia cotidiana; es decir, los campesinos locales, a quienes la academia, además, rara vez parece haber incorporado a sus análisis. Por lo tanto, se espera que este aporte contribuya, en todo caso, a lograr una explicación sociohistórica que dé cuenta sobre la recurrencia del conflicto social hasta nuestros días, sin perder la perspectiva del principal grupo social subalterno en la zona: los campesinos del VAH.

De acuerdo a la revisión realizada, la investigación parte de un recorte temporal de largo aliento del periodo que comprende los procesos de colonización en el VAH (40s-70s); la cocalización de su economía (60s-80s >); la violencia política (80s-00s >); y las políticas de control de drogas o Desarrollo Alternativo (00s >). Por otro lado, y de acuerdo a las primeras exploraciones en campo, se parte también de un recorte espacial, a fin de emplazar territorialmente el trabajo por el valle de acuerdo con las subregiones donde tuvieron una mayor influencia cada una de las cuatro distintas dimensiones mencionadas. Así, la experiencia colonizadora se abordará en la ciudad de Tingo María; el boom de la coca en el Valle del Monzón; el conflicto armado en Aucayacu (José Crespo Castillo); y el Desarrollo Alternativo en la provincia de Tocache.

Figura 2. Mapa del VAH



Fuente: (ARAMBURÚ, 1989, p. 233. Adaptación: el autor)

Modernización, Estados fallidos y márgenes del Estado: La historia “a contrapelo” de los grupos subalternos

Perspectivas dicotómicas del desarrollo como la teoría de la modernización, o la concepción weberiana de Estado, más instrumental, que supedita la existencia y el éxito del mismo -así como de su reverso, los Estados fallidos-, al uso legítimo y monopólico de la fuerza, inducen a considerar el narcotráfico, la violencia y la militarización, representados de forma exacerbada en el VAH, como subproductos de una modernización incompleta o de la ausencia y decline del Estado, respectivamente.

A partir de una u otra, la teoría social moderna ha recluido los márgenes espaciales y sociales del territorio a lugares sombríos y desordenados que el Estado no ha sido capaz de acomodar al proyecto modernizador. Salvo por el empleo de la violencia o el estado de excepción. Con todo, no podemos menos que preguntarnos con Walter Benjamin ([1942]1989), si esa excepción y el relato criminalizante que la precede, no sean en verdad la pauta del Estado para estos territorios; siendo congruentes en su encaje en los rentables mercados globales de “lo ilícito” y, por ende, desencadenantes de esa misma violencia que, paradójicamente, justifica su excepcionalidad. Aun así, podemos comenzar reconociendo lo importante que resulta, no obstante, tener en cuenta ambas categorías para comprender los procesos que produjeron históricamente al VAH.

De una parte, la teoría de la modernización encarna las aspiraciones desarrollistas de las élites políticas peruanas, durante la primera mitad del siglo XX. Expresadas a partir de la cultura de ocupación poblacional en aquellas regiones del territorio nacional que imaginaban lastradas por una fuerte herencia pre-moderna, como el VAH. De lo que se desprende que la inmersión del valle en la economía ilícita de la droga sería el subproducto histórico de una modernización no sostenida en un contexto de penetración regional de la economía capitalista global. Y no un fenómeno consustancial a la misma para este territorio, como se sostiene más arriba.

De la otra parte, la perspectiva de los Estados fallidos, par antagónico del estado ideal weberiano, productor de una burocratizada y racional administración política, además de ser la fuente de la violencia legítima (WEBER, 2012), es susceptible de convertirse en políticamente instrumental. Ya que prioriza desde un inicio el punto de vista de los estados desarrollados o los organismos internacionales frente a la realidad

histórica latinoamericana o la experiencia de las poblaciones que viven en conflicto permanente en estos contextos.

Por su parte, la tesis de “los márgenes del estado”, basada en los trabajos de las antropólogas Veena Das y Deborah Poole (2008), se encuentra más bien interesada por la forma en que los Estados construyen las prácticas de poder desigual y los discursos de dominación. Los márgenes serían entonces aquellos espacios no meramente territoriales; o en sus propios términos:

(E)n donde la naturaleza puede ser imaginada como salvaje y descontrolada y donde el estado está constantemente redefiniendo sus modos de gobernar y de legislar (...), sitios de práctica en los que la ley y otras prácticas estatales son colonizadas mediante otras formas de regulación que emanan de las necesidades apremiantes de las poblaciones, con el fin de asegurar la supervivencia política y económica (p. 24).

Das y Poole profundizan analíticamente en la gramática del poder a partir del planteamiento foucaultiano de “gubernamentalidad”, donde encuentran un espacio fértil a partir del cual entender cómo las tecnologías del poder operan a través de relaciones sociales e institucionales fuera del orden jurídico-estatal. Asimismo, recurren a un enfoque del estado de excepción heredero de las concepciones de Walter Benjamin, Carl Schmitt y Giorgio Agamben, desde donde el estado se hace presente violentando la experiencia institucional sobre el territorio, más allá de las fronteras de la normatividad. Una invitación, en definitiva, a trascender el análisis totalizador e incuestionable del Estado, para pasar a pensar “lo estatal” como un espacio abierto y en permanente tensión.

Las autoras proponen además pensar los márgenes a partir de las experiencias cotidianas de las personas, ya que estas modelan y rehacen asimismo las prácticas de regulación y disciplinamiento del Estado, permeándolo. Por lo que nos ofrecen “una perspectiva única para comprender al Estado, no porque capture prácticas exóticas, sino porque sugiere que dichos márgenes son supuestos necesarios del Estado, de la misma forma que la excepción es a la regla” (p. 20). Resignificando, por tanto, las formas y fronteras de “lo político”, tal y como estas aparecen más allá de lo establecido formalmente por la normatividad político-jurídica.

Esta tesis, por lo tanto, se distancia de concepciones idealistas del Estado, preocupadas por explicar la falla en el diseño institucional partiendo del supuesto de racionalidad y neutralidad en sus prácticas. Resituando así el foco de “lo estatal” en las

representaciones y lógicas de acción de los sujetos frente a estas. Lo que nos proporciona además una valiosa perspectiva para comprender la producción y ejercicio de la resistencia en el cuerpo social atravesado por las mismas. Adoptando un punto de vista único; las experiencias de los individuos sometidos a prácticas y lenguajes de excepción que permiten resignificar la frontera entre lo legal y lo ilegal, lo central y lo periférico en nuestra sociedad.

En este sentido, el histórico campo de disputas entre los campesinos cocaleros, el Estado, los narcotraficantes y los grupos insurgentes en el VAH es, sin duda, un marco excepcional para analizar territorialmente, los márgenes del Estado peruano. Lo que nos proporcionará además insumos para explicar “lo político” en los términos en que su praxis se constituye como una experiencia social violenta en los mundos rurales del capitalismo periférico latinoamericano.

De forma congruente con lo anterior, cualquier estudio que pretenda construir un relato crítico sobre el VAH, debería considerar además el concepto de historia de Benjamin (1989). El filósofo alemán pone énfasis en revisar la tradición conformista del historicismo complaciente con los vencedores; omitiendo la existencia de proyectos que pudieron ser y no fueron. Para pasar a reescribir la historia “a contrapelo”; es decir, desde el punto de vista del sujeto histórico derrotado y subalternizado en el relato oficial. En sus propias palabras: “Articular históricamente lo pasado no significa conocerlo «tal y como verdaderamente ha sido». Significa adueñarse de un recuerdo tal y como relumbra en el instante de un peligro” (BENJAMIN, 1989, p. 180).

Lo que, en última instancia, obedece a la voluntad que este trabajo tiene de situarse epistemológicamente en dos sentidos. De una parte, reivindicar la tarea que tienen las ciencias sociales de explicar el presente y la situación de los grupos subalternos frente a las formas de erudición cortoplacista o la fascinación por el prestigio actual de la teoría, eluden todo ejercicio de responsabilidad política. De la otra, tratar de invertir el lugar de observación hegemónico sobre “lo político” en las ciencias sociales, que tradicionalmente han priorizado el punto de vista de los Estados, frente a la experiencia de las poblaciones que viven confinadas en sus márgenes, produciendo repertorios de resistencia o negociación frente a éstas, en respuesta a la forma en que aquellos fueron construyendo su discurso sobre población, mercado y territorio.

Existen además algunas cuestiones de orden epistemológico que trascienden las dinámicas específicas a las que alude el texto que me gustaría abordar antes de iniciar el trabajo. Siendo consciente del papel que juegan las ciencias sociales en la descolonización del conocimiento, quiero dejar explícito aquí que este trabajo espera contribuir a apuntalar el giro poscolonial mediante dos movimientos. Primero cuestionando la importancia que continúa mereciendo la versión teleológica de la historia nacional, expresada en el centralismo político del relato historiográfico e identificando lo narrable con la memoria triunfal de la elite limeña. Y segundo, discutiendo la hegemonía del “discurso letrado” en la historiografía criolla; es decir, descentrando el discurso del proyecto nacional que logró imponer la oligarquía, para pasar a sustantivar las memorias disidentes de los grupos subalternos que lo interrumpen; ya que en él ven desvirtuada su idiosincrasia y no se sienten identificados con el lugar que allí ocupa su propia experiencia. Ahora bien, la pregunta de fondo en términos investigativos tiene que ver con el modo como se narra la subalternidad; es decir, cómo ponemos en valor las diferencias.

La cuestión de las voces silenciadas por la historia oficial, ampliamente debatido entre las corrientes del pensamiento histórico y social durante las últimas décadas, es sin duda un problema de conocimiento con implicaciones metodológicas y políticas. Entre los desarrollos historiográficos que han intentado resaltar estas voces invisibilizadas, han jugado un papel esencial tanto la historia social “desde abajo”, como los Estudios subalternos o poscoloniales asociados inicialmente con un grupo de historiadores de la India (Ranahit Guha, Gayatri Spivak, entre otros). La primera, que cuenta como principales antecedentes al propio Carlos Marx, la historia popular francesa (Jules Michelet) y la escuela francesa de Annales (Lucien Febvre y Marc Bloch), tiene como principal exponente a Eduard Palmer Thompson, quien frente a la preminencia del determinismo económico precedente en ciertas corrientes marxistas e invirtiendo la tradición historiográfica de asentar la trama en la hegemonía de las elites militares y políticas, coloca en el centro de la misma a la agencia (*agency*) de los sectores populares; como la clase obrera inglesa (1989). La segunda corriente prefigura asimismo una conciencia subalterna (GUHA, 2002) expropiada por las distintas racionalidades, estatistas y elitistas, desplegadas en el relato nacional: colonial, nacionalista o marxista; dando paso a un trabajo de deconstrucción de aquellos discursos que la instrumentalizan. Ahora bien, en el debate en torno a su apropiación latinoamericana, Florencia Mallon (1994) ha sugerido el riesgo de transformar al subalterno en un artefacto discursivo, vale

decir en volver a instrumentalizarlo, dado “el privilegio del análisis textual y de las fuentes literarias a costa o en desmedro del trabajo de archivo o de campo” (p. 1508). Asimismo, Mallon llamó la atención al hecho de que aquel debate estaba ignorando los aportes que la historia social latinoamericana había hecho en su particular biografía del Estado-Nación. Finalmente la autora, en su obra “Campesino y nación” (2003), muestra un trabajo de gran valor para la historiografía social latinoamericana en donde despliega una perspectiva dialógica al separar un espacio en donde escuchar las voces subalternas y de los intelectuales locales, para pasar luego a dialogar e interpretar las mismas. No puedo menos que expresar, por tanto, mi deuda con Mallon y con los antecesores de la historia social latinoamericana a cuyo proyecto trata de sumarse este estudio.

Quisiera mencionar además que intento trasladar al caso del VAH el giro subjetivista que adoptaron las ciencias sociales en el contexto posterior a las violencias extremas que caracterizaron el siglo XX; inaugurando la denominada “Era del Testigo” (WIEVIORKA, 2006). En su seno emerge el énfasis por restaurar los aspectos subjetivos de las representaciones de las víctimas, más allá de los formales. Sin embargo, es necesario reconocer, como recuerda Primo Levi (1997) a propósito de los campos de concentración nazis durante la segunda guerra mundial, que toda experiencia debe ser sometida igualmente a un juicio crítico, con el objeto de no caer en una sobrevaloración ingenua del lugar de enunciación del testigo. Por lo que mi voz en los siguientes textos debe basarse, antes que nada, en la premisa de la transparencia; para pasar seguidamente a ocupar una posición forzosamente cuestionable; la de tratar de traducir, interpretar, a partir de categorías y conceptos pertenecientes al corpus de la teoría social, los estrechos límites de la representación social situada. La idea es contribuir también a desmontar otro de los giros más sutiles de la modernidad e incluido en el propio proyecto de las ciencias, el de vaciar de contenido la subjetividad humana, haciéndola además parecer fuera de lugar en la producción de conocimientos sobre la vida social.

Objetivos de la investigación

Este estudio busca producir un relato crítico y a escala humana del proceso de formación histórica del Valle del Alto Huallaga que ponga en valor las representaciones contenidas en las experiencias de los sectores sociales subalternos que han sido desplazadas del relato oficial y situadas en sus márgenes historiográficas.

La trama, inicialmente pautada en cuatro dimensiones históricas y un recorte territorial subregional adecuado a las dimensiones referidas, sirve por tanto para contrastar críticamente el relato oficial, aún incluso el académico, con las experiencias de los campesinos que expresan el impacto social y los límites del proyecto modernizador del Estado peruano; vale decir sus huellas, el rastro del mismo.

De acuerdo a la consecución del objetivo central se encaminan los siguientes objetivos específicos

a) Entender la experiencia colonizadora en la zona de Tingo María (Provincia de Leoncio Prado), a partir de los imaginarios geográficos presentes en la cartografía simbólica local.

b) Reconstruir la experiencia social del narcotráfico en el Valle del Monzón (Provincia de Huamalíes), a partir de una historia de vida.

c) Rescatar las especificidades de la violencia política en Aucayacu (Distrito de José Crespo y Castillo), a partir de algunas representaciones literarias.

d) Profundizar en los impactos sociales del Desarrollo Alternativo, a partir de la expansión del agronegocio de la palma aceitera en la Provincia de Tocache.

Una motivación añadida al estudio incluye repensar la trama histórica de la sociedad peruana contemporánea, desde una interpretación inclusiva y procesual, que incorpore el punto de vista de los sujetos situados en los márgenes de la historia oficial. La idea es que a partir de este relato alternativo y tal vez con validez incluso en otros territorios andino amazónicos del Perú, puedan desarrollarse políticas territoriales integradas en un proyecto de Estado más incluyente y equitativo que priorice la lucha contra la pobreza rural, el desarrollo humano o la promoción de mercados locales viables que cuiden de la tierra y de las comunidades; promoviendo una nueva ruralidad orientada hacia el bien común. Tarea que compete a las instituciones públicas del Estado, pero también a las poblaciones que sustentan la política; como los campesinos del VAH, quienes espero logren reapropiarse de las reflexiones e interpretaciones que se plantean en este texto y que, por otra parte, no son sino el resultado de las conversaciones que mantuve entre ellos.

Artesanía de la investigación

A medida que fui consciente de las múltiples dimensiones de mi objeto de estudio, así como de la diversidad de aportes que este ha recibido, también lo fui acerca de que la

mayor contribución que podría introducir era ir más allá de la preocupación por el qué decir y buscar formas distintas de encararlo. Procurar por tanto elecciones metodológicas, además de teóricas y analíticas, que tratasen de ser, a un mismo tiempo, originales y congruentes con el mismo.

Asimismo, pienso que es precisamente desde esa “artesanía intelectual”, alejada tanto de la rigidez como del fetichismo metodológico que preconizara Wright Mills (2003), donde cada investigador puede encontrar imaginativamente nuevas fuentes de inspiración para el trabajo investigativo. Es más, considero que en estas cuestiones epistémicas es donde se pone en juego el horizonte político de la investigación. Ya que es a partir de estas elecciones, por su naturaleza y su alcance, donde mejor se puede trascender una cierta tendencia monológica en la *ars académica*.

Metodológicamente, tal y como comenté anteriormente, la propuesta desarrolla cuatro niveles de observación referidos a las distintas dimensiones históricas, dada la naturaleza múltiple del objeto de estudio; acotados espacialmente a su vez en cuatro distintas subregiones del VAH en las que aquellas fueron exacerbadas (Tingo María, el Valle del Monzón, Aucayacu y Tocache). Se trata, por tanto, de un estudio en la órbita de la sociología histórica que, por lo demás, aplica un diseño multimétodo (TASHAKKORI y TEDDLIE, 2003) dentro de una metodología cualitativa flexible, con horizonte interpretativo.

Si tuviera que explicitar además aquellas referencias analíticas que impregnan esta investigación, pondría en consideración tres aspectos: el modo, el lugar y el espacio de observación adoptado. Tomando en cuenta el modo de observación este estudio se emplazaría en un terreno intermedio entre la historia oral y la etnohistoria; en el sentido de propender a una integración de las perspectivas diacrónica y sincrónica. Dicho de otro modo, el estudio articula las fuentes orales directas y de primera mano, producidas mediante el trabajo de campo etnográfico (incluyendo la observación participante y las entrevistas semiestructuradas), con un rastreo de fuentes orales secundarias, a través de documentos alternos provenientes de archivos, bibliotecas, mediaciones culturales locales o voces expertas en la materia.¹⁶ Todo ello con el objeto de ponderar los datos

¹⁶ La investigación documental y revisión de fuentes secundarias se centró en la revisión de fuentes bibliográficas y hemerográficas en Tingo María y Huánuco (Bibliotecas de: Municipalidad Provincial de Leoncio Prado-Tingo María, IEP Padre Abad, I.E. La Sagrada Familia-Fe y Alegría, y la Universidad

disponibles o para incorporar materiales complementarios que contribuyan a crear un marco adecuado a la investigación; escarbando el rastro histórico en fuentes que han sido omitidas por la literatura reciente y explorando zonas de ambigüedad en las mismas.

En relación al punto de observación, el estudio también se aproxima a la historia social “desde abajo” de la Escuela marxista británica. Comparto plenamente con esta corriente los planteamientos de autores como E.P. Thompson, quien con su investigación sobre la formación de la clase obrera en Inglaterra (2012), puso en valor la categoría “experiencia”, proponiendo entonces ciertos márgenes de acción del sujeto histórico en clave de ruptura frente a las formas de dominación económica y cultural del determinismo economicista precedente, en donde aquellos parecían estar desterrados.

De acuerdo al espacio de observación, el estudio conecta con la historia regional contemporánea. A partir de ésta, “la región” ha emergido como una premisa renovadora que reta aquellas representaciones instrumentales de lo local o regional, consagradas en los modelos teóricos estructurales y predominante hasta fines de los años sesenta. Las cuales habían subordinado las particularidades socioculturales al relato estatal. Invitando entonces a superar la centralidad de lo nacional y devolviendo a la historia las representaciones de la estructuración compleja contenidas en las experiencias concretas de grupos sociales subnacionales. Unos y otros son, sin duda, enfoques de los que este estudio se siente, en cierto modo, heredero. Así sea que de estos referentes se mantenga más una concordancia con su espíritu que una fidelidad total a su línea metodológica original.

Me he propuesto no obstante que las discusiones metodológicas tengan un valor transversal a lo largo de todo este trabajo. De modo que, en su desarrollo, capítulo a capítulo, se irán abordando discusiones específicas sobre la pertinencia de las distintas técnicas empleadas: la historia oral, el método biográfico, el análisis crítico del discurso literario y el análisis documental, respectivamente; las cuales, en última instancia, serán reexaminadas, en conjunto y a modo de cierre, durante las reflexiones finales. Quiero

Nacional Agraria de la Selva, la Universidad de Huánuco, la Universidad Nacional Hermilio Valdizán, la Municipalidad de Huánuco y el Archivo Regional de Huánuco) o en Lima (Biblioteca Nacional del Perú, Biblioteca del Instituto de Estudios Peruanos, Biblioteca del Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica, Biblioteca de la Pontificia Universidad Católica del Perú y Biblioteca de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos); las cuales fueron complementadas con la búsqueda de documentos relevantes y literatura académica sobre el tema en portales web y la asistencia a eventos públicos vinculados con la materia.

señalar aquí, además, que dado el peso que tiene en la investigación el trabajo etnográfico y la variedad procedimental de este en cada una de las cuatro secciones, he preferido dar mayor detalle diferenciado sobre cada una de las experiencias de campo, (tiempo dedicado, número entrevistas y archivos revisados) en un pie de página al inicio de cada sección.

No obstante, no quiero dejar de hacer una referencia general previa sobre el procedimiento usado en todos los casos respecto a la preparación, obtención y procesamientos de la información recopilada de las fuentes orales y documentales del trabajo. En tal sentido, en principio fue fundamental una aproximación vasta en términos temporales, espaciales, pero sobre todo sociales, a los distintos actores presentes en el escenario local. De acuerdo a las notas sobre caracterizaciones y posibilidades encontradas y recogidas en el diario de campo (muchas de ellas procedentes de notas rápidas registradas por mí en audio y extractadas posteriormente), procedía con una elección de interlocutores que reunieran las condiciones objetivas y subjetivas para una comunicación más fluida y amplia. La recolección del material para el análisis, que incluía observaciones y apuntes ahora más amplios en el diario de campo, entrevistas semiestructuradas previamente pautadas y hasta consensuadas en algunos casos en cuanto a las cuestiones a tratar, fue complementada mediante la búsqueda de fuentes orales “secundarias” (me refiero principalmente a entrevistas rescatadas de archivos hemerográficos) en aquellos casos en los que la interlocución no era ya posible (especialmente en los periodos lejanos de la primera sección del trabajo donde los protagonistas se encontraban fallecidos o fuera de mi alcance prácticamente en su totalidad). A partir de ahí, el análisis se basó en una transcripción completa de las entrevistas (en algunos casos precisé de ayuda para ello), a lo que siguió una necesaria organización minuciosa de las mismas en tablas en base a criterios de temporalidad discursiva y temáticas abordadas para cada uno de los interlocutores, que sirvieron como material intermediario previo para delimitar temáticamente el análisis posterior y, en última instancia, la escritura final.

Finalmente, desde el punto de vista de la escritura, me he planteado de una forma consciente tratar de explorar texturas narrativas que, sin cuestionar las bases científicas del conocimiento sociológico, aúnen lo reflexivo con lo sensible. A mi parecer, la dimensión emocional que añade la descripción de la experiencia etnográfica, además de

reflejar el esfuerzo que el investigador hace por comprender la vida social donde se sumerge desde el lado intuitivo de la experiencia humana, es también una oportunidad única para reducir la distancia entre el investigador y el lector. Y lo es porque consigue destensar las rígidas estructuras del discurso academicista que, a menudo, restan frescura y osadía a la narración y, además, le impiden alcanzar horizontes sociales, y por ende políticos, que le permitan jugar un papel más relevante en la sociedad que es objeto de su estudio.

Pienso además, en la reflexión que hizo Charles P. Snow ([1988] 1998) sobre la forma en que se ha fragmentado la vida intelectual de Occidente a partir de la escisión y contraposición entre las ciencias y las humanidades. Una polaridad repensada años más tarde por Wolf Lepenies (1994), quien suscita nuevas formas de intelectualidad basadas en una concepción del conocimiento que reintegren los saberes disgregados y especializados por la modernidad. Creo especialmente relevante en este sentido, y suscribo este trabajo a la misma, su particular interpretación de las ciencias sociales como una “tercera cultura” intermedia, en donde se da una tensión permanente entre la racionalidad científica y la literaria-humanista, pero en donde se expresa también la posibilidad de encauzar el diálogo entre las dos corrientes, salvándolas así de la incompreensión mutua.

Pocos autores han franqueado tanto este umbral como el etnógrafo australiano Michael Taussig, cultor de la llamada antropología reflexiva y la etnografía experimental, quien, desde su producción, ingente e iconoclasta, aboga por agitar el mundo de la ciencia y su lenguaje (2013); explorando las posibilidades que ofrece el trabajo de campo y la escritura a la hora de atenuar las distancias entre ciencia y arte. Su obra destaca además por su eclecticismo pulsional y por encontrarse siempre a la vanguardia de la disciplina. Generalmente situada en los mundos rurales de la región latinoamericana, le permite enfatizar a Taussig el potencial que tiene la actividad etnográfica para trasgredir las imágenes instituidas del mundo; tanto aquellas provenientes del sentido común como aquellas otras originadas en los departamentos académicos.

Estructura y capitulado

La presente investigación está compuesta por cuatro trabajos diferenciados espacial y temporalmente en diferentes subregiones y periodos históricos distintos,

aunque confluyentes en su mutua referencia al objeto de estudio, el VAH. El resultado desearía que pudiera ser considerado también como un todo congruente y bajo una cierta relación de continuidad entre ellos. No tanto por constituir una cronología detallada y lineal de todos sus fenómenos acontecimientos reseñables, dado que en ocasiones se superponen cronológicamente unos con otros y, en otros casos, quizás hayan sido pasados por alto acontecimientos subjetivamente relevantes para el lector. De todos modos, lo que he buscado en todo momento es que la reconstrucción, más allá de la minuciosidad que han logrado algunos otros trabajos sobre el VAH, trabaje en la indagación de nuevos marcos de comprensión sociológica sobre aquél.

A pesar de que cada sección y cada capítulo pueden leerse de manera independiente, siguiendo el interés del lector sin dejar de funcionar por sí solos, quisiera advertir anticipadamente que al hacerlo siguiendo el orden propuesto se apreciará además una progresión que va acumulando diversos sentidos, obedeciendo a un cierto encadenamiento temporal. De tal modo que esta lectura más secuencial permite sumergirnos en distintas escalas de análisis que, a medida que avanzan, amplían y profundizan el entendimiento de las tramas en torno a la experiencia social campesina en el VAH.

De acuerdo con la estructura presentada, las secciones se organizan de la siguiente manera. En la primera sección se reconstruye la dimensión colonizadora a partir del encuentro etnográfico con los elementos simbólicos que representan socioculturalmente la misma, tratando de advertir elementos de continuidad pasado-presente. En la segunda sección se busca recrear la intrahistoria del narcotráfico desde la experiencia biográfica. La tercera sección se orienta a explicar el modo en que la memoria traumática local reta a las representaciones establecidas en la narrativa oficial nacional desde el campo de la producción literaria. Ya la cuarta sección, se busca problematizar los debates en torno al Desarrollo Alternativo, indagando las relaciones de poder y sus impactos diferenciados al interior de la expansión del agronegocio de la palma aceitera. Por último, y articulando los balances provisionales realizados al final de cada sección, las reflexiones finales nos ofrecen un marco conclusivo general, desde el cual se busca contribuir a una comprensión más integradora de la trama histórica del VAH y su relación a la nacional; ya que estos cuatro estudios de caso tal vez den cuenta o al menos permitan apreciar similitudes con otros contextos de selva alta del Perú o de la región andina.

En términos intra operativos, al interior de cada sección se sigue por lo general la siguiente secuencia de movimientos en la forma de exposición, más allá de las variaciones que pueda tomar de acuerdo a la lógica de cada caso: La primera parte, basada en los apuntes del diario de campo, sirve para presentar las circunstancias, intuiciones y premisas en que inicia el trabajo etnográfico. Está escrita en primera persona del presente, adopta el lenguaje subjetivo y exploratorio de la crónica narrativa y, en no pocas ocasiones, da origen al análisis posterior. A continuación, se pasa el protagonismo a los sujetos de la investigación y al relato de la trama de sus experiencias o de sus producciones (pensando en la tercera sección). Está escrita también en primera persona, se fundamenta en la rememoración de las experiencias de vida en torno a la problemática tratada en cada sección y, procura mantenerse en el plano de lo descriptivo o, en todo caso en el de la expresión de subjetividades ajenas al investigador. Ya, por último, se colocan las experiencias de los interlocutores en diálogo con la estructura general y con categorías teóricas desde las que se van desprendiendo e interpretaciones de orden analítico. Por lo general se cierra con una rúbrica etnográfica que expresa desde un plano más subjetivista las inferencias halladas.

El autor, su entorno y su trabajo

Soy español, aunque, a decir verdad, no soy practicante desde hace más de diez años; los mismos que resido de forma permanente en América Latina. Llegué aquí, como muchos otros, un poco por amor y un poco por casualidad; eso sí, desengañado por los sinsabores de una vida provinciana que estaba comenzando a redundar en la tiranía de la inercia generacional.

Al llegar viví durante un tiempo en la Amazonía ecuatoriana, pero, según parece, pasé por alto las advertencias de una buena amiga que me aconsejó no caer en la tentación de la vida andina, de la que -según me advertía- no podría escapar. Hoy día, diez años después, ejerzo más o menos de peruano; estoy casado y tenemos dos hijas hermosas (a cuya memoria va dedicado el epígrafe-acertijo que encabeza este trabajo). Vivimos en una provincia andina, Huánuco, donde tengo aparcada la mochila con la que vine a estas tierras. Y sospecho que aquí haya enterrado ya, ante el asombro de propios y extraños, algunas íntimas raíces.

A pesar de mi breve experiencia previa en el entorno amazónico y mi permanente interés por las cuestiones ambientalistas, al comenzar este trabajo mi conocimiento sobre la problemática que envuelve a los mundos rurales andinos o amazónicos era muy básica. De hecho, debo reconocer mi total desconocimiento previo de las bases sociales de la producción cocalera; de modo que apenas había establecido una imagen reivindicativa, aunque folclorizada, de la coca que no pasaba del asombro y la admiración por el ascenso de Evo Morales en Bolivia. Sin embargo, nunca había dejado de sentir una zona oscura y desconocida en el salto de la planta a la cocaína. Es más, de la fugaz relación que tuve con las drogas ilegales durante mi juventud, como gran parte de los que nos tocó vivirla en la España de entre los años ochenta y noventa, no he dejado nunca de guardar un cierto resentimiento por el lamentable estado en que su uso desinformado dejó a una parte de los buenos amigos de entonces.

En general creo que estudiar esta problemática en mi condición binacional me ha otorgado más ventajas que desventajas. Ciertamente puede que haya estado un poco desconectado de los debates de la más reciente producción académica nacional; lo que me ha impedido poner en discusión mis avances con los de muchos expertos en la materia por los que siento una admiración profunda. Pero también es verdad que mi falta de arraigo a aquellos foros, que no mi desinterés por los mismos, sumado a mi proximidad con los debates en torno a las etnografías urbanas brasileñas, me ha permitido una mayor libertad para acoger el canon nacional desde cierta autonomía académica.

En el entorno académico en el que desarrollé mi tesis, formo parte de un núcleo de investigación y estudios *NaMargem*¹⁷ de la UFSCar (Sao Carlos, Brasil), que coordina Gabriel De Santis Feltran, quien también es mi orientador. De mis colegas allí aprendí un modo distinto de hacer investigación a partir de un trabajo etnográfico con una fuerte impronta inductiva que estimula la reflexión en el encuentro permanente y duradero con la alteridad y que, por lo demás, encaja perfectamente con mi propia personalidad, curiosa, inconformista y algo ecléctica. A pesar de mis pocos comentarios y participación durante nuestros encuentros, profeso una gran admiración y un afecto profundo por estos investigadores; de modo que he acabado haciendo mía su motivación por abordar los espacios periféricos a partir de un inquebrantable compromiso con las personas marginadas y por dar visibilidad a sus discursos. A pesar de las distancias que sus estudios

¹⁷ <http://namargem.ufscar.br/>

guardan con los míos, nunca tuvieron reparo en hacerme un espacio entre sus discusiones. Les estoy infinitamente agradecido por ello.

En honor a la verdad, todo comenzó con las aulas públicas que Gabriel De Santis Feltran ofreció durante las huelgas de estudiantes que se sucedieron en el primer semestre del 2016. Creo haber asistido a todas porque eran todo un reencuentro con la esencia de la actividad pedagógica, así como un inesperado redescubrimiento, disidente y desburocratizado, de las ciencias sociales. En fin, sé que me equivoqué al no elegir a otros posibles orientadores con cuya compañía esta experiencia habría sido tanto o más provechosa que la que tuve; pero también sé que no me equivoqué al elegirle a él como compañero de este viaje irreplicable y fructífero.

He vivido durante más de dos años, en un ir y venir en periodos sucesivos, en distintas poblaciones del VAH. Allí, en entornos rurales y urbanos, he tenido la enorme fortuna de encontrar familias y personas predispuestas, con esa naturalidad tan *charapa*,¹⁸ a la conversación sosegada y dilatada. Campesinos, profesores, mujeres, pastores, jubilados; todos ellos con un gran nivel de análisis y una enorme paciencia a mi persona. Algunos de ellos, incluso, se tomaron la molestia de tutelar mi desamparo inicial, acompañándome de aquí para allá. En algunos casos incluso, me compartieron sus archivos familiares; por lo que en reciprocidad por tamaña atención espero que la calidad de este trabajo satisfaga la deuda personal que guardo con ellos. La investigación en archivos, principalmente en Tingo María, Huánuco y Lima, fue igualmente merecedora del apoyo de instituciones y profesionales por los cuales guardo también una enorme gratitud. Unos y otros hacen inexcusable reconocer que las reflexiones que siguen, no son sino el eco de ese camino tan placenteramente acompañado.

Recuerdo ahora, aunque mi memoria siempre anda fecundada por afectos y efectos, una tingalesa tarde de abril en los albores de mi trabajo de campo, cuando de regreso al cuarto, venía acompañado por un buen amigo, al que le pedí que paráramos un momento a contemplar el río Huallaga; imponente y desmesurado, como de costumbre.

¹⁸ Charapa: proveniente del nombre de una tortuga oriunda de la selva es también el apelativo que reciben, en términos populares, los pobladores de la región amazónica entre sus paisanos de las otras regiones del Perú.

Y ante mi ensimismamiento con el fabuloso espectáculo, mi acompañante atajó con el siguiente comentario:

- No es de fiarse este río...
- ¿Cómo así, amigo? ¿Te refieres a las crecidas?
- No es solo eso; es imprevisible. Cambia su curso cada cierto tiempo. Se ha llevado por delante muchas personas, sus chacras, sus esperanzas.
- Entiendo ¿Y existe la posibilidad de que nos arrastre también a nosotros uno de estos días?
- Así es Javier, existe esa posibilidad.

PARTE I
DESBORDE POPULAR AMAZÓNICO EN TINGO MARÍA: DE LA
TIERRA PROMETIDA AL INFIERNO VERDE



Fotografía 2. “DESTINO LA SELVA: Estampas que se ven a diario en Tingo María; emigrantes de la sierra con sus bultos a cuestras, sus mujeres, sus hijos y escaso dinero en el bolsillo” (Revista Pura Selva, 1988, n. 49, p. 43. Adaptación: el autor).

*La montaña, sociológica y económicamente, carece aún de significación. Puede decirse que la montaña o mejor dicho la floresta, es un dominio colonial de Estado Peruano. J.C. Mariategui.*¹⁹

Entre los meses de noviembre y diciembre de 1983, mientras la presencia armada del PCP-SL se expande por la geografía del país, incluyendo el VAH, en Lima se llevaba a cabo el seminario “Población y Colonización en la Alta Amazonía Peruana”.²⁰ Un dialogo entre funcionarios e investigadores especializados cuya preocupación común era identificar los principales problemas demográficos, socio-económicos y ambientales existentes en las zonas de colonización. Asimismo, se buscaba encontrar vías de solución que favoreciesen el desarrollo social y productivo a través de los denominados Proyectos Especiales de Desarrollo en Selva.²¹ La presencia de las poblaciones beneficiarias o afectadas por estos, colonos campesinos y nativos, al parecer, no fue considerada relevante.

En el inicio de su ponencia, “Problemática social en las colonizaciones de la Selva Alta peruana”, Carlos E. Aramburú, antropólogo y funcionario del Consejo Nacional de Población (CNP), asomado a su particular abismo de más de diez años de trabajos en el VAH, entre otras zonas de colonización, no pudo contener su frustración y manifestó su disconformidad, ante la instrumentalización con la que el Estado manejaba su labor sobre estos nuevos asentamientos que, según él, parecían un tren a punto de descarrilar:²²

Es una tradición en nuestro país privilegiar los estudios de carácter técnico y productivo, prescindiendo de la investigación y de las consideraciones de los

¹⁹ MARIÁTEGUI, J.C. **7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana**. 19. ed. Lima: Amauta, 1971. 351 p.

²⁰ El seminario, organizado por el Consejo Nacional de Población (CNP) y el Instituto Nacional de Desarrollo (INADE), congregó en un dialogo interdisciplinario, a funcionarios de ambas instituciones, a directivos de los Proyectos Especiales de Desarrollo en Selva y a expertos e investigadores de centros académicos y de investigación. Su objetivo principal era presentar los resultados de una investigación multidisciplinaria realizada por el CNP, con la colaboración del Centro de Investigación y Promoción Amazónica (CIPA), en torno al desarrollo en la selva alta peruana. Ambos, seminario e investigación, contaron con el auspicio de la Fundación Ford.

²¹ Los Proyectos Especiales de Desarrollo en Selva iniciaron su actividad durante el Gobierno del General Morales Bermúdez y fueron principalmente promovidos durante el segundo gobierno del presidente Belaunde Terry a través del Instituto Nacional de Desarrollo (INADE) para integrar la región de la selva a la economía nacional mediante la ocupación planificada del territorio, la infraestructuras social y vial y la ampliación de la frontera agrícola para el desarrollo agropecuario y forestal. Entre aquellos, el Proyecto Especial Alto Huallaga (PEAH), creado por Decreto Supremo N° 048-81-PCM, del 1. ° de diciembre de 1981, contó con un aporte inicial de 18 millones de dólares del Gobierno de EE.UU., que acompañó el mismo hasta el año 1993, mediante la asistencia técnica y financiera.

²² Carlos E. Aramburú venía trabajando desde el año 1973 como consultor de proyectos de desarrollo en el VAH para distintos organismos nacionales e internacionales, como el Centro de Capacitación e Investigación para la Reforma Agraria (CENCIRA) o la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID).

aspectos sociales de la población supuestamente beneficiaria de estos proyectos. Sin embargo, (...) cuando se producen reacciones de la propia población, frustrada en sus anhelos y reivindicaciones, a través de **huelgas, paros y otras expresiones de protesta** (...) se llama a los científicos sociales para que hagan de bomberos; no para averiguar qué causó el incendio, sino para apagarlo (ARAMBURÚ, 1984, p. 65).

No era la primera vez que el antropólogo se pronunciaba en tal sentido. Tres años antes (ARAMBURÚ, 1981) había advertido ya que las promesas hechas por el Estado a los colonos asentados en el VAH en materia de tierra, vivienda, alimentación y apoyo técnico, habían sido incumplidas por aquél.

Treinta y cuatro años después de aquel evento, me dirijo a casa de la señora Haydee Escalante Peláez. Su padre, Federico Escalante Napan, integró el segundo grupo de migrantes costeños que, apoyados por el entonces novedoso proyecto de colonización que impulsó el gobierno “provisorio” de Oscar R. Benavides (1933-1939), llegó a Tingo María un veintinueve de octubre de 1939, para terminar asentándose en la zona rural de Naranjillo, hoy capital del distrito de Padre Felipe Luyando. A Haydee la había conocido brevemente una semana antes por medio de otro colono, y durante los días que transcurrieron hasta que regresé a visitarla, fue recopilando y tipeando para mí, en su vieja máquina de escribir, de la misma forma meticulosa y diligente con la que había estado trabajando durante largos años como secretaria del consejo distrital, un relato cuidadoso y detallado de las vicisitudes por las que atravesaron estos tempranos colonos.

Como yo ya venía entrevistando durante meses a personas que habían llegado a la región durante los últimos 80 años, algo distinto llamó mi atención nada más comenzar la lectura de su relato “Breve reseña de la creación del distrito del Padre Felipe Luyando, su capital Naranjillo”, que me entregó nada más saludarme:

De mi consideración:

Señor Francisco J. Mazerés Gaitero; me dirijo a su digna persona, con la finalidad de informarle que adjunto al presente, le envío ciertos datos de la creación del distrito de padre Felipe Luyando, su capital Naranjillo, **obviando quizás muchos datos de penurias que pasaron estos humildes colonos** que llegaron de la costa a una selva virgen. (...) Dios y la Virgen del Carmen guarden a Ud.

Hasta ese momento, tres habían sido los lugares comunes donde confluían la mayor parte de los testimonios -principalmente orales y en menor medida escritos-, a los que había tenido acceso en conversaciones con colonos o descendientes de aquellos. Por

un lado, la tendencia a acaparar -desde la primera persona del singular o del plural, respectivamente-, toda la carga simbólica de la condición de “colono” por personas que, en verdad, engrosaban un contínuum de flujos de llegada, -de orígenes diversos, eso sí-, hacía la ciudad de Tingo María que transcurrió al menos durante unas cinco décadas. Por otra parte, una cierta resistencia a hacer referencias significativas a privaciones básicas, en general reemplazadas por un relato épico frente al medio hostil. Por último, una aséptica distancia narrativa respecto al proceso de cocalización que envolvió la economía local durante el último cuarto del siglo XX y que, por lo general, atribuían a una entidad colectiva, foránea y serrana: “los pañacos”.

Sin embargo, la señora Escalante, aunque elude hacer comentario alguno sobre la economía ilícita y sus repercusiones en la comunidad local, utiliza la tercera persona del plural para referirse -entrañablemente incluso-, a los que llama “humildes colonos”. De otra parte, emplea la mitad del mismo a detallar la creación de la iglesia católica Virgen del Carmen. Un detalle que reorientó rápidamente mi atención sobre aquellos aspectos socioculturales que, frente al gran relato de la criminalidad que se ha proyectado tradicionalmente del VAH, apenas había considerado accesorios hasta ese momento.

Pasados unos días, una lectura más pausada de su texto me suscitó toda una serie de interrogantes en donde reverberaban, además, los ecos del seminario del año 1983, que revisaba por aquellos días, ¿qué rasgos habrían tenido esas “penurias” a las que Haydee aludía sutilmente?, ¿cuáles fueron esas “expresiones de protesta” a las que Aramburú hacía mención en su ponencia?, más analíticamente, ¿qué relación pueden haber tenido unas y otras?; y, por último, ¿cuál es el origen de esa tensión narrativa por la cual estos rasgos tan solo aparecen aquí de forma velada? Quisiera anteceder este relato poniendo en consideración, brevemente, el modo en el que la literatura del fenómeno de la colonización en selva ha abordado estas cuestiones su estudio.

Los procesos de ocupación de los territorios andino amazónicos tuvieron una relativa acogida en el seno de las ciencias sociales peruanas. La mayor parte de estos trabajos acompañaron los proyectos gubernamentales entre las décadas del 70 y 80, compartiendo con aquellos el sesgo desarrollista inicial y expresando en sus postrimerías, hacia mediados de la década del 80, cuando estos territorios fueron el escenario de una alta conflictividad social, una mayor carga crítica. Con todo, la mayor parte de sus análisis adoptaron un enfoque institucionalista, descriptivo y técnico; poniendo el énfasis en los

aspectos demográficos o económico-productivos y cuya preocupación principal era orientar o corregir las prácticas gubernamentales.²³ Sin embargo su interés decayó vertiginosamente de forma paralela a la pérdida de relevancia de la migración interna en la agenda pública a mediados de los años noventa y al crecimiento de las preocupaciones de carácter securitario respecto a estos territorios.²⁴

Estos estudios presentan, asimismo, una cierta insularidad respecto al debate sobre las condiciones histórico estructurales del medio rural que estaba teniendo lugar de forma álgida en el seno de las ciencias sociales y que, no obstante, fue incorporado a los debates académicos sobre migraciones internas que tuvieron lugar en otros países de la región.²⁵ Otro rasgo particular se expresa en la ausencia, casi generalizada, de la perspectiva sociocultural o el análisis de la experiencia social. En otras palabras, la relación entre la labor colonizadora y los imaginarios sobre los cuales aquella descansa o sobre las experiencias de sus protagonistas no han merecido la suficiente atención académica²⁶ y, de manera análoga, también carecen de visibilidad en la historiografía local.²⁷

²³ La preocupación sobre la distribución de la población por el territorio y su relación con el desarrollo ha estado presente en el debate político latinoamericano desde mediados del siglo XIX, cuando Juan B. Alberdi (1852) acuñó la consigna “gobernar es poblar” (civilizar por medio de la población) para el caso argentino; llegando a eclipsar durante buena parte del siglo XX la discusión en torno a cuestiones de amplio alcance, como la cuestión agraria y la tenencia de la tierra.

²⁴ A pesar de que las migraciones internas desde zonas rurales hacia zonas urbanas fue la modalidad dominante en la región durante la mayor parte de siglo XX, la gradual atenuación del volumen, el significativo aumento de la migración internacional, la paulatina escasez de recursos fiscales, el descrédito de las grandes iniciativas públicas por los fracasos cosechados o su manifiesta incapacidad para contener la pobreza y la desigualdad, condujeron al abandono progresivo de los programas gubernamentales de redistribución territorial de la población en la región durante las dos últimas décadas del siglo XX. Al menos en su modalidad dirigida.

²⁵ Dos ejemplos particularmente interesantes se encuentran en los aportes del sociólogo brasileño Octavio Ianni (“*Colonização e contra-reforma agrária na Amazônia*”, 1979) para el caso brasileño; o del sociólogo, periodista y escritor colombiano Alfredo Molano (“*Selva Adentro: una historia oral de la colonización del Guaviare*”, 1987), desde un enfoque más ecléctico, para el caso colombiano.

²⁶ Una aproximación general a la literatura peruana sobre los procesos de colonización de la Amazonía debiera incluir las siguientes obras: “Las colonizaciones selváticas dirigidas en el Perú: antecedentes, actualidad y perspectivas” de Héctor Martínez (1990); “Colonización en la Amazonía”, de Aramburú, Bedoya y Recharte (1982) y “Población y colonización en la alta Amazonía peruana”, del CNP/CIPA (1984), en las cuales se pueden encontrar un panorama general de las problemáticas que envuelve la dinámica colonizadora.

²⁷ Entre la historiografía local de Tingo María (Leoncio Prado) las siguientes obras: “Historia de Tingo María” de Jorge A. Namuche, 2008; “Monografía de la Provincia Leoncio Prado” de Magdaleno Chira, 1959; el “Anuario de Tingo María” de Ricardo Rodríguez, 1977; o la monografía que entre los números 160 y 171 (años 1998 y 1999) de la revista local “Pura Selva” que Eliseo Talancha le dedicó a la historia de Tingo María.

En el origen de mis observaciones se encuentra además la constatación en campo de la existencia de un gran número de relatos autobiográficos producidos, en condiciones de precariedad y sin apenas difusión, a nivel local. En mi opinión, el singular valor de estas fuentes, sometidas a la enorme fragilidad de su marginalidad, consiste en permitirnos realizar aproximaciones, desde dentro y a escala humana, de unos flujos cuyo curso ha tenido una enorme repercusión para la historia reciente del país. Mi impresión es, además, que la exploración de las subjetividades y rasgos culturales desplegadas por los colonos, pueden contribuir a reabrir el campo de reflexión sobre estas dinámicas liminares que, leídos desde la perspectiva de la larga duración, consuman el proyecto colonizador iniciado quinientos años atrás.

Por tanto, partiendo de la premisa de que los procesos de colonización son acompañados de una semiótica susceptible de ser objeto de indagación sociológica, esta primera aproximación al VAH, se orienta al análisis de aquellos signos culturales presentes en la cartografía simbólica, urbana y periurbana de Tingo María, que nos permitan identificar las representaciones sociales que han acompañado las dinámicas de ocupación territorial al sur del valle, donde aquellas comenzaron. Lo que realizaré triangulando el trabajo de campo y la investigación documental con la noción de “imaginarios geográficos” (HARVEY, 1990; GREGORY, 1994).

Esta categoría, ampliamente difundida en los estudios de geografía histórica poscolonial en América Latina a partir de la década de 1990 (CANCLINI, 1997; SERJÉ, 2005), permite mostrar además el papel decisivo que juega la cultura en la creación de estos territorios tardíos, imaginados como “la alteridad de la nación”. Unos espacios “marginales” que, al mismo tiempo que eran pensados como lugares de desorden e inseguridad, han sido incorporados a las economías nacionales mediante prácticas neocoloniales, a partir de la racionalidad de orden y seguridad que personificaba idealmente el Estado Nación.

Es importante señalar además que los imaginarios sociales, de acuerdo con la definición de Castoriadis (2007), son un conjunto de significaciones o modos de concebir el mundo a través de los cuales una sociedad determinada instituye sus matrices de sentido. Por lo tanto estos, indistintamente del orden del que provengan, son reguladores de las prácticas sociales y, en consecuencia, permiten construir la realidad.

Por lo tanto, no se trata solamente de revisar cómo es que estos territorios fueron contruidos discursivamente en base a toda una serie de representaciones sociales, sino tomar propiamente estas producciones culturales instituidas, como punto de partida para comprender ontológicamente al principal elemento instituyente referido; es decir, al campesino colono. Y lo hago en el deseo de que esa memoria restituya las condiciones en las que brota una chispa, en el punto en el que lo instituido se encuentra interpelado por cierta fuerza instituyente; aunque también, después de todo, para evitar ser acusado de no haber hecho todo lo posible por evitar futuros incendios.

En última instancia, mi intención es además poner en diálogo el relato de las representaciones culturales con el mundo de las prácticas sociales, desvelando la tensión constitutiva que existe entre lo simbólico y lo funcional; poniendo en dialogo la génesis del desarrollo social e histórico moderno de este territorio con la experiencia social de los propios colonos, apenas abordada anteriormente. La idea es recuperar las narrativas de la historia oral recogidas de forma fragmentaria y subalternizadas por la historiografía oficial, para realizar una revisión crítica a la versión teleológica de aquella. El trabajo, tal vez de un modo *sui géneris*, se vale tanto de las fuentes testimoniales directas de campesinos colonos y sus descendientes recogidas por medio del trabajo etnográfico, como de fuentes documentales secundarias provenientes de archivos bibliográficos, hemerográficos y familiares de carácter biográfico.²⁸

La estructura de esta sección se organiza siguiendo el curso, azaroso y contingente, de las experiencias que tuve durante el trascurso del trabajo de campo. Curiosamente y con posterioridad a la escritura percibo que esta discurre deconstructivamente, de lo más reciente a lo más remoto; lo que, en cierto modo, complementa esa aparente linealidad por la que discurre, en muchas ocasiones de un modo artificioso, esta investigación. La sección se cierra por medio de un balance analítico que pretende resituar la problemática en el marco histórico estructural que lo explica, de ponerla en diálogo con algunos debates centrales durante el siglo XX en la

²⁸ La investigación de campo de esta sección se realizó entre los meses de febrero y julio del 2018 en la ciudad de Tingo María y su área de influencia. La técnica usada para recolectar la información usada fue la entrevista semiestructurada que se aplicó a 19 personas entre ciudadanos y expertos en la zona. La investigación documental y revisión de fuentes secundarias fue complementada mediante la revisión de archivos personales (Víctor Guanilo, Cesar Arévalo, Sandro Bustamante, Manuel Ríos López, Hernán Namuche) y familiares (Jaime Hidalgo, Cerna Pedraza, Sánchez Zenteno, Rengifo Rodríguez, Vicuña) que con tanta gentileza y desprendimiento fueron puestos a mi disposición.

literatura nacional y regional; y, por último, ponderar el uso de la hermenéutica sobre la cartografía simbólica de la esfera pública local.

CAPÍTULO 1. LA PARÁBOLA DEL MENDIGO Y SUS ANTAGÓNICOS: AVENIDAS PARALELAS

Toda aproximación inicial a un territorio es, sin duda, una experiencia permeada tanto por lo sensorial como, de un modo tal vez menos perceptible, por lo simbólico. Durante los meses que permanecí en la ciudad de Tingo María y su entorno,²⁹ luego de traspasar la fascinación inicial por el paisaje lánguido y evocador de la selva alta recién recreado -supongo que exacerbada por mi discreta relación previa con el mismo-, traté de aproximarme a aquellos rasgos identitarios presentes en la ciudad, de un modo más o menos visible, que sintetizan la particular cartografía simbólica de su vida social. Esperando encontrar primariamente en ellos, el conjunto de representaciones culturales o imaginarios con las cuales los tingaleses se identifican de una forma más o menos consciente. Y tratando de rastrear a partir de aquellas, ya en segunda instancia, las fuentes materiales de su identidad social.

Entre los dispositivos de producción de sentido que el viajero descubre durante sus primeros contactos con el nuevo entorno, juegan un importante papel las proyecciones simbólicas que relacionan los elementos materiales del espacio urbano –como los nombres de las calles, monumentos, museos y placas o prácticas conmemorativas-, con aquellos aspectos culturales que están íntimamente ligados a la memoria emblemática local.

²⁹ Tingo María es la capital del distrito de Rupa-Rupa y de la provincia de Leoncio Prado. Situada en la parte sur del VAH, el distrito cuenta con una población total al 2017 de 53.066 (46.191 solo la ciudad) habitantes, lo que supone un decrecimiento poblacional respecto al año 2007 (56.389) del -5,9 %. El distrito tiene tasas de pobreza monetaria total que se sitúan entre el 10 % y el 17,1 % (2018) 21,2 % 26,7 % (2013) y 23,1 % (pobre) 7,7 % (pobre extremo) (2009). así como una ubicación de la pobreza monetaria total de 1637, a nivel nacional y del 80, a nivel departamental, (los distritos se ordenaron de mayor a menor en función al porcentaje de pobreza monetaria total) (Fuente: INEI). Situada en el encuentro (*Tincco* en quechua) de los ríos Monzón y Huallaga y poblada por los pueblos originarios panatahuas en sus distintas denominaciones, quienes fue objeto de intentos de conquista militar y cultura (religiosa) y finalmente, luego de un proceso severo de contracción poblacional, colonizada y poblada durante el siglo XX, especialmente a raíz de la construcción de la carretera Huánuco-río Bajo Ucayali (1937), su fundación (15 de octubre de 1938) y los subsiguientes planeas de colonización de la zona. Con una producción agropecuaria históricamente diversificada (café, cacao, plátanos, cube, yuca, arroz, maíz, naranjas, frijol, entre otros), el cultivo de la coca, presente históricamente en su ceja de selva (Valle del Derrepente, Chinchao) y posteriormente en las haciendas del Tulumayo durante la época de la cocaína licita, se multiplicó en los años 70, luego de su ilegalización, hasta que comenzó su interdicción en los 80. En la actualidad probablemente sea la ciudad más dinámica económica y poblacionalmente del VAH y concentra las principales instituciones políticas y educativas (2 universidades) del mismo.

El abigarrado nexo entre espacio público y memoria local, convierte estos espacios habitados en memorables. Y, por eso mismo, induce a que las representaciones contenidas en el espacio público sean, en no pocas ocasiones, un campo de disputa por la legitimidad y la hegemonía de la memoria simbólica en la esfera política³⁰.

Es entonces por medio de estas narrativas simbolizaciones cotidianas, mediadas a su vez, de forma casi imperceptible, por una elaboración política previa, donde se juega la construcción social del territorio. Ya que aquellos imaginarios proporcionan una semiótica cultural de gran valor para la reproducción del espacio social doméstico que transcurre paralela a la racionalidad económica preeminente. Por lo que es aquí donde el recién llegado consigue visibilizar -de un modo genuinamente abstracto-, la historicidad, la cultura y las formas de poder de un territorio.

Así, mientras que fui recorriendo Tingo María, comencé a constatar la peculiar cartografía que la ciudad proyecta en los nombres de sus calles. Veamos un par de ejemplos particularmente reveladores. Por un lado, tanto en sus avenidas (mayores; y por tanto más relevantes simbólicamente) como en sus jirones, se percibe una alta presencia de elementos regionales autorreferenciales. A simple vista, más focalizada en referentes del espacio amazónico de las que podríamos encontrarnos en otras partes del país. En ese sentido, podemos encontrarnos con dos avenidas medulares como son Ucayali y Amazonas. En perpendicular a ellas, con los jirones Cayumba, Monzón, José Prato, Lamas, Pucallpa, Aucayacu o Aguaytía. Unas y otros hacen alusión a poblaciones o personajes de la región amazónica que, en principio, tan solo un conocedor previo de este entorno puede llegar a reconocer con soltura.

El gesto, culturalmente centrífugo, o más que el gesto vale decir su funcionalidad, tiene a mí parecer una fuerte carga simbólica que apela a cierta insistencia identitaria. Una impronta que, frente a la preeminencia de elementos nacionales más persistentes en otras ciudades, aquí parece estar queriendo fijar simbólicamente el valor de sus referentes

³⁰ Las fuentes orales han estado presentes en la Historia desde el inicio de la disciplina. Durante la segunda mitad del siglo XX, con el desarrollo de las metodologías de investigación social cualitativas y una marcada tendencia a la interdisciplinariedad, tuvo un renacimiento amplio y, finalmente una institucionalización como disciplina académica y a través de numerosas publicaciones periódicas. Su rastro se puede seguir a través de diversos cultores pertenecientes a la Escuela de Chicago, la historia social inglesa, la historia cultural, la microhistoria italiana, los métodos biográficos; con un desarrollo fértil en América Latina, con autores y centros de memoria oral como: Sidney Chalhoub, Ecléa Bosi o la Fundação Getulio Vargas (Brasil); Laura Benadiba, Dora Schwarzstein y el Archivo Nacional de la Memoria (Argentina); Alicia Olivera de Bonfil, Eugenia Meyer y el Instituto Mora (México); entre otros.

locales. Tal vez ante la necesidad de un reconocimiento que no encuentra su correspondencia o que busca equilibrar ciertas asimetrías simbólicas en el plano más general.

De todas formas, si existen dos arterias principales que tienen una relevancia mayor para sus ciudadanos por su importancia para la comunicación interna/externa de la ciudad -en realidad para todo el VAH, ya que Tingo María es su puerta de entrada-, estas son, sin duda, las avenidas Tito Jaime, y Raimondi; las cuales transcurren paralelas, aunque en direcciones opuestas. La primera, que atraviesa Tingo viniendo desde Lima en dirección hacia el resto del valle y la selva, inmortaliza a un activista social y alcalde de la ciudad -volveremos sobre él más adelante- que fue asesinado en los años 80, luego de una férrea defensa de los intereses campesinos en la zona. La otra, que acompaña la salida en dirección hacia la capital, hace lo propio con el distinguido naturista italiano Antonio Raimondi, quien además de haber explorado la región durante la segunda mitad del siglo XIX, forma parte de manera involuntaria, del subconsciente colectivo nacional, al atribuírsele -injustamente, conviene aclarar-, la frase: “El Perú es un mendigo sentado en un banco de oro”. Revisemos ahora esto último más detenidamente.

A decir verdad, existen pocos sofismas que, como éste, hayan arraigado de forma tan profunda y duradera en el imaginario nacional. No por casualidad se aprovecha el capital simbólico que emana de la autoridad científica del brillante explorador italiano. Pero a partir de la validez indiscutible de sus trabajos como naturalista y geógrafo, se ha pretendido convertir en dogma un proyecto político basado en una imagen estereotipada y un mensaje falsario, sin correspondencia con aquellos.

De una parte, la representación del país como un mendigo; es decir, como un sujeto necesitado de caridad, de conmiseración ajena. Una imagen que, elevada a categoría identitaria, trae consigo una acomplexada carga de descrédito hacia las propias capacidades. Mientras que, llevada al campo político, apela a la dependencia y el tutelaje paternalista, funcional al poder. De la otra, esa idea de riqueza sobreabundante que, a decir verdad, ha estado presente en la historia del Perú desde que inició la empresa colonizadora.³¹

³¹ Luego de varios intentos discontinuos, los postulados desarrollistas tuvieron un valor central durante el proyecto político reformista del presidente Fernando Belaunde Terry (1963-68; 1980-1985), cobrando una

La caricatura, en este sentido, no parece ser otra cosa que la versión criolla de aquel mito fundacional de “El Dorado” que sirvió de estímulo colonial, de forma recurrente, durante la conquista del continente americano por parte de los países europeos, especialmente los ibéricos. Ahora, si bien estas no consiguieron aprovechar el saqueo material para poner en marcha un impulso industrializador, demostraron ser una buena fuente de “estereotipos civilizatorios” que, desde entonces, no han dejado de acompañar la conquista permanente del territorio.³²

Con todo, su uso resulta instrumental a un socio centrismo de clase; ya que tanto la clase dominante, como la que no lo es, reproducen de forma similar esa imagen mercantilista e inagotable del desarrollo en torno a los recursos. Diluyendo ilusoriamente en ellas las asimetrías narrativas de un país históricamente sometido a enormes brechas sociales. Y resignificando además una de las promesas del proyecto colonial que ha mediado históricamente las relaciones del Estado con el territorio y su población. Porque si existe un ideario colonial que ha permanecido prácticamente inalterable durante estos casi doscientos años de vida republicana, este es el imperativo de explotar las “riquezas” del país. Es más, por hacer del extractivismo una cruzada nacional que, de acuerdo al tópico colonial, redima al indígena de esa secular “indolencia al progreso” que, en última instancia, es la causante de su propia pobreza.

Para contemporaneizar más, si cabe, la importancia del símbolo, habría que rastrear el extendido uso del concepto “riqueza natural” presente en el imaginario desarrollista nacional. De ahí que apelar a Raimondi, aprovechando la brecha del paradigma científico hegemónico, resulta la coartada perfecta para favorecer el eufemístico giro hacia la retórica científicista, políticamente correcta hoy día. Sea como fuere, el mensaje no ha variado en lo primordial: la riqueza del medio natural peruano

especial importancia la ampliación de la frontera agrícola en los valles de la selva, entonces vistos como la “despensa agrícola del país”. Y cuya integración vendría a ser validada a través de la política de vialidad colonizadora y los proyectos de colonización dirigida (MOREL, 2014).

³² En similar dirección se orientan tanto las expresiones idiomáticas “¡Vale un Perú!” o “¡Esto es Jauja!”, originadas durante el gobierno virreinal y hoy ya algo en desuso, como la inclusión de una cornucopia derramando monedas, símbolo universal de la riqueza, en el actual escudo nacional republicano. El escudo fue ligeramente modificado, en el año 1950, durante la Junta Militar del Gobierno de Manuel Odría; pasando a ocupar la cornucopia, por expreso deseo de éste, el doble de espacio que los otros dos símbolos; estos son, la vicuña representando al reino animal y el árbol de la quina, representando el reino vegetal. Transcurría el periodo de la guerra fría y el régimen militar orientaba la economía nacional hacia el libre comercio y la promoción de las exportaciones. Dando una serie de disposiciones de gran aliento para la inversión extranjera, como el Código de Minería (1950); al parecer, influido por la empresa minera norteamericana Cerro de Pasco Copper Corporation.

tomada por incuestionable y, al mismo tiempo, sobredimensionada en el vasto territorio amazónico. Asimismo, vista como una dicha fortuita; es decir, un medio bendecido más allá de la abundancia, al alcance de cualquier espíritu emprendedor en busca de fortuna.

Sin embargo, éste no ha dejado de ser un mito “con pies de barro”. En términos estructurales, las ciencias sociales se han encargado de demostrar, con suficiente evidencia empírica, la relación tramposa que los recursos tienen respecto al desarrollo de los países; en lo que se ha venido a llamar la “maldición de los recursos naturales” o la “paradoja de la abundancia” (SACHS y WARNER, 1995).

Siguiendo la estela del mito colonizador recreado por la apócrifa sentencia de Raimondi, tanto la inclusión económica del territorio selvático a la vida nacional, -a través del boom del caucho o de la ampliación de la frontera agrícola posterior-, como su inclusión social, -a través de los proyectos de colonización dirigida o inducida-, fueron vistos como signos de prosperidad y modernización a lo largo del periodo republicano. Podemos decir, siguiendo el hilo anterior, que representaban una renovada voluntad política por despertar de su indolencia al mendigo.

Es más, a la conquista del territorio selvático fueron coadyuvando la aparición de otros nuevos mitos, como “la gran despensa natural del Perú”, “el gran vacío amazónico” y “el síndrome del perro del hortelano” (explicado más adelante). Unas promesas mesiánicas, aunque socialmente frívolas, a las que, al más puro estilo virreinal, seguiría una expansión desordenada de las fronteras agrícola y demográfica que acabaron desbordando la capacidad planificadora del Estado o los límites naturales del piedemonte amazónico y dieron origen a encrucijadas políticas de gran importancia para el desarrollo social posterior del país.³³

³³ Desde una perspectiva netamente productiva, el suelo con aptitud agrícola en el Perú apenas abarca un 8 % de su territorio. Alcanzable, eso sí, siempre y cuando se realizara una altísima inversión en infraestructura y mantenimiento de grandes obras de irrigación. Por lo que, a diferencia de otras economías, no es un país en el que la agricultura pueda ser usada fácilmente como un paso previo hacia el desarrollo (CASTRO, 2005).



Fotografía 3. Paro provincial de 1982 (TINGO MARÍA); con Tito Jaime encabezando (a la derecha) la marcha que discurre por la Avenida Raimondi (Fuente: Revista Pura Selva, N.º 11, pág. 32).

Pues bien, precisamente en el cenit de una de aquellas crisis que acabaría poniendo al campesino del VAH en el punto de mira de la internacional guerra contra las drogas,³⁴ tuvo como epicentro la ciudad de Tingo María, a fines del año 1979. Luego de buscar infructuosamente el diálogo,³⁵ el “Comité Regional de Productores de Coca de la Provincia de Leoncio

Prado y Anexos” convocó a un paro de 24 horas como respuesta a la guerra contra los campesinos cocaleros, a través de la erradicación compulsiva y sin reconversión de los cultivos de la coca.³⁶ La cual fue anunciada mediante el Decreto Ley 22095 (22 de febrero de 1978), conocido como la Ley de la Coca.³⁷

El Comité, creado el 28 de mayo de 1978 y presidido por el ingeniero Tito Jaime Fernández, representaba a más de cinco mil productores de hoja de coca de la región sobre un aproximado de diez mil familias dedicadas a su cultivo, y contaba con comités locales en los distritos de Monzón, Aucayacu y Tingo María.

En medio de la aguda crisis que atravesaban los cultivos comerciales en el VAH,³⁸ los agricultores organizados se rehusaban a abandonar un cultivo -el de la hoja de coca-,

³⁴ El presidente de EE.UU. Richard Nixon lanzó en 1971 la "guerra contra las drogas", que decretaba la emergencia nacional y buscaba recursos en el Congreso para controlar la adicción a las sustancias ilícitas en todo el país; presionando además a otros países a iniciar acciones policiales-militares contra la producción de estupefacientes que, hasta hoy, han tenido un enorme impacto en materia de derechos humanos y socioeconómicos en los mismos.

³⁵ El Comité ya había realizado anteriormente gestiones con ministros tanto del precedente gobierno militar de Morales Bermúdez, como del constitucional de Fernando Belaunde, con resultados infructuosos.

³⁶ Y al que seguirían otro de 48 horas en marzo de 1980 y una huelga con carácter indefinido que durante once días concentró en Tingo María a diez mil campesinos bajo la consigna “más vale morir de pie que vivir de rodillas”; entre noviembre y diciembre de 1982.

³⁷ El Decreto Legislativo 22095, “Ley de Represión del Tráfico Ilícito de Drogas”, que permanece vigente hasta hoy día, fue emitido en febrero de 1978 durante el Gobierno Militar del Gral. Morales Bermúdez. Este dispositivo que, entre otras disposiciones, considera al tradicional coqueo andino como “un problema social”, desconsidera la reconversión productiva en las zonas de producción de la coca. Además, avaló los operativos antinarcóticos Verde Mar I y Verde Mar II tras los cuales se reportaron numerosas denuncias de violaciones a los derechos humanos.

³⁸ Esta crisis fue, según los analistas (JIMÉNEZ, 2010), de carácter estructural y estuvo asociada a la crisis del modelo sustitutivo de importaciones de fines de los años setenta y ochenta; provocando la pérdida de dinamismo en el sector externo y los procesos inflacionario-recesivos en el interno.

que se había convertido en el motor principal de la menguada economía familiar campesina. Además, culpaban al Estado de empujar al pequeño agricultor a tener que elegir entre la miseria y la ilegalidad, dado los bajos precios que los mayoristas con “licencias de comercialización” del Estado pagaban para proveer al “monopolio desregulado” de la Empresa Nacional de la Coca (ENACO). Lo que -según ellos-, ahuyentaba al pequeño agricultor de los mercados oficiales y alentaba un gigantesco mercado clandestino que surtía al contrabando del narcotráfico, triplicándoles el precio por la hoja que ellos producían.

Dos eran los objetivos que el Comité defendía; uno de carácter social y el otro económico. De una parte, la búsqueda de nuevos plazos para erradicar el cultivo con el objeto de evitar el colapso económico de los campesinos que dependían de la producción cocalera: cocales legales -registrados en la ENACO- e ilegales; sumados unos y otros, un 95 % de los productores agropecuarios de la zona (PAUCAR, 2006). De la otra, una reconversión productiva que emprendiera análisis técnicos sobre la capacidad de los suelos; a fin de que estos pudiesen reorientarse hacia nuevos y rentables cultivos.³⁹

La posición del Comité era firme, pero a la vez buscaba la vía conciliatoria. Jaime expresaba de este modo así su punto de vista a un reportero, en el año 1978:

Debemos comprender y hacer comprender, que no es cuestión solamente de decir que algo se acabó, sino que hay que paralelamente dar soluciones. Solo así podremos encontrar una salida a un grave **problema de orden social y económico**. (...) Porque si no, estaríamos aplicando un remedio que sería peor que la misma enfermedad.⁴⁰

Es importante notar, en la ambigüedad entre el nosotros y el ellos de sus palabras, que al menos hasta ese momento, aún existía un punto de retorno en la escalada de distanciamiento entre el Estado y el mundo campesino en el VAH. Es posible pensar, no obstante, que la posición de los agricultores cocales fuera demagógica y buscara ganar tiempo para continuar con la actividad ilícita, ya que no era la primera vez que buscaban la ampliación de plazos previa erradicación.⁴¹ Sin embargo, los cocales se sentían

³⁹ La pobreza del suelo era entonces la mayor preocupación entre los agricultores ya que el alcaloide contenido en la coca, con una mayor proporción en las hojas del VAH a la de otros valles cocales del país, quemaba los suelos en los que era cultivada; extrayendo todos sus nutrientes. Dando origen al dicho popular en la región: “Donde se siembra coca, no crece ni la mala hierba”.

⁴⁰ (Revista EPA, 1978, p. 50); el resaltado es del autor.

⁴¹ La defensa y promoción del cultivo de la Coca en Tingo María, arranca en los años cincuenta, durante el gobierno militar de Manuel A. Odría, donde se ordenaron las primeras comisiones de trabajo para la erradicación del cultivo y su estrangulamiento comercial. Sería en ese contexto en el que se buscó,

histórica y socialmente legitimados, ya que el cultivo de la hoja de coca había estado presente en el VAH desde el periodo precolombino (MURRA, 1975).⁴²

Es más, siendo un cultivo lícito durante siete décadas y hasta mediados del siglo XX (1949), fue alentado por el estado peruano -especialmente en la selva alta de Huánuco-, llegando a ser el primer gran productor mundial en cocaína bruta, con el 58 % de la producción, entre 1892 y 1899 (GOOTENBERG, 2016).⁴³ Por lo que no debiera extrañar que los campesinos ahora, dado el drástico cambio de rumbo del Estado, desconfiaran. En palabras del propio Jaime:

Nadie ha venido después de que se dijo que la coca desaparecía del país a enseñar a los viejos campesinos, a **buscar una sustitución**. Aquí se viene trabajando a marchas forzadas en la búsqueda de una **solución propia**, porque no existe preocupación por parte de las autoridades de colaborar en ello. ⁴⁴

infructuosamente, la creación de la primera Cooperativa cocalera del país en el VAH. Más tarde, en el año 1964, durante el primer gobierno de Fernando Belaunde Terry, se creó el “Comité de Productores de Coca de Tingo María”, en respuesta a la promulgación del D.S. 254 que, además de limitar las zonas autorizadas para su producción a algunos distritos de los departamentos de Ayacucho, Cajamarca, Cusco, La Libertad, San Martín y Huánuco (excluyendo algunos distritos cocaleros) y prohibir la habilitación de nuevas áreas y almacigos, otorgaba un plazo de dos años para la “auto-sustitución” del cultivo. Precisamente durante uno de los viajes que hicieron a Lima para negociar un petitorio de ampliación del plazo de erradicación ante el presidente Fernando Belaunde Terry, el 8 de diciembre de 1967, perdieron su vida en accidente aéreo dos de sus dirigentes (José Pratto Cantelli y José Rubiños Florián). No obstante, consiguieron la ampliación, por diez años; es decir hasta 1978. A cuyo vencimiento se sucedieron los operativos Verde Mar I y II.

⁴² Los trabajos del antropólogo John Murra (1975) apuntan a la existencia de un patrón de asentamiento y explotación simultánea de varios pisos ecológicos por una misma población desde los orígenes del poblamiento de los Andes y al que denomina “archipiélago vertical”. Por medio de este modelo de complementaciones ecológicas, cada etnia buscaba aprovechar un máximo de pisos y nichos ecológicos instalando colonias permanentes en cada uno de estos; los cuales formaban, por así decir, un archipiélago a distintas alturas que permitía el acceso simultáneo a recursos variados. Estas “islas” periféricas, que en ocasiones eran compartidas por varios grupos altiplánicos, estaban separadas geográficamente de su núcleo, aunque mantenían con éste un contacto social y tráfico continuo. En su estudio y entre otros grupos étnicos, Murra menciona a los chupaychu de Huánuco, quienes controlaban “islas” productoras de chunu, coca, algodón, maíz o lana.

⁴³ Desde el descubrimiento por laboratorios alemanes de la cocaína (1860), pero especialmente a partir de la explosión de su demanda comercial años más tarde (desde 1880), inició un periodo de 40 años de intenso comercio legal de cocaína a escala internacional (llegando a mover 18,5 toneladas anuales); tanto para su uso médico como anestésico como, con posterioridad, para su uso recreativo como bebida estimulante (Vin Mariani y Coca-Cola); entre otros usos. Del que se beneficiaron principalmente los países que la industrializaban (Alemania, Japón y Estados Unidos) y los que cultivaban su materia prima: la coca (Perú y la isla de Java -hoy Indonesia-). Además, Perú, durante el periodo de auge de la cocaína legal, desarrolló fábricas de cocaína bruta, que facilitaban el transporte, llegando a cubrir el 58 % de la producción mundial. Siendo posteriormente desplazados por Holanda (con el 80 % de la producción) que había trasladado e incrementado su producción en la isla de Java, superando los intentos que anteriormente habían realizado Inglaterra (en la India) y Japón (en Java y Formosa) (GOOTENBERG, 2016).

⁴⁴ (Revista EPA, 1978, p. 48); el resaltado es del autor.

Aun así, resulta importante someter a un análisis mayor los distintos procesos por medio de los cuales los campesinos llegaron a esa situación en la que se auto representan como “empujados” al cultivo de la coca; lo cual se abordará en una sección más adelante.

El petitorio campesino buscaba reanudar el comercio legal de la coca, bien a través de la venta en los mercados de la costa, bien a través de la ENACO, dado que el gobierno de Belaunde había prohibido la compra desde 1981.⁴⁵ Lo cual tuvo, no obstante, y como un efecto perverso a las políticas de prohibición sobre el mercado lícito, una expansión espectacular del mercado negro de la droga, con un crecimiento sostenido en todo el VAH. Por lo que no faltaron voces que intentaron relacionar al gobierno con el narcotráfico, al beneficiarlo mediante estos dispositivos legales y, paralelamente, al rebajar las penas a algunos narcotraficantes relacionados con políticas del gobierno.

Al término de la asonada huelga el gobierno derogó los artículos prohibicionistas cuestionados, restituyendo el comercio legal de la coca. Pero la ofensiva contra la coca, concentrada en el elemento productivo, de todas formas ya estaba trazada. De hecho, estos dispositivos jurídicos que restringían su producción y comercialización, no eran sino el corolario de una criminalización paulatina del cultivo que venía ejecutándose desde el año 1949, durante el gobierno de Manuel A. Odría.⁴⁶ Lo cual iría profundizándose, especialmente a partir de la “Convención Única de 1961 sobre Estupefacientes” de la Organización de las Naciones Unidas (ONU),⁴⁷ hasta llegar a estas medidas tomadas por el Gobierno Militar del General Morales Bermúdez. Las cuales fueron interpretadas por los agricultores como la antesala a una desaparición forzosa de los cultivos de coca en el VAH; motivando así sus protestas. El tiempo acabaría dándoles la razón.

⁴⁵ Al término del plazo que establecían los artículos 1° y 9° del D.L. 22927 de marzo de 1980.

⁴⁶ Fue en 1949, durante el régimen militar/constitucional del “Ochenio” de Manuel A. Odría (1948-1956), que se desató una primera campaña “higienista” de control y erradicación del consumo de la coca en las comunidades andinas con la dación del D.L. 11005; aunque no se llevó a cabo finalmente. El Art. 2 incisos a, b y c constituía la figura genérica de “Delito de tráfico ilícito de drogas estupefacientes, penalizando la producción, transformación y comercialización de la amapola, coca y marihuana.

⁴⁷ Entre otras disposiciones, la Convención de la ONU impuso medidas prohibicionistas sujetas a obligaciones penales para que los estados signatarios eliminaran la producción y el comercio no autorizados al cultivo del cannabis, el opio y la hoja de coca. Profundizando una asimetría cultural frente a los usos no médicos ni científicos de plantas que venían formando parte, durante siglos, de tradiciones sociales, culturales y religiosas. Y sentando por tanto las bases jurídicas de la denominada “guerra contra las drogas”; que cargaría contra las espaldas de los campesinos productores de estos cultivos en los denominados “países en desarrollo” (DAVID BEWLEY-TAYLOR y MARTÍN JELSMA; 2011).

De la “solución propia” a la “solución bélica”

El hecho indiscutible fue la derrota de la vía conciliatoria buscada por el Comité y el inicio de la “solución bélica”; lo cual se puso de manifiesto desde el momento en que, entre 1979 y 1980, fueron ordenados los operativos de guerra “Verde Mar” (I y II) en el VAH.⁴⁸ Estos, fueron ejecutados por mil quinientos comandos de *los Sinchis* de Mazamari, entrenados y financiados enteramente por los Estados Unidos; quienes llegaron a Tingo María junto a efectivos de la Marina de guerra y la *Drug Enforcement Administration* (DEA) estadounidense, eliminando cicales con picos, lanzallamas y utilizando dinamita para destruir las secadoras de hoja de coca.⁴⁹ A partir de lo cual comenzó a arrear una escalada represiva de corte militar-policial para el control de drogas que fuera calificado, a pesar de sus pobres resultados, como poseedora de características de “terrorismo de estado” (PAUCAR, 2006), mediante operativos de guerra donde se cometieron excesos, abusos y numerosas violaciones a los derechos elementales de la población campesina.⁵⁰ La campesina Guillermina Trujillo relata de este modo como se vivieron los hechos en Tingo María:

Al verlos totalmente armados (a los Sinchis), como en las películas, nos dio miedo; (...) cargaban mochilas y aparatos que eran lanzallamas (...), nadie hacía nada, todos estábamos como paralizados ante la demostración de fuerza y poder (...). Después comprobamos que **esos hombres armados nos declararon la guerra a los campesinos cocales**; cortaron nuestras plantas de coca, dinamitaron las secadoras, robaron nuestros bienes y violaron algunas mujeres, (pero) los fiscales no hicieron nada ante nuestras denuncias” (PAUCAR, 2006, p. 54).

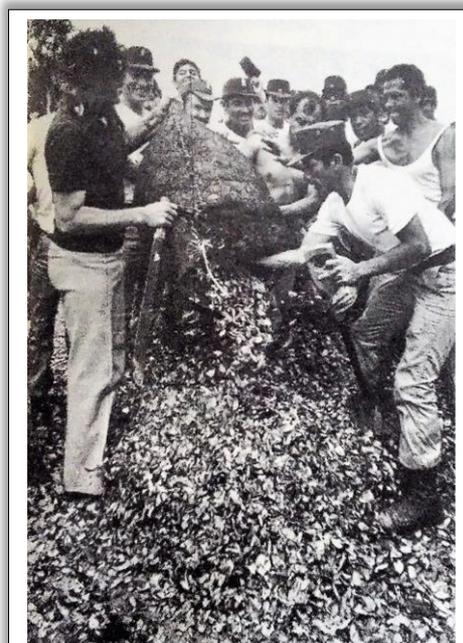
⁴⁸ Precedidos por el Operativo Cerrojo (1976), Verde Mar I y II fueron un “Mega operativo” militar efectuado en dos tiempos con el objeto de erradicar los cultivos de coca en el VAH y la destrucción de las secadoras de hojas de coca mediante el uso de la dinamita. Con resultados pobres en cuanto a destrucción de cicales y secadoras pero lamentables en cuanto a la aplicación de métodos violentos y vulneración de derechos elementales en la población civil.

⁴⁹ Verde Mar I y II formaron parte de un mega operativo militar ejecutado por fuerzas policiales (los *Sinchis de Mazamari*) con el apoyo y el asesoramiento de la Marina de Guerra y la DEA norteamericanas.

⁵⁰ El gobierno creó entonces, junto a otros dispositivos jurídicos de erradicación (CORAH) y sustitución de cultivos (PEAH), los operativos de interdicción policial a través de la Unidad de Móvil de Patrullaje Rural (UMOPAR); la cual desataría una ola de abusos y violencia represiva en la zona mediante temibles operativos largamente recordados por los campesinos en el VAH (RUMRRILL, 1993). Asimismo, de acuerdo a la Comisión de la Verdad y la Reconciliación (2003), podemos intentar trazar una cronología de los principales operativos durante el periodo inicial del siguiente modo: Operativo Cerrojo (1976), seguido por Verde Mar I (1979), Verde Mar II (1980), Bronco (antes de julio 1984), Cóndor (entre 1985 y 1989 en siete etapas) y Snowcap (entre 1988 y 1990).

A partir de ese momento, la interdicción de la cadena del narcotráfico en la zona, a través de prácticas de “erradicación compulsiva”, a cargo del CORAH, con el respaldo en seguridad de la Policía antidroga, se cebó especialmente con el eslabón más débil de la misma, los productores cocaleros. Las denuncias por abusos y violencia represiva comenzaron a ser entonces moneda corriente en la región; por lo que no es de extrañar que tales excesos provocaran la consiguiente polarización de las posiciones que fueron adoptando algunos de estos campesinos cocaleros.

Donde sí que parece haber sido efectiva esta recién inaugurada “guerra contra las drogas” fue en dos frentes insospechados, con consecuencias devastadoras para la historia posterior del VAH y de buena parte de la región amazónica. Por un lado, en el “efecto globo”, que es como se denomina a esa penetración imparable con que los cultivos ilícitos se expanden desde entonces a lo largo y ancho de la cuenca amazónica.⁵¹ Es a esto a lo que Luis García Hidalgo me hace referencia, no sin cierta sorna, en la popular panadería cafetería Fénix, donde nos encontramos:



Fotografía 4. Operativo Verde Mar I, en Tingo María (Fuente: Revista Pura Selva, 82, pág. 9).

El Estado cuando viene a reprimir los cultivos, las drogas, hace el mejor trabajo de **transferencia en tecnología** para que se propague el cultivo de la coca ¿Por qué? (...) Fue una planificación tipo militar pero no una planificación estratégica de control de ese cultivo, porque al venir la represión, al destruirte tu casa, tu agricultor te vas un poquito más allá, y yo te empiezo a perseguir y vas más y más allá. Y después llevan a Colombia, siembran allá. (...) Pero **que hubiera sido si al venir Verde Mar, hubiera traído un paquete de propuesta agrícola** (de café, cacao, caña de azúcar,...) y vienen también los grandes acopiadores de grano para la exportación. Pero no; ellos simplemente vinieron a meter bomba, a romper, a destruir, sin ninguna alternativa.⁵²

⁵¹ En la actualidad existen, en el ámbito nacional, dieciséis ámbitos o valles cocaleros - tradicionales y no tradicionales-, distribuidos en trece departamentos, cuarenta y ocho provincias y ciento ochenta y tres (183) distritos (INEI; DEVIDA, 2015).

⁵² Entrevista realizada el 8 de marzo de 2018; El resaltado es del autor.

En medio de un clima de creciente violencia en el que un grupo revolucionario, el PCP-SL⁵³ iría ganando posiciones, adeptos y legitimidad social en el VAH desde que entró en escena, en el año 1981,⁵⁴ si alguien estaba en ese entonces en el centro de aquel turbulento escenario, ese era Tito Jaime. Huanuqueño de nacimiento y “un tingalés de corazón” –como a el mismo le gustaba presentarse-, se había formado como ingeniero agrónomo en la Universidad Nacional Agraria de la Selva (UNAS)⁵⁵ de Tingo María; y había trabajado como administrador en la Cooperativa Agraria de Servicios “Naranjillo”.⁵⁶ Abrazando la diversidad productiva, como buena parte de los agricultores de la zona, Tito dirigía el fundo familiar “Chacarita”, dedicado al cultivo de la coca -principalmente-, café, plátanos, yuca, maíz y frutales. De forma complementaria, practicaba la actividad avícola y contaba con una secadora de hoja de coca que ponía al servicio de los cocaleros de los alrededores de Shapajilla, donde se encontraba su fundo. A algunos de los cuales, además, brindaba asesoría técnica. Finalmente -y aquí es donde Tito había depositado su mayor esperanza-, venía realizando estudios sobre cultivos asociados a la coca: como la piña, el frijol o el achiote. En donde esperaba obtener resultados positivos para la recuperación de los suelos degradados por la erosión del monocultivo intensivo de aquella. Una fuente de preocupación para miles de campesinos del VAH y un anhelo profesional para él mismo; cuyos resultados no alcanzaría a ver realizados.

Pero Tito había desarrollado, desde sus años de estudiante, una tenaz vocación por el activismo político,⁵⁷ por lo que a nadie de su entorno más cercano le extrañó su

⁵³ El Partido Comunista del Perú - Sendero Luminoso (PCP-SL) es, según la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR), una organización subversiva y terrorista, que en mayo de 1980 desencadenó un conflicto armado contra el Estado y la sociedad peruana; cometiendo gravísimos crímenes que constituyen delitos de lesa humanidad y siendo responsable del 54 % de víctimas fatales (31,331 personas) reportadas a la CVR (CVR, 2003).

⁵⁴ La actividad política del PCP-SL en el VAH había iniciado en el año 1974; mientras que la militar lo hace en 1981, cuando la primera columna militarizada se asienta en el distrito de José Crespo y Castillo.

⁵⁵ La Universidad Nacional Agraria de la Selva (UNAS) es la principal casa de estudios superiores del VAH.

⁵⁶ La Cooperativa Agraria Industrial Naranjillo Ltda. (COOPAIN) es una cooperativa de productores, dedicada al acopio, industrialización y comercializadora de productos orgánicos de café y cacao, además de un referente agroindustrial nacional. Fue fundada, como “Cooperativa Agropecuaria Naranjillo”, en el año 1964 por una treintena de campesinos en respuesta a los bajos precios que recibían de los comerciantes intermediarios por sus productos agropecuarios. Y pasó a ser industrializada en 1985, con apoyo de Naciones Unidas (entre otros), como un modelo para el desarrollo alternativo al cultivo de la coca. Perseguida históricamente por crisis económicas, en la actualidad ha sido demandada por una deuda de 15 millones de dólares a varios acreedores (Fondo Climático Althelia, Sunat, Banco Continental, Agrobanco, Devida, entre otros), quienes exigen un fideicomiso por 30 años.

⁵⁷ Tito Jaime había sido delegado de los exalumnos de la Universidad Nacional Agraria de la Selva; así como asesor del Comité de Desarrollo Comunal de la zona de Shapajilla.

participación en la creación del “Comité Regional de Productores de Coca de la Provincia de Leoncio Prado y Anexos”, de la subsiguiente “Asociación de Productores Agrarios de Leoncio Prado y Anexos” (APALP-A) o de la “Comisión de Derechos Humanos de la Provincia de Leoncio Prado”. Desde los cuales desarrolló un indeclinable activismo en defensa de los derechos humanos y la lucha permanente contra el abuso y el chantaje institucionalizado. Por lo que no tardaría en ser encumbrado políticamente por muchas familias campesinas empobrecidas y hostigadas del valle, quienes lo llevaron a la alcaldía provincial de Leoncio Prado, Tingo María (1984-1986).

Pero un diecisiete de abril de 1984, a las puertas de su casa y en presencia de su esposa, Tito Jaime fue asesinado. Lo que además del funesto drama familiar se convirtió en el preludio de una interminable violencia contra el movimiento campesino en la región.⁵⁸ Agravada además por los años del casi permanente estado de emergencia que se instaló, desde entonces, en el VAH. Dejando tras de sí toda una secuela de desconfianza, vacío de representatividad y legitimidad entre el campesinado y el Estado; especialmente en las zonas rurales, donde más golpeaba la pobreza.

Sentados en su pequeña bodega al borde de la carretera Marginal, en la localidad de Santa Rosa de Shapajilla, Miguel Barrueta Mendieta, de ochenta y nueve años, y su hija Carmen Rosa Barrueta Zevallos, de cincuenta y tres, recuerdan aún hoy, treinta y cuatro años después del crimen, la figura carismática de Tito Jaime:

Era una bella persona y lo matan porque luchaba por la gente de aquí. (...) El señor era un buen hombre, buen gobernador y le tenían odio. Cuando capturaban a las personas él salía a su favor. Les sacaba (de la cárcel) **a todos los campesinos, él les apoyaba a agricultores y cocaleros**. (...) Él quería sacar adelante a todos. (Así que) le tenían una bronca maldita porque él es el que abogaba por la gente, les apoyaba. Tito Jaime **era un obstáculo para la policía** (ya que ésta) quería que los narcotraficantes caían para que para ellos era (fuera) toda la plata, pues. (...) Porque el abogaba por los campesinos. (...) Por eso que lo matan a él.⁵⁹ Llegué a saber por una miga que en el Hotel (donde vivían) cómo celebraban los policías. Todavía van a ser tan imbéciles que van a celebrar; ¡Que no se pasen!⁶⁰

⁵⁸ Víctor Piñán Verde quien además de dirigente cocalero era alcalde del distrito de Daniel Alomía Robles fue asesinado por el PCP-SL en setiembre de 1984. Similar suerte corrió David Ramírez, un directivo del caserío y delegado cocalero del “Comité Regional de Productores de Coca de la Provincia de Leoncio Prado y Anexos” del que Tito Jaime fue presidente.

⁵⁹ Entrevista realizada el 22 de mayo de 2017; el resaltado es del autor.

⁶⁰ Las hermanas Olga y Ana Potokar, hijas de Franz Potokar Prinz, un colono esloveno llegado a Tingo María en el año 1954, son bien explícitas al respecto de la corrupción en la policía y su implicación en el asesinato de Tito Jaime: “Nosotros en la ciudad tenemos una casa y teníamos alquilado a un capitán (de la policía) y él parece que está involucrado en ese crimen, con varios policías que trabajaban en su época. (...) Porque los sacaron a toditos. De repente (Puede que) **algunos narcos le han pagado a la policía para que**



Fotografía 5. Entierro de Tito Jaime (1984), en Tingo María (Fuente: Revista Pura Selva, N.º 11, pág. 28).

Nótese también -y esto es lo que más me parece reseñable ahora-, esa particular tensión semántica que existe en el relato de padre e hija. Me refiero a la representación que ellos hacen, de forma diferenciada, de los productores de hoja de coca. Ya que lo que para ellos merece el nombre de “campesinos”, un concepto que en Perú y en buena parte de América Latina tiene además una

enorme carga simbólica -social y política-; cuando describen el punto de vista policial, pasan a ser considerados “narcotraficantes”. En medio de esa concentración de una tensión histórica, y dotadas de un espacio de interlocución política difícil de repetir hoy día, se encontraban unas pocas personas que, como en el caso de Tito Jaime, parecían adivinar el escenario conflictivo e incierto que se avecinaba sobre los sectores más castigados de la región. Su asesinato es, aún hoy, una nebulosa sometida a distintas especulaciones que envolvió para siempre a un hombre cercano al campesino que bregó por él en distintos frentes. Pero no solo a él, ya que privó a toda esta región de un defensor acérrimo de la palabra y el diálogo, en el preciso momento en que estos comenzaban a escasear.

En fin, treinta y cuatro años después converso sobre todo aquello con Gamaniel Rojas Laurente, el actual presidente del Frente de Defensa de los Intereses y Desarrollo de la Provincia de Leoncio Prado (FREDID-LP), quien, a pesar de venir del fragor de aquellos años, cree que las luchas cocaleras hoy, con la coca al margen de la ley, no son otra cosa que una trampa que busca la criminalización de los dirigentes de las luchas campesinas. Las cuales, a su modo de ver, las engloban históricamente.

lo maten. Porque estos (policías) también estaban involucrados en la droga. Ellos se llevaban camionadas de muebles, artefactos, televisores, máquinas de coser; de acá de Tingo María a Lima. (Lo) que no entendíamos, porque parece que todo lo que decomisaban se repartían entre ellos. O compraban cosas y se las llevaban. La gente sabía que la policía era un elemento corrupto”. Entrevista realizada el 14 de abril del 2018; el resaltado es del autor.

Con motivos suficientes para el pesimismo,⁶¹ Gamaniel ve aún una salida a un *impasse* de casi veinte años en el agro del VAH. Por lo que el FREDID-LP, a pesar del permanente bloqueo institucional que enfrentan, ha elaborado su “Propuesta para la elaboración de un Programa Integrado de Desarrollo Rural Sustentable y Sostenible para el Alto Huallaga” que han hecho llegar al Ministro de Agricultura y Riego. El problema de fondo -me explica-, es el largo olvido de la política nacional agraria hacia los pequeños y medianos agricultores; mientras que los grandes agroexportadores son quienes se benefician del financiamiento, la asistencia técnica y el mercado.

Sentado ante la mesa del salón de su casa, se lamenta no obstante por lo que podía haberse construido ya, desde el año 2000, para dejar a tras “un pasado de terrorismo y narcotráfico en el VAH”. A él, como a tantos otros dirigentes –aunque en su caso, como me hace saber, sin cultivar planta de coca alguna-, la política anti narcóticos le cobró ya un alto precio.⁶² Pero se resiste a aceptar una nueva cocalización de la región:

Estamos en el momento preciso **porque si nosotros** ahora no tomamos una decisión; **es decir, si el Estado no toma una decisión**, lo más probable es que dentro de cinco años esta zona nuevamente esté cocalizada, nuevamente haya problemas sociales, y por ende, la presencia de la violencia sería terrible. (...) Yo estoy bien convencido de que el escenario económico y político en el Huallaga de acá a diez años va a ser terrible. (...) Los que están hoy día con café y cacao **no quisieran volver a sembrar coca, pero se ven empujados por la pobreza** cuando ven que otros se van más adentro a sembrar coca y empiezan a ganar plata.⁶³

Mientras voy sorteando charcos en el camino de regreso al cuarto, las palabras de Gamaniel permanecen dando vueltas en mi cabeza. Tanto es su afán por evitar el regreso del narcotráfico al VAH, por la puerta de la pobreza, que no pudo evitar tener un lapsus, especialmente meritorio para un hombre que ha sido injustamente privado de libertad; confundiendo su deseo y su determinación con el rol que ahora debe jugar, nuevamente e *in extremis*, el Estado peruano. Lo cual me hace recordar a un Tito Jaime probando

⁶¹ A inicios del 2018, el FREDID-LP busca infructuosamente una mesa de dialogo con el Ministerio de Agricultura y Riego (MINAGRI) para exponer sus puntos de vista sobre la grave situación que atraviesan los productores de café y cacao en el VAH (cultivos asociados a las políticas de Desarrollo Alternativo que el Estado promueve como sustitutos a la coca), por la pérdida de su producción debido a las plagas y la fuerte bajada de precios en el mercado internacional.

⁶² Gamaniel Rojas Laurente fue uno de los 42 detenidos y encarcelados de forma preventiva en el operativo fiscal-policial contra el “narcoterrorismo” “Eclipse 2010” que llevó a cabo la Policía Nacional en distintos puntos del VAH. Los hechos sucedieron en el marco de un grave escándalo por corrupción en el Ministerio del Interior y Essalud del segundo gobierno de Alan García. Tras estar preso un año y dos meses, fue liberado sin cargos, ni reparación, hasta hoy.

⁶³ Entrevista realizada el 24 de mayo de 2018; el resaltado es del autor.

sembríos de piña, frijol o achiote, para recuperar los suelos desgastados por el cultivo de la coca, mientras el Estado ultimaba su guerra contra las drogas.

El azar quiso que finalmente, en mi camino de regreso al cuarto, atraviere de la una a la otra, las avenidas Raimondi y Tito Jaime, que desde hace décadas discurren paralelas, aunque en direcciones opuestas. Y mientras mis pantalones chorrean de esa lluvia torrencial que no cesa en todo el trayecto, más profundamente aún cala en mí la certeza de lo importante que aún hoy sigue siendo encontrar en el VAH, actores políticos que vuelvan a explorar mediante rutas interseccionales, estas dos avenidas paralelas.

CAPÍTULO 2. LA CIUDAD DE LA BELLA DURMIENTE Y EL DOMINIO COLONIAL DEL MEDIO NATURAL

Posiblemente el símbolo más representativo de Tingo María y, sin lugar a dudas, la postal más reproducida de su entorno es “La Bella Durmiente”. Esta formación natural de gran belleza, está situada en la Cordillera *Puma Ringri*,⁶⁴ dentro de la reserva ecológica



Fotografía 6. Silueta de “La Bella Durmiente”, en Tingo María (FUENTE: Web de la Municipalidad Provincial De Leoncio Prado-Tingo María: <https://www.munitingomaria.gob.pe>)

del Parque Nacional Tingo María.⁶⁵

Junto a su indudable valor ecológico, su principal atractivo, y el motivo de su aprecio por la población local, es el singular contorno de esta cadena de montañas que asemeja la silueta de una dama recostada mirando al cielo.

En correspondencia a su singularidad, la imaginación popular tingalesa ha recreado narrativamente este paisaje; dando lugar a la “Leyenda

de la Bella Durmiente”. En ella se narra la historia de dos enamorados, la bella princesa *Nunash* y el joven hechicero *Cuynac*; quien en demostración de su amor construyó un palacio con el nombre de su amada en las proximidades de *Pachas*, en la sierra huanuqueña. Allí eran inmensamente felices hasta que tuvieron que enfrentar la ira del padre de ella, *Amaru* -un monstruo con forma de culebra voladora-, al que solo lograron vencer con hechicerías. Pero mientras que *Nunash* pudo abandonar su forma de mariposa, *Cuynac* quedó irremediablemente convertido en una piedra. En la búsqueda de su enamorado y fatigada de tanto esfuerzo, *Nunash* se durmió junto a la piedra en que aquél quedó transformado; quien en sueños le instó: "*Amada no me busques. Mi voluntad fue pedir a los dioses que me convirtiera en piedra y mi pedido fue complacido. Ahora solo soy una piedra, destinada a permanecer en este estado para toda la vida. Si tú en verdad me has querido y me sigues queriendo aún, deseo que permanezcas eternamente a mi*

⁶⁴ Del quechua: puma (puma), rinri (oído): oreja de puma.

⁶⁵ El Parque Nacional Tingo María, con 4777 hectáreas, fue creado en el año 1965 (Ley N. ° 15574), luego de haber sido declarado Reserva Nacional desde el año 1950 (D. S. N. ° 061). Se enmarca en un bello escenario paisajístico de selva alta o Rupa-Rupa que, además de albergar a “La Bella Durmiente” y la “Cueva de las Lechuzas”, aglutina las principales características de esta región orográfica; con montañas de roca calcárea cubiertas por la floresta, cascadas, grutas, cavernas subterráneas y *puquios* u ojos de agua.

*lado, sobre este cerro. Para que en las noches de luna aparezcas ante la mirada de la gente como una mujer en actitud de estar durmiendo".*⁶⁶ Motivo por el cual *Nunash*, como muestra de su amor y lealtad por *Cuynac*, quedó petrificada; convertida en lo que hoy se conoce como la Cordillera de “La Bella Durmiente”.

Comenzaremos señalando, antes que nada, que esta leyenda sincretiza creativamente, a partir de personajes mitológicos provenientes de la tradición andina, el espíritu de algunas otras con similar nombre que pueden encontrarse en la tradición oral clásica europea.⁶⁷ Desde una perspectiva funcional, al codificar simbólicamente los conocimientos y las prácticas sociales, morales y religiosas de una comunidad, mediante los cuales las sociedades se reproducen culturalmente, los relatos y leyendas mitológicos, permiten la formación de una identidad y fortalecen la cohesión social en la comunidad. Por lo cual son unos dispositivos culturales especialmente útiles a la hora de desvelar -en términos malinowskianos-, las estructuras de lo real presentes en el universo cosmogónico de un territorio.

La Bella Durmiente evidencia, asimismo, el modo en que la secularización de la modernidad, no consigue desplazar completamente al mito como una aprehensión intuitiva -por ende, no racional o científica-, del mundo. De tal modo que este da cuenta, mediante ese lenguaje polimórfico que caracteriza a las leyendas mitológicas, de ciertos “restos arqueológicos” de la cultura andino amazónica; eso sí, expresados de una forma esencializada y emotiva tal, que hace que su comprensión sea escurridiza.

En tal sentido, resulta válido conjeturar una interpretación que conciba esta leyenda como la expresión de los miedos atávicos que toda comunidad ribereña mantiene respecto a los desastres -crecidas, desbordes o muyunas- provenientes de sus ríos. De modo que el “descanso eterno” de la Bella Durmiente, simbolice el deseo de conjurar los temores respecto a los elementos naturales en el espacio doméstico. Y, por lo mismo, en el marco de una cosmovisión andino amazónica fuertemente animista, podemos llegar a comprender cómo aquella, a la postre paisajísticamente omnipresente en Tingo, ha

⁶⁶ Texto extraído (y reeditado) de: NAMUCHE, 2008.

⁶⁷ Las versiones más conocidas a día de hoy son la del francés Charles Perrault, la de los hermanos alemanes, Jacob y Wilhelm Grimm; además de la versión cinematográfica de Walt Disney Pictures, del año 1959.

llegado a convertirse en una protectora que, a decir de muchos tingaleses, vela por ellos ante las adversidades.

Pero quisiera llamar la atención, finalmente, sobre la perspectiva del materialismo cultural. En esta, la noción de naturaleza contiene en sí misma, de acuerdo a Raymond Williams (1980),⁶⁸ la idea del hombre en sociedad; es decir, personifica la formación social de la que parte. A través de una exploración histórica de los usos diversos y cambiantes del concepto de “naturaleza”, Williams reconstruye el marco de las relaciones entre la naturaleza y el hombre social, enfatizando el proceso de secularización a través del cual aquella transita. El desplazamiento histórico de aquella noción parte de la abstracción mítica-religiosa inicial que expresa la lógica fatalista frente al carácter aparentemente arbitrario de las fuerzas naturales, y se abre al surgimiento -a partir del siglo XVIII- de una representación material ya dissociada de lo humano; dando paso a una naturaleza salvaje, aunque esencialmente pacífica y estable que personifica la expansión de formas variables de orden social “natural” y que además expresa cierta tensión entre la idea de “refugio” y su intervención con fines humanos. Finalmente, y bajo el influjo de la ideología genuina del capitalismo y el imperialismo -en la segunda mitad del siglo XIX- se gesta una representación de aquella como cruel y salvaje; lo que conduce a una correspondencia entre la alienación (dominación, conquista y explotación) del medio y de nosotros mismos. La fijación de esta personificación sosegada, aunque enigmática de la Bella Durmiente en el imaginario contemporáneo de la sociedad tingalesa parece expresar, por tanto, la pervivencia de representaciones previamente convencionales en un contexto de prevalencia de relaciones mercantilistas de la naturaleza.

Con ánimo de reforzar lo inquietante que ha de haber resultado siempre para el hombre moderno llegar a territorios vírgenes o semivírgenes, sobrecargados de elementos inciertos e incontrolables, incluyo además ahora la sobrecogedora descripción que Ricardo Rodríguez hizo, en el aún cercano año 1971, de la angustia que atenaza al recién llegado:

⁶⁸ En "Ideas of Nature", en la obra "Problems in Materialism and Culture", el intelectual galés Raymond Williams, perteneciente al Círculo de Birmingham y precursor de los Estudios Culturales explora los sentidos naturalizados de la noción de naturaleza en relación con otros dos conceptos de los que no podría estar separada: economía y sociedad. Williams confronta tanto la versión aristocrática idealista de la cultura como su versión marxista dogmática, desde una "perspectiva materialista cultural o de la subjetividad". Lo que le permite poner en evidencia la vinculación entre cultura y condiciones materiales de existencia, tenidos entonces como categorías indisociables y, por tanto, no jerárquicos.

Llegar a Tingo María y perderse horas después en **la intrincada y feroz vegetación de la selva**, resulta anonadante, inverosímil. Y aun cuando nos sentimos cautelados y defendidos por las fuerzas y los recursos de la civilización que nos acompañan hasta allí, sin embargo una desconfianza vaga y persistente corroe nuestra razón e imaginación para dar forma a escenas y mundos desconocidos. (...) Que como este, era **tan hostil y tan despiadado, tan misterioso y enigmático**. Tan lleno de seres vivientes y tan vacío a la vez (p. 24).

A la zaga de estas interpretaciones, resulta no menos interesante ensayar una tesis que adopte la posición de la teoría feminista contemporánea, la cual conduce a un análisis crítico que desvela además la base patriarcal del mensaje. Lo que tanto en el caso que nos ocupa como en su versión clásica, apela a la idealización de una visión pasiva y “virtuosa” de la protagonista. Desde donde se estarían reforzando los valores instrumentales de “lo femenino”, de lo “no civilizado”, que dentro de la sociedad patriarcal expresan asimismo la relaciones del hombre con el medio.

Pues bien, tratando de dar ahora un salto cualitativo importante: ¿es posible reconstruir a partir de este dispositivo cultural, el proceso de conformación de las bases materiales de la creación de Tingo María? Sostengo que sí. Y es a partir de esta semiótica crítica que evoca la leyenda de La Bella Durmiente desde donde he querido partir para reconstruir ahora la expansión territorial del modelo mercantil extractivista en la región sin perder de vista en él, las huellas que produce a su paso en la experiencia humana. Que si bien se remonta a la invasión europea al continente americano, durante los siglos XV y XVI -donde, a modo de curiosidad, encontraron su sustrato histórico las versiones clásicas de nuestra leyenda-, tiene su continuidad en los procesos de ocupación del territorio amazónico del periodo republicano. Lo que nos permitirá trazar una línea que conduce de la fiebre del caucho (o la cocaína lícita), a finales del siglo XIX, hasta la actual gripe del aceite de palma. Al fragor de las cuales fueron surgiendo la mayor parte de las poblaciones del VAH; como Tingo María en el año 1937.⁶⁹

Las primeras referencias oficiales a Tingo María se remontan al año 1787, cuando se produce la adjudicación y venta de estas tierras, en ese entonces ubicadas en la margen

⁶⁹ El arranque de la empresa colonizadora en el VAH data del año 1932, durante el gobierno militar del General Sánchez Cerro (1930; 31-33) quien, tanto con fines estratégicos de defensa como por servir de alternativa a la reforma agraria redistributiva, promovió la construcción de la Carretera Huánuco-Río Bajo Ucayali (KLARÉN, 2004); reimpulsada posteriormente durante el gobierno militar del General Oscar R. Benavides (1933-39).

izquierda del río Huallaga, a la comunidad indígena de San Antonio de Tingo María; quienes la poblaban desde el año 1754, dedicándose a la actividad agrícola y comercial de la hoja de coca, la cascarilla y el aguardiente.⁷⁰

Sin embargo, la fisonomía actual del VAH corresponde principalmente a los procesos de “colonización”⁷¹ del territorio que, con distintas intensidades, se sucedieron a lo largo del siglo XX.⁷² El punto de arranque de la empresa colonizadora en Tingo María, primera en el VAH, data del año 1932 (y aprobada en 1933), durante el gobierno militar del General Sánchez Cerro (1930; 31-33), quien tanto con fines estratégicos de defensa como por servir de alternativa a la reforma agraria redistributiva, promovió la construcción de la carretera Huánuco-Río Bajo Ucayali.⁷³ Un monumental proyecto de conexión vial que, con 843 km, permitiría la comunicación directa de Lima con Pucallpa (selva baja central) y de ahí, vía fluvial, con Iquitos, principal polo comercial de la Amazonía peruana y eje de integración andina con el Atlántico. Durante su ejecución, reimpulsada durante el gobierno militar del General Oscar R. Benavides (1933-39), iniciada en 1937 y sometida a recurrentes denuncias de reclutamiento forzosos o “trata de indios”,⁷⁴ irían surgiendo de forma fortuita, núcleos de población -Tingo María fue uno de esos nuevos asentamientos-. Su culminación, en el año 1943, impulsó definitivamente los flujos migratorios hacia la región amazónica central.

⁷⁰ Estas tierras les habían sido otorgadas por el párroco de la Comandancia General de Maynas y del Vicariato de Moyobamba.

⁷¹ A pesar de las connotaciones que el término “colonización” arrastra, haré uso del mismo tanto porque su uso es el más extendido en la literatura especializada nacional como porque este expresa, tal vez de un modo involuntario, cierta relación de continuidad respecto al proyecto de conquista colonial que, a mi parecer se adecúa a la realidad.

⁷² Estos flujos migratorios internos que atrajeron a un gran número de campesinos pobres provenientes de las provincias de la sierra central provocaron niveles de urbanización y crecimiento demográfico sostenido de grandes dimensiones en la región de la selva alta, estuvieron además determinados tanto por factores de expulsión: las persistentes asimetrías de la estructura agraria andina, su ritmo de crecimiento vegetativo, la incapacidad del proceso de reforma agraria, el desempleo urbano; como por los de atracción: la construcción de carreteras de penetración, el apoyo legal a la titulación, las adjudicaciones, el apoyo técnico y crediticio, y a la construcción de obras de infraestructura básica y social (LESEVIC, 1984).

⁷³ El gobierno de Sánchez Cerro, de estilo populista y caudillista, quien había llegado al poder luego de un golpe militar en el año 1930, instauró un programa conservador y corporativista que reestablecía el poder de la vieja oligarquía civilista. Asimismo, promovió la acción colonizadora de nuevas tierras como sustituto de una reforma redistributiva. Asediado por la insurrección civil y las escasas reservas económicas, aprovechó un incidente en la frontera con Colombia para desviar la atención pública hacia el campo de la defensa nacional. Disponiendo, entre otras medidas, la construcción de la Carretera Huánuco-Río Bajo Ucayali, hacia la frontera oriental amazónica; a fin de movilizar las fuerzas armadas ante la amenaza de un conflicto bélico (KLARÉN, 2004).

⁷⁴ La ley de conscripción vial (1920) institucionalizó, al modo en que la mitra lo hacía durante el periodo virreinal, el reclutamiento forzoso y el trabajo gratuito (a cambio de una dieta miserable) de los comuneros indígenas, para la construcción de carreteras que favorecían principalmente a los hacendados.

Probablemente uno de los relatos que menos concesiones otorga a la retórica triunfalista de la que tanto gusta la historiografía local al referirse a la creación de Tingo María en junio de 1937, lo podemos encontrar en el libro autobiográfico del colono empresario belga Daniel Salleron (2008, p. 218):⁷⁵

Tingo María era lo que entonces se llamaba una **tierra de colonización**. Los grandes tractores Caterpillar habían abierto la carretera en dirección a la Amazonía profunda. Avanzaban algunos kilómetros a partir del último campamento. Cuando se encontraban demasiado lejos de su base para regresar por la noche, instalaban un nuevo campamento. Esos campamentos atraían "vivanderas" y otras muchachas de la vida. Luego los tractores se iban más lejos y algunas los seguían de un campamento al otro. Esas implantaciones se **convirtieron en embriones de pueblos, luego en pueblos**. Fue así cómo nació Tingo María.

A partir del año 1938, el Estado comenzó a alentar la colonización de esta región a través de una serie de dispositivos legales (Ley N.º 8621, de 1938;⁷⁶ R.S. de marzo de 1938; Ley 8687, de 1938⁷⁷), por medio de los cuales fue estableciendo las condiciones para la colonización, por migrantes nacionales y con fines agropecuarios, de estos territorios. Estableciéndose entonces la Granja de Colonización Experimental Agrícola (1937),⁷⁸ el Centro de Colonización Oficial de Tingo María (1938),⁷⁹ la Delegación de Tierras de Montaña,⁸⁰ y la Estación Experimental Agrícola (1942).⁸¹

⁷⁵ José Luis Leiva Estela (2012) establece una interesante y curiosa tipología de los colonos ribereños que había surgido en la región del VAH tras el derrumbe de la explotación del jebe (caucho) que va desde el colono común y mayoritario, sujeto a una "primitiva" economía familiar de subsistencia; el colono empresario que apoya su economía en la explotación de la fuerza de trabajo indígena; y el colono medio, "con aires de patrón".

⁷⁶ Ley de Expropiación de Terrenos de Montañas y Bosques, que resolvía a favor del estado y de los nuevos pobladores los litigios que estos tenían con la "Hacienda Pampayacu", propiedad del japonés Hajime Hoshi. Hoshi era, en verdad, un científico japonés, padre de la industria farmacéutica nipona, gran amigo de la familia real y había comprado grandes extensiones de tierra a las afueras de Tingo María para instalar su primera fábrica de cocaína.

⁷⁷ Ley base de la Colonización de Tingo María y creación del Centro de Colonización Oficial de Tingo María.

⁷⁸ La Granja de Colonización Experimental Agrícola sería la encargada, por medio de un servicio de ingenieros agrónomos ambulantes, de la enseñanza en métodos de cultivo, explotación de bosques y sistemas de crianza de ganado; entre otros.

⁷⁹ El Centro de Colonización Oficial de Tingo María estaba encargado de la racionalización (adjudicación y venta) de lotes y terrenos para los colonos.

⁸⁰ La Delegación de Tierras de Montaña era la entidad pública, dependiente de la Dirección de Fomento, encargada de conceder los permisos de exploración y explotación de las tierras de montaña.

⁸¹ La Estación Experimental Agrícola, sucesora de la Granja de Colonización y Experimentación, tenía a cargo la experimentación y extensión agropecuaria. Contaba con el apoyo del Programa Cooperativo de Experimentación Agropecuaria (PCEA), creado por Convenio entre el Perú y Estados Unidos en abril de 1942.

El valle ofreció a partir de entonces una alta gama de experiencias de colonización entre cuyos flujos tuvo presencia la inmigración de colonos extranjeros conducidos por una empresa privada o los proyectos de colonización estrictamente dirigidos por el estado (Proyecto Tingo María-Tocache-Campanilla). Aunque las más numerosas



Fotografía 7. Colonización oficial de Tingo María (1939): Primer contingente de colonos, junto a sus familiares, de Cañete dirigiéndose a Tingo María el 25 de julio de 1939 (Chira, 1959).

fueron las migraciones espontáneas, que incluyeron las migraciones interregionales entre cuencas selváticas -especialmente desde San Martín-, o las compulsivas y pendulares, entre los Andes y la Selva alta (LESEVIC, 1984).

Regresando a Salleron (2008), quien probó suerte en la región como incipiente y atribulado conductor de una compañía de pimienta durante los años cincuenta,⁸² este retrata de forma extraordinaria ese espíritu de conquista, en donde civilización y muerte se dan la mano, que tanto recuerda a las “gestas coloniales”. Y lo hace a través de una vibrante autobiografía donde relata -en ocasiones con distancia y horror-, su particular conquista del medio:

De esta tierra incógnita haré un jardín (...) no tardaremos más de tres meses en limpiar el terreno. El fuego termina el trabajo. (...) **Donde triunfaba la selva, reina la muerte.** Sin embargo, recuerdo mi alegría simple de entonces. **Una quema lograda era un paso hacia la civilización, hacia el progreso.** (...) Lograré humanizar algunas hectáreas de esta selva. (...) Cuando la compañía de la pimienta esté funcionando me instalaré en una oficina parecida. Yo también tendré sillones de cuero y ventanas con marcos de aluminio (pp. 183, 184, 245, 268).

Comenzaron entonces a realizarse adjudicaciones de propiedades tanto a los peones que habían trabajado en la construcción de la carretera, como a campesinos costeños sin tierra y remigrantes;⁸³ entre los cuales se favoreció la creación de la pequeña

⁸² Salleron no duda en revelar, además, el modo irregular en que consiguió sacar las semillas de pimienta desde Brasil.

⁸³ El patrón más frecuente de origen de los migrantes (40 %) era el de personas nacidas en la sierra que remigraban a la selva después de haber migrado inicialmente hacia las ciudades o haciendas costeras (Aramburú, 1989).

y mediana propiedad.⁸⁴ La concesión incluía una hectárea plantada con *pan llevar*,⁸⁵ herramientas y la orientación técnica de la Granja de Colonización.⁸⁶

Sin embargo, los principales favorecidos por aquellas concesiones resultaron ser algunas pocas empresas e inversionistas privados (Familias Pratto, Duran, Esquivel; o las empresas Tea Gardens, MAPRESA, SAIPAI;⁸⁷ entre otros), quienes recibieron amplias áreas para su explotación agropecuaria extensiva. Estas haciendas o latifundios de selva serían los introductores de los cultivos extensivos agroindustriales; como fueron el jebe o árbol del caucho,⁸⁸ la quina⁸⁹ y el cube barbasco;⁹⁰ así como la explotación de plantaciones comerciales -café, té, cacao, coca- y la ganadería.⁹¹ Tres de aquellos productos agroindustriales -el caucho, la quina y la coca-, tuvieron además una importancia central en la Segunda Guerra Mundial.

Las grandes y medianas plantaciones comerciales fueron las encargadas de formar un amplio mercado de trabajo eventual que, aunque atrajo flujos migratorios de carácter pendular, siempre padeció escasez de mano de obra. Por lo que se acudió al uso del

⁸⁴ Los colonos eran clasificados de acuerdo a la extensión de las tierras que se les iba a otorgar en: pequeños propietarios (concesiones desde 15 hasta 30 hectáreas de terreno), con mediana propiedad (hasta 100 hectáreas) y los grandes propietarios o Núcleos de Explotación Agropecuaria extensiva (con propiedades de más de 100 y hasta 3000 hectáreas).

⁸⁵ Los *cultivos de pan llevar* hacen referencia a aquellos productos para el uso alimenticio: arroz, yuca, plátanos, maíz, frijol, etc.

⁸⁶ Ese fue el caso, entre otros, de la localidad de Naranjillo, en la zona adyacente a la ciudad de Tingo María (hoy situado en el distrito de Padre Felipe Luyando), que recibió varios contingentes de migrantes, originariamente de Cañete (Lima).

⁸⁷ La Sociedad Anónima Ítalo-Peruana, Agrícola, Industrial (SAIPAI), se instaló en el año 1947, mediante un convenio bilateral ente los gobiernos de Perú e Italia, en el Sector de “Santa Lucía”, a 30 kilómetros de Tingo María. Allí operó durante diez años en una concesión de 1500 hectáreas en la que sus accionistas invirtieron un millón de dólares para el sembrío de café, caucho y cementeras. Y a cuya liquidación surgió la Cooperativa Agraria de Producción “Perú Oriental” Ltda.

⁸⁸ La explotación del jebe o caucho silvestre en el VAH recobra importancia durante la Segunda Guerra Mundial cuando el aumento de la demanda internacional hizo repuntar de nuevo los precios del mercado. La Estación Experimental Agrícola de Tingo María, en virtud del Convenio PCEA firmado con los Estados Unidos (1942), desarrolla el “Programa Cooperativo del jebe del Perú”, destinado a la investigación para el establecimiento de la industria del jebe del país (CHIRA, 1959). Sin embargo, esta actividad, que contó con un apoyo decidido del Banco de Fomento Agropecuario del Perú, decayó drásticamente al finalizar la guerra y el descubrimiento del caucho sintético.

⁸⁹ La quina (o cascarilla), cuya corteza resulta de vital importancia para combatir la malaria en zonas tropicales indujo a la firma de un Convenio de exploración con los Estados Unidos, en julio de 1943, en vista de la supremacía japonesa de las fuentes habidas en Asia.

⁹⁰ El barbasco (o cube), es una planta nativa de las selvas tropicales cuyos componentes activos son la rotenona y la deguelina, y es usada principalmente como insecticida y piscicida (veneno de peces) comerciales.

⁹¹ La ganadería tuvo una gran acogida desde el año 1937 con ganado vacuno criollo, ovino, caprino y aves de corral.

“enganche” (o habilitación) para la obtención de la fuerza de trabajo de forma coercitiva (BEDOYA, 1982).

Con todo, el ordenamiento social de la hacienda era sustentado en la coacción de los trabajadores indígenas traídos de la sierra -principalmente de Huánuco-, y relativamente poco había cambiado, en ese sentido, desde que aquella servidumbre semifeudal iniciara su institucionalización, durante el periodo colonial, a partir del "repartimiento" y de la "encomienda". El propio Salleron (2008), retrata sin adornos cómo se realizaba una típica transacción de trabajadores entre el patrón (hacendado) y el enganchador, en el VAH, en los años cincuenta:

Una mañana los camiones de la Sierra llegan a las plantaciones. Los chacareros paran sus camionetas al lado del camión y comienzan las negociaciones.

- Tengo doce, quince o tres buenos trabajadores.
- En el camión los muchachos escuchan en silencio, mascando sus bolas de coca.
- Bueno ¿cuánto es?

Entonces se discute el precio y las condiciones. Este puede trabajar tres semanas; este otro, dos. Se termina por hacer negocio.

El chacarero le paga al enganchador. **La deuda pasa ahora a manos del chacarero.** El Peón se compromete a trabajar tantos días en la plantación. Recibirá sólo una parte de su jornal. La mayor parte servirá para pagar la deuda, el adelanto. El chacarero le dará comida, vivienda y trabajo.

Por eso hay que **confiscar los sombreros por la noche** (Un serrano no parte nunca sin su sombrero. Hay que retenerlos hasta que hayan terminado de pagar su deuda). ¿Sistema injusto? ¿Comercio de mano de obra? ¿Venta de mercancía humana? Todo depende. Para los interesados es **un sistema que funciona a satisfacción de todos** (pp. 219, 220).

En fin, es difícil siquiera imaginar que esta forma de dominación y explotación humana -a la que hoy denominamos “trata de personas”-, que a su vez operaba sobre la base de una compleja red de prestigio, diferenciación y poder gerontocrático al interior de comunidades campesinas alto andinas, fuertemente estratificadas y sometidas a un rígido sistema de cargos político-religiosos (MATOS 1976), funcionara en verdad a satisfacción de “todos los interesados”.⁹²

⁹² Por lo general las deudas que los comuneros contraían con los enganchadores provenían de los adelantos que estos oportunamente les hacían para que aquellos pudieran realizar sus aportaciones a las fiestas religiosas al ser nombrado mayordomo durante las fiestas patronales (una costumbre comunitaria de obligado cumplimiento). Los mayordomos, sus parientes y hasta sus amigos que cargaban con numerosos gastos (ron, cañazo, músicos, petardos, cirios, corridas de toros, etc.), terminaban endeudados con los prestamistas que, por lo general, eran enganchadores y formaban parte de esa red de explotación laboral que suministraba a las haciendas de mano de obra semi esclava.

Con todo, el régimen de trabajo en estos latifundios, en la modalidad de “operarios” de por vida o de “mejoreros” (especialmente en fundos de café y coca)⁹³ -a los que el historiador huanuqueño José de Varallanos (1959) tildó de “pequeños infiernos verdes”-, queda perfectamente reflejado en el comunicado que el Prefecto de Huánuco, Coronel Ruperto Delfín, emitió al Ministro de Gobierno en Lima, allá por el año 1873, a propósito de un informe estadístico del Departamento Fluvial de Huánuco. Y en donde, -se debe reconocer que rayando cierto desgarró humanista-, aprovechó para hacerle referencia a los métodos de secuestro y explotación que los latifundistas dispensaban a los trabajadores, con la complicidad de las autoridades civiles, judiciales y policiales:

En la montaña de Chinchao ha muerto más gente, según dicho vulgar, que la que hemos perdido en nuestras guerras intestinas. Sufren cuánto quiere hacerles el patrón, que los encadena, los encierra en calabozos insalubres, los azota y maltrata por la menor cosa. Los hacendados hacen lo posible por **que el operario no pague la deuda que contrae**, para que lo sirva toda su vida, él, su esposa, sus hijos y aún los nietos, quiénes contestan por la deuda de sus mayores. (...) El alimento que le vende al peón el hacendado, es mayor su precio que el jornal, por cuyo motivo un jornalero **en toda su vida no sale de la hacienda**, a consecuencia de la deuda que contrae. (...) No se da instrucción de ninguna clase a los operarios ni a los niños descendientes de estos. Tratan de **conservarlos en la mayor ignorancia** a fin de tenerlos subyugados. (...) Ni el patrón ni sus operarios oyen misa nunca, sin embargo de ser católicos, ni tienen domingo ni día de fiesta, el trabajo es todo el año, por cuyo motivo **los indios en general son raquíuticos, de poca vida**, siendo raro el que pasa de los sesenta años. (...) **Muchas veces tienen estos pobres indios que fugar** para pedir el apoyo de la autoridad y exigir que ante un juez de paz se le haga la debida liquidación. Como el juez las más veces es hacendado, trata de que el operario quede debiendo para obligarlo a volver a la hacienda. (...) En la raza indígena, la talla es mediana, muy abyecta, muy humillada y **reconocen una superioridad en los blancos al extremo de dejarse maltratar sin quejarse**.

Como se puede apreciar, por lo visto aun tímidamente, la fuga comenzó a ser una modalidad de emancipación para los trabajadores de las haciendas que, sometidos a relaciones de servidumbre no capitalistas, en costa, sierra y ahora selva, necesitaban una vez más obtener unas bases materiales de subsistencia autónoma. Y cuyas demandas en términos políticos, su legítimo “interés”, se expresaba a través de la lucha que el movimiento campesino organizado venía desarrollando, desde el primer cuarto del siglo

⁹³ Mejoreros: trabajadores de las haciendas de montaña o selva alta a los que se les entregan pedazos de terrenos que deben desmontar y cultivar (mejorar) y están obligados a devolver al dueño antes de la segunda cosecha; así como a recibir compensación económica (diez pesos por arroba de coca, aunque sujeta a numerosos abusos) por lo que producía la chacra o, en su defecto, tierra para cultivar (VARALLANOS, 1959).

XX, por transformar las asimetrías históricas en los patrones de tenencia y propiedad de la tierra históricamente asimétricos (KAPSOLI, 1987).⁹⁴

Con todo, la dinámica demográfica de la región entre 1940 y 1981, resulta congruente con la evolución demográfica del país y similar a la observada en otras zonas de colonización.⁹⁵ Entre los rasgos predominantes se puede mencionar como los más resaltantes los siguientes: preeminencia de un gran crecimiento poblacional rápido y constante mediante una migración espontánea;⁹⁶ la articulación de esta con el desarrollo infraestructural y económico;⁹⁷ la gran proporción de migrantes múltiples;⁹⁸ y de un perfil migratorio de hombres jóvenes, con experiencia agrícola, con altos niveles de escolaridad y en busca de tierras (principalmente) y trabajo,⁹⁹ que respondían a las oportunidades económicas asociadas al cultivo ilegal de la coca y, con posterioridad, se estabilizan residencialmente en el VAH. En conclusión, la dinámica migratoria de la región, entre

⁹⁴ Para una mayor profundización en las transformaciones de la estructura agraria nacional durante el siglo XX es esencial revisar, luego del constituyente “Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana” de José Carlos Mariátegui, a la época dorada de los estudios sobre la cuestión agraria en el Perú, durante los años setenta y ochenta. Estos ponen énfasis, de forma no necesariamente excluyente, en distintos aspectos transicionales que signaron el quiebre; estos son: la crisis estructural del estado oligárquico a partir del proceso de modernización capitalista y la consolidación de un estado burgués (véase “Estado y Política Agraria” de Henry Pease, 1977); la profundización de los modos de producción capitalista dependiente, dentro de un desarrollo global desigual y combinado con otras formas de producción no capitalista (véase “A propósito del carácter predominantemente capitalista de la economía peruana actual, 1960-1970” de Rodrigo Montoya, 1971); la descomposición simultánea de las estructuras tradicionales en el sistema de haciendas y en la estructura comunal campesina (véase “Hacienda, comunidad y campesinado en el Perú” de José Matos Mar, 1976.); los procesos de transición inacabada del capitalismo agrario en el país (véase “Economía Agraria de la Sierra Peruana ante de la reforma agraria de 1969” de José María Caballero, 1981); los procesos de formación del movimiento campesino organizado (KAPSOLI, 1987); o la Reforma Agraria emprendida por el Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada (véase “La reforma agraria en el Perú” de José Matos Mar y José Manuel Mejía, 1980).

⁹⁵ La evolución demográfica del Perú a lo largo del siglo XX está caracterizada por el tránsito, intenso y sostenido a través de procesos migratorios, de una población predominantemente andina a una mayoritariamente costeña. En ese sentido, la costa concentra el 11 % de la superficie y ha pasado de albergar el 28,3 % de la población total (1940) a ser el 58 % (2017); en buena medida fruto de los flujos migratorios internos a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. La sierra con el 26 % de superficie ha pasado del 65 % (1940) al 28.1 % (2017) de la población. Finalmente, las llanuras tropicales de selva con el 63 % de superficie, han transitado entre el 6.7 % (1940) y el 13.9 % (2017) de la población.

⁹⁶ Entre los años 1940 y 1981, la población del VAH creció cerca de once veces su número original (de 11.623 a 1.234.600 de personas) y hacia inicios de la década de 1970, bajo la influencia de la construcción de la carretera Marginal, la tasa de crecimiento poblacional anual llegó al 6,2 %, superando en promedio la nacional. Cerca del 90 % de los colonos asentados en el VAH procedía de otros lugares, principalmente de la sierra (70 %), de donde llegaron de forma espontánea, especialmente durante el periodo final (1973-81), posiblemente influidos por el fracaso de la Reforma Agraria y el crecimiento de la economía de la coca, como factores de expulsión y atracción, respectivamente (ARAMBURU, 1989).

⁹⁷ El patrón histórico de asentamiento ha seguido los avances de la construcción de la carretera Huánuco-Bajo Ucayali (años 40 a 60) y de la carretera Marginal de la Selva (años 60 a 80), de sur a norte del VAH.

⁹⁸ Aproximadamente el 40 % de los inmigrantes contaban con experiencia migratoria previa, preferentemente de la sierra a la costa seguida de una re migración hacia la selva (ARAMBURÚ, 1989).

⁹⁹ Más de la mitad de los migrantes (entre 53 % y 57 %) llegaron al VAH en la búsqueda de tierras (ARAMBURÚ, 1989).

1940 y 1981, estuvo marcada por una intensificación de la migración rural-rural, principalmente de origen andino y de carácter espontáneo, aunque supeditada a estímulos inducidos, de una u otra forma, por el Estado (Ver cuadro 1) (LESEVIC, 1984).¹⁰⁰

POBLACIÓN DEL ALTO HUALLAGA (1940-1981)				
	1940	1961	1972	1981
Población total	11,623	45,187	92,237	134,600
Porcentaje rural	64,8 %	62,3 %	62,6 %	58,3 %
Porcentaje urbano	35,2 %	37,7 %	37,4 %	41,7 %
Tasa de crecimiento anual	5,6 %	6,2 %	4,2 %	
Tingo María	s/d	s/d	12,198	15,528

Tabla 1. Población del Alto Huallaga/ Tingo María (1940-1981): Provincia de Leoncio Prado (Dpto. Huánuco) y Provincia de Mariscal Cáceres (Dpto. San Martín) Fuente: ARAMBURÚ, 1989, p. 234-235.

Será entonces, durante la progresión de gobiernos desarrollistas de los años cincuenta y sesenta, cuando comienza a darse el impulso más intenso a la colonización del VAH.¹⁰¹ Entre las primeras experiencias se encuentran las “Colonias Militares Agropecuarias” del presidente J. L. Bustamante y Rivero (1945-1948). Posteriormente, durante el gobierno de Manuel Prado y Ugarteche (1956-1962), fueron impulsados algunos intentos de colonización semi dirigida por el Estado, de carácter experimental; como el de La Morada.¹⁰² Un pasaje del cronista local José Luis Leiva (2012), retrata de

¹⁰⁰ Las tasas netas de migración (por 100 Hab.) durante los periodos intercensales de 1940 a 1961 refleja un mayor crecimiento en términos relativos para la región Selva (de 0,95 a 3,55) frente a las que se dirigen a la región Costa (de 3,01 a 5,72) (ARAMBURÚ, 1979).

¹⁰¹ En un contexto marcado tanto por la guerra fría (1947–1953) como por la experiencia de la revolución cubana (1953-59), la premisa de que los problemas económicos y sociales domésticos podían ser convenientemente manejados a través de la conquista de nuevos territorios, encontró rápidamente una total sintonía con los postulados de la Alianza para el Progreso estadounidense (1961-1970), quien perseguía el desarrollo de una América Latina fuera del radio de influencia del eje comunista (PAREDES y MANRIQUE, 2018).

¹⁰² La experiencia colonizadora de La Morada, en la Provincia del Marañón (Leiva, 20012), inició con el impulso de la Asociación Colonizadora de Padres de Familia “La Morada”, formada por un centenar de pobladores del denominado “Cinturón de la miseria” de Lima. Ésta contó con la supervisión y apoyo técnico y económico del Estado, quien reservó (R.M. N.º 1011 de 1960) un área de 13 mil hectáreas para el área urbana y la lotización agraria (con lotes de hasta 30 hectáreas), con el objeto de realizar la actividad agropecuaria (café cacao, cítricos y ganadería). El proyecto, que había recibido presiones por parte de las oligarquías costeñas ante el temor de quedarse sin mano de obra, se puso en marcha en junio de 1960. Sin embargo, en el año 1967, frustrados tras interminables promesas incumplidas de apoyo técnico (Oficina de Reforma Agraria del Huallaga Central) y crediticio (Banco de Fomento Agrario) por parte del Estado, los

forma muy conmovedora, la ilusión redentora con la que estos colonos recién llegados a La Morada -seguramente como muchos otros a lo largo y ancho del VAH-, iniciaban una nueva vida con acceso a la tierra:

Al llegar a La Morada, los colonos se arrodillaron y rezaron un padre nuestro. Los más emotivos, **con lágrimas en los ojos, besaban fervorosamente la tierra del lugar**; otros lanzaban trozos de tierra y hierba al aire. Cuando los ánimos se calmaron, (...) entonaron el himno nacional y luego de un corto debate cogieron sus machetes varones, mujeres y se pusieron a trabajar en la construcción del campamento provisional (p. 105-106).

Pero el más ambicioso proyecto de colonización del VAH tuvo lugar años más tarde, durante el primer gobierno de Fernando Belaunde Terry (1963-1968).¹⁰³ Años antes Belaunde fue sentando las bases de su proyecto, bajo la premisa de convertir a la Amazonía en una “tierra sin gente, para gente sin tierra” (1959).¹⁰⁴ Un mito oficial que afirmaba la existencia de un vasto territorio, “abundantemente productivo” y “vacío”, que esperaba la llegada de individuos emprendedores para que se asienten y cosechen sus riquezas. Lo que mantuvo a un altísimo coste social -basta recordar los sucesos del Alto Yavari-;¹⁰⁵ inaugurando de este modo “el síndrome del perro del hortelano” que, insistiendo en la oposición “primitivista” de los indígenas al progreso, ha caracterizado desde entonces el estilo de desarrollo centralista de la Amazonía.¹⁰⁶

colonos comenzaron a abandonar masivamente sus tierras, muchas de las cuales aún no habían logrado siquiera titular. Paralelamente el VAH se cocaliza y La Morada, finalmente, acompaña este auge.

¹⁰³ El primer gobierno de Fernando Belaúnde Terry y su partido Acción Popular (1963 a 1968), supo encarnar las aspiraciones de la burguesía nacional y de la clase media urbana con su política reformista democrática y su alternativa amazónica. Lo que le convirtió además en aliado ideal del gobierno norteamericano.

¹⁰⁴ Belaunde publicó en 1959, años antes de llegar al poder, un libro esencial para entender su proyecto político desarrollista posterior “La conquista del Perú por los peruanos”. En él argumentaba que la solución para los problemas económicos y sociales del Perú, como para la futura integración de América Latina, se encontraban en su vasta e inexplorada región amazónica.

¹⁰⁵ A inicios de 1964 y luego de que estos fuesen acusados de matar a dos trabajadores de una compañía maderera que operaba de forma ilegal en su territorio, el presidente Fernando Belaúnde Terry ordenó bombardear y ametrallar, con asistencia de la fuerza aérea norteamericana que prestó aviones cargados de Napalm, a tres de los cuatro clanes de los indígenas mayoruna (matsés) del río Yaquerana, en el Alto Yavari (Ucayali).

¹⁰⁶ El “Síndrome del perro del hortelano” hace referencia a la serie de artículos –así como la polémica que estos desataron- que bajo la dicotomía “Progreso/Ociosidad” presentó el expresidente Alan García Pérez durante su segundo mandato (2006 – 2011). Y que como sabemos culminó con “El Baguazo”, que se cobró la vida de 33 personas. Transcribo una parte: “*Así pues, hay muchos recursos sin uso que no son transables, que no reciben inversión y que no generan trabajo. Y todo ello por el tabú de ideologías superadas, por ociosidad, por indolencia o por la ley del perro del hortelano que reza: «Si no lo hago yo que no lo haga nadie»*”. (Diario El Comercio; 28.10.07)

Para sentar las bases de su plan de desarrollo, el gobierno belaudista emprendió la construcción de la Carretera Marginal de la Selva.¹⁰⁷ Esta infraestructura buscaba



Fotografía 8. “La (Carretera) Marginal está en la última lona. Bache fatal en la Divisoria” Revista Pura Selva, N.º 48, p. 30.

ampliar la ocupación colonizadora del VAH mediante la incorporación de nuevas áreas de producción agropecuaria, en dirección a la zona norte del valle; la menos poblada hasta ese momento.¹⁰⁸ Su construcción fue crucial para el asentamiento de nuevas comunidades a ambos lados de la cuenca norte del Alto Huallaga, y complementaria a su red fluvial, con poblaciones heterogéneas y de escasos

recursos llegadas desde la sierra de Huánuco y Ancash o de las regiones selváticas de San Martín o Loreto. La existencia de estas dos vías medulares -la Central, hacia Pucallpa y la Marginal, a lo largo del curso del río Huallaga-, transformó social, cultural y sobre todo económicamente el valle; integrando su producción agropecuaria de forma vertiginosa, asimétrica y desordenada a la vida económica del resto del país. Sin embargo, estos campesinos quedaron en las manos monopólicas y, en no pocas ocasiones, inescrupulosas de los grupos de comerciantes e intermediarios que proliferaron a la par que los campesinos.¹⁰⁹

De forma paralela a la construcción vial, se formuló un programa de colonización oficial iniciado en 1966 que contaba con el respaldo económico del Banco Interamericano de Desarrollo y abarcaba el área comprendida entre Tingo María (en Huánuco) y Campanilla (en San Martín); es decir, a lo largo de toda la cuenca del VAH, el Proyecto

¹⁰⁷ La Carretera Marginal de la Selva o Longitudinal de la Selva, que actualmente lleva el nombre de Carretera Fernando Belaunde Terry, es una infraestructura vial a lo largo del piedemonte oriental andino de norte a sur, incorporada a la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura General Suramericana (IIRSA). Iniciada mediante el acuerdo de la Comunidad Andina (1963), en la actualidad (datos para el año 2014), el tramo peruano, de 2.454 km, se encuentran avanzado en un 82 % de su trazado.

¹⁰⁸ La Marginal llegó a Aucayacu en 1965 y a Tocache en 1972. De donde prosiguió hacia el norte de la provincia de Mariscal Cáceres.

¹⁰⁹ Los intermediarios llegaron a una situación monopsonica en la que imponían los precios del mercado debido al monopolio sobre los medios de transporte (camiones y balsas), y dado que los campesinos no contaban con otro capital entregaban a cuenta de cosechas futuras (dado que el Banco agrario no daba crédito a los cultivos tradicionales – plátanos, yuca maíz- ni a aquellos agricultores sin título de propiedad), y obtenían una mayor tasa de ganancia manteniendo los precios por debajo del costo social de producción (ARAMBURÚ, 1979).

de Colonización Tingo María-Tocache-Campanilla, cuyo objetivo principal era servir de alternativa al asentamiento de población marginal urbana.¹¹⁰ En 1971, con el 80 % de sus metas cumplidas, en términos cuantitativos, el proyecto fue retomado por el Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada (1968-80),¹¹¹ quien además trató de impulsar una ambiciosa, aunque incompleta, Reforma Agraria (D.L. 17716) que afectó principalmente a las haciendas de la sierra y tan solo a algunos de los más antiguos y extensos fundos, en la parte sur del valle, otorgados como vimos a unas pocas familias y empresas, a partir del 1938.

Con todo y bajo un clima político favorable a la expansión agrícola, los asentamientos espontáneos de terrenos baldíos por migrantes provenientes de la sierra se convirtieron entonces en la modalidad principal de expansión y la base social de la propuesta militar. El gobierno militar, desechando el asentamiento individual y multifamiliar inicial del proyecto, priorizó, desde ese momento y hasta la culminación del proyecto en 1973, la creación de cooperativas de producción (CAPS) y servicios (CAS) que reorientó principalmente hacia la producción de ganadería de carne mediante el desbosque mecanizado a gran escala; que se convertiría además en la actividad prioritaria del crédito en el VAH.¹¹² Bajo las formas colectivas de propiedad (la “parcela bilocular” familiar y colectiva) y el sistema de ventas “preferenciales” para legalizar las ocupaciones *de facto* se completan los procesos reformistas de este gobierno. El resultado final fue, no obstante, la preeminencia de una colonización desordenada que saturó prematuramente las posibilidades de absorción demográfica y sostenibilidad ecológica de la cuenca; sometiéndose, eso sí, desde una base social, a las leyes de mercado y participaba de la racionalidad de la acumulación capitalista.

La población asentada durante el tramo final del proyecto, muy por encima de las metas oficiales del mismo, debido al flujo espontáneo que aquel apenas había conseguido

¹¹⁰ El Proyecto de Colonización Tingo María-Tocache-Campanilla, iniciado en 1966, tenía por meta el asentamiento de 4 680 familias en un área de 130.000 has. Y contaba con un presupuesto inicial de 30,3 millones de dólares, la mitad del cual era proporcionado por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) que aportó un total de 41 millones de dólares entre 1966 y 1973.

¹¹¹ En 1970, el gobierno del general Juan Velasco Alvarado reubicó a 45 familias damnificadas por el terremoto de Yungay, Huaraz en el pueblo de Paraíso. Poco tiempo después Paraíso pasó a ser, con 8 aeropuertos clandestinos donde se operaban unos 10 a 15 vuelos diarios con entre 500 y 1000 kilos de droga, uno de los más importantes centros de expansión del cultivo de la coca para el TID (PAUCAR, 2006).

¹¹² En el VAH, la mayoría de cooperativas fueron constituidas a partir de asentamientos espontáneos y, en un solo caso, sobre la base de la afectación de un complejo agroindustrial (SAIPAI).

controlar parcialmente, sumado a la proliferación del cultivo de roza o agricultura migratoria -basada en la rotación de los campos de cultivo más que en la rotación de estos últimos-, contribuyeron a propiciar el desorden legal respecto a la estructura de la tenencia



Fotografía 9. Desde Pampayacu hacia La Tierra Prometida: Dos fotografías de la familia de Amador Mariluz Narciso (Revista EPA, 1978, p. 65).

de tierras.¹¹³ Lo que, en muchos casos y dada la dificultad para que los nuevos colonos accedieran al sistema de créditos agrícolas, comprometió considerablemente la estabilidad económica de los nuevos colonos. Para la segunda mitad de la década de 1970, con la demanda internacional de la cocaína en pleno auge, alrededor del cultivo de la hoja de coca que, con escasas excepciones, había dejado de ser un

lícito,¹¹⁴ emergió un dinámico mercado negro ligado al narcotráfico, pasando a ser el producto estrella del VAH. La coca se expandió entonces como cultivo colonizador a lo largo y ancho del valle, que pasó a ser la principal zona cocalera en el país, consiguiendo reforzar la maltrecha economía campesina que parecía haber encontrado la luz al final de un largo túnel.

Nos encontramos en 1978 y los reporteros de la revista EPA publican, entre otras similares, la experiencia del colono Amador Mariluz Narciso, de 67 años, a la que titulan “Desde Pampayacu hacia la Tierra Prometida”. Amador había llegado junto a otros amigos a Tingo María procedente de la serranía de Pampayacu, en el distrito de Pachas, el 16 de abril de 1936; tras una dura y riesgosa travesía de diez días que incluyó el ser arrastrados por la corriente de aguas bravas que los arrastró, río abajo, hasta la desembocadura del Tulumayo, y a la que consiguieron sobrevivir aferrándose con todas sus fuerzas a aquella frágil balsa de troncos amarrados con sogas.

Hasta la llegada de la Reforma Agraria, la que le hizo realmente dueño de su propia tierra, trabajó como mejorero del fundo “Shapajilla” a las órdenes de José Pratto,

¹¹³ Un estudio realizado en el área del proyecto en el año 1974 revelaba que el 89 % de los colonos existentes declaraba la actividad agropecuaria como su actividad principal, además de que un 66 % declaraba haber migrado con toda la familia para dar apoyo a la economía familiar (ARAMBURÚ, 1989).

¹¹⁴ Algunos antiguos agricultores seguían formando parte del censo de cocaleros que suministraban a la estatal Empresa Nacional de la Coca (ENACO), creada el año 1949, quien aún hoy día tiene el monopolio en la comercialización y derivados de la hoja de coca.

quien le pagaba dos soles por jornal. Cuarenta años después de su llegada y después de haber visto a muchos campesinos abandonar la región luego de perder todos sus ahorros y esperanzas, conducía junto a su esposa Herlinda Dolores Bravo, un fundo de 21 hectáreas -de las que 4 eran de coca-, que junto con la secadora de hojas les permitía sacar adelante una familia con ocho hijos y en la que depositaban toda su esperanza, como la única fuente de ingresos segura con la que decían contar. En sus propias palabras:

¡Que viva la vida! (...) Para nosotros, **la coca ha sido como una tabla de salvación** que nos ha permitido subsistir durante muchos años, que nos ha servido para que nuestro desarrollo como trabajadores del campo no se detenga y ha sido, en suma, un cultivo beneficioso para quienes han hecho con él un trabajo honrado y metódico. (...) No hemos tenido oportunidad de encontrar una alternativa rentable y, sobre todo, **siempre hemos escuchado promesas y ofertas de estudio sin que se hayan materializado nada de ello.**¹¹⁵

De nuevo el azar quiere que este trecho de la historia acabe donde comenzó, ya que Amador, al igual que *Nunash* y *Cuynac*, llegó a Tingo María procedente de Pachas, en la sierra huanuqueña. Así que llevado un poco por el asombro y un poco por mi curiosidad, no me quedó otra que buscar rápidamente el significado de esa palabra de origen quechua que se encuentra en la intersección de estas dos historias, la mitológica y la histórica. Y encontré lo siguiente:

Pachas: (sustantivo quechua, castellanizado o mestizo) tierra.

¹¹⁵ Revista EPA, 1978, p. 65.

CAPÍTULO 3. LOS PANATAHUAS Y LA GÉNESIS DE LA COCALIZACIÓN DEL VAH

Transcurrido un tiempo desde mi llegada a Tingo María, una gran parte de sus aspectos singulares comienzan a hacérseme más familiares, menos extraños; dejando poco a poco atrás ese encantamiento inicial, esa seducción por las cosas emblemáticas que envuelven la experiencia foránea. Sin embargo, en mi búsqueda de aquellas identidades simbólicas que se expresan a través de los imaginarios sociales presentes en el espacio público, acaba surgiendo un tercer elemento, quizás más sutil que los anteriores, conformando lo que, en el péndulo entre lo común y su vacío, podríamos denominar la memoria de la ausencia. Una memoria que emerge al positivizar aquellos aspectos que la historiografía local elude en su formulación del pasado. Ubicándose por tanto como un eco local de la propia narrativa civilizatoria, ya que encierra de forma velada una dimensión insólita, aunque gravitante: la colonialidad. Tal vez todo esto se entenderá mejor acudiendo al largo proceso en que este encuentro con “lo ausente” se gestó.

Pues bien, a propósito de una visita que hice a Carlos Ávila, profesor, historiador local y amigo, éste me comenta que las instituciones educativas con una tradición más visible en la ciudad son, el Colegio Nacional Emblemático “Gómez Arias Dávila” y el Colegio Nacional “Padre Abad”; siendo este último, anteriormente particular y confesional, el que marcaba además la diferenciación social en el contexto local. Por lo que, seguidamente, me dediqué a indagar más acerca de estos dos personajes a los que la memoria local rinde homenaje; así como en base a qué méritos o desplazamientos merecen tal distinción.

A pesar de su notable fracaso en la búsqueda de nuevos territorios en el piedemonte amazónico durante el gobierno virreinal, el capitán español Gómez Arias Dávila (GAD) ha merecido un lugar preferencial en la historiografía huanuqueña.¹¹⁶

¹¹⁶ El historiador y senador huanuqueño José de Varallanos fue quien impulsó el proyecto de ley para la creación y denominación del “Colegio Nacional Gómez Arias Dávila” (Ley N° 14095; promulgada el 14 de junio de 1962). Durante la sesión de la Cámara de Senadores del 15 de noviembre de 1956, el propio historiador sostuvo: “*Me he permitido consignar el nombre de “Gómez Arias Dávila” porque deber nuestro es honrar a los hombres que con su talento, economía o valor contribuyeron a descubrir y*

Reconstruyamos ahora brevemente su contribución a la ocupación del VAH a partir de los textos del historiador local José de Varallanos (1959).

El militar, quien por su participación en la campaña del “Pacificador” Pedro de La Gasca contra la rebelión de Gonzalo Pizarro había sido nombrado en 1548 encomendero de los indios chupachos, dedicados al cultivo de la hoja de coca, la miel y las explotaciones de madera en el valle de Chinchao, Pumahuasi y otros lugares de la ceja de selva de Huánuco, ejerció de forma controvertida su mandato; por lo que fue objeto de repetidas “visitas”.¹¹⁷

En 1552 y 1561 los pobladores de la encomienda presentaron sendas denuncias del encomendero ante la Real Audiencia de Lima; tanto por los excesos en el cobro de tributos, como por los abusos a los que eran sometidos durante los duros trabajos que aquél les imponía. Aun así, el encomendero, ávido de riquezas y prestigio político solicitó autorización para la “conquista de la región selvática”, el “Rupa Rupa”, considerada entonces la “frontera de bárbaros” y la “cabecera del soñado país de El Dorado”, el famoso emporio de oro y canela.

Una vez autorizado y nombrado promisorio gobernador de los territorios que conquistara en el “Nuevo Imperio”, la expedición de GAD inicia su penetración en “las provincias de los Panataguas, Tulumayo, Sisimpar y Pacay”, al sur del VAH, en 1557; tal y como hiciera Alonso de Mercadillo años antes (1538), con igual suerte. Sus huestes, compuestas principalmente por soldados, contó con la mediación de los frailes franciscanos Antonio Jurado y Francisco de Olivares, así como la interlocución, entre otros, del cacique principal de los sisimpares, Matimira; quien fue ultimado durante un enfrentamiento con los “indios de guerra panatahuas”. Estos, al igual que las otras

conquistar a la civilización la Amazonía”. Y remarcaba, además, “(así) se vigoriza nuestro sentimiento de nacionalidad cuando se perpetúa y recuerda los nombres de los que con su esfuerzo y valor conquistaron nuevas zonas de la Región Amazónica, incorporándolas a la civilización y a la fe, como lo hiciera el Capitán Gómez Arias Dávila, Conquistador de Rupa Rupa en 1557”.

¹¹⁷ A través de la institución de la encomienda, se ordenaba el derecho colonial por el que el encomendero, a cambio de recaudar los tributos en especie o trabajos por parte de los indígenas que se les entregaban, debían encargarse de garantizar la doctrina, defensa y amparo de aquellos. De modo que la primera obligación del encomendero, según la legislación indiana, debía ser el juramento de tutoría y buen trato que aquel daría a “sus indios” ante el gobernador o virrey. La encomienda se convirtió, sin embargo, en una forma de explotación de las poblaciones indígenas; lo que trató ser regulado por intermedio de las denominadas “visitas”.

comunidades selváticas con las que se encontraron, se mostraron siempre “hostiles y reacios al sometimiento”.¹¹⁸

Meses más tarde y concluida la expedición con un resultado tan desalentador, GAD fue acusado además por algunos de sus subordinados, ante la Real Audiencia de Lima, por el maltrato a los chupachos y panataguas durante la misma; motivo por el cual en 1560 fue condenado a la suspensión del repartimiento y a destierro por seis años. A pesar de todo, la sentencia fue reducida el mismo año y reconsiderada en 1561, facultándole para que prosiguiera en su proyecto colonizador del Rupa Rupa; poco tiempo antes de que, en 1562, le sobreviniera la muerte.

A pesar de que las incursiones para acumular riquezas, prestigio u honor en territorios indígenas por la vía estrictamente militar cesaron por más de sesenta años desde la expedición de GAD, aquellos primeros encuentros bélicos entre el gobierno virreinal y las poblaciones amazónicas -que venían además de ser tensas con el imperio incaico-,¹¹⁹ fueron acumulando una dilatada experiencia traumática frente a “los otros”, colonizadores “civilizados” (ZAVALA, 2015).

Por lo que no debiera extrañar que, en algún espacio de la historiografía local -si se quiere, genuinamente subalterno e inédito-, se haya reservado una fuerte crítica para GAD que, a pesar de su rigurosidad historiográfica, no ha recibido aún el merecido eco en el discurso cotidiano. Comencemos con la que hizo el profesor tingalés Luis E. Sánchez Zenteno (s/f, p. 6) en su inédito ensayo ilustrado "La Historia No Revelada de Tingo María":

Gómez Arias Dávila fue un genocida, diezmó a las poblaciones Panatahuas y Chunatahuas, arrasó aldeas y quemó vivos a sus habitantes con armas de fuego, el perro asesino y un asesino invisible: enfermedades a las que los nativos no tenían defensas naturales como la gripe, viruela, sífilis y otras.

¹¹⁸ Un episodio que ilustra de forma clara las posiciones antagónicas que los indígenas adoptaron ante la expedición española se expresa a través de la crónica que fray Antonio Jurado hizo de su encuentro con los panatahuas: “*Los quales dichos yndios a esto alçaron las aldas de tras y les amostravan sus vergüenças, deziendo que no les tenían miedo, que los avían de matar a todos; y azían burla de los dichos requerimientos. E luego començaron a tirar con las hondas, piedras; y pasaron un quebradilla, hazia donde estaban los dichos españoles, y los cercaron por tres partes, en tal manera, que acesçio que tres yndios de los dichos Panataguas acometieron a tres españoles, e venieron todos a manos, e tubieron cierto que hazer en defenderse dellos y el frayle en escapar su vida*” En: Maúrtua (1906 apud ZABALA, 2015, p. 23).

¹¹⁹ A lo largo de su periodo de dominación en los andes centrales, los incas nunca pudieron garantizar el control permanente sobre las etnias de ceja de selva; lo que les impidió un acceso eficiente a los recursos propios de la región amazónica (SANTOS, 1985).

Quemaba vivos a los que se opusieron, nativos que defendían sus bienes y sus vidas. Creemos que su nombre no debe ser paradigma de un centro de estudios emblemático de Tingo María como lo es el «G.A.D.». **Un genocida no merece este reconocimiento.**

Llevando incluso más allá la crítica a GAD y colocándolo a la altura del animalismo, el historiador Cipriano Quispe (2019, p. 16), en sus artículos periodísticos

“Los canidos en la conquista del Perú, Huánuco y las entradas al Rupa Rupa” publicados en el Semanario Regional Avance de Huánuco expresa:



La presencia de perros en la conquista del Rupa Rupa es una muestra de la crueldad que practicó Gómez Arias Dávila para «despedazar» y destruir a los verdaderos dueños de la Amazonía de Huánuco. (...) **La entrada al Rupa Rupa fue una campaña sanguinaria y cruel; donde los naturales, fueron tratados de manera inhumana y deshumanizadora.** Se infiere que muchos de los que resistieron fueron despedazados por los perros sanguinarios, gracias a las acciones planificadas y ejecutadas **por el sanguinario Gómez Arias Dávila.**

Revelada la fuerte resistencia indígena a la penetración militar y transcurridos los años desde la infortunada empresa de GAD, las exigencias de la conquista hicieron nuevamente necesaria la incorporación de los territorios de montaña, ricos

en recursos estratégicos, como la coca que los indígenas chacchaban en las minas para soportar el duro trabajo. Será entonces que la labor misionera toma la posta en la penetración colonial. Las órdenes religiosas jesuitas y sobre todo franciscanos a partir de 1631, prosiguieron entonces con la empresa colonizadora en el VAH, entre el siglo XVII y la primera mitad del XVIII.¹²⁰ Esta colonización, a diferencia de la empresa militar, buscaba una incorporación mental y cultural a partir de la cristianización de los pobladores amazónicos por sobre su religiosidad y, por medio de esta, la disolución de la resistencia indígena a otros tipos de penetración en sus territorios.

Contando con el apoyo económico y militar de la Corona española, se orientaron a la penetración en la selva alta huanuqueña a través de una intensa labor evangelizadora. La estrategia que el gobierno colonial trazó fue la de incorporar a los panatahuas, tratando

¹²⁰ La Orden franciscana contaba entonces con conventos en Lima, León de Huánuco, San Cristóbal de Coni, Santa María del Valle y Santa Rosa de Ocopa.

de instrumentalizar su estatus de “pueblo fronterizo” (SANTOS, 1985), a fin de extender a otros pueblos amazónicos de la selva baja los intereses territoriales, sociales, culturales y militares de la conquista.¹²¹ Es entonces que los franciscanos fueron estableciendo sus misiones religiosas o “reducciones indígenas” por la cuenca del río Huallaga; dividiendo el antiguo “Partido de los Panatahuas” en seis parroquias; entre las que se encontraba San Felipe de los Tingaleses, más tarde Tingo María.¹²²

Sin embargo, en esta compleja incorporación mental a la cultura colonial, los panatahuas acabaron perdiendo gran parte de su vínculo al mundo amazónico -identidad que habían reafirmado frente a al imperio Inca-;¹²³ por lo que, una vez desarticulados de las otras etnias amazónicas, pasan a formar parte del mundo andino -en contraposición con aquellas otras que aún no habían sido integradas-. De igual manera, en ese perturbador proceso de “andinización-españolización” (SANTOS, 1985), los panatahuas, además, se reterritorializan hacia el occidente de la hoya amazónica; replegándose a la zona de quebrada andina, principalmente en la provincia de Pano (LEZAMETA, 2011).

Ante la imposibilidad de defenderse de la penetración religiosa y de la maquinaria bélica que la auxiliaba, algunas otras etnias prefirieron abandonar sus territorios e internarse en la selva para conservar su independencia. Finalmente surgieron focos de rebelión ante la imposición de la fe. El paradigma de la resistencia indígena contra las misiones evangelizadoras y precedentes de los movimientos emancipadores en la selva alta lo representa el levantamiento del líder indígena Juan Santos Atahualpa (1742-1754),¹²⁴ quien acusaba a los religiosos de ser cómplices del abuso y explotación de los

¹²¹ La estrategia colonial en Huánuco respecto a los panatahuas, en coordinación con la orden franciscana, fue de una instrumentalización bimodal de aquellos. De una parte, incorporando a través de prerrogativas a sus autoridades (el cacique Antonio Talancha) a la estructura político-administrativa colonial; de la otra, la incorporación de cargadores, guías, informantes o intérpretes panatahuas a las expediciones que los misioneros y militares realizaban en la selva (SANTOS, 1985).

¹²² A partir de 1631, los franciscanos fundaron los pueblos de Santa Cruz de Tonua, Santa Ana de Yaupat, San Antonio de Cuchero, San Francisco de Chusco, San Buenaventura de Tulumayo, y San Felipe de los Tingaleses (o Tinganeses).

¹²³ Durante el periodo prehispánico, el piedemonte oriental, entrada natural a la selva baja, había permitido el intercambio andino-amazónico en los planos de la producción, organización social, religión y simbología (RENARD-CASEVITZ, SAIGNES y TAYLOR, 1998).

¹²⁴ La historia del rebelde indígena Juan Santos Atahualpa, como todas aquellas que no fueron privilegiadas por los cronistas españoles como la rebelión del cacique asháninka Torote en 1737, se transita entre la leyenda y la especulación. Éste fue probablemente descendiente de los nobles del imperio Inca y viajó a España como sirviente de un jesuita, conociendo los contrastes entre las condiciones de vida de los países europeos con las culturas nativas africanas. Al regreso, su rebelión (1742), en el Gran Pajonal, territorio de las misiones franciscanas, logró congregarse a los pueblos de la selva central (asháninkas, yáneshas y shipibos). Y a pesar de que mantenían la cruz como símbolo, buscaban liberar a su pueblo de la dominación española, logrando afectar a la presencia de los franciscanos. De manera que éstos se replegaron en sus

nativos; deteniendo el trabajo de evangelización que por más de ciento cincuenta años venían realizando los misioneros en la selva central. Una situación que, si bien como levantamiento apenas duró poco más de una década, fue capitalizada por algunos comerciantes de cera, cascarilla y miel que mantenían rutas comerciales con la ceja de selva central, quienes propagaron el mito de la impenetrabilidad y peligrosidad de la selva, a fin de asegurarse la exclusividad sobre estas; lo que llegó a afectar negativamente la llegada de expediciones científicas.¹²⁵

Pero donde esta perturbadora desarticulación de orden social, cultural y material de las etnias amazónicas en el VAH realmente demostró ser letal, fue en la propagación de epidemias, como la viruela, con el resultado de una disminución demográfica que rápidamente diezmo a la mayor parte de los nativos.¹²⁶ De modo que a inicios de siglo XVIII, tan solo quedaba San Antonio de Cuchero, con doscientos habitantes. Por lo que los franciscanos decidieron abandonar la zona en 1704.

A pesar de la inefable catástrofe ocasionada, los franciscanos persistieron en su afán evangelizador, y decidieron expandir las misiones al Alto Ucayali, en la selva baja; un territorio que no había sido sacudido por la rebelión de Juan Santos Atahualpa. En su búsqueda de caminos de acceso a las tierras de Ucayali, destaca la realizada por el padre Francisco Alonso Abad, encargado del puesto misional de San Antonio de Cucheros, quién en el año 1757 descubrió el Boquerón que hoy lleva su nombre (al igual que el colegio de Tingo María). Un gigantesco cráter vertical tallado por la erosión a través del cual se consigue atravesar la Cordillera Azul, permitiendo el paso hacia la selva baja, en la cuenca del Río Ucayali. El anhelado encuentro con las etnias de la selva baja que no pudo ser hecho mediante los ahora exiguos panatahuas habría de hacerse entonces atravesando un casi infranqueable macizo montañoso.

conventos y no volverían a ingresar a la selva central hasta ya conformada la República del Perú, en el siglo XIX. Su historia acaba en 1756, y aunque no llegó a alcanzar la notoriedad de Túpac Amaru, logró inspirar la mística de libertad de los indios oprimidos bajo el poder de los españoles entre los pueblos de la selva peruana.

¹²⁵ Es de recordar que la expedición científica para el estudio de la flora de Perú y Chile promovida en 1777 por el monarca español e integrada por los científicos españoles Hipólito Ruiz y José Pavón, junto al francés José Dombey, apenas consiguió incursionar más allá de las tierras conocidas de Panao, Chinchao y San Antonio de Cucheros (VARALLANOS, 1959).

¹²⁶ A partir de los escritos de fray Francisco de San Joseph, se calcula que hacia 1700 más de treinta mil indígenas había perecido por las epidemias que se propagaron en las misiones religiosas del VAH (SANTOS, 1985).

Con todo, la historia de violencia y resistencia que acompañó a los procesos de ocupación militar, religiosa y comercial del VAH, -de toda la ceja de selva en sí-, imprimió una profunda huella que, entre el despojo económico, la asimilación cultural y la barbarización étnica, sigue presente en el imaginario que rodea la expansión de la frontera productiva en la selva baja de hoy día.

Las penetraciones militares y religiosas provocaron, por tanto, además de la disminución demográfica, la desarticulación de una “etnia-bisagra” que, durante el periodo prehispánico, había permitido la existencia de un continuum sociocultural sierra-selva (SANTOS,

1985). Este resquebrajamiento sociocultural trajo consigo el surgimiento de la imagen de dos mundos contrapuestos que fue imponiéndose paulatinamente a lo largo de los siglos XVII y XVIII, profundizó la difusión del mito que aquellos eran pueblos atrasados e indómitos y acabó proyectando el imaginario de una región amazónica como una fabulosa despensa de materias primas, vacía, ajena y que, por lo tanto, se debía conquistar y poblar (SANTOS, 1985). Finalmente, estos imaginarios contribuyeron, de un modo u otro, a la prolongación de la empresa colonizadora.

Sea como fuere, la penetración de las órdenes religiosas, a pesar de estar llena de sombras, tiene reservado un lugar privilegiado en la narrativa épica que siguió a este proceso de asimilación, expulsión y etnocidio que acompañó a la ocupación colonial del VAH. Sirva como muestra un pasaje contemporáneo que sacraliza la actividad misionera, instala paradójicamente a los pueblos saqueados en el estatus de “ofensores” y, a la inversa del texto de Cipriano Quispe, los animaliza:

Sin duda alguna, el emprendimiento y decisión de **los misioneros** hacia la conquista de la selva, ha sido una obra motivada por la tarea de evangelizar y llevar la doctrina religiosa católica a **los indios salvajes** de la selva amazónica, con la única finalidad de **incorporarlos a la vida civilizada** (...); la indesmayable tarea demandó sacrificios heroicos, los cuales han quedado **marcados con sangre para algunos misioneros** que en su mayoría arriesgaban su vida, en aras de lograr la penetración en los incommensurables bosques. (...) (Al) andar por esos inhóspitos lugares requerías tener los ojos bien abiertos y los oídos bien atentos para **cuidarse del acecho de las fieras y animales salvajes y por la sorpresiva presencia de los indios incivilizados,**

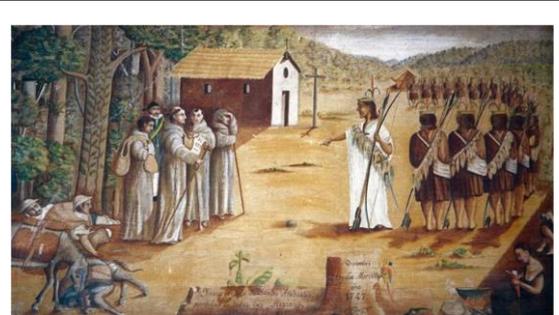


Ilustración 1. Pintura decimonónica del encuentro de Juan Santos con los franciscanos de Quimiri. Obra de Fray Gabriel Sala (Fuente: Dominio público en Wikimedia Commons).

quienes actuaban ofensivamente por el mismo instinto de supervivencia y defensa de su territorio ante los extraños (NAMUCHE, 2008, p. 23-24).

En fin, como quiera que rastrear la memoria emblemática local también me condujo al encuentro con esta presencia negada por la memoria emblemática local, la de los panatahuas, no tardé en perseguir el rastro de estos paradójicos ausentes, los más numerosos de entre los originales pobladores del VAH que, por lo demás, dieron origen a los restantes.¹²⁷ Estos, tal y como vimos, una vez que fueron diezmados poblacionalmente y desestructurados étnicamente se habían retirado a la quebrada andina de Panao, en la parte occidental de la ceja de selva del VAH. Tampoco tardé en averiguar su gentilicio, “pañaco”, y descubrir a partir de aquel que su ausencia no era tal, sino que formaba parte del imaginario local a partir de dos movimientos que el viajero apenas consigue apreciar.

Por una parte, se utiliza a nivel local para designar de un modo indiscriminado al conjunto de campesinos andinos que, como vimos, trabajaban en condiciones de servidumbre en las haciendas y latifundios de la región. Pero además, desde cierta lógica local, el vocablo también es usado para explicar el proceso de expansión de la coca por la región y, de este modo, para externalizar toda responsabilidad moral ante la misma. El profesor Ávila, quién conoció ampliamente los inicios de la colonización en la zona a través de lo que su padre le fue contando, me narró lo siguiente:

Cuando venían acá **los pañaquitos** para trabajar en los cocales eran traídos por un enganchador de Santa Rosa, Víctor Valdez. Entonces llegaban con esa ilusión por **el mucho apego que tenían a la coca** para el chacchado. Pero cuando llegaban se encontraban que los llevaban a trabajar y los tenían como una esclavitud. Así que muchas veces **se escapaban de las haciendas por el trato** y seguro se iban llevando semillas, y plántones. Seguro se vinieron por acá y les compraron sus tierras a los colonos. Fue entonces, por el año 65, que ya se posicionaron y comenzaron con la plantación de cocales. Más tarde, en el 75, los cerros eran ya todos cocales. Los bancos garantizaban la producción de la coca y también tenía Té (Garden). Hasta que en el 79 (Tingo María) ya era un **emporio de la coca con compradores de fuera y conexiones con los colombianos**. Ya no había productos de panllevar. Entonces llegaron los operativos Verde Mar 1 y 2.¹²⁸

¹²⁷ De acuerdo a Javier Pulgar Vidal (2019), las numerosas tribus que poblaban la región selvática del VAH (chuscos, carapachos, chunatahuas, tinganeses, tulumayos, chuquidcanas, cutidcanas, payansos, cholones), con un total de 80,000 personas, reciben el nombre de “panatahuas” por la semejanza idiomática entre ellas.

¹²⁸ Entrevista realizada el día 6 de abril de 2018; El resaltado es del autor.

Como quiera que, a partir de entonces, la búsqueda de referencias sobre los “pañacos” comenzó a formar parte de todas mis entrevistas, acabé percibiendo que, en la memoria local de Tingo María, -recordemos que se trata de la ciudad que, debido a al patrón de asentamiento alberga a la población de colonos más antigua del valle-,¹²⁹ existe una narración que aparece de forma recurrente al preguntar sobre el proceso de cocalización de la región. A pesar de que los nombres de los establecimientos variaban en función del interlocutor, trataré de transcribir ahora el sentido general de la historia:

Aquí había una empresa netamente dedicada a venta de motos y carros que se llamaba Automotores San Antonio. **Los serranitos, pañaquitos**, venían de frente a la tienda así con su mantita que usaban, con ojotas o sin zapatos y te decían: Señor quiero comprar moto. Ya. A ver ¿cuál es la que quiere? Esa, ¿cuánto cuesta? Tantos miles. Ya señor. Y **abrían su costalito y sacaban un fajo de billetes y se compraban la moto**. Y al día siguiente o a los dos o tres días chocaban la moto y venían por otra moto. Estamos hablando no de una o dos personas, sino de casi todos. Y no solo con motos, sino con carros.

De este modo, los pañacos, los descendientes de los perdedores de las épicas gestas colonizadoras, reaparecen tiempo después en el imaginario local para cumplir una función esencial en la reconstrucción de la memoria en torno a la cocalización del valle, la de ser los chivos expiatorios que cargan con la responsabilidad de la misma. Lo que, hasta cierto punto, guarda una lógica innegable dado que su llegada masiva coincide temporalmente con el periodo de expansión del cultivo de coca para el TID, que en el área de Tingo María comprendió los años 70 y 80, principalmente.

Ahora bien, si lo que se pretende es hacer una indagación rigurosa, existe ya una literatura con suficiente base empírica que permite entender la rápida difusión y la persistencia que tuvo la producción cocalera en el VAH. Por lo tanto, dejando de lado la sincronía analítica que prevalece hoy día y devolviendo centralidad a la cuestión agraria, conviene revisar aquellos trabajos académicos que, entre los años 70 y 80, acompañaron los procesos de expansión de la frontera agrícola en la selva alta peruana. En estos se pueden encontrar indicios suficientes para entender las limitadas condiciones socioeconómicas en las que se desarrolló la pequeña y mediana explotación

¹²⁹ Tingo María es, en comparación a otras áreas del VAH, una zona de migración antigua, dado que los migrantes asentados en ella, llegaron principalmente antes de 1960 (52 %) e incluso un 26 % lo hizo antes de 1950; cuando la carretera Marginal aún no había sido construida, impidiendo así los asentamientos masivos en la parte dentro y norte del valle que se dieron a partir de la década del 70.

agropecuaria en la ceja de selva y, desde estas, los factores modulantes dentro de los cuales se desarrolló la difusión del cultivo de la coca en el VAH.¹³⁰

De acuerdo a estos, la pequeña explotación familiar diversificada constituía la base económica principal entre la población rural del VAH.¹³¹ La misma inseguridad en la tenencia de la tierra, debido a las permanentes migraciones, las prácticas de barbecho y las ocupaciones de facto,¹³² comprometieron a su vez el acceso al crédito institucional y a la asistencia técnica.¹³³

Pero además, el vertiginoso proceso de fragmentación y parcelación de tierras debido a la presión poblacional, su comercio informal y la escasez de estas,¹³⁴ ligadas a una progresiva degradación de la fertilidad y capacidad productiva de unos suelos tropicales frágiles,¹³⁵ que eran sistemáticamente sometidos a prácticas de rozo, tumba y quema, de cultivo sobre laderas con una baja fertilización artificial,¹³⁶ sumados al desajuste ecológico que provocó la tecnificación compulsiva de las cooperativas impulsadas durante el periodo de la reforma agraria,¹³⁷ tuvo como efecto un

¹³⁰ Los estudios en los que se basa esta aproximación se centran en la agricultura parcelaria dentro de los límites del proyecto Tingo María-Tocache-Campanilla, sin ignorar que en el VAH se dieron igualmente monocultivos de coca situados en zonas remotas de difícil acceso y control; cuya proporción creció considerablemente tras la implementación de las prácticas de interdicción y erradicación forzosa.

¹³¹ La pequeña explotación familiar envolvió alrededor del 75 % del total de unidades agropecuarias y el 45 % de las tierras en explotación, diversificada y con un máximo de dos hectáreas de coca (ARAMBURÚ, 1989).

¹³² De acuerdo a Bedoya (1986), la ocupación informal en la selva alta, en términos generales, afectó al 60 % de los agricultores.

¹³³ De acuerdo a Aramburú (1989) el acceso al crédito disminuyó en un 50 % entre 1981 y 1985; principalmente debido al requisito de certificado de posesión, la declaración jurada de no cultivo de coca, la baja rentabilidad y la modalidad de cobro. Al modo de un círculo vicioso, el Proyecto Especial Alto Huallaga (PEAH) exigía no tener coca para otorgarle el certificado de posesión al campesino que le permitía tener acceso a créditos y a asistencia técnica institucional. Sin embargo, sin estos, aquel no tenía, salvo en la rendidora coca, ningún otro instrumento para financiar su producción agropecuaria.

¹³⁴ El crecimiento de unidades agropecuarias se disparó entre 1980 y 1983, por ejemplo, en un 400 % en la selva alta y en 800 % en la zona del VAH; de modo que el número de unidades agropecuarias de menos de 10 has., pasó de 1,6 % al 47 %, (ARAMBURÚ, 1989).

¹³⁵ Frente al mito de la abundante fertilidad natural del bosque tropical húmedo, por lo general los suelos aluviales de la selva contienen una escasa capa fértil y forman parte de un circuito cerrado de elementos nutritivos altamente frágil; por lo que las prácticas agrícolas que degradan el colchón amortiguador como el rozo indiscriminado, provocan una fuerte erosión, un incremento de su acidez, por el cual estos quedan básicamente convertidos en suelos arcillosos y estériles.

¹³⁶ De acuerdo a Aramburú (1989), solo el 22 % de los agricultores con parcelas menores a 50 has., usaban fertilizantes, el 37 % usaban pesticidas y el 3 % semillas mejoradas.

¹³⁷ De acuerdo a Bedoya (1981), la difusión a gran escala de alta tecnología industrial mediante tractores oruga pesados para la limpieza mecanizada de los terrenos que impulsó el gobierno revolucionario de la Fuerza Armada (1968-80), en las empresas cooperativas de producción (CAPS) y servicios (CAS), en una zona sumamente problemática en términos de ruptura del equilibrio ecológico, trajo como resultado un “rotundo fracaso tecnológico” que condujo a la crisis financieras y la deserción masiva de los asociados de aquellas.

decrecimiento de la productividad de los cultivos tropicales “legales” en las parcelas de los colonos,¹³⁸ además de una baja rentabilidad de los mismos;¹³⁹ lo que provocó bajos niveles de capitalización en el campesinado. Y lo hizo en el momento en que un creciente grupo de migrantes de la sierra, desengañados por el fracaso de la Reforma Agraria (1969), llegaban a la zona a la par que desaparecía el apoyo oficial y se reducía el rol promotor del Estado.¹⁴⁰

En coincidencia con la demanda creciente de consumo de drogas en el mercado internacional, que provocó el alza de precios de la materia prima, la hoja de coca, en el mercado negro local,¹⁴¹ la inmensa brecha de rentabilidad de su cultivo¹⁴² y la llegada al VAH de carteles internacionales de narcotráfico fueron finalmente los factores que determinaron la expansión de cultivos intensivos de la coca entre el campesinado del VAH, y por medio de estos a un rápido crecimiento económico y demográfico.

Por lo tanto, cualquier explicación simplista que intente cargar sobre los hombros de los campesinos pobres la difusión de los cultivos de coca en el VAH, debe al menos abandonar el afán de lucro voluntarista como explicación plausible y colocar el análisis dentro de lo que podríamos llamar problemas estructurales de la economía campesina familiar. Es más, estos factores exógenos y endógenos que condicionaron la agricultura parcelaria en la región es necesario situarlos en el marco de un alto dinamismo histórico, dentro del cual una buena parte de los campesinos colonos fueron descubriendo que la economía de la coca, con la que en realidad tenían una larga historia de familiaridad, les colocaba en la disyuntiva de elegir entre ser legal, pero pobre, o ser rico, pero ilegal (ARAMBURÚ, 1989).

¹³⁸ De acuerdo Aramburú (1989), hubo un descenso pronunciado de la productividad de café, maíz, plátano y té y estancamiento en el de arroz y la yuca, en todo el VAH. Por ejemplo, entre 1980 y 1985, el rendimiento del café bajó un 25 %, en el maíz amarillo un 19 % y el plátano un 17 %.

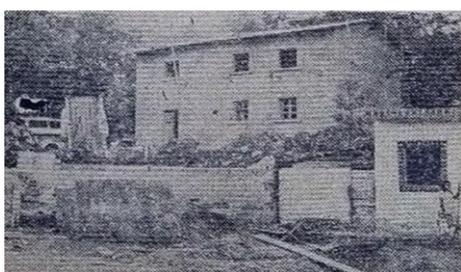
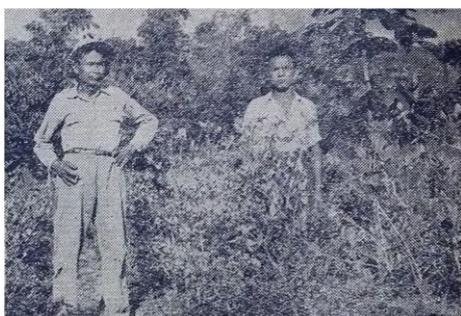
¹³⁹ Entre 1980 y 1985, los costos de producción subieron entre 4 y 6 veces, entre el 350 % y el 529 %, mientras que sus precios apenas lo hicieron moderadamente, entre el 60 % y el 120 % (ARAMBURÚ, 1989).

¹⁴⁰ Después de un periodo con grandes incentivos económicos y legales para el desarrollo agrícola (como la accesibilidad, programas de crédito, adjudicación de parcelas, etc.) establecidos por el proyecto del BID entre 1967 y 1973, la presencia del Estado disminuyó significativamente en el periodo de 1974-1981.

¹⁴¹ De acuerdo Aramburú (1989), entre 1980 y 1983, la producción de hoja de coca creció en un 60 %, mientras que su precio alcanzaba los 115 dólares la arroba, con un rendimiento medio de 40 arabras por hectárea y cosecha; los que significaban un ingreso bruto anual entre 18 400 y 20 000 dólares por hectárea.

¹⁴² La planta de la coca se adapta a los suelos pobres, deforestados, en pendiente, degradados y ácidos y demuestra una enorme resistencia a las plagas. Con un promedio de vida de entre 25 a 40 años, tiene entre 3 y 4 cosechas al año y un alto rendimiento (40 arabras por hectárea y cosecha); lo que determina unas altas ganancias al productor.

El fin a una larga historia de exclusión que pocos años después de haberse convertido en tabla de salvación, la interdicción y erradicación compulsiva de sus cocales amenazaba con revertir. Veámoslo a través de los testimonios de dos campesinos que podrían responder además a la denominación de “pañacos” en el imaginario local y que nos permiten entender, en el lapso de apenas dos décadas, el abismo que separa el relato laudatorio por el éxito cocalero y el del inconformismo posterior de quien se ve definitivamente privado de aquel:



Fotografías 11 y 12. Aurelio acompañado de su hijo Félix Meza Deza en los cultivos asociados de coca y jebe fino (Detalle interior: Secadora de Aurelio Meza Obregón). (Fuente: “La voz de la selva”, 28 de julio de 1957).

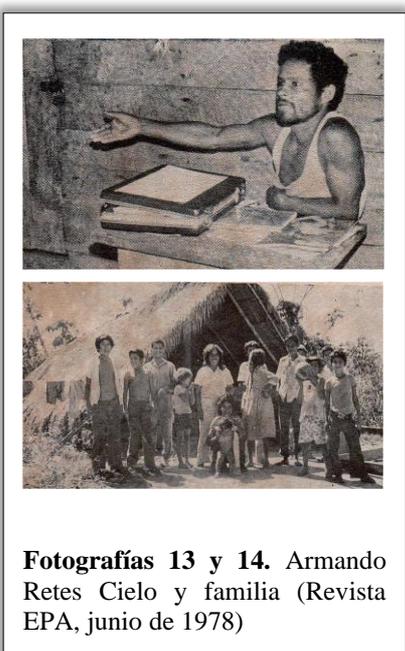
El caso de la familia de Aurelio Meza Obregón, a quién el rotativo “*La voz de la selva*” (Por el Oriente peruano; Vocero de los agricultores), entrevistó en una edición extraordinaria por la conmemoración de las Fiestas Patrias, el 28 de julio de 1957, a la que tituló “*Un colono que ha triunfado*” -no sin cierto sesgo patriarcal que desconoce la importancia de la red familiar en la racionalidad campesina-, bien puede servir para entender, además del respaldo que la prensa escrita daba al proyecto colonizador, la importancia que el cultivo de la coca representaba como factor de impulso económico para la economía campesina durante el periodo previo a las políticas de interdicción en el VAH. Padre de una familia numerosa, Aurelio había llegado a

Tingo María en el año 1937, sacando adelante su fundo; una mediana propiedad, con plantaciones de coca, café, plátanos, jebe y otros, en el kilómetro 159 de la carretera Huánuco Pucallpa. Además, había hecho construir una secadora de coca, con un costo de inversión de cien mil soles, que les permitía seguir produciendo durante la época de lluvias.

Aurelio se hacía acompañar por su hijo, Félix Meza Deza, quien estudiaba medicina en Lima y, además, era la prueba palpable de los logros del proyecto familiar. Su historia, que parece haber causado cierta conmoción en los periodistas (“*sus palabras*

pronunciadas con sencillez y evocando su pasado, nos hizo estremecer, pero al levantar la mirada sobre sus campos de cultivo, comprendimos que todo su pasado no rondará más su hogar”), no deja lugar a dudas sobre la satisfacción que entonces sentía una familia campesina, al haber logrado, con tanto esfuerzo, un futuro de prosperidad para sus hijos. En sus propias palabras: *“Mucho he sufrido para tener lo que usted ve, pero estoy satisfecho de mi sacrificio. Ahora mis hijos tienen pan y también estoy educándoles”*.

Dos décadas más tarde, la nota *“La unión hace la fuerza”* que la Revista *“EPA”* dedicó en junio de 1978, a la familia de Armando Retes Cielo y su esposa, Concepción Alicia Omontes de Retes, presagia un dramático y vertiginoso cambio de época. Padres de seis hijos y propietarios del fundo *“Río Frío”* en *“Cotomonillo”*, con un total de 20 hectáreas, donde cultivan coca (tres hectáreas), además de yuca, piña, café y pituca (dos hectáreas), las palabras de Armando encarnan la creciente tensión social que, a finales de los años setenta, atravesaban buena parte de las familias campesinas del VAH:



Fotografías 13 y 14. Armando Retes Cielo y familia (Revista EPA, junio de 1978)

Para nosotros **ha sido una intensa lucha por conseguir la tierra**, por lograr materializar en objetivos, nuestras conquistas. (...) Yo mismo tuve un litigio que duró más de cuatro años por la posesión del fundo (...) con el diputado Jorge Chocano; pero finalmente triunfó la razón y la justicia. (...) (Lo) que viene a demostrar la necesidad de cerrar filas en torno a los derechos de los hombres y mujeres que se han sacrificado en la lucha por conservar la tierra que trabajan (...) ya que solo estamos labrando con nuestro esfuerzo el futuro de la patria. (Ahora) (p)ese a lo mucho que se ha logrado avanzar en el agro, quedan todavía pendientes muchos factores que es necesario superar, tales como la existencia de mucha explotación entre los campesinos pobres. La falta de un adecuado **sistema de créditos agrícolas**, y la necesaria **instrucción técnica** tan necesaria para mejorar las cosechas. Y uno de los ejemplos lo tenemos ahora con lo que se pretende hacer al erradicar el cultivo de coca en nuestro país, en plazos que nosotros consideramos demasiado cortos (...). **Al agro hay que reivindicarlo cueste lo que cueste**, mucho daño se ha hecho en el pasado, y ya es tiempo de que verdaderamente se dé importancia a nuestra labor.

EL DESBORDE POPULAR DE LOS “PAÑACOS”: BALANCE PROVISIONAL

El maquiavelismo político ha creado siempre “paraísos” (Róger Rumrill).¹⁴³

El modelo mercantil extractivista hegemónico que, desde el siglo XV, viene estructurando la economía global, ha operado en la región a partir de distintas dinámicas. Desde el punto de vista económico, lo hace por medio del saqueo y la apropiación de los recursos naturales y la imposición de relaciones asimétricas de intercambio y dependencia entre países. Desde el punto de vista sociocultural, produce una asimilación en situación de desventaja¹⁴⁴ de las sociedades incorporadas por medio de la racialización,¹⁴⁵ así como en la producción de mitos de sobreabundancia material del medio a conquistar.¹⁴⁶ Y desde el punto de vista espacial, se expande a través de un patrón de colonización que, en términos generales, discurre territorialmente de afuera hacia adentro.

La territorialización histórica del modelo en el subcontinente ha ido incorporando históricamente vastos territorios, en calidad de proveedores de materias primas, de acuerdo a la ventaja comparativa de aquellos. Lo que además, desde un punto de vista estructural genera enormes asimetrías regionales en el territorio nacional.¹⁴⁷ De la preeminencia inicial de las regiones ricas en minerales (siglos XVI y XVII), luego de su crisis (siglos XVII y XVIII) y su posterior estancamiento (XIX) -lo que estimuló a los movimientos independentistas-, se pasó a impulsar un proceso de diversificación productiva que, acompañada a una incipiente industrialización y a un débil impulso de

¹⁴³ Rumrill, 1976, p. 132.

¹⁴⁴ La empresa colonizadora se acompañó discursivamente de un conjunto abigarrado de estructuras de dominación ontológica de carácter dicotómico: indígenas/no indígenas, naturaleza/civilización, centro (metrópoli)/periferia. Lo que le permite construir relaciones de subordinación duraderas sobre los pueblos originarios y territorios a conquistar.

¹⁴⁵ En el patrón de poder colonial que adoptan, desde sus singularidades, las formaciones sociales latinoamericanas, los antagonismos de clase se expresan aquí a través de una estratificación étnica heredera de la idea de raza. Lo que afecta a todas las esferas de la vida social, incluyendo obviamente la propiedad de la tierra (QUIJANO, 2014).

¹⁴⁶ En la conquista se hicieron frecuentes la creación de mitos que como el de “El Dorado” alentaron, de uno a otro extremo del continente, las formas más variadas de despojo.

¹⁴⁷ En el Perú, la distribución recursos-población se ha expresado históricamente a partir de la existencia de una mano de obra abundante y barata en los territorios rurales del interior andino, en donde han sido explotados principalmente los recursos minerales; la concentración de poder económico y político en la capital costeña, con capacidad para articularse mercantilmente a la metrópoli; y, finalmente, la idea de una selva oriental abundante, aunque tardíamente incorporada. De un modo congruente con esta dinámica, la costa concentra hoy día el 11 % de la superficie y el 48 % de la población (en buena medida fruto de los flujos migratorios internos a lo largo de la segunda mitad del siglo XX); la sierra 26 % de superficie y 41 % de la población; y las llanuras tropicales de selva el 63 % de superficie y el 11 % de la población.

los mercados internos, ha estado basada principalmente en la producción de cultivos comerciales para la exportación.¹⁴⁸

Pues bien, este proceso de ampliación y diversificación productiva ha estado ligado, en muchos casos, a la expansión de las fronteras agrícolas hacia las regiones centrales de Sudamérica; dando origen a una serie de ciclos económicos extractivos con un alto impacto social, cultural y medioambiental¹⁴⁹ que inicia con el “boom del caucho” y al cual siguieron las maderas finas, las pieles de animales silvestres, el barbasco o el petróleo, entre otros (RUMRRILL, 1976). La experiencia del caucho dejó, empero, un deseo persistente en la oligarquía peruana por integrar el territorio selvático a la economía nacional.¹⁵⁰

En términos de ocupación del territorio, los grandes cambios se sucedieron durante la primera mitad del siglo XX cuando el estado peruano, en un marco de profundas transformaciones en la estructura tradicional agraria del Perú, reimpulsa la conquista material del oriente mediante los proyectos de colonización de la selva alta.¹⁵¹ En un escenario internacional marcado por las tensiones políticas de la Guerra Fría, las ideas de modernización de las élites peruanas se fueron alineando a la ola internacional

¹⁴⁸ Por lo general, la articulación de los modos de producción al interior de la sociedad peruana se produce a través de un patrón desigual y combinado. De un aparte el capitalista dependiente dominante que busca básicamente la acumulación del capital; de la otra el mercantil simple, cuya finalidad es la subsistencia a partir de la fuerza de trabajo familiar. Y con el cual aquel se articula asimétricamente en un sistema de intercambio desigual de productos de consumo y de fuerza de trabajo.

¹⁴⁹ Estos ciclos económicos han estado acompañados de una agricultura migratoria de “tumba, roza y quema”; modificando dramáticamente el “paraíso ilusorio” de la selva (MEGEERS, 1976). A lo que hay que agregar la aparición de los conflictos interétnicos entre los colonos de origen andino y las sociedades originarias con la población originaria (MORA, 1984).

¹⁵⁰ De esta época data la búsqueda infructuosa por parte de empresarios (Cipriano Meza, Sebastián Martins, Antonio San Miguel, J.M. Ruiz) o senadores (Juan E. Durand) huanuqueños o residentes, para la consecución del “Ferrocarril al Oriente”, en su ruta Huánuco-Tingo María- Pucallpa, durante el gobierno de José Pardo (1915-1919), que aunque llegó a ser un tópico durante la época, no pasaría la etapa de estudios y proyectos); dando paso la a vía carreterable como mejor opción de desarrollo infraestructura. (LEIVA, 2012; VARALLANOS 1959).

¹⁵¹ Desde el año 1833 en que se emitieron los primeros dispositivos legales orientados al asentamiento de extranjeros en territorio amazónico, con una clara orientación racista (en 1874 mediante Decreto Supremo se autorizaba a las autoridades locales a otorgar tierras, “aún las ocupadas por salvajes”, para fines de colonización; marcando el inicio de la expulsión sangrienta de comunidades indígenas por toda la amazonia y las subsiguientes “correrías” a fin de capturarlos para su explotación durante la extracción del caucho), hasta 1898, en que se dictó la primera Ley Orgánica de Tierras de Montaña y la subsiguiente Ley General de Tierras de Montaña de 1909 (que buscó orientar mejor la colonización y el desarrollo de la región selvática, establecía por vez primera la reservación de tierras para el establecimiento de Centros de colonización Oficial y proyectos dirigidos; mencionado ya expresamente el de Tingo María) y se establecía la preeminencia del Estado sobre estos territorios, la ocupación del territorio amazónico no pasaba de ser un asunto de un interés nacional remoto. Por lo que hasta ese entonces no mereció su articulación con una política de desarrollo general del país.

“desarrollista” que, frente a la creciente movilización campesina que venía sucediendo desde los años 30, encontraron en las políticas oficiales de colonización de la selva alta, la alternativa a una radical reforma distributiva de la tierra que podría poner en peligro la desigual distribución en la tenencia de la tierra en el convencional sistema hacendario de la sierra (PAREDES y MANRIQUE, 2018).

La vía colonizadora surgió entonces como una válvula de escape, tanto para aliviar la presión demográfica que los crecientes flujos migratorios rural-urbanos ejercían sobre las ciudades costeras –especialmente sobre la Lima Metropolitana-, como para aplacar las demandas del movimiento campesino organizado por la propiedad de la tierra (KAPSOLI, 1987). El proyecto desarrollista se fue materializando entonces a través de una estrategia diversificada de penetración a la selva alta que incluía el fomento de la infraestructura (las políticas de integración vial mediante la construcción de vías de penetración), el desarrollo económico (la conformación de haciendas subtropicales) y social (las políticas de ocupación poblacional mediante proyectos de colonización oficiales o inducidos). El VAH fue entonces un escenario privilegiado para todas estas modalidades de colonización. Sin embargo, al ampliar la base social y territorial del modelo latifundista dominante, no consiguieron sino trasladar a la selva el esquema asimétrico desencadenante y, por ende, provocaron la expansión territorial del conflicto agrario.

Demostrando además que esas “células insignificantes de equidad” que representaban los proyectos de asentamiento poblacional, no podrían aspirar a convertirse en unidades efectivas de producción sino en potenciales conflictos, cada vez más violentos (FEDER, 1972). La imposición de este modelo “desarrollista”, que envuelve sujetos, territorios, ocupaciones de tierra y mercados, mediante un esquema de explotación insostenible de recursos naturales altamente multiplicador de subalternidades, incorpora de acuerdo a Fernandes (2008), una conflictividad social intrínseca al mismo que, como vimos, estuvo históricamente presente en la génesis colonizadora del VAH, en los procesos de acumulación por despojo de los territorios de los panatahuas, en las desigualdades que definieron a la agricultura latifundista promovida por el Estado en los proyectos de colonización o en la interdicción violenta a los campesinos que encontraron en el cultivo de la coca un medio de escapar a las relaciones de servidumbre de las haciendas. Y que, de acuerdo a los dispositivos políticos

actuales se continúan multiplicando mediante la penetración disruptiva del capitalismo neoextractivista en el escenario amazónico.¹⁵²

No obstante también, desde la óptica de que la incorporación de los territorios interiores de América del Sur a la economía mundial prosiguen el proyecto histórico colonial a través de prácticas neocoloniales,¹⁵³ el caso del VAH expresa históricamente dos formas explícitas de resistencia al modelo mercantil extractivista. La primera de ellas corresponde a las rebeliones indígenas, apenas esbozadas en este capítulo, que esporádicamente deslucen la épica que la historiografía local reserva para las penetraciones militar y evangélica. La otra, más contemporánea y posiblemente más compleja, merece algo de mayor explicación por lo que partiré de una argumentación más elaborada.

El término “desborde popular” contenido en el título del capítulo, podría parecer apenas un guiño, por otro lado merecido, al distinguido antropólogo peruano José Matos Mar; pero es mucho más que eso. La referencia apela también a la coincidencia -por no llamarlo directamente deuda- que mi análisis guarda respecto a la categoría de su autoría. Dejando a un lado sus reflexiones en torno al proceso de transculturación del orden tradicional criollo que,¹⁵⁴ a lo largo del siglo XX, provocó la masiva migración rural-

¹⁵² Durante el trascurso de esta investigación, el gobierno aprobó la Ley 30723 (15/01/2018) que declara de prioridad e interés nacional la construcción de carreteras en zonas de frontera del departamento amazónico de Ucayali. La ley, que fue cuestionada por numerosas organizaciones indígenas y de la sociedad civil, los ministerios de Cultura, Ambiente y Justicia, y la Defensoría del Pueblo, es una puerta abierta para la ocupación desordenada y sin planificación de un territorio donde la baja presencia del Estado se suma a la presencia de actividades extractivas ilegales (minería, tala ilegal), narcotráfico, trata de personas, deforestación y los conflictos de tipo socio ambiental con las comunidades indígenas. Lo que pone en estado de desprotección a doscientas siete comunidades nativas, numerosos Pueblos Indígenas en Aislamiento Voluntario y Contacto Inicial, PIAVCI (reservas indígenas Isconahua, Murunahua y Mashco Piro; y reservas territoriales Kugapakori, Nahua, Nanti; entre otros); además de seis áreas naturales protegidas.

¹⁵³ Una prueba más de que el proyecto colonizador sigue operando a través del proyecto nacional republicano a partir de prácticas neocoloniales se expresa en la facilidad con la que los antiguos términos de la conquista europea, “colonización” o “penetración”, han pasado a formar parte de la semántica contemporánea.

¹⁵⁴ “Desborde popular y crisis del Estado. El nuevo rostro del Perú en la década de 1980” (1984), fue un libro que, además de ser un boom editorial, traspasó ampliamente tanto las barreras disciplinarias como las tendencias políticas nacionales. Matos Mar, partiendo de los importantes cambios generados en la estructura demográfica del país durante la segunda mitad del siglo XX, en torno a la urbanización que, en busca de progreso, emprendieron los campesinos andinos, aborda allí además el importante papel que jugaron estos migrantes provincianos en el proceso de modernización del país, alterando, andinizando, “desbordando” a decir de Matos Mar, la Lima señorial y replanteando “la agenda de inclusión pendiente”. Estos migrantes que, por lo general, se incorporaba a la sociedad nacional de forma pacífica, masiva y exitosa, alteraron profundamente los patrones culturales y sociales del país. Además, fueron los responsables de desplazar el centro de gravedad del desarrollo histórico hacia la formación de una “emergente sociedad nacional” con rostro plural, multiétnico y multilingüe que nacía, con no pocos retos, cuestionando la autoridad del Estado y el orden imperante en la vieja república criolla.

urbana de los sectores populares andinos,¹⁵⁵ “desbordando” -a decir de Matos Mar-, la Lima señorial y replanteando “la agenda de inclusión pendiente”, quisiera más bien enfatizar sus referencias a la aparición de un particular dinamismo económico que aquel creó en torno al nuevo tipo de asentamiento urbano, la “barriada”.

De acuerdo a sus análisis, el divorcio entre el Estado y la sociedad que había provocado históricamente la separación antagónica entre “el Perú oficial” y “el otro Perú”, se sumó a partir de la década de 1950 a la crisis económica financiera nacional, volviendo más rígido el “esquema formal” de mercado; lo que provocó la formación de un proyecto económico contestatario, entre los sectores populares excluidos de aquel. Los nuevos migrantes campesinos en las ciudades crean entonces, como forma de protesta ante la nueva exclusión, un circuito económico “informal”, dotado de un orden moral y un sistema de relaciones propio, con fuerte componente andino, en contenido y forma, que se mueve en las fronteras o directamente fuera de la legalidad.

Pues bien, trasladando este giro al caso del VAH, un entorno donde las fronteras entre la legalidad y la ilegalidad venían de ser históricamente difusas, si las políticas de ocupación encarnaron evasivamente los dispositivos de contrarreforma agraria frente a las contradicciones inherentes al modelo latifundista que los subalternizaba, las fugas, la migración espontánea y las ocupaciones “de facto” de tierra por parte de los campesinos andinos junto con la economía cocalera, fueron aquí el esquema contestatario que les dio a estos acceso a los medios de producción y de reproducción, respectivamente. La tierra y la coca representaron en el VAH, por así decir, la independencia social y material históricamente anhelada por aquellos. O expresándolo de un modo tal vez algo literario: el desborde popular de los “pañacos”.

De este modo, frente a aquellos análisis voluntaristas que enfatizan el afán de lucro y refuerzan los estereotipos racistas, o a aquellos institucionalistas que insisten en la ineficiencia del Estado, y refuerzan la perspectiva tecnocrática, también es posible considerar que el VAH, -y Tingo María es, como vimos, una buena muestra de ello-, estuvo abrasivamente en el centro de las disputas por el acceso a la tierra, siendo el

¹⁵⁵ Como en otros países del continente, el Perú experimentó un proceso de expansión y crecimiento urbano masivo y vertiginoso a lo largo del siglo XX hacia las capitales de departamento, a la costa o a la ciudad de Lima, que se quintuplicó durante el periodo. La población urbana pasó entonces de ser el 17 % de la población nacional en 1940, a ser ya el 65 % de aquella en el año 1977; llegando a representar ya en 1980 las $\frac{3}{4}$ partes de aquella.

escenario de una estrategia de desarrollo exitosa, al menos en su inicio, que desbordó los caminos trazados por los programas oficiales, garantizando aquello que el Estado no consiguió. También resulta interesante enfatizar la capacidad innovadora de los campesinos ante un medio complejo y cambiante mediante las estrategias de innovación e intensificación agraria productiva que acompañaron al cultivo de la coca.¹⁵⁶

Desde el punto de vista analítico, es importante enfatizar además que la noción de geografía imaginaria resulta una herramienta hermenéutica muy útil para abordar las condiciones políticas, asimétricas y abruptas, en las que el Tingo María ha sido incorporado a la vida nacional. Desde los aspectos metodológicos del planteamiento presentado, es importante resaltar también lo fructífero que resultó, en términos de conocimiento, abordar la relación entre los imaginarios geográficos y la historia social local de Tingo María. La particular cartografía simbólica que encontramos en los lugares memorables de la esfera pública local, expresa las disputas por la hegemonía y la legitimidad de los distintos proyectos políticos en un espacio territorial en formación. La presencia de las avenidas Raymondi y Tito Jaime es, por ejemplo, la expresión del abigarrado nexo que existe entre el espacio público y la memoria local. Pero además alude a una tensión constitutiva que se mueve entre lo explícito y lo tácito. De modo que, mientras que el Estado ha tratado de reservarse para sí los ideales de seguridad y de orden con los que busca encubrir su porción de responsabilidad en el desordenado proceso de ocupación del piedemonte amazónico, no ha conseguido apagar discursivamente aquella alteridad subalternizada por el proyecto desarrollista que, entre la resistencia y la negociación, disputa su lugar en la historia local.

Como se trató de demostrar a lo largo de este capítulo, la historia de este despojo contemporáneo resulta apreciable hoy día a través de las huellas que la memoria emblemática ha inscrito en la particular cartografía doméstica de Tingo María, ya que tanto el sustrato cultural que acompañó a las dinámicas de ocupación territorial -el dogma extractivista-, como, su reverso -las formas de resistencia que frente a aquellas desplegó, primero el movimiento indígena, y más tarde el movimiento campesino-, continúan

¹⁵⁶ De acuerdo a Aramburú (1989), al no conseguir reproducirse bajo los patrones típicos de la economía campesina (auto-explotación" de la fuerza de trabajo familiar para el autoconsumo y la venta con bajos niveles de capitalización, insuficientes para modernizar su actividad agropecuaria) los campesinos del VAH reorientaron los cultivos anuales de baja rentabilidad hacia los permanentes, y encontraron un cultivo que, como la coca, les permitió sostener el desequilibrio entre costos y productividad/rentabilidad de los cultivos "legales" que se vio seriamente dañado con el agotamiento progresivo de los suelos.

incrustadas, desde una memoria explícita hasta un olvido incómodo, en el imaginario cultural de la ciudad.

Volvamos entonces, para terminar, a nuestra historia inicial, en el punto exacto donde habíamos dejado a Aramburú y a la señora Hayde, cuyas representaciones imprecisas e incompletas resultaron ser, no obstante, una excelente puerta de entrada al mundo social denso y bullicioso en que ambos emplazaban, eso sí veladamente, el pasado reciente del VAH. Una vez que conocemos la trama de tensiones del mundo social al que aludían uno y otro, no puede ya sorprendernos la vacilación e incomodidad de sus memorias, filtradas a través de sus comentarios taciturnos, experiencial en el caso de ella y profesional en el caso de él.

Lo que sostengo es que precisamente es ahí, en la vaguedad de sus relatos, donde estas experiencias mejor expresan las señas de su subalternidad respecto a la Historia épica de la colonización de la selva andina convencional. Es en esa marginalidad historiográfica donde radica, siguiendo la contribución de Antonio Gramsci ([1934] 1981) a la historia social, el carácter desagregado y episódico que arrastran las iniciativas de los grupos sociales subalternos. De acuerdo a Gramsci, la elite dominante subordina narrativamente aquellas prácticas; considerándolos episodios aislados de explosión y malestar, privándolos de su identidad colectiva y confinándolos a lo meramente patológico y fragmentario. Y donde estos fenómenos, situados al margen de la “Historia”, son por lo tanto privados del debido análisis histórico.

El propio Aramburú, años antes de su ponencia y en lo que parece el umbral de sus peores presagios, había escrito ya en el año 1979 (p. 84): “¿Es la Selva Peruana, y más concretamente la Selva Alta, la Tierra Prometida de la que tanto se ha hablado, o más bien tiene características de Infierno Verde?”. La elección del título de esta parte que, además de ser un guiño a Matos Mar, debe mucho a la encantadora vehemencia literaria con la que el antropólogo expresó el precipicio que se venía encima, no puede ser más elocuente sobre mi punto de vista.

SEGUNDA PARTE
POBREZA, FE Y COCAÍNA: LA PROMESA DEL
NARCOTRÁFICO EN EL VALLE DEL MONZÓN



(Fotografía 15. Fotocomposición de don Héctor en su casa de Pucara/Hojas de Coca.
Fuente: el autor)

*I left my baby and it feels so bad
Guess my race is run
She's the best girl that I ever had
I fought the law and the law won
I fought the law and the law won
(The Bobby Fuller Four)¹⁵⁷*

A las seis de la mañana el centro de Huánuco apenas anuncia ese hervidero de hormigas que será a medio día. A esta hora aún se puede caminar sin tener que sortear las estrecheces de estas aceras que resumen, a su modo, los límites de ese sueño de orden y regularidad con que el urbanismo colonial trazó la cartografía cuadrícula de las ciudades peruanas, a despecho del intrincado paisaje andino que lo cerca.¹⁵⁸

Media hora más tarde llego al Mercado Central atravesando el pasillo de las vendedoras de hojas de coca que comienzan a alistar sus grandes fardos para los consumidores tradicionales; especialmente provenientes de las zonas altoandinas del departamento.¹⁵⁹ Mientras doy sorbos apresurados al café, voy pensando qué transporte utilizaré para viajar al VAH. En el Perú, como en las otras sociedades latinoamericanas, la desigualdad social se expresa a través de una segmentación creciente de las experiencias de clase en los espacios cotidianos; más homogéneas y distantes a medida que se afianza la globalización neoliberal.¹⁶⁰ La movilidad está, en ese sentido, socialmente segmentada en sus más mínimos detalles. Con cinco soles tomas un autobús que tarda cuatro horas en dejarte en Tingo María, parando en cada pueblito en un sube y baja de personas, animales y bultos. Por diez, vas en una *combi*¹⁶¹ que te lleva en unas tres horas y recibes, eso sí, la singular experiencia de la sardina enlatada. Por último,

¹⁵⁷ THE BOBBY FULLER FOUR. I Fought the Law [1966]. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=oS68vto5RIU>. Acceso en: 12 abr. 2018.

¹⁵⁸ Para profundizar sobre urbanismo colonial es interesante revisar: ESPAÑA, Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU). **La Ciudad Hispanoamericana: El sueño de un orden**. Madrid, 1997. 302 p.

¹⁵⁹ La “Encuesta Nacional de Hogares sobre Consumo de Hoja de Coca 2013” (INEI/DEVIDA, 2015), identificó el perfil del consumidor tradicional con miras a conocer la demanda nacional de hoja de coca destinada al uso lícito. El estudio arrojó un total de 3 464 681 personas (14,4 % de la población) que demandan 10 728 TM de hoja de coca, que adquieren en bodegas (38,1 %) o mercados al por menor (28,5 %), y cuyo perfil es principalmente de entre 30 y 49 años de edad (42,5 %), mayoritariamente de origen quechua (54 %), concentrados en el sector agricultura/ganadería (40,6 %); y con estudios primarios (35,3 %) y secundarios (32,4 %), concluidos o no.

¹⁶⁰ Para una profundización en el campo de la fragmentación de las experiencias cotidianas en la globalización resulta conveniente revisar “La globalización desde abajo. La otra economía mundial” de Carlos Alba Vega, Gustavo Lins Ribeiro y Gordon Mathews (coords.) o los trabajos más específicos de Gonzalo A. Saraví, Anna Tsing y Caroline Knowles, entre otros.

¹⁶¹ Combi: vehículo de transporte público, con capacidad para 18-20 personas y principal medio de transporte popular para rutas cortas.

pagas veinte y llegas en dos horas; muy útil cuando la prisa es más importante que el viaje en sí.

Una hora más tarde, la combi avanza acompañando el ondulante curso del río Huallaga a su paso por el Valle del Pillco. A medida que los cerros se van estrechando, el paisaje gana verdor y, cuando aquel se pierde de vista, me da por pensar que tal vez sus aguas no tengan esa memoria de lluvia, ni vocación de mar, con las que poéticamente nos gusta imaginarlas. Hasta puede que nosotros mismos -nuestras vidas-, tan solo nos precipitemos, río abajo, por la fuerza de esos múltiples choques que nuestra tramposa presunción toma por impulsos.

Decía Esteban Pavletich, el célebre cronista huanuqueño, “(s)olo el Huallaga, nuestro río fugitivo, dicta una cátedra de dinamismo y celeridad en el panorama estático de Huánuco” ([1937] 2009, p. 16). Sin embargo, forzando su metáfora, me encuentro aquí, tratando de poner en movimiento los recuerdos de personas que, en verdad, parecen no contar para la “Historia”, donde por lo general acostumbran a estar representadas como carentes de dinamismo y autonomía. Es más, pretendo reconstruir desde estas memorias subalternas, el curso general de la vida en un territorio “ancho y ajeno” como es el VAH.¹⁶² En fin, esto es, sin duda, a lo que Bourdieu llamó “ilusión biográfica” (1989);¹⁶³ que no es otra cosa que pretender retóricamente que nuestras vidas fuesen, *vanitas vanitatis*, como aquellos ríos imaginarios.

Abstraído por el lánguido ritmo de la marcha, me dejo llevar por los ecos de la conversación que mantuve hace apenas una semana con Roger (nombre ficticio),¹⁶⁴ un

¹⁶² El mundo es ancho y ajeno (1941) es una novela indigenista del escritor peruano Ciro Alegría que narra la resistencia de la comunidad indígena de Rumi ante la expropiación de tierras que consume, entre abusos y triquiñuelas legales, el hacendado local. Lo que le sirve a Alegría para relatar las experiencias de anomia que padecen en un mundo exterior, inmenso y extraño para ellos, los comuneros andinos despojados. Asimismo, y a pesar de su derrota frente a la modernización avasalladora en el marco de la relación de las comunidades campesinas y el Estado, el autor decide poner en entredicho las dicotomías barbarie/civilización, campo/ciudad, tan esencial en la literatura latinoamericana, al mismo tiempo que resuelve elogiar las virtudes de la vida comunitaria.

¹⁶³ Pierre Bourdieu es, precisamente, uno de los sociólogos que más abiertamente ha expresado un posicionamiento crítico frente al uso del método biográfico. Sus sospechas se orientan hacia la pretensión de considerar la biografía como un todo coherente y dotado, por sí mismo, de direccionalidad, frente a la mutación permanente de las trayectorias personales. Lo que su planteamiento reclama es la necesidad de que la narración biográfica adopte cierto objetivismo a través de la contrastación y contextualización permanente de la vida particular en el entorno cultural de su época (PUJADAS, 2000).

¹⁶⁴ Los nombres de personas y los lugares más cercanos a nuestro principal interlocutor que se utilizan a lo largo de toda la sección son, en su totalidad, ficticios. La decisión se tomó para preservar la intimidad y, acaso, la seguridad de todos los actores que, con independencia de sus actividades, se merecen todo el respeto del autor.

estudiante extraordinariamente entusiasta con quien, a pesar del paso de los años, he continuado manteniendo una amistad duradera, gracias a nuestro común gusto por la lánguida conversación cafeínica. Hace tiempo me había comentado que él es del Valle del Monzón (en adelante *VM* o simplemente *el valle*),¹⁶⁵ la otrora capital mundial del narcotráfico, donde siguen viviendo sus padres. Por lo que no dudé en llamarle para solicitar su apoyo en la localización de alojamiento y contactos para el estudio. Lo que no tardó en facilitarme, con el añadido, enormemente sugestivo para mí, de que me podría hospedar en casa de un conocido de su familia, otrora uno de los narcotraficantes más avezados del valle allá por los 70s y 80s y hoy venido a menos. Acepté inmediatamente. De modo que solo quedamos para ultimar detalles y, en mi caso, para agradecerle por su apoyo.

Mientras tomamos un café por el centro, repasamos juntos el itinerario que hoy emprendo hacia el VM. Sus padres me esperan en Monzón, capital del distrito homónimo, donde residen. A donde llegaré haciendo transbordo en Tingo María, por lo que debo viajar temprano. Luego de almorzar, saldré con el padre de Roger hacia Pucara,¹⁶⁶ donde me presentará a don Héctor, quien cuenta -lo comenta para mi tranquilidad- con toda la confianza de su familia. Por lo visto aceptó de buena gana, aunque no sin cierta extrañeza, recibirme y darme alojamiento en su casa durante los próximos meses. Ganarme su

¹⁶⁵ El valle del Monzón, emplazado en la sub cuenca del río Monzón, en plena ceja de selva (entre los 580 y los 2700 m s.n.m.), pertenece en su mayor parte a la provincia de Huamalés, en el Departamento de Huánuco, y a parte de la provincia de Leoncio Prado, del mismo departamento. El distrito de Monzón, principal en el valle, comprende un total de 12 centros poblados, con sus respectivos caseríos, y cuenta con una población total al 2017 de 12 368 habitantes (lo que supone un decrecimiento poblacional respecto al año 2007 (18 751) del -34 %. El distrito tiene tasas de pobreza monetaria total que se sitúan entre el 15,6 % y el 39,1 % (2018) 33,9 % 46 % (2013) y 24,8 % (pobre) 26,3 % (pobre extremo) (2009); así como una ubicación de la pobreza monetaria total de 1179, a nivel nacional y del 64, a nivel departamental, (los distritos se ordenaron de mayor a menor en función al porcentaje de pobreza monetaria total). (Fuente: INEI). Si bien el cultivo de la coca para uso tradicional se ha desarrollado en el valle desde tiempos precolombinos y este formó parte, bajo el impulso de inmigrantes croatas, de la producción industrial de cocaína cruda desde 1893, en pleno boom de la exportación legal, 1885-1905 (GOOTENBERG, 2016), su producción se vio reimpulsada posteriormente, durante la segunda mitad del siglo XX, por el circuito de producción y comercialización de drogas. El VM, con 10 833 ha., llegó a albergar en el pico de su actividad, el 83 % de ha., de coca del VAH y un 16 % de la producción nacional. Lo que más tarde, durante el periodo de inaccesibilidad del control estatal, le granjeó el apelativo de “tierra de nadie”. La producción fue mermada a partir del año 2009, hasta en un 96,54 %, teniendo como pico de erradicación el año 2013, cuando se registró una disminución del 54 %, reduciéndose a 227 ha., la superficie cultivada en el distrito; un 5,27 % del total cultivado en el Alto Huallaga y un 0,45 % del total nacional. Le siguió el denominado “Plan Poserradicación”, el cual busca generar cambios en las bases productivas, sociales y políticas que permitan al Estado consolidar una propuesta de “desarrollo alternativo, integral y sostenible”, basada en la provisión de instituciones, servicios e infraestructura públicas que mejoren las condiciones de seguridad territorial y humana; así como en el incremento de las inversiones sociales y económicas, como los proyectos productivos de café y cacao y el impulso de las juntas vecinales y los comités de productores (DEVIDA; 2015).

¹⁶⁶ Pucara (del quechua *Pukara*): s. castillo, torre o fortaleza.

confianza y conseguir que rememore conmigo sus andanzas en el narcotráfico es ya cosa mía.

Los consejos que Roger me brindó al final de nuestro encuentro, como “participar de las reuniones comunales, ser útil y aprender algo de quechua” debieran formar parte de los más esenciales manuales de etnografía básica: aproximación, escucha, adaptación, utilidad.¹⁶⁷ No todo es sentido común, pero también. Sin embargo, salí de la cafetería con la sensación de que mi trabajo pendía de lazos fortuitos; tal vez demasiado finos. De todos modos, no tengo opción; así que acepto lo azaroso que inicia este viaje, como un distintivo propio al oficio de comprender imaginativamente el mundo social, desde *el otro*.

De pronto regreso al paisaje, justo en el momento en que estamos atravesando el túnel de Carpish; verdadera frontera entre el páramo y la selva. Al salir, el espectáculo es desmesurado; un indescriptible manto de espeso verdor que, sin embargo, inquieta. ¿Qué básicos detalles no estará haciendo invisibles la espesura? -me pregunto entonces-

Mi eventual acompañante, una mujer de mediana edad, hace un rato que lee un libro que lleva por título “Como enfrentar los problemas”. No llego a identificar su autor, pero me detengo en su desgastada contratapa donde, con esfuerzo, llego a leer: “En el mundo tendrás aflicciones, pero confía en Mí, porque Yo he vencido al mundo (Jn. 16, 33)”. Cuando levanto la vista, mi curiosidad se da de bruces con la mirada de la lectora, quien me regala una sonrisa complaciente que no acierto a hacer otra cosa que devolver. Al instante se disipa esa jactancia intelectual con la que comenzaba a envanecerme ante esta persona desconocida, y me pregunto: ¿quién soy yo para juzgar a este prójimo sin siquiera conocerle?

En fin, quizás para conjurar la alta presencia de peligros que acompañan el viaje, como la proximidad de imponentes cerros, quebradas y precipicios; o pesados volvos¹⁶⁸

¹⁶⁷ En el terreno de la etnografía urbana y empleando en muchas ocasiones los métodos biográficos, podemos encontrar excelentes ejemplos en los trabajos de W.F. Whyte (La sociedad de las esquinas), Oscar Lewis (Los hijos de Sánchez), Philippe I. Bourgois (En busca de respeto: vendiendo crack en Harlem), Paul Willis (Aprendiendo a trabajar), Pierre Bourdieu (La miseria del mundo), Loïc Wacquant (Entre las cuerdas) Daniel Bertaux (Life Stories in the Bakers' Trade) y los más próximos Robert Cabanes (Saidas de Emergencia) y Gabriel de Santis Feltran (Irmãos: Uma história do PCC); y en un escenarios rurales en Michael Taussig (Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje) Sidney Mintz (Taso: trabajador de la caña); entre otros.

¹⁶⁸ En el Perú, el uso corriente de la palabra “volvos” es un evidente caso de metonimia de origen popular; donde una marca, en este caso Volvo, designa el total de camiones pesados de carga que circulan por el país.

sobrepasando a grupos de niños que, a pie o bicicleta, van camino de sus escuelas, el tema de la muerte está hoy continuamente presente en las conversaciones de los viajeros. Si bien la música de fondo, cumbia selvática, agrega un contraste pulsional a la marcha. Me pregunto entonces por qué es cotidianamente aceptable la inminencia del riesgo en unos lugares del país más que en otros.

De repente la combi frena bruscamente y el chofer anuncia con pasmosa naturalidad: “¡no hay pase, están reparando la pista!”. De la nada un grupo de vendedoras ambulantes cargadas de refrescos, chifles, y frutas locales se precipitan sobre los viajeros que salen del vehículo a estirar sus piernas. Aunque aprovecho para acomodarme, decido permanecer dentro para repasar mentalmente lo que esta vez he venido a hacer al valle.

Pues bien, mi aspiración a corto plazo es producir una historia de vida a partir de un prolongado trabajo de campo en el VM.¹⁶⁹ El relato, de estilo narrativo y basado en el testimonio autobiográfico de un individuo cuya trayectoria personal estuvo atravesada por la experiencia del narcotráfico -aunque, como se verá más adelante, serán realmente dos testimonios-, tratará de empatar la trayectoria particular con la experiencia colectiva; buscando reconstruir en última instancia una página particular del campesinado peruano alto amazónico. Dicho de otro modo, y al hilo de las reflexiones que hiciera Wright Mills (2003) sobre las intersecciones de la biografía y la historia en las estructuras sociales; a través de aquella pondré en juego mi interpretación sobre una experiencia personal evocada, a partir de la cual pretendo dar cuenta de fenómenos sociales más amplios que han involucrado a otros pobladores del VAH o del piedemonte oriental, en general, inicialmente ajenos a esta investigación etnosociológica.¹⁷⁰ Y a los que espero, -al menos ese es mi deseo-, que la historia de don Héctor les parezca cercana y verosímil.

¹⁶⁹ La investigación de campo de esta sección se realizó principalmente entre los meses de abril del 2017 y enero del 2018 en el centro poblado de Pucara, distrito de Monzón (Huamalíes). La técnica usada para recolectar la información usada fue la observación participante y, eventualmente, las entrevistas semiestructuradas que fueron aplicadas principalmente a dos personas, pero que contó con entrevistas complementarias a otras 12 personas entre vecinos y expertos de la zona. La investigación documental y revisión de fuentes secundarias fue complementada mediante la revisión de archivos personales (Guillermo Pajuelo Stork D. E. P.; Paul Gootenberg) y familiares (Familia del extinto don Fortunato Rada) que con tanta gentileza y desprendimiento fueron puestos a mi disposición.

¹⁷⁰ La hipótesis central de la perspectiva etnosociológica (BERTAUX, 2005), consiste en suponer que, a partir de las experiencias del sujeto investigado, de un microcosmos personal que aquél expresa, por lo general, en forma fragmentada o parcial, el investigador puede reconstruir las lógicas de su mundo social, o mesocosmos, necesariamente más abarcador y del cual procede (MALLIMACI y GIMÉNEZ, 2006).

En términos más operativos, la idea es triangular las técnicas etnográficas de la observación participante, con el uso de documentos personales y, si mi interlocutor me lo permite, con alguna entrevista no directiva. A decir verdad, la elección del método biográfico responde a una doble motivación. Por un lado, busco abrir una brecha frente al objetivismo aséptico y descarnado que predomina en la mayor parte de los estudios en torno a la temática de las drogas. El cual empata con una recepción similar, por lo distante, en el contexto de estudio; sentando las bases además para una lectura doblemente remota e incluso frívola a nivel mediático que desencaja las posibilidades que la proximidad geográfica otorga al peruano común. Por otro lado, considero que, al estar basado principalmente en material testimonial proveniente de actores olvidados por la “Historia”, contribuye a *romper el silencio*, en términos de Fraser (1970). Es decir, favorece la reapropiación de su historicidad en aquellos actores sociales que han sido tradicionalmente privados de la palabra pública.

El objetivo último que persigo es tal vez, si se quiere, algo más ambicioso, ya que se basa en mi aspiración de que al reconstruir desde abajo la experiencia social, permita abrir una brecha analítica en el campo de estudios sobre el TID. Una veta analítica ruralista y subalterna que, restituyendo el punto de vista de un campesino atravesado y comprometido con la problemática, nos permita resituarla en el terreno de las asimetrías estructurales donde aquella se origina. En fin, la ciencia pasa por ser quimera antes que verdad.

En términos textuales, la estructura narrativa de esta sección se organiza siguiendo diacrónicamente la trayectoria personal del protagonista y buscando encontrar en ella los ciclos en que la misma ha sido seccionada por la experiencia en el TID. Por último, cierra la sección un análisis de carácter conclusivo que busca poner en diálogo la biografía con un marco analítico amplio e interdisciplinar donde trato de expandir las fronteras de los estudios sobre drogas, cruzándolas con otros campos de análisis.

Una aspiración adicional del trabajo que tal vez pase desapercibida, es la de tratar que el texto refleje la emoción del registro oral de donde parte; motivo por el cual trataré de incorporar las inflexiones del habla local que fui capaz de captar, mediante el uso de las *cursivas* o los complementos gestuales [entre corchetes].¹⁷¹ En ocasiones, buscando

¹⁷¹ Por su expresividad, además de por representar ejemplos del habla local, o quechuismos de la misma, he preferido hacer uso de recursos ortográficos que tal vez choquen al lector, pero que representan las

facilitar su comprensión, también he editado algunas de las frases, agregando complementos semánticos (entre paréntesis). Espero que unos y otros permitan al lector aproximarse a la riqueza expresiva del registro de campo, sin sacrificar por ello la intención narrativa del discurso.

Al cabo de unos cuarenta y cinco minutos, tras una precipitada estampida de personas y vehículos, la combi reanuda la marcha en una feroz competencia por liderar un retorcido descenso a Tingo María, escala obligada para llegar al VM, no apto para estómagos impresionables. Después de otras dos horas más de viaje durante el tramo hacia Monzón y luego de haber franqueado un control de *ronderos* que pedían colaboración económica,¹⁷² y otro de policía que el chofer y los viajeros aceptan con asombrosa paciencia y algo de humor -más tarde me comentan que cuando no se trata de una teatralización es un chivatazo engañoso para distraer una salida de droga-, el carro llega a Monzón. No hay duda por el impresionante monumento a la hoja de coca de su plaza de armas; tal y como me había anticipado Roger.

particularidades del habla local; siendo ejemplos de mi intención por de respetar los modos del habla local. Los pies de página son usados en este sentido para dar explicación a aquellos términos que puedan resultar no tan evidentes al lector foráneo.

¹⁷² Las “rondas campesinas” son un tipo de organización autónoma y democrática de defensa comunal surgida a mediados de los años 1970 en las zonas rurales del Perú, en respuesta a la carencia de protección estatal, con el objeto de patrullar los caminos campos para contener el robo menudo. La actividad de las/os ronderas/os está actualmente regulada por la Ley N.º 27908, donde se les reconoce, entre otros, su labor de apoyo a la administración de justicia en general. En verdad en el VM estos funcionan bajo la modalidad de los Comités de Autodefensa (CAD), los cuales se crearon siguiendo el modelo de las rondas campesinas y fueron impulsada por la población y posteriormente apoyadas por el ejército. Su principal objetivo en la zona ha sido defender a la población frente a las incursiones del PCP-SL durante la época de la violencia política; pero continúan activos para actuar frente a los delitos de orden común como el abigeato, la violencia intrafamiliar y los conflictos al interior de los centros poblados.

CAPÍTULO 4. INFANCIA, ABANDONO Y COCA, CON FONDO DE HACIENDAS

Los carros que se dirigen desde Cachicoto a Monzón atraviesan, en una media luna de tramo pedregoso y polvoriento, el centro poblado de Pucara,¹⁷³ sin reparar en su existencia. Apenas cruzan el puente, sortean una exigua veintena de casas y una escuelita tapiada, tras las cuales el pueblo desaparece casi sin mostrarse. Sin embargo, Pucara se resiste a ser esclavo de ese retrato en sepia que se lleva tras de sí el viajero apresurado.

Atajando la vía principal y dirigiéndose hacia las laderas que lo envuelven, va apareciendo el pueblo real; el que mira con anhelo hacia la tierra que le da de comer o al río que lo acompaña y nombra, bajo una aparente indiferencia a la carretera que, día a día, lo cubre de polvo. Poco más de quinientos pobladores distribuidos entre las escasas construcciones de concreto, -o como dicen aquí de “material noble”-, algunas más de tapial o material rústico, y finalmente una gran mayoría de casas mixtas, mitad rústicas y acabadas con tablas de madera en la parte superior, o completamente de madera. Entre las primeras se encuentran la municipalidad, las dos iglesias, la católica y la cristiana, la escuela, el jardín de infancia, la posta médica y la casa-tienda del señor Urías, el comerciante principal. La de don Héctor engrosa, junto a los pequeños comerciantes y los agricultores más prósperos, la decena de viviendas de tapial. Finalmente, las casas de madera o mixtas, de los pequeños campesinos que componen el grueso del pueblo.

Con un aspecto frágil y una apariencia de estar a medio construir, por lo general las viviendas conservan un aire serrano; caracterizado por pequeños ventanales y almacenes superiores, entre aquellas pocas que cuentan con dos pisos. Algunas disponen de eras en la parte posterior, donde en ocasiones se puede ver café, maíz, frejoles o coca, haciéndose secar al sol. A sus costados a toda hora merodean además toda clase de animales de crianza y domésticos y hasta un inquieto guacamayo -al que llaman “Pepón”-, que hace de fetiche para los pucaraquinos; cómplices todos ellos de romper la aparente quietud del lugar.

¹⁷³ Pucara es un centro poblado de apenas 20 años de creación legal que suma poco más de 500 pobladores, repartidos entre la capital homónima y 4 caseríos adyacentes a la misma; entre los cuales se encuentra Nueva América, a dos horas de caminata desde Pucara, por camino de herradura, donde don Héctor tuvo su fundo Bellavista.

Mientras que algunas casas se muestran abandonadas por los campesinos que dejaron el pueblo tras la erradicación de los cultivos de coca del año 2013 o a la espera de que sus propietarios salgan de prisión, del interior de las otras viviendas surgen, a lo largo del día, grandes bocanadas de humo de sus cocinas a leña, o radios vociferantes; anunciando que, a pesar de todo, la vida sigue su curso.

Dejando atrás las casas y dispersas entre los escarpados montes cercanos, se encuentran las chacras de los pucaraquinos. Parcelas de entre dos y diez hectáreas a poco más de media hora de distancia, donde hombres y mujeres pasan la mayor parte del día, cultivando cacao, café, plátanos, maíz y otros cultivos menores de panllevar.¹⁷⁴ Algunos también tienen chacras sembradas con coca a varias horas de distancia. Dejando a sus hijos menores al cuidado de los abuelos o de los hermanos mayores y pertrechados con ropas largas y botas de jebe para protegerse de las hordas de mosquitos y las mordeduras de las víboras, llegan allí por estrechos caminos abiertos al monte, tras sortear lodazales y cruzar corrientosos riachuelos por puentes hechos de leños volteados.

Adentrándose por la espesura del monte cercano a Pucara es posible encontrar *pozas de maceración*¹⁷⁵ abandonadas con numerosos envases de químicos regados por sus alrededores. También es frecuente oír aplausos y murmullos. Son el grupo de campesinos que forman parte de las “Escuelas de campo” que organiza DEVIDA en el valle,¹⁷⁶ y que en Pucara están a cargo del ingeniero Benicio Reyes. Cuando ingresan a este programa de Desarrollo Alternativo firman una hoja de compromiso para no cultivar más coca; pero el ingeniero -que vive entre ellos-, fuera del documento tan solo les pide que en caso de hacerlo, lo hagan en chacras alejadas; para que no aparezcan en las inspecciones, perjudicando su trabajo.

¹⁷⁴ De acuerdo al IV Censo Nacional Agropecuario 2012 (INEI), la superficie de las unidades agropecuarias en el distrito de Monzón es de un 38,6 % menor a 3 ha, un 59,5 % inferior a 5 ha y un 80,5 % menor de 10 ha. Lo que expresa un proceso de severo de “minifundización” en el valle, si lo comparamos con una región andino amazónica similar como San Martín, con 32,5 %; 49.1 % y 68.8 %, respectivamente.

¹⁷⁵ En su procesamiento, las hojas de coca se depositan en unas pozas prefabricadas, generalmente ocultas en el monte, en donde se mezclan con hidrocarburos y ácido sulfúrico para obtener el primer procesado: la pasta básica o sulfato de cocaína (PBC).

¹⁷⁶ La Comisión Nacional para el Desarrollo y Vida sin Drogas (DEVIDA) es la institución pública rectora de la política de drogas en el Perú y, como tal, está encargada de elaborar, dirigir y coordinar la Estrategia Nacional de Lucha contra las Drogas con todas las instancias de gobierno a nivel nacional y subnacional. Se encuentra adscrita a la Presidencia del Consejo de Ministros y constituye la contraparte nacional que recibe los fondos de cooperación internacional destinados a la lucha contra las drogas.

A pesar de todo, muchas de estas familias campesinas siguen proyectando sus esperanzas de ascenso social a través de la educación. Haciendo un importante “sacrificio”, algunos envían a sus hijos mayores a estudiar fuera del valle. De otro lado comentan que algunos familiares (maridos, hijos o sobrinos) están “lejos”, en el VRAEM o en zonas de frontera con Brasil, Bolivia o Colombia. Algunos no regresan en años y el silencio cae sobre la suerte de estas familias que, acabados los años de bonanza del narcotráfico, no han querido, sabido, o podido bajarse del carro.

Cuando no se quedan por ocho o diez días en sus chacras, antes de almorzar o con las últimas luces de la tarde, aquellos mismos campesinos bajan al pueblo, sudorosos o empapados por la lluvia y cargados de productos agrícolas a sus espaldas. Por la tarde, una vez descansados, pasan largas horas conversando en corrillos por lo común de hombres o de mujeres. Allí, entre bromas y distensión, charlan sobre la suerte de los familiares, los litigios entre vecinos, los fracasos de la autoridad local para conseguir que el alcalde distrital haga comenzar las obras que desde años esperan o los motivos por los que desde hace dos o tres días, el pan o el gas no llegan desde Monzón.

A los oídos del foráneo, los pucaraquinos se expresan en un hablar algo vago aunque dulcemente canturreado. Como en otras partes de la región amazónica, elevan el tono al final de las frases o las onomatopeyas, arrastrando además allí las vocales; en algunas ocasiones para mostrar conformidad (ya *pueees*), en otras para expresar pesar (*caraaambas oye*) o enfatizar lo indescriptible (*puuucha hermano*). La mayor parte de las ocasiones, y dada esa costumbre que tienen de narrar sus vivencias cotidianas mediante extensos relatos ensanchados onomatopéyicamente y cargados de expresividad corporal, simplemente por animar los mismos.¹⁷⁷ Finalmente y aunque podría añadirse un sinfín de detalles acerca del peculiar uso que de ese castellano con reminiscencias quechuas tienen en el valle,¹⁷⁸ otra singularidad se percibe con la preminencia del presente verbal en la mayoría de sus enunciados. Como remarcando la tiranía de lo cotidiano. Un joven

¹⁷⁷ Para profundizar sobre la naturaleza creativa de la cultura andina quechua, es interesante revisar el documento: Delgado, P., Guillermo (2009). La estratigrafía arqueológica de la poësis quechua. **Bolivian Studies Journal/RevistaE**. Pittsburgh. Volumen 8 (Issue 1), Septiembre-Octubre, 2009.

¹⁷⁸ La mayor parte de los habitantes del VM, como en otras partes del VAH, tienen origen andino, proviniendo principalmente del departamento de Huánuco, Pasco o Ancash y, generalmente, hablan quechua o un castellano mestizo.

ingeniero de DEVIDA entra un medio día al restaurante de doña Eleonor y pide un almuerzo. La dueña le pregunta: ¿para que *lléev*as o para que te *siirves*?

Las primeras semanas que pasé en Pucara las dediqué a socializar ampliamente. Mientras yo trataba de aclimatarme al entorno -vale especificar al calor y a los mosquitos-, don Héctor me presentaba en sociedad como su “amigo”, el “gringo”. Preferentemente entre su familia en el valle y animándome siempre a hablarles bien de su persona, a pesar de que apenas nos conocíamos. A sus hijos, quienes viven en su totalidad fuera del valle, entre Huánuco y Lima, no los llegué a conocer sino indirectamente mediante sus pocos relatos. Pero siempre sentí que fueron una importante referencia para don Héctor.

Continuamente interesado por mis movimientos, desde el primer día buscó persuadirme de que hablara con los campesinos o las chicas jóvenes que venían a la casa a curiosear por distintos motivos sobre mi presencia; aduciendo que no pretendían otra cosa que hacerme perder el tiempo o sacar provecho económico. Finalmente, en repetidas ocasiones me paseó por su actual chacra -acabé sabiendo que con miras a venderme-, donde se encontraba cultivando plátanos, maíz, cacao, papaya, frejol; y a la cual se refería como quien habla de una hija pequeña. Pero pronto encontré excusas para alejarme de allí por unos mosquitos famélicos que visita a visita -estos si- me succionaron hasta el tuétano.

Hubieron de pasar varias semanas para conseguir explicarle a don Héctor, y otras más para que realmente entendiera, que mis objetivos diferían de esa imagen idílica que acostumbramos a desear que lleve consigo el visitante. Más todavía me costó a mí comprender que, del mismo modo discreto a como yo mismo había manejado inicialmente los motivos de mi visita, él se movía obviamente de acuerdo a sus propios intereses. Así, en el contexto de las estrecheces de la post erradicación, donde sus vínculos con la comunidad -en realidad todas las relaciones interpersonales-, lucen frágiles, no es difícil entender que en mi presencia viera un cierto influjo social o, cuanto menos, un soporte emocional que le alejara de la repentina soledad que le aquejaba.

Por lo demás, su proteccionismo -del cual debo reconocer que me costó liberarme-, era tanto una humana preocupación hacia mi persona, como el reflejo de su propia ordenación de valores y jerarquías sociales. Así que, una vez que me sinceré con él, confesándole que mi principal interés era escribir sobre su vida, no tardó en colocarse en

el conjunto de personas irrelevantes del VM. Y tardaría aún semanas en aceptar, sin abandonar nunca cierto escrúpulo, que su vida pudiera interesar a otras personas.

Una sosegada tarde de abril, lo sorprendí, entre el sueño y la vigilia, recostado en su “perezosa” -una silla hamaca de mimbre plástico sobre la que coloca una piel de carnero-. Comencé a compartirle entonces la lectura de un libro que me habían prestado sobre la vida de los arrieros y cargueros del VM, durante el tiempo de las haciendas.¹⁷⁹ Más tarde supe que aquel periodo, que le remitía a su infancia, era un episodio de su vida al que no le gustaba tanto recordar. Sin embargo, cuando leí un pasaje sobre la “Hacienda Cafetal”, don Héctor, casi incontenible, tomó la palabra:

Mi madre, natural de Monzón, estaba cursando cuarto o quinto año de primaria, cuando se ha presentado un señor de la sierra, don Rómulo Rosales Ibarra, quien era de Chavín de Pariarca y había ido a la selva para disponer la chacra de su papá que recién había muerto. Pero como tenía tierra, casa y vio movimiento comercial, alquiló un local y abrió allí una tienda de abarrotes. Él era un caballero de treinta años, un hombre decente y bromista; así que mi mamá -que iba a comprar a su tienda-, con catorce o quince años se enamoró y se relacionó con él; y la embarazó de dieciséis añitos. Yo nací exactamente en 1941.

Pero a los tres años, sin avisarle a mi mamá, vendió la tienda y le dice: oye, estoy enfermo así que voy a viajar a Lima a hacer mi tratamiento. Cuando vuelva vamos a abrir una tienda más grande para estar mejor. Vas a estar cuidando al bebé; yo voy a volver. Pero nunca más volvió. Ha sido un abandono total y, pues bueno... [largo silencio]. Mi madre, *ingeenua* pues, no podía hacer nada. Entonces una mujer pobre no es como ahora. Últimamente hay una ley para proteger a esa mujer que la abandonan. Pero más antes era muy diferente; se largaban, se iban y no les daba la gana de darle una pensión, ni nada.

Los últimos años de primaria los había cursado con el profesor Gerardo Barraeta. Él era el mejor preparado, un buen profesor. Muy pocos avanzaron secundaria; (excepto) por ejemplo los Araujo, el chato Julio y su hermano Serafín que han estudiado hasta dos

¹⁷⁹ ROJAS, C. **Caminos de arrieros y penurias**. 1ª ed. Huánuco, Perú: Ciro Augusto Rojas Inga, 2016. 170 p. (Biblioteca Huamaliana).

o tres años de secundaria en Tingo María. Pero ellos tenían padre y madre, eran pudientes, tenían plata. Su madre era profesora y su padre tenía cocal en una pequeña hacienda de su propiedad.

Total, como no volvió, mi mamá se ha enamorado de otra persona, Fernando Hurtado Villayzan, originariamente de la sierra, de Quiprán, en Llata, pero nacido y crecido en Monzón; con quien tuvo cinco criaturas más. Triste era vivir con otro padre porque *naaadie* había que nos ayuda, que nos apoya. El hombre era muy lento, ocioso era, y nunca se ha preocupado por nosotros. Trabajábamos las tierras de mi padrastro, pero él apenas plantaba unas arobas de coca para sobrevivir; para que masca. Tierra había, pero no había quien la trabaja ¡Habiendo *terreeno*! Él no quería trabajar, solo iba al monte a cazar, agarrando escopeta. Mascaba mucha coca. A veces llegaba cargado de animales de monte; otras, no llegaba con nada y, amargado, renegando, le pedía comida a mi madre; y como no había hecho, le metía golpe... [silencio]. Tantas cosas pasaron.

Vivíamos con mis hermanos y mis tíos en la casa de mi abuela, que era viuda, en Pacapucro. De Consolado subiendo por un camino de herradura, muy lejos. En ese tiempo no había carro, así que caminábamos dos horas para llegar a la escuela en Monzón. Hemos sufrido la pobreza porque a veces no había que comer. Entonces el padre de mi padrastro, Luciano Hurtado, que vivía en San Miguel, le ha obsequiado un terreno para que haga su chacra, en el caserío de Ascensión, con cocal y café. Pero el hombre era bien renegón. A veces me pegaba y a mi mamá de toda la vida también le pegaba y le peloteaba (patearle). Así que cuando ya era jovencito, con quince años, le empecé a pelotear también yo ¿¡Que iba a estar soportando!?

En ese entonces casi todos trabajaban para las haciendas. Algunos días le decía a mi mamá que iba a pescar al río, pero en realidad me iba con unos amigos a las cercanías de la “Hacienda Cafetal”, de don Eliseo Peláez; y mirábamos lo que hacían por dentro. Sus trabajadores, todos humildes campesinos de la sierra nos parecían tontitos, por como los trataba. Pero los tenía dominados, e incluso no les pagaba. Apenas les compraba unas ropitas y botas. Y aunque no alcanzábamos a ver bien, nos imaginábamos que cualquier

cosa les estaría dando para comer; apenas para convertirlos en sebo. Porque el viejo era *pishtaco*;¹⁸⁰ entonces todos los jóvenes hablaban sobre eso, ¿quién no iba a saber?

Un día, cuando ya estaba en tercer año (de primaria), mi mamá, como éramos pobres, me dice: tu papá es millonario, anda a visitarle, pídele que te de ropas, cuadernos; a ver si te ayuda. Así que viajé a la sierra por camino de herradura. He ido acompañado por un tío, dos días caminando con mis zapatillas de jebe, ¡con qué frío y qué sufrimiento! Cuando llegué, mandé a una prima a verle para que le converse, pero no me atendió hasta más tarde, mientras duerme su señora; pues tenía miedo a su mujer que era de Llata, una mujer brava. Era la primera vez que le veía, no le conocía a mi padre yo. Allí tenía un tremendo establecimiento comercial, en una casa de tres pisos; pero ¡conchudo era! Cuando le he pedido para que me apoye, ¿¡acaso me dio plata!? Me dice: (Mira) ¡Yo tengo tantos hijos que mantener! Él ha tenido nueve hijos en esa mujer llatina y, en total, veinticuatro en distintas mujeres.

Entonces, como un desprecio, me ha dado un pantaloncito chusco y una camisa a rayas para peones. Un zapato chimpún con broca, tres cuadernos y un lápiz. Lo más barato me ha dado. No me gustó, pero llevé así. Bueno, y le digo: Papá, para volver no tengo plata, dame siquiera para tomar mi caldo de cordero o cualquier cosa. No, no tengo sencillo [con voz fría y altiva], yo tampoco tengo plata. *Puuucha*, me sentía triste, lloroso. Un hombre pudiente, tremendo comerciante, *millonaaario*, no quiere ayudar a su hijo, ¡ya es por demás! Ni diez soles o cinco soles siquiera, para tu algo. No me ha dado un sol ¿y qué me quedaba?

Pero cuando uno trabaja, ¡cómo es! Reuní mi platita, gracias a Dios, que me ha ayudado siempre. Tenía que tratar de dominar la pobreza, esa era mi meta. (Así que) volví y me dediqué ya a trabajar donde los vecinos, en una u otra cosa. Desde mi tierna edad,

¹⁸⁰ La leyenda de los "pishtacos", o quita grasas, tiene una larga tradición en la región central andina del Perú, con reminiscencias en el *sacamantecas*, una figura similar del imaginario popular español, y hace referencia a un personaje, de apariencia extranjera, que degolla a sus víctimas para sacarles la grasa y comercializar en el extranjero su tejido graso. En el año 2009, la leyenda se reabrió con la detención de la supuesta banda conocida como "los pishtacos de Huánuco", que operaba, entre otras zonas, en el valle del Monzón. A los detenidos, inicialmente autoinculpados y posteriormente retractados aduciendo presiones policiales, se les atribuía la desaparición de cerca de 60 personas. El montaje policial destapado finalmente por varios medios de comunicación, aduciendo que buscaba desviar la atención sobre la existencia de presuntas ejecuciones extrajudiciales a cargo de un Escuadrón de la Muerte en Trujillo, fue inicialmente respaldado por el entonces ministro del Interior, Octavio Salazar y acabó con la destitución del jefe de la Dirección de Investigación Criminal (Dirincri), Eusebio Félix Murga.

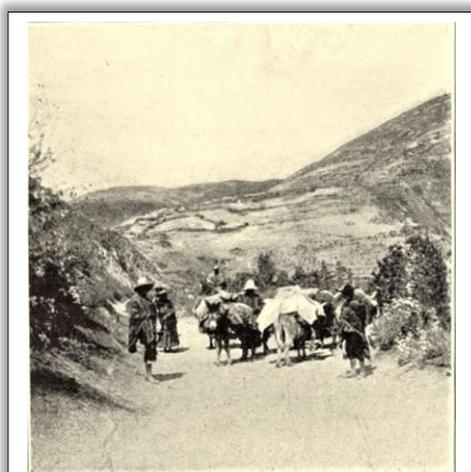
con ocho años, yo empecé a trabajar, siendo peón en el fundo de un hombre que tenía cantidades de coca y nos daba *chamba* (trabajo) como cosechero de café o coca, cultivador por contrato, concentero o en rozo, tumbando maderas. Pero en ese tiempo la coca no valía, aún no tenía precio. La gente todavía no conocía la droga. Bueno, los Ribeyro de Cashapampa sí; ya ellos estaban autorizados por el Estado para fabricar droga. Además, cuando estábamos haciendo secarla, y nos traicionaba la lluvia, le goteaba y ya se negreaba. Y coca negra *nadies* quería comprar. Llegaban los *conchucanos*,¹⁸¹ de la sierra, trayendo jamón, carneros, habas, queso, para hacer intercambio con la coca. Peso a peso y valorizando. Y la coca que se morocheaba, no compraban ellos. Así que la botábamos de abono al pie de los cocales. Irás a visitar a Agustina Venegas, más luego, para que te cuente bonito. Su familia tenía ya entonces bastante coca en el fundo.

Terminada mi primaria en Monzón, yo ya era un hombre inteligente, entonces vine donde mi padre nuevamente. Le he dicho que quería hacer mis estudios secundarios en Tingo María o en Huánuco; ¿puedes apoyarme papá? *Nooo*, no voy a poder apoyarte porque yo tengo *taant*os hijos que mantener, que están estudiando en Lima. Así que agaché la cabeza, me goteó las lágrimas y dije: está bien, gracias; y me retiré. Gente mala. Pero ahora ya estará en el infierno, estará pudriéndose el inconsciente ¡pudiendo y no queriendo ayudarnos! Pero de todas maneras Dios lo está viendo todo. ¿Qué pasó? Murió en la desgracia. A lo último, su mujer lo abandonó y vivía solito en Lima, revolcándose en su cama, en la suciedad Ni una empleada tenía. Ha sufrido un engaño, una estafa, y lo dejaron sin plata. Quedó en nada. (En fin) Dios le castigó.

Al regresar de mi padre, sin la intención ya de estudiar, me dediqué a comprar y vender coca, y llevarla con acémilas por camino de herradura hasta Tantamayo, en la sierra. En aquel tiempo cualquier cantidad de gentes había *huhuhuhu*. Ahora está en silencio. De bajada traía carneros, chanchos, que compraba allá en Quipran o Chavin. Allí tenía ahí gentes que eran parientes de mi padrastro, paisanos, y arreaban ganado. Con chanco tienes que ir despacio; los de la sierra sabían hacer llegar. Una vez en Monzón, los hacía cebar y, así gordos, los vendía. De subida también compraba café; la mitad al contado y la mitad a crédito. Como no tenía dinero suficiente, les suplicaba a los vecinos que me dieran a crédito la mitad; y como era conocido, me daban. Yo les cumplía también. Entonces me iba a Tingo, con un saco de café, a vender. Así estuve una temporada

¹⁸¹ Conchucanos: del Callejón de Conchucos, provincia de Huari, en la sierra de Ancash.

trabajando, pero cuando ya me puse mi negocio de café y coca en Pucara, con dieciocho años, abandoné eso para construir mi casa y abrir mi bodega. Muy sufrido era ir a la sierra. Yo francamente vivo agradecido del Señor, de nuestro Dios padre, él me ha *ayudaaado*. Claro, yo he tenido que sufrir; pero en todo sufrimiento, cuando tú trabajas, ahí Dios te ayuda.



Fotografía 16. Arrieros de coca del Valle del Monzón durante la época de las haciendas y fundos (Fuente: archivo fotográfico del investigador Paul Gootenberg sobre libro *The New and Old Perú* de M. Robinson).

Gracias a Dios iba ahorrando mi sencillo. Bueno, uno es por Dios y otro por la sangre Rosales, ya que el viejo era un buen comerciante. (De modo que) lo que ahorra era para el negocio, para trabajar comprando y vendiendo café y coca. Llevándolo a la carretera, alquilando burros. Yo guardaba mi sencillo y le daba a mi mamá; le decía: para que compras fideos, arroz y esas cositas; ¡para que no sufres mamita! Del resto -cómo me habrá dado Dios esa idea-, empecé a ahorrar de cinco en diez soles. Entonces fui juntando mi platita. En ese tiempo valía la plata, no como ahora.

Cuando llevaba coquita, primero la traía a Pucara, donde el papá de mi cuñado Gervasio, don Fortunato Verástegui, de sesenta años-, que tenía bastante terreno y una prensa que me alquilaba para hacer prensar la hoja -cinco o seis arrobas enfardadas-, que yo compraba por aquel entonces a los vendedores de la zona. Una mañana le digo: don Fortunato, no toda la vida le voy a estar molestando para traer mis fardos de coca. Está bien que me preste su prensa para pesar la coca, pero yo quiero tener una chocita, le digo. Pero el viejito era medio maloso, envidioso, y no quería venderme este terreno para que yo hiciera acá mi casa. Pero al viejo le gustaba tomar, así que le llevo a una tiendita, y le digo: tomaremos dos cervecitas: ¿blanca o negra?

Al rato, el viejo está tomando su negrita y me dice: ¿cuánto me puedes pagar? Usted es el dueño, don Fortunato. Y cuando ya estaba un poquito así picado, le pregunto: ¿un poquito *máaas*? Entonces el hombre me dice: oye, te voy a dar ese lotecito que tú quieres, pero tienes que pagarme mil soles. Pero yo ya sabía qué debía hacer ¿Cómo va a ser mil soles? Cómo voy a pagar, yo soy huérfano -17 años tenía-. Pero no quería bajar,

bien caprichoso era el viejo. Le adelantaré doscientos y él, terco: tienen que ser quinientos ¡si te conviene; si no te conviene no te vendo! (En fin), bien ubicado era el lote porque por mi puerta pasaba el camino de arriba a Ascensión. Mi idea era ser comerciante y poner una tienda. Entonces era como un puerto allí, con cuatrocientos metros cuadrados; y todo el mundo que bajaba o subía me compraban. Por eso le he hecho hacer con puerta alta, y ancho para que haiga luz, para que la gente ve. Ahí más *allacito*; eso ha sido la tienda [señalando a un costado].

Todos por aquí eran productores de coca y cafetaleros. Pucara, que era más antiguo, era un puerto a donde todos llegaban a vender su coca; pero el precio era todavía bajo. Sabíamos de su precio por los comerciantes de la sierra que venían a comprar con sus acémilas.¹⁸² El nombre de Pucara es por el río, que ha sido bastante bravo; bien traicionero es. Puede estar soleado abajo, pero por arriba puede estar negro y entonces baja torrencioso. A bastante gente ha llevado así.

Pero la entrada de mi casa era oconal, barro era. En ese tiempo, la carretera a Monzón recién estaba llegando cerca de Pucara. Así que le digo a un chofer: yo les voy a dar *chaamba* ¿Por cuánto me podrías traer volquetadas de piedras y arena? Quiero que me acarrees arena y piedras a la entrada. Oye, ¡barato me vendió! Para lo cual yo ya tenía plata. Y luego de eso yo ya he echado hormigón. (Así que) de 17 años he hecho construir mi casa y con 18 era comerciante; ya tenía mi bodega y allí mismo compraba la coca y el café.

Entonces tuve la oportunidad de conocer una hacienda por dentro. yo ya era alguien, pues compraba coquita y el negocio era prospero; por lo que fui a comprarle su coca a otro hacendado, don Justino Arroyo. Éramos cuatro (en el grupo) pues llevaba a tres cargadores conmigo para que carguen los fardos de coca hasta la rondana para hacerlos cruzar el río. Así que, cuando nos dice: “pasen y almuercen”, y puesto que conocía a mi padre que era un señor principal por la región, un hombre bien decente, bien caballero, que se conocía con todos allá en la sierra, de donde también provenía Don Justino, yo pensé que nos iba a servir un almuerzo bueno; lo (mismo) que comen ellos. Y vi como a los peones les servían en platos viejos de un color que hacía pensar ¡de qué tiempos *seráaa!* Y la gente pobre como comían, oye; (les) hacían trabajar y todavía les

¹⁸² Las acémilas (asnos, mulos, burros u otro tipo de caballería) eran los animales de carga que los arrieros empleaban como medio de transporte para el comercio entre la sierra y la selva o viceversa.

daban mala comida. ¡Qué tal manera de servirles tan miserable! Y a mí con mi gente -se equivocaría de servirnos así, ¡si nos conocíamos!-, apenas nos sirve sopa de rayado de plátanos verdes y no daba arroz sino frijolito con su agüita en el segundo. Además, nos sirvieron plátanos sancochados, contaditos los dedos. Una comida horrible que yo no pude acabar. (En cambio) ellos, el hacendado y su familia, comían aparte, pues tenían su comedor especial.

(Y bien), así fue que le compré el terreno al viejo y con ayuda de mi hermano Lucho hice construir mi casa. Al costado incluso había una casa de dos pisos, rústica, donde han bajado a vivir mi mamá y mi padrastro. Pero mis hermanos, descuidados, han dejado caer cuando ellos murieron. Entonces, por consejo de mi mamá -por no estar metido en la chacra donde mi padrastro que me tenía como cualquier cosa-, he comprado la chacra abandonada de un tal Luciano Morales, bien arriba; para tener mi fundo aparte. Así que compré, con buen terreno, en lo que ahora se llama “Nueva América” y donde más tarde tuve mi fundo “Bellavista.”¹⁸³ Primero hemos venido a vivir y hemos hecho una casa así chusca, provisional, de tablas de madera. Quería sembrar dos hectáreas de coca, pero mi mamá me dijo: ¿cómo vas a sembrar coca si está prohibido? Están persiguiendo, fastidiando; ¡te van a llevar preso por eso! Y sembré diez hectáreas de café Catulo; ¡*cooómo* ha producido ese café amarillo y rojo! Toneladas y toneladas de café ha producido; *aaasuuu!* Cantidades he tenido. Pero el precio era barato.

Entonces, he ido al tío Ramón Suárez, en Ascensión, un pariente albañil con cinco hijos. Y le llevo su aguardiente, sus cigarros, su coquita, todo. Y le digo: Tío, he venido a suplicarte. El Tío me acepta: siéntate, vamos a conversar. Vivimos en la playa en una casa que no vale la pena. Tú tienes varios hijos, robustos, quiero que me ayudes a construirme mi casa. Y le saco su coquita, su aguardiente -le gustaba el trago al viejo-. Se picó un poco y me dijo (en quechua): *Noga arupaysaquimi, guayiquita, sureiqunuhuan, puntual shamusha, domingomi shamusha, lunes gayarinapa aruita.*¹⁸⁴ Hablamos en quechua porque en aquel tiempo los trabajadores todos, los paisanos, lo aprendían. También yo lo entendía y contestaba. Mayormente mi padrastro hablaba

¹⁸³ Su chacra contaba con 30 hectáreas de terreno agrícola. Además de 5 hectáreas de coca, ha tenido 2 o 3 hectáreas de plátano en producción para los peones (25 o 30 personas), entre otros cultivos de *panllevar* y abundante producción avícola (gallinas).

¹⁸⁴ Traducción quechua castellano de don Héctor (por él mismo): sobrino, yo te acepto trabajar, tengo cinco hijos, el domingo vendré a tu casa con ellos y el día lunes comenzaremos a trabajar hasta terminar.

quechua porque era de la sierra. Y seis, siete personas se presentan el lunes y el sábado en la tarde se iban a sus casas, y *pim pam, pim pam*, rápido lo terminaron.

Yo le he puesto ese nombre, Nueva América, al caserío, primerito, cuando he sido autoridad como teniente gobernador. En aquel entonces, cuando solo había camino de herradura, éramos como sesenta propietarios, campesinos, que vivíamos en nuestras chacras. Así que llamamos a una reunión. Para lo cual yo ya había leído en el periódico, no sé dónde, el nombre de “Nueva América”. Y la gente aprobó, aplaudieron todos. (Además), para la creación (reconocimiento oficial) del caserío o, más luego, el trámite para su centro educativo, como tenía a mi sobrino en la región (trabajando en el gobierno regional), voy y le ofrezco su ceviche, su pachamanca, para que no demore. Así, ya bien comido, agradecido, tiene que tomar importancia y agilizar la documentación.

(Por) entonces -yo era aún muchacho-, no había radios, ni equipos; solo había guitarra y vitrolas. Tenía entonces un tío, Hugo Arana, que tocaba bien la guitarra y cantaba bonito. (Así que) hicimos un conjunto de tres guitarras y éramos invitados a tocar en los cumpleaños de las personas pudientes. Yo tocaba la segunda (guitarra) y la tercera era un tal Abigail Huertas. Íbamos invitados a tocar en las haciendas, por varios días, y tocábamos de todo. Lindo era, y éramos bien preparados.

Yo he crecido sin padre, solo con mi madre, y he sido un muchacho que me he ocupado desde tierna edad trabajando, de una u otra forma, en todo sentido. He sido comprador de café, de coca, vendiendo en Tingo, también llevaba a Huánuco o a La Unión, por Huallanca. Así, poco a poco, he llegado a tener dinero y mi mamá me ayudaba. Cuando uno trabaja Dios nos ayuda y por él he hecho plata.

(De todas formas) en ese tiempo *nadies* tenía tienda. De ahí que el hacendado Peláez me agarró odio; por tener yo mi negocio. El viejo era envidioso y él nomás quería tener su negocio. Y decía: ¿por qué él tiene que poner su negocio ahí si yo ya hago eso? Así hablaba. Don Eliseo era gamonal, en ese tiempo así se llamaba a los hacendados. Ellos eran los mandamases y tenían dominado al pueblo de Pucara que le obedecían en todos los mandatos y disposiciones que daba. Él ha sido también empleado del Banco de la Nación que tenía una oficina de Estanco de la Coca en Monzón,¹⁸⁵ donde nosotros,

¹⁸⁵ En 1949, mediante Decreto Ley N.º 11046, fue creado el Estanco de la Coca, un ente estatal para controlar el sembrío, cultivo, cosecha, distribución, uso y exportación de la hoja de coca.

legalmente, pagábamos los derechos por la producción de la hoja de coca. En ese entonces yo estaba inscrito en la Caja de depósitos y consignación del Estanco de la coca, que nos daban un libro de recaudación. Por eso teníamos un libro de cuentas. Él era el recaudador de la coca, arriba en Aguellín, y controlaba a los que sacan de contrabando la coca a la sierra. (Así es que) se ha vuelto millonario y se ha ido a la “Hacienda Cafetal”. Él nombraba a las profesoras, a las autoridades, al agente municipal, al teniente gobernador; y obligaba a las autoridades a que trabajen, que hagan fiesta; [alzando la voz] porque era un hombre acaudalado, tenía plata. A mí me tenía odio el viejo, lo recuerdo muy bien, porque quería que yo fuera su muchacho, como los demás, y yo no le obedecía como ellos.

Él tenía sus esclavos, claro, personas así indefensas, medio muditos, gentes humildes, que los tenía como criados. Y era también *pishtaco*, de paso. Los esclavos venían con enganchadores desde la sierra, pero muchos ya no volvían, los desaparecía. Cuando ya no le rendían sus trabajadores es cuando más provecho les sacaba. Por no pagar a la gente, los mataba. Tenía unos ganchos en un cuarto de su matadero; un amigo me contó. Les volaba la cabeza, los colgaba con unas velas al pie y hacía gotear la grasa de la gente que chorreaba como (la) del chanco. Y el aceite humano ya lo envasaban en unas latas o si no en unos baldes, que enviaba a Lima o lo venían a recoger de no sé dónde, para (hacer funcionar) las maquinas. Por eso si le pagaban buen precio al viejo. Costaba caro, (se) dice. (Los *pishtacos*) han existido mucho tiempo por la zona, mataban a la gente, hacían gotear toda la grasa, Nosotros no hemos trabajado en las haciendas, pero otros sí; de Pucara mismo iban a sembrar su coca del viejo. *Nadies* lo ha denunciado, pero se sabía por referencia de sus propios trabajadores.

(En fin), a mí me ha querido matar a todo dar, porque tenía mi tienda. Que hace competencia, que esto y que lo otro; cualquier rato lo mato. El viejo también producía sus 200 o 300 arrobas de coca y a él nadie le podía competir. Más antes el gamonalismo era así. Que un hombre pobre empiece a prosperar, no quería. En cambio, yo no le hacía caso. Si él me amenazaba, yo también le amenazaba. Él me buscaba y yo también lo buscaba. Yo también andaba armado. Pero no nos hemos encontrado para enfrentarnos. Bien envidioso era, malo: ¡*gamonaaal* pues! [con énfasis].

Como yo era comerciante que compraba y prensaba la coca directamente, a mi tienda venían desde Huánuco a comprar la coca; don Mauro Maguiña y don Augusto

Escudero, su cuñado. Ellos venían con dos camionetas, compraban y se llevaban. Ellos me ofrecían mercadería (pescado, víveres) que me dejaban a crédito. Pero una tardecita se estaciona en la carretera un camión grande ¿Quién será? -digo yo-. Y era un pariente de Palo Wimba, Fidel Arévalo. Se presenta y me dice: Sobrino, me han contado que tú compras coca y vendes. Sí tío -le digo-. Véndeme coca, en eso estoy trabajando; somos *famiilia*. Yo te voy a dar la mano también -me dice-. Gracias tío, ¿cuánta coca compras? Yo necesito *cantidaaad*, ¿Puedes proporcionarme 50 o 100 arrobas? ¿A cómo estas vendiendo? A 50 o 60 soles la arroba. Oye, mira, yo te voy a pagar, sobre ese valor, veinte soles más la arroba. Y para que tú compres más cantidad te voy a dejar dinero, por adelantado, para cien arrobas. Y saca un paquetón de soles.

Así ha sido. Con veinte años que tenía [1961], yo iba a avisarle a Palo Wimba cuando tenía ya bastante coquita. Allá él tenía su laboratorio ya; trabajaba en la mafia de la droga. Amolladita tenía que despacharle, coca buena, que se llevaba prensada, en bultos, A los de Huánuco yo ya les decía entonces que no tenía; pues barateros eran. Mi tío me ha ayudado a subir. Yo también pagaba ya de cinco a diez soles más y ya me traían de diferentes lugares, de Monzón, Huanca Rumi, Cashapampa, Chaupiyacu, San Cristóbal, Cuyaco, Tazo Grande y Tazo Chico. Había otros compradores, pero como yo pagaba el mejor precio, compraba unas cuarenta o cincuenta arrobas diarias prensadas; así que de preferencia me traían a mí, porque yo pagaba más. Con un aparatito sacaba coca del interior de los fardos y veía la calidad, que no estuviera podrida, (ni) hongüeada ¡qué coca, verdecita! Y claro, ¿quién pagaba ese precio? Había plata para comprar y me traían coca acá, por fardos; 10, 20 o 30 fardos diarios. Entonces, en la noche venía mi tío con su camión, pesábamos, cargaba, arreglábamos y me deja otro paquetón de plata. Sigue comprando, -me decía-. En ese tiempo recién estaban apareciendo los que fabricaban droga. Aún no había gente; no sabían todavía. (Pero) comenzaron los buenos tiempos.

Al día siguiente y de acuerdo a las indicaciones que me había hecho don Héctor, me dirijo a Nueva Aldea, un caserío menor de Pucara, a escasos 10 minutos en carro por la vía principal, donde me encuentro con Agustina Venegas. Toda una institución entre sus vecinos. Sus abuelos maternos llegaron jóvenes al valle procedentes de Tantomayo, en la misma sierra de Huamalés. Se asentaron en Caunarapa, donde instalaron su

pequeño fundo, “La Esperanza”, de apenas tres hectáreas. Allí se convirtieron en los primeros productores de coca en la parte alta de Monzón, que cultivaban junto al café, los plátanos y otros productos de panllevar. Su coca, de hojas menos anchas que las de la parte baja, contenía sin embargo más alcaloides; por lo que era bien cotizada. Ese día Agustina me conversó sobre los años de la coca y la cocaína lícitas, durante la primera mitad del siglo XX:

 Mi abuelo llevaba los fardos de coca a un depósito que tenían en Tantamayo para (conseguir) efectivo. (Esa coca) vendían para chacchado y para los trabajos duros que hacían en las minas de Ancash y Cerro de Pasco. Con el resto hacían trueque con los *conchucanos* que así, en sus burros, caballos y mulas, venían trayendo su carga de carneros, carne seca, queso, jamón, crema de alverja, trigo y maíz. De todo traían. Y mi abuelo les compraba para dar de comer a sus peones de su pequeña hacienda. En ese tiempo era así *tranquíilo*.

 Más antes nadie sembraba la coca mucho. Era bien controlado. Pagaban un impuesto que se llamaba el “predio”. Entonces usábamos la guía y cada fin de año venían del Banco de la Nación para hacer visar. Con los impuestos de la coca se pagaba a todos los trabajadores (funcionarios) de la sierra. Eran pocos los hacendados que estaban autorizados a cultivarla. Aquí en Monzón estaba la familia de los Ribeyro. Su yerno, Ponce, elaboraba ya la pasta (PBC), pero con autorización del Estado. Cuando la coca secaba negro, al día siguiente ya cambiaba de color, (los campesinos) ya no llevaban al Estanco de la Coca, sino que traían a vender a los Ribeyro; para que elaboran, para que lo remojan. Habrán tenido ya un vínculo con otro país. Pero no sé en qué momento se fueron ellos, desapareció, y ya nadie elaboraba nada.

CAPÍTULO 5. “EL PRIMER NARCO, MILLONARIO, EN EL VALLE DEL MONZÓN”: LOS AÑOS DE BONANZA

Don Héctor tiene por costumbre levantarse entre las cuatro y las cinco de la mañana y los días que no se quedaba en su cuarto leyendo la biblia, comenzaba a ordenar y limpiar la casa. Las celebraciones por fiestas patrias, el aniversario de Pucara o la visita de algún familiar fueron precedidos por una arremetida insecticida y herbicida en la casa y sus alrededores. Al cabo de pocos días la hierba, las arañas, los mosquitos, las hormigas y las cucarachas son cosa del pasado; “me gusta todo limpito” -me comenta entonces con cierta jactancia-.

Dos horas más tarde, mientras desayunamos juntos plátanos fritos y papa mayro sancochada, me susurra en voz baja, “he puesto en la casa un veneno para las ratas”, y ante mi semblante interrogativo, me aclara, “no puedo hablar de esto en voz alta porque dicen que estos animales, cuando hablas sobre ellos, te escuchan escondidos”. En don Héctor coexiste el pensamiento mágico junto a la racionalidad moderna sin aparentes fricciones.

Los problemas de salud son su tema de conversación preferido. Y sus hábitos incluyen una asombrosa mezcla de prácticas populares (el mal aire, la adivinación con hojas de coca, la brujería), con otras provenientes de sus lecturas de la prensa local o de los consejos de sus amistades. La más curiosa de entre estas fue la de lavar una herida profunda con tierra, según el para que deje de sangrar. Ayudarle a remediar la infección que le ocasionó me dio un gran margen de su confianza y abrió una amistad que dura tanto como la cicatriz que dejó aquel corte. En cuestiones climáticas es bien parecido. A pesar de mi incredulidad cierto día me comenta que la ropa tendida es conveniente sacudirla antes de ponérsela. A la mañana siguiente encuentro una araña en la toalla y mientras me ducho pienso que la experiencia no deja de ser la madre de todo conocimiento.

La contingencia, las necesidades cotidianas, ocupan un lugar central en su día a día. A menudo nuestras conversaciones durante el desayuno giraban en torno a la preparación de nuestras actividades que, como mucho, tratábamos la noche anterior. Cierta día luego de conversar con el ingeniero de DEVIDA que tiene alojado en la casa y quien lo aconseja sobre cultivos para su chacra, me lanzó con cierto arrebató: “¿para

qué voy a cultivar mi chacra con café si no se si estaré vivo de aquí a 4 años que coseche?; entre mientras ¿de qué voy a vivir?

Aunque fue en todo momento muy reservado acerca de su familia, me hizo saber que entre sus dos matrimonios tiene siete hijos, cuatro hijas y dos hijos, que residen en su totalidad fuera del valle, entre Huánuco y Lima, donde trabajan como profesionales. Con excepción de su hermana que vive en Pucara, no tuve la oportunidad de llegar a conocer a ninguno de ellos, pero se sintió profundamente apesadumbrado cuando no tenía noticias de ellos por largo tiempo.

Por lo general, se relaciona siguiendo una orientación bastante instrumental y su aprecio crece en relación al estatus social del otro que, según me pareció, definía en función de la posición económica de aquel. Por ejemplo, según su consejo, se debe saludar únicamente “a la gente de respeto”; una categoría en la que, por lo general, no encajaban las mujeres, los niños, ni los “serranos” (como él llama a los vecinos provenientes de zonas altoandinas), a los que rara vez se dirigía, a menos que estos le sirvieran a un fin particular. Ante don Ulises, el comerciante principal de Pucara y su archienemigo declarado, parece sentir admiración, envidia y antipatía en dosis similares. Él siempre lo saluda y el otro responde protocolarmente, con cierta conmiseración. Tal vez a despecho de esto, sus relaciones con otros vecinos de Pucara fueron distantes, basadas en un principio de desconfianza que parecía ser mutuo; aunque sin llegar nunca a ser tensas. Debo decir también que, en honor a la verdad, en medio de sus propias carencias, siempre encontró la forma de ayudar a las personas más desamparadas del pueblo y nunca tuvo, más allá de la indiferencia, un comportamiento áspero hacia nadie.

Por lo general, sus comentarios acerca de la política nacional estuvieron marcados por un profundo sentido autoritario. Sus críticas al presidente, por ejemplo, se basaban en su cuestionada falta de capacidad para lo que él llama “ordenar el patio”. En esa misma dirección culpaba al alcalde de Pucara por no saber hacer “cabildeo” para amarrar acuerdos con el alcalde distrital de Monzón y sacar adelante los proyectos pucaraquinos.

Entremezclado con su nueva ética evangélica, basada fundamentalmente en la responsabilidad estricta por el trabajo, don Héctor parecía sentir cierta admiración por los poderosos, a los que, no obstante, siempre atribuía un cierto desmerito, al suponer un origen ilícito de sus bienes. Acompañaba esta actitud con cierto desprecio al pobre, a

quien, sin embargo, y paradójicamente, encontraba siempre culpable de su desventura, por ocioso o bebedor, de su suerte. Una trampa de la que, a él mismo, no obstante, le costaba escapar; ya que a menudo se mostraba inquieto porque sus vecinos le vieran siempre ocupado en su chacra.

Si bien es cierto que, en ocasiones, tuve momentos de desapego hacia él por su exceso de intromisión en los que yo consideraba mis asuntos; no lo es menos que mi presencia sobrevino en un momento de enorme incertidumbre para él y, sin embargo, en sus peores horas, no fue difícil verlo bromear y allanarme cuantos problemas se me presentaron. Como quiera que toda relación humana se basa en el aprecio filtrado, atravesadas todas las extrañezas y discrepancias posibles, apareció una amistad sincera y mutua que, ante mí más completo asombro, me expresó tibia, pero francamente, después de un viaje de retorno a Pucara: “te he soñado desde ayer y sabía que llegarías ahora; (es más) en mí sueño traías hasta mismo polo. Cuando tú no estás en casa y regresas a Huánuco me siento algo solo e intranquilo”.

Acabado nuestro desayuno, salimos de visita a su chacra. Me precede con una ramita con la que va “desangrando” las hojas del agua de lluvia que cargan los arbustos que atravesamos, para evitar que nos mojen los pantalones. Al paso por un salto de agua junto al camino me dice, “aquí debe de haber mineral para extraer, porque el agua es amarilla”. Media hora más tarde llegamos y, una vez allí, amparado por la lejanía, me contó cómo fueron los que él llama sus “años de bonanza”.

Dos años después de que había llegado a Pucara, yo tendría unos veintidós años (1963) y ya guardaba aquí en la casa treinta fardos diarios de coca para mi tío Fidel Arévalo, se presentan un día dos colegas de estudio, José Sierra, un flaco que ahora tiene un taller de carpintería en Monzón y Serafín Araujo. Y me dicen: *hoola* Héctor, ¿qué *taaal*? Oye, hemos venido a conversar contigo, porque somos compañeros de estudios y te tenemos confianza. Acá José es “químico”, -así decían porque había ayudado a trabajar a uno que iniciaba con un laboratorio (de droga) allá en Monzón-, y materiales tiene. Tú tienes plata y podrías poner coca; así que podemos hacer un laboratorio arriba, en Nueva América. *Claaaro*, -les digo yo-. Y así hemos empezado.

Entonces hemos hecho un pozo pasando el río, en un callejón al pie de un monte; (eso sí) dudando que la policía llega. Hemos hecho bonito, con cemento, con su batidera para sacar el agua; y entonces hemos hecho la prueba. Hemos remojado veinte arrobas de coca y hemos sacado dos kilos y medio de *merca bruta*.¹⁸⁶ Y eso me entregan a mí que conocía a un comprador, otro colega de estudios, Venancio Alva, ya finado, de Cashapampa, que llevaba droga a Lima.

Voy a buscarlo yo al *pata* (amigo) y le digo: compadre, tú que estas metido en la situación y puesto que somos colegas de estudio; te tengo un poco de droga, ya que estamos haciendo la prueba. ¡Ah *yaaa!*, está bien, trae la droga, pasado mañana estamos viajando a Lima. Pero barato era; para vender ahí mismo era diez o doce mil soles el kilo. (En cambio) en Lima estaba a veinte o veinticinco mil; entonces se ganaba más. Él llevaba por Tingo; en ese tiempo casi no se controlaba nada. Recién estaba (dándose) la iniciativa de las drogas y la policía no tomaba (aún) interés. Llevabas en una cajita así empaquetado, con frutas.

Con ese Venancio Alva hemos comenzado y todo iba bien. (Pero) más luego ya nosotros llevábamos a Lima que no era *tan tan* conveniente pero siquiera algo se ganaba. Con Sierra y Araujo sacábamos la cuenta de todo, de sus materiales, del trabajo, de la utilidad; pero claro, yo compraba la coca que era lo más caro y ganaba más. (Entonces) les decía que compren coca también ellos, para que se ganen más. Pero me decían: no hay *plaaata* ¿Cómo puede ser posible que uno va a ser dueño de todo? Ahí, todavía con ellos, echábamos la droga en cajas de cerveza que, en aquel tiempo, llenábamos como las huevas. Todo *encaletadüito*.¹⁸⁷

En total dos veces hemos hecho remojar y ya no vinieron más. De ahí me he quedado solo, (por lo que) empecé a hacer mi laboratorio grande en Pucara. Coca había bastante en ese tiempo, cualquier cantidad; y comenzaron a aparecer químicos. (Así que) cuando ya tenía plata me he comprado un carro Station Wagon, un sapito rojo, seminuevo, que don Segundo Pelayo, un hacendado de acá cerca, de Pista Loli, me vendió por ochenta mil soles. Ese Volkswagen ¡qué carro bueno!, ¡qué buena máquina! Él era de los primeros hacendados, gente poderosa, millonario y alcalde varias veces del distrito de Monzón. Muy amable. Trataba bien a la gente pobre, a todo el mundo ¡El mejor hombre del Valle!,

¹⁸⁶ Merca bruta o cocaína bruta, por Pasta Básica de Cocaína (PBC) sin depurar (lavar).

¹⁸⁷ Encaletado: jerga del mundo del narcotráfico; escondido, oculto.

muy amable. En ese tiempo ser alcalde o gobernador era sin ganar nada. El primer día de enero que era el aniversario de Monzón, mataba un hermoso toro para dar de comer a todos; y ponía todo de su propio bolsillo. Tenía ganados, cantidad de coca y secadora. Buena gente; que en paz descanse.

Y bueno, Serafín Araujo que continuó como chofer de mi carro, era también ayudante de un narco de Chiclayo que vivía y producía su droga en Monzón, Aldo Ticona, y a quien había acompañado; (por lo que) conocía bien toda la ruta por la frontera de Ecuador. Y me dice: oye, estamos viajando por Tumbes a Huaquillas (Ecuador); el precio está así y podemos llevar negocio. En aquel tiempo, la droga bruta estaba a 10 mil soles por kilo aquí en el valle, a mis familiares o amigos les pagaba a 12 mil; ya en Lima nos pagaban 15 o 20 mil, creo; y allá, en Ecuador, el kilo ya estaba costando 30 mil soles.¹⁸⁸ Además, me dice: nosotros tenemos para vender en Ecuador por 35 a 40 mil. Ya *pueees*. Entonces hemos hecho la prueba haciendo un viaje con él que conocía la zona. Yo tenía plata, (así que) mandé preparar todo y arrancamos con 25 kilos. Nos salió buen negocio, buena plata; así que hicimos otro viaje más, con 50 kilos. Así estaba trabajando yo. Compraba la mercancía en el valle, en diez o doce mil soles el kilo y cuando empecé a llevar a Ecuador, ya vendía a cuarenta o cuarenta y cinco ¡A veces hasta en cincuenta mil soles! Se *ganaaaba* plata.

Llevábamos la droga con el carro. Para pasar Cancas y Mancora, que son los controles para llegar a Tumbes, había que esperar la hora en que estaban distraídos. Teníamos que llegar al control a eso de las 12 o la 1 de la noche, cuando los policías estaban medio con sueño, *cansaaados*; así aprovechábamos. Nosotros viajábamos tres en el carro y en vista de que estaban ocupados, controlando a la gente, arrancábamos en fuga, [*plassss*, palmorea con sus manos]; siempre así. Peligrosísimo era; pero no había otra manera; gracias a Dios que allí no ha sucedido nunca nada. En invierno pasábamos el canal, un zanjón alto que, si estaba lluvioso, el agua te agarraba hasta casi la mitad del cuerpo y te quería tumbar, con cargas de cincuenta o sesenta kilos que llevábamos treinta y treinta cada uno; *pessaaaba*. Bajaba uno, el otro le pasa, uno sube arriba, el otro le recibía. Y era puro cercos de alambrado, (por lo que) acababas con toda la camisa, todo

¹⁸⁸ Dado que el costo de producción en el VM para un kilo era aproximadamente de unos 7 mil o 8 mil soles por kilo, la ganancia por tramos era, por tanto, de: entre 25 y 71 % a nivel local, un 88 y 186 % a nivel nacional y entre 338 y 614 % a nivel internacional (frontera con Ecuador).

el cuerpo rayado, cortado. Así que llegábamos agitados, cansadísimos a Huaquillas, en Ecuador.

Menos mal que allí había un hombre bien consciente. Para cuando llegábamos, el hombre se levantaba -pues estábamos entrando, (a las) tres o cuatro de la mañana-, y nos recepcionaba. (Además) nos ofrecía licores finos. Antes que nada, entréguenme la carga. Descansen y mañana yo, como de costumbre, les voy a dar su plata. Gente buena; y nosotros también llevábamos carga buena, (porque) hay gente que llevaba carga *bamba*.¹⁸⁹ Y ahí mismo cambiábamos libremente la plata, (pues) no había rateros, ni qué. Al regresar, en el Control te chequean, pero la plata la encaletábamos en las casacas.

Ahora, lo que era bravo era el trayecto de regreso ¿Qué cosa pasaba? Llegábamos a Tumbes y comprábamos bastantes cocos; dos o tres sacos. Les huequeábamos toditos, les botábamos toda su agua. Y les metíamos ahí la plata, especialmente en bolsitas, para que no se mojan. Y entonces, ya en Lima, tranquilos, seguíamos para llegar hasta acá. En ese tiempo yo era un hombre bien inteligente y no me descuidaba con la plata. Como producía café y tenía mi tienda, hacía ver que soy comerciante. Utilizaba las boletas de venta y facturas para acreditar que tengo ingresos. (Además), no se podía meter al banco mucho dinero, solo *a media caña*.

Y bueno, así fui haciendo plata. Tendría unos 15 millones de soles que hice entre un viaje y otro; más o menos cada mes o dos meses viajábamos. De ahí le daba a mi gente, a los que me ayudaban, dos personas. Insumos químicos bastantes había en ese tiempo; traían de la mina Huanzalá (distrito de Huallanca, Ancash), por camino de herradura. Hasta yo mismo traje en una ocasión ácido sulfúrico y carbonato con un amigo, directamente de la fábrica en Lima. Un sol costaba allá el kilo de ácido, a lo que acá costaba ya caro, a 8, 10 o 12 dólares, creo. Traíamos 2 o 3 mil kilos una madrugada con un camión. Al fondo estaban toditas las galoneras y encima estaba todito lleno de verduras.

Ahora, cuando me metí de lleno al narcotráfico, yo ya tenía que amarrarme con el sargento de la comisaría de Monzón. Me he hecho amigo de todos. Eran mi gente, me los ganaba a todos. Cuando había un cambio de capitán y como el anterior era mi amigo, me

¹⁸⁹ Bamba: modismo peruano que hace referencia a algo falsificado, no original, y de dudosa calidad.

avisaba. Una vez sí fue más complicado. Vino un capitán [gesto de renegar] ¡más *creíido!* De zona roja. Tardé tiempo en que entendiera. Yo le conversaba bonito, que en el Valle de Monzón todos estamos comprometidos en la droga, que todos somos seres humanos, y que cada uno de nosotros necesitamos “colaborar”. No vamos a estar correteando. Le explicaba que (del mismo modo a) como yo me he aproximado, los compradores de droga van a venir también donde usted y se pondrán a sus órdenes; se matriculan. Le darán su billete; aquí así se trabaja. Entonces le invito a su almuerzo, le llevaba al (restaurante) *chifa*,¹⁹⁰ a su *cerveciita*. Y bueno, pues ahí ya le compro la conciencia de ese capitán. Sino que hay que ser conscientes también, cariñosos, muy amables y convencerles bonito. Se hace amigo y, muy bien, cualquiera cosa colabora conmigo. Me pedía, eso sí, una propinita de 200 o 300 dólares por trabajo; claro, yo iba a pedirle un servicio a él, por decir, le decía: ¿sabes qué? voy a hacer este *trabajiiito*, (así que) no quisiera que estés mandando a gente así; tienes que tener en cuenta de que estas trabajando conmigo. Y le daba 500 dólares. Y todos los que llegaban entraban en la misma rueda.

Además, cuando la policía nacional y el ejército incautaban droga o químicos y no tenían a quien vender, me traían a la casa y arreglábamos la cantidad. Y entonces cuando los pesaba en balanza, tantos kilos pesa, todavía les robaba un kilo [risas]. Si están descontentos devuelvan, y ahí les agarraba ¿Cómo van a devolver? a *veeer*.

En ese tiempo llegue a ser bien considerado, por todos mis paisanos que me vendían y me tenían aprecio y consideración. Como tenía plata la gente me pidió para que les represente como presidente del Club Deportivo “Los tigres de Pucara”. Les he llevado a Cachicoto, les he llevado a Sachavaca, para que juegan. Salíamos ganadores de todo. Para poder entrar a un estadio, primero espero a que el dueño de la casa haga la presentación de nuestro equipo; y ahí yo tomaba la palabra. Yo tenía que poner plata para cubrir todos los gastos, y hacerles viajar, de mi propio bolsillo. Además, ese terrenito que ahora es la cancha de fútbol (de Pucara) lo he comprado cuando ya era autoridad, (pues) he sido agente municipal, por tres años. Incluso en ese tiempo mi señora ha hecho construir el centro educativo y el agua potable con FONCODES.¹⁹¹

¹⁹⁰ Chifa: restaurante de comida china-criolla.

¹⁹¹ Fondo de Cooperación para el Desarrollo Social (FONCODES), del Ministerio de Desarrollo e Inclusión Social (MIDIS).

También fui mayordomo de la Virgen de las Mercedes, nuestra patrona. (Entonces) llevé de Huánuco la banda (de música) de los hermanos Rivera; la mejor banda, cohetes, quema de castillo, el torneo de jala cinta, y otros gastos más. Además, he comprado tres motores de luz porque no había instalada todavía luz. Hicimos una fiesta, pero *bueeena* pues, oyes. Y estaba invitado también el viejo Peláez. Claro, él tenía también que colaborar y estar con nosotros, como cualquier ciudadano. Por eso yo, oye, francamente, *cuaaanto* he trabajado y les he servido a la gente de Pucara; y por eso toda la gente me saludan, me dicen: don *Heeector*, ¿qué *taaal*? ¿Cómo *estaaá*? Y se acercan a la casa a saludarme, de uno y otro lado. *Puuucha*, me estiman.

Solo el viejo Peláez por ser un hombre rencoroso me tenía malas intenciones. Y cuando ha llegado a saber que yo compro coca, el viejo, varias veces ha traído policías de Monzón, pues su compadre era el gobernador; informándoles que yo estaba metido en la droga. Cuántas veces ha metido a mi tienda a los policías para trabajarme al sentimiento, al susto; pero como yo ya tenía vocación para contrarrestar a los policías, pues ya estaba pasado el susto.

Una vez viene de Monzón una patrulla con un sargento Rosales de cabello blanco. Eran cuatro personas que se hacían pasar por serranos, con ponchos, para capturarme, y me esperaban en Pucara donde me habían venido a buscar. Uno de ellos era Villa, *el panzón*, un paisano de confianza, vecino de Sachavaca. Su familia también estaba metida en la vaina. Y le digo: *Hooola*, ¿qué tal panzón? Pero se hace el que no me conoce.

Entonces me dirijo al sargento. Señor, buenas tardes ¿Usted es el que está comandando este grupo de policías? Sí, me dice. Soy el sargento Rosales. Ah *yaaa*; yo soy Héctor Rosales [risas], por nuestras venas está corriendo la misma sangre Rosales - le digo al sargento-. Entonces me mira de pies a cabeza, y dice: si claro (con voz seria).



Fotografía 17. Escena de la vida en los fundos y haciendas del Valle del Monzón, probablemente tomada en los años 1950 (Fuente: archivo familia Rada).

Somos *famiilia*; pasa pariente aquí estamos en la casa. Pueden servirse gaseosita o (también) tengo cerveza heladita. Yo ya sabía que *el panzón* era borrachoso, (les digo:) ¿Que dicen ustedes? Ya, está *bieeen*, tomaremos cervecita con gaseosa. Entonces como les estoy brindando empiezo yo todavía: Sargento gusto de conocerle. Este trago que les estoy brindando es para tomar y hacer la amistad con ustedes. Somos Rosales. *Puuuucha, garaaacias*; (y) se alegra pues. Yo me estoy midiendo con el trago, poquito a poquito y esos cojudos *dáaandole* duro.

Ya llevábamos una caja tomada cuando me llama el sargento: Oye, (con voz baja) ¿tienes gallinas? A mí me gusta el caldo de gallina. Yo soy capaz de comerme una gallina entera; pero quiero una troncha así. Manda preparar un almuerzo -me dice-. *Encantaaado*. Ahora que estamos como familia, ¿por qué no? Así que agarro dos gallinas y le llevo a la cocinera. Y le indico, para el sargento, especialmente en un plato, (le sirves) cantidad de carne de gallina bien servida. En fin, ha terminado todas las presas y se ha agregado además la sopa. Dos platos colmados se ha servido el bandido.

Acabando el almuerzo, otra caja les pongo. Yo sí, después de almorzar ya no puedo tomar -les digo-; sírvanse y disculpen ustedes. Y cuando ya estaba por llegar un carro mixto, me dice el sargento: verá, nosotros venimos por la información de una persona, aunque no te puedo dar su nombre -pero yo ya sabía que Peláez les había dado información-, y quiero que abras el almacén para ver si es cierto que hay coca. Sargento, si es cierto -le digo-. Entran y ven que hay cantidad de coca; unas ciento cincuenta arrobas de coca buena y coca mala, todo para el laboratorio. Usted sabe que acá se vive de la coca, ¿de qué se va a vivir si no? Qué le diga si no el paisano sachavaquino, él sabe.

Así que le llamo yo aparte al sargento y le digo [en voz baja]: *sargeeento*, todos necesitamos trabajar, francamente como antes le he dicho, aquí se vive de esto, si no ¿de dónde sale la plata? Honestamente, dígame ¿cuánto me vas a cobrar hermano? Y entonces me dice: *Nooo*, pucha, como te voy a cobrar si he comido *bieeen*; conforme te he pedido, ¡*caraaambas* oyes! Mientras los otros policías nos estaban mirando con la cara de mosca, pues esperaban recibir su platita fija. (Entonces) ya viene el colectivo. Más bien, cualquier cosa tu vienes arriba; estamos para trabajar todo. Me da la mano y se despiden todos. Para que veas: Los narcos son más inteligentes y hábiles que la policía [risas].

En otra fecha que me hace intriga el viejo Peláez, viene a capturarme el cabo de la guardia civil, Orlando Vargas, que era su compadre y había hecho dormir en su hacienda, trayendo una orden de captura de Lima por narcotraficante. Entonces, me dice: ¿De dónde vienes? Y yo: Hola, ¿qué tal? ¿Qué paso? (Mire), don Eliseo Peláez es mi compadre y él me ha informado que tú tienes un laboratorio acá y que estas comprando coca; además tienes orden de captura. Y yo (que) no era cobarde pues, le respondo: sí, acá compro coca, pero (también) vendo a cualquiera; y eso es permitido; yo soy comerciante.

Y como yo conocía a ese cojudo, con su poncho, con su sombrerito, todo un serranito de Tantamayo, le digo: Oye, ¿sientes frío? Y le ofrezco cañazo que tengo ahí remojado, un litro.¹⁹² ¿Cómo *saaabes* oye? Me dice. Y le paso ¡Salud! y le echo, *raaassss*. Y yo me hecho un poquito nomas. ¡Me ha *gustaaado*! -me dice-; agrégame más por favor. Y se ha emborrachado. (Entonces) me comenta: oye para limpiar esta borrachera ¿podemos tomar cerveza? ¡Qué tal bruto! *Claaaro*, podemos tomar cerveza. Le doy dos cervezas y peor ¡*paaa!* se ha tirado al suelo en la puerta. Mientras eso yo ya me he ido a mi chacra dejándolo botado.

Y así, parece mentira, pero tú trabajas y Dios te ayuda. Poco a poco he crecido. Cuando era pobre estuve comprando coca, cargando, prensando, llevando café a Tingo; y *así así* he reunido platita. Y gracias a que mis amigos vienen y me dicen ¡oye vamos a hacer este trabajito! me dieron la iniciativa y yo me abrí el campo. (Y aunque) ya ellos se fueron, todo me salía bien. Eso sí, siempre tienes que estar pidiéndole al Señor. Yo, por ejemplo, tengo que pedir el camino, el apoyo y la ayuda ¿A dónde voy? ¿Que estoy haciendo? ¿En qué me vas a acompañar? ¿Quién me va a ayudar? Dios ayuda, es *taaan poderooso*. Yo siempre he estado con Dios. Y, así como te cuento que he sufrido en mi pobreza, en mi infancia, también he sido el primer narco, millonario, en el Valle del Monzón. Les pasé a toditos los hacendados.

En la tarde, luego de almorzar con don Héctor, regreso a conversar con Agustina Venegas, a la que siempre encuentro con un ánimo sosegado, y con buena disposición

¹⁹² El cañazo es un destilado aguardentoso que se obtiene del jugo de la caña de azúcar fermentado y que, ¿por lo general, se le pone a macerar con plantas de la selva.

para conversar conmigo. En esta ocasión me habló así del giro hacia la economía ilícita entre los campesinos del valle:

Yo he nacido en el año 56 y he venido acá casándome en el año 73 -joven nomás-, cuando aquí todavía no había coca. Nosotros hemos sido socios de la cooperativa Naranjillo para quien compraba café, 90 o 112 quintales, de distintos productores de la zona. Sacábamos 800 o 1000 soles y así siquiera nos aliviaba. (Pero) sería en el año noventa cuando el precio del café se fue al piso. Colombia nos había ganado (nuestro café se había quedado en Callao y ni siquiera comercializaron) y de golpe se cayó. Entonces no hubo nivelación, ni reintegro, y al siguiente año (el café) llegó a costar un sol con veinte céntimos (el kilo). (De modo que) ni para su coste de producción servía.

Entonces en ese tiempo sube la coca, que llega a costar setenta dólares por arroba ¿y qué hemos hecho? Yo hasta ahorita todavía me arrepiento, (pues) habiendo tantos terrenos, hemos macheteado, hemos quemado, rozado *todiito* el cacao, el café; y hemos sembrado coca. (Incluso) la gente de la parte andina: Jacas Grande, Chavinillo, Dos de Mayo, se han venido vendiendo su ganadito a comprar siquiera su media de coca. Me arrepiento de no haber dejado mi café y mi cacao; pero que vale (ahora), pucha, es cochizada.

(Así que) todos se han metido al narcotráfico, hay que decir la verdad como es. Pero aparecieron las firmas de narcos grandes, (que eran) gente extranjera y bien armados, que han querido dominar acá, al valle, y te decían cuántas arrobas de coca tenías que vender y a quien. En realidad, para mí el narcotráfico no ha sido bueno y nunca he querido ser parte yo. Me da cólera porque en el narcotráfico había mucho libertinaje y, como existía mucho machismo, los hombres derrochaban la plata buscando mujeres por todos lados. Y en la casa quedábamos las mujeres, pobres, maltratadas. La mayoría estábamos en el aire y nos hemos quedado con las manos vacías. Madrinas por aquí padrinos por allá y ahora ¿dónde están? No era sostenible. Ahora, con perdón claro, cuanta gente nos han hecho fracasar por eso estamos así como estamos. Y si por A o B decías esto está mal y esto hay que hacer, *uyyyy*. (Pero) habrá durado uno o dos años y entonces ha llegado ya el terrorismo.

CAPÍTULO 6. “COMPAÑERO NO ME MATES, *TOODOS* SOMOS HUMANOS”: FRACASO Y CÁRCEL

Ya es julio y aunque está entrando el invierno, que por lo común es más seco, aún llueve a menudo. Los pucaraquinos, tal vez animados por la inminencia del tiempo seco, si es que llueve se saludan agregando humorísticamente: ¿por qué lloras vecino? Los caminos huelen a tierra húmeda y por ellos aparecen de cuando en cuando escolares protegiéndose con sombrillas, ahora de la lluvia, ahora del sol extremo.

Las señoras que van a comprar a la bodega, comentan lo encrespado que baja el río Pucara, a pesar de la fecha y, sin embargo, ninguna hace el menor comentario por los tres días que estamos sin pan. Don Héctor me cuenta entonces que hacerlo en tiempos del terrorismo no era solo inútil, sino peligroso; así que puede que la aceptación de las privaciones no sea sino una forma de no empeorarlas.

La rutina de las tareas del campo se rompe con motivo de las fiestas patrias. Dos potentes parlantes instalados en el frontal de la municipalidad intercalan mensajes de la autoridad local donde se insta a los vecinos a adornar sus casas y a participar de los actos, con anuncios sobre las virtudes de los programas de desarrollo alternativo de DEVIDA con similar objetivo. Iniciados los actos se da uno cuenta rápidamente que en este rincón del país no hace falta vivificar los valores patrios y religiosos. Los enérgicos cantos al himno nacional de los adultos o los afanosos poemas que los menores recitan a la patria, a la bandera o a la patrona local, tan solo son comparables con el inmenso abandono que aquí se siente del Estado. Los hijos y nietos de pucaraquinos que llegan por estas fechas desde Lima o Huánuco, recrean animosamente los recuerdos que conservan e idealizan (hablan de maletines con dólares cayendo como mana del cielo) desde Lima o Huánuco, donde estudian ya algo ajenos a la marchitez que queda de aquellos años.

La conversación solo se interrumpe cuando sienten la llegada de algún colectivo. Si los carros pasan velozmente, los *chiuchis* (niños pequeños) protegen a sus hermanos menores de los guijarros que, en ocasiones, son lanzados como proyectiles desde debajo de las ruedas de los carros hacia los costados de la carretera. Ocasionalmente, un colectivo se detiene y de él desciende algún vecino que viajó temprano a Monzón, Cachicoto o Tingo María. Los recién llegados traen siempre noticias del precio de café o del cacao en

la ciudad o de la evolución de algún familiar hospitalizado; o, más al inicio de año, de hasta dónde había avanzado la erradicación del CORAH.

Don Héctor y yo, pasada la digestión de la pachamanca que preparó la municipalidad con motivo de la celebración, bajamos a la plaza principal a ver las competiciones de vóley y fútbol. Lo hacemos en realidad todas las tardes, antes de la puesta de sol y ocupamos algún banco cerca de las canchas de futbol o vóley para distraernos viendo algún partido. Salpica sus comentarios sobre el juego con recuerdos sobre sus andanzas o correrías; sin embargo, con el ocaso estos se van tornando poco a poco más otoñales. Pasado el bullicio de las fiestas me fue narrando como vivió los años de su declive como narcotraficante, durante la época más violenta del valle.

Todo iba muy bonito, pero en una ocasión, viajando a Ecuador, en Cancash, hay un control bravo y ahí cae con droga el amigo Aldo Ticona, con su mancha propia y lo traen preso a Llata. (Por lo que) estaba mosca la policía y recontra difícil pasar por el túnel de la frontera y para pasar las chacras alambradas nos cortábamos la cabeza y la camisa. Entonces nosotros cambiamos de ruta a Macará, en Ecuador.

Pero justamente, cuando había comprado 75 kilos y ya estaba por viajar con mi gente, mi madre fallece. Pucha que pena me da. Así que entierro a mi madre, le hago el último velorio, y le dejo entonces encargado a mi hermana Belinda cinco millones de soles; le digo: mama ha muerto, tú te quedarás al cuidado de la plata, yo voy a volver dentro de tanto tiempo. Pero ella se mete con ese cholito, Silverio se llamaba, mi muchacho, y se ponen a comprar droga y coca. Pero la gente, mis enemigos, estaban *pishteando dooónde* estaban teniendo la plata y le roban todo.

Entonces llegamos a Macará y no había negocio, fracasamos. No sé qué pasaba, pero no había plata; te decían: va a llegar, va a llegar; pero no compraban la droga. Entrábamos bandeando el río, cruzando el agua cargados, y regresábamos. Llevábamos setenta y cinco kilos, pero no compraban la droga. La primera vez que entrábamos, dos *kiliitos*, cinco *kiliitos*, diez *kiliitos*. Mientras que en Huaquillas llevábamos cien o doscientos y te compraban al toque.

Una noche cae una lluvia endiablada, me había entrado agua en el oído; me ha dolido lo que nunca en mi vida. Se hinchó y ya no podía dormir, comer, ni hablar, ¡*puuuucha* cómo dolía! Entonces le digo a mi compadre, Serafín: oye, hemos vendido cuarenta kilos, pero, ¿sabes? estoy mal, voy a volver a Chiclayo. Tú, con el “cholo” Huamán, hagan el trabajo solos y les espero allá para hacerme ver. Así que viajé con un maletín llenito de plata.

A esto, nosotros le habíamos encargado el automóvil a una señora viuda en un lugar antes llamado Punta de Sajino. Suplicándole: *señoora*, -así todo bonito-, estamos yendo en un familiar, en Macará, que está enfermo. ¿Qué tiempo van a estar? De cinco a ocho *díias*; viendo su salud como está. Y aceptó, (así que) le encargaremos el auto; pero ¿qué pasa? Pasados quince días que no se vendía, mandamos un muchacho para que le dijera que no podemos ir y le diera una plata; pero no le entregó, y nunca llegó allá, nos engañó. En vista de eso, a los quince días (la señora) nos ha denunciado, pensando que éramos rateros que habíamos robado el carro y le habíamos encargado a ella comprometiéndola. Entonces la policía ha reventado la puerta del carro y encuentran mi nombre en la transferencia de compraventa, llaman al sargento de Monzón, y le preguntan por mí: *Siii*, es narcotraficante. Ah *yaaa*. Ese sargento conmigo se había rayado, no estaba conforme. Precisamente uno (con el) que habíamos tenido un problema y no estaba de acuerdo conmigo, por lo que no quería entrar en arreglos con nosotros. Y aunque se llevaron el carro, aún con eso no habría pasado nada.

¿Pero quién falla allí? Este tonto de Serafín tiene la culpa porque él y el “cholo” estaban viniendo para que me entregan la plata y han preguntado a la señora por el carro. Y este burro, va a suplicar a la policía y comete un error grande queriendo sobornarles con 30 mil soles; pensando en sacar el carro queriendo sobornarles ¿pagando treinta mil? *Cóoomo* ha sido ingenuo y como *caaaen* por su propio peso. Ahí está la idiotez. (Así que) ahí ya lo agarran y lo investigan, lo han hecho declarar, habla de mí y ya... [silencio] me sindicaron. La policía les quitó la plata, les agarró y les preguntó por el dueño; y ellos hablaron diciendo que él está en Chiclayo. Muy mal, ¿por *queeé*? ¡Qué tal *desgraaacia*!

Y el otro tontonazo, que había sido mi peón, acarreando y pisoteando coca, lo capturan ya en Sullana. ¿Tú de dónde eres? Soy de la sierra, de Quivilla. De allí vino su mamá suplicando que le de trabajo, que están pobres: ¡*Ayuuudame* papá! Y yo le acepto. El tontito le ha dicho (al policía), yo soy estudiante de tercer año de secundaria y estoy

trabajando para hacer plata y poder ingresar a la policía. *Aaah* -le dice el coronel - hijito ¿tú quieres ser policía? Yo te voy a ayudar; tú solo cuéntanos quien es el dueño (de la droga), donde vive, en qué lugar está el laboratorio, y por donde hemos traído. El cholo serrano, cobarde, lo canta *todoiiiito*, pensando que lo van a dejar libre y lo van a hacer ingresar en la policía. Le trabajaron al sentimiento, claro.

Así que vinieron a capturarme en Chiclayo. Ya había mejorado mi oído y estoy esperando a los otros ¿cuándo llegan? Mientras, yo estaba enamorando a una chica y pensando comprar allí una casa residencial, una mansión, por un millón de soles y casarme con la chica; que *liiindo* hubiera sido. Pero entonces, sorpresivamente, la policía me acorrala donde estoy alojado, ingresan y me encuentran con todita la plata ahí, en un maletín (tipo) *james bond*. Ahí ha sido mi primer fracaso grande; total.

Me llevaron a la sede principal de la DIRANDRO,¹⁹³ en Lima, en la avenida España. Para que te pasen al poder judicial te encerraban ocho días en los calabozos del sótano; diez o quince personas y no te dejaban dormir. Todo el piso estaba mojado y no hay donde sentarte. Así que solo puedes apoyarte sobre tus rodillas. A cada rato, toda la noche, entran y salen investigadores: ¡*Aaalto conchasumadres* (hijos de puta)! [grita], las manos arriba, bolsillos afuera y cabeza abajo. Y el que estaba cojudeando lo sacaban de la nuca y se lo llevan. Al rato regresaba sangrando. Ese es su castigo de los desgraciados. Muy abusivos han sido los policías de investigaciones. Así torturaban y mataban a la gente; les conectaban la corriente en el ano.

En ese tiempo no había una ley, (por lo que) nos tenían como les da la gana, detenidos, incomunicados, encerrados. Te tenían detenido un mes y cinco días, esa era la ley. Y de ahí, ingenuo, le pasan a uno a la cárcel donde no sabes nada. Por decir, nos daban una paila para comer, sin platos ni ninguna clase de servicios; y nos decían: si quieren vivir coman con la mano, ese es problema de ustedes... ¿que nos quedaba? Y todos, negros, blancos, cholos, serranos, metíamos la mano por sobrevivir.

Pero para todo hay que ingeniárselas. Yo gracias a Dios he sido inteligente y cuando estaba preso, como si fuera abogado, les enseñaba y preparaba a los otros presos todas las mañanas para su audiencia. Tú vas a decir así, que no *saaabes*, que es

¹⁹³ DIRANDRO: Dirección Antidrogas de la Policía Nacional del Perú (PNP).

completamente *faaalso*, tú no te vas a acobardar, (actuando) como gente serena. Y las gentes campesinas, me pagaban (por el asesoramiento) barato, me daban 30 o 50 soles; pero los más pudientes me daban 100, 150 soles. Para todo hay que ser hábil. (Además) dentro del penal yo tenía dos restaurantes que me daban diario 20 o 30 soles de utilidad.

Mis hermanas son las que han suplicado y conversado aparte al fiscal, a los abogados, a los vocales, al presidente de la corte, a todos; para que me mejoran la pena, para que termine en absolución y pena de multa. Pagando; ¿si no cómo? Por ejemplo, me han estafado los abogados. Te dicen: el fiscal es mi amigo, mi promoción, mi pariente y te puede ayudar, necesitamos plata, 60, 80 mil, y vuelven y vuelven a pedirte más plata. Y uno, desesperado por salir, le das lo que te piden, pero ya no vuelven. Pague dos millones y medio de soles al fiscal, a todos los magistrados, a la procuraduría general del estado, a los abogados, a los policías para que me den pase a Llata, en Huánuco. Pagas a todos para tener derecho. Si no me iban a sentenciar cinco años y me sentenciaron dos años y medio. Fue mi primer fracaso total; ahí perdí 75 kilos (de droga) y millones de soles; pero además he ido a la cárcel; con 22 años, jovencito. Pero bueno pues ya pasó, *taaantas* cosas he pasado; pero gracias a Dios he vencido, he triunfado. Y aunque ahora estoy enfermo ¿qué voy a hacer? Si me muero, muero; si me sanan, sano, ¿qué pasará? Solo Dios sabe todo.

De ahí cuando salí de la cárcel, no sabes cuánto lloré cuando me enteré que me habían robado todito mi dinero, fui a exigirle a quien me había robado la plata, el mayor de los hermanos de mi ex mujer, los Dueñas. Casa y carro se ha comprado, viviendo de lujo estaba en Tingo María. Pero me amenazó: yo no sé, si tú me sigues fastidiando mala suerte para ti será. Yo también le podría matar, pero ir a la cárcel por un desgraciado, no valdría la pena. Salir de la cárcel y volver a entrar, ¡no puede ser justo! Pero tú sabes siempre que nuestro Dios esta con uno. Entonces le cuento a un amigo que me dice: en una capilla de Chuquibamba, hay una imagen (de un Cristo); llévate velas, ponte de rodillas, llóraselo al Señor y veras que aquel que te lo ha hecho va a morir, ¡con tal que tú tengas fe! Y bien, le hice caso y antes que pasó un mes el tipo *muriooó*. Yo no podía creer, la verdad, cuando me dijeron; un hombre joven, macetón. Pero así ha pasado. Tú lloras y sufres, pero también está un padre quien te puede hacer respetar tus derechos.

(En fin), después de ese fracaso continué trabajando en el laboratorio, aunque también compraba directamente ya la droga. Como mi gente había caído, tenía gente

nueva. Ya no tocaba llevar a Ecuador porque habíamos tenido los problemas en la frontera. De todas formas, en aquel tiempo se ganaba igual bien llevando (la droga) a Lima. Compraba unas cuatrocientas o quinientas arrobas de coca que mi compadre, mi



Fotografía 18. Fábrica de cocaína en el Valle del Monzón hacia. 1905, aproximadamente (Fuente: archivo fotográfico del investigador Paul Gootenberg sobre libro The New and Old Perú de M. Robinson).

primo y los hijos de mi tío me ayudaban a acarrear en la noche, con acémilas. Tremendo laboratorio construí. De las quinientas arrobas sacábamos cincuenta kilos de droga pues era buena coca y tenía bastante alcaloide. Cada quince días traía en costalillos. En ese tiempo era todo (cocaína) *bruta*, no había todavía *base* (PBC), ni *cloro* (clorhidrato de cocaína), como hoy día.

(De todas formas) pasó un caso en aquel tiempo, no me recuerdo bien cuando, en que el precio de la coca bajó a 5 soles la

arroba. Muchos lo han abandonado todo, dejando sus fundos y sus chacras. En ese entonces fue que algunos empezaron a ingresar a la iglesia evangélica, para pedir al Señor que haya bendición, producción y ahí se arrepintieron. Aunque después poco a poco se han ido retirando.

Teniendo treinta y cinco años y 2 hijas de mi primera esposa, de quien estaba separado, en una visita que le hago a mi tío Filemón Silva, que vivía en la sierra, por Quivilla, resulta que una tinterilla, ex profesora jubilada de Llata, me quiere entregar a su hija de 15 años, jovencita; bonita chica era. Pucha, mi tío, loro era, da *coolera*, -que en paz descanse-, le dice “mi sobrino es *millonaaario*”, tiene carros. *Puuucha* y la vieja se enamoró de mí y me dice: “señor *Rosaaales*, yo tengo dos hijitas, ¿cuál le gusta a usted: la mayor o la menor? Y yo que ya le estaba bromeando a la chica, invitándola a una gaseosita, le digo: ¡a ella! Y ya *pueees*, aunque yo tenía ya mi compromiso allá, me gustaba la chica, conversamos bien todo y a los pocos días volví a visitarla y la chica estaba decidida; así que me la llevé.

Esta chica, Melinda, al comienzo ha sido buena gente, a mí me ha ayudado bastante; (así que) yo francamente le reconozco. En ese tiempo teníamos cocinera, trabajadores, todo. (Incluso) cuando yo cosechaba, ella venía a mi lado; cuando yo tendía

coca en la era para que seca, me estaba ayudando a voltearla o volcarla al costal. Bien trabajadora era, limpia además. Al tiempo nace mi hija Sofía y como me decía: ¿cuándo iré a visitar a mi mamá?, le di dinero para el viaje, para que compre cosas y para que le lleve a su mamá algo de dinero. Pero en mala hora le mandé.

Cuando ha llegado, la vieja que era loba y su hermano le habrán dicho: ¿cómo es?, ¿dónde trabaja? Y ahí es donde le sacan la lengua a Melinda. Y entonces le han sonsacado; y ella, les ha contado todito. Pero para lo cual ella les había contado a su mamá y a sus hermanos con quien trabajaba y donde tenía los laboratorios, todito. Así me hicieron la trampa. Yo no puedo hacerle cargo a ella que era una mujer ingenua, de diecisiete años, con recién una bebita. A ella le han dicho, tú estás viviendo con un viejo, 37 o 38 años tendría yo ya, y ahora nosotros vamos a hacerle intriga, vamos a denunciarle, le vamos a mandar a la cárcel y (de ahí) vamos a quitarle la merca y te vas a quedar con toda la tienda. Aquí vamos a estar bien nosotros. Y ha cambiado, *totaaal*. Lógico, ya llegó ambicionada.

Entonces han venido todos juntos, la señora y sus hermanos, y me han venido con engaños; para lo cual ya me habían denunciado a la policía de investigaciones. Nosotros estábamos a punto de ir al laboratorio. Primero me han venido a hablar de casarme y no los acepté. Llegaron allí, bueno, y les he dado varios cuartos para que duerman. Y al rato me dicen: señor Rosales, nosotros hemos venido para hacerte casar. Desconfiamos porque tú dices que eres un hombre acostumbrado a dejar mujeres y así le dejarás a mi hija también”. Y yo le he dicho, señora yo ahora estoy ocupado haciendo la cosecha. Realmente no va a pasar nada porque yo le quiero a mi mujer y para mí es una seguridad que tengo a mi hija. Pero no, ellos querían conversar con mis parientes, entonces se fueron donde mi tío Germán Arguedas. Y le habrán dicho que si él no se casa le vamos a hacer problema, seguro, porque estaban favorables. Pero yo no quise, dije no, estaba indeciso y tenía mi trabajo. Así que le digo a mi tío que yo improvisadamente no puedo casarme. Yo quería a la señora, pero sus familiares eran terribles; por ejemplo, uno de sus hermanos, Onofre, era mi pericote. Me robaba en la casa e iba a vender a Cachicoto. Y yo veía esas anomalías y decía: pucha, no puede *seer*.

(Así que) les supliqué: en junio es mi cumpleaños, entonces puedo casarme con ella en Monzón. (Pero) no han entendido nada; te casas de una vez o no te casas. Entonces se han despedido y yo les he alistado, (les he) dado su plátano para que se vuelvan,

suplicándoles para que no se lleven a Melinda. De modo que se quedó conmigo; aunque ya indiferente. Pero al cabo de unos meses regresaron, su hermano Humberto, y su mamá. En una canasta habían traído panes, bollos, queso y carne. Para tocarle el corazón a uno. Entonces, cuando íbamos a tomar nuestro *lonche*, la madre me pregunta, señor Rosales ¿Le puede dar trabajo a mi hijo? Él tiene su auto Toyota. Y él me pregunta que si (yo) estaba comprando merquita. (Entonces) yo le digo que trabajaba en la chacra y en la tienda. Y, aunque dudaba le dije: compro droga para llevar a Lima pues francamente otra alternativa no hay aquí para mejorar la situación. Entonces la vieja astuta, trabajándome al sentimiento, me suplica, llorando su pobreza: somos pobres *papaaaa*, ayúdanos *papaaa* [imitando una voz lastimera]; por algo estas con mi hija. Y yo le acepto; para que (luego) me haga la trampa.

En el primer viaje que hicimos con Humberto llevé treinta y dos kilos. Entonces estaba trabajando bonito, todo comedido. Yo le doy una moto nueva y le explico que su trabajo era proteger; nada más para resguardar de los asaltantes. Cuando llegan a Tingo María, deja la moto donde su tío, y mi gente espera un camión de carga que viene de Pucallpa. Ahí lo encaletan y viajan en el camión, mientras yo tomaba vuelo a Lima, donde les esperaba en un lugar conocido, en casa de Benigno Pineda, en La Victoria -pobrecito finado ya-. Llegaron bien y Humberto me dijo que tenía un comprador en Lima y que podíamos llevarle. Entonces le digo que tengo mi gente, pero me pongo sospechoso. Así que agarro el taxi, entro la carga, pesan, me pagan y, ya pues, vuelo de allí.

Cuando le voy a arreglar a mi gente, le propongo a Humberto que se vuelva en avión conmigo. Pero él me pide prestados 150 mil, ¿para qué? -le pregunto-; *nooo*, para arreglar el carro. Pero él ya estaba con una mala intención. En realidad, ha ido a la policía de investigación de Huánuco para comunicarles que ya estaba iniciando el trabajo. Era un soplón y de hecho, ya me habían denunciado. Pero bien, le doy.

Luego de unos cuatro o cinco días se presenta por Pucara y me trabaja, para que compre merca con toda mi plata o pida crédito. Yo tenía toda mi plata con mi tío Germán, en Santa Catalina. Le encargaba a mi tía porque había millones; ni mi mujer sabía. Entonces me pongo sospechoso de verlo ambicionado. Seguro que los investigadores (policías de investigación) como son psicólogos, lo han preparado bien, para que luego se compartan (la plata); porque ellos estaban metidos en esta vaina. Ahí yo ya más bien tenía que haber cortado la situación, pero fallé.

(De todas formas) seguimos y de nuevo compramos treinta y dos kilos, y les espero en Lima, como de costumbre. Pero cuando llegan a Tingo por segunda vez, Humberto les dice a los otros que les ve nerviosos y les ha quitado la droga y se dio a la fuga con todo el maletín. Así que mi gente me llama y me dice que Humberto se ha llevado la merca junto a mi pistola y mi moto.

A los 15 o 20 días me viene a visitar la vieja, indiferente y molesta estaba: ¿qué se sabe de Humberto? -le pregunto-, y dice: señor Rosales, yo lo dejé con usted, bajo su responsabilidad. Mi hijo más bien me envía para decirle que vas a recoger tu plata. Que los ha visto (a los otros) nerviosos, por lo que llevó la droga con el auto de su tío para hacer él la venta. Y todo le salió bien. Ha llamado para que le avise que vaya a retirar su plata; que él ya no quiere trabajar en eso porque es peligroso y prefiere trabajar con su carro.

Entonces fui en Tingo donde un amigo, Paulino Barrios, y como a las nueve de la noche se presenta (Humberto) con moto. Y en la oscuridad me llama, “¡cuñado, cuñado!, *saaal*”. Pero yo no abro la puerta. “¿Puedes salir un rato para llevarte a casa de mi tío, Matías Barrera, donde tu plata?”. No, mañana, -le digo-. Pero, como insistía le digo, ¡tú trae entonces! Ve y regresas con la plata. ¿Qué tal me asaltan?, -me dice-. Mi presentimiento era como (que era) una trampa, (pues) en su manera de hablar estoy escuchando que tiene malas intenciones. No quería yo; ¡*mañaaana!* -le digo-. El tipo más insistente. Yo digo entonces, ¡pucha! Pero me dice: ¿has comido ya?, vamos al (restaurante) chifa a comer. Y en qué momento he abierto la puerta.

Pero, aunque no hubiera abierto me hubieran hecho capturar, pues. Salgo, me hace subir a la moto y embalado se mete al lado de un auto tapado con hierba donde estaban los de investigaciones. Y *plín* saltan, me enmarrocan, me meten golpe *aaahhheeee* y me hacen sentar atrás. (Mientras) a él lo hacen sentar en el asiento delantero libremente.

Y nos llevan al complejo policial, al costado del mercado, me calatean y me quitan los documentos. Entonces, ponen una radio que tenían, a alto volumen, y empiezan a meterme golpe. Tú tienes siete laboratorios en Monzón y tú mismo has sido químico. ¿Es así o no es así *conchaetumadre?* Y justo en ese rato, como tienen tremenda ventana, veo que está pasando el tipo (Humberto) libremente por la parte de abajo, tranquilo de haberme entregado a la policía y me pongo a pensar *¿queéé éeeste?* Me estaban metiendo

golpe, *duuuro*. En aquel tiempo (1972) la policía de investigaciones era matón. Como querían que hablas y no declarabas, te torturaban y, si se les va la mano, te mataban y botaban como a un perro. Por eso es mucho que vivo, si he sufrido *taaanto*.

Pucha que tortura una noche enterita. Se iban a la calle a patrullar y me dejaban en un sillón *enmarrocado* (esposado) y al cuidado de un investigador. Cuando llegaban borrachos me decían: habla *conchaetumadre*, ¿vas a hablar o no vas a hablar? Y yo les decía, ¿qué voy a hablar? Ustedes no han encontrado en mis manos nada. Yo soy comerciante, productor de café y socio de la cooperativa Naranjillo. ¿Qué cosa voy a hablar? ¡*Aaah* no vas a hablar! y viene así y me da con el cacho del revólver, me rompe la cabeza y todavía me pateo y pisotea acá por el pecho y por las piernas. Por eso (es que) me han aparecido luego los tumores, casi muero.

Bueno, entonces desaparecen y como a las 3 de la mañana, se aproxima el que estaba cuidándome y me dice: ¿Por qué no *declaaaras*? La verdad, lo siento en carne propia. Dices que sí y aceptas y te vas a salvar. Dos años de prisión hoy día se pasan rápido. Pero de la manera cómo te torturan tú no tienes *viiiida*. Yo soy humano como tú, pero estos vuelven borrachos y actúan mal contigo. Te van a seguir torturando, mira cómo te han roto la cabeza. *Haaabla*, piénsalo bien, se bueno; yo francamente me compadezco de ti. Claro, también me está trabajando.

Entonces cuando regresan los investigadores y me empiezan a golpear de nuevo, me pongo a pensar. Y como es *diosito*, tan bueno, me llega una idea. Le pregunto al policía, ¿Ustedes, a este Humberto Barrera, le han conseguido droga o dinero? *Naaada*, no le han encontrado droga ni dinero. Bien, pues yo les voy a dar un alcance de lo que verdaderamente es la verdad. Por favor, ¿quién está a cargo de ustedes? Yo ya había aprendido en Lima de que en cada batallón hay un mayor, un jefe que está a cargo de todo. Entonces vino un hombre y le cuento: veré, este hombre que es mi cuñado, me sindica por venganza por no haberme casado con su hermana. Pues bien, hace ocho o más días vino a mi tienda, sabiendo que yo tengo una plataforma para pesar, con un maletín *james bond* y un costal, acompañado por un hombre alto, moreno, crespo y de contextura gruesa. Y me dijo: hemos comprado 32 kilos de merca de Tazo Chico. Estoy desconfiado cuñado, ¿puedes pesarla? Y pesaba exactamente 32 kilos. Así que deben encontrarle a él la droga; o si no, el precio de la droga. Y me dice: ¿Seguro? Seguro. ¡Cuidado que *mieeentas*! Señor yo soy un hombre ya de peso, tiene que ser así. Además, soy miembro

de la Cooperativa Naranjillo con 10 hectáreas de café. ¿Qué necesidad de meterme yo en droga si yo soy comerciante mayorista?

Entonces, Melinda con su mamá han alquilado un camión y se han llevado todo de la tienda. Más tarde la policía igual ha ido a Pucara, abusivos, y abriendo la tienda a patadas se han agarrado la plata de la caja del mostrador, han querido agarrar a mis gallinas y se han vuelto. De regreso han capturado a tres personas en Cachicoto con ácido y para comprometerme han querido relacionarlos conmigo. A ellos les han sacado plata para sacarles libres.

Al tercer día me mandan a Huánuco. A las dos o tres horas un investigador me lleva donde el comandante. Un señor altazo de Chiclayo, del norte, gente buena; del centro y sur es gente mala. ¿Qué pasó con tu cabeza? –me dice-. Cuantas veces les habré advertido y castigado a estos (policías) por maltratar a la gente; pero no entienden nada. Hay también jefes buenos. Entonces me anuncia que van a traer a Humberto. Le habían capturado en Tocache, en la chacra de su tío. Bien cobarde, les había contado que yo le había encargado el maletín para que me guardara, enterrado, en casa de su tío en Tingo María. Todo hay que pensar en Dios; por la gracia del Señor uno puede estar vivo. Entonces el comandante me anuncia que mañana va a haber confrontación. Está bien, le digo. ¿A quién le han encontrado la droga; a él o a mí? Hay una ley que dice que a quien le encuentran el cuerpo del delito es el responsable; ¿no es así? -le dije al comandante-.

Al día siguiente lo traen enmarcado con su tío detrás. En la confrontación él dice que yo le he encargado para que lo guarde. Y le digo: ¿Cuaaándo yo te he encargado? En ningún momento -le respondo- ¡Ahhh *conchaetumadre!* Y viene a agredirme empuñando su mano. Pero yo no hago nada y (más bien) me callo. Así que el comandante dice: ahí no más. Claro, el vio la reacción de quien se sabe comprometido. Y lo ponen responsable del delito. Por venir a pegarme, el policía ya vio que él sabe que tiene una responsabilidad. Si te mantienes firme es porque sabes que no. Así que lo he tenido en la cárcel 18 meses y lo he hecho sentenciar con pena de multa por los 2 años. Mira, gente mala. Ese tipo había sido un soplón; ¿quién iba a pensar también?

Pero yo le he volteado el partido. Ahora tiene reincidencia ya en Lima, por tercera vez. (Así que) va a morir en la cárcel. Él con su mujer fueron capturados con masa en la mano, en su propia casa. Le van a sentenciar todavía a treinta años (ahora lleva 6 años sin

sentencia). Y la pena ahora no es menos de 20 años y si es en mancha, 30 años a toditos, mínimo. Y además que está preso le ha dado diabetes. Le han amputado la mano. Cómo Dios le castiga a la gente mala.

Tiempo después, los terroristas aparecieron sorpresivamente. Sabino Serra era el administrador de mi fundo, y mi muchacho de confianza. Un día le hice bajar cargando quince kilos de merca en un costal, así bonito. Cuando llegamos a Pucara fuimos directos a la tienda y lo colocamos dentro del mostrador. Pero en seguida nos dimos cuenta de que “ellos” habían entrado y que además habían incursionado a mi casa y volteado toditas mis cosas. Eran unos 27 en total, con los dos jefes.

Pronto supe que mi primera mujer me había denunciado porque -según ella- tenía tantos hijos y no los mantenía. Y por venganza se había quejado de esa forma a través de sus hermanos, los Dueñas, que eran *recoontra* soplones. Además, estos eran unos comodines de dos filos, pues estaban hablando con los terroristas y con los policías. Así que ellos, por odio y por venganza, me denuncian para matarme. Además, les informan de que yo tenía un fundo y no les daba de comer a la gente; que no les daba papa, que nomás les daba agua hervida con fideos y con mote de maíz tardado y que, además, en mi tienda yo engañaba a la gente. (Pero) todo era falso. Me decían “gamonal”, cuando los gamonales eran aquellos hacendados que han hecho trabajar a la gente sin dar de comer bien, mal pagados, mal comidos. Pero eso no ha pasado en mi propiedad; nosotros comíamos juntos todos, y cuando queríamos comer gallina teníamos que matar dos o tres gallinas. Lo que yo como, come mi gente.

Entonces una noche como en el sueño escucho *ploom ploom* que tocan la puerta. Exageradamente ¡Rosales *saaaalga!* ¡*Aaobre* la puerta! Han llegado 25 terroristas de noche a las 2 de la madrugada y, a punta de bayoneta, me sacaron en calzoncillos de mi cuarto, me han amarrado con sogas y me habrán tenido como cuatro horas. Entonces se quedan ya solo dos para que me matan. De pronto sentí que vino uno de ellos, pone las rodillas en mi espalda y la punta de su arma en mi nuca y *zaaas*, el cuerpo parece que se me adormeció oyes. Entonces lloraba y le decía: compañero no me mates, *toodos* somos humanos... [como gimiendo]; tengo *taaantos* hijos, ¿quién les va a ver a mis hijos? ¡Habla la verdad! -me dice-, si no ya te vas.

Pero yo ya sabía cómo debes portarte con ellos, sin alterarte ni decir mentiras ni nada. Y les explico que toda la gente a la que yo les he ayudado vendiéndoles abarrotes o dándoles para coca o para café, por no pagarme me han denunciado; porque yo les he denunciado antes en (el juez de paz de) Monzón para que me liquidan. Si miento me quitan la vida, pero no ha sido así; yo no he cometido ningún delito grave. Les digo la verdad, no les voy a mentir -así, ya triste yo, suplicando-. Y entonces le dice a su compañero: ¡desátalo!

Al final se han ido llevando unas zapatillas y trusas que tenía en mi ropero, además de una radio y un reloj bañado en oro que había traído de Ecuador. Me pidieron y les doy, ¿qué podía hacer? Además, estaba mi camioneta y tuve que llevarlos a Cashapampa, ya *bueeno*. (Así que) ni un pelo me tocaron, pero si yo me hubiera puesto liso o mentiroso me daban de una. Les he trabajado al sentimiento; así bonito, les he explicado. Porque no era como decían. Yo no he sido malo ni he tratado a la gente de gamonal, sino que por mi habilidad y empeño es que tengo mi chacra y mi casita.

Francamente, en ese tiempo uno siempre vivía en la duda permanente. Muchos han huido, pero yo me dije ¡no! El asunto era de que no tenías que cometer alguna irregularidad. Tenías que estar tranquilo, como de costumbre, sin molestar ni estar peleando con *nadies*. Porque ellos tenían gente en cada centro poblado del mismo lugar; jóvenes que estaban comprometidos, lo anotaban todo y tenían que llevar mensualmente sus informaciones a donde estaban los terroristas. Los *tucos* (guerrilleros) tenían más estrategia que los militares; se encaletaban en *huarica* (escondite), les hacían la trampa y les atacaban desde allí. En Rondos mataron (de este modo) a 13 militares. Así que estos le tenían miedo. Entonces mandaron helicópteros “lagarto”, de los que vomitaban explosivos y así el ejército mató a cantidad de terroristas en Tazo Grande, con bombas. La policía nacional, que tenía su base en la comisaría de Monzón, se había retirado del valle al saber de la presencia de los terroristas, meses antes, por el 1982.

No podíamos revelarnos con la guerrilla y mucho menos con el ejército pues éramos campesinos humildes. Ellos no coincidían porque tenían miedo de enfrentarse, pero nosotros vivíamos en un estado de miedo y silencio permanente, pues había soplones de la policía o de los terroristas. Ahora, el terrorismo ha dejado tanto malo como bueno, pues ha limpiado de rateros el VM.

Yo realmente había tenido intención de matar a estos Dueñas. Un capitán del ejército que controlaba en Palo de Acero se hizo amigo mío. Le conté que tenía unos soplones que han querido hacerme matar con los terroristas. Y él me dice: hay que hacerlos matar también. Y le pregunto al capitán: ¿cuánto puedes cobrar? Quinientos dólares, cada uno; barato era, ¿no? Pero pensé: hacerles matar uno a un ser humano era también malo. En la ley de Dios no está permitido y si lo haces no tienes perdón. El señor Jesucristo dice que si matas a un ser humano no estás del lado de Dios.

Otra fecha bajamos y los terroristas están por Lota, controlando. Y mi mujer me dice: estas gentes estarán esperándote a ti. Tendrías que haber hecho matar tú para que (los Dueñas) no estén metiendo fuego a los terroristas. Y cuando llegan me preguntan: ¿qué siembras tú? Coca, de eso se vive. Ellos querían saber en qué te ocupas para pedirte colaboración. ¿Y qué puede hacerse? Por ejemplo, te dicen: estamos por comprar alimentos, o estamos por comprar armamentos, nos falta (dinero), ¿puedes colaborar? Sí, claro, ¿cien dólares? Está bien; pasa adelante, siempre estaremos con ustedes. Tenía que ser así. Teniendo (plata), si te pones a la negativa, te marca mal. No te metían la mano al bolsillo, si metían la mano serían rateros. Pero por informaciones de los soplones saben quién eres, quien tiene y quien no tiene.

Yo francamente no tenía miedo. El que no tiene problemas, no teme. En una ocasión, en tiempo de los terroristas, un capitán que era nuevo y aún no era mi amigo, algo amargo por la *pinturreada*,¹⁹⁴ vino a Pucara. La gente escapaba y yo, más bien, salí a recibirlo. Y me dice: ¿la gente, por qué se corre? Caramba, entonces todos son cómplices en este caserío. Y yo, tranquilo porque sabía bien lo que tenía que hacer, le digo: *capitaaán* que *guuusto* conocerlo. Usted parece molesto, le veo con cara de mosca. Puede venir así, amargo, pero sin fundamento. Porque, capitán, todos somos humanos e igual que ustedes vienen armados, también los terroristas vienen armados, amenazando. Entonces, ¿qué podemos hacer nosotros? Si les decimos algo nos matan; usted debe *comprendeer*. O sea, yo tengo que empezarle a él; hay que quitarle la moral para que no esté pensando de que uno está metido en esa vaina. Entonces, ya algo sonriente, me contesta: *nooo*, a veces uno sale en duda ¿Pero para qué va a dudar? Aquí estoy yo, propietario, nacido y crecido en Monzón. Francamente, me gusta conversar con ustedes,

¹⁹⁴ Pintas proselitistas que los senderistas solían hacer en las casas, avivando a la lucha armada durante el período de violencia política.

porque ustedes son la defensa de la gente campesina. Y su atribución de ustedes es cuidar a los campesinos, ¿sí o no? Sí, claro, por eso estamos viniendo. Tome asiento capitán. A *veeer*, los de la tienda, ¡denme una jaba de gaseosa! Tenga capitán, para su patrulla. ¡Y para el capitán dame una Coca-Cola grande! (risas).

Y de ahí, ya casi no me he metido en drogas; problemático es. Cuando uno tiene una organización, así bien planeado, no te puedes confiar de los muchachos, de la gente; cobardes son. Pucha he sufrido bastante. Pero ya solo, de vez en cuando, he metido la mano; de aquí a Lima nomás. He tomado varias veces vuelo de Tingo a Pucallpa, para urgencias,...a veces; nada más.

A media tarde me dirijo, una vez más, a casa de Agustina, a quien inicialmente no ubico. Diez minutos más tarde baja de un colectivo. Ha tenido una reunión con la asociación de mujeres agricultoras de la zona. Se encuentran trabajando sobre distintos micro proyectos productivos para darle valor agregado a sus productos agrícolas, frente al bajo precio que les pagan los compradores. El obstáculo con el que al final chocan es la compra de maquinaria industrial: la tostadora para el café, la procesadora de harina de yuca o la rebanadora y freidora de chifles de plátano. Para ellas, según me cuenta, siempre ha sido una dura batalla salir adelante; no han tenido tiempos fáciles. Es entonces que rememora el periodo de enorme violencia que acompañó al auge del narcotráfico:

Cuando teníamos cicales, acá venía la gente y trabajaban 20 o así; (pero) hacíamos ollones para 40 o 50 personas, porque dábamos de comer a toditos; (también) a los hijos. Pero cuando sacábamos cuentas de los gastos, sobregirábamos. Claro, cuando lo hemos sabido administrar ha sido bueno el dinero que dejaba la coca. (Pero) yo cosechaba mi coca y decía: todos los días saca y saca (dinero), voy a terminar mi plata ¿y después con qué voy a mantener a mis hijos? ¿Y qué he hecho? (Pues) he alquilado un restaurante en el segundo piso del mercado, en Tingo María, y de ahí he sacado para darles de comer a mis hijos. Para que no les falte su leche, su pan, todos los días.

En aquel tiempo que la guerrilla comenzó a matar gente por aquí y por allá, a mis hijos los hemos sacado (del VM), a como sea. Mi esposo compró una casa en Huancayo

y yo me fui allá, criando a mis hijos; (aunque) volvía para la cosecha. (En cambio), él se quedó, decía: cómo voy a dejar mi chacra y mi casa, ¿sin la coca de qué vamos a vivir?

(Mira), ahora dicen: gracias a Fujimori ya no hay terrorismo; (pero) eso es mentira. (Lo que sucede) es que el pueblo ya se ha cansado y ha dicho ¡no! Por decir, antes estabas entre la pared y la espada. Al ejército todavía les cuadrábamos y les decíamos: te vamos a denunciar por esto y por esto. Ellos al menos te entendían. Pero con la guerrilla, era gente ignorante y (si sucedía) cualquier cosa ya estaban ahorcando a la gente, con soga los torniqueaban. Pero *más más* terrorismo ha cometido el ejército; han matado cualquier cantidad de gente. En ese tiempo a toditos nos han puesto al mismo nivel, (pues) ellos nunca han entendido en qué situación nos encontrábamos.

(Pero), con más plata los hombres se hicieron más dominadores, manejaban armas, te atemorizaban. (Así que) yo, varias veces, con mis hijos, he amanecido fuera de casa. Tenías el miedo de que nos va a matar. (Y) es que ese era el plan del narcotráfico: matar. Querían dominarnos a la fuerza, tenernos pisoteadas, y que vivamos así no más, sumisas; como si fuéramos cualquier objeto. (Pero) no es así; las mujeres también sabemos sentir, pensar, ¡tenemos un corazón! Por esa razón es que yo al final me separé de mi marido, ¿cómo voy a remar contra las corrientes yo?

(Así que), con el tiempo, hemos tenido que romper esas cadenas, salir adelante. Siempre nos juntábamos entre mujeres maltratadas ¿Por qué razón vamos a ser menos que ellos? Y por eso quería hacer respetar lo que es, y decir blanco al blanco y negro al negro. Pero otras mujeres no, pobrecitas. Yo, me voy a la chacra, agarro machete, tenemos vista, tenemos pies para caminar, ¿qué nos falta? No nos falta nada. Eso siempre les decía a las mujeres maltratadas y eso mismo les estoy inculcando. Ahora la nueva generación ya no es así. A raíz del narcotráfico muchos de nuestros hijos no han querido estudiar; al ver la plata ya no aspiraban a ser profesionales. Pero ahora la mayoría de los jóvenes están estudiando en el instituto o la universidad.

Por decir, mi hija tiene agallas y ahora es candidata para consejera. Parecida a mí, no se chupa de ningún trabajo.

CAPÍTULO 7. “EN LA VIDA TODO SE TERMINA”: DESARROLLO ALTERNATIVO EN TIEMPOS INCIERTOS

En la mañana temprano, los ingenieros de DEVIDA y de las centrales hidroeléctricas¹⁹⁵ pasan apresurados por Pucara. Los primeros en sus motos, los otros en sus cuatro por cuatro. Pero en ocasiones, cuando estos últimos cuentan con tiempo, detienen sus carros y, sin bajar siquiera el volumen de sus potentes equipos de música, animan a subir con un gesto apresurado a los viejos campesinos que se dirigen a Monzón a retirar su Pensión 65¹⁹⁶ o al centro de salud a hacerse algún chequeo.

Los ingenieros, a diferencia de los colectivos, no les cobran; pero si los turbados campesinos no consiguen subir rápidamente a estos altos carros o a sus torvas, les apresuran o, ya exasperados, se alejan rápidamente de Pucara en donde, junto al eco de los acordes de rock, los campesinos se quedan a esperar al siguiente carro.

Ya por las noches, las luces de linterna tintinean de aquí para allá; especialmente a la hora de los oficios de la iglesia cristiana, -cinco días a la semana, de siete y media a nueve y media, excepto los domingos que hay misa de mañana-. Don Cipriano, el Pastor, nacido y crecido en el valle, y alimentado hoy día con los diezmos de los feligreses de la comunidad, algunos aún coccaleros, se siente no obstante con autoridad suficiente como para reprender a los que reinciden en el cultivo de coca; a los que tilda de “desviados”. Una crítica que extiende a los hombres y mujeres que dejan su iglesia. En fin, una moral a la medida del autóctono árbol del bien y del mal local.

Por su parte, los jóvenes que no van a misa se concentran en las dos bodegas existentes para ver los programas televisivos nacionales de variedades o deportivos, dado que tienen los únicos televisores del pueblo. También comentan entre ellos los resultados de las apuestas por internet que hicieron durante el día en Monzón o se separan a un costado para hablar con sus confidentes, de sus enamoradas o de sus aspiraciones.

¹⁹⁵ En la actualidad, en el distrito de Monzón se viene desarrollando la construcción cuatro centrales hidroeléctricas; Belo Horizonte (240 MW), 8 de Agosto (19.5 MW), El Carmen (8.4 MW) y Anayunga (5 MW). Pero se encuentran proyectados otros seis proyectos hidroenergéticos que, de ser ejecutados, se construirán con una inversión aproximada de \$800 millones.

¹⁹⁶ El Programa Nacional de Asistencia Solidaria, Pensión 65 es un programa público creado en 2011 con la finalidad de otorgar de pensiones no contributivas a adultos mayores de 65 años que viven en situación de pobreza extrema.

El día muere exagerando más si cabe la grandeza del entorno; bien por medio de una ensordecedora calma que perlea un inmenso manto de estrellas, bien por el estrepitoso silencio que produce una tormenta que ruge sobre las calaminas de las casas. Uno u otro destino incierto va apoderándose noche a noche de los sueños de los pucaraquinos que se rompen, pocas horas después, con el canto de los gallos.

Al final vendí mi fundo; la *seca-seca*¹⁹⁷ que ha hecho Fujimori fumigando me lo jodió pues *oooye*.¹⁹⁸ Las mejores matas me empezó a secar. De 300 arrobas que rendían mis 5 hectáreas (de coca) se redujo a 60 o 70 arrobas. Parece que ha sido una enfermedad que traía una larva, así [aproximando sus dedos pulgar e índice], que entraba en las raíces y empezaba a amarillear la punta de las hojas hasta que caían. Ha hecho convenio con Estados Unidos. Han producido todo: hongos, larvas; y esos polvos han estado soltando en bolsas desde helicópteros para que caiga sobre la coca. (Lo) ha visto la gente. Por eso (mismo) lo han castigado en la cárcel.

Entonces me dije: no *yaaa*, vendo; (pues) veía que iba a terminarse la coca. Y después peor ya, (pues) han hecho erradicar y me han dejado a cero. Yo estaba empadronado en ENACO desde el año 1978. Tenía mis comprobantes de entrega; pero claro, de las 300 solo les entregaba 6, 8, máximo 10 arrobas; lo demás todo entraba para la olla. (El fundo) lo vendí a uno de más arriba de Huancapallac de San Pedro de Cani; pero este fracasó también y ha vendido a su paisano, un tal Ramos, antes que jalan. *Puuucha*, que linda coca tenía yo.

En la vida todo se termina *caraaacho*; yo (que) soy un hombre que he manejado mucha plata y, de la noche a la mañana, no tenía acá ni para comer. Uno se desespera, hombre. Yo, por ejemplo, ya no tengo padre, ni madre; no tengo ni mujer a última hora. *Bueeno*. Entonces ¿quién se va a preocupar de mí? Porque yo estoy con artrosis un año

¹⁹⁷ Seca-seca: Nombre usado entre los campesinos cocaleros del VAH para referirse a la guerra biológica que el Estado emprendió por medio de fumigaciones “experimentales” con el desfoliante *Spike* y el hongo *fusarium oxysporum* (CVR, 2003).

¹⁹⁸ De acuerdo a don Héctor la cosecha de coca se paga por kilo, a 80 cts. o 1 sol por kilo (depende del precio de la coca; si está a 50 dólares pagan a un sol). En sus tiempos estaba a 50 o 60 dólares la libra. La vez que mejor vendió una cosecha, la arroba estaba a 72 dólares (cada saco tiene de 7 a 8 arrobas); por lo cual le pagaron en chacta, de unas 250 arrobas por 70 dólares el kilo: 18 mil dólares (65 mil soles). Y la mayor cosecha que tuvo en sus 5 hectáreas de coca fue de fue 300 arrobas. ENACO, en cambio, paga a 40 soles por kilo y solo de la mejor hoja; por lo que los cocaleros entregan una parte menor de sus cosechas.

ya. (Luego), de los golpes que me dieron cuando me capturaron, me fastidieron la columna. (También) tengo gastritis crónica; y por la preocupación me duele el cerebro, me da estrés. Uno es capaz de suicidarse tomando cualquier cosa; la vez pasada... [silencio]. Ahora, la Biblia dice que si tú te has matado no tienes perdón de Dios, que estás condenado. Ese ha sido mi obstáculo. Yo no tengo ya ni fe en la mujer (que se fue a vivir a Huánuco). Ya no permite que le converse, se agacha y no me contesta. Entonces yo no tengo ya paciencia para hablarle. Caramba, yo nunca les he suplicado a las mujeres en mi vida. Hay gente que se separan, empiezan a llorar y quieren tomar veneno, *tonteriiiias*.

Nueva América está abandonado, hay muy poca gente hoy en día. Más antes teníamos hasta 80 personas, pero cuando erradicaron la coca ya todo ha bajado y se han ido por diferentes lugares. Ahora solo quedan 10 propietarios, ¿de qué si no va a vivir la gente?

Cuando la erradicación, el comandante se ponía de acuerdo con el jefe de los *jalacocas* del CORAH y llegando a una chacra grande con tremendo cocal preguntaban: ¿cuánta coca entregas a la ENACO? Diez arrobas, pues. Entonces te lo vamos a dejar conforme a esa cantidad, de acuerdo a tus vales. Ahora, -ahí está la trampa-, te decían: nosotros queremos ayudarte, pero necesitamos también que colabores con nosotros. ¿*Cuáaanto* va a ser jefe? [con rabia] Y claro, como antes había dólares se pagaba: de 5, a 8 mil dólares. Y ¿qué crees? al poco tiempo intervienen de nuevo; solo que ya no vuelve ese mismo personal. Y entonces nuevamente te sacaban la plata. A nosotros dos veces nos han ido.

Han erradicado la coca y ya *nadies* tiene dinero. Por ejemplo, cuando había, los familiares de monzoninos venían a pasear, a gastar la platita; pero ahora no vienen ya. Cuando voy a Huánuco igual. Ya no hay con quien conversar. Más antes te estabas encontrando a cada rato con un monzonino; pero ahora ya, mis paisanos ya no viven acá, la gente se han ido. Casualmente el otro día si me encuentro con un amigo de Chaupiyacu (Monzón) que tiene artrosis, y saca de su bolsillo coquita y me dice: esta planta es *taaan* medicinal. Pero yo, la verdad oyes, no tengo costumbre. Si, *claaaro*, he sido cocalero, pero no me gustaba fumar droga, ni mascar coca, ni menos tomar aguardiente, ni cigarro tampoco.

(Pero bien), una vez que he vendido mi fundo de arriba mi intención era irme a Huaraz para abrir un negocio. Allí tengo un amigo que también era comerciante, Basilio. Este muchacho tenía una pequeña bodega en una esquinita de Cachicoto. Pues bien, había un narcotraficante, “El “Rodillo” le decían, que sacaba vuelos por la Granja; ¿y entonces qué pasó? Éste, por medida de seguridad, como el otro era tranquilo, sano, buena persona, le ha encargado cientos de miles de dólares. Pero los terroristas lo matan y Basilio se ha quedado con toda su plata. (Entonces) se ha comprado su casa de material noble, por 10 mil dólares, con cochera, y ahora es un *tremeeendo* comerciante, tiene su fundo con 10 o 15 hectáreas de cacahual. La gente sabe. Pero, en fin, a Huaraz fui sin conocerlo bien, el alquiler estaba a 2 mil o 3 mil soles mensual. Así que no pude...



FIG. 24.—Coca gatherers. Man in center holds two cakes of cocaine as shipped

Fotografía 19. Recolectores de coca acompañados (en el centro) por fabricante cargando dos bolas de cocaína para ser facturadas comercialmente. Valle del Monzón hacía. 1905, aproximadamente (Fuente: archivo fotográfico del investigador Paul Gootenberg sobre libro *The New and Old Perú* de M. Robinson).

Cuando tenía mi fundo yo traía bastantes peones con mi camioneta; unas 25 o 30 personas. También tenía dos cocineras, muchachas jóvenes, y una *tremeeenda* era, para secar coca, en cantidad. En cambio, los peones del viejo Peláez, a las 5 en punto ya tomaban desayuno, y a las 6 ya están tirando bolo en su chacra, hasta las 6 de la tarde. Les explotaba. Tremendo gamonal era. Pero ahora todas las haciendas están destruidas.

Cuando tú te desenvuelves y trabajas desde tu juventud, ni hablar, Dios te ayuda, ¿para qué? yo he tenido de todo, he gozado bastante, *uffff*; pero ahora ya me toca descansar. (Así que) he tenido mucha plata, pero faltó quien me asesora, ¡qué pena! Eso es lo que ha faltado. Porque yo he crecido sin padre y mi madre falleció en mi pleno apogeo, cuando yo tenía 22 años. No había un pariente quien me haga comprar una casa en Lima, o varias en Huánuco, o terrenos. Yo he sido distribuidor, con mi camión. Pero realmente no he sabido poner un negocio así, formal, comprando un local, mayorista, sentadito para vender. Yo tenía 20 o 25 millones de soles, pero no hemos sabido invertir. Cuando eres joven piensas que todo te va a ir bien siempre...

(En fin), todos condenan a los que se han dedicado a eso en el valle del Monzón, pero se debe conocer lo difícil y sacrificado que ha sido vivir en la droga. A veces un padre debe mirar sus responsabilidades; pero también hay que estar tras y tras de los hijos para que estudien. Y bueno, si hay plata...; pero si no hay, ¿de dónde?

(En cambio) hay mucha gente que ha sabido limpiar su plata. Cuando yo estaba traficando en Uchiza, le conozco a este tipo, “El Colucho” le decían. Vendiendo su merca que compraba por otros lugares, buscando sacar vuelo; siempre ha sido mi amigo. Y ahora tiene *treeemenda* casona de tres pisos; en el primer piso hizo su pollería. Y se ha hecho un hotel y todo.

(No creerás), pero ahorita en el VM hay bastante coca. La gente ociosa quiere estar tras y tras de eso (la droga) porque se gana fácil, ¿no? Pero con el tiempo tiene consecuencias, tienes problemas.¹⁹⁹ Solo algunos saben hacer un trabajo muy tranquilo, ahí secreto, no lo hacen escandalosamente. Esa gente no tiene problemas. La corrupción además viene desde aquellos tiempos. Últimamente unos 5 policías, un capitán y sus subalternos, que están ahora en la cárcel, habían hecho travesuras, (pues) quitaban coca o droga y se tiraban toda la plata. Ahora, últimamente, habían quitado a un hombre 25 arrobas y encontraron en su bolsillo 4 mil dólares que le requisaron ¡que abusivos, eh! Pero Dios no ha permitido que pase eso y ha denunciado; (así que) cuando los tombos²⁰⁰ están llevando para que venden, en Tingo, los han agarrado y los mandaron a la cárcel ¡Está bien carajo! Dios dicen que puede contemplar y puede dejar una vez, dos veces; pero más ya tiene que cortar.

Lo peor que pasé tras la erradicación fue una estafa que tuve cuando compraba dólares. Unos tipos me habían conversado que tienen oro; ayúdanos así y asá. Y entre mientras, me han invitado a jugo de papaya y parece que me hubieran echado algo en el jugo y me he ilusionado en comprar su oro y, total, me estafaron: 15 mil soles. *Puuucha*, ahí sí que me pelan toda mi plata, sin pensar oye, me han jugado sucio. Nunca me ha pasado (eso antes), nunca. Desde esa vez no me pude ya levantar tampoco.

¹⁹⁹ Por lo que me contó don Héctor, la arroba de coca ha llegado a costar 75 dólares. En el VM se necesitan 10 arrobas, unos 750 dólares, para poder elaborar 1 kilo de PBC que, más tarde se está vendiendo a 1100 1200 dólares; dejando, por tanto, un 60 % de ganancia.

²⁰⁰ Tombos: Policías.

Cuando uno no tiene plata, no vales nada. Para que tú te presentes ante el presidente regional, ante alguna institución, algún jefe, tienes que estar bien cambiadito, saludarle, conversar y posteriormente invitarle a su pachamanqueada o al (restaurante) chifa. Ahí recién se hablan las cosas.

En los años anteriores he perdido plata en dos ocasiones comprando café; porque la bolsa de valores sube y baja y eso es lo que jode. Una vez llego a Tingo y le digo al gerente: ¿a cuánto está el precio del café? Te pago a 7.80 soles el kilo. (Entonces) he ido hasta Caunarapa, Maravillas y he comprado buen café a 7 soles. (Entonces) llego a Tingo y (resulta que) compran a 6.20 o 6.30. (Así que) me he ido a la Cooperativa Naranjillo, donde tengo un amigo, y me daban a 6.70. Pero un chiste bien bravo, ni bien descargo en la caja me dicen: no tenemos plata porque los administradores anteriores han robado y no podemos pagar esta cuenta. Y me pongo a pensar ¿y ahora qué hago yo? *Puuucha* su madre. El cuarto día voy y justo está ahí el gerente, el gringo, y le hago ver mi voleta de cobranza y le digo que estoy mal y necesito mi dinero para irme a Lima y hacerme mi tratamiento. Y de ahí vamos a la tesorería y me dan mi plata. Más bien he estado de suerte. *Agarre mi plata y fuga fuga*. De ahí ya no compro ya. Esa ha sido la última vez que dije: ya no voy a comprar café. *Tonterüias*, ni loco. Es un negocio muy dificultoso, no estás seguro para ganar. Es la segunda vez que estoy fracasando.

Gracias a Dios he vuelto, y me siento tranquilo. En julio va a cumplir un año que he recuperado la casa de Pucara que le había vendido a su yerno de la señora Piedad, al Porfirio. Ese muchacho tiene una casa buena abajo; así que le he devuelto su plata y él me ha devuelto la casa. Pero mi fundo, de arriba, está lejos y estoy enfermo, no puedo caminar. Cuando han erradicado la coca al cero a quienes he vendido, se han vuelto a la sierra.

De regreso a Pucara, el Pastor me ha ayudado y en unos meses puse al día la casa. Pero las cosas bastante han cambiado. Mi vecino ya no vive ya aquí; lo han sentenciado a 15 años por terrorismo. Comerciante ha sido, pero se ha metido con todo en el terrorismo y se jode pues. Por narcotráfico también. Esta complicado. A mi primo Eladio tampoco lo acusaron por gusto. Él se metió de frente y empezó a actuar. Parece que ha sido un mando en la zona; pero le agarraron, le torturaron y le hacen problema. ¿Cómo habrá sido? De todas formas, la gente de Pucara es mala gente. Te quieren ver que estas caído, fracasado; en cambio, si tú progresas y tienes algo, es envidiosa.

Benicio, el ingeniero de DEVIDA que tengo alojado en casa, me hace compañía. (Aunque) también es un poco inconsciente. Ganando sus 100 soles diario, le digo que apoye aunque sea con 200 soles mensual para luz y agua. Pero no quiere soltar. Hay que ser consciente, él está ganando. (En fin), a almorzar voy donde mi comadre, me sienta y me prepara el almuerzo. Además, siempre estoy yendo a verles a mis hijos en Huánuco y, cuando se puede, también a Lima.

(Luego), con apoyo de mi hijo, me he comprado un fundito con chacra, aquí cerquita, que fue chacra de mi cuñado Heliodoro Rosales y estaba abandonado. Tengo dos hectáreas de rozo y he sembrado cacao, plátanos, mayro, yuca, maíz, frijoles; tremendas matas, bonito está creciendo. Y eso que estoy enfermo. (Pero) debería dejar a alguien allí en la noche, porque si no cuando esté produciendo cualquiera corta y se llevan. (Porque) tengo un cholito que me roba. Le he mandado a mi sobrino para que le converse tranquilo y que devuelva las cosas que ha llevado ¿Para qué mandarle a la cárcel? Pobrecito. Ahí queda, yo no voy a hacerle problema.

Lucio y Avelino son mis trabajadores en la chacra. A mi primo Lucio le digo que tiene que dedicarse a trabajar para gente que le ofrece trabajo, así, formal; que si sigue cojudeando nunca va a ser nada y va a seguir en el hambre y la desgracia. Pero esta gente es ociosa, no sabe pensar, ¿así qué cosa hacen en la vida? Tiene que escuchar lo que yo le digo. En cambio, mi sobrino Avelino es una persona voluntariosa. Así sea que ha llovido, el sigue trabajando, ¿ha llovido? -me dice-, yo no he sentido nada; yo tengo que hacer mi trabajo, no quiero perder mi jornal, para nada.

(De todas maneras) llevo mi choclo a Tingo María y me quieren comprar a cuatro por un sol; “si *quieeeres*”, dice la señora. Más de una hora me ha tenido esperando, *puuucha* preocupado. Me dice: espérate que voy a atender a mi gente. Y después me viene con problemas, este choclo esta vencido, no vale. Cochineando mi producto. ¡(Qué) mísera! quería que le diera 4 por un sol. No hay que tener confianza; te hacen bajar el precio. Así son esa gente del mercado de Tingo María. (Pero entonces) había una señora que me ha comprado a 50 céntimos cada uno, unos cincuenta por importe de 25 soles; porque hace hervir y vende ya cocinados. Y *bueeeno pueees*, algo es algo, ya; que se va a hacer. Pero quedé preocupado, ¿con qué gusto voy a ir a tomar mi caldo verde ni nada?

Un día, parece mentira, pero todo lo había invertido en esa chacra y me quedo con 2 soles cincuenta, ni para un menú. Tenía alquilado habitaciones, pero la chacra te jala para hacer cultivar. Entonces llamo a mi hijo y no me contesta; me da *cóoolera*, pero bueno. De ahí me vine a Tingo María pensando que los amigos me van a prestar, pero cuando uno está fracasado *nadies* quiere prestarle a uno. Y me quedé deprimido, *aaasu*. Regresando, como era aniversario de la iglesia evangélica en Cachicoto, hubo que comer y ya en Pucara mi vecino me dio 200 soles; así que he tenido para comer.

Francamente, en el caso mío, como yo soy un hombre solo y no tengo con quien conversar, con quien distraerme, ni nada, estas solo todos los días y parece mentira, pero te entristeces. Porque si yo me siento grave, ¿quién me va a decir tómate este remedio o te voy a traer esto? ¿Pero sabes cuál es mi tranquilidad? La religión. Entonces yo, de rodillas, le ruego al Señor, de todo corazón para que me alivie. Por intermedio de un pariente, Leónidas, me he convertido para ser evangélico. Yo le agradezco bastante a él y a su iglesia. A mí me ayuda. Por eso estoy honrado de poder servirle bien a Dios.

Yo al Señor le conozco porque en una fecha en Huánuco estaba mirando en la televisión la pasión y muerte de Cristo y dan ganas de llorar cuando lo maltratan. Parece mentira, pero en ese momento estoy con el corazón entristecido y me caen las lágrimas, y en un momento di una pestañada y abrí mis ojos y vi al Señor que estaba sentado en mi frente en un sillón. Así que, gracias a Dios que estoy sano. Mi madre era de creencia católica, muy religiosa; a mi tierna edad ella me ha tenido de rodillas rezando a Dios. Antes yo no conocía la palabra del Señor, y estaba cometiendo un error grande, un delito grave, contra el ser humano; porque toda droga que va a otros países y tantas cosas que suceden por culpa de las drogas...[silencio] Todo mal que deseas mal se paga. Por eso la ley del Estado sanciona y por eso el dinero de la droga está maldecido y no tiene estabilidad, se termina. Así es la cosa. (Además), ya no me permite gritonear ni estar en problemas con nadie. Todo quiero hacerlo pacíficamente, tranquilo, con comprensión.

He sido grande pero ahora estoy fracasado. En ese tiempo no sabía servir al Señor Dios Padre Santo Jesucristo. Mientras hoy día ya se. A veces me siento grave, *soliiito* paso, y no puedo levantarme, me duelen las rodillas, los hombros, la columna; pero entonces me levanto, me arrodillo y empiezo a orar, a llorar; y al día siguiente amanezco ya mejoradito. Yo ahora tengo mal la rodilla y quiero ir a la chacra así que tengo que orar en la madrugada y le pido a Dios que refuerce mis rodillas y me haga volver: líbrame

Señor de picaduras de culebras o de insectos venenosos. Y cuando llego a la chacra no me duele. Solo cuando regreso a la casa me empieza a doler (de nuevo). Dios ayuda, es tan poderoso.

Hablando de Pucara, donde acuden al culto unas 20 personas, Gervasio, mi cuñado, es el tesorero de la Iglesia (evangélica), es bien fanático, es el que pide diezmos para cubrir los gastos al Pastor; unos 400 o 500 soles mensual. (Pero) depende de la voluntad de cada uno, así es la ley de Dios; (de forma que) no pueden obligar. Pero no me gusta su actitud; es de un carácter fuerte y tosco con la gente, con los hermanos. Acá la gente prácticamente es pobre, ¿de dónde van a sacar dinero? No es como en Tingo María; en la ciudad tienen plata y dan sobres con 50, 100 o 200 soles. Pero a mí me tiene respeto porque yo en su tiempo los he sacado del monte donde estaban sufriendo, les di plata y les he enseñado a ser comerciantes. Y ahora que tienen ese pequeñito negocio, sobrados, creídos están; pero eso no dura, Dios está viendo todo, cómo se están portando, y tarde o temprano ese negocio puede fracasar. Están adorando al Señor, pero están pensando malas cosas.

Estas autoridades, en cambio, ¿de que valen? No valen nada, yo conozco bastante. Todos estos sinvergüenzas son unos ladrones, siendo monzoninos, oye, y no tienen esa gracia de mejorar sus plazas, puro huequería, pucha que me da *vergüeeenza* a mí, carajo, que soy nacido y crecido en Monzón. Tanta *plaaata*, millones de dólares de DEVIDA y se tiran todo. Tantos alcaldes pasan ¿y cómo?, no hacen agua y desagüe, no pueden hacer las calles y veredas. Francamente esa gente no sabe gestionar; gasta, pero no rinde cuentas. Y lo que sucede aquí (en Pucara) es que las autoridades son muy dejadas; (siguen) pensando que Monzón nos va a ayudar ¿y así cuándo? *Nooo*, deben ir con la firma de todos los ciudadanos a la región, al gobierno central; de ahí viene la plata para todo. Esa es la forma de una autoridad. Así tienen que ser las cosas; si no, esperando que lleguen nomás ¿cuáaando? Él (alcalde) tiene que convocar una reunión a toditos y manifestarse tajantemente, firme: que necesitamos que todos nos apoyen. No hay que hacer caso a la gente que están contradiciendo. Yo, por eso, en Pucara le exijo, con derecho, que me tiene que dar cuenta de mes en mes. Y si yo veo alguna anomalía los voy a denunciar. Aquí tenemos a Román que es un muchacho de buena voluntad, pero está ya 8 años intentando sacar adelante el camino vecinal de Pucara a Nueva América,

pero le pasan la mano una y otra vez, no le hacen caso, le mienten. Él es un hombre que puede tener buena voluntad, pero no tiene recursos económicos.

Lo malo es que aquí, en la selva, todos son así, conformistas; la gente no dice nada, se callan la boca. En la sierra la gente se reúnen en una campanada, carajo, *chiuchis* y grandes, mujeres y niños. Bien estrictos y bien unidos. Creo que esta vez cuando haya elecciones voy a entrar siquiera como regidor, porque un hombre que sabe, elige bien las cosas.

Además, no lo vas a creer. Por medio de su hijo terminamos reconciliados con don Eliseo Peláez y llevamos una vida tranquila en los últimos años de vida del viejo. Su hijo, que ya es finado también, venía todos los días en su carrito a mi tienda a comprar cigarros. Buen muchacho. Y un día le cuento: tu papá, *caraaambas* oye, viene molestándome desde muchacho que (yo) estaba empezando a trabajar; y no debe ser así. Entonces me lleva a su casa, a la hacienda, para conversar. Y yo llego y le saludo: don Eliseo, buenas *taardes* ¿qué tal? ¿Cómo está? Estoy viniendo acá, por intermedio de su hijo, a visitarle. Gracias, hombre, ¡qué milagro que has venido! Papa, he traído a mi amigo don Héctor y quiero conversar contigo para decirle que no toda la vida uno puede vivir en esta situación del odio, el mezquino y la venganza. No debe existir porque somos vecinos, ¿por qué vamos a estar en este problema papá? Soy tu último hijo y le he traído con el fin de que se perdonen, se reconcilien y ya vivamos tranquilos Y parece mentira, pero nos hemos reconciliado. Y eso está bien (porque) según la ley de Dios debemos perdonarnos. Eso ocurrió en los últimos años de la vida del viejo. Yo creo que ya estaba fracasado allá arriba.

Y bueno, he crecido en una cultura humilde pero educada. Mi madre -que en paz descansa- me ha dado estudios y nos ha enseñado a rezar y rogar a Dios. Así que yo, francamente, he sido un hombre de lucha y trabajo. He sabido desenvolverme sin engañar a la gente. Y oye, cuando tú tienes de todo no te falta de nada. Un buen agricultor es así. Si yo hubiera tenido dinero, ahorita podría estar criando gallinas y comiendo huevos de la chacra. Lamentablemente ahora no hay dinero.

Cuando hay plata para invertir en la chacra, buscas gentes, haces cultivar, fumigar, así. Ahora los trabajadores cobran 25 o 30 soles, con alimento 15 soles; quieren comer bien y quieren ganar bien y por eso al propietario no les resulta eso (conveniente). (Por

lo mismo) yo estoy queriendo vender al toque. Para el mantenimiento, para el cultivo; para todo eso falta plata y no me quieren dar ningún apoyo del Estado, ni para la luz, porque dicen que en la pantalla salgo (como) “no pobre”. Salgo así porque más antes tenía propiedades, pero ya no es así. Por eso es que hasta ahora no puedo hacer nada. Mucha pobreza he sufrido.

Esperemos que Dios permita que el próximo año ya sea mejorcito, pues; más que todo la economía que es lo importante. Sin dinero no se puede hacer nada. Vendo la chacra y a poner un negocito por ahí, (para) ya no estar metiendo la mano a la chacra; mucho sufrimiento. En un sitio que haya movimiento. Estoy pensando en ir a Nuevo Horizonte, en Tocache. Allí vive una ahijada mía y dice que me puede ayudar a abrir una tiendita. Aunque donde hay negocio es en Puerto Pizana, (pues) hay producción de coca. Para que me dé si quiera hasta que Dios me da vida.

A última hora de la tarde, aprovechando una tregua en la persistente lluvia, voy a visitar a Agustina. Por lo general, pasadas las horas de mayor temperatura y si el tiempo lo permite, los campesinos, sentados en unos largos bancos de madera dispuestos a ambos lados de las entradas de las casas, forman tertulias de animada conversación, mientras los *chiuchis* se divierten jugando a la guerra y los jóvenes juegan sus partidos de futbol o vóley. Encuentro a Agustina en uno de ellos, rodeada de mujeres y argumentando apasionadamente con sus compañeras. Al rato nos despedimos del grupo y, ya más sosegadamente, conversamos como en otras ocasiones en la mesa de su comedor:

Yaaa, bueeeno, todo ha terminado; ha llegado la erradicación y Fujimori ha mandado fumigar toditos los cocalos. (Pero) la tierra toda ha afectado bastante, (porque) nosotros no solo coca teníamos, y cuando se fumigó, todo se ha caído. Ahí es que nos hemos sublevado, nos hemos revelado, nos hemos organizado.

Desde el año 2000 he sido dirigente. Yo era la presidenta de la Asociación de Mujeres Campesinas del Valle del Monzón; he pertenecido a la Confederación Campesina del Perú y también me nombraron secretaria de economía de la Coordinadora Nacional de las Cuencas Cocaleras, la CONAPA; a la que más tarde reemplaza la COMPACC. Y con esa representación he tenido la oportunidad de estar en otros países y

conocer las experiencias de otras mujeres. (También) hemos andado con Evo Morales en Bolivia. Y de eso es que comenzaron a nacer los celos políticos en la organización de los cocaleros, y empezaron a machetearme, (diciendo) que soy una traidora, que he firmado contra la coca. Ellos querían ser más que nosotras, soberbios eran. Yo he crecido gracias a la dirigencia cocalera y a la organización. (Más bien) hoy, con cargo o sin cargo, se trabaja para hacer algo por nuestro pueblo.

Coca no hay ya, *poquiiito*, lo que nos han dejado. Ya en el año 2001 o 2002 nos hemos ido a Lima a Contradrogas (actualmente DEVIDA), y ahí firmamos un convenio para (sembrar) el frijol de palo; y nosotros como a unos tontos nos han hecho cosechar. Pero fracasó ese proyecto. Luego llega Naciones Unidas y nos dicen de preparar chacras integrales o módulos de apriscos para animales. En fin, no solucionan nada, tontería es. A quien produce más, ahí no más están abocados, para la foto; y al que necesita más apoyo ahí no. (Les) hemos pedido (que hagan) un estudio de zonificación ecológica pero no nos escuchan. Perdone la palabra, pero esos ingenieros que vienen son mediocres, cuando tú les reclamas en seguida te sacan de los proyectos; ni siquiera quieren escuchar. (Cuando) acá el que tiene que hablar es el verdadero agricultor.

En cuanto a la agricultura, estamos completamente abandonados. Si el Estado hubiera querido proteger el agro, (ya) hubiera declarado algo en favor de la agricultura. Pero nada. Por ejemplo, ahora nosotros somos considerados como no pobres. Eso me da cólera. ¿Quién no es pobre acá? toditos estamos en la misma condición. (En fin), que se nos conozca por lo que somos no por lo que dicen que somos. (De todas formas) demasiados males ha traído (la coca). Por eso me resigno a la erradicación.

TODO LO SÓLIDO SE DESVANECE EN EL VALLE DEL MONZÓN: BALANCE PROVISIONAL

Cualquier vida es, antes que nada, algo íntegramente inconmensurable desde el punto de vista de la ciencia, de eso no hay duda. Sin embargo, aceptemos como punto de partida que, objetivando las experiencias sociales que contienen los relatos biográficos, estas pueden ayudar a desvelar las relaciones sociales dentro de las cuales aquellas se encuentran inscritas (BERTAUX, 2005).

Desde el punto de vista epistemológico, la elección del método biográfico ha demostrado ser apropiada para manejar tres variables que a menudo quedan fuera de consideración en los estudios sobre drogas; la subjetividad, la procesualidad y la multiplicidad social. Dada su capacidad evocativa, las historias de vida enriquecen nuestra posibilidad de entender, en su humana complejidad y desde dentro, las experiencias liminares de la vida social; permitiéndonos salvar los apriorismos con los que nos acercamos a una problemática y, por lo mismo, ampliando nuestra capacidad de abordarla. El método biográfico demuestra ser entonces, como se ha mencionado en otras ocasiones, uno de los recursos más valiosos para hacer posible el diálogo entre clases. En el caso que nos ocupa evidencia además la existencia dentro de una misma sociedad de regímenes normativos dispares y hasta antagónicos al orden legal, con sus propias formas de regulación y reproducción (DE SANTIS, 2010).

En segunda instancia, además, estas historias nos permiten apreciar también los procesos de cambio social y personal; por lo que frenan la costumbre de reificar a los sujetos situados en los márgenes sociales y anclarlos al momento en que sus trayectorias traspasan nuestros prejuicios. No cabe duda de que eso sucedería –y sucede-, al separar los tramos dos y tres en la trayectoria vital de don Héctor y apagar los otros dos. Demostrando por tanto que la vida -la de cualquiera-, no puede explicarse por sí misma a través del retrato objetivista, sino en el incesante discurrir de lo contingente.

Por último, las historias de Héctor y Agustina, expresan la variabilidad con que los actores sociales despliegan su agencia en el marco de esas mismas contingencias históricas. La coca en el VM consiguió mejorar la precaria situación por la que atravesaban los campesinos, pero en estos dos casos particulares, se percibe además una variabilidad de procesos micropolíticos que pueden pasar desapercibidos a una literatura que no se aproxime a las experiencias humanas. En el caso de don Héctor, el énfasis puede

situarse en la oportunidad que la droga representaba en las aspiraciones de una pequeña burguesía comercial para desplazar a la vieja oligarquía local, otorgándoles una ventaja económica comparativa evidente frente a los demás campesinos para constituirse como autoridad, finalmente fracasada en su caso. O en el papel que la fe juega para reforzar la esperanza mesiánica entre los campesinos, para redimir moralmente las trasgresiones al orden legal o para reparar, en estos pequeños espacios rurales, los lazos sociales rotos por aquellas. Mientras que, en el caso de Agustina, a pesar de contar con menos elementos para hacer conjeturas, parece haber abierto brechas de género insalvables, tanto a nivel familiar como político, que han permitido una ruptura de las viejas relaciones de subordinación patriarcal presentes en los espacios familiar y político, así como una fraternidad horizontal que abre nuevos horizontes de igualdad para las mujeres en estos escenarios rurales del país. Por último, es reseñable cómo la valoración final –pero no necesariamente la última- que ambos hacen de la economía de la coca está supeditada a sus diferencias en el presente y, por ende, quizás a los riesgos que ambos están dispuestos o no a correr por conseguir nuevos cambios.

Pues bien, partiendo de estas premisas, se buscará producir ahora, a modo de cierre, un breve análisis que pueda arrojar luces interpretativas sobre los mundos sociales que estas experiencias campesinas encarnan. Inicialmente, trataré de inscribirlas en el espacio empírico y discursivo que ocupan dentro de la historia de las drogas y sus estudios. A continuación, las colocaré en diálogo con algunas categorías analíticas que, a mi parecer, permiten ampliar su valor interpretativo. Entre estas, el aura destructiva de la modernidad capitalista, en clave marxista (BERMAN, 1988), las expectativas de modernidad que trataron de ilusionar y seducir infructuosamente a la clase obrera peruana en las primeras décadas del siglo XX (FERGUSON, 1999; LÓPEZ, 2018; DRINOT, 2016) y la “economía moral de la multitud” que se expresa como una “ética de la subsistencia” en las comunidades campesinas (THOMPSON, 1995; SCOTT, 1976).

De acuerdo a la literatura especializada (GOOTENBERG, 2016), la historia global de la coca, a pesar de no haber perdido su valor para la cultura popular nacional a través del tradicional intercambio ecológico andino amazónico, en forma de una economía de trueque,²⁰¹ y a diferencia de otros estimulantes coloniales (café, té, cacao,

²⁰¹ La coca fue, antes que nada, un estimulante natural cultivado en los bosques tropicales de significado espiritual y religioso de gran importancia para la reproducción del orden social jerárquico que estuvo presente tanto en el mundo andino como en las regiones de las yungas costeñas desde el periodo preincaico

tabaco, etc.), cuyo consumo masivo continúa teniendo un importante impacto en la economía de muchas naciones latinoamericanas, realmente comienza a partir de su apropiación mercantil, tras la síntesis del alcaloide “cocaína” en Alemania (1855-60). Ahora bien, su expansión se encuentra con un ciclo de espectacular crecimiento a partir del viraje que inicia con su descubrimiento como mercancía noble de uso médico y recreativo, en el siglo XIX; para llegar a ser una amenaza global como producto criminal ligado a la poderosa economía clandestina de las drogas, en el siglo XX.

De forma paralela al régimen mundial de prohibición (1961), surge toda una compleja red panamericana de traficantes que, sobre la base de un campesino andino amazónico empobrecido, convierten al mercado clandestino de la cocaína en la más grande, rentable y dinámica economía transnacional de la región; tal y como la conocemos desde mediados de los años 70. Su carácter glocal acentúa complejas relaciones que vinculan asimétricamente las áreas marginales del eje andino amazónico, como el VAH, con los grandes centros de consumo y poder a escala global. Y cuyo influjo genera una espiral de violencia a lo largo de la cadena de producción, tráfico y consumo de drogas; tanto por la propia dinámica de la economía ilícita, como por las políticas de guerra que buscan combatirla. Trayendo entonces un impacto no menos asimétrico, que se ceba especialmente sobre los derechos fundamentales de los actores más vulnerables entre los que se encuentran involucrados: los pueblos indígenas y los colonos campesinos empobrecidos. Es sobre estos últimos de quienes este relato pretende hablar; pero no para hacerlo por ellos, sino para dejar que ellos mismos expresen, en sus propios términos, la experiencia en la cual sus vidas fueron atravesadas por esta cadena ilícita transnacional.

Acompañando la creciente preocupación por el espacio social que ocupa la cocaína, emergen, en los años sesenta, los estudios académicos sobre drogas (*Drug Studies*). Situados inicialmente como un campo de indagación médica del cual derivó una doctrina psiquiátrica estigmatizante que precedió a la institucionalización del paradigma prohibicionista internacional (1961), habrá que esperar a los años noventa para que la problemática se desplace hacia la órbita de las ciencias sociales. Surgen, a partir de entonces, estudios más rigurosos y críticos, basados en nuevas fuentes, que amplían el

y cuyo uso había estado culturalmente pautado, durante siglos, y mantenido por indígenas y campesinos mediante el boleó o chacchado de la coca. Una vez implantadas las relaciones coloniales pasó a tener una importancia capital en su variante profana, ambiguamente proscrita por la Iglesia y usada por la empresa de conquista colonial para instrumentalizar su relación asimétrica con los indígenas mientras los sometían a las inclemencias del trabajo en las minas.

campo de estudio de las drogas hacia sus usos, la economía política y los canales de circulación e impactos, económicos y no económicos (en la política, la salud, el medio ambiente, los derechos humanos, la cultura y el territorio), entre otros; y que, al mismo tiempo, orientan los debates hacia nuevos dilemas analíticos e interpretativos.

Con un recorrido congruente al anterior, los estudios del ámbito nacional se han incrementado notablemente y ampliado asimismo su alcance durante las últimas décadas.²⁰² Los temas, los enfoques y sus alcances son renovados de forma permanente, no dejándose de producir relevantes aportes que le hacen merecer ser reconocido aquí como un campo de estudios diferenciado. Sin embargo, también es importante reconocer que la producción académica parece haber internalizado el punto de vista de los mercados de consumo ya que, por lo general, privilegia el punto de vista del Estado y enfatiza aquellas preocupaciones de índole securitaria y urbana que se orientan hacia los síntomas (narcotráfico, violencia, terrorismo, militarización, corrupción). Existe asimismo una tendencia a la sincronía analítica, ya que, si bien progresivamente se producen descripciones más profundas y debates teóricos de mayor alcance, unos y otros se encuentran fuertemente apegados a lo factual. Y lo hacen con el objetivo principal de influir, hacia una u otra dirección, en el ámbito de las políticas públicas; orientándose principalmente hacia la discusión sobre el alcance y la eficacia de los regímenes de control establecidos. Una óptica que, por lo demás, no ayuda a rebajar la carga moral que arrastra el debate en torno a las drogas y sus impactos en nuestra sociedad.

²⁰² Existen algunos buenos ejemplos recientes de estados del arte en torno a los estudios de las drogas, tanto en el ámbito internacional (GOOTENBERG, 2016, 2018) como en el nacional (MANRIQUE y PASTOR, 2019). En el caso de estudios que estén total o parcialmente en el VAH, se advierte una producción permanente, aunque aún exigua de estudios. Entre otros, cabe destacar una interesante y ecléctica producción internacional de carácter eminentemente etnográfico que arranca con el temprano libro de Morales (1989) quien analiza exhaustiva amplia y diacrónicamente el surgimiento de la industria de la cocaína en el valle; como la antropóloga holandesa Van Dun (2009), quien explora los impactos de la violencia en la formación de la identidad los campesinos cocaleros. Kernaghan (2009) desarrolla una etnografía política donde aborda la compleja relación entre la violencia y la ley a partir del legado narrativo en la experiencia de dos décadas de violencia y miedo tras el declive de la cocaína. Dreyfus (1999) y Hendrix (1993) cuestionan la estrategia securitaria y militarizada en la zona. Ya a nivel doméstico encontramos con aproximaciones eclécticas que exploran una perspectiva histórica (RUMRRILL, 1993) o desde una óptica periodística (PÁUCAR, 2006). Finalmente existe un reciente resurgir de estudios que aborda las políticas de control de cultivos y el Desarrollo Alternativo, buscando la perspectiva comparada o de referentes para otros territorios cocaleros; entre los cuales algunos están focalizados en el Valle del Monzón (ZEVALLOS, 2016; HEUSER, 2017; CASAS y RAMIREZ, 2017); así como el estudio de Paredes y Manrique (2018) que continua con la exploración institucional y devuelve a la problemática una perspectiva historiográfica.

Del mismo modo y salvo reseñables excepciones,²⁰³ en su interior se han ido diluyendo aquellos debates de orden rural, como la compleja relación del TID con la tenencia de la tierra o con los ciclos productivos de la economía agroexportadora. También han sido abiertamente relegados a un segundo plano las alternativas al enfoque prohibicionista, la reconversión productiva del cultivo de la coca o los impactos sociales diferenciados de la guerra contra las drogas. Lo que, en última instancia, se traduce en la escasez de trabajos que incorporan los puntos de vista de los actores involucrados de forma subalterna en la economía de producción que, por lo general, no tienen rostro visible en la literatura reciente.

Por lo tanto, es ahí donde quiero situar estas narraciones recreadas en un escenario tan propicio como el VM, en el corazón del histórico VAH. Lo que desde ellas se quiere reactivar es una perspectiva ruralista, local y procesual que reinstaure los factores domésticos que envuelven las experiencias de los actores situados en el margen de la historia oficial de las drogas, expresadas en sus propios términos culturales. Es únicamente en este giro humanizante, en el sentido más literal del término, donde estos dos relatos de sendos campesinos cocaleros del VM que se ofrecieron, pueden parecer audaces y renovadores; pero, como se entenderá, tan solo lo son en la medida en que buscan corregir una tendencia que, durante las últimas décadas ha estado privando a la literatura nacional sobre drogas de un componente esencial en la problemática: el drama rural en donde se asienta el mercado de producción de drogas nacional. Démosle pues ahora sentido, remontando el tiempo y poniéndolo en dialogo de manera incipiente con categorías más o menos contemporáneas de la teoría social.

A las puertas del colapso del llamado “socialismo real”, el filósofo estadounidense Marshall Berman (1982), rescató, en clave histórico cultural, una sentencia del Marx de la praxis política (1948), “todo lo sólido se desvanece en el aire”;²⁰⁴ desde la cual nos invita a considerar la carga de profanación que la experiencia de la modernidad arroja

²⁰³ Una literatura de singular valor y discurso disidente en el ámbito nacional la encontramos en el grupo denominado los “Cocólogos”; una de cuyas principales obras producciones colectivas se encuentra en Cáceres et al., (2007).

²⁰⁴ La frase entera de Marx: “Todo lo sólido se desvanece en el aire; todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas”. “Todo lo sólido se desvanece en el aire; todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas” (Marx, citado en Berman, 1988, p. 84)

sobre las viejas instituciones que la preceden. Y esta premisa es, a mi parecer, un importante promontorio desde donde desentrañar la experiencia de don Héctor en el tráfico de drogas.

Expresado en otros términos; será en el encuentro con el capitalismo cocaínico (GOOTENBERG, 2016), donde algunos campesinos del valle, como es el caso de don Héctor, parecen encontrar un punto de quiebre frente a las privaciones a las que las antiguas estructuras emanadas del sistema hacendario sometían a sus semejantes. Será entonces cuando los vínculos sociales que el viejo orden oligárquico había moldeado históricamente, al fragor de la promesa que una nueva e ilimitada fuente de ingreso trae consigo, se disuelven bajo el implacable escrutinio de los excluidos.

Los campesinos empobrecidos del VM, trascendiendo su anterior condición de espectadores de sus propios destinos, pueden imaginarse entonces fuera de los estrechos moldes sociales de la hacienda. Es por tanto ante la poderosa economía clandestina de la cocaína que, en primera instancia, se concibe el desplazamiento de la histórica centralidad de aquella, y desde donde surge una perspectiva de fuga de las formas de sometimiento que, desde tiempos de la colonia, los mantenía postrados social y culturalmente. De las cenizas del modelo tradicional emerge entonces una clase social que da sentido histórico a sus experiencias y que aprende entonces a resituarse, yuxtaponiendo de un modo singularmente *sui generis* un sentido de justicia divina y una economía ilegal como la cocaínica.

Ahora bien, para conseguir antagonizar exitosamente en el espacio local las infranqueables fronteras sociales basadas en nociones morales y políticas tradicionales, los campesinos aprenden a usar todos los antiguos recursos distintivos de la cultura dominante. No es extraño entonces que los hacendados, la élite mejor destilada del periodo colonial, despertasen en ellos, en uno y otro sentido, esa mezcla de miedo atávico, repudio y admiración que se desprende del relato biográfico de don Héctor.

De tal modo, si por un lado la superación de sus condiciones materiales desborda la gran influencia de la hacienda, por el otro, el patrón de éxito social que surge opera bajo la lógica de un sistema de esclusas. En consecuencia, yuxtapuestos a su propia emancipación, los viejos modos de diferenciación social, racial y cultural, continúan operando en el espacio social; a pesar de que aún sean poco consistentes desde el punto

de vista de las trayectorias personales. Es aquí donde la historia de continuidad respecto al sometimiento patriarcal de Agustina se deja entender.

Por lo tanto, entre otras lecturas posibles, la cocaína cobra también un inusitado valor histórico ya que su abrupta emergencia como importante fuente de lucro, se convierte en una contingencia histórica que favorece complejos procesos de transformación en el espacio local del VM. Permitiendo una historia de movilidad social ascendente entre los sectores campesinos que, si bien venía siendo ya construida discursivamente a lo largo del siglo XX, también había sido políticamente proscrita hasta el momento en que la cocaína, permitió hacerla realidad.

Es más, el sueño mercantilista de la cocaína tenía una existencia que, aunque efímera, podía estar funcionando como una promesa de ciudadanía de profundas raíces. El poderoso influjo de esta mercancía es importante situarlo históricamente en el ámbito de lo que se ha venido a denominar, en otro contexto, el tiempo de las “ilusiones defraudadas” (LÓPEZ, 2018). El primer ciclo de expansión y caída de la producción y el comercio de la coca y la cocaína, como codiciados bienes globales para el uso médico y recreativo, que podemos situar entre las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX, favorecieron entonces un auge espectacular de los cultivos en el Perú, ubicados principalmente alrededor de la región Huánuco; desde donde emergió el importante boom peruano de la exportación legal (1885-1905), basado en la aparición de una incipiente ciencia y tecnologías nacionales alrededor del procesamiento de la coca y articulado a una exitosa industrialización posterior en los países desarrollados.

Lo que despertaría el sueño de una prosperidad duradera que incluía además la posibilidad de industrializarse que se desvaneció -en un giro que recuerda al del caucho-, con el surgimiento de circuitos comerciales rivales en Asia (Java y Formosa), y que culminaron con el fin definitivo de su ciclo legal, por la confluencia de diversos factores extraeconómicos que, a partir de la Convención de Shanghái (1909) fueron expandiendo un régimen crecientemente restrictivo. A pesar de que su producción local en Huánuco, aunque ciertamente anticuada, sobrevivió a las tensiones comerciales del periodo de entreguerras, hasta mediados en 1950.

Aquel periodo de expansión coincide, además, temporal y espiritualmente, con el limitado surgimiento del capitalismo industrial peruano durante la primera mitad del siglo

XX. Este, no obstante, se manifestó en el denominado “Estado obrero” (DRINOT, 2016); proyecto de Estado-nación de la elite industrial basado en la redención y civilización nacional a través de la industrialización que emergió más como una aspiración cultural que como un proyecto económico.

Dadas las particularidades histórico culturales del Perú, este proyecto “civilizatorio” respondía a una visión racializada de la población y se expresó por medio de la política social y laboral donde, en última instancia, aquella elite situaba sus aspiraciones de “redimir” a los indígenas, vistos históricamente como un obstáculo para el progreso y “seduciéndolos” a través de dinámicas de inclusión y exclusión, para transformarlos, en última instancia, en trabajadores industriales mestizos. No es de extrañar que la industrialización, en su versión ilícita, también incluyera en su seno el sueño de una escisión étnica, como muestran, cada una a su modo, las historias de Agustina y don Héctor.

Ahora bien, finalmente la promesa de la industrialización nacional de la cocaína no pudo materializarse, dadas las limitaciones que tenía la élite industrial frente a las élites de hacendados costeños y serranos. Pero es de suponer que este proceso creara entre los peruanos en general y entre los campesinos andino-amazónicos huanuqueños vinculados al cultivo de la coca en particular, una expectativa frustrada de gran impronta. A partir de un caso que, hasta cierto punto, guarda similitud con el del VAH, el antropólogo estadounidense James Ferguson (1999), a propósito de los proyectos de modernización en el cinturón cuprífero de Zambia, llegó a la conclusión de que el negocio de la minería en la región, además de un proyecto extractivo, también supuso una presencia social “densa” y duradera. Unos sueños de progreso y modernidad que, una vez acabado el ciclo extractivo en los años 60 y hasta finales de los 70, permanecieron en el territorio como una gran frustración entre los trabajadores zambianos y sus familias.

Salvando todas las distancias, podemos relacionar el caso zambiano con el de la desbaratada industria cocaínica del Perú. En ambos, nos encontramos frente a procesos de modernización fracasada con una fuerte exposición al proyecto de expansión inicialmente exitosa del capitalismo, a nivel local, que configura una serie de experiencias y “mitos” entre la población que, una vez frustrada la empresa, continúan influyendo en las interpretaciones que las personas hacen de sus vidas. En ambos surge entonces lo que Ferguson denominó “expectativas de modernidad” (1999).

Es por tanto en esa antigua promesa que acompañó al impulso industrializador de la cocaína lícita en donde, pasados los años, los campesinos del VM se miran en el espejo del éxito hacendario que recuperan entonces como lentes mediante los cuales proyectan sus vidas, a la vez que producen prácticas orientadas hacia el ejercicio de la anhelada ciudadanía. Y, por lo mismo, el lugar desde donde construyen el reimpulso del proyecto industrializador de la cocaína, en su versión popular, durante la segunda mitad del siglo XX.

Abramos finalmente espacio a una consideración de orden moral que, de todas formas, todos nos estaremos haciendo: ¿es legítimo acudir a una práctica ilegal para situarse fuera de un régimen normativo, por muy opresor que este sea? ¿Es posible entender el ciclo económico sin considerar sus vínculos con la violencia y el crimen? Para contestarlas, tal vez sea interesante acudir al concepto de “economía moral” que E.P. Thompson ([1971]1995) usó para referirse a las violentas revueltas de hambre que se suscitaron en la Inglaterra del siglo XVIII, con la liberalización del comercio del cereal, en el contexto del *laissez-faire* de Adam Smith [1776], quien abogaba por la demolición de los imperativos morales resguardados por las viejas estructuras paternalistas del comercio y el consumo.

Para el historiador inglés, las relaciones económicas de las comunidades campesinas e industriales tempranas se encontraban entonces mediadas por valores morales o normas culturales no monetarias basadas en creencias, costumbres y usos que, a modo de una conciencia popular, regulaban, entre otras, la comercialización de los alimentos de acuerdo a principios de justicia, equidad y reciprocidad.

Thompson propone, por tanto, considerar aquellos comportamientos sociales que no encajan en el criterio de racionalidad instrumental propio de la economía política convencional, como expresiones de la interacción entre las costumbres culturales y la actividad económica. Por lo que la violencia desatada en los “motines de subsistencia” no debe ser interpretada como un estallido popular irracional, sino que se basaba en la legítima defensa que los campesinos formularon frente a la privación de sus derechos y costumbres tradicionales. De modo que respondían a una racionalidad que confería una carga moral particular a las mismas y las imbuía de legitimidad popular. Lo que más tarde James C. Scott llamaría, por su parte, una “ética de la subsistencia” (1976), en relación a

las formas de resistencia entre las comunidades campesinas del sureste asiático que estudiaba.

Dicho de otro modo; en tiempos de escasez, las sociedades preindustriales que se sienten amenazadas por los constreñimientos de la nueva racionalidad mercantilista manifiestan formas de protesta que se expresan sobre los elementos de los que la subsistencia depende centralmente. En el caso de Thompson, en el precio del cereal, donde se sitúa el origen de las revueltas. Mientras que en el caso que nos ocupa, podemos situar el ascenso vertiginoso de la coca relacionada al TID en el VM, a despecho de aquellas interpretaciones que enfatizan los límites morales de esta actividad económica, como la economía moral de resistencia que los campesinos empobrecidos del VM formularon, cuando se abrió esa ventana de oportunidad, para frenar y superar los tiempos de inseguridad y escasez que acompañaron a la profunda transformación capitalista que removió el valle a lo largo del siglo XX.

Expresémoslo todo finalmente en términos más osados para que pueda ser también más ampliamente entendible. El narcotráfico fue, en los términos del Baudelaire ensayista, el paraíso artificial al que acudieron aquellos campesinos que tomaron conciencia moral y política de que estaban siendo proscritos del terrenal. La mayor evidencia de ello es que los que acudieron al mismo, si no es que sucumbieron a la dependencia o a la intoxicación, terminaron regurgitando de uno u otro modo la experiencia; a menos que la pobreza amenace nuevamente con devolverle los fantasmas del pasado.

Luego de casi un año sin vernos y aprovechando que estoy de paso por Tingo María me cito con don Héctor. Nos encontramos a medio día en un parque, al abrigo del intenso sol, y mientras compartimos un vaso de chicha de jora que nos ofrece un ambulante piurano, me cuenta cómo le va todo. Ha vendido la chacra en plena producción; su salud no le permite estar atendiendo ya el cultivo diario y, al mismo tiempo, ocuparse de la comercialización de las cosechas. Con el dinero ha estado pagando algunas deudas, pero es consciente que tarde o temprano esa plata se acabará. El negocio de comprar y vender café sigue inseguro por la inestabilidad de la bolsa de valores. Para colmo, su ahijada ha viajado lejos por lo que la opción de abrir una tiendita con ella en

Nuevo Horizonte ya no es viable. De todas formas, -me cuenta-, ha llegado a Tingo para conversar con un antiguo amigo que tiene un detector de metales. Están planeando ir a Tantamayo, donde unos familiares parecen saber dónde hay un *tapadito* de oro.²⁰⁵ “La fe hace mucho” -me dice-, “si Dios nos ayuda, nos da algo, sería una cosa grandiosa”. Caso contrario -según me cuenta- su último cartucho tal vez sea vender su casa y ver si alguno de sus hijos lo acoge en la suya.

Al cabo de un rato le propongo convidarle a almorzar cerca. Mientras comemos pasan por la televisión el discurso que el presidente Martín Vizcarra está realizando desde la plaza de armas de Huánuco, a propósito de una fugaz visita para participar en la ceremonia por el 480 aniversario de su fundación. Cuando el presidente termina su discurso, don Héctor, expresa en voz alta a oídos de todos los comensales su descontento por no haber hecho mención alguna al sector rural; “Si yo estuviera ahorita en Huánuco, en su frente, me hubiera parado y le hubiera dicho: señor presidente, nosotros, agricultores y campesinos estamos preocupados porque nuestras plantas están con enfermedades. Usted debe preocuparse porque el precio del café o del cacao esta tan barato que no nos alcanza para nada. Ninguna planta es rentable, falta saneamiento y poner en tratamiento a las plantaciones. Porque, señor presidente, la tierra está contaminada con la *seca-seca* por cerca de 40 años, así que mientras no haya un estudio técnico esta tierra no producirá”.

A su desazón, como es habitual en Perú, al instante se suma el comensal de la mesa del costado y a los cinco minutos este comerciante de Trujillo que ha venido a colocar sus artefactos en la zona, entabla una conversación con nosotros. Desmadejando el hilo abierto, ambos terminan abordando con puntos de vista diferentes la sempiterna pregunta del debate popular nacional: “¿En qué momento se jodió el Perú?”.²⁰⁶ Para el trujillano la causa principal es la sinvergonzonería de la clase política, su afán de lucro. En su réplica, don Héctor hace responsable a DEVIDA por estar colocando de nuevo a los campesinos del VM en un callejón sin salida. Mientras habla voy pensando para mí, en la esperanza de poder compartirlo algún día, el mérito que percibo en este viejo

²⁰⁵ Tapadito: Los entierros, tapados o fueguitos forman parte de un imaginario peruano basado en la creencia de que, a raíz de la conquista colonial, la guerra con Chile o la Reforma Agraria, los adinerados optaron por enterrar sus riquezas, siendo en muchas ocasiones olvidadas. Estos entierros pueden ser ubicados en las noches por los pequeños fuegos producidos por las emanaciones de gases; dando origen a los conocidos buscadores de entierros.

²⁰⁶ “¿En qué momento se jodió el Perú?: La pregunta, que ha pasado a ser icónica en la cultura política nacional, pertenece al arranque del libro “Conversación en la Catedral” (1969) del escritor peruano Mario Vargas Llosa.

campesino que ha vivido la mayor parte de su vida tratando de desertar de los espacios de subalternidad en que la vida se ha empeñado en colocarlo, haciendo enormes sacrificios para que los suyos, hoy día, no sigan horadando sus mismas huellas, y pagando sin embargo el alto precio que el estigma le crea. Al final de su intervención, en una sentencia a la que sigue un incómodo silencio de nuestro vecino, remata:

“en fin, como nuestra coquita no hay *naaada pueees...*”.

TERCERA PARTE
DE LA PROMESA REDENTORA A LOS AÑOS DEL MIEDO:
AUCAYACU Y SU MEMORIA LITERARIA



Fotografía 20. Sendero en el Alto Huallaga (Fuente: Revista Caretas, 7 de septiembre, 1987. Adaptación: el autor).

*Un terrorista, dos terroristas
Un guerrillero emerretista
Un traficante en el Huallaga
El búfalo aprista Agustín Mantilla
Alan García y su compañía
Villanueva del Campo, me da tanto asco
Como Chirino Soto con su cara de poto
Como cinco policías en la esquina de Larco
Vendiéndole rifas a los más zampados
Y total, corrupción hay en todos lados
Y por cinco lucas, me compro un diputado
Un juez, un fiscal
Un par de abogados
Un arquitecto, un subprefecto
Un novelista, un par de periodistas
Un arzobispo, un cardenal
Una virgen que llora y una virgen de verdad
Y quizás a Fujimori
Sobre una torre derrumbada
Como veían que resistía
Nadie fue a llamar a un electricista²⁰⁷*

²⁰⁷ NOSEQUIÉN Y LOS NOSECUÁNTOS. Las torres [1991]. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=aaqjXCvhXdU>. Acceso en: 15 octubre. 2018.

En los países democráticos no se percibe la naturaleza violenta de la economía, mientras que en los países autoritarios lo que no se percibe es la naturaleza económica de la violencia (Bertolt Brecht - La máscara del mal)²⁰⁸

El campo de la cultura desempeña un rol esencial en la construcción de representaciones sociales duraderas. Como muestra, el anterior extracto del tema “Las torres”, perteneciente al grupo de pop-rock “Nosequién y Los Nosecuántos”, nos confronta ante otro de los imaginarios que, junto al del narcotráfico, el peruano medio reproduce, en mayor o menor grado, respecto al VAH o a otros territorios andino amazónicos: el terrorismo.

Su persistencia y, sobre todo, la gran acogida que algunas obras literarias que recrean aquel contexto histórico han adquirido a nivel internacional expresan, a mi modo de ver, al menos tres cuestiones. Por un lado, la centralidad que la violencia continúa ocupando en el campo de la cultura nacional. Por otro, la preferencia con que la crítica ha privilegiado, de acuerdo a los mandatos del mercado literario, una imagen despolitizada y fanatizada de la misma que elude el nivel crítico reflexivo. Finalmente, la resistencia a incorporar producciones locales que, tal vez de un modo formalmente menos sofisticado, aborden las complejas tramas en las que se vivió la experiencia íntima de aquella.

Mi interés por analizar obras literarias que abordasen desde una perspectiva local la problemática de la violencia, nació en el momento mismo en que al iniciar el trabajo de campo en la localidad de Aucayacu,²⁰⁹ capital del distrito de José Crespo y Castillo, en el mismo corazón del VAH, averigüé que estas ocupan un lugar preponderante entre los dispositivos de evocación de la misma a escala local.²¹⁰ Sin embargo, y una vez que

²⁰⁸ Bertolt Brecht, In: MODERN, R. E. **Poesía alemana del siglo XX**. Buenos Aires: Ediciones Librerías Fausto, 1974.

²⁰⁹ La investigación de campo de esta sección se realizó, principalmente, entre los meses de agosto y diciembre del 2018 en localidad de Aucayacu (José Crespo y Castillo). Al análisis del discurso se añadió entrevistas semiestructuradas con los tres autores y, eventualmente, otras complementarias realizadas a otras 10 personas, entre vecinos y expertos de la zona. La investigación documental y revisión de fuentes secundarias fue complementada mediante la revisión de algunos archivos personales (Liborio Aguilar Hidalgo, Manuel Rosales García, Segundo Jara Montejó, Raúl F. Gamarra Huertas y Amador Ríos Tuanama) que con tanta gentileza y desprendimiento fueron puestos a mi disposición.

²¹⁰ El distrito de José Crespo y Castillo, con su capital Aucayacu, se encuentra en la zona central del VAH, al norte de la provincia de Leoncio Prado, en el departamento de Huánuco y cuenta hoy con una población de 22 149 habitantes; lo que supone un descenso del -31 % respecto a la población del 2007 (32 255). El distrito tiene tasas de pobreza monetaria total que se sitúan entre el 13,5 % y el 24,7 % (2018); entre 35,1 y % 48,2 % (2013); y con 38,7 % (pobre) 16,3 % (pobre extremo) (2009); así como una ubicación de la pobreza monetaria total de 1460, a nivel nacional y del 76, a nivel departamental, (los distritos se ordenan de mayor a menor en función al porcentaje de pobreza monetaria total). (Fuente: INEI). Su ocupación tuvo lugar en primera instancia, de forma provisional, durante el primer auge del boom del caucho (1879-1912)

supe que en esta zona el fenómeno de la violencia había golpeado con particular virulencia,²¹¹ no dejaron de asaltarme algunos interrogantes al respecto, ¿de dónde surge la necesidad de regresar a estas experiencias traumáticas?, ¿qué queda por decir en el tiempo de la post Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR)?,²¹² ¿qué aspectos de la violencia están resaltando hoy día estas obras? o ¿cuáles son los lugares de enunciación de dónde emergen?

Una segunda impresión fue la escasa visibilidad que aquellas han merecido, a pesar de su singular calidad, y la preocupante orfandad institucional que padecen, a pesar de erigirse como los escasos referentes literarios locales – en el caso de Aucayacu-, que permiten asomarnos a las interioridades de procesos con una gran repercusión para la vida nacional. Pese a ello, estas obras, como la mayor parte de la producción cultural regional, ocupan un espacio periférico a escala nacional donde no encuentran aún la resonancia mediática y académica esperada. Por lo que permanecen desterradas del mercado en una paradójica “segunda clandestinidad” con similares consecuencias a la autocensura que en su tiempo les cobró la expansión de la violencia.

En términos analíticos encuentro especialmente estimulante, a priori, la propuesta que Víctor Vich (2015) realiza en torno a las que denomina “poéticas del duelo”. Vich llama la atención sobre la emergencia post CVR de una producción discursiva que, continuando las largas tradiciones textuales de la modernidad periférica y poscolonial

en el año 1910; y de forma permanente durante la segunda oleada (1942- 1945), cuando el ingeniero alemán Hans Víctor Langemak Michelsen instala en el área su fundo “Cauchera Hilda”, en 1945. Transcurrido el auge cauchero, el lugar atraviesa una reconversión productiva hacia la actividad agrícola perenne y transitoria (plátano, papaya, arroz, coca, yuca, frijol, naranja, maíz, cacao y algunas variedades de maderas; principalmente), la ganadería (ganado vacuno, avícola y porcino), como una reterritorialización estratégica; instalándose la capital, Aucayacu, en la banda derecha del río Huallaga, como centro de comercialización y distribución para el transporte fluvial. Con la construcción de la Carretera Marginal de la Selva, su creación política (1963) y el impulso colonizador gubernamental (1966), el distrito adquiere su fisonomía actual. Pasado un periodo de pujanza de la Central de Cooperativas CECOAH, comenzó el auge de la producción cocalera vinculada al narcotráfico (entre 1975 y 1992), alcanzando el 90 % de la producción agrícola y creando un espejismo de desarrollo, acompañado de una gran violencia, que asoló al sector terciario cuando la erradicación y la dispersión del hongo “fusarium oxysporum”, a partir del año 1995, provocaron la regresión de aquella. Los legados y continuidades de la coexistencia conflictiva de regímenes legales y morales paralelos entre el Estado peruano y el PCP-SL (KERNAGHAN; 2009), se dejaron sentir aquí hasta bien entrada la segunda década del siglo XXI.

²¹¹ Si bien en términos generales la provincia de Leoncio Prado tiene ya el reconocimiento de ser un espacio con una *superior intensidad de la violencia*, particularmente el distrito de José Crespo y Castillo ocupa con 929 víctimas, el segundo lugar a nivel nacional entre muertos y desaparecidos, después de Huanta, en Ayacucho (CVR, 2003).

²¹² La Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) fue la entidad creada por el presidente provisional Valentín Paniagua (2001), principalmente entre miembros de la sociedad civil, para esclarecer el proceso de la violencia política que vivió el Perú entre los años 1980 y 2000.

peruana y a medio camino entre lo simbólico y lo político, aspira a desacomodar la pretensión de pasar página a la historia reciente de forma apresurada y arbitraria.

Propongo, por tanto, realizar un análisis socio literario en el paisaje de esta investigación para abordar cuatro recientes producciones locales que expresan, desde un discurso estético, ciertos desacuerdos situados en el *reparto de lo sensible* (RANCIÈRE, 2014); tomando como tal a las representaciones sociales sobre el pasado reciente. Por tanto, este capítulo tiene por objeto analizar, desde una aproximación internalista,²¹³ cuatro representaciones literarias sobre el fenómeno de la violencia, producidas en el contexto donde esta desarrolló y pertenecientes a autores que la vivieron en carne propia.

Concretamente se aborda la novela corta “Pueblo chico, infierno grande” (2013) de Liborio Aguilar Hidalgo; las novelas “Le avisas al General” (2013) y “No encuentro mi oreja” (2018), de Segundo Jara Montejo; y los poemas “Años Negros” y “Río Huallaga” (2013), de Fernando Estrada Cajas. La elección de los textos, que además corresponde a la totalidad de obras literarias contemporáneas de la localidad, obedece a la alusión directa que existe en ellos a diversos aspectos del conflicto armado. Tan solo en el caso de la obra de Aguilar, que situamos en el contexto de sus antecedentes inmediatos, aquel debe ser inferido de forma oblicua.

La propuesta, a medio camino entre la teoría crítica y los estudios culturales, busca contrastar el contenido ficcional de los textos con las condiciones históricas a las que hacen referencia. Del sustrato discursivo de estos, filtrado tanto en los aspectos textuales como en los extra textuales, trato de entender el modo en que la memoria traumática local se hace pública mediante estas producciones culturales, retando a las representaciones sociales instituidas en el relato oficial de la violencia en el VAH. En primera instancia, abordo el lugar de enunciación, por lo que introduzco una base narrativa sobre la época y el autor; para pasar posteriormente a analizar el texto en sí, desde el contenido, desde el punto de vista formal y desde el alcance sociopolítico de sus representaciones. De forma complementaria y al hilo de los distintos énfasis que se aprecian en las obras, en cada una

²¹³ Dentro del análisis sociológico de la literatura, se denomina “aproximación internalista” a aquella que se orienta hacia el contenido o al interior de las obras, tomando como objetos de estudio a los códigos literarios, como la trama, los personajes, las relaciones espacio temporales (“cronotopos” al decir de Bajtín) y el simbolismo expresado. Por medio de estos se busca comprender las lógicas sociales que emergen a partir de una relación circular entre literatura y sociología. Los enfoques dominantes dentro del mismo, el marxismo y los estudios culturales, han ido gradualmente incorporando el interés por entender las subjetividades del escritor y del lector en sus análisis (ROMERO y SANTORNO, 2007).

de las secciones estarán también presentes distintas reflexiones epistemológicas acerca de las posibilidades de representación artística de la vida social.

Respecto a las fuentes secundarias, para el relato factual del conflicto armado he acudido tanto a los informes de la CVR (2003), la única instancia oficial que ha emitido un informe riguroso y crítico de aquel, como al trabajo del comunicador Felipe Paucar Mariluz (2006), el más completo e imparcial que se ha producido sobre aquel en el VAH, desde donde, en ocasiones, se contextualiza y matiza al primero; especialmente para el periodo post CVR. Todas las referencias empíricas que uso son, de algún modo, deudoras de ambas. Obviamente para quien quiera un relato más apegado y detallado de los hechos recomiendo acudir directamente a las obras originales. Finalmente, para la construcción de los marcos teórico-analíticos sobre las representaciones artísticas de la violencia, he recurrido a las discusiones nacionales y regionales más recientes que he podido obtener (DE VIVANCO, 2013; PABÓN, 2013; MILTON, 2018; VICH, 2015 y 2002; UBILLUZ, HIBBETT y VICH, 2009; JELIN, 2012), bajo cuyo influjo emergen la mayor parte de mis análisis, que he venido complementando dentro del texto con otras más específicas que serán comentadas a medida que aparezcan.

CAPÍTULO 8. “PUEBLO CHICO, INFIERNO GRANDE”: LAS VIOLENCIAS ANTES DE LA VIOLENCIA

Aunque en la historia del Perú existe un amplio consenso en reconocer que la violencia política, desarrollada durante las décadas de 1980 y 1990, ha sido el conflicto armado de mayor impacto, duración y extensión de toda la vida republicana, no es menos cierto que distintas formas de violencia, en un sentido amplio, se encontraban presentes en el VAH desde hacía varias décadas.

Entre los años sesenta y setenta, cuando las promesas de abundancia y prosperidad que sustentaron los proyectos colonizadores comenzaron a desmoronarse, cuando el simple acceso a la tierra no parecía colmar las expectativas depositadas, una realidad saturada de urgencias se tornó el centro de las preocupaciones de muchos colonos. Decenas de miles de campesinos atados a medios de vida precarios, asentados en unos suelos progresivamente ácidos y agotados, sometidos a los abusos de comerciantes inescrupulosos, comenzaron a percibir que la otrora “tierra prometida” se desvanecía, junto con la poca fe que les quedaba en el Estado.

El extraordinario aumento en la demanda internacional de la cocaína contribuyó junto con los factores internos a que el cultivo de la coca y su procesamiento se volvieran los caminos más seguros para la reproducción de la vida campesina. De modo que miles de cocaleros a los que la legalidad internacional emanada de la Convención de NN.UU. (1961) ya había colocado del lado incorrecto, no tuvieron más que aprender a moverse en él; sometidos, eso sí, a una permisividad interesada por parte de la policía.²¹⁴ El VAH pasará a ser considerado entonces, desde mediados de los años setenta, como el principal valle cocalero del país y la capital mundial de la cocaína.

Sin embargo, el escenario distaba de parecerse a la promesa redentora que el narcotráfico originalmente traía consigo. La presencia de “firmas” (carteles del narcotráfico) chilenas, colombianas, bolivianas, brasileñas, mexicanas, estadounidenses y, finalmente, peruanas, en permanente guerra sicarial por el control comercial del

²¹⁴ Las fuerzas policiales de entonces incluían a la Policía de Investigaciones (PIP), La Guardia Civil, los Sinchis, la Unidad Móvil de Patrullaje Rural (UMOPAR) y la Guardia Republicana.

territorio, empezó a someter con hostilidad a las escasas organizaciones campesinas que sobrevivieron a la fallida experiencia colonizadora.

Asimismo, atraídos por la presencia de millones de dólares de origen ilícito que, por lo general, circulaban fuera de los circuitos bancarios, bandas de asaltantes y delincuentes empezaron a llegar a la zona para asediar -ocasionalmente en connivencia con elementos policiales-, a los campesinos que sustentaban su economía familiar, directa o indirectamente, a través de aquella actividad, como productores de hoja de coca y, progresivamente también, como procesadores de la PBC bruta.

La descomposición de las estructuras del Estado presentes en la zona, aparato judicial y policial principalmente, en colusión con el narcotráfico, comenzó a minar su legitimidad de forma creciente entre la población local. Así, empezaron a hacerse comunes tanto los abusos y extorsiones policiales contra la población rural, como la corrupción generalizada de la administración de justicia.²¹⁵ La entrevista a la esposa de un policía de investigaciones, explica las lógicas y el *modus operandi* de las prácticas delictivas al interior de esta institución:

Mi esposo llega (a la **Policía de Inteligencia**) por medio de sus jefes y, aunque sabíamos que había plata sucia, queríamos construir la casa. (...) No me decía dónde, pero **tenían sus huecos donde iban a las tres o cuatro de la mañana a vender la droga**. Ellos al vender esa droga aumentaban la drogadicción entre los adolescentes, lo sé, (y) yo me sentía mal. Por eso él me dijo: déjame trabajar solo un año. Y bueno, yo iba a tener una bebe; así que me dejé llevar. Era solo un año, pero en ese año construimos nuestra casa. Y de ahí se retiró.²¹⁶

Obviamente otros llegarían para sustituirlo. Artemio Miranda Ávila, el alcalde del distrito de Paraíso, un importante centro de producción y comercialización de droga que hacía de poderoso imán, tanto para narcotraficantes como para una masa de desocupados de todo el país en busca de oportunidades, declaraba: “*(e)n determinado momento la vida solo tenía el valor de una bala y un costal de yute color negro. La primera para quitarle la vida y el segundo para colocarlo dentro y fondearlo en el río*” (PAUCAR, 2006: 71). La guerra entre firmas se expandió por todo el VAH y la ley del más fuerte se convirtió entonces en moneda corriente. En Aucayacu, la balacera entre sicarios de dos grupos de

²¹⁵ Dentro del poder judicial, numerosos jueces y fiscales que trataban casos de narcotráfico (incluyendo a algunos mandos de las FF.AA.), fueron captados por las mafias del delito a través de amenazas o sobornos de sus abogados. Por lo que muchos fueron separados de sus cargos, en los cuales trataban de permanecer indefinidamente (PAUCAR, 2006).

²¹⁶ Entrevista realizada el 6 de septiembre del 2018; El resaltado es del autor.

narcotraficantes rivales ocasionó la muerte a ocho personas -cinco de los cuales eran alumnos y profesores del Colegio Inca Huiracocha-, resultando heridas otras seis.

Por si esto fuera poco, a mediados de la década del setenta, una aguda crisis económica llevó al desplome de precios a la mayor parte de los productos amazónicos; provocando un crecimiento en las ventajas comparativas del cultivo de la coca que, sin embargo y obviando otras posibles salidas, comenzó a ser perseguido desde el año 1976 (Operativo Cerrojo). Para ese entonces, los gremios cocaleros hegemonizaban las luchas campesinas en el VAH, orientando sus protestas hacia la búsqueda de soluciones de orden económico y social al “problema de la coca”. Como sabemos, el Estado respondió mediante una escalada policial-militar y la erradicación compulsiva; lo que desencadenó la “guerra contra las drogas” dirigida hacia los productores de hoja de coca.

Durante los últimos años del gobierno del general Francisco Morales Bermúdez (1975-1980), los partidos tradicionales (Acción Popular, Partido Aprista e Izquierda Unida), compartían una similar oposición al régimen militar que entonces ejercía el dominio completo de la esfera política gubernamental, con una creciente movilización social en su contra. En las manifestaciones que se sucedieron por todo el país, comienza a llamar la atención, por su alta representatividad en el magisterio y su discurso revolucionario, el Sindicato Unitario de Trabajadores en la Educación del Perú (SUTEP).

Su capacidad movilizadora quedó puesta de manifiesto durante el paro nacional del 19 de julio de 1977, también en la ciudad de Tingo María; haciendo saltar las alarmas entre las fuerzas policiales. Sus cuadros empiezan entonces a ser perseguidos, encarcelados y, en ocasiones asesinados por grupos paramilitares, bajo la sospecha de terrorismo. El profesor Ramiro Alvarado Celis, entonces director del colegio “Gómez Arias Dávila”, activista social y, con posterioridad, alcalde de Tingo María, recuerda aquellos años de plomo que no cesaron una vez llegada la democracia constitucional:

“He sido encarcelado 4 veces y cesado 3 veces (...). En el 79 me metieron preso, en el 81 y 82 me masacran y me dejaron botado en la calle. Me dinamitan la casa en el 89; y en el 91, con Fujimori, allanaron en varias ocasiones mi casa y **me dieron, a mí cinco balazos y a mi esposa dos**. A tres dirigentes nos balearon y, menos a mí, mataron a los otros dos (...). Mientras

que, en las aulas hemos visto **alumnas del campo violadas** por los militares”.

217

Lo cierto es que en el seno gremial estaba teniendo lugar una intensa pugna entre dos facciones maoístas. El sector hegemónico, afín al PCP-Patria Roja,²¹⁸ y otra facción, el Partido Comunista del Perú “por el sendero luminoso de Mariátegui” (PCP-SL), más orientada a la praxis revolucionaria y liderada en Ayacucho por el profesor universitario Abimael Guzmán Reynoso.²¹⁹

El PCP- SL inició su actividad política en el VAH en el año 1974, cuando comienzan a diferenciarse por su opción hacia la “lucha armada” y por su mensaje de ruptura con “el viejo Estado”; frente al otro sector que tildaban de revisionista y electorero. Un discurso que rápidamente consiguió sintonizar con un sector del campesinado que, en su defensa a ultranza de la coca había decidido situarse al margen del Estado; y con otro sector del magisterio que, en contacto directo con las problemáticas de la población rural, fueron adoptando las posiciones más rupturistas.

Esta abrupta transformación que convirtió a antiguos colonos con una alta dependencia del Estado, en cocaleros dependientes de la ingobernable economía del narcotráfico, hizo saltar por los aires todos los órdenes de la vida social en una comunidad apenas en creación que, de la noche a la mañana, se levantó asediada por la actividad criminal más poderosa del mundo. De modo que, si por una parte el TID alivió las condiciones económicas precarias de la vida campesina, por la otra derivó hacia un escenario desordenado y envuelto en un permanente fuego cruzado que profundizó las condiciones de inseguridad de la vida cotidiana.

Mientras tanto, sobre el tablero local comienzan a penetrar las piezas de una guerra que aspira a reordenar el escenario social y político del país desde una

²¹⁷ Los dos profesores asesinados a los que Alvarado hace referencia son: Esteban Flores Llanos (asesinado) y Luis Ñique Ñique (desaparecido).

²¹⁸ El Partido Comunista del Perú-Patria Roja (PCP- PR), nace en el año 1969, durante la VI Conferencia Nacional del Partido Comunista Peruano-Bandera Roja (PCP-BR), como una fracción maoísta (los “pro-chinos”) del Partido Comunista del Perú, anterior a la creación del PCP “por el sendero luminoso de Mariátegui” (PCP-SL o Sendero Luminoso, en el texto) que data del 1970.

²¹⁹ Como en otros países de América Latina ésta última línea (PCP-SL) venía a cubrir un espacio político, el de los movimientos marxistas revolucionarios, que estaba presente en el Perú, desde la década de 1960. Los levantamientos revolucionarios armados en el Perú surgen en la década del 60, bajo el influjo de la revolución cubana (1959); con el Ejército de Liberación Nacional (ELN) en 1963 y con la guerrilla del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en 1965. Como en otros países de América Latina ésta última línea (PCP-SL) venía a cubrir un espacio político, el de los movimientos marxistas revolucionarios, que estaba presente en el Perú, desde la década de 1960.

confrontación armada. Sobre una atmósfera revuelta y aún en la sombra, el discurso revolucionario empieza a alinearse con las fuentes de la indignación de los campesinos del VAH. Cuatro décadas después un periodista radiofónico de Aucayacu encuentra el modo de representar ficcionalmente unos años de violencia previa a la gran violencia.

Como otros jóvenes andino amazónicos de su generación, la vida de Liborio Aguilar Hidalgo (Saposoá, San Martín, 1939), conocido por sus allegados como “el cumpa Ashishito”, ha oscilado entre la sacrificada actividad agrícola familiar y las aspiraciones personales por trascenderla,



Fotografía 21. Liborio Aguilar Hidalgo sentado frente a la puerta de Radio La Voz del Huallaga, con su libro en la mano.

probando suerte en una Lima, competitiva e inhumana, a la que desistió ya una vez casado, para instalarse entonces en el VAH. Dedicados a la agricultura durante treinta años en el centro poblado de Moena, en la zona rural del distrito de José Crespo y Castillo, donde Liborio llegó a ser nombrado teniente gobernador, dos bruscas sacudidas trasformaron definitivamente su vida y la de su familia: la presencia coactiva del PCP-SL y un golpe feroz del río Huallaga que acabó con sus 18 hectáreas de plantaciones de cacao, plátano, maíz y yuca.

A partir del año 1982 se instalan en Aucayacu, donde Liborio se dedica al periodismo, precisamente “*cuando las papas quemaban*” – como él mismo dice-, a través de “Radio Ribereña”, la primera emisora local. Una actividad que aún hoy desarrolla, con 79 años e inusitada pasión, a través de su propia emisora, “La Voz del Huallaga”, que tiene instalada en un galpón de madera en la parte posterior de su casa. Fruto de su predilección por los programas costumbristas, compiló y publicó en 1985 su primer libro, “*Cuentos y leyendas de la selva peruana*”, del que no ha logrado conservar una copia. A aquél le siguió, bastantes años después, en el 2017, “*Pueblo chico, infierno grande*”, aun sin publicar. Un retrato sombrío sobre el calvario familiar de la drogadicción en un pueblo de la selva alta, durante el boom del narcotráfico, entre fines de los años setenta e inicios de los ochenta del siglo pasado.

Su obra es, además de una novela breve, una obra invisible; pues no ha sido publicada y ni siquiera ha circulado entre los escritores locales. Liborio, como los otros, esperó al fin de la violencia para escribirla. Pero él, a diferencia de la corriente principal, volcó su preocupación sobre el periodo anterior a la misma; poniendo el foco en los impactos que la presencia del narcotráfico ocasionó, a un nivel intrafamiliar, en estos pequeños pueblos de selva alta sumidos en el circuito global de producción y tráfico de drogas. Un relato que, además, por su aspereza y desaliento, contrasta con toda la épica o la frivolidad con la que este tema se presenta en la narrativa convencional, donde apenas se muestra el rostro humano.

La obra recrea, con la intensidad que exige el género de la novela corta y desde la cultura social del VAH, un arquetipo clásico de la literatura: el mito de “la caída o descenso a los infiernos”. Volveremos sobre esto más adelante. Se narra la historia de la familia Ojeda Buendía; tradicional, con valores religiosos y bien posicionada económicamente que vive en “Urarinas” (nombre ficcional), en la selva alta huanuqueña, en pleno “*auge de la hoja de coca y la comercialización de PBC*”. Esta situación hace de aquel, “*un pueblo violento (donde) la vida «no valía nada»*”, debido a los excesos que cometían “*los matones, sicarios y narcotraficantes*”, haciendo de él un lugar donde “*(r)einaba el vicio, las fiestas, las borracheras, la drogadicción, la prostitución, los asesinatos, (y) los ajustes de cuentas entre bandas de narcotraficantes*”.

Los padres depositan sus aspiraciones de ascenso social en la formación universitaria de su único hijo, *Edilberto*, y lo envían a estudiar Derecho a Lima, mientras acogen en la casa a su sobrino *Rosinaldo*. Éste último, atraído por las posibilidades materiales que irradia Urarinas, se convierte en *traquetero* del narcotraficante *colocho* (colombiano en el argot delincuencial) “El Colorado”.²²⁰ Sin embargo, mientras *Rosinaldo* prospera económicamente, entre el escrúpulo social y la tolerancia familiar, *Edilberto*, a propósito de una visita a Urarinas e incitado por su primo, acaba atrapado en el consumo de la droga. Abandona entonces sus estudios y después de un largo padecimiento familiar, incluida una desintoxicación en un centro de rehabilitación con el

²²⁰ Los traqueteros, son los intermediarios, generalmente jóvenes, que siendo habilitados económicamente por los narcos (narcotraficantes), se dedican a comprar la PBC entre aquellos cocaleros que procesaban su coca con ayuda de los químicos en las pozas, ubicadas en zonas alejadas, pasando a ocultarlas en caletas. Es entonces en esa transacción, por la diferencia de precios, donde los traqueteros obtienen sus “ganancias”; y donde por tanto podían reportarse casos de abusos y coacciones contra los cocaleros.

apoyo del párroco de Urarinas (*Padre Rómulo*), *Edilberto* recae en “el vicio” y, finalmente, muere.

Ya desde el propio título, la obra apunta hacia las estrecheces a las que se ven sometidos los Ojeda Buendía luego de que la droga irrumpe en la inicialmente apacible vida familiar; desvaneciendo poco a poco en ellos toda aspiración anterior. De hecho, no parece sino anunciar la imposibilidad de que la bucólica vida rural anterior pueda retornar. El espacio social se vuelve tan reducido, las situaciones por las que atraviesan tan claustrofóbicas que, aun cuando existen episodios que transcurren fuera de Urarinas - como los estudios de Edilberto o su rehabilitación-, estos son siempre narrados desde dentro en una permanente sensación de clausura. Lo que expresa, en el plano formal, la imposibilidad de trascender la experiencia de la ilegalidad en la esfera local.

Ahora bien, si de una parte esa claustrofobia narrativa es, a mi modo de ver, uno de los grandes aciertos del texto; por otro lado, provoca cierta discontinuidad narrativa en aquellos pasajes en que la argumentación entrecortada no permite seguir del todo las razones de la trama. Como, por ejemplo, la falta de detalles sobre la condición de estudiante de provincias en “*la gran Lima*”. Lo que, a pesar de ciertas insinuaciones breves (“*También recordaba momentos tristes que vivió en la etapa estudiantil*”), impide comprender íntegramente la tragedia personal de Edilberto.

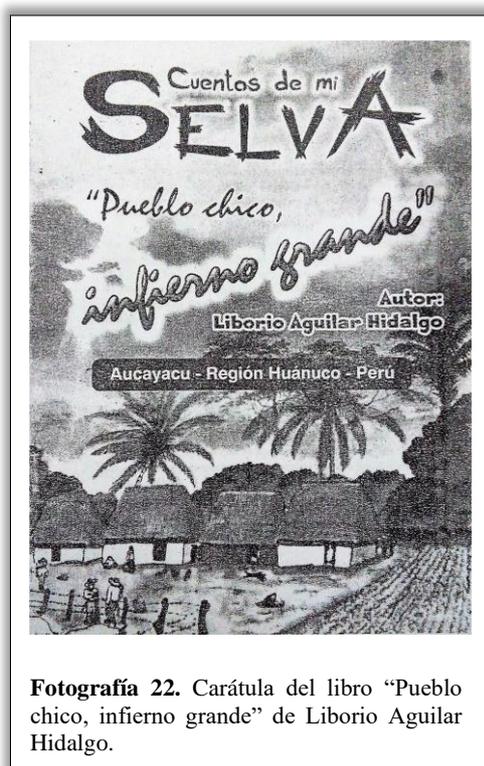
En principio, se podría decir que el propio clima delictivo de Urarinas que contrasta con la aparente tranquilidad con la que conviven los colonos llegados desde distintas regiones del país, se presenta ya inicialmente como el antagonismo narrativo que hace posible la tragedia (“*Por el ambiente y la sociedad corrompida en que día a día se vivía, era un hecho que en cualquier momento este joven iba a caer nuevamente en el mal*”). El texto no rehúsa relacionar la presencia del narcotráfico con la economía campesina de producción de la coca y la PBC, (“*(a)lgunos se dedicaban al cultivo de coca. Por eso en Urarinas hubo «drogas, actos de violencia y muertes»*”). Sin embargo, existe una evidente separación moral entre el espacio rural –cuyos constreñimientos el autor conoce sobradamente-, y la economía del narcotráfico. Lo que en cierto modo expresa tanto el “fetichismo” con el que los cocaleros sustraen la dimensión ética de su actividad en la cadena de producción de la droga, como el proceso de “desencantamiento” que se produce en el des-encuentro ente la economía rural, familiar y local, con la economía global de las drogas.

Por lo tanto, esa imagen idílica del entorno que está de hecho presente en la propia carátula de la novela, y que es un fiel reflejo de el “romanticismo ruralista” que caracteriza también a la producción radiofónica de Aguilar, le sirve para mostrar un pueblo, Urarinas -el cual alegóricamente representa a los otros pueblos de selva alta en los valles coccaleros-, que se encuentra no solo aislado del progreso urbano, sino también delictivamente “cercado”. De tal modo que se construye una imagen vampirizada sobre el contexto rural en el que estaba operando el trabajo familiar campesino.

El texto permite además matizar el tradicional imaginario del mundo rural andino amazónico, a partir de la ausencia de formas de solidaridad orgánica entre coterráneos (“Maruja y Nicanor, debían soportar la mofa de los vecinos y las otras gentes”), o la falta total de tutelaje del Estado y del narcotráfico en la desintoxicación de Edilberto. Un abandono que, en última instancia, tan solo queda “cubierto” por el altruismo de la parroquia local.

La obra es, por la misma razón, generosamente descriptiva del mundo delictivo; por lo que relata ampliamente el orden social interno a través de los estrictos códigos normativos bajo los cuales opera aquel; “(Debes) guardar, si es posible hasta la muerte, el secreto y la identidad de la organización y sobre todo el mío propio”). En ese mismo sentido, aparecen las “pruebas de lealtad”, la exaltación de la masculinidad a partir de la sustracción de la debilidad o la cosificación de la mujer. Y todas ellas, superponiéndose o entrelazándose con algunos códigos propios de la vida rural que expresan la facilidad con que los valores culturales y socio afectivos de aquella se ven atravesados por estas prácticas globales de criminalidad.

Profundizando sobre la “convulsión social” -un término que Liborio utiliza aquí y que por lo general se ha asociado a los años en los que operó la violencia política-, el texto pone además de manifiesto la falta de una verdadera “autoridad”; ya que la comercialización ilegal, “se hacía a vista y paciencia de las autoridades. Estos se



Fotografía 22. Carátula del libro “Pueblo chico, infierno grande” de Liborio Aguilar Hidalgo.

coludían con los traqueteros y narcotraficantes". Desde un plano fáctico, el cuadro actúa como una crítica profunda a los dispositivos políticos instituidos para frenar la actividad delictiva que, a partir de la declaratoria de estado de emergencia, otorgaban un poder omnímodo a la fuerza policial-militar por sobre los poderes civiles. Impidiendo en la práctica el juego de equilibrios que hubiera permitido frenar la captura de aquella por parte del poder corruptor del narcotráfico. Lo que no sucedió.

Y es precisamente ahí donde reside el valor del libro; ya que, sin aparecer, nos permite entender el modo en que el contexto social clamaba por la presencia de un agente altamente operativo en términos de regulación de la vida cotidiana. Existe además, dentro de esta obra un elemento meta narrativo, de carácter formal, que refuerza aún más esta tesis.

De acuerdo a la forma clásica de "el descenso a los infiernos",²²¹ el protagonista o héroe es sometido a ciertas pruebas, en un viaje de iniciación, con la perspectiva de alcanzar la glorificación. Joseph Campbell (1959), examinando las manifestaciones del mito en la literatura contemporánea, denomina a este recurso "el vientre de la ballena" y, llevándolo a un plano ontológico, conduce al héroe por una aventura mítica "a través del averno". Éste, una vez superadas las dificultades internas o externas, simboliza, en un "morir-renacer", una toma de conciencia de todas las posibilidades del ser en al que el espíritu del hombre es capaz de soportar las pruebas y regresar al origen, beneficiado por la experiencia.

Ahora bien, en la trama existe una fuerte tensión a la hora de resolver esa transformación virtuosa hacia una esfera de regeneración. Y es que, el final abrupto y dramático de Edilberto, impide aliviar la tensión narrativa; por lo que hace emerger en el lector, de una forma consciente o no, la necesidad de encontrar un alivio mediante la llegada de otro acto en el que el fracaso y la muerte, sean resarcidos.

Otra cuestión en la cual pone énfasis la trama tiene que ver con los aspectos más intrínsecos a la vida familiar; entre ellos, los vínculos fragmentados hacia donde parecen proyectarse todas las culpabilidades imaginables. La de Edilberto por haber defraudado a sus padres, (*"Le dolía (...) su actitud «negativa y cobarde» de haber quedado atrapado*

²²¹ Presente ya en obras como la "Divina Comedia", "La Ilíada", "La Odisea", "El mito de Orfeo y Eurídice" o en el mismo mito bíblico de la caída de Lucifer.

en «el maldito vicio de la droga», “Ahora soy una escoria humana, soy una vergüenza para mi familia”); la de Rosinaldo por introducirle a las drogas a su primo (“se sentía el gran culpable de toda esta tragedia”); la de la madre, *Maruja*, oscilante, hacia Edilberto, hacia sí misma o hacia los traficantes locales, por la desgracia familiar (“Tú eres macho, eres valiente y no creo que ese maldito vicio te va a dominar «tesorito mío””, “*Maruja* maldecía a aquellos «malditos inescrupulosos» que vendían droga al menudeo a los drogadictos”); la del padre por asumir, en el laberinto de la autosuficiencia “patriarcal”, su derrota ante el “qué dirán” de su proyecto familiar (“*Nicanor* «sufría en silencio»; no lloraba, trataba de disimular la tragedia que estaba viviendo”); y, finalmente, la del propio autor que, en algunos pasajes de la obra, no duda en juzgar a Edilberto, (“era ya un ser despreciable, horroroso, hasta daba miedo su presencia, se convirtió en un ladrón descarado”); o denunciar a la autoridad policial por su complicidad, (“Esta actividad la realizaban (los vendedores de droga) a su libre albedrío, ante la vista y paciencia de la gente y por supuesto en complicidad con los corruptos jefes de policía de entonces”). Lo que expresa, antes que nada, la fuerte implicación del autor con la realidad que trata de representar y, quien sabe si también, la rabia incontenida tras años de silencioso miedo.

Por lo tanto, sostengo que la novela está atravesada por una enorme pulsión normativa, que parece establecer, no obstante, diferentes grados de responsabilidad sobre el estado de convulsión social desatada, de acuerdo a la conmoción que desencadenaron. Los *narcos* aparecen directamente asociados con el espacio de degradación, la *policía* con el de la permisividad; los *traqueteros* ocupan el de la seducción, los *cocaleros* el de la habilitación y los *toxicómanos* el de la necesidad. Propongo además que la obra de *Liborio* puede ser considerada como una excelente muestra del complejo y polarizado escenario en que se había convertido el VAH, durante los años previos a la aparición de la violencia política.

Esta es, por tanto, una novela sobre la orfandad institucional que denuncia las tragedias invisibles en las que muchas familias naufragaron en el contexto del narcotráfico; y, por medio de la cual, retrata la impotencia por la que transitaron muchas familias rurales alto amazónicas a la hora de enfrentar los dilemas que traía consigo la entrada abrupta a la modernidad en contextos de crisis de desarrollo y auge de la economía delictiva.

En el límite de la desesperación, el hecho de que tanto Rosinaldo, por colusión, como Edilberto, por adicción, sean seducidos por las redes de la droga, indica que en la visión propia de la población local no hubo forma alguna de sustraerse a la convulsión, a la desintegración de las leyes, normas y valores tradicionales. Lo que, en un sentido durkheniano, expresa un estado tal de anomia, que impide la auto regulación del orden social preexistente, desestabilizando las relaciones de integración del grupo y amenazando la supervivencia cultural y social de Urarinas.

En el texto, por tanto, están presentes ese conjunto abigarrado de tensiones sociales que se agolparon en el umbral de la violencia política en el VAH y que sirven para entender el papel que pudo jugar la promesa de regulación de la vida social y de las pautas morales que ofrecía la mediación autoritaria que aquella proponía.

El texto es incluso en ciertas ocasiones vehículo de signos de difícil decodificación. Lo digo porque también parece enunciar un profundo desencantamiento político que la persistencia del drama ejerce sobre la madre de Edilberto, “*(Maruja) luego cuestionaba al todopoderoso, ¿Por qué Dios me castigas tanto?, ¿qué mal hice para padecer tanto sufrimiento?*”. Pues bien, en este giro narrativo resuena, en cierta medida, la forma en que Marx hace referencia en una de sus obras tempranas (1844) a la crítica de la religión, en tanto que “consuelo” o “dicha ilusoria”. Y aquella, como una premisa necesaria a toda la crítica material de la ignominia humana. Es decir, extrapolándolo a la trama, la llegada de la violencia política al VAH fue precedida por la emergencia de una conciencia “terrenal” de la existencia, por el “pathos de la indignación” que aquel usufructuó. Incorporando a su discurso la subjetividad que la población rural hacía de la situación de desorden social precedente.

Ahora bien, si todas las condiciones objetivas parecían estar dispuestas aquí para la aparición de una respuesta insurreccional que canalizara la incontenible indignación social, también parece evidente que las condiciones subjetivas estaban lejos de alinearse a la versión marxista de las revoluciones en el sentido de ser “la locomotora de la historia”, sino que estas parecían estar más bien sugiriendo que los campesinos aspiraban a pisar “el freno de emergencia” (BENJAMIN, [1940]1989), para interrumpir precisamente el ciclo de “progreso” desbocado que la droga había traído a sus vidas.

Es desde esta reflexión donde uno encuentra entendimiento, en dialogo con la experiencia de campo, de ese lugar común que subyace aún en la memoria de los veteranos pobladores del VAH, respecto a los factores que precipitaron la violencia política. El propio Liborio Aguilar que llegó a recibir dos balas en el interior de un sobre en señal de advertencia, no duda en ponderar cómo la presencia de la *guerrilla* -este término se usa aún con bastante regularidad en la zona-, despertó cierta simpatía inicial entre los pobladores del valle. Lo que obviamente enuncia ahora con la ventaja que el paso del tiempo le otorga.

El narcotráfico trajo mucho desorden (...); y cuando viene Sendero es otra forma. El terrorismo vino a poner orden. Por eso se ha dicho muchas veces que **Artemio ha sido “un mal necesario”**; porque cuando el terrorismo se organiza, con ellos no había ladrones, no había prostitutas o policías corruptos. Hasta los homosexuales los llegaban a fusilar, (y) a los drogadictos también. O sea que limpiaron todo esto.

Resulta complicado contener un enjuiciamiento sobre su comentario -así de difícil es sustraerse a aquello que colisiona con nuestra propia moral-, que no atropelle al mismo tiempo la naturaleza esencialmente reflectante de su obra. A mi parecer esta, y en ello creo que reside precisamente su valor, proyecta una imagen de desgarró moral tal del VAH que vuelve porosa hasta la propia voz del narrador. Un momento de la historia local que su obra parece tratar de conjurar, buscando captar enfáticamente un actor al que la historiografía de la violencia parece haber sacrificado: la conjura de los invisibles.

Por lo tanto, el texto de Aguilar que, según sostengo, debe ser interpretado alegóricamente, ayuda a entender, a escala humana, el escenario desordenado y violento en que devino el mundo rural alto amazónico entre mediados de los años setenta e inicios de los ochenta. Un paisaje que, al interior de un Estado estructuralmente asimétrico, se vio repentinamente constreñido y desbordado, social y moralmente, por la cara menos amable, más extrema y desbocada del capitalismo: la economía criminal de las drogas. Haciendo que esta obra encaje necesariamente como un “eslabón perdido”, en el relato sobre la violencia en el VAH; lo que le otorga además un valor excepcional, tanto para situarla social, espacial y temporalmente, como para entender las formas de mediación política que a continuación emergieron.

No quisiera acabar sin traer aquí alguna de las reflexiones epistemológicas a las que, a mi modo de ver, remite este texto. El relato ficcional de la violencia nos enfrenta ante algunas cuestiones esenciales sobre las posibilidades de representación artística de

la vida social; abordaremos aquí la principal y dejaremos las demás para ser tratadas en los siguientes textos. Pues bien, inicialmente surge el dilema de “si es posible” transmitir a otros la experiencia de la violencia extrema. La crítica lleva haciéndose esa pregunta una y otra vez desde que Theodor Adorno anunciara la imposibilidad de escribir (poesía) después de Auschwitz; símbolo de la barbarie universal del holocausto; y frente al cual la literatura sería un ejercicio vano, de resistencia frente al olvido, para evocar “lo indecible”, como expresa Rastier (2005 apud DE VIVANCO, 2013, p. 15). La cuestión de la producción de sentido del discurso literario frente a la violencia extrema nos sitúa, por tanto, frente a los límites de la legibilidad de cualquier forma de creación cultural en los confines de lo humano.

Pues bien, de la misma forma como lo hizo en otras latitudes del Cono Sur en donde la violencia extrema se dejó sentir durante las últimas décadas del siglo XX, el conflicto armado en el Perú provocó una crisis de representación de gran impacto en el campo cultural. Dentro de los procesos de reconstrucción de “verdad histórica” y a pesar de no gozar del reconocimiento que tienen tanto el punto de vista objetivista como el de los testimonios orales, las representaciones simbólicas del pasado “fracturado” han tratado de complementar nuestra comprensión de una realidad que, pese a todo, aún resulta inabarcable al entendimiento desde la tibieza del dato o la fragilidad de la memoria.

Es más, un factor esencial para entender por qué en el Perú se han explorado distintas vías de representación a partir de una gran variedad de expresiones artísticas ha sido, sin duda, el limitado impacto político que tuvo la CVR. Como en los otros países del Cono Sur donde también se exacerbó la violencia política, en el Perú existen, al menos, dos versiones distintas y antagónicas en torno a la misma; la denominada “memoria de salvación” y la de “los derechos humanos”.²²² La prevalencia de una narrativa heroica de las FF.AA., que ofrece además una visión negacionista del papel

²²² La denominada “memoria de salvación” se sitúa en la esfera de las Fuerzas Armadas y las élites neoliberales y tilda las violaciones a los DD.HH., como el precio a pagar por salvar al país, bajo el gobierno del presidente Alberto Fujimori, del terrorismo senderista, único responsable e instigador de la violencia. Por su parte, la narrativa de “los derechos humanos”, promovida por las organizaciones de DDHH y los familiares de víctimas, sitúa la violencia como una extensión de las desigualdades sociales históricas, de las que el PCP-SL no es más que un síntoma, junto a las FF.AA., y su guerra sucia que esta emprendió, colocando a la sociedad civil, excluida del proyecto nacional, entre «dos fuegos» y finalmente devuelta a las condiciones de pobreza (MILTON, 2018).

jugado por las desigualdades persistentes o la guerra sucia en el origen y la ampliación del conflicto interno, ha llevado sin embargo a cerrar apresuradamente el debate, sin dar paso a la necesaria autocrítica del mismo.

La obra de Liborio Aguilar insta por tanto a considerar algunas brechas históricas que han quedado presentadas pero inconclusas aún por la versión más humanista del conflicto armado; esto es, la de presentar un marco previo donde una vez abandonados a su suerte, involucrados en el lucrativo aunque frenético e impredecible negocio del tráfico de drogas, en medio de una ingobernabilidad creciente, abrumados ante las extorsiones y abusos de las fuerzas policiales y las amenazas o estafas de los narcos y traqueteros, los valores tradicionales alcanzaron un punto de crisis tal, incapaces de ser respetados por la involución del papel regulador del Estado, que los campesinos clamaban por una solución dura que devolviera algo de solidez a la vida rural en decadencia; en definitiva un agente capaz de “poner orden” y hacerles justicia a los humillados campesinos del VAH.

CAPÍTULO 9. “LE AVISAS AL GENERAL”: INICIO Y EXPANSIÓN DE LA VIOLENCIA POLÍTICA

El inicio de la guerra a las drogas (1979-80) coincide temporalmente con la aparición de la primera columna del PCP-SL en el VAH. Estos se asentaron en 1981 dentro del distrito de José Crespo y Castillo; quedando el grueso principal en la zona rural de la margen izquierda del río Huallaga, más tarde denominado “Bolsón Cuchara”, mientras que un número menor de activistas se dirigió hacia la margen derecha, en donde se encuentra Aucayacu y donde -tal y como vimos- son inicialmente bien recibidos en aquellos espacios políticos previamente polarizados desde el año 1974 por la “guerra contra las drogas”.

Sendero Luminoso comienza a incursionar entonces en todo el valle a través de corredores, de extremo a extremo, llegando a conformarse el Comité Regional del Huallaga (CRH). Desde Chinchao (Huánuco) en el sur, a Campanilla (San Martín) en el norte, incluyendo Aguaytía (Ucayali) en el extremo oriental, donde empiezan a hacerse habituales sus mítines improvisados. Y mientras van expulsando, de forma coactiva, a las instituciones del “viejo Estado”, van construyendo tanto una nueva institucionalidad política tutelada -los “Comités Populares Abiertos”-, como la necesaria legitimidad social, a través de las “Escuelas populares” clandestinas -en algunos casos militares-, que les permita salvaguardar la subjetividad hegemónica del nuevo orden. La estrategia “batir el campo, levantar las masas” se instaura aquí mediante un mensaje de un extremo pragmatismo, orientado a los campesinos cocaleros que estaban siendo compulsivamente erradicados. Exhortándolos a apoyar sus acciones armadas como la única estrategia útil para reivindicar la producción de coca.

Se comienza a fraguar entonces una desconexión estructural con el “viejo orden”, dando paso a territorios relativamente autónomos -cuya máxima expresión fue la voladura de puentes y carreteras-, a los que se denominaban “zonas liberadas” que el PCP-SL organizaba políticamente a través de zonas de influencia denominadas “bolsones”; formados por varios comités. En estos territorios donde el comercio aéreo de la PBC se convierte en la base de la economía local, el PCP-SL juega un importante papel mediador al proteger los cultivos de los operativos de erradicación, regulando la compra/venta “justa” entre procesadores de PBC y narcos, instalando y supervisando las “balanzas populares” donde se producían las transacciones de la droga, dando resguardo a la salida

de los narco vuelos y, finalmente, acabando con la delincuencia que asediaba a los campesinos.²²³

No es de extrañar que una buena parte de aquellos, especialmente los que vivían del cultivo de la coca, se sintieran entonces receptivos a la presencia del PCP-SL que rápidamente consiguió una gran legitimidad en las áreas rurales. Éste era visto entonces como protector y su papel regulador y garantista le supuso, además de una legitimidad social creciente, la captación de contribuciones monetarias que servían para movilizar fondos a otros frentes de guerra. Por lo que el Huallaga devino entonces un componente esencial para el avance de la insurrección a escala nacional.

Es en ese tiempo que, muchos jóvenes rurales, alentados por el aura revolucionaria que irradiaba el PCP-SL y deslumbrados políticamente por el mensaje redentor, acaban enrolándose en las filas del grupo armado. Sin embargo, en otros muchos casos, como está testimonialmente probado, los jóvenes, hombres y mujeres, niños y niñas, fueron coaccionados para entrar a la lucha armada.

Podemos inferir, por lo tanto, a partir de lo anterior, que el concepto de “narcoterrorismo” resulta de una inexcusable simplificación; ya que no llega a abarcar -posiblemente ni lo busca-, el conjunto de complejas alianzas que se estaban tejiendo en el VAH, en torno a la entrada de millones de dólares por el mercado de la droga. En términos generales, por un lado, el PCP-SL mantiene una relación simbiótica, como protector de los productores cocaleros, de quienes recibe “colaboraciones” mientras fagocita a los narcotraficantes, con una tolerancia pactada de conveniencia mutua y condicionada al pago de “cupos”. Las fuerzas policiales y militares, por el otro lado, se aliaron con las firmas de narcotraficantes a los que toleraban mediante colaboraciones económicas, mientras hostigaban a los campesinos cocaleros con fines de extorsión económica.²²⁴

Formando parte de su estrategia para ganar bases de apoyo popular a través de acciones que legitimen su presencia armada, Sendero Luminoso declaró, a su vez, la guerra a las instituciones que representaban las políticas de interdicción a la coca o el

²²³ La colaboración a la que se comprometieron los narcotraficantes con Sendero en la zona parece haber sido de 3 mil dólares por vuelo que, en ocasiones llegaban a ser de 10 vuelos diarios.

²²⁴ Posiblemente los casos más recordados en el VAH sean los de “Vaticano” en Campanilla; “Vampiro” en Tocache; Catalino Escalante “El Tigre” en Uchiza; y “Machi” y Julio Solís en Paraíso.

Desarrollo Alternativo en el valle (CORAH,²²⁵ UMOPAR,²²⁶ PEAH²²⁷ o la Estación Experimental Agraria de Tulumayo). A partir de su primera acción armada en 1983, el espacio político se reduce profundamente.²²⁸ Una línea roja divide desde aquel momento las distintas posiciones en un tablero cada vez más tensionado que separa todas aquellas instancias que son útiles a su hegemonía sobre el territorio, de aquellas otras que, desde su oposición, se convierten en un obstáculo para la misma.²²⁹

Deslindada de la autoridad y las leyes del Estado, una “nueva justicia” empieza también a fraguarse. Las “listas negras” comienzan a extenderse por estos territorios donde la pena de muerte restituye, de forma vertical y autoritaria, la confianza popular de la que carecía su antecesora. Se instituyen asimismo las intimidaciones en nombre del “partido”, los asesinatos selectivos y los “juicios populares”. Sus objetivos son por una parte expansivos, dirigidos contra las estructuras del Estado, -como autoridades civiles, policiales y militares o informantes, denominados “soplones”-; aunque también se dieron otros de carácter populista dirigidos contra aquellos elementos que, desde la perspectiva local, resultaban “indeseables” o “antisociales” (borrachos, sacavuelteros, prostitutas u homosexuales).²³⁰

De este modo, el PCP-SL consigue proyectar una imagen robusta como institución reguladora de las fronteras morales en el territorio y, al mismo tiempo, refuerza su vínculo con los valores tradicionales del campesinado que, como vimos, se sentían amenazados por la tigurización de la vida social. Una restitución regulada de la ley que, aunque se inscribe dentro de un proyecto autoritario que no admite grados de libertad, venía avalada por el pragmatismo que su capacidad coercitiva desplegaba en el terreno militar.

²²⁵ Proyecto Especial de Control y Reducción del Cultivo de la Coca en el Alto Huallaga (PEAH).

²²⁶ Unidad Móvil de Patrullaje Rural (UMOPAR).

²²⁷ Proyecto Especial Alto Huallaga (PEAH).

²²⁸ La primera acción armada de PCP-SL se produce a finales de 1983 contra el local del CORAH. A partir de ese año la violencia ya no se detiene.

²²⁹ Entre otras, fueron amenazadas o sufrieron tomas y atentados la Cooperativa Pucate, la Cooperativa El Porvenir, la Cooperativa Arequipa, Cooperativa Piura, la Central de Cooperativas de Aucayacu, la Cooperativa Agraria Naranjillo (la más importante de la región) y la empresa Palmas del Espino; fueron amenazados, hostigados o asesinados dirigentes comunales, autoridades, comunicadores de las radioemisoras locales: Radio Tingo María, Radio Ribereña de Aucayacu y Radio Marginal de Tocache.

²³⁰ En la conocida como “Masacre de Aucayacu”, ocurrida el 6 de agosto de 1986, fueron asesinados diez homosexuales, y trabajadoras sexuales en Aucayacu; una acción perpetrada por el PCP-SL que justificó como “limpieza de indeseables”.

La violencia, de forma similar a como estaba ocurriendo en otras partes del país, especialmente en el área andina, se va adueñando poco a poco del paisaje, pautando la vida cotidiana. Sin embargo el conflicto armado en el VAH, por su complejidad social y por la presencia de múltiples actores intervinientes –fuerzas armadas y policiales,²³¹ grupos insurgentes,²³² Comités de Autodefensa (CADS),²³³ grupos paramilitares,²³⁴ carteles de la droga internacionales y nacionales, sicarios, delincuencia común, programas de interdicción al narcotráfico, administración de justicia, autoridades políticas, líderes sociales y campesinado -, ya desde un inicio dista de poder ser extractado dentro del terrorismo y destaca por el carácter letal, intenso y dilatado del mismo.

Imbuido de esa cierta legitimidad social que había ido buscando, el PCP-SL trata de ir ganando entonces nuevos espacios de hegemonía militar mediante acciones armadas dirigidas contra las en muchas ocasiones desvalidas instituciones del Estado en el valle. Con ese fin, y mientras tomó durante horas la ciudad de Aucayacu, atacó en dos oportunidades el puesto policial.²³⁵ La represión que se desencadenó inmediatamente después del segundo ataque, dejó un saldo de ocho pobladores asesinados extrajudicialmente y otros tantos detenidos de forma indiscriminada. La intimidación política y la guerra sucia también se hacen presentes a partir de ese entonces en las estrategias del PCP-SL y, un año después, en dos atentados consecutivos, asesinan a dos

²³¹ Las Fuerzas de Seguridad del Estado peruano incluían entonces: Policía Nacional del Perú, UMOPAR, PIP, Guardia Republicana, Ejército, Marina de Guerra y Fuerza Aérea Peruana.

²³² Además del PCP-SL lindando con la parte norte del VAH, en la Región San Martín tenía presencia el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA). Éste inició su lucha armada en 1986 en la parte sur de San Martín, por medio de acciones insurrectas y sosteniendo a la vez un enfrentamiento con el PCP-SL por el dominio de espacios donde el narcotráfico tenía gran presencia. El MRTA tuvo origen en una nueva izquierda revolucionaria que se gesta en la década del 60, por la influencia de la Revolución cubana. El frente regional Nororiental se desarrolló principalmente en el departamento de San Martín, con un significativo apoyo de la población, perpetrando acciones como la toma de pueblos y ciudades, propaganda y crímenes selectivos. En el VAH intentó posicionarse en Uchiza y Tocache, siendo expulsados por los senderistas y replegándose, a continuación, en la provincia de Mariscal Cáceres.

²³³ A partir de 1986 comenzaron a crearse los Comités de autodefensa (CAD); milicias campesinas para defenderse de los actores armados conformados por “ronderos” (pobladores locales voluntarios) que, salvo la entrega de algunas armas, apenas recibieron ayuda del estado y, en cambio, fueron objeto de cierta manipulación política. Entre 1991 y 1997 se constituyeron aproximadamente 150 CAD en la región nor-centro-oriental. Concluido el conflicto bélico fueron acusados, en algunos casos, de actitudes delincuenciales.

²³⁴ Los grupos paramilitares “Rodrigo Franco” y “Escorpio” (PAUCAR, 2006), compuestos de policías, militares y militantes apristas, tuvo presencia en la región entre 1988 y 1990 con amenazas de muerte a personas críticas al gobierno (APRA) y asesinatos selectivos a presuntos senderistas. A partir de 1992, el “Grupo Colina” ligado al gobierno fujimorista, ingresa en la zona y se le atribuye el asesinato de presuntos senderistas y narcotraficantes. El “Grupo Alfa”, comandado por el PNP Segundo Bardales Cochagne, parece que también ha operado en la zona.

²³⁵ La primera el 31 de enero de 1984, con el asesinando a diez policías; y la segunda el 4 de julio del mismo año, donde acosaron también las instalaciones del PEAH, hiriendo gravemente a un funcionario.

alcaldes del distrito.²³⁶ Una parte de la población local acusa el terror continuado y comienza un éxodo silencioso hacia las áreas urbanas de la provincia y la región, provocando importantes desplazamientos internos.

El propio Liborio Aguilar recuerda con angustia como, a propósito del segundo ataque de Sendero Luminoso a la comisaría de Aucayacu, en 1984, su hijo fue llevado al Batallón Contrasubversivo N.º 313 de Tingo María y dado por desaparecido durante semanas. En sus propias palabras:

Los Sinchis han venido como locos, como demonios, por las muertes que había (habido) en Pacay. Y han agarrado (a mi hijo y a otros) y les han llevado. **Para ellos todos eran terrucos.** Casi siempre era así ¡cuántas personas inocentes han muerto! (...) En la DINOES hemos reclamado si vive o no (mi hijo). Y el coronel mayor ha ido y me han dicho que está vivo. (...) Si no me hago acompañar por otros periodistas de aquí y allá, gracias a que estaba en la Asociación Nacional de Periodistas de la provincia, y para que tenga más peso, con un fiscal, no me hacen caso. Así que el coronel, de inmediato, lo ha encontrado. A los terroristas los hemos visto de lejos como los han llevado atrás del recinto, les han metido encostados en una rueda, les han metido gasolina y **los han hecho quemar vivos.**

La respuesta del entonces gobierno de Alan García, en un gesto que aún hoy divide a los analistas por las consecuencias que acarreó para el conflicto armado, fue la de inicialmente decretar el estado de emergencia y, a continuación, dentro de una situación de hostigamiento senderista, proceder a levantarlo en diciembre del año 1985. Este acuartelamiento provocó la recomposición militar del PCP-SL y sus acciones armadas comenzaron a ser entonces incontenibles por las fuerzas policiales. Decidido a romper el silencio, un profesor de la I.E. Inca Huiracocha de Aucayacu se decidió a escribir, años después, una de las experiencias que más le impresionó de aquel periodo inicial de la violencia política.

Segundo Jara Montejo (Aucayacu, 1965) es, hasta el momento, el escritor de ficción más prolífico de su generación en el Distrito de José Crespo y Castillo. Profesor y comunicador social de formación, cultiva un relato novelado que transita entre lo ficcional y lo periodístico. Se podría decir que escribiendo procede con dotes periodísticas y como periodista funge de maestro. Como otros escritores de la zona, resuelve la orfandad de apoyo institucional para la publicación, difundiendo sus cuentos y sus artículos periodísticos a través de internet.²³⁷

²³⁶ Abraham Rodríguez Sánchez, alcalde principal y Andrés Avelino Hidalgo Mori, quien lo sustituyó.

²³⁷ <http://milkitoperuano.blogspot.com/> y <http://sejaramo.blogspot.com/>



Fotografía 23. Segundo Jara Montejo durante la presentación de su libro “Le avisas al General”. (Fuente: Archivo personal de S.J.M).

Segundo es el director de la Comisión de Derechos Humanos Alto Huallaga (CODHAH) desde el año 1999, la cual forma parte de la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos (CNDDHH). Desde allí tomó testimonio a víctimas de la violencia política para el Informe de la CVR. Y es entre estos testimonios de donde destila, en una suerte de catarsis, los relatos que construye en sus novelas. Entre aquellos recogió el testimonio de una muchacha, *Charito* (nombre ficcional), que fue captada y sometida a vejaciones y torturas en su condición de mujer, a uno y otro lado de los bandos en guerra. Un testimonio que a

Segundo le conmovió especialmente porque sucumbió al estigma social, por haber estado “involucrada” en los hechos violentos. Lo que en un acto de “autocensura”, le impidió acudir a la audiencia pública oral de la CVR y, por ende, Charito perdió su derecho al “reconocimiento” por su condición de víctima. De ese cruce de historias surge la novela corta “*Le avisas al General*” (2013), su opera prima.

La novela ofrece un relato amplio, a medio camino entre el testimonio y la ficción, sobre el modo en que la violencia política incidió en la vida de las mujeres de comunidades campesinas en el VAH antes, durante y trascurrido el conflicto armado. *Charito Navarro Chujutalli*, hija de una familia campesina, tiene diez años en julio de 1989 y vive al cuidado de su tío “*Don Beto*”, a quien ayuda en su restaurante luego de que sus padres se separaran. Tras un reclutamiento forzoso, queda incorporada, junto a otros menores, a las filas del PCP-SL para “*servir a la revolución*” como la “*camarada Claudia*”; quedando todos ellos al cuidado de la guerrillera *Nelly*.

La “guerra popular”, como vemos, supuso la imposición abrupta de los valores militaristas al conjunto de la población y la desaparición del espacio de reconocimiento personal; el cambio de nombre de *Charito* es una buena muestra de esta pauta. Sin embargo, no todo son transformaciones. Por ejemplo, en las guerras siguen operando las

relaciones asimétricas de género, acentuando las dicotomías a partir de una lógica militarista. Eso sí, en unos casos con carácter perturbador –como la presencia de mujeres en las filas de Sendero Luminoso que desmorona el mito de la mujer pacifista-; y en otros de forma continuista –representado aquí a través del rol de cuidado y atención que desempeña la guerrillera *Nelly*.²³⁸ El texto permite advertir por tanto cómo persiste el estigma diferenciador; de tal forma que, a la exaltación de la agresividad masculina, corresponden los roles de sometimiento y “atención al guerrero” de la feminidad.

Dentro de una sociedad marcada por la fragmentación social debido a la existencia de profundas brechas económicas, culturales, étnicas y regionales, la situación de las mujeres peruanas se encuentra instituida, como en tantos otros lugares, dentro de una cultura sexista.²³⁹ Una larga historia de desigualdad y exclusión que expresa la violencia simbólica contra ellas y que ha producido variadas formas de afectación a sus derechos; dejándose sentir especialmente entre aquellas mujeres pertenecientes a comunidades rurales, andinas y *quechuahablantes*.

Como integrante de la columna senderista, y con las acciones armadas como telón de fondo, la experiencia de *Charito* pasa a un primer plano. Jara se distancia aquí del sesgo épico que caracteriza la tradición bélica -que de todas formas maneja a la perfección, como periodista y relator de la CVR-, para pasar a colocar en el centro de la trama la voz subalterna de *Charito*, entre la rebeldía (“*Quien eres tú para que me pegues?, ¿Tú serás mi padre para que me golpees?*”) y la derrota (“*Por primera vez Charito empezó a llorar, no aguantó más, sucumbió su valentía ante el temor de ser asesinada*”). El realce de la dimensión de género que escoge, busca producir una “otra” comprensión del fenómeno de la violencia política en el que quepan todos los sufrimientos; con la finalidad de hacer visibles aquellas experiencias subjetivas sobre las que opera la violencia y que, desde la sombra, reclaman el reconocimiento frente a su disolución historiográfica.

²³⁸ Recordemos además que las mujeres de comunidades campesinas también desempeñaron la defensa de sus comunidades integrando en algunos casos los Comités de Autodefensa (CAD), cuando la intensificación de la guerra interna requería de su participación.

²³⁹ Al iniciarse el conflicto armado, el ejercicio de derechos y la participación en espacios públicos era apenas una quimera formal, ya que tan solo a partir del año 1955 (Ley N.º 12392) se reconocía el derecho a la ciudadanía a las mujeres (letradas; excluyendo así a la mayor parte de las mujeres de los sectores rurales) y en la Constitución de 1979 el derecho a la igualdad y la no discriminación por razón de sexo.

En un proporcionado manejo estilístico del tiempo que refleja la densidad emocional del conflicto, *Charito*, dominada por una fuerte introspección, recuerda entonces sus experiencias familiares tempranas. A partir de ellas sabemos que el padre, un narco mujeriego y maltratador, abandona el hogar familiar y *Charito* no consigue acomodarse al desprecio de la madre –por su parecido con el padre-, ni al maltrato de su madrastra, Por lo que acaba acomodándose a vivir con su tío. El giro permite colocar reconociblemente esa suerte de *continuum* histórico de la condición de la mujer que hace que la guerra haya sido una prolongación de la violencia de género que la desborda en el tiempo. Ahora bien, el conflicto también empeoró dramáticamente las relaciones desiguales, propiciando un agravamiento de los abusos y la violencia factual y simbólica. Dando cuenta de ello el hecho de que fueran precisamente las peruanas más excluidas y desprotegidas, las que sufrieron con mayor intensidad la práctica de la violación sexual.²⁴⁰

Entre las huestes senderistas, *Charito* sufre todo tipo de maltratos y en varias ocasiones es violada por parte de un mando -con la colaboración forzosa de una mujer combatiente-; llegando a ser obligada a abortar. En su pretensión por establecerse como criterio de orden y autoridad, el PCP-SL elaboró discursos y códigos de conducta destinados a construir roles de género entre sus militantes que incluían normas y castigos respecto a la sexualidad, la pareja y la familia; de modo que la violación sexual fue la forma de violencia de género a la que menos recurrieron.²⁴¹ No obstante, se evidencia un doble discurso respecto a lo permitido o no entre los mandos del PCP-SL y “la masa”. Con un carácter más estratégico, las uniones forzadas y la servidumbre sexual fueron las formas de violencia de género a las que más acudieron; orientadas seguramente a crear lazos de lealtad, no sólo políticos sino también afectivos, entre los combatientes y sus mandos.

En otros casos, las fuerzas locales que el PCP-SL instituyó a su paso, en muchas ocasiones sin la adecuada formación política, colisionaron con la autoridad comunal y familiar, o con los líderes locales; multiplicándose las prácticas de violencia injustificada.

²⁴⁰ En efecto, las víctimas de la violencia sexual fueron mayoritariamente mujeres quechuablantes (75 % de los casos), de origen rural (83 %), campesinas (36 %) o amas de casa (30 %).

²⁴¹ En la esfera de la regulación de la vida social, tanto interna como externa, Sendero Luminoso se encontraban las conocidas como “Ocho normas del Partido”: Hablar con cortesía; pagar con honradez todo lo que se compra; indemnizar por todo objeto dañado; devolver toda cosa solicitada en préstamo; no pelear ni injuriar a la gente; no tomarse la libertad con las mujeres (lo mismo para las mujeres respecto a los hombres); no estropear los cultivos en el campo; no maltratar a los prisioneros. Y como sanción para los que incumplieran en dos oportunidades, el aniquilamiento.

En fin, a medida que se despliegan este conjunto de prácticas autoritarias (reclutamientos forzosos, campañas contra dirigentes locales, etc.), también emergen un conjunto significaciones contrastantes con el imaginario inicial que el PCP-SL había despertado entre los campesinos. A partir de aquí, los viejos lazos de lealtad que aquel venía tejiendo con las poblaciones locales desde mediados de los 70 van siendo carcomidos, de un modo imperceptible a los “mil ojos y mil oídos” del otrora “Ejército Guerrillero Popular”; abriendo paso a nuevas formas subalternas de posicionarse ante el conflicto entre los sectores campesinos.

Pero volvamos a la trama. Con ayuda de un guerrillero *Charito* logra huir de la columna, aunque al poco tiempo es delatada como “terrorista” y apresada por las Fuerzas Armadas. De nuevo en cautiverio, sufre ahora los vejámenes más intensos (torturas, amenazas, violaciones), mientras su captura es utilizada como una cortina de humo para tapar los “excesos” del ejército contra la población civil. En una de las bases militares a donde es trasladada, es violada en repetidas ocasiones por el execrado teniente *Martín Ludeña Farfán*. Con el mando se produce, no obstante, un hecho central en la novela del que además Jara extrae el título a la misma. Entre victimario y víctima surge un paradójico “enamoramamiento”, en un estado de confusión sentimental para ella, que –desde mi punto de vista- alude al revestimiento tutelar en que se ampara el ejercicio del poder y, por medio de este, la necesidad del sometimiento, la entrega y la desaparición de la voz subalterna en que se basa esta relación asimétrica. Si bien Jara no profundiza este territorio, la carta de despedida del teniente -cuando es trasladado a otro destacamento- expresa esa unidireccionalidad paternalista cargada de culpa:

Hola Charito. ¿Sabes? Cuando veas esta carta, yo estaré muy lejos de ti. Espero que no me guardes rencor por todo lo que pasó. **En el fondo yo te quise y te querré siempre**, pero, el destino nos separó. El momento que tenga la oportunidad iré a buscarte. **No le digas a nadie lo que te hice** ¡Cuídate mucho! No dejes que los soldados te maltraten, cualquier cosa que te quieran hacer, **le avisas al General**. Una vez más te pido perdón por todo. Adiós, Tte. Martín.

Tal vez este sea el mensaje mejor destilado de la obra; sostengo que Jara desde él está retratando, si se quiere de un modo alegórico, la forma en que las élites se han relacionado históricamente en el Perú con las clases subalternas; y desde donde se pueden desprender analogías hacia las relaciones étnicas, culturales o económicas. Volviendo a las cuestiones de género, los agentes del Estado fueron los principales responsables de las

violaciones sexuales.²⁴² Estas prácticas extrajudiciales que, por lo general, fueron empleadas con fines estratégicos durante los operativos militares, con el objeto de desmoralizar a los grupos subversivos y disuadir a la población de colaborar con ellos, también fueron empleadas de forma sistemática en dependencias estatales (bases militares, cuarteles y comisarías), durante las detenciones de mujeres sospechosas de pertenecer al PCP-SL.

Charito es finalmente liberada por una mera contingencia de la trama (la esposa del Comandante General del Ejército, en un acto de compasión, pide su liberación tras encontrársela en una Base militar); aunque ni así logra sacarse un estigma que la persigue a lo largo de toda la novela. Fuera de la violencia política *Charito* continúa su lucha por sobrevivir a la violencia y el abandono que padece, contra ella y sus hijos, durante dos matrimonios consecutivos, acusada de ser “responsable” de las violaciones que sufrió. Y de la que tan solo logra librarse, en última instancia, ocultando su pasado. Toda una alegoría sobre la persistencia de los estigmas antes, durante y después del conflicto armado, envuelve la experiencia de género, inmersa en ciclos de violencia de más largo aliento, que son igualmente trasladables a las otras experiencias de subalternidad en la modernidad colonial, como la condición de los campesinos o los pueblos originarios.

Desde el punto de vista formal, tres son, a mi modo de ver, las grandes virtudes de la obra. Jara maneja con precisión periodística y, si se quiere, con expresividad cinematográfica, la crónica bélica que va estructurando la trama. Tal vez uno de los pasajes más explícitos de como la guerra va arrastrando inexorablemente a los campesinos al centro de un laberinto de violencia, resulta de su descripción del “juicio popular” que termina con la vida de dos sospechosos de ser confidentes. El relato descarnado del “ajusticiamiento” (nótese la retórica redentora del crimen), pero sobre todo el modo en que los pobladores son conminados a formar parte del ritual -una socialización perversa de la barbarie-, apuñalando a los victimados, concentra toda la dramática espiral de terror en la que tanto los campesinos de ayer y los lectores de hoy resultan envueltos. Sobresale igualmente el uso creativo que el autor hace del tiempo en la estructura del relato. Lo que le permite realizar saltos narrativos de acuerdo a la evocación personal de *Charito* que inducen a plantearse otro de los laberintos que jalonan

²⁴² La CVR ha constatado que los agentes del Estado fueron los principales responsables del delito de violación sexual siendo el 86 % de los casos atribuidos a éstos.

la novela: el de la memoria. Finalmente, destaca también el juego de espejos que Jara coloca, de forma subliminar, en la estructura narrativa y por medio del cual consigue disparar una analogía entre las lógicas bajo las que operaron tanto Sendero Luminoso como el Ejército. El autoritarismo, las liturgias discursivas, la canibalización del adversario,²⁴³ los códigos internos, el uso patrimonial de la jerarquía, las pugnas por el poder, la doble moral y la deslealtad; entre otros aspectos que emergen aquí y allá en la novela.

Más allá del meritorio gesto de Jara para salvar la experiencia testimonial de *Charito* de la “autocensura”, su actitud remite además a las durísimas condiciones de producción del conocimiento en zonas de conflicto. Tanto la persona que le dio su testimonio, como el propio autor, se abren paso en medio de situaciones riesgosas, en un sentido personal como profesional. Por lo cual, no sería de extrañar que sus experiencias no sean sino la punta del iceberg de otras muchas que, sobreponiéndose a la estigmatización social o venciendo la falta de garantías personales, podrían salir a la luz si se dieran las condiciones necesarias; ayudándonos a comprender y a comprendernos mejor en escenarios de violencia de cara al futuro.

El caso de *Charito* muestra, por tanto, algunos importantes aspectos liminares que amplían las representaciones que hasta hoy hemos conseguido formarnos respecto al conflicto armado; orientando por tanto nuestra atención hacia el “qué (aspectos) contar”. Así, junto a otras posibles consideraciones, el miedo a las consecuencias dentro de un clima de violencia permanente, parecen estar resultando dispositivos muy poderosos de (auto)censura, haciendo funcionar tras de sí la maquinaria del silencio y la impunidad.²⁴⁴ Pero también puede que haya algunos otros, tal vez más sutiles, que merece la pena pensar y que tienen que ver con las decisiones que se toman en el ámbito académico respecto a qué aspectos de la violencia deben ser convocados; dicho de otro modo, qué puede ser

²⁴³ Por ejemplo, a través del uso de nombre degradantes que despojan al enemigo de su humanidad. De un lado “tombos”, “morocos”, “perros del gobierno”, “cachaco”; del otro “terrucos”, “tuquitos”, “lacras”, Curiosamente esta fue una práctica que, a fin de proteger la identidad, también se utilizó hacia adentro; por ejemplo, pasa a ser la camarada Claudia y -como explica el texto-, los militares de rango fueron llamados “Carlos”; y esto fue una pauta interna generalizada en el VAH.

²⁴⁴ Frente a las amplias cifras de muertos y desaparecidos, llama la atención que la CVR sólo pudo dar cuenta de 538 casos de violencia sexual, de los cuales 527 fueron perpetradas contra mujeres y 11 contra varones. En otros casos la violencia sexual fue considerada una forma castigo “contra los varones”, dado que se les obligaba a presenciar la violación de sus cónyuges. Otras formas de violencia sexual detectados consistieron en insultos de carácter sexista, tocamientos, amenazas de violación, desnudos forzados, introducción de objetos, abortos forzados, uniones forzadas y hasta esclavitud sexual.

objeto de estudio y qué no. Veamos ahora brevemente y en retrospectiva esta cuestión, en relación a la perspectiva de género que el texto de Jara coloca en el centro del debate.

El conflicto armado interno (1980-2000) ha sido, con toda probabilidad, el proceso político más infausto de la historia republicana del Perú. La violencia desatada fue, ya desde su propia configuración, disímil de las que se padecieron durante las postrimerías del siglo XX en otros países del Cono Sur. En un contexto de expansión del neoliberalismo a escala global, la violencia política emergió en el seno de tres gobiernos elegidos democráticamente (con la obligada salvedad del periodo del autogolpe del presidente Alberto Fujimori), y sus impactos se cebaron principalmente con las personas más vulnerables de la sociedad peruana y en las regiones más pobres del país;²⁴⁵ por lo que acabaron reforzando aquellas prácticas de dominación que venían siendo históricamente construidas. Y cuya prolongación puede darse cuando las voces de los “sobrevivientes” o los familiares de las víctimas, víctimas todas del conflicto, reclaman espacios de visibilidad para expresar, mediante la retórica literaria, discursos disidentes de la violencia a escala local, mientras que son excluidas del discurso público y colocadas en el lugar de la literatura “menor”.

La CVR (2003), fue la encargada de determinar la naturaleza, responsabilidad e impactos del conflicto. Su “Informe final” reparte ampliamente la responsabilidad de la violencia entre el PCP-SL, las Fuerzas Armadas y la policía, el MRTA, los gobiernos consecutivos y los demás partidos políticos.²⁴⁶ Al mismo tiempo da cuenta de las históricas y profundas brechas sociales que dieron origen a la guerra y que, asimismo, explican su expansión e intensificación.

El fuerte impacto que el periodo de la violencia armada tuvo en todos los órdenes de la vida social, ha dejado también una profunda impronta en la producción académica, dentro y fuera del país, durante los últimos cuarenta años.²⁴⁷ El Informe final de la CVR

²⁴⁵ Las regiones más afectadas fueron las pequeñas aldeas aisladas en la sierra peruana (en los departamentos de Ayacucho, Huánuco, Huancavelica, Apurímac, Junín y San Martín), que representan el 85 % de las víctimas (MILTON, 2018).

²⁴⁶ PCP SL (con el 54 % de los casos de muerte y desaparición), las Fuerzas Armadas y la policía (responsables del 29 y el 7 % de las muertes y desapariciones, respectivamente), el MRTA, los consecutivos gobiernos y partidos políticos

²⁴⁷ Para un estado del arte amplio, aunque puede que ya algo obsoleto: LAVAUX, S. Estado del arte. El conflicto en Perú. Centro de Estudios Políticos e Internacionales, CEPI. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2010. Disponible en: https://www.urosario.edu.co/urosario_files/b7/b721ecd9-a3a0-49b8-9d04-b37f5c42d348.pdf

y las producciones artísticas que lo acompañaron fueron los principales referentes discursivos durante las siguientes dos décadas. A la estela de aquél fueron surgiendo estudios con análisis más profundos, situados y sustentados empíricamente que, en lo sustancial, se incorporaban a la narrativa de los derechos humanos de aquel y retaban las del olvido o la salvación que lo antagonizaban.

Por otra parte, vaciando de sentido los mandatos inaugurales de “justicia y verdad”, tras la CVR acabó imponiéndose un horizonte de “reconciliación” -instituido durante el gobierno de Alejandro Toledo-, que institucionalizó una impunidad pactada; lo que simultáneamente ha impedido que el Estado hiciera la autocritica que permitiría implementar las recomendaciones vertidas en el Informe. Por lo que, con el paso del tiempo, aquella otra memoria humanista corre el riesgo, a mi parecer, de convertirse en una “memoria histórica inerte” según Wilde (1999 apud MILTON, 2018, p. 32).

Tratándose de la única versión oficial del conflicto y habiendo contado con una participación de amplios sectores sociales,²⁴⁸ es importante registrar que la CVR surgió en el contexto de vacío de poder que sobrevino al colapso del régimen autócrata de Alberto Fujimori.²⁴⁹ En todo caso y a pesar de las enormes limitaciones con las que se desarrolló el Informe Final,²⁵⁰ basado principalmente en los testimonios y audiencias públicas de las víctimas, este mereció el reconocimiento de la comunidad internacional por su profundidad. Sin embargo, ya a nivel nacional, se enfrentó al escepticismo y el rechazo de algunos sectores políticos, mediáticos e, incluso sociales, que rápidamente desarrollaron contra narrativas e impidieron la validación gubernamental de aquel.

Entre los legados que dejó la violencia, cabe destacar la ola de conservadurismo que, desde hace décadas se ha impuesto en la esfera pública. El propio mundo académico ha registrado tensiones e impases que pugnan por desbordar el canon discursivo y su rol regulador de los límites de lo decible sobre el conflicto. Sin embargo, en los últimos años asistimos a una reteorización en el área de las ciencias sociales que, entre otras cuestiones,

²⁴⁸ Los comisionados nombrados procedían de diversos partidos políticos y grupos sociales, incluido un general retirado de la fuerza aérea, una ex congresista fujimorista, académicos, miembros de la Iglesia y grupos de derechos humanos.

²⁴⁹ El posterior presidente Valentín Paniagua asumió, en su calidad de interino Fue creada en junio de 2001 por el presidente provisional Valentín Paniagua, convocando a diferentes miembros de la sociedad civil.

²⁵⁰ limitaciones: tenía un periodo de veinticuatro meses para llevar a cabo investigaciones sobre los veinte años anteriores, así como recursos limitados y dificultades con la traducción al español del quechua y otras lenguas indígenas.

reclama la atención a disciplinas y dimensiones entreveradas en el conflicto, anteriormente omitidas. O que, igualmente, conmina a trascender el estrecho marco victimocéntrico, para pasar a dar espacio a actores y temas que hasta el momento no habían merecido análisis más profundos. Un contexto en el que la producción testimonial ha vuelto a emerger con fuerza en los últimos años (ver nota a pie de página 271).

Un caso ejemplar a la par que excepcional, por la cantidad y calidad de las obras, surge en los estudios de género y conflicto armado recientes. De acuerdo a la CVR, las mujeres rurales y quechuahablantes fueron generalmente relegadas a un rol de “cuidadoras”; desde donde emana un papel de “víctimas ejemplares”, con una participación esencialmente indirecta.²⁵¹ Los estudios recientes, como decíamos, han tratado de incorporar las memorias de las luchas sociales; dando un giro extraordinario a estas representaciones víctima-centradas que producen narrativas estandarizadas y que, al mismo tiempo, reproducen los estereotipos patriarcales dominantes, vaciando de contenido político las representaciones sociales.

Se pretende superar, por tanto, el análisis esencialista hegemónico sobre las mujeres ya que se considera que su participación fue simplificada, silenciando aquellas experiencias que no se ajustan al marco preestablecido y anulando la agencia de las mujeres militantes del PCP-SL que se auto representan como sujetos políticos y que participaron de las promesas que traía la acción revolucionaria frente a la violencia social y económica del Estado; o asimismo aquellas que engrosaron los Comités de Autodefensa (CADs). Lo que finalmente se propone es reescribir el pasado sin dejar vacíos analíticos, como la articulación de las dimensiones de género y clase referidas.²⁵²

Con el surgimiento de nuevos estudios, se hace también evidente la necesidad de expandir las fronteras analíticas en otros distintos aspectos que posibiliten reflexiones más amplias e incluyentes. En el caso de los análisis literarios sobre el conflicto, se percibe igualmente un énfasis regional sobre las obras realizadas o enfocadas en

²⁵¹ Lo que se expresaría en la menor proporción que las mujeres tienen respecto a los asesinatos y ejecuciones extrajudiciales (23 %), desapariciones o reclutamiento forzados (15 %) o torturas (20 %) respecto a los hombres. Cabe agregar que ellas son sin embargo las principales víctimas en los casos de las masacres indiscriminadas contera las comunidades, la violencia sexual (98 %), o las prácticas discriminatorias o abusivas que recibieron en dependencias policiales y militares durante la búsqueda de sus familiares muertos o desaparecidos (esposos, hijos o padres); que fueron ocasionando, todos ellos y en espacios de desintegración familiar y comunitaria e invisibilidad social, importantes secuelas físicas y mentales en ellas.

²⁵² Cabe recordar que la participación de mujeres en las filas del PCP-SL fue empíricamente relevante; con un 40 % de su militancia y un 50 % de aquellas en posiciones de comando y decisión.

Ayacucho o Lima, donde si bien la violencia fue extrema, no consigue representar el amplio espectro de la misma.

La visibilidad que hoy día están ganando estos sujetos parece estar exigiéndonos superar los sesgos y elusiones precedentes para levantar un entendimiento más fino del conflicto basado en las experiencias de actores que anteriormente carecieron del suficiente espacio de visibilidad. Describir a las personas envueltas en una coyuntura de guerra en los espacios locales, con sus motivaciones y su accionar, puede ayudarnos a repensar el canon que tenemos de “la verdad histórica”; incluso a producir concepciones alternativas de justicia, memoria, arrepentimiento, perdón o de la propia noción de “verdad histórica”. Por lo que aquel se convierte en una herramienta útil para reabrir el debate público en torno a la guerra interna, con un horizonte de justicia aún pendiente y, por ende, para ayudar a sanar heridas aún abiertas.²⁵³

²⁵³ Lo que se expresa a través de la aparición de controversias periódicas en la opinión pública, dirigidas principalmente a sancionar moralmente los actos de laxitud o desviación respecto a la versión castrense de la guerra.

CAPÍTULO 10. “NO ENCUENTRO MI OREJA”: GENERALIZACIÓN DE LA VIOLENCIA

En medio de un tenso “equilibrio estratégico”, nuevos elementos hicieron su aparición en el valle para que la guerra diera entonces un salto cualitativo. En 1989 se creó el “Comando Político Militar del Huallaga” que dependía directamente del Comando Conjunto de las FF.AA.²⁵⁴ Al instaurarse el cargo de Jefe Político Militar en las zonas de estado de emergencia, aquel se convertía en la máxima autoridad; imperando el poder militar en detrimento de la autoridad civil, quienes acataban órdenes que se supone eran parte de la concertación para derrotar a la subversión.

Paralelamente, se instalaron nuevas bases militares a lo largo del VAH, alguna de ellas asesoradas por el gobierno estadounidense, como es el caso de la Base de Santa Lucía, levantada con el apoyo de la DEA norteamericana, dando inicio a una escalada de terror que se basó tanto en la continuidad del paramilitarismo (Grupo Colina),²⁵⁵ como en la ejecución de grandes “operativos relámpagos” de “guerra sucia”, con mucha incidencia en la región; sin precedentes en la historia de los conflictos internos en el Perú. Una estrategia que, a pesar de no ser compartida por algunos sectores policiales, como veremos más adelante, se exagera más si cabe a raíz del golpe de Estado de Alberto Fujimori, en abril de 1992, que da inicio a una etapa de dictadura civil-militar.²⁵⁶ Discurren entonces los años más convulsos de la guerra interna y el VAH se convierte, especialmente en las áreas rurales, en uno de los más intensos y letales escenarios de la guerra interna que vive el país.²⁵⁷

²⁵⁴ El Comando Político Militar del Huallaga en mayo de 1989 (transformado en 1990 en Comando Político Militar del Frente Huallaga) sería el encargado de planificar y ejecutar la política contrasubversiva en la zona; principalmente a través de cuatro batallones contrasubversivos (BCS N.º 313 Los Laureles-Tingo María; BCS N.º 314-Los Avelinos- Huánuco; BCS N.º 326-Tocache y BCS N.º 30-Tarapoto).

²⁵⁵ El destacamento “Colina” fue un grupo paramilitar de aniquilamiento integrado en secreto por miembros del Ejército Peruano y dirigido por el mayor del Ejército Peruano Santiago Martín Rivas durante la época de gobierno de Alberto Fujimori. En el VAH no tuvo la incidencia que tuvieron sus antecesores, los comandos “Rodrigo Franco” y “Escorpio”.

²⁵⁶ Vladimiro Montesinos, un ex-capitán separado de la institución en la década de 1970 por presuntas vinculaciones con la CIA y para entonces abogado del ex presidente Alberto Fujimori (ambos presos en la actualidad), parece haber jugado, en este mismo sentido, un papel importante en la creación de estos vínculos entre el presidente electo y sectores de la alta oficialidad del Ejército.

²⁵⁷ Para la CVR, la Región Nororiental presenta, con 3.725 muertos y desaparecidos entre 1980 al 2000, uno de los escenarios con mayores índices de violencia política del país. Particularmente el distrito de José Crespo y Castillo ocupa, con 929 víctimas y un 58 % del total del VAH, el segundo lugar a nivel nacional, después del distrito y provincia de Huanta (Ayacucho). Es importante anotar, además, que la violencia registrada entre los años de 1990 a 1993, durante el gobierno del presidente Alberto Fujimori, alcanzó el 54,61 % de la totalidad de hechos ocurridos entre los años de 1980 a 2000.

La militarización del conflicto posibilitó que las Fuerzas Armadas pusieran en marcha una práctica sistemática y generalizada de violación de los Derechos Humanos, contraria a las normas del Derecho Internacional Humanitario. Lo que incluyó torturas, tratos inhumanos o degradantes, desapariciones forzadas, masacres y ejecuciones arbitrarias masivas.

Una aproximación cartográfica de la violencia política en el VAH, sitúa las principales zonas cocaleras del norte del valle, Uchiza y Tocache -luego de una fuerte disputa entre el PCP-SL y el MRTA en 1987 a favor del primero-, bajo el dominio estratégico del CRH; pasando a ser lo que se denominaba “zonas liberadas”.²⁵⁸ El control en las poblaciones mayores se ejercía a través de los “Comités de Poder Popular Paralelo” (CPPP), conocidos como “las urbanas”.²⁵⁹ Los propios grupos de narcotraficantes se plegaron entonces a la posición de dominio del PCP-SL. Ahora bien, el aumento del tráfico ilícito de drogas no distaría del acontecido al sur del valle donde, a excepción de Tingo María que fungía de centro de coordinación y control para todos los grupos armados, en términos generales las FF.AA. eran preponderantes. De modo que allí eran los jefes militares y policiales, autoridades y funcionarios públicos, los sindicatos en actos de corrupción; al tolerar, resguardar o apoyar en el “trasteo de la droga”.²⁶⁰ Aunque a partir de 1994-95 la práctica totalidad de los narcotraficantes pasan a someterse a las FF.AA.

Por razones obvias, la parte central del VAH, el distrito de José Crespo y Castillo, con su capital Aucayacu, se convierte en el territorio en disputa y, por tanto, el lugar en donde ambos contendientes concentran especialmente sus acciones.²⁶¹ Comienza

²⁵⁸ Los ataques que el PCP-SL realizó en mayo de 1989 (6 policías muertos) y marzo de 1989 (10 policías y 3 civiles) al pueblo de Uchiza o el control sobre las actividades comunitaria en Tocache allá por 1987, son una muestra del poder que tenía en la zona norte del VAH.

²⁵⁹ De acuerdo a testimonios internos de senderistas, “las urbanas” fueron desarticuladas en 1994 debido a que en ocasiones estas fueron integradas por delinquentes que extorsionaban a los pobladores (PAUCAR, 2006).

²⁶⁰ Mediante el Decreto Ley 25426 de abril de 1992, el gobierno declara en estado de emergencia a todos los aeropuertos ya aeródromos existentes y encargándole su control a la Fuerza Aérea de Perú (FAP). a asumir el control de los mismos. Dando paso, entre algunos apresamientos mediáticos, a un consentimiento interesado para el embarque de droga para los cárteles de Cali y Medellín (Paucar, 2006). De estos acuerdos da cuenta igualmente el apoyo y rescate que las FF.AA. brindaron al narcotraficante “Machi”, en Paraíso, durante el ataque que éste recibió de Sendero Luminoso en 1990, por la falta de acuerdo en los pagos de “cupos” por vuelos (le exigían 50 mil dólares).

²⁶¹ Por ejemplo, los ataques que, en julio y septiembre de 1989, Sendero hizo a la recién creada con fondos de Estados Unidos, Base Antidrogas de Santa Lucía (Base Policial de la Dirección Antidrogas de la Policía Nacional en Santa Lucía), al parecer junto a grupos armados de narcotraficantes.

entonces una guerra de desgaste psicológico. Se vuelven comunes las formas de despojar al “enemigo” de toda humanidad, como una fórmula para eximirse ante la huella moral de los homicidios. Los muertos se incrementan y se convierten en mensajes de guerra cruzados. Sendero Luminoso usa literalmente la carretera Marginal como su particular muestrario de horrores y a diario aparecen cadáveres con carteles de mensajes “aleccionadores”. Con su presencia, la falta de justicia inicial deriva en una justicia inapelable y exhibicionista.

En un periodo donde la frontera entre “enemigo” y “presunto enemigo” comienza a desvanecerse, son muy comunes también las pruebas de sometimiento y lealtad. En ocasiones, los pobladores o jóvenes senderistas recién ejercitados son obligados a acciones armadas o aniquilamientos contra familiares. Lo que iría ensanchando el repudio popular. Otra modalidad de prueba es aquella que se origina induciendo a error a las poblaciones, haciéndose pasar tramposamente por el enemigo; y castigando posteriormente cualquier actitud de “deslealtad”.

El PCP-SL registra un incremento de sus asesinatos selectivos de autoridades, dirigentes comunales, presuntos informantes o agentes infiltrados, así como de los ataques a instituciones del Estado y destrucción de infraestructuras. Las expresiones de su capacidad de movilización social se expresan mediante tomas de pueblos y ciudades o “paros armados”; las de su capacidad militar a través de emboscadas a patrullas policiales y militares o ataques a los puestos policiales. Asimismo, mostró en muchas ocasiones preferencia por objetivos civiles (funcionarios, autoridades locales y comunales) con la intención de socavar la presencia del Estado en los territorios que se encontraban bajo su control.

Pero serían las FF.AA. las que entonces, por su parte, dieron un salto cualitativo en el conflicto, respondiendo reactivamente con represalias militares indiscriminadas contra los caseríos próximos al lugar donde se producían los ataques y emboscadas a patrullas por parte de Sendero Luminoso, a través de operativos de “rastrillaje” con aniquilamiento del enemigo. A última hora, llevando un paso más allá el conflicto y por insólito que parezca, ponen en marcha una estrategia que marcará la pauta castrense durante este periodo: “tierra arrasada”.²⁶² Los bombardeos indiscriminados de

²⁶² Entre estos hechos y tan solo considerando los que desplegados en el distrito de José Crespo y Castillo, destacan fatalmente el operativo “Cuchara” (1992), con un número de muertos aún indeterminado, entre

“ablandamiento” en contra de las áreas rurales consideradas bastiones del senderismo o del narcotráfico anexo, se realizaban con aviones de combate Tucano y helicópteros de ataque, artillados con ametralladoras y armas pesadas de largo alcance (*rockets*). Estos ataques aéreos que causaban centenares de bajas entre la población campesina, eran seguidos de incursiones militares donde se reportaban saqueos, abusos, violaciones, aniquilamientos y destrucción de casas, contra hombres, mujeres, ancianos y niños; muchos de los cuales trataban de escapar infructuosamente a estas represalias en las conocidas “correrías” al monte.

Mientras tanto, el Batallón Contrasubversivo (BCS) 313 del Cuartel "Los Laureles", en la ciudad de Tingo María, se convierte en un Centro de detención y tortura. Allí se reportan cientos de ejecuciones extrajudiciales (con decapitamientos y descuartizamientos mediante motosierra o ácido sulfúrico, de acuerdo a testimonios de los mismos militares) y la posterior desaparición de cientos de personas detenidas; muchos de los cuales, al parecer, acabaron fondeados en el río Huallaga.²⁶³ Además se reportan liberaciones de algunos detenidos a cambio de dinero. Algunos casos inicialmente velados en el VAH han resultado posteriormente emblemáticos por la trascendencia política de quienes los cometieron (no acabaré el capítulo sin ampliar este detalle). Sea como fuere, entre 1991 y 1992 se dan, en el contexto de los Operativos “Bolsón Cuchara” en 1992 y “Aries” en 1994, la mayor cantidad de muertos en el VAH durante el conflicto armado (CVR, 2003).

Ante las hostilidades militares, se da entonces un repliegue territorial gradual del PCP-SL. Cambios en otros órdenes contribuyeron igualmente a su progresiva derrota militar. La captura de Abimael Guzmán Reynoso (*Presidente Gonzalo* para las huestes senderistas) en septiembre de 1992, por el Grupo Especial de Inteligencia Nacional (GEIN), pone particularmente en entredicho la estrategia belicista y militarizada de la entonces Dirección Nacional Contra el Terrorismo (DINCOTE) de la Policía del Perú. La captura fue fraguada a espaldas del Servicio de Inteligencia Nacional (SIN) de Vladimiro

los que se encuentran 14 pobladores del caserío de Bambú y aproximadamente 36 en el caserío Alto Cuchara); el operativo “Aries”, ejecutado con asesoramiento israelí (en abril de 1994), con aproximadamente 100 civiles muertos; así como los ataques llevados a cabo en Venenillo (en junio de 1989, con aproximadamente 300 civiles muertos) y Paraíso (octubre de 1989).

²⁶³ De acuerdo con la Defensoría del Pueblo, solo entre 1989 y 1993, se registraron 315 casos de detenciones irregulares y 183 personas desaparecidas en la Provincia de Leoncio Prado. De acuerdo a la CVR entre 1989 y 1994 se registraron 198 casos de desaparecidos.

Montesinos, y a despecho de la guerra sucia que desde este impulsaba el gobierno; desarticulando la dirección política del Comité Central del PCP-SL por medio de un trabajo de inteligencia sigiloso y sin disparos; asestando así un duro golpe tanto al senderismo como a la vía militar de resolución del conflicto.²⁶⁴ El triunfalismo del Estado creció con la solicitud de conversaciones de paz del Comité Central del PCP-SL en 1993. En el VAH circularon entonces volantes sobre la negociación política y a favor de apoyar a los planteamientos de la dirigencia nacional encarcelada.

Lo que resulta importante señalar aquí es que la escalada de violaciones a los DD.HH., que se perpetraba principalmente en zonas alejadas como el VAH y mientras formaba parte de una narrativa que la presentaban como “el precio a pagar por la pacificación”, muy al contrario, aquí se encontraba haciendo regresar permanentemente la situación al punto de partida donde, alineándose al resentimiento popular ante la escalada de represión, el PCP-SL se encontraba socialmente legitimado para la lucha armada. La prueba está en que, a diferencia de la mayor parte del país donde la violencia política se desvaneció definitivamente, en el VAH y a pesar de la neutralización inicial ante el golpe moral por el descabezamiento, aquella continuó entrado el siglo XXI.

Otros dos elementos favorecieron, no obstante, el declive senderista en la zona durante la década del noventa. Primero, dos dispositivos jurídicos operan a favor del giro autoritario; de una parte la “Ley de Arrepentimiento” (Decreto Ley N.º 25499, de 1992) que concedía a los “alzados en armas” y sus colaboradores la opción de arrepentirse reintegrándose a la vida legal.²⁶⁵ A ella se acogieron principalmente campesinos de zonas comprometidas compulsivamente por Sendero Luminoso dentro de una campaña psicológica de miedo –por ejemplo, a perder la chacra de la que dependían económicamente para su subsistencia económica-; sumado a un sentimiento de culpa por

²⁶⁴ Para profundizar más si cabe esta dualidad existe la teoría aun no del todo contrastada de que diciembre de 1990, los agentes del Grupo Especial de Inteligencia (GEIN) estaban a punto de capturar al cabecilla terrorista Abimael Guzmán y a toda su cúpula senderista, pero una orden del entonces presidente Alberto Fujimori impidió que esto suceda; cancelado por “ordenes presidenciales” y, algo que hasta ahora no queda claro,

²⁶⁵ Incluyó el nombramiento del general Alberto Arciniega Huby como jefe del Comando Político Militar del Huallaga y su estrategia de dejar de perseguir al campesino cocalero, el “Decálogo de las Fuerzas del Orden” (1991) que buscaba la conformación de los Comités de Autodefensa y la “Ley de Arrepentimiento” (Decreto Ley N.º 25499, 1992).

la participación activa o pasiva en hechos delictivos por temor a represalias posteriores, marca un punto de inflexión.²⁶⁶

El objetivo -que no debemos olvidar que incluía el efecto disuasorio de los bombardeos y la violencia posterior de los operativos- era asfixiar políticamente a Sendero Luminoso, dejando sin base social su guerra. Por otra parte, la Constitución de 1993, instituyó el Tribunal de Justicia Militar para casos de terrorismo.²⁶⁷ Estos tribunales imponían su competencia en los casos de tortura cuando los acusados eran miembros de las FF.AA.; haciéndose garantes de la impunidad a través de sentencias leves en casos probados y favoreciendo una obstrucción a las autoridades civiles.

Segundo, otro mecanismo de guerra que buscaba el desgaste económico de SL por la vía del estrangulamiento de las bases económicas de los campesinos fue la *guerra química* de los cocales por medio de operativos aéreos que dispersaron por todo el valle el hongo *Fusarium oxysporum* (conocido en el valle como la *seca-seca*) y el herbicida *Spike*.²⁶⁸

En Aucayacu, a un nivel más local, también se deja sentir la intensificación de la lucha antisubversiva. Con la llegada del célebre *Capitán Esparza*, se hacen comunes las detenciones arbitrarias, las desapariciones y los asesinatos extrajudiciales. La memoria local registra, aún hoy, casos en los que luego de torturar a los detenidos, estos eran descuartizados utilizando una motosierra; para pasar a engrosar luego la lista de “los caídos del cielo”; donde los detenidos, colgados en costales de un helicóptero, eran arrojados desde cierta altura, vivos o muertos, al río o al monte.

La condición de campesino era finalmente la posición más subalterna entre todas las posibles dentro de la guerra en el VAH. Como comenta una autoridad comunal acerca

²⁶⁶ Los acogidos a la ley en ocasiones debían de pasar por singulares ritos como quemar simbólicamente trapos rojos y besar la bandera nacional.

²⁶⁷ El artículo 173 de la actual Constitución política peruana establece la existencia de la jurisdicción militar para casos de administración de justicia en delitos de función de los miembros de las Fuerzas Armadas y Policiales, establecidos en el Código de Justicia Militar y, excepcionalmente, para el caso de civiles en delitos de traición a la patria y terrorismo que la ley determina.

²⁶⁸ La destrucción de cocales se dio por efecto de las fumigaciones “experimentales” con el defoliante *Spike*, a fines de los ochenta (1987), como por la diseminación posterior, en los noventa (1991), del hongo *fusarium oxysporum* (CVR, 2003).

de la vida en Venenillo, distrito de José Crespo y Castillo, acerca de los operativos de rastrillaje:

“Venenillo era terrible. Allí **la vida no valía nada, podías ser muerto por los senderistas o los militares y no pasaba nada.** Tu mujer y tus hijas en cualquier momento eran violadas y asesinadas...no podías denunciar porque también te acusaban de terruco, te torturaban, cortaban el cuello, y botaban al río. Los narcos que eran capturados y no podían pagar altas cantidades de dinero, eran desaparecidos. Cuando capturaban mandos e incautaban armas largas, les pedían dinero para darles libertad y entregarles los *fales* y *metracas*. Los dirigentes terrucos se vacilaban porque eran capturados y salían como si nada del cuartel, pero **los campesinos pobres acusados de ser senderistas no tenían perdón...**” (PAUCAR, 2006, 140).



Fotografía 24. Segundo Jara Montejo durante la presentación de su libro “No encuentro mi oreja”. Fuente: Archivo personal de S.J.M.

Nuevamente golpeado por la experiencia de la barbarie, Segundo Jara Montejo, se propuso escribir, años más tarde, una obra que, mediante una propuesta narrativa distinta e innovadora respecto a la anterior, presente los claroscuros de los peores años de la guerra interna. Veamos con qué resultado.

Un joven con la biblia debajo del brazo y un impacto de bala en la pierna corre apresuradamente por las calles de Aucayacu para salvarse de la persecución de la policía. Al poco tiempo es consciente de que ha dejado de existir y su espíritu, mientras trata de recomponer infructuosamente las partes de su cuerpo mutilado, a través de un relato medio onírico, va también descubriendo, entre lo que escucha a sus vecinos y lo que va recordando, lo que le sucedió aquel fatídico 4 de julio de 1984.²⁶⁹ Lo único que inicialmente alcanza a recordar es un policía que, mientras le empuja a un vehículo le grita: “¡Cállate terrorista, has matado a mis colegas!”

En su reconstrucción del ataque senderista en el que el protagonista ha perdido la vida, la novela da un giro completamente inesperado y se remonta al tiempo en que tienen

²⁶⁹ La historia, que remite además al mito mesiánico andino del Inkari, recuerda en ese punto a un clásico de la literatura de la violencia política, “Adiós Ayacucho” (1986) de Julio Ortega, donde se narra el peregrinar hacia Lima del dirigente campesino Alfonso Cánepa, asesinado y mutilado por la policía, para reclamarle infructuosamente al presidente por sus huesos, a fin de poder darles sepultura.

lugar los operativos anti droga Verde Mar I y II, entre los años 1979 y 1980. Entre el fragor de las luchas campesinas, Jara retrata una manifestación de cocaleros en junio de 1981 que es brutalmente reprimida por la Policía, con perdigones, bombas lacrimógenas y balas de goma. En el umbral de la derrota uno de los manifestantes lanza un grito apabullante: “*¡Que viva la lucha armada!*”, que queda sin respuesta. Jara introduce entonces un desplazamiento conciliador que, de todas maneras, inquieta; “*y como queriendo darle legitimidad a lo que decía, finalmente gritó: «Que viva la lucha cocalera», entonces recién recibió un ¡VIVA! Como respuesta de sus «compañeros»*”.

A continuación, y en su estilo de reconstruir el proceso con apego a los hechos, Jara va acompañando el proceso de radicalización del movimiento cocalero en el VAH a través del liderazgo de una familia del distrito de José Crespo y Castillo que, en un acto de desesperación, y aprovechando sus contactos políticos en la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga (Ayacucho), convence a los agremiados de solicitar el tutelaje militar del PCP-SL, a fin de defenderles de la erradicación. Cinco meses después su presencia armada da paso al trabajo de bases, el hostigamiento a los representantes locales del Estado y, después de un tiempo, a las primeras acciones armadas.

El día 4 de julio de 1984, replicando el ataque efectuado unos meses atrás, el PCP-SL realiza una incursión masiva en la ciudad de Aucayacu, con un asalto escalonado. De una parte, un batallón ataca nuevamente el puesto de la Policía donde además liberan a los presos comunes (*ladrones, fumones y proxenetas*). Al acabar, en su huida prenden fuego a la sucursal del Banco de Crédito del Perú. Mientras, en el otro extremo de la ciudad, un segundo grupo ataca las instalaciones del PEAH que estaban siendo protegidas por la UMOPAR. Acabada la balacera, una patrulla policial sale en persecución de los senderistas con la orden de “*que disparasen a todo lo que se moviese*”. Finalmente, un convoy con veinte policías de refuerzo que se dirigen desde Tingo María a Aucayacu, es emboscado en “Puente Pacae”, con un saldo de tres policías muertos. Dos de las tres camionetas continúan la ruta hasta Aucayacu. Al llegar su ira resulta incontenible y su venganza casi inenarrable.

En su batida por la ciudad van deteniendo a cuanta persona se encuentran. Nuestro protagonista, que acababa de salir de la iglesia evangélica, acompaña entonces a un grupo de vecinos que tratan de apagar el incendio del Banco de Crédito. Repentinamente llegan los vehículos policiales que disparan contra la masa y se llevan a los heridos. A

continuación, -Jara es extraordinariamente hábil describiendo estas escenas dantescas-, tras visitar la comisaría atacada y comprobar las bajas, el teniente de policía ordena amontonar a los heridos y hacerles explotar con granadas.²⁷⁰

Quisiera no obstante volver a la escena anterior, la de los vecinos tratando de apagar el incendio en la entidad bancaria, para exponer algo. El hecho muestra, además de ese apego a los hechos que tanto gusta a Jara, un gesto narrativo que desde mi punto de vista debe ser tomado alegóricamente. Y sostengo que Jara recurre a él para expresar esa paradoja trágica entre, por una parte, la población local -a los que denomina “*los buenos vecinos*”-, que poniendo en riesgo sus propias vidas, se empeña en salvar una de las instituciones que, en medio de la guerra, aún les da estatus de ciudadanía. Por la otra, una fuerza policial desbordada por las acciones guerrilleras que responde de forma desproporcional e indiferenciada contra aquella “*¡Mátalos a estos concha de su madre! –sentenció - ¡Todos son terroristas!*”.

Regresemos ahora a la trama. La madre del protagonista, *Doña Enedina*, desconocedora del trágico final que había tenido su hijo, emprende la estéril búsqueda de este, siendo maltratada por la policía y amenazada por los senderistas, respectivamente. Será recién entonces (pág. 104) que conocemos la identidad del victimado, *Wagner Ríos Arévalo*, un joven agricultor y evangélico. El efecto de este dilatado anonimato permite, a mi modo de ver, producir en el lector una representación universalizada de la víctima.

A diferencia de su madre, su novia *Graciélita*, luego de darle sepultura a los restos que logran ubicar a hurtadillas de la madre, no tarda en rehacer su vida con un soldado. Madre y novia parecen representar también, en ese sentido, las dos formas de encarar el post conflicto armado. La memoria traumática versus el olvido pragmático. Por una parte, una sociedad que no puede vivir sin saber; por la otra aquella que prefiere olvidar para poder seguir adelante. Volveremos no obstante con esta falsa dicotomía en el siguiente apartado.

²⁷⁰ Un dato curioso y cruzado, en la novela se narra la detención secuestro y posterior entrega de un tal “Yorch Alexander” quien encarna en la ficción al hijo de Liborio Aguilar, quien salva de morir en la explosión y posteriormente es entregado debido solo a la astucia del padre periodista es liberado por la presión mediática que logro su padre con ayuda del gremio de comunicadores. Lo que demuestra que las guerras son más crueles con aquellos que menos capital (social en este caso) tienen.

Al poco tiempo es decretado el estado de emergencia, y con la llegada de la autoridad militar la experiencia cotidiana se torna más difícil. Los militares toman la ciudad y lo senderistas el campo, los caseríos; la vida militarmente tutelada a uno u otro lado de esta frontera imaginaria se hace más y más compleja para la población local. Mientras “la urbana” administra una “justicia paralela” en los núcleos urbanos, tras las incursiones del ejército en las zonas rurales, el río Huallaga baja atestado de cadáveres.

Otro recurso narrativo del texto, por lo demás de gran valor simbólico, lo representa la imposibilidad que el protagonista expresa de alejarse y descansar. Por una parte, siente desasosiego por el destino de su madre y su sobrino, *Luisito*; también de *Graciélita*. Por otra parte, algo lo retiene sin dejarlo ir en paz, “*no puedo ir todavía, no encuentro mi oreja*”. Curiosamente Jara elige ese órgano irremplazable y tan valioso para la comunicación, para la empatía, para escuchar los relatos de las víctimas, con toda su humanidad, en las entrevistas o audiencias públicas en las que participó. Las que además acabarían nutriendo temáticamente sus novelas.

Finalmente, solo tras la muerte de *Doña Enedina*, *Wagner Ríos* se dispone a partir, siguiendo “*el llamado de Jehová Dios*”, anhelando el cese de la violencia en el Alto Huallaga y, pese a los esfuerzos por reconstruir la mayor parte de su cuerpo, aún sin su oreja.

Desde el punto de vista más formal, cabe agregar que, prolongando el estilo de su anterior obra, Jara se adhiere de forma excelsa a la corriente naturalista; en el sentido de realizar detalladas descripciones de los paisajes y costumbres locales (que por cierto acompaña con croquis y glosario de localismos). Además, demuestra un brillante dominio de la acción cuando aquella se vuelve intensa; de modo que es precisamente en el momento en que la trama se acelera y las escenas se vuelven más viscerales, cuando el autor explota al máximo sus recursos narrativos para emocionar y enganchar al lector.

Otro recurso formal que también quisiera subrayar consiste en las frecuentes reseñas biográficas de personajes secundarios, en uno u otro bando, que Jara coloca a lo largo de la novela. El recurso denota su inclinación periodística y un trabajo archivístico importante; pero además expresa un sugestivo contrapunto, no solo a su propio gusto por la acción, sino a toda aquella narratología de la violencia que privilegia las estadísticas

por sobre las personas y sus experiencias. Y que Jara, sostengo, rescata de sus experiencias con la CVR.

Esta interesante forma de enfatizar, mediante estrategias biográficas, la subjetivación del conflicto, de poner en valor aquellas experiencias e historias minúsculas que, a pesar de ser invisibilizadas por la historiografía convencional están siendo actualmente recuperadas mediante una línea de amplia producción testimonial que además de abarcar géneros muy diversos,²⁷¹ coloca en el centro del debate los distintos modos en que la memoria traumática puede ser representada. Dicho de otro modo, el texto logra recuperar aquellas reflexiones formales sobre cómo la codificación estética de la violencia puede perturbar los convencionalismos éticos y estéticos en el lector, interpelándolo mediante representaciones distintas a las convencionales. Lo que remite, de acuerdo a Rancière (2007 apud DE VIVANCOS, 2013, p. 42) al lugar de las elecciones estéticas y éticas.

La violencia vinculada al conflicto interno peruano constituye en verdad un hecho tan extremo que parecería caer dentro de “lo irrepresentable” (SEMELIN, 2007). Ahora bien, los intentos por “imaginar lo inimaginable” (PABÓN, 2013), antes que todo están sujetos a una serie de aspectos esenciales desde donde podemos rastrear las tensiones y los límites entre la representación ficcional, la historia y la memoria.

El primer gran dilema –como ya vimos–, arranca con la pregunta, ¿se puede contar la violencia? La respuesta no es un rotundo no, en términos de creer en la existencia de un relato total y abarcador; entre otras cuestiones porque si existieron víctimas, estas se llevaron consigo los relatos del drama más básico. Pero conviene matizar a su vez que, dado que es esencial intentar llenar esos vacíos que deja tras de sí la violencia, conviene comenzar a discutir y ampliar las fronteras de nuestra comprensión de aquella y avanzar de ese modo hacia una simbolización liberadora sobre la misma. Lo que reorienta el debate hacia la pregunta “¿cómo representarlo”?

En ese sentido, la visión historiográfica convencional, aquella que encarna una desconfianza epistemológica original hacia la memoria y los testimonios de los

²⁷¹ Entre las producciones más reseñables en esta producción testimonial se encuentran las obras “Memorias de un soldado desconocido. Autobiografía y antropología de la violencia” (2012) de Lurgio Gavilan, “Los rendidos. Sobre el don de perdonar” (2015) de José Carlos Agüero, o el documental “La Búsqueda” (2019) de los realizadores españoles Daniel Lagares y Mariano Agudo.

supervivientes, encuentra evidentes obstáculos para profundizar nuestra comprensión de la experiencia extrema. Ahora bien, en ese caso es igualmente legítimo plantearnos qué estamos perdiendo en estos vacíos.

Aun así, también el discurso testimonial de los “supervivientes” debe ser sometido, como afirma Primo Levi (1997) al juicio crítico. Ya que si sus testimonios han servido para dar un reimpulso moral a la memoria y, por lo mismo, los testigos se convirtieron en una fuente esencial para la “recuperación” del pasado traumático en el Cono Sur, también es importante ser conscientes de sus propios límites y distanciarse de cualquier sobrevaloración acrítica de la posición de enunciación del testigo, de acuerdo a Sarlo (2005 apud PABÓN, 2013, p. 40).

Finalmente, los debates parecen haberse desplazado hacia la eficacia de la ficción para anclar el relato de la violencia. Los hechos son tan extraordinarios en sí que, incluso aquí, el sistema ético y estético convencional no basta para representarlos ni, por ende, para comprenderlos. De modo que la ficción consigue ser uno de los dispositivos más desafiantes sobre la forma en que entendemos las experiencias límite; en aras a conmover la imaginación de una verdad seguramente inabarcable por otros medios (PABÓN, 2013).

CAPÍTULO 11. “AÑOS NEGROS”: LAS VIOLENCIAS DESPUÉS DE LA VIOLENCIA

Con el descabezamiento del PCP-SL, tras la captura de su líder, Abimael Guzmán Reynoso, y pasada la inercia belicista de la segunda mitad de los años noventa, el CRH, inicialmente reticente a ellos, se suma finalmente a los “Acuerdos de Paz” (1993) pactados entre el Comité Central encarcelado y el gobierno de Alberto Fujimori. A diferencia de la línea continuista de la selva central,²⁷² el frente nororiental se repliega territorialmente, dando paso a una fase de declive de las acciones armadas. Su accionar, más esporádico y selectivo, se ve obstaculizado por la pérdida de soporte económico,²⁷³ orientándose entonces tanto a la reorganización política como a recuperar la confianza de las bases campesinas. La parte militar queda relegada a una estrategia defensiva, de baja intensidad y supeditada a la “propaganda armada”; por lo que cobra entonces una especial relevancia la amplificación mediática, nacional e internacional, del mensaje acuerdista: la búsqueda de una solución política a la guerra interna.

Las acciones armadas son retomadas a partir de 2004, ya sin ánimo expansionista, con el objeto de disuadir las operaciones policiales o militares que ponían en peligro sus bases económicas o sociales.²⁷⁴ A pesar de lo cual, el CRH no logró contrarrestar las constantes capturas y bajas por enfrentamientos que irían minando progresivamente su capacidad operativa hasta su aparente desactivación, a día de hoy.

Por parte de las Fuerzas Armadas y Policiales, y a pesar de un marcado cambio de estrategia a favor de las tácticas de inteligencia,²⁷⁵ parece haber prevalecido, sin

²⁷² Desconociendo el Acuerdo de Paz (1993), la otra facción del PCP-SL, “Proseguir o Sendero Rojo”, asentada en el valle de los ríos Apurímac, Ene y Mantaro (VRAEM), optó por continuar con las acciones armadas; perdiendo igualmente intensidad a partir de la captura en 1999 de Óscar Ramírez Durand, “Camarada Feliciano”.

²⁷³ El CRH se vio severamente afectado por la falta de recursos económicos a consecuencia de la caída de la actividad del narcotráfico y el declive de la coca (1995-1999); llegando a estar constituido por apenas 2 grupos de 30 combatientes.

²⁷⁴ El CRH del PCP-SL pasó a garantizar la actividad económica de los contrabandistas de combustible o madera ilegal ante las medidas de interdicción o, en ocasiones, extorsión que aquellos recibían por parte de los organismos de control del Estado (PNP, SUNAT, Aduanas y Ejército). Asimismo, también dirigió sus acciones contra los organismos nacionales o internacionales vinculados a las políticas de interdicción, erradicación o desarrollo alternativo.

²⁷⁵ El trabajo de las fuerzas de seguridad durante el siglo XXI ha buscado de una parte debilitar la base financiera del CRH por medio de mega operativos dirigidos a narcos y cocaleros (Huracán, 2007 y Eclipse, 2010); de la otra fortaleciendo el trabajo de inteligencia usando pagos de “recompensas” y acuerdos con senderistas “arrepentidos”, que supusieron el aislamiento y posterior desmantelamiento de la organización en el VAH.

embargo, el deseo de dilatar su presencia omnímoda en el VAH, acentuando el conflicto a través de actuaciones mediáticas, principalmente capturas y mega operativos, que buscaban reactivar permanentemente los fantasmas del “terrorismo” y crear las condiciones para la perpetuación del estado de emergencia que ha prevalecido hasta el 2015.

Pero las consiguientes restricciones a las garantías constitucionales han servido además para vedar las protestas que los movimientos y gremios campesinos, en constante reestructuración, han comenzado a dirigir, una vez acabadas las hostilidades bélicas, contra los organismos gubernamentales y no gubernamentales, nacionales e internacionales que, en torno a los programas de Desarrollo Alternativo, han monopolizado y tomado como botines de guerra las políticas de desarrollo en la zona, sin el consiguiente diálogo social. Estas mismas lógicas acompañaron tanto a la Ley de Amnistía (1995)²⁷⁶ que buscaba la impunidad judicial, como a las erráticas políticas de reparación civil, que impiden además aquí la impostergable rearticulación Estado-sociedad civil, en un territorio donde aquella saltó en pedazos con el voluntarismo belicista del periodo anterior. La escasa sensibilidad del Estado hacia esta situación se expresa hoy, por señalar un ejemplo, en que los miembros de los Comités de autodefensa, quienes jugaron un rol esencial para la vigilancia civil y la pacificación del valle, se vean empujados a pedir colaboraciones en las carreteras para su sobrevivencia institucional.

Al final, y a pesar de que el Estado haya emprendido acciones de reparación en torno a las recomendaciones de la CVR²⁷⁷ y el Plan Integral de Reparaciones (Ley n° 28592), estas han demostrado ser aún insuficientes, dadas las limitaciones institucionales y la implementación aún fragmentaria de aquellas (CORREA, ICTJ, 2013). Hasta la fecha han prevalecido, por tanto, las situaciones de impunidad ante los casos de violación del derecho internacional humanitario y, lo que resulta más preocupante en términos de expansión de la gobernabilidad democrática, la autocensura mediática, la sobredimensionalización de los síntomas bélicos del conflicto, en desmedro de la

²⁷⁶ La Ley de Amnistía (Ley 26749) de 1995, que acabó derogada al final del gobierno de Fujimori (2000), ordenó la liberación de los militares y policías presos o acusados de crímenes en el proceso de lucha contra el terrorismo; consagrando la impunidad jurídica frente a los delitos contra los derechos humanos.

²⁷⁷ El gobierno se ha resistido a dar cumplimiento integral a las recomendaciones de la CVR (Tomo IX, Capítulo II, numeral 2.2.), en relación a las indemnizaciones y sanciones. Por el contrario, ha asignado un presupuesto insignificante, por poner un ejemplo, para las reparaciones colectivas. De modo que los familiares de las víctimas siguen esperando justicia con sanciones a los que asesinaron o desaparecieron.

naturaleza social y política del mismo, o la criminalización de las organizaciones sociales o movimientos campesinos que denuncian que se quiera pasar página,²⁷⁸ o que antagonizan las posiciones dominantes en torno a las políticas de desarrollo, la orientación o resultados de los programas del Desarrollo Alternativo, el fracaso del “Convenio de auto erradicación gradual, concertada y voluntaria” o la suscripción de Tratados de Libre Comercio (TLC), entre otros.

Descuidos de fondo y forma que, no obstante, lamentablemente podrían volver a incubar un sentimiento de frustración y resentimiento entre los sectores rurales más empobrecidos; los que, bajo una estampa permanente de erradicaciones de nuevos cocales, expresan la persistencia de los frustrados años 70, en términos de mediación política.

Por otra parte, y más allá del desinterés del obispado regional, la presencia de iglesias cristianas en el VAH, especialmente en las zonas rurales remotas, expresa antes que nada la necesidad que tienen los campesinos por recobrar un sentido de pertenencia a una comunidad que, en el contexto de la guerra interna, fue profundamente sacudido. A través de la Comisión de Derechos Humanos creada entre las iglesias de Aucayacu y Tingo María, el rol humanitario que estas jugaron frente a los hechos de violencia, entre el hostigamiento y las amenazas,²⁷⁹ protegiendo a las víctimas de ambos bandos, no solo no ha sido adecuadamente reconocido, sino que contrasta con la aún escasa labor reconstructiva del Estado.

Nos cueste más o menos asumirlo, los tres gobiernos que enfrentaron la violencia política, los ex presidentes Fernando Belaunde Terry, Alan García y Alberto Fujimori,²⁸⁰ fueron cómplices o corresponsables, por acción o por omisión, de implantar una estrategia

²⁷⁸ El propio Segundo Jara, que llegó a ser anteriormente amenazado y buscado por Sendero Luminoso, fue objeto de efectivos de la PNP, tratando de involucrarlo en actividades senderistas, durante un período que denunciaba radialmente los abusos y actos de corrupción en torno al Desarrollo Alternativo.

²⁷⁹ La CVR calcula que a causa de la violencia murieron en la zona de Aucayacu y Tingo María más de 50 catequistas católicos y miembros de otras iglesias que eran también dirigentes de las comunidades o caseríos. En la zona de Aucayacu resulta asimismo reseñable la labor que desempeñaron los oblatos de María Inmaculada, las dominicas y trece iglesias de distintas denominaciones evangélicas, en el acompañamiento de los familiares de las víctimas del “Operativo Aries”. Aquellos fueron los principales mediadores para los familiares de las víctimas; un gesto que, sin embargo, le ocasionó el hostigamiento a su párroco (P. Víctor Atúncar), quien al poco tiempo tuvo que abandonar la zona.

²⁸⁰ El ex presidente Alberto Fujimori fue sentenciado en el año 2009 a 25 años de prisión como autor mediato por, entre otros delitos, crímenes de lesa humanidad perpetradas por el grupo militar encubierto “Colina”, por los casos de las matanzas de La Cantuta, Barrios Altos y los secuestros del periodista Gustavo Gorriti y el empresario Samuel Dyer.

de terror y, posteriormente, ser tolerantes ante las violaciones a los derechos humanos que de forma sistemática e indiscriminada cometieron las fuerzas policiales y militares en el territorio nacional con una incidencia especial en estos espacios liminares de la legalidad. La falta de pronunciamiento gubernamental no puede sino ser un mensaje desalentador para las miles de víctimas de la guerra interna.

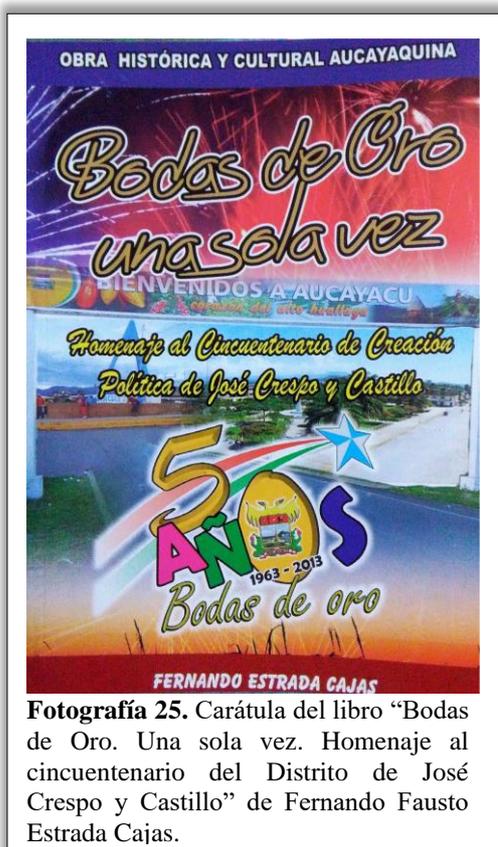
Pero hoy día es necesario ir aún más allá, ya que no solo se ejecutaron acciones que podrían tipificarse como “terrorismo de Estado”, sino que seguidamente, se ha continuado generando resentimiento y frustración entre un sector del campesinado. Este actor tantas veces postergado, debe afrontar las ilusiones oficiales del Desarrollo Alternativo, entre la verticalidad programática, la falta de transparencia y la sangría de recursos hacia la lucha contrasubversiva y antinarcótica, en medio de un paisaje de pobreza y frustración general, una campaña mediática a favor de la impunidad y su

práctica exclusión de los espacios de deliberación política, en el post estado de emergencia.

Con todo, no han faltado en el VAH voces que, desoyendo el mandato de estos tiempos de amnesia, desafían el relato oficial de la violencia; así sea que este atormente “el sueño de los justos”. Entre ellos, un profesor de la I.E. Inca Huiracocha de Aucayacu, colega de Segundo Jara, quien vuelca poéticamente su experiencia de barbarie, con una alta carga de emotividad, hacia la restitución del espacio común y las formas de reparación alternativas.

Fernando Fausto Estrada Cajas (Ambo, Huánuco, 1961) nació en el seno de una familia humilde, dos agricultores analfabetos que, en el

año 1964, durante el gobierno de Fernando Belaunde Terry (de quien rescatarían el nombre para su hijo), migraron al VAH para instalarse en el caserío rural de Río Frío (Distrito de José Crespo y Castillo). Fernando comenzó a sentir inclinación hacia la poesía a la temprana edad de 8 años, expandiéndola a lo largo de sus estudios. Una vez



Fotografía 25. Carátula del libro “Bodas de Oro. Una sola vez. Homenaje al cincuentenario del Distrito de José Crespo y Castillo” de Fernando Fausto Estrada Cajas.

concluidos y frustrado su intento de ingresar al cuerpo de policía, se dedicó a la agricultura, al transporte y, finalmente, a la educación.

Hoy día trabaja como docente en la I.E. Inca Huiracocha, donde además ha recibido reconocimientos por el impulso a la escritura entre sus estudiantes de primaria. Ha publicado los libros “*Poemas y Poesías. Aucayacu tierra linda*” (2006) y “*Bodas de Oro. Una sola vez. Homenaje al cincuentenario del Distrito de José Crespo y Castillo*” (2013). Esta última es, en síntesis, una obra que Fernando, como otros docentes en sus distintas especialidades, difunde entre sus estudiantes para ofrecerles conocimientos sobre la cultura local que permitan complementar las referencias elementales que se reproducen en los libros del Ministerio de Educación.

La obra, que editó aprovechando la conmemoración del 50 aniversario de la localidad, rescata fuentes historiográficas locales; pero además, incluye un poema inédito, “Años Negros”, donde, a partir de su experiencia, introduce cuestiones que, a pesar de su relevancia social, se encontraban ausentes en las obras escolares.

AÑOS NEGROS

Tanto miedo, tantas muertes
gritos por aquí, arengas por allá
todo era un loquerío
qué tristeza para mí.

Acaso no recuerdo,
aquellos años negros,
acaso en mi memoria no existe
imágenes de terror sangriento.

Lucha Armada,
lucha del pueblo dice
más el fin de ello
fue caos y destrucción.

Fuerza Armada
fuerza destructora
oficiales y soldados
destruyeron a mi gente.

Yo sufrí en carne propia
los embates del terror
acaso soy de acero
soy humano como todos

Mis amigos, ¿dónde están?
Mis vecinos, ya no están
ellos nunca volverán
la parca atroz se la llevó.

Un disparo en la penumbra
un niño abandonado
quedó su mente destruida
por culpa del terror

Olvidemos el pasado
pues miremos el futuro
practiquemos la justicia
como Cristo nos mandó.

Este poema se presenta inicialmente como un sumario denso y macabro del itinerario de horrores por el que transitaron los pobladores rurales del VAH durante los largos años de violencia. Sin abandonar el tono lírico, el hablante poético adopta aquí el punto de vista de la víctima que rememora el terror vivido, una vez pasado el manto general de la violencia. No existe distanciamiento alguno con la tragedia, el propio autor, como expresión de que escribe desde la experiencia traumática vivida, se coloca dentro y fuera de un lugar de enunciación que no le es ajeno; el de los campesinos que quedaron atrapados por las trampas belicistas del conflicto. Y desde donde pasa a dar cuenta de las profundas huellas de miedo, angustia, pérdida o perdón, que aquel marcó en su memoria.

Desde un punto de vista formal, el texto adopta un tono de plegaria que parece querer exorcizar el mal, rememorándolo con toda su carga de tragedia y vinculando incontinentemente el poema con elementos extra textuales que van acumulando el sentido de la tragedia a lo largo del mismo. Veamos ahora como lo expone poéticamente el autor.

El poema está dividido en tres secciones. La primera que cubre sus tres primeras estrofas, está narrada en pasado y parece querer fijar en el tiempo la magnitud de la tragedia (*“Tanto miedo, tantas muertes”*). En la secuencia narrativa se distinguen tres momentos; de la confusión inicial se da paso a la reflexión introspectiva de la segunda estrofa y, de ahí, a la disociación de las lógicas belicistas en la tercera.

Veámoslo más detenidamente. Las dos primeras estrofas hacen referencias directas al conflicto; la primera apela al nivel vivencial, al caos y a la conmoción que conducen a la enajenación de la experiencia del horror; la segunda, cargada de

autorreferencialidad, hace lo propio con la imposibilidad de escapar del mismo, a través de los recuerdos traumáticos. La memoria que aquí aparece, alejada de aquella otra producida en la distancia aséptica del mundo académico, es más bien una memoria traumatizada, saturada de facticidad, que Estrada formula mediante una sucesión incontenida de términos expresivamente combustibles (miedo, muertes, gritos, arengas, loquerío, terror, lucha, caos, destrucción, fuerza destructora) y que busca ya no consuelo, sino la empatía del lector ante aquellas.

Otra acertada estrategia literaria que el autor parece usar aquí para crear tensión (*“Acaso no recuerdo (...) acaso en mi memoria no existe imágenes de terror sangriento”*) consiste tanto en la provocativa ausencia de interrogantes como, a continuación, la ausencia de respuestas que en tanto que agolpamiento de imprecaciones seguidas de un eco dramático, acaba imponiendo el efecto de protesta que el autor parece buscar. Finalmente, la tercera y cuarta estrofa apelan a la frustración y el rechazo ante el relato glorioso de los grupos beligerantes que encubre falsariamente sus derivas destructivas. El recorrido del yo poético franquea, por tanto, la experiencia bélica, en una dialéctica que traza deliberadamente una distancia moral entre el yo y el ellos.

Ya una segunda sección que incluye las tres siguientes estrofas, remite al escenario que deja tras de sí el conflicto. (*“Yo sufrí en carne propia”*); el ardor del arranque no deja lugar a la duda de que detrás del lirismo subyace una experiencia personal, y este es tan solo un modo de explorar los términos del lenguaje para liberar al autor del drama vivido. La presencia de la muerte, que se sustantiva aquí acudiendo a los confines idiomáticos (*“la parca”*), se convierte en el elemento de cruel concordancia entre el yo (*“acaso soy de acero soy humano como todos”*) de la primera estrofa, el *nosotros* (*“Mis amigos, ¿dónde están?”*) de la segunda y el *ellos* indiferenciado pero próximo de la tercera. La imagen inquietante del *“niño abandonado”* y destruido tras la detonación, en la tercera estrofa, retrata de forma alegóricamente sobrecogedora la orfandad social en la que quedan los deudos del horror.

De una especial relevancia resulta finalmente la tercera parte del poema y creo que tan solo un análisis adecuado permite entender el alcance de la misma. Si el motivo de los dos primeros versos (mirar hacia el futuro) puede ser en principio interpretado, -no hago otra cosa que seguir el punto de vista que he expresado hasta este momento-, como la pretensión de pasar página de forma apresurada que, en complicidad con la barbarie,

violenta la memoria de las víctimas, nuestro punto de vista está, admitámoslo, atravesado por nuestra posición distante, física y éticamente con el conflicto.

Mientras tanto, la voz poética del autor nos interpela desde el otro lado del horror, desde el odio que persiste, desde la guerra que no acaba y exige aceptar un estatus de igual con tus victimarios, donde el pasado y el futuro se diluyen ilusoriamente, la única variable restauradora puede ser la promesa mesiánica de la religión; es decir, aquella que trae la justicia redentora del cristianismo.

Resulta casi inexcusable acudir aquí de nuevo al gran filósofo y crítico literario alemán, Walter Benjamin. Víctima hasta las últimas consecuencias de la violencia y la persecución en su condición de marxista y judío en la Europa fascistizada de los años 30 (siglo XX), Benjamin ofrece algunas interesantes reflexiones historiográficas para considerar, desde un punto de vista crítico, esa carga de violencia que acompaña de forma soterrada la agasajada modernidad. Por lo que reclama otro relato “a contrapelo” que interrumpa el *continuum* del progreso y ponga en valor el carácter sufriente de los “escombros” de la historia” (BENJAMIN, [1940]1989). Y el debate sobre los dilemas pasado-futuro de la modernidad peruana, como estamos viendo a lo largo de todo este trabajo, sigue siendo fundamental en el presente.

Con todo, adoptando una tradición bíblica de la historia de la que hereda más la sensibilidad mesiánica que sus promesas y colocándola en un diálogo virtuoso con el materialismo histórico, Benjamin reclama que la filosofía de los vencedores, con su obstinada avidez de poder, progreso y consumo, haya dejado de lado a la humanidad como meta, desentendiéndose de las víctimas sacrificadas ante el altar de estas nuevas idolatrías (FRAIJÓ, 1994). Por el contrario, Benjamin, en su novena tesis de la historia, crea una teología filosófica del recuerdo que expresa alegóricamente a través del *ángelus novus*, de Paul Klee, donde adopta la cultura del recuerdo del discurso religioso. La “razón anamnética de la religión” (FRAIJÓ, 1994, p. 32) interrumpe la ideología del progreso, en donde quedan excluidos los que fueron arrollados por la vorágine de la historia y en donde opera, a través de “una débil fuerza mesiánica”, el sentimiento de identificación con la causa de las víctimas con las que, generación a generación, existe “una cita secreta”.

En ese mismo sentido, y esto me parece que sea importante remarcarlo en el texto, el poema propone la búsqueda de una justicia diferente a la institucional. Por consiguiente, el énfasis está aquí colocado tanto en un sujeto colectivo, un *nosotros*, cuya realización se da además a través de una justicia orientada a la realización de mandatos que escapan a lo meramente “terrenal”; es decir, donde la reparación moral que intercede por los perdedores se sitúe fuera del radio de influencia de los “vencedores”.

Otro elemento que me interesa destacar tiene que ver con la interlocución, a quién dirige el poema el autor. Porque si al comienzo, dada su proximidad con la súplica parece dirigirse a lo divino, hacia la parte final del texto el interlocutor se humaniza y pasa a ser un *nosotros*. Este giro es, a mi modo de ver, un metamensaje que hace parte fundamental del texto. Se trata, por tanto, de trascender el aislamiento intimista y la impotencia insuperable hacia donde conduce el camino de la victimización; a la que Estrada antepone el renacimiento de un sujeto colectivo y de la justicia con sentido comunitario, como hijos todos de Dios. El mensaje parece aludir además a esa dificultad de construir un país de iguales, de “imaginar la comunidad” en términos de Benedict Anderson, que la violencia fratricida está propiamente mostrando como imposible (VICH, 2002). La existencia de una escisión irresuelta sobre la ficción simbólica de “nación” que el sustrato colonial expresado a través del binomio *nosotros/ellos* fundacional, impide reparar.

Se trata por tanto de un giro en la racionalidad del texto que sorprende por la agilidad con la que transforma el receptor del mensaje y que muestra, en definitiva, la capacidad que tiene el ser humano de reconstruir la pérdida de sentido comunitario, tras la experiencia traumática.

La materia prima del poema parece ser, por tanto, la multiplicidad de significaciones en torno al sentido de la justicia, como caminos a emprender para superar el dolor del trauma. De modo que el ensimismamiento inicial causado por el exceso o “los abusos de la memoria”, dé paso a un uso virtuoso y saludable del olvido (TODOROV, 2000). Lo que nos lleva a plantear entonces la cuestión de los límites de la representación sobre la dimensión subjetiva traumática; del que se derivan también las tensiones entre la memoria y la vida misma, ¿quién puede, para qué, y a dónde nos lleva recordar?

Todas estas cuestiones arrancan -y ahí quisiera hacer hincapié-, en la reflexión sobre el lugar de enunciación o “desde dónde contar”. Pues bien, pese a la naturaleza polisémica de la literatura de la violencia, -las cuatro obras analizadas en el presente capítulo son una buena muestra de ello-, resulta transcendental, a nivel discursivo, dar visibilidad, a los lugares de enunciación marginales por el discurso oficial, con toda la carga ética y política que ello implica. Lo que, para el caso que nos ocupa, se traduce en expandir el relato adoptando la perspectiva de los pobladores rurales, campesinos, mujeres y coccaleros del VAH que vivieron la guerra desde un emplazamiento paradójicamente privilegiado.

Estas formas de textualización que hoy día tenemos la posibilidad de conocer a través de las memorias líricas que los escritores locales están desarrollando en un “sistema literario informal, casi clandestino” (COX, 2013), nos permiten conocer de primera mano los horrores, las decisiones, las actitudes más cotidianas y más a flor de piel del periodo de conflicto bélico. A partir de ahí podremos tratar de resituar en el centro de la discusión en torno a la violencia, todos aquellos aspectos que han sido aparcados como aparentemente marginales por la literatura hegemónica de la violencia.

No está de más recordar que la memoria encarna aquellos procesos intersubjetivos que, sobre la base de relaciones de poder, remiten a formas plurales y cambiantes que disputan la interpretación y el sentido del pasado y que, en última instancia, apelan a marcos institucionales de reconocimiento, diálogo y reparación moral (JELIN; 2012).

El paradigma de los derechos humanos, considerado hegemónico dentro de las memorias del conflicto interno peruano, no está exento por lo tanto de cuestionamientos y debates. Si el desafío inicial fue integrar discursivamente la violencia traumática del conflicto con las otras violencias de largo aliento en la región, estructurales o simbólicas, puede que estos tiempos estén reclamando nuevas formas de revisión. La prevalencia de la escala de análisis nacional obstaculiza ahora ampliar el campo de los estudios localmente situados, que nos permitan apreciar la multiescalaridad del conflicto a través de las particularidades territoriales.

De tal modo que las memorias locales del sufrimiento, generalmente colocadas en estos espacios de marginalidad por la historia oficial, salgan a la luz para ayudarnos a comprender las fisuras o entrecruzamientos espaciales (DEL PINO y JELIN, 2003) y

temporales (THEIDON, 2004) del conflicto bélico más traumático de la historia republicana, sin reproducir dentro de este los viejos errores sociales e historiográficos que han caracterizado a la misma.

Si existe un desafío histórico después de todo, -resulta importante recordarlo-, es el de que los gobiernos están llamados a construir políticas de memoria que contribuyan a reacomodar el fragmentado relato nacional a partir de una referencia permanente a la “alteridad”, en un marco de compromiso cívico-político hacia las víctimas; incluyendo a las de la desatención historiográfica. Solo así, -retomando ese plural al que también apela Fernando Estrada-, conseguiremos llegar a formar una comunidad con un sentido compartido de justicia que aborde los conflictos desde una cultura de inclusión y respeto mutuo.

LAS MEMORIAS DEL OLVIDO: BALANCE PROVISIONAL

Estas obras, surgidas en las experiencias personales de tres autores aucayaquinos que vivieron “desde dentro” las violencias que se desplegaron en su entorno más próximo son, por tanto, testimonios incontenibles que han encontrado en la ficción literaria un vehículo para dotarlas de sentido; y expresan, desde el espacio local, las “cuentas aún pendientes” con el pasado traumático; permitiéndonos reconstruir nuevos marcos referenciales frente al mismo.

Pero no nos engañemos, no es una fijación con lo remoto. Lo que buscan, al restituir del olvido las barbaries que han sido impugnadas en la historia oficial, haciéndolas sensibles para aquellos que no las han vivido directamente, es restaurar la necesaria humanidad en el aquí y el ahora, canalizar simbólicamente toda la carga de crueldad que el pasado acarrea; de modo que, convocando al horror, este sirva como catalizador para la búsqueda de una verdad más plena que haga de puente e incida en el tiempo presente.

La literatura de la violencia es, en ese sentido, una oportunidad para considerar críticamente el pasado traumático reciente. Por su aversión a las ataduras factuales y su vocación por la catarsis, la ficción nos permite explorar, con todas sus aristas, las condiciones mismas que hicieron posible la violencia en el VAH; desde las formas de violencia estructural, pasando por la barbarie militar y el discurso revolucionario de los años 70. El propósito solo puede ser llegar a una proyección liberadora de nuestras experiencias más ignominiosas, por abyectas que estas nos parezcan.

Devolvamos ahora la atención, a modo de cierre, a nuestro objeto de estudio, los campesinos del VAH. Este modo más amplio de entender la agencia política nos ofrece una oportunidad distinta de repensar el relato local de la violencia que podemos sintetizar en dos grandes cuestiones: el contexto particular de la violencia armada sobre el que se formaron las experiencias de los campesinos en el espacio local y los reacomodos que tuvieron las relaciones de poder, una vez que aquella cesó.

Comenzaremos señalando que los marcos temporales en los que aquí operó la violencia armada escapan a la periodicidad con la que fueron trazados por la CVR a nivel nacional: (1980-2000). Recordemos que luego de que los campesinos del VAH fueran

bruscamente excluidos de la economía legal a inicios de los años 60 y quedaron forzosamente envueltos en la actividad criminal del TID, desde mediados de los años 70, los estados de excepción y los operativos militares contra la población civil (campesinos cocaleros) comenzaron a ser moneda corriente, toda vez que aquella se encontraba violentada, tanto con la presencia intimidatoria de las firmas internacionales de narcotráfico, como con las formas de extorsión policial.

Con todo, la presencia militar del PCP-SL continuó haciéndose sentir mediante acciones armadas, al menos hasta el año 2012; y el estado de emergencia no dejó de regular los derechos de la población local, después de casi tres décadas, hasta el año 2015. Lo que abre una brecha de excepcionalidad entre el relato nacional y el local que prolonga de 20 a casi 60 años la experiencia de la violencia entre los campesinos del VAH, con gran impacto para sus vidas.

El marco de la violencia viene además diferenciado aquí, como recogió el propio informe de la CVR, por el conjunto amplio y singular de actores, armados y no armados que jugaron aquí, cada uno de un modo u otro, un papel esencial en el conflicto. Baste advertir que los distintos ciclos de la violencia estuvieron marcados por los permanentes reequilibrios en la correlación de fuerzas que se producían por los cambios de lealtades que adoptaron, por ejemplo, los campesinos cocaleros, los narcotraficantes o los distintos cuerpos de seguridad del Estado sobre los que se desplazaba la responsabilidad de la lucha contra las drogas (UMOPAR, PIP, Fuerzas Armadas). Como se entenderá, la presencia de factores tan complejos fue asimismo responsable de que la violencia fuera aquí tan letal y que esta se cebara principalmente con el actor más vulnerable, en términos de beligerancia, pero al mismo tiempo con el que se articulaban todos los demás en términos materiales, por lo general de forma asimétrica, aunque también desde un cierto voluntarismo: el campesinado cocalero.

Al final, el elemento central aquí, como seguramente en los otros valles cocaleros andino amazónicos, y el elemento esencial para comenzar a entender la complejidad y excepcionalidad con la que se expresó la violencia es, en verdad, la formidable economía mundial del TID. Su poder corruptor se manifestó en todos los órdenes de la vida social del VAH, de forma duradera y hasta hoy día. El resto, excepto los campesinos cocaleros que son el elemento esencial, son actores coyunturalmente en disputa por los espacios de control y regulación de aquel. De ahí que el uso del término “narcoterrorismo” no sea

más que una representación simplificada del enorme influjo que la droga tuvo para desfigurar a todos aquellos que peleaban por su porción en el botín, quienes en su totalidad sucumbieron al “inmenso poder corrosivo del narcotráfico”.

Otros dos aspectos ligados a la violencia en el VAH son igualmente importantes de destacar. De una parte, la idea de que en su origen se encuentra la ausencia del Estado, cuando, al parecer por los relatos, lo que aparece es que el aparato policial y militar del Estado, vampirizando ilegítimamente a los eslabones más débiles de la cadena del TID, junto a la prolongada falta, eso sí, de garantías democráticas, equipamientos públicos y medios de subsistencia sostenibles, se convirtieron en elementos desencadenantes, entre otros aspectos, de la letalidad y la persistencia de aquella.

De igual manera, el extendido relato de que los campesinos se encontraron “entre dos frentes” debe ser revisado, principalmente por dos motivos. De una parte, porque retrata al campesinado sin agencia alguna, cosa que como vimos en este o en el capítulo precedente no fue del todo cierto. De la otra porque si bien existió un desplazamiento campesino inicial, principalmente hacia las áreas urbanas del VAH, debemos añadir que la falta de recursos, -no olvidemos cual fue el motivo que los trajo al VAH-, fue probablemente el factor que jugó como elemento más determinante en términos de los cambios de lealtades que aquellos fueron adoptando, de acuerdo a las fuerzas hegemónicas sobre el tablero bélico.

Por fin, es importante señalar que el cierre de este gran ciclo de violencia armada y excepcionalidad política que marcó el VAH, entre 1975 y 2015, restablece el escenario del conflicto agrario original desde el que todo arrancó; por lo que también es necesario revisar la semántica para que esta recoja adecuadamente los retos políticos que la región tiene por delante y no corramos ahora el riesgo de pasar en falso esta espantosa página. En ese sentido debemos repensar la categoría “posconflicto” con la que se acostumbra a denominar el periodo actual, ya que esta no solo no da cuenta de las enormes asimetrías económicas con las que los campesinos del VAH enfrentan el presente, sino que además contribuye a que las legítimas protestas campesinas sean objeto de la permanente criminalización mediática -tal y como vimos en la introducción-. Lo que además permite reacomodar viejas y nuevas relaciones de poder y anquilosar el estatus quo desigual que, como se vio, tanto daño ha ocasionado.

Añadiré más; en medio de la falta de consenso post CVR y de acuerdo a la terminología empleada por el derecho internacional humanitario, se ha ido imponiendo el término “conflicto armado interno” para referirse a este periodo. Sin embargo, tal vez sea necesario revisar también la capacidad que este tiene para definir aquí la naturaleza del mismo. Recordemos que la beligerancia tuvo aquí más bien trazos de una guerra civil, ya que los distintos actores armados llegaron a encontrar legitimidad política, apoyo de la población y control territorial. Me arriesgaré a decir que el PCP-SL fue hegemónico, durante bastante tiempo, en el contexto rural, de la misma forma que el Estado lo fue en el urbano. Mientras, el narcotráfico fue acomodando su posición al cambiante equilibrio de fuerzas y la mayor parte de la población se encontró involucrada, queriéndolo o no, soportando las consecuencias de la misma. De hecho, el giro hacia lo que hoy acostumbra a denominarse “pacificación”, se llegó mediante acciones terroristas iracundas del Ejército que buscaron generar el shock entre la población rural local, donde aquél no tenía legitimidad; facilitando las condiciones para la rendición, el arrepentimiento y la delación, que tuvieron como resultado el desmantelamiento militar del CRH.

Por lo tanto, sintetizando todo lo anterior y articulándolo con los análisis literarios, podemos decir que los marcos de la violencia política que vivió el Perú entre los años 1980 y 2000, quedan completamente desbordados en el escenario bélico del VAH, en términos de su naturaleza, espacialidad, temporalidad y alcance. Las experiencias fueron aquí, en un sentido amplio, completamente singulares, y la literatura local de la violencia muestra los rasgos más resaltantes de unas memorias que, como heridas abiertas, corren aún el riesgo de volver a infectarse.

Ahora, una vez que las balas han dejado espacio a la pluma, se tiene el imperativo de reabrir aquellos espacios de discusión y diálogo que la violencia, mucho tiempo atrás, canceló. De manera que la palabra, escrita u oral, sea nuevamente el vehículo de la comunicación humana que permita sentir, atender y resarcir, entre nuestras imperceptibles violencias cotidianas, las brechas históricas de los postergados campesinos andino amazónicos con el resto del país. En caso contrario, como los sufrientes escritores aucayaquinos no dejan de insistir, “ni siquiera los muertos estarán seguros si el enemigo vence. Y este enemigo no ha cesado de vencer” (BENJAMIN, [1940]1989).

Después de una noche inexplicablemente agitada y antes de dejar Aucayacu, dedico la mañana del domingo a acompañar el izamiento del pabellón nacional en la oreada plaza de armas. El implacable sol me obliga a buscar cobijo en el zaguán de la Municipalidad Distrital, desde donde pretendo asistir a la ceremonia. Mientras espero al

inicio me percató de una placa conmemorativa que se encuentra emplazada en la misma entrada de la institución. Allí leo:



Fotografía 26. Placa conmemorativa a las víctimas de la violencia política en la entrada de la Municipalidad Distrital de José Crespo y Castillo, en Aucayacu.

“En conmemoración de todas las víctimas de Aucayacu, producto del proceso de violencia de 1980 al 2000. Por ellos y por sus familiares renovamos el compromiso de dignificar sus memorias, resarcir los daños y sanar las heridas, para alcanzar la reconciliación nacional. El Estado peruano nunca más dejará a sus hijas e hijos solos. Aucayacu 19 de mayo de 2016”.

Cuando termino de leerla me da por pensar lo paradójico que resulta, cuanto menos desde el punto de vista moral, que esta escueta muestra de condolencia del Estado peruano hacia las víctimas civiles esté rubricada por un presidente que hasta hoy es el principal implicado en el insólito caso –lo digo por la capacidad que este ha demostrado de entrar y salir del foco mediático-, de violaciones a los derechos humanos en la Base militar de “Madre Mía”.²⁸¹ Impidiendo quizás supurar heridas que aún sangran.

Una vez iniciado el desfile cívico-militar debo de reconocer, no obstante, que a pesar del meritorio esfuerzo de los congregados, me acaba pareciendo algo teatral. No es solo que los vanos intentos por emular los pasos militares de funcionarios públicos o escolares tengan siempre algo de grotesco; es más bien el hecho de que todos luzcan hoy algo huérfanos, debido a la ausencia de la primera autoridad política distrital, prófuga de

²⁸¹ El presidente del Perú Ollanta Humala Tasso (2011-16), es presuntamente, en calidad de acusado, y de acuerdo a un truculento proceso judicial aún inacabado, con compra de testigos e intentos de destrucción de pruebas de por medio, el “Capitán Carlos” de la Base de Madre Mía (ToCACHE), donde estuvo destinado entre los años 1991-92, quien, de acuerdo a las denuncias, ordenó las torturas, asesinatos y desapariciones de pobladores, presuntamente senderistas.

la justicia por corrupción.²⁸² La última institución en cruzar marcialmente el frontis de la Municipalidad es la Compañía Especial de Comandos del Ejército. Mientras lo hacen, desde la tribuna el locutor adorna con profusión oral el paso de los jóvenes soldados:

En estos momentos vemos en la pista central del desfile al glorioso ejército peruano, nuestro ejército. Ellos tienen por misión controlar, vigilar y defender el territorio nacional y participar en el desarrollo económico y social, control del orden interno y las acciones de defensa civil de acuerdo a la ley, en beneficio de los intereses del Estado. (Enfático) **¡Es el Ejército del Perú! ¡Tú Ejército! ¡Todos somos Ejército!** Ellos tienen un lema que dice: soy soldado del Ejército del Perú, soy soldado de la nación, soy un hombre de fe, soy un hombre de honor, soy un hombre de guerra, soy un hombre de principios...

Decía Walter Benjamin ([1940]1989), horadando su idea de que la violencia es inseparable del progreso humano, “No hay documento de cultura que no sea a la vez de barbarie”. Mientras resuenan en mi cabeza los ecos de ese “*todos*” que el orador enfatiza en su presentación, comienzo a pensar en un “*los otros*” que el discurso, consciente o no, elude representar. Una alteridad doliente e impenitente que a pesar de que la historia oficial parece estar olvidando, se desborda centelleante en la literatura actual de Aucayacu; convocando en una marcha que discurre “a contrapelo” a los que no tienen gloria, ni ejército, a los sin nación, sin ley, sin fe, sin honor y sin guerra; pero a los que, a la vez, no se les puede privar de la memoria.

²⁸² El alcalde distrital de José Crespo y Castillo (Aucayacu), Javier Bardales Porta, se encuentra hasta la fecha en paradero desconocido, luego de que la Fiscalía Especializada en Delitos de Corrupción de Funcionarios de Huánuco (Juzgado Anticorrupción de Huánuco), solicitara su prisión preventiva por colusión agravada al estado en adjudicación de obra pública. Meses atrás, en un reportaje televisivo de Latina Noticias (https://www.youtube.com/watch?v=HkgdjCfL_mY) declara: “Como alcalde ahorita, tengo aspiraciones más adelante, más grandes, de repente ser congresista algún día o presidente de la República”.

CUARTA PARTE
LA PROMESA DEL MERCADO: DESARROLLO ALTERNATIVO
Y PALMA ACEITERA EN LA PROVINCIA DE TOCACHE



Fotografía 27. Desvío a la Cooperativa Agraria ACEPAT, Caserío Villa Palma, Tocache, San Martín. (Fuente: el autor. Edición: Gabriel Manuel Gallego Espinosa).

Para nosotros el desarrollo alternativo es que siembran los proyectos en una mesa, los cultivan en una pizarra, los cosechan en computadora y los venden en spots publicitarios de televisión (Azucena Veramendi, agricultora cocalera y ex-alcaldesa de Cuyaco en el valle del Monzón)²⁸³

El primer programa por comenzar es el de la ONRA²⁸⁴, en el valle del HUALLAGA, en TOCACHE. Sugerimos que la palmera de aceite sea el objeto de un PLAN (...), en el cual el gobierno peruano deberá tener la dirección de las operaciones con el fin de poder asegurar al agricultor la parte industrial necesaria sin la cual ningún desarrollo no será posible.

Incómodo aún con el peculiar uso de la doble negación como con otras particularidades del castellano, Guy Savin, jefe de la misión francesa en Brasil del Instituto de Investigaciones para Aceites y Oleaginosas (IRHO, por sus siglas en francés), concluía con estas recomendaciones el informe final de su misión técnica al Perú, con el objeto de evaluar las posibilidades de desarrollo de las oleaginosas tropicales en el país. Una fugaz visita de un mes, entre octubre y noviembre de 1965, que el gobierno peruano, por iniciativa del Servicio de Investigación y Promoción Agraria (SIPA), había solicitado a su homólogo francés a través de su Departamento de Cooperación Técnica bilateral en Lima.

A pesar de contar ya con cuatro años de residencia en Sudamérica, el ingeniero Savin no pudo evitar sentirse sobrecogido por el agreste territorio peruano; por lo que puso un especial énfasis en que se tuviera en cuenta la compleja orografía andina a la hora de planificar el transporte y la comercialización de las oleaginosas en el país. Sin embargo, y en esto puso el mayor énfasis, encontraba condiciones favorables para su explotación a gran escala en la “débilmente poblada” -como el mismo anotó- zona de selva. Principalmente para el cultivo de la palma aceitera que, con más de tres toneladas de aceite por hectárea, traería rendimientos industriales superiores a las otras oleaginosas.

La noticia cayó como anillo al dedo al gobierno del presidente Fernando Belaunde Terry (1963-1968), quien años atrás, en plena guerra fría, había anticipado, a través de su obra “La conquista del Perú por los peruanos” (1959),²⁸⁵ una total sintonía con los postulados desarrollistas de la Alianza para el Progreso. Su propuesta reformista de

²⁸³ CABIESES, H. Transnational Institute (Informe sobre políticas de drogas No. 34, noviembre de 2010). El ‘milagro de San Martín’ y los síndromes del ‘desarrollo alternativo’ en el Perú. Disponible en: <https://www.tni.org/files/download/brief34s.pdf>. Acceso en: marzo 2018.

²⁸⁴ Oficina Nacional de la Reforma Agraria (ONRA).

²⁸⁵ BELAÚNDE F. B. **La conquista del Perú por los peruanos**. 2. ed. Lima, Perú: Ediciones Tawantinsuyu, 1959. 175 p.

integración nacional, orientada a incorporar la vasta región amazónica, contemplaba tres formulaciones esenciales: las políticas de colonización mediante asentamientos dirigidos por el Estado, la vialidad colonizadora mediante la construcción de infraestructura vial y el desarrollo de una agricultura comercial a gran escala en los nuevos territorios ganados a la selva. Nunca antes el Perú había tenido un presidente con tal grado de fe en la idea de que la ocupación de la región amazónica simbolizaba la modernización definitiva del país. Lo que, por otro lado, no tardaría en convertirse en un paradigma político, hasta el punto de ganarse la adhesión de los distintos gobiernos posteriores al belaudista.

La “conquista” material del oriente, presente desde la época de la ocupación española, encontraba entonces un fuerte reimpulso que terminaría reverberando viejos mitos coloniales en el imaginario de amplios sectores de la sociedad peruana; a saber: la homogeneidad espacial, su despoblamiento, la riqueza de sus suelos, la naturaleza arcaica de sus pobladores (FIGALLO; VERGARA, 2014). Siendo la expresión del arraigo que, en definitiva, la “colonialidad del ser” conserva en una sociedad poscolonial y periférica, como la peruana, y su relación con la reproducción de los viejos mitos de la Modernidad occidental: el desarrollo, el progreso y la civilización (QUIJANO, 2000).

Los progresivos, aunque débiles intentos de aplicar el modelo de industrialización por sustitución de importaciones, inicialmente orientados al mercado interno, que impulsaron los sucesivos gobiernos durante la segunda mitad del siglo XX,²⁸⁶ sumados al déficit de abastecimiento de materia prima en la industria nacional de aceites y grasas comestibles, serían dos estímulos más que jugaron a favor de la propuesta. Por lo que la suerte de los pobladores de Tocache parecía estar echada. De tal modo que este postergado distrito de la provincia de Mariscal Cáceres, en el Departamento de San Martín, en la parte septentrional del VAH, se convertiría en el epicentro del vertiginoso proceso de expansión del modelo agroindustrial en la Amazonía peruana.

La provincia de Tocache,²⁸⁷ ha estado históricamente interconectada con la economía nacional, como uno de sus apéndices extractivos, a través de diversos ciclos

²⁸⁶ La ley N.º 9140, promulgada en 1940, junto a la ley de Promoción Industrial N.º 13270, promulgada en 1959, son consideradas los primeros dispositivos legales orientados a la protección y el estímulo hacia la industrialización del Perú.

²⁸⁷ La provincia de Tocache forma parte del departamento de San Martín, al norte del VAH. Cuenta con una población de 69 394 habitantes, lo que supone un descenso del -4,1 % respecto a la población del 2007 (72 346); el menor registrado, no obstante, entre las 4 zonas de este estudio del VAH en un singular mantenimiento de población respecto a los picos del boom cocalero cuando la población aumentó (de 1981

económicos de auge y caída (el caucho, el barbasco, las maderas, el algodón, el tabaco o el café) que arrancan a fines del siglo XIX y dan origen a su fisonomía actual, producto de distintos procesos migratorios internacionales, selváticos, costeños y, sobre todo, andinos. Como otras regiones de la selva alta, posteriormente formó parte del impulso desarrollista de mediados del siglo XX; de modo que su incorporación definitiva como “colonia interna” al proyecto nacional republicano se inició en 1966 con el Proyecto de Colonización Tingo María-Tocache-Campanilla, la construcción de la carretera Marginal de la Selva (1967; llega a Tocache en 1972) y la instalación de dos plantas procesadoras de palma aceitera, durante los años 70 y 80. En primera instancia, la instalación de la Empresa para el Desarrollo y la Explotación de la Palma Aceitera (EMDEPALMA) (1973) y, con posterioridad, Palmas del Espino S.A. del poderoso conglomerado empresarial Grupo Romero (1979).

Podemos seguir el palpitante rastro del credo desarrollista de la época en el discurso triunfalista y algo pomposo de un reportero de la revista ÉPOCA, durante la visita que realizó en el año 1978 al primer complejo agroindustrial de palma aceitera en el país²⁸⁸:

Siendo **la selva** el más rico emporio de riquezas madereras, de árboles frutales, de piedras preciosas, y los lavaderos de oro, para él crecimiento de la ganadería, etc., **atraerá para sí el excedente de la población** que, día a día, va en aumento por la misma explosión demográfica. Allí pues se juega el destino y el futuro saludable de nuestra patria (...). Hay que mirar el presente y el futuro con ojos de **conquistadores de nuestro propio territorio** (...). Sólo así, robusteciendo nuestro frente interno, alcanzaremos definitivamente **la riqueza que merecemos**. Reconozcamos que el país requiere a gritos la

al 1993) un +145 %. El distrito tiene tasas de pobreza monetaria total que se sitúan entre el 15,8 % y el 25,3 % (2018), así como una ubicación de la pobreza monetaria total de 151, como provincia, y como distrito en el 1562, a nivel nacional (ordenado de mayor a menor). (Fuente: INEI). Tocache se encuentra situada sobre asentamientos de pueblos originarios (cholones, hibitos y uchihuanes), evangelizados por los franciscanos y diezmados por epidemias durante los siglos XVII y XVIII. Tocache Nuevo fue fundada en 1937 por los colonos reasentados del pueblo de San Juan de Tocache, formando parte del distrito de Uchiza; siendo distrito en mayo de 1940 (Ley N° 9097) y, finalmente, provincia en diciembre de 1984 (Ley 9097). Su fisonomía actual es producto de distintos flujos migratorios, internacionales, selváticos, costeños y, sobre todo, andinos; especialmente a partir del Proyecto de Colonización Tingo María-Tocache-Campanilla (1966), la construcción de la carretera Marginal de la Selva (1967). Económicamente está marcada por las transiciones entre distintos ciclos económicos: el extractivo mercantil (shiringa, barbasco, maderas, café, algodón y tabaco; hasta los años 70), el agroindustrial estatal (palma aceitera y aceite crudo de palma; a partir de los años 70), el monocultivo de la hoja de coca (sobre la base de una economía cocalera de intercambio andino-amazónico y tutelada por actores armados; entre los años 80 e inicios de los 90) la agricultura diversificada de subsistencia (cacao, papaya, café, plátano, palmito, maíz, arroz, yuca y pastizales para ganadería; a partir de la mitad de los años noventa); y el reimpulso del modelo agroindustrial de la palma aceitera (siglo XXI).

²⁸⁸ Revista ÉPOCA. La solución: Desarrollar el sembrío de la Palma Aceitera. Revista ÉPOCA, Lima, n. 125, p. 16, septiembre/octubre 1978.

hazaña de los **empresarios progresistas** para que abran la trocha y el país avance hacia la conquista de sí mismo (p. 16).

Como otras zonas del VAH, Tocache formó parte de la primera ola de expansión cocalera que llegó tras los operativos de erradicación de fines de los años 70, en un proceso tutelado por el PCP-SL y de tan gran magnitud que las ondas posteriores por otros territorios fueron denominadas “tocachización”.

Tras el clima inflacionista de los años ochenta, EMDEPALMA quiebra (1990) y cuando la intensidad del conflicto armado desciende, se fueron dando las condiciones para el reimpulso de la agroindustria de la palma en la provincia, en un clima favorable a la reconversión productiva mediante los cultivos lícitos que culmina con la firma del “Acuerdo Común” (2003),²⁸⁹ que permitió a los ex trabajadores emdepalmeños organizados (ACEPAT) reactivar la producción de palma y reflotar la planta procesadora (OLPESA). Por otro lado, Palmas del Espino, formando parte de la que hasta hoy es la mayor empresa agroindustrial del sector en el país (Grupo Palmas), amplía su producción local y sella un proceso de encadenamiento productivo vertical con los productores no asociados en ACEPAT.

De este modo, pequeños y medianos productores, por una parte, y la gran empresa, por la otra, originan dos cadenas agroindustriales, diferenciadas en términos de sus dinámicas constitutivas, dimensiones y formas de producción que, han jugado un importante papel en los proyectos de Desarrollo Alternativo en el área norte del VAH, al que se ha venido a denominar “Modelo San Martín” o incluso “Modelo Tocache”, cuyos impactos están siendo aún debatidos.

Sin pretender llegar a ser una evaluación exhaustiva del conjunto de aquellos, lo que a continuación pretendo es realizar un análisis sobre los efectos de la agroindustria palmicultora en la dinámica local, buscando reconstruir los cambios en las relaciones de poder que trajo el Desarrollo Alternativo, observando principalmente las relaciones de producción. Y lo hago con el objeto de pensar desde aquí las oportunidades y riesgos que el modelo del monocultivo de gran escala representa para el conjunto del VAH.

²⁸⁹ En el año 2003 y a iniciativa del gobierno provincial de Tocache, se realizó un acuerdo multipartidario para la auto erradicación que permitió el desbloqueo de los programas de Desarrollo Alternativo y las erradicaciones de cacaos en la región, firmado también por DEVIDA, USAID, el gobierno regional de San Martín y todos los gobiernos provinciales.

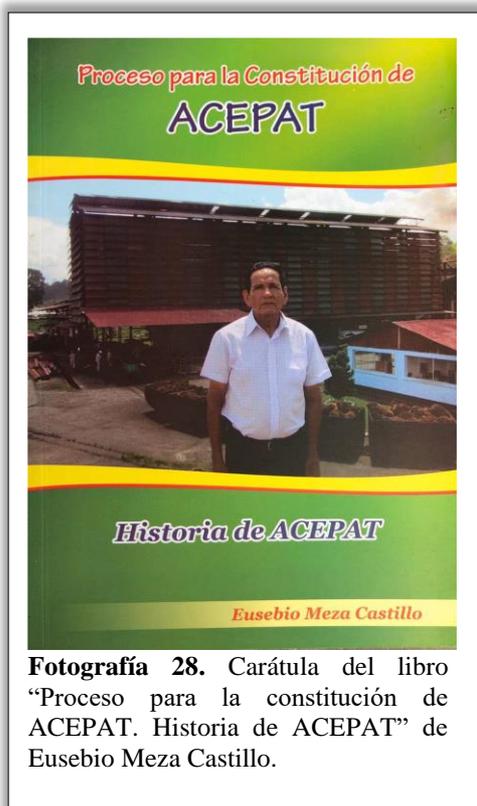
El texto presenta tres momentos analíticos.²⁹⁰ Partiendo de las heterogéneas experiencias campesinas a través de micro relatos de vida, se pasa a prestar atención a la economía política subyacente fuera de la escala local, buscando situar las experiencias sociales dentro de procesos más amplios a escala nacional, en primera instancia y, por último, a escala global. Esperando que el empirismo de los relatos de vida gane la profundidad analítica que necesita y que los debates teóricos recuperen el dinamismo y la historicidad que los haga más humanos.

Finalmente, y partiendo de las dos modalidades agroindustriales anteriormente mencionadas, propongo un desarrollo estructurado en base a estas que recoja un par de microrelatos autobiográficos para cada una de ellas, en dos capítulos complementarios. Es decir, por un lado, se presentan dos trayectorias de vida referidas al caso EMDEPALMA/ACEPAT-OLPESA, situándolo a continuación dentro del debate de los procesos de privatización de las empresas públicas durante la década de 1990 y sus impactos en la precarización de la vida rural. Por el otro, dos trayectorias en la órbita del Grupo Palmas del Espino instalados asimismo dentro del debate del Desarrollo Alternativo, el acaparamiento de tierras y las formas de resistencia local. Finalmente, el caso se sitúa en el marco de los procesos de expansión capitalista en la Amazonía, al tiempo que se presentan las conclusiones generales del estudio.

²⁹⁰ La investigación de campo se realizó mediante repetidas visitas entre los meses de enero y junio del 2019. Las técnicas usadas para recolectar la información fueron las entrevistas semiestructuradas realizadas a los cuatro interlocutores presentados y, eventualmente, otras complementarias realizadas a 8 personas, entre vecinos y expertos de la zona, así como la visita a instituciones públicas (DEVIDA, Proyecto Palma Sostenible de la Municipalidad provincial de Tocache, OLPESA, Fredepalma San Martín) además de la observación de campo y la participación en eventos temáticos, especialmente en el ámbito local. La investigación documental y revisión de fuentes secundarias fue complementada mediante la revisión de archivos personales (Eusebio Meza Castillo, Amilcar Rengifo Vela, Edison Barrera Velásquez, Fermín Bustamante Zavaleta D.E.P) que con tanta gentileza y desprendimiento fueron puestos a mi disposición.

CAPÍTULO 12. EL MILAGRO PRIVATIZADOR PERUANO Y LAS TRAMPAS DEL DESARROLLO SIN EQUIDAD

Eusebio Meza Castillo, ex trabajador de EMDEPALMA, miembro de ACEPAT y OLPEA, Tocache (Tocache), 2019.²⁹¹



Fotografía 28. Carátula del libro “Proceso para la constitución de ACEPAT. Historia de ACEPAT” de Eusebio Meza Castillo.

Yo soy natural de un caserío llamado Chunco, en Tayabamba, provincia de Pataz, La Libertad. Nací en 1949; soy de una familia bastante modesta y pronto quedé huérfano de padre. Allí he visto la época feudal, con las haciendas de los gamonales. La gente tenía poquísimas opciones y para tener algo había que trabajar para el patrón. Ellos decidían hasta con la vida del comunero. Tenían el poder político, todo; (y) era imposible sublevarse. Así que, apenas teniendo el primer grado de primaria, aprendí a leer solo y auto educarme porque tuve que empezar a trabajar y salir. Pastoreaba ganados de un señor que era un tipo consciente, buena gente, y me daba para vivir. En la sierra no hay mucha irrigación, (por lo que) estamos a

expensas de la lluvia para poder tener comida; (entonces) hubo dos o tres años seguidos de sequía y la hambruna fue bien fuerte.

Ya había pasado la época del barbasco, pero se decía que aquí en Tocache con el boom del café, había nuevamente trabajo y se ganaba dinero; así que me vine con unos familiares, escapando de mi madre que no me quería mandar. Tardábamos cinco días por ahí, caminando y acampando. Llegué por el año 63 en una oportunidad y más tarde cuando (el presidente) Fernando Belaunde Terry venía trazando la carretera Marginal (de la Selva) e hizo un programa de colonización, regresé para quedarme, ya en el 65. Fui

²⁹¹ Esta reconstrucción biográfica se basa tanto en las entrevistas realizadas a Eusebio Meza Castillo como en su libro “Proceso para la Constitución de ACEPAT. Historia de ACEPAT” del 2013. Las entrevistas que dan soporte a esta biografía fueron realizadas entre febrero y marzo del 2019.

bracero en los cafetales, pero Brasil y Colombia empezaron a hacer un café de mayor calidad y el nuestro acabó botado, dado que ya no tenía precio.

Como Belaunde era un visionario y veía potencial para que la selva se poblara, el gobierno había gestionado con el Instituto tecnológico de Francia (IRHO) los estudios agroecológicos de la palma aceitera. Entonces aparece que este lugar es apto para su desarrollo y hacen todos los trámites para que la palma se desarrolle acá a través del SIPA,²⁹² del Ministerio de Agricultura. Más como un foco de desarrollo para que los agricultores y la iniciativa privada se irradian por el área. Así nace, en el año 1973, la empresa EMDEPALMA, S.A.²⁹³ Yo empecé a trabajar en el 68 con el SIPA, en la primera siembra de la plantación, y continué más adelante con la empresa, inicialmente como ayudante de mecánico en el taller.

Desde el golpe (de Estado) del 68, con Velasco, que era un gobierno de corte socialista, se quiso hacer hartas empresas estatales, (aunque) sometidas al clientelismo político y con unas excesivas cargas sociales; por lo que estaban sobredimensionadas. En la época de Alan García se dio mucho poder al sindicalismo que ya manejaba la empresa, como otras a nivel nacional. Así que su clima laboral se fue desquebrajando. También influyó bastante la coyuntura de la hiperinflación, cuando el mercado de la palma, como el del arroz y el maíz, tuvo grandes pérdidas. Hay que sumar los propios problemas de la zona, como el boom cocalero que absorbía la mano de obra; o la terrible convulsión social que hacían los alzados en armas.

(En fin), el dinero no servía para nada, (por lo que) hubieron muchas huelgas. Yo mismo era dirigente sindical por esa época. El país estaba yéndose abajo y nosotros mismos contribuíamos a cavar el hoyo, reclamando al gobierno por el propio figurismo de la dirigencia. Así que, como otras empresas estatales, EMDEPALMA comenzó a quebrar. La empresa fracasa el 9 de enero del año 1990. Y de ahí muchos se fueron a su lugar de origen porque ya se había hecho la erradicación con el hongo *Fusarium oxysporum*.

²⁹² Servicio de Investigación y Promoción Agraria (SIPA).

²⁹³ La Empresa para el Desarrollo y Explotación de la Palma Aceitera (EMDEPALMA) fue una empresa paraestatal de derecho privado, pionera en el sector agroindustrial de la palma aceitera en el Perú. Con un inicio experimental entre los años 1967-69, operó entre 1973 y 1990 en la provincia de Tocache con 5.230 hectáreas de palma, 1.500 trabajadores y una fábrica de extracción que llegó a procesar 5 mil toneladas de aceite mensual.

Entonces llegó la época de la destrucción; todo el mundo destruía. La propia policía (guardia republicana) en contubernio con algunos civiles se robaron muchas cosas. Por lo que prácticamente la empresa se volvió cenizas; una ruina. Yo era mecánico, pero como todo se vino abajo, no había trabajo. Para subsistir, tenía que irme río arriba y buscar comida en los árboles que caían, como el pan de árbol. No teníamos de que vivir; lo que me hizo pensar: ¿cómo es posible, caramba, que mientras que nosotros pasamos esta miseria los frutos de la palma estuvieran desperdiciándose?

(Pero) en ese entonces para nosotros el concepto de empresa era totalmente ajeno, no conocíamos. Mandamos una junta directiva a Lima, pero la sobornan, así que los ex trabajadores que quedamos, revocando a la anterior, formamos una nueva dirigencia, entre los que estoy yo, y decidimos pedir que el Estado reflote EMDEPALMA y lo venda al sector privado.²⁹⁴ A lo que, por cierto, se opusieron los de Sendero, ya que consideraban que estábamos a favor del “viejo Estado”. Lo que nos obligó a hacer todas nuestras gestiones en la sombra.

Primero nos entrevistamos con el ministro de agricultura de Fujimori (Carlos Amat y León) y le dijimos: apóyenos, porque si no lo hace, 1500 agricultores van a ir a parar a las filas del narcotráfico y la subversión. Y cuando volvimos de Lima e informamos a los trabajadores de su negativa, algunos empezaron a hacer de las suyas. Entonces la envidia y la rivalidad crecieron en el grupo. Pero el hombre tiene tendencia a cambiar.

Entonces, con el apoyo de un ingeniero, hicimos un proyecto para presentarlo al ministro de la presidencia, luego de recibir la opinión favorable de las autoridades civiles y militares de Tocache (ya que estábamos en estado de emergencia). En esos días justamente me tomó preso Sendero Luminoso, por lo que no pude participar. Con la aprobación de las autoridades, en el año 1993 nombran un Comité Especial de Privatización (CEPRI).²⁹⁵ Entonces a todos los ex trabajadores, de acuerdo a su beneficio social, nos entregan las plantaciones de palma; a mí me dieron 10 hectáreas. Y son los

²⁹⁴ Los ex trabajadores se encontraban organizados en el Sindicato Único de Trabajadores de EMDEPALMA S.A. (SUTESA)

²⁹⁵ El proceso de privatización de las empresas públicas en el Perú puesto en marcha durante la década de los noventa, principalmente en el sector de las telecomunicaciones, electricidad, transporte aéreo y urbano, fue trazado por la Comisión de Promoción de la Inversión Privada (COPRI) e implementado a través de los Comités Especiales de Privatización (CEPRI).

mismos integrantes de su junta liquidadora quienes nos felicitan por haber tomado en cuidado los activos de la ex fábrica y nos apoyan para firmar un convenio con Industrias del Espino, para que nos recibieran los racimos de las palmas de la ex empresa.²⁹⁶ De todas formas los ex trabajadores nos dividimos y nacieron, con demandas de por medio, distintas razones sociales para el suministro de frutos de palma a la empresa.

Pero en Palmas (del Espino) siempre han sido muy agresivos con nosotros y padecemos toda clase de injusticias y tratos arbitrarios. Nos racionalizaban la recepción del fruto y, en ocasiones, lograban que se nos pudrieran los racimos, teniéndolos que botar. Además, impusieron un sistema de castigo por fruto verde o sobremaduro para aplicarnos un descuento del 10 %. También rechazaron nuestra propuesta de abrir una fábrica por el sector donde se encontraban nuestras palmeras. Definitivamente preferían que hubiéramos fracasado para agarrar nuestro terreno; aunque en ese tiempo no querían expansionarse todavía, por los resquicios de Sendero que aún había.

En el año 96 ya es donde nos proponemos hacer un proyecto para conseguir más palmas e instalar una fábrica propia; y aunque la mayoría nos apoyó con cierto desdén, ahí es que se formó ACEPAT.²⁹⁷ Después de la búsqueda de apoyo (incluyendo Contradrogas, el Fondo de Cooperación Japonés, al INADE) y aprovechando la presencia de las organizaciones de cooperación internacional, vimos que la única manera de poder conseguir dinero era llevar el proyecto a PRODATU,²⁹⁸ de la cooperación alemana, quienes en convenio con Naciones Unidas estaban realizando un gran proyecto de infraestructura productiva que nos beneficia, porque había plata para agricultura. Pero van y lo presentan a Fujimori y éste lo observa. Así que después de muchas presiones y solo luego de que acá hayamos hecho una gran movilización con el FREDIP,²⁹⁹ en el

²⁹⁶ Después de numerosas deliberaciones y dado que los saqueos estaban a la orden de día, los ex trabajadores de EMDEPALMA optaron por la custodia de los bienes materiales de la ex fábrica como garantía sobre los beneficios sociales adeudados por el Estado, con el conocimiento de la alta dirección estatal de la empresa (COFIDE, CONADE y los accionistas) y de las autoridades político-militares de la zona; lo que no mereció la total conformidad de pobladores y autoridades locales.

²⁹⁷ La Asociación Central de Palmicultores de la Provincia de Tocache (ACEPAT), transformada en 2014 en Cooperativa Agraria, se fundó el año 1996 por unos 150 ex trabajadores de EMDEPALMA y en la actualidad cuenta con unos 768 afiliados con alrededor de 6.500 hectáreas de palma aceitera en la provincia de Tocache.

²⁹⁸ La cooperación internacional alemana (BMZ-GTZ) ejecutó en la provincia de Tocache el Proyecto de Desarrollo Alternativo Tocache-Uchiza (PRODATU), en alianza con UNODC-UNOPS en el marco del canje de la deuda entre el Gobierno peruano y el Gobierno alemán.

²⁹⁹ Frente de Defensa de los Intereses del Pueblo (FREDIP)

2003, se cristaliza y ahí ya nos entregan dinero para hacer sembrar 1.500 hectáreas de nuevas plantaciones de palma.

Entonces es cuando pedimos a la Superintendencia de Bienes Nacionales que nos donen la infraestructura de la ex fábrica a los ex trabajadores, porque si sacaban a licitación, lo más probable es que se nos adelantara (el Grupo) Palmas. Lo conseguimos utilizando nuestros contactos en el congreso. Para lo cual debimos sustentar explicando cómo se beneficiaría a la comunidad local y nacional. (Así que) les mandamos un escrito, con el apoyo de Naciones Unidas, Proamazonía, Contradrogas y el (entonces) alcalde Bogarín, diciéndoles que este proyecto sería (parte de la) política del estado contra la coca y el narcotráfico; y (por el) que además tributaríamos, en vez de tener la infraestructura ahí, para nada. Y al mes ya salió la resolución favorable.³⁰⁰ En ese tiempo, además, en el 2006, vino la erradicación compulsiva y los cocaleros estaban dispuestos a matar o a morir por su planta. Pero nosotros en cambio le agradecemos mucho a este producto, ya que vino a liberarnos de la coca.

Nos constituimos como OLPESA,³⁰¹ pero nos quedaba encontrar dinero para remodelar la infraestructura de la ex fábrica, que costaba 1 millón 250 mil dólares. Entonces, luego de buscar por el sector público y privado, con condiciones e intereses altísimos, Agrobanco³⁰² nos ofrece un crédito al 12 % de interés que aceptamos; aunque hubo que hipotecar nuestras tierras para obtenerlo. Pero como nos faltó dinero y ante la desconfianza de los comerciantes de Tocache y del mismo (Grupo) Palmas, a quien ofrecimos una parte y no quiso, nos tocó venderle acciones a un industrial de Lima, Alpamayo,³⁰³ quien pasó a ser nuestro socio estratégico. (Por eso) le vendemos toda la

³⁰⁰ La R.S. 008-2006 EG del 2006 aprueba la donación predial a favor de ACEPAT del predio de propiedad del Estado (Ministerio de Agricultura) denominado Fábrica Extractora de Aceite de Villapalma-Tananta, con de 7,47 has., a ACEPAT, donde se reinstaló (2009) la nueva planta extractora con una capacidad inicial de 10 tn/hra de RFF.

³⁰¹ Oleaginosa del Perú S.A., (OLPESA) es promovida en el 2006 por ACEPAT, con el apoyo del programa de Naciones Unidas ONUDO/UNOPS, con el objetivo de dar sostenibilidad al cultivo de palma aceitera y beneficiar a las familias de Palmicultores. Hoy día está constituida por 1500 pequeños productores que con alrededor de 6.500 hectáreas de palma aceitera forman su base de suministro en la provincia de Tocache y tiene una capacidad 30 tn/hra de RFF.

³⁰² El Banco Agropecuario (AGROBANCO), es una empresa estatal de derecho privado, creada en el 2001 para apoyar el desarrollo del sector agropecuario. La entidad aprobó un crédito de un millón 199 mil 650 dólares, para la planta extractora de OLPESA.

³⁰³ Industrial Alpamayo S.A., es una empresa industrial dedicada a la elaboración de aceites de soya y grasas de palma que mantienen una relación de suministro preferente de aceite crudo de palma (ACP) con OLPESA, de la que es accionista.

producción y nos exige calificar en última instancia al directorio, a pesar que ACEPAT somos los dueños mayoritarios de la empresa con el 54 % de las acciones.³⁰⁴

De remate, Palmas usó su influencia para que no nos dieran el crédito y todo fracasara. Obviamente nosotros también tuvimos que usar las nuestras. Después, para que no prosperemos y a pesar de haberle propuesto hacerlo años antes, colocó una fábrica a nuestro costado, en Bolívar,³⁰⁵ y puso el precio del fruto a 10 dólares más que nosotros; para que la gente vaya a venderles a ellos. Ya sabes, es una guerra de comercio; el que puede, vive, y el que no puede, no vive. Menos mal que la gente tenía conciencia.

Pero bueno, la cosa ha cambiado bastante y OLPESA tiene ahora varios ingresos.³⁰⁶ Estamos a la par con ellos y ya no somos el patito feo que nos puedan derribar. De todas formas, hoy día hay muchos ex emdepalmeños que no saben lo que ha pasado en aquel tiempo, quiénes sufrieron y gastaron el zapato por ellos. Incluso nuevamente existe una tendencia de sobrecargarla y hacerla fracasar. Además, estamos muy por debajo en producción de los estándares internacionales.

A mi chacra ya apenas voy porque tengo un poco de deficiencia en la vista y por la lumbalgia, de sacarme el ancho trabajando. Ahora tengo un hombrecito que lo utilizo para que corte mi palma, por días. Pero aquí que somos pequeños agricultorcillos de 10 o 15 hectáreas funciona la informalidad. Las minas en la sierra han jalado a la gente y la mano de obra falta. Entonces el poco trabajador que hay, te maneja, te condiciona. Ahora nadie quiere ser peón del otro. (Por eso) estoy leyendo a economistas y ellos hablan de que en la sociedad no podemos ser todos ricos. Entonces me doy cuenta que eso es lo que sucedió acá; que es necesario que se mantengan también pobres, ¿si no cómo trabajan?

Recientemente, los grandes empresarios asiáticos vinieron, corrompieron al gobierno regional de Ucayali y han despojado a comunidades nativas y acabado con la

³⁰⁴ La instalación de la planta extractora fue también posible por el aporte de ACEPAT (516 mil dólares) y de distintos socios privados (380 mil dólares).

³⁰⁵ El Grupo Palmas puso en marcha en el año 2009 una planta extractora con capacidad de 20 tn/hra de RFF, a pocos kilómetros de OLPESA, en el caserío Bolívar del centro poblado Nuevo Horizonte.

³⁰⁶ En la actualidad, OLPESA ha incorporado a su producción de aceites y derivados de la palma aceitera (aceite crudo de palma y palmiste; harina de palmiste), una planta de jabones (de lavar) y una planta de biogás que le permite producir, a partir del tratamiento de sus aguas residuales, energía eléctrica con una capacidad de 2 MW. Es suministrador de Alpamayo S.A. y Alicorp S.A.A.; dos de los grupos industriales más poderosas del Perú.

biodiversidad.³⁰⁷ De ahí la mala fama que se lleva la palma. Pero en Tocache es más bien una solución al problema de la deforestación que ocasionó la coca, porque se vuelve a un bosque palmario, con un impacto menor que el de la soya; además se reestablece el equilibrio ecológico. De paso les damos trabajo a las comunidades nativas para que se desarrollen. (Sin embargo) hay una gran cantidad de ambientalistas que ganan un mundo de plata y no les importa chocar irrazonablemente con los palmicultores.

Hay quien dice que no hemos salido de la pobreza; es cierto, no hay agua y desagüe. Pero eso no depende del Desarrollo Alternativo (DA), depende de las autoridades que solo roban y no hacen nada. No puede culparse al DA por en cuanto este ya cumplió su labor de venir a incentivar a la gente y propiciar el cambio de mentalidad; porque no le van a dar todo a la gente todos siempre. Ahora necesitamos que el Estado apoyara de una manera sostenible para que se den créditos baratos, hacer buenas carreteras y toda una serie de cosas para que sea llevadera esta situación. Porque si no, corre el riesgo de que vuelva la gente a la coca.

Lo que hace falta en el sector (palmicultor) es crecer con la ayuda del Estado para competir con la comercialización de afuera que viene subsidiada. Acceder a créditos baratos es realmente nuestro cuello de botella. En Colombia han conseguido que el Estado entienda que la palma es el cultivo alternativo a la coca. (El Grupo) Palmas, por ejemplo, movilizó a sus productores y trabajadores en el año 2003, para proteger los productos nacionales; algunos lo hicieron bajo la amenaza de no recibirles su fruto. Pero en realidad no era para proteger a los agricultores, a nosotros no se nos protegió en absoluto, sino para arrancar del Estado una barrera arancelaria para su propio beneficio. Y ahí es que en esa movilización crean FREDEPALMA;³⁰⁸ y nosotros, posteriormente, creamos FENAPALMA.³⁰⁹ Pero de lo que se trata ahora es de dialogar con el Estado y para eso nos hemos juntado todos los palmicultores en una sola organización, JUNPALMA,³¹⁰ y

³⁰⁷ El poderoso grupo empresarial Asian Plantations, de Singapur y presente además en Malasia, ha operado en el Perú con distintas denominaciones en una red de 25 empresas bajo la dirección del defenestrado empresario checo-estadounidense Dennis Melka, acusadas, investigadas y sentenciadas por deforestar más de 13 mil hectáreas de bosques en la Amazonía peruana para el cultivo a gran escala de palma aceitera y cacao.

³⁰⁸ La Federación Regional de Palma Aceitera San Martín (FREDEPALMA) fue creada en el año 2003 y posteriormente se orientó hacia el ámbito nacional, con la creación de la Confederación Nacional de Palmicultores y Empresas Industriales de palma aceitera del Perú (CONAPAL).

³⁰⁹ La Federación Nacional de Palmicultores del Perú (FENAPALMA PERÚ) fue creada en el año 2010.

³¹⁰ La Junta Nacional de Palma Aceitera del Perú (JUNPALMA PERÚ) es una organización creada en el año 2015 que integra las dos grandes organizaciones del gremio palmicultor peruano: CONAPAL y FENAPALMA PERÚ. Representa los intereses del sector palmero nacional, entre organizaciones de

hemos decidido trabajar, poco a poco, bajo las reglas del RSPO,³¹¹ de forma responsable, sostenible y totalmente formal. Ahora, el condicionante número uno es que sea rentable.

Santiago Quiñones Fernández, peón agrícola informal, Tananta (Tocache), 2009.³¹²

Mi nombre es Santiago Quiñones Fernández y tengo 34 años. Mis papás son de extrema pobreza, agricultores, de Tayabamba, provincia de Patate; en la sierra de La Libertad. Allí tenían su ganadito y sembraban papa, maíz, trigo; plátanos no había. Cosechabas para comer nomás. Recuerdo que mi papá siempre venía acá a trabajar en las palmeras, al jornal, unos 15 días así, para que lleve (a casa) algún sencillo. Mas antes se llegaba puro caminando, cuatro días se caminaba, pues no había carro.

En total somos nueve hermanos, otros tres murieron tiernitos. Mis hermanos tal vez tendrán un año de primaria. A mi hermano Nelson su mente lo ha ayudado bastante; él se ha dedicado a la política; sin estudios de nada.

Pero ahora está estudiando para abogado; él ha pagado por tener educación. Ya no trabaja en la chacra y ganó para ser alcalde en Monteverde. (En cuanto a mí), cuando terminé mi primaria, mis papás me dijeron que podía seguir estudiando. Yo quería estudiar secundaria, pero me di cuenta que ellos no tenían posibilidad de darme estudios. Me dije: “no pueees... (con) una ropita así,...mal *vestiido* también...”. (Así que) más bien me



Fotografía 29. Detalle de Santiago Quiñones Fernández con racimo de palma en Tananta.

productores y empresas de extracción de aceite crudo de palma, localizadas en las regiones de San Martín, Huánuco, Ucayali y Loreto, con más de 7 mil familias que cultivan más de 86 mil hectáreas de palma aceitera y generan más de 40 mil puestos de trabajo directo e indirecto. Actualmente impulsa la actualización del Plan Nacional de la Palma Aceitera 2017-2027 y pretende que el Estado tenga un rol mucho más activo en la promoción del cultivo de palma. Entre sus prioridades también se encuentra la certificación del aceite de palma bajo los principios y criterios del RSPO, orientados a garantizar el crecimiento sostenido y sustentable de la producción.

³¹¹ La Mesa Redonda de Aceite de Palma Sostenible (RSPO por sus siglas en inglés) es una organización que, desde el año 2004, busca reunir a todos los sectores de la industria del aceite de palma y grupos interesados en desarrollar e implementar estándares globales para la producción de aceite de palma con criterios de sostenibilidad económica, social y ambiental, a través de un sistema de certificación de aceite sostenible (CSPO).

³¹² Las entrevistas que dan soporte a esta biografía fueron realizadas entre mayo y junio del 2019.

dedique a trabajar, a ganar; entonces ya les llevaba yo cualquier cosa que les faltaba a mis papás.

Les ayudaba a trabajar en la chacra y después ya me fui yo por la selva chica que hay por Tayabamba, a Ongón, que pertenece a la Libertad. Llevaba mi ganado, cambiaba con hoja de coca, regresaba y vendía. La coca se cambiaba por grano, papa, maíz, trigo y ganado. Me acuerdo en ese tiempo, por los noventa, que Palmas (del Espino) trajo (a Tocache) gente de Tayabamba, y les decían que era buen trabajo. (Pero) a los que vinieron les quitaron sus DNI y ya no se podían regresar para allá. (Así que) hay gente que se ha vuelto incluso así, sin que le paguen, porque la *chamba* era fuerte y (además) no se acostumbraban al clima.

De ahí ya, más más, me fui a Trujillo, donde tengo mi cuñado, para trabajar en construcción. (Pero) en el 2003, mi hermano Fidel que vivía acá en Tananta agarra y se enferma; una enfermedad mala sería. Primero lo hacemos curar en Trujillo y más luego lo llevamos a Tingo María. Nosotros trabajábamos para sus medicinas, para mandarle a un (hospital) particular. Y (entonces) nos dice: me voy a Trujillo, voy a hacerme medicinar allá. Ustedes quédense; voy a mejorar y (después) voy a regresar. Ahí estaba bien pero luego ya se puso flaquito, no podía caminar; y para el 2004 murió.

Entonces regresé a Tananta y me quedé eternamente acá. En ese tiempo vivíamos en la casita de tablitas de mi hermano finado. Por decir, acá un palmicultor con propiedad hace su casa en puro material noble; porque ellos tienen. En cambio, hay gente pobre que ves ahí, con casitas normal y no están arregladas. Acá mayormente la gente son de Tayabamba. Pero cada uno vive como vive. Claro, nos encontramos los paisanos, pero ya cada uno es cada uno. Muchos han sido trabajadores de EMDEPALMA que han recibido sus parcelas, pero en cambio los que hemos venido recién, ya no ya. Cada uno de ellos tiene su parcela y entregan el producto a la empresa (OLPESA). Otros le llevan a Palmas del Espino que tienen otra fábrica aquí cerca, en Bolívar.

Pero si tú no eres socio de Olpesa no te dan trabajo. Todita esa gente son palmicultores y sus hijos que se van a estudiar a Tingo María, están ahí trabajando. En cambio, un particular que viene de lejos, no lo reciben. En Palmas (del Espino) tengo mis amigos, mis paisanos, y dicen que mucho te explotan allí. El que trabaja en chacra,

cultivando las palmeras, (tiene) sueldo mínimo, 800 soles. Estamos hablando de 35 soles diarios. Y todo el día trabajan allá.

En ese tiempo (que llegamos) buscábamos trabajo. Nos ganábamos 5 soles por jornada lampeando coca, cultivando yuca, plátano; todito el día. De ahí subieron a 6 soles y luego 8, 10, 15, 25 y de ahí ya a 30. También nos dedicábamos a sembrar, una plantita de coca o maíz, en terrenos de otra gente. Les rogábamos y así nos daban para sembrar. En cambio, ahora ya no hay gente buena. Ahora hay plantación chiquita (más densa) y ya no puedes sembrar nada. *Cuaaantas* veces hemos sembrado y cuando estábamos ya por cosechar han venido los de la erradicación y hemos quedado sin nada. Venían, te botaban la coca y ya... ¿qué vamos a hacer? En tiempos de violencia, bueno, ahí *pueees* se puso complicado [baja la cabeza y pausa larga]...Un tiempo difícil, la gente se iba por otros sitios.

En ese tiempo no había trabajo y ahí es que vino el Programa de Desarrollo Alternativo (PDA)³¹³ que, a los que tenían chacras, les daban palmera, maíz, arroz; y, a los que no teníamos (nos daban) gallinas, chanchos, pollos. A nosotros cien pollos nos dieron, pero llegó la peste y se nos murieron. Hasta que empezó a producir la palma y el cacao. (En fin), ahorita sí hay trabajo y la gente te pagan. Pero el pago es mínimo. Por decir, los peones arrancan a las seis de la mañana, por costumbre, y terminan a la una. En la tarde algunos descansan ya; otros están yendo a su chacra. Algunos (patrones), si te dan desayuno y almuerzo, pagan 35 soles; y sin comida 40 soles. Otras gentes que son más conscientes están pagando 50. Pero son *alguniitos*. Así es acá cuando eres jornalero, (pero) yo soy contratista, casi. Por decir, trabajo con el señor Edgardo y (aparte) trabajo así de particular también (con otros propietarios). Él tiene plantaciones de palmera y cacao. El cacao es a la media, yo con don Edgardo. Él pone el terreno y nosotros los plantones y el trabajo.

Yo estoy especializado en plantación chica y grande, (pero) puro palmera. Ahora mi trabajo de mi es en plantación alta. Por mi esfuerzo aprendí a cortar plantación alta. Me pagan un sol con cincuenta (céntimos) por racimo. Tomo mi desayuno y voy, a veces a las siete, corto mis 50 racimitos y ya tengo mis 75 soles. A la hora que termino, así termine a las 10, estoy en mi casa ya. Y lo prefiero así porque gano más. Pero si es bien

³¹³ Programa de Desarrollo Alternativo (PDA) de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID-Perú).

matado; son 17 metros de altura. Al inicio te dolía todo esto [señala sus cervicales]. Porque purito tienes que llevar todo el tubo con la hoz a la altura. (Además) el (trabajo) alto es más peligroso; por eso uno cualquiera no lo corta. Te puede caer encima y te duele también la vista por la basura que va cayendo. Vas con gorro, (pues) casco nadie utiliza.

A algunos les cae el racimo encima y hasta puede que les mate. Por eso tienes que estar siempre bien pendiente. O, por decir, con los cables de alta tensión debes de tener mucho cuidado, (ya que) hay palmeras casi contra los cables. Porque si tú topaste ya te jalas. Al toque te mata. Así han muerto tres personas en Cañuto. Cuando trabajas para un particular, si hay algún accidente, te cortas por decir, no cubren gasto. En cambio, cuando hacen (te accidentas) en la empresa, ellos si cubren el gasto. En Palmas (del Espino) te dan tu casco, mameluco, botas, zapatos de cuero. Y aquí ni agua te dan. Yo he trabajado con varias personas por aquí y nunca me han dicho: tú eres mi peón y siquiera te doy una camisa, ni nada. Más bien ellos tratan de explotar a una persona porque eres pobre.

Si yo tuviera a algún conocido en OLPESA y me dijeran, yo me fuera allí a trabajar; ¿por qué? Por decir, en la fábrica algunos en horas extras se sacan más de 2 mil soles mensuales. Y no te vas a preocupar si mañana tendrás trabajo. Pero de campo mejor es trabajar independiente, porque (aquí) se gana más. (Aunque) cuando te accidentas no va a haber quién te cubra el gasto; en cambio, si tu trabajas para la empresa, por lo menos van a cubrir los gastos o algo. Ellos también tienen gratificaciones. (En verdad) si pudiera elegir trabajaría en la empresa 5 años siquiera, hasta los 40; porque sacaría 2 mil soles mensuales. Claro, trabajando en la planta por turnos y con las horas extras.

Los asociados (a OLPESA) entregan sus productos y cada fin de año reciben su canasta, sus regalitos. Pero al “chambero” no dicen te doy siquiera algo; no dicen, ¿sabes qué? me han regalado esto y te voy a dar algo, siquiera la mitad. *Naaada*. Sí hay algunos que son también buenos. Hay un señor que todos los años, para Navidad, tiene la voluntad de regalarme mi canastita así, con un panetón o un tarrito de leche. Tal vez por la amistad o porque trabajamos tiempos con él.

(Además), OLPESA podría apoyar a mejorar ese camino de salida a la carretera, ya que sacan de aquí sus productos. Ellos tienen maquinarias, tienen volquetes. Si trajeran materiales y todos los moradores de acá aportáramos para que se arregle esa carretera...[silencio]. Pero así es; ¿qué será pues?

Por acá ya estoy acostumbrado, ya. Teniendo (dinero), con mi enamorada estamos en pensamiento de comprar un terrenito. Mientras que uno puede uno trabajaría, pero cuando uno ya no puede, tienes que tener tu chacra. Ahora eres joven y no sientes cansancio; pero los años van pasando y ya no vas a poder ni trabajar; nada. Hasta ahorita no compramos ningún terreno, pero estamos ahí reuniendo una platita para comprar. Por decir, ahorita una hectárea sembrada con plantación productiva está en 30 mil soles. Pero a veces tú trabajas y no puedes completar; no da.

Después, ya teniendo terreno, siquiera puedes pagar a otra persona para que te coseche. (Así que) ahí estamos trabajando, contando; con cinco hectáreas ya es algo; siquiera dos *hectaritas*, para comer. Más luego vienen los hijos y necesitan una educación. Ya no es el tiempo de antes, *pe*. Ahora ya no es tener solamente por tener a los hijos. Mis hijos quiero que sean profesionales. Sería lindo, ¿no?

El modelo asociativo agroindustrial: alternativa al “desarrollo”, oportunidades y riesgos

Tras 17 años de actividad y sobre la base de 5230 hectáreas de palma y una planta extractora, la estatal EMDEPALMA (1973-1990) quebró, dejando en la calle a 1500 trabajadores que junto a sus familias se vieron obligados a sortear el abismo de la pobreza en el ingobernable escenario del VAH a inicios de los años 90. La política antidrogas basada en la erradicación compulsiva que desde fines de los años 70 había expandido la coca por el valle, de sur (Tingo María) a norte (Tocache),³¹⁴ su elevado precio, sumadas a la hegemonía territorial del PCP-SL en las áreas rurales, impedían que las débiles propuestas del Estado en materia de desarrollo, el PEAH (1981),³¹⁵ se convirtieran en

³¹⁴ El patrón de expansión de la coca por el VAH, de sur a norte es otro detalle que explica por qué el cultivo de la coca no arraigó en Tocache de forma tan persistente a como lo hizo en la parte sur del valle, donde se encontraba históricamente presente.

³¹⁵ El Programa Especial Alto Huallaga (PEAH), ejecutado tras el acuerdo entre el Perú y USAID (1981), buscaba la sustitución de la coca mediante cultivos alternativos; sin embargo, su diseño, que condicionaba a la erradicación previa por el CORAH, restringía considerablemente la participación de los campesinos.

alternativas viables para reconstruir una economía lícita en la provincia de Tocache que por entonces se encontraba en pleno boom cocalero.³¹⁶

Con la llegada al gobierno de Alberto Fujimori y bajo la presión de Estados Unidos, quien costeara la guerra al narcotráfico, toda la estrategia se reorienta a desarticular la alianza entre los cocaleros y el PCP-SL, mediante una ofensiva en todos los frentes; dotando, eso sí, de secuencialidad las acciones (MANRIQUE, 2017). Durante el primer lustro (1990-95), la vía militar se dirigió a recuperar el control territorial mediante una escalada represiva indiscriminada con acciones de “guerra sucia”. Mientras tanto, la vía social buscaba desalentar la producción cocalera y se trazó por medio de dos tácticas. Primero, desarrollando una guerra frontal al TID fuera del ámbito de la producción, por medio de la interdicción aérea,³¹⁷ al mismo tiempo que se ponía en práctica una guerra biológica invisible por el VAH mediante la propagación del hongo *fusarium oxysporum* y el herbicida Spike. Segundo, sentando las bases de lo que parecía ser una salida lícita para los campesinos mediante la “Doctrina Fujimori sobre política de control de drogas y desarrollo alternativo”,³¹⁸ que sin embargo -tal y como relata Eusebio-, no pasó del formalismo; desatendiendo en la práctica las propuestas que los ex trabajadores de EMDEPALMA le hicieron al gobierno para contener el conflicto en la zona de Tocache, reflotando la empresa y apaciguando el descontento.

Los resultados de esta estrategia, principalmente cifrados en un alto costo humano -como vimos en la sección anterior-, fueron asimismo contraproducentes en términos de “combate a las drogas”; provocando un desplazamiento interno y externo de los cultivos, conocido como “efecto globo”,³¹⁹ que condujo, en primera instancia, a una fatal caída de

³¹⁶ La extensión de coca por el país no había dejado de crecer en la última década llegando a las 121.300 ha en 1990, mientras que San Martín, con 90.000 hectáreas, representaba en 74 % de la superficie nacional (INEI, 1994).

³¹⁷ La interdicción aérea era ejecutada por parte de la Fuerza Aérea del Perú (FAP) con apoyo del Comando Sur de los Estados Unidos (CVR, 2003).

³¹⁸ El decreto legislativo 753, Ley de Bases de la Estrategia Integral de Desarrollo Alternativo para Erradicar el Tráfico Ilícito de Drogas con la Participación de la Población (1991), trató de reafirmar el papel de interlocución de las organizaciones de cocaleros y planteaba la creación del Instituto de Desarrollo Alternativo (IDA) (PARRA, 2014, apud MANRIQUE, 2017).

³¹⁹ En el ámbito de la producción de drogas, el “efecto globo” hace referencia a la creación de nuevas zonas de producción de cultivos ilícitos, a nivel interno (subnacional) o externo (internacional), ante la intervención de un área de producción ya establecida. En el Perú, dentro de la región San Martín los cultivos se desplazaron hacia el centro (Huallaga Central) y norte (Bajo Huallaga), mientras que la mayor parte lo hicieron hacia regiones con menor presencia del Estado, como Aguaytía, Pichis Palcazu o el VRAEM. A nivel internacional la reterritorialización peruana contribuyó a que Colombia y Bolivia ampliaran sus fronteras cocaleras (MANRIQUE, 2017).

precios de la coca en el VAH, seguida de un incremento inusitado de la extrema pobreza.³²⁰

El recurso del cultivo de la coca personificaba, no obstante, una vuelta atrás, por lo que la mayor parte de los ex trabajadores decidieron emprender otro camino, tortuoso, aunque extremadamente original: tomaron la empresa abandonada por el Estado, la pusieron a resguardo de los intentos de privatización³²¹ y consiguieron hacerla producir y administrarla con efectividad hasta hoy.

Una experiencia agroindustrial próspera, atribuible antes que nada al esfuerzo de los pequeños y medianos productores tocachinos que, décadas después, nos exige repensar el modo en que fuera del VAH aún hoy se representa a buena parte del sector campesino, colocándolo en las márgenes del relato oficial; dejando de lado estas experiencias en las que un sector social empobrecido pero con aspiraciones de progreso, consigue producir, con el apoyo de la cooperación internacional,³²² aunque con la oposición inicial de Estados Unidos (que no veía con buenos ojos apoyar a una potencial competidora de sus exportaciones aceiteras al país) y sin los tutelajes políticos del Estado o los que lo disputan, una alternativa de desarrollo agroindustrial “sostenible” y de base social, hasta hoy. Ahora bien, resulta importante ubicar el hecho en sí, dentro del proceso histórico que lo envuelve y permite entenderlo mejor; formando parte de las medidas económicas neoliberales a escala nacional en que se inscriben, no solo esta, sino el conjunto de transformaciones del mundo rural peruano de las últimas décadas.

Ajuste estructural y fiebre privatizadora: el desarrollo “desde arriba”

De acuerdo a la literatura reciente (OXFAM, 2019; GONZALES DE OLARTE, 2005; ÁLAMO, 2011; RUIZ, 2007), el Perú emprendió a inicios de los años noventa el desmantelamiento del proceso de estatización promovido dos décadas antes por la Junta

³²⁰ En 1995 se registra una fuerte caída en los precios de la coca debido, entre otros, al desmantelamiento de los carteles de Medellín y de Cali y al aumento de la producción de coca en Colombia (CVR, 2003). La coca cayó de 4 a menos de 1 USD en 1995 (KAY, 1999 apud MANRIQUE, 2017, p. 174), mientras que la PBC lo hizo de 850 a 100 USD en 1995 (THOUMI, 2003 apud MANRIQUE, 2017, p. 174).

³²¹ Tras el cierre de EMDEPALMA, la intención del gobierno era (coimas a la delegación de los trabajadores de por medio) promover la privatización de la empresa transfiriendo la planta a la Corporación Financiera de Desarrollo (COFIDE) y endeudar a los trabajadores en la compra de las plantaciones (MEZA, 2013).

³²² La iniciativa de los trabajadores contó principalmente con el apoyo y la asistencia de Naciones Unidas (UNOPS/USAID) y la cooperación alemana (GTZ, Proyecto PRODATU).

Militar. En una abrupta transición, desde un capitalismo de Estado hacia un capitalismo privado, se dio paso al reordenamiento de la estructura productiva nacional, mediante un programa de contrarreformas estructurales de profundo calado.

Antecedidos por un escenario socialmente convulso, hiperinflacionario y con una fuerte caída en los precios agrícolas que ponían en riesgo el pago de la deuda externa, el gobierno de Alberto Fujimori (1990-2000) alinea la economía nacional con los postulados del Consenso de Washington, dando paso a un ajuste estructural del Estado fundamentado en tres recetas básicas: la privatización del sector público, la flexibilización del mercado laboral y la búsqueda de inversiones de capital extranjero por medio de marcos legales y tributarios favorables.

El gobierno, especialmente tras el viraje autocrático del autogolpe de 1992, emprende entonces entre manifiestas irregularidades y prescindiendo de la discusión nacional, un apresurado proceso privatizador de las empresas públicas, basado en dos premisas: La renuncia a introducir reformas que pudieran corregir las graves deficiencias organizativas e interferencias políticas con las que los gobiernos habían hecho fracasar a las empresas públicas durante la década anterior; y la convicción de que la inversión privada acabaría con el déficit fiscal, la hiperinflación, el exceso de burocracia, la falta de productividad y la corrupción dentro de las mismas.

El drástico giro hacia el modelo económico extractivo de libre mercado -rubricado en la Constitución de 1993 aún vigente-, profundizó además el rol subsidiario del Estado y contó inmediatamente con el apoyo de los empresarios nacionales y de los organismos multilaterales (FMI y Banco Mundial); de modo que la rápida abundancia de capitales exteriores y el fácil acceso a recursos financieros determinaron el equilibrio macroeconómico y la estabilización fiscal inicial. Ya durante la primera década del siglo XXI, continuó prevaleciendo cierto consenso sobre el dinamismo de la economía peruana en términos macro estructurales, cifrado en un crecimiento continuo del PIB; por lo que algunos, sumidos en el sueño de un crecimiento económico sin límites no tardarían en hablar del “milagro económico peruano”.³²³

³²³ Desde el año 2001 y hasta el 2009, el país presentó un crecimiento continuo del PIB que, entre 2004 y 2009, creció a un promedio cercano al 6.4 % anual. El ingreso per cápita durante el periodo 2002-2009, registró un crecimiento anual de 3.8 %; lo que supondría el avance más elevado en Perú durante las seis últimas décadas.

Pero como todo sueño acaba siendo interrumpido, cuando la inversión extranjera comenzó a perder dinamismo con la llegada de la crisis económica global del 2008, dando paso al inicio de una desaceleración económica, las contradicciones que aquejaban a las promesas justificadoras con las que nació el modelo -mayor empleo y orden, menor pobreza y desigualdad-, comenzaron a ser resaltantes, demostrando ser incapaz de generar empleo ni resolver la histórica crisis distributiva del Perú; hasta llegar a que el modelo, roto el consenso inicial, comenzara a ser abiertamente cuestionado.

Las insondables brechas entre la macroeconomía y la microeconomía no han dejado de ensombrecer aquel panorama aparentemente halagüeño desde entonces. A eso apunta, por ejemplo, el último informe sobre desigualdades en el Perú de Oxfam (2019) cuando revela que en los dos últimos años, luego de la bonanza económica y fiscal que la economía nacional tuvo especialmente hasta el 2013, debido a los altos precios de las materias primas, la pobreza aumentó y la lucha contra la desigualdad se estancó y retrocedió en aspectos críticos.³²⁴ Alejado de un desarrollo inclusivo y con un decrecimiento del gasto público en materias sociales,³²⁵ o de gran sensibilidad para el sector agrícola,³²⁶ el crecimiento de la economía acontecida durante la década y media anterior, no dio paso a medidas que permitieran reducir las desigualdades tributarias,³²⁷ la precariedad e informalidad laboral³²⁸ o trajera mejoras sustanciales a los derechos de las mujeres³²⁹ o la gobernanza ambiental.³³⁰ Lo que aleja por tanto al país en su objetivo de

³²⁴ La pobreza monetaria del país creció del 20,7 % en 2016 al 21,7 % en 2017; además el 40 % de la población (doce millones de peruanos) se encuentran en riesgo de volver a ser considerados pobres.

³²⁵ El nivel de gasto en salud y en educación como porcentaje del PBI se encuentran por debajo del promedio de los países de la OCDE y, además, por debajo del promedio latinoamericano. Por ejemplo, la protección y previsión social bajó del 2,8 % al 2,7 % entre 2016 y 2017; la inversión del 4,3 % del PBI en educación se encuentra lejos de la meta del 6 % del PBI que se había marcado para el 2021 en el Acuerdo Nacional; finalmente, la inversión pública en salud apenas es del 2.5 % del PBI y la anemia infantil aumentó del 43,6 % al 46,6 % entre 2016 y 2018.

³²⁶ El país invierte un 0,7 % del presupuesto público en agricultura, de acuerdo al presidente de la Convención Nacional del Agro Peruano (Conveagro), Clímaco Cárdenas Cárdenas.

³²⁷ El Impuesto a la Renta en Perú representa el 5,2 % del PBI (2017), muy por debajo del promedio de países de la OCDE, del 11,6 %. Además, en el Perú el grueso de la recaudación proviene de impuestos indirectos, impactando principalmente en los consumidores y evidenciando lo regresivo del sistema tributario nacional.

³²⁸ Entre el 2016 y el 2018, la población económicamente activa (PEA) que contaba con empleo formal se redujo del 28 % al 27 %. Uno de tres trabajadores labora más de 48 horas semanales, mientras que uno de cada cinco lo hace más de 60. Además, el salario mínimo vital cubre apenas el 50 % del valor de la canasta básica familiar.

³²⁹ Entre el 2016 y el 2018, el sueldo de una mujer peruana disminuyó del 68,3 % al 66 % respecto a la remuneración masculina.

³³⁰ La Defensoría del Pueblo reconoce, entre otras, la preeminencia de los conflictos de naturaleza socio ambiental en el país, 69 % en 2016, como la expresión de la persistencia de las disputas que enfrentan a empresas, Estado y población en torno a las actividades extractivas.

ingresar a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) en el 2021, año del bicentenario de su independencia.

En el marco del divorcio entre la agenda política y las necesidades sociales no debería extrañarnos que, de las expectativas defraudadas por la persistencia de las profundas desigualdades, además se haya visto también dañada la frágil cohesión social nacional. Esto ha dado lugar a una crisis de representación de la que han ido surgiendo crecientes fracturas sociales en escenarios de tensión social permanente, deficientemente gestionados por el Estado que, o bien ha mirado para otro lado o bien ha respondido mediante la criminalización y la represión de la protesta; lo que, paradójicamente, desalienta la inversión privada.

En los escenarios urbanos, la reducción de la pobreza se ha dado de forma paralela al incremento exponencial del sector informal, que ha estado pagando por medio de la auto explotación y la desprotección social permanente, el costo social del “progreso” empresarial, que no ha dudado si quiera de mercantilizarlo financieramente haciendo negocio mediante la mística del emprendedurismo.

Pero retornemos al mundo rural, un territorio que resulta clave para el crecimiento económico del país, dado que alberga a la agricultura familiar y comunitaria que producen la mayor parte de los alimentos de consumo nacional y del empleo rural. Pues bien, los cambios en la estructura agraria han venido acompañados aquí por la persistencia de la pobreza y de grandes brechas en el acceso al sistema financiero o a la infraestructura productiva y de servicios públicos claves (educativa, sanitaria, vial y eléctrica, principalmente; pero también agua, desagüe, internet, telefonía fija y celular, etc.), respecto al entorno urbano. Todos ellos factores esenciales para la reducción de la pobreza.³³¹ Ese es el caso de Santiago Quiñones y su familia, en quienes es posible advertir cómo la falta de garantías para el acceso a la educación y a la salud se convierten en unos poderosos influjos que, periódicamente, lastran sus posibilidades de salir de la espiral de pobreza, como vimos en su propia narración.

³³¹ La FAO recomienda, por el contrario, fortalecer la inversión en bienes públicos, el aumento del acceso a la tierra, a los servicios rurales, a una mejor información y a una adecuada gestión de riegos en el sector agrícola.

Siguiendo el último informe de las Naciones Unidas sobre la pobreza rural en América Latina (2018) y de forma congruente con el avance de la pobreza en la región,³³² en el Perú y de forma paralela al boom de las materias primas, la pobreza (monetaria) rural disminuyó del 73 % al 46 %, desde 1997 a 2014, cuando sufrió una desaceleración. El informe registra además un 86 % de pobreza multidimensional. Lo que en términos absolutos significa que, de los 9 millones de peruanos rurales, aproximadamente 4 millones son pobres y 7,7 millones son pobres multidimensionales. A su vez, en términos comparativos, expresa que las bolsas de pobreza en el área rural no solo continúan siendo altas, sino que duplican los valores nacionales; especialmente en la sierra, de donde provienen tanto Eusebio Meza como Santiago Quiñonez, que concentra la mayor parte de la pobreza extrema (40,6 %).³³³

Algunas investigaciones recientes (ESCOBAL y ARMAS, 2015), sugieren que las dinámicas de pobreza rural en el Perú se explican por múltiples factores estructurales, como la fragmentación y la distribución desigual de la tierra o en el acceso a la innovación tecnológica; lo que se revela a través de las altas tasas de emigración desde territorios diezmados por la pobreza, la inseguridad y la vulnerabilidad ambiental. Los escenarios rurales afectados por la incertidumbre, se han enfrentado a ellos generando ingresos por medio de actividades anexas (YANCARI, 2009). Tradicionalmente la sierra peruana ha tenido como válvula de escape la migración rural-urbana, hacia la capital o ciudades intermedias, o mediante el flujo rural-rural, hacia el piedemonte oriental, donde además desde los años setenta, la coca u otras economías ilícitas (el tráfico de tierras, la tala de bosques y la minería ilegal, entre otros) han servido para contener, con sus riesgos, los impases de la producción agrícola familiar. La persistencia de flujos migratorios de la sierra, -de donde provienen la mayor parte de los flujos que recibe el VAH-, hacía Tocache, en la selva alta, muestran la permanencia de estas asimetrías de largo aliento. Los casos de Eusebio y de Santiago son la expresión, por las similitudes en el origen de sus trayectorias a pesar de distar 40 años entre ellas, de que en el origen de estas se

³³² El informe señala que luego que desde 1990 y hasta 2014, la pobreza rural en la región hubiera caído casi un 20 %, desde un 65 % a un 46 %, existe ahora la una tendencia general en América Latina hacia el crecimiento de la pobreza rural, que volvió a crecer en 2 millones de personas, alcanzando un total de 59 millones, entre 2014 y 2016; mientras que tanto la pobreza como la pobreza extrema aumentaron dos puntos porcentuales cada una, alcanzando, respectivamente, 48,6 % y 22,5 %. De modo que uno de cada dos habitantes rurales sea pobre, y uno de cada cinco, indigente (FAO, 2018).

³³³ Esta mayor pobreza se refleja en los resultados obtenidos en el análisis de los hogares rurales con una alta concentración de hogares agropecuarios (86 %) con ingresos y gastos per cápita inferiores al de los hogares a nivel nacional; de los cuales un 63 % está ubicado en la región sierra.

encuentra, tanto hoy como ayer, la búsqueda por superar las condiciones de escasez que aquejan los escenarios rurales de la sierra peruana.

El departamento de San Martín muestra, por su parte, una evolución económica congruente con el escenario nacional. De acuerdo a los estudios más focalizados (CARRANZA, GALLARDO LLANOS y VIDAL, 2012), la región ha experimentado una mejora sustancial en las condiciones de su infraestructura,³³⁴ mientras que el gobierno regional ha buscado incrementar las inversiones del sector privado. Sin embargo, las barreras al crecimiento económico siguen siendo la atomización de las tierras de cultivo y el elevado costo del crédito, que impiden una adecuada articulación de los pequeños y medianos propietarios con los inversionistas y los formuladores de políticas agropecuarias. Asimismo, las brechas de infraestructura y la matriz energética obsoleta existentes que desincentiva la llegada de inversión privada; las deficiencias de la política educativa y las altas tasas de desnutrición infantil que lastran el crecimiento de la competitividad regional. Todos estos factores sumados provocan una alta informalidad en el sector productivo y conducen al riesgo latente del resurgimiento del narcotráfico y la violencia armada; con daños irreparables al medio ambiente y al desarrollo social. La pobreza aquí, además, se ha concentrado principalmente en los escenarios rurales; cebándose especialmente con aquellos hogares campesinos fragmentados por causa de la violencia.

Regresando a nuestro caso, en mi opinión al menos cuatro aspectos son importantes resaltar de la experiencia de ACEPAT-OLPESA. Primero, esta empresa agroindustrial de base cooperativa surgida en medio de un Estado en proceso de desmantelamiento y frente a la oposición de importantes sectores competitivos, se basó prácticamente en la iniciativa y el esfuerzo concertado de los pequeños y medianos productores rurales de Tocache. Estos fueron quienes iniciaron una compleja y dilatada negociación con el gobierno central apoyada por la mediación política, nacional e internacional, y amparada por la permanente movilización social. Por lo tanto, el éxito del proyecto se debe a una arquitectura de desarrollo orientada de abajo hacia arriba que permite vivir de su producción, sin riesgo, sin violencia y de forma “sostenible” a cientos de familias campesinas. Lamentablemente, dada la evidencia de los resultados, esta

³³⁴ Entre estas, las obras de las carreteras Interoceánica y Fernando Belaunde Terry, así como la interconexión eléctrica nacional.

modalidad asociativa es a la que menos atención prestan las instituciones del Desarrollo Alternativo en el VAH quienes vienen incentivando la atomización del campesinado.

Segundo, la principal amenaza para el desarrollo y la pervivencia de esta iniciativa, ha venido principalmente del hostigamiento que, en una situación de desventaja, ha recibido del Grupo Palmas. El Estado, en su papel regulador y fiscalizador de las situaciones de desventaja y competencia (y entiendo que para ello se necesita precisamente otro enfoque del papel del Estado en la vida económica del país), tiene la enorme oportunidad de evitar la aparente reversibilidad de los procesos de violencia que fracturaron la vida social del VAH entre los años 80 y 90 -y aquí me remito a las evidencias que mi experiencia de campo arroja sobre las amenazas que aún siguen latentes-, conteniendo esta nueva “guerra sucia” que tensa el equilibrio entre los pequeños y medianos productores y la gran empresa, en la cual reposa en gran medida aquel.

Finalmente, la experiencia ACEPAT-OLPESA también representa una gran oportunidad para que la gestión empresarial de base asociativa se convierta en una alternativa diferenciada frente a los numerosos casos de atropellos sociales y ambientales que el sector palmicultor arrastra tanto a nivel internacional como doméstico. No estoy con ello refiriéndome a las iniciativas voluntaristas del sector (certificaciones RSPO y TFT, por ejemplo) que ya han comenzado a dar muestras de encubrir intereses corporativos. La diferencia estriba en tender una mano al Estado para contribuir de forma concertada a la gobernanza ambiental y social o tendérsela para hacerle un pulso. Lo que a mi parecer se necesita es ir por delante de los estándares ambientales y sociales en términos de entender que el cambio de ciclo reivindicativo pasa ahora por exigir del Estado una mayor fiscalización, supervisión y apoyo en el cumplimiento de los estándares ambientales y sociales de la producción. El carácter bisagra que la experiencia ACEPAT/OLPESA atesora, por su arraigo territorial y, al mismo tiempo, por su articulación nacional con el grueso del sector de la palma (JUNPALMA), pueden contribuir a hacer prosperar una verdadera sostenibilidad, social y ambiental, dentro del mismo. Y es precisamente ahí donde, a mi entender, reside la gran oportunidad que representa este tipo de proyectos, en estos escenarios tan próximos a las grandes brechas sociales del país y, por tanto, tan frágiles en términos de fractura social.

En fin, a poco más de una década de existencia, la discusión de fondo es si una vez concluida la época de los apoyos de la cooperación, ya dentro de una economía abierta

y desregulada de mercado, los pequeños y medianos productores pueden prosperar y logran perdurar en una competencia desigual frente al gran capital y los imponderables del mercado internacional, con ingresos superiores a la subsistencia. Eusebio es muy enfático en ese mismo sentido sobre el bajo rendimiento de sus plantaciones respecto a los estándares internacionales. Él mismo observa la necesidad de que el Estado, como lo hace en Colombia,³³⁵ proteja adecuadamente a los productores nacionales. El riesgo de no hacerlo no es menor y es aquí donde el país se juega que se destape o no la caja de los truenos en la Amazonía; ya que los impactos de las actividades de una mediana empresa en medio del boom de proyectos de gran escala que hoy vive la Amazonía peruana son inmensamente mayores al de una familia campesina.

El legítimo trabajo de los sectores más escépticos sobre la agroindustria de la palma en la región amazónica (ecologistas, periodismo de investigación, etc.), no ha hecho más que confirmar la desconfianza que buena parte de la sociedad siente hacia el sector. En realidad, para muchos basta con el destape del caso “Palmas para nadie” que envolvió a OLPESA, curiosamente junto al antaño archienemigo Grupo Romero, en uno de los procesos más turbios de comercialización de RFF y ACP provenientes de plantaciones irregulares de Ucayali,³³⁶ para que la gran mayoría confirme los peores presagios sobre el sector. Algo similar podríamos decir incluso ahora, por las evidencias que este trabajo muestra, sobre las prácticas de informalidad e inseguridad laboral, por decir lo menos, de los trabajadores agrícolas que la empresa tiene en campo; externalizando hacia abajo los costos sociales de sus ganancias. Probablemente sea ahí donde residen las “sobrecargas” sociales sobre las que Eusebio se pronuncia, obviamente con un miedo legítimo, a que la empresa fracase nuevamente. De todas formas, y es aquí donde reside el valor de realizar una reconstrucción histórica que tenga en cuenta niveles mayores de análisis, como los procesos de privatizaciones que fueron descritos aquí, la idea de que EMDEPALMA fracasó por la carga social y no por una gestión

³³⁵ Para ampliar la información de tipo comparativo: Dammert, J. L. **Cambio de uso de suelos por agricultura a gran escala en la Amazonía andina**: el caso de la palma aceitera. 1. ed. Lima, Perú: Unidad de apoyo de ICAA/IRG, 2014, 76 p.

³³⁶ En mayo de 2018, la organización de periodismo de investigación Convoca.pe destapó el caso conocido como “Palmas para Nadie” que evidenciaba la compra por parte de Alicorp (la principal empresa de productos de consumo masivo perteneciente al Grupo Romero y miembro del RSPO), de aceite de palma proveniente de las plantas extractoras de Industrias Palm Oleo, Oleaginosas Amazónicas (OLAMSA) y Oleaginosas del Perú S.A. (OLPESA; también miembro del RSPO), quienes adquirirían los frutos de palma de las plantaciones ilegales del grupo empresarial de Dennis Melka en el departamento de Ucayali (ver pie de página 305).

deliberadamente viciada puede ser similar a la que hoy impida ver cómo una gestión miope a las profundas brechas que genera, puede albergar a su vez, tensiones sociales con resultados aún impredecibles.

Sin embargo, y siento que esta reflexión debe bastante a las experiencias históricas del VAH revisadas en los capítulos precedentes, tanto o más importante que imaginar otro escenario, resulta construir una agenda política que permita una gobernanza inclusiva de amplios acuerdos que orienten el sector y que le permita a la agroindustria de base social constituirse como una alternativa de desarrollo rural sostenible, tanto en términos ambientales como sociales, para miles de campesinos de todo el VAH. Por el contrario, consentir su expansión sin un adecuado debate que incorpore todas las distintas sensibilidades y énfasis posibles, es una forma de mirar a otra parte y tolerar de ese modo la expansión desordenada.

Eusebio y Santiago componen ese 61 % de la población sanmartinense dedicada a la actividad agropecuaria; Santiago engrosa además ese 83 % de personas que lo hacen como peones, sin tierra. Ambas trayectorias se encuentran además atravesadas por los mismos imperativos del mundo rural peruano. La de Eusebio es, por su parte, la constatación de que la vocación del campesino andino amazónico es la del progreso por vías lícitas; lo que en su caso ha llegado como resultado de un largo proceso de resistencia a fuerzas mayores en la economía de mercado. Pero no todos encajan en la gran promesa del que este se nutre. La de Santiago, quien horada 40 años después los mismos caminos de Eusebio, forma parte de esa sangría impenitente de campesinos andinos, que descienden a la ceja de selva en busca de prosperidad, para chocar aquí con las trampas de la precariedad, el subempleo y, quien sabe, si la tentación de lo ilícito; las que envuelven la vida de los campesinos sin tierra. Su situación es evidentemente más precaria que la de Eusebio y se encuentra expuesto a mayores riesgos. La larga enfermedad con trágico final de su hermano o el miedo a accidentarse son, sin lugar a dudas, dos profundas huellas en su relato, como el cierre de EMDEPALMA lo es en el de Eusebio.

Precisamente por su perspectiva subordinada, Santiago acusa también la fractura de los lazos sociales entre paisanos tayabambinos que se originan junto con la ampliación de la mercantilización de las relaciones sociales a que conduce el capitalismo agrario en este nuevo escenario local; cabe decir más bien su profunda transformación. Ninguna

posición es tan dramáticamente privilegiada como la suya para percibir la liquidación de las antiguas redes de reciprocidad y paisanaje comunitario de la sierra; y cómo estas se han transformado en relaciones de intercambio y valoración basadas en la posición económica; vale decir dentro de la dialéctica propietario/peón. El complejo de estratificaciones sociales que enfrenta Santiago, se expresa también a través de un cálculo comparativo y equidistante con los “iguales” que busca conciliar las asimetrías del presente de cara a la posición ventaja/desventaja en la estructura social local.

En definitiva, todos estos aspectos dan cuenta de las transformaciones en la densidad con la que están siendo tejidas actualmente las relaciones de poder en la estructura social local de la provincia de Tocache. En este capitalismo neoliberal de inicios del siglo XXI, con un pasado tan presente, las formas de dominación se vuelven más epidérmicas que nunca, los desapegos estallan más próximos e inmediatos y las brechas resultan tan estrechas, las aspiraciones tan próximas, que la misma fragilidad que apenas inicia a constituir los nuevos antagonismos (y desde luego que ver a Eusebio aprendiendo los fundamentos de la economía clásica es una excelente muestra de ello), pareciera ser también aún capaz, sobre una intervención estatal firme, de contener las brechas estructurales, reparar las nuevas fronteras sociales y dar marcha atrás a los recientes procesos de exclusión del presente.

CAPÍTULO 13. DESARROLLO ALTERNATIVO Y PALMA ACEITERA: LAS PROMESAS DE UN NUEVO CICLO ECONÓMICO

Noé Medina Altamirano, ex presidente de la Asociación José Carlos Mariátegui, ex cocalero, Centro poblado José Carlos Mariátegui, Uchiza (Tocache), 2019.³³⁷

Yo soy nacido en Amazonas, por Bagua, en 1964, a donde llegaron mis padres que son de Chota, en Cajamarca, como agricultores arrendatarios en una hacienda. Hasta que llegó la reforma agraria y los hizo propietarios de las tierras que tenían.

Vine a la zona por primera vez de *chibolo* (niño), en el 82, para acompañar por dos meses a un tío que era cocalero y acabó invirtiéndolo, todo bien, en Chiclayo. De ahí volví ya solo, con 18 años, en el 85. Trabajé en Uchiza, con unos amigos, ¡bacán! De ahí supe que aquí en Mariátegui recién estaban invadiendo tierras de la empresa Palmas (del Espino) y repartiéndolas para quien quiera.

Entonces nosotros entramos acá y lo acaparamos; del río Tomás al río Espino. No había otra opción, (pues) en sí no había más tierras.

Aquí nos hemos ido agrupando, con reuniones cada semana, un grupo más o menos de 200 personas, más que todo cocaleros; gente de Piura, Huancayo, Apurímac, Huancavelica, Sullana, Chiclayo y Tumbes. (Pero) hemos tenido un problema tremendo con Palmas (del Espino) y hemos litigado con ellos (durante) 15 años, desde el 86 hasta el 2001, que la empresa se rinde, renuncia a la tierra y nos entrega las escrituras públicas, como donación.

En ese tiempo en que hemos entrado ha sido bien bravo. No es como ahorita. Teníamos nuestro centinela sentado el día entero en la carretera. En los primeros años, en



Fotografía 30. Noé Medina Altamirano en la entrada de la Asociación José Carlos Mariátegui

³³⁷ Las entrevistas que dan soporte a esta biografía fueron realizadas entre marzo del 2018 y abril del 2019.

el 87 y 88, dos o tres veces ellos han venido con sus *guachimanes* (vigilantes), quemado y metido tractor a la escuelita que habíamos construido con paja de aguaje. (Pero) nosotros, a los siete u ocho días la levantábamos de nuevo. Otras veces venían y nos metían bala. Entonces nosotros nos corríamos al monte; pero los guachimanes nos correteaban.

(Aunque) esto era bosque, ya lo tenían trochadito y como había tremendos aguajales, hubo que drenarlos. Entonces se lotizaron, 10 hectáreas a cada uno, y empezamos por sembrar arroz, yuca y plátanos. De todas maneras, (también) sembramos coca. Cuando había coca, acá había de todo. Teníamos para comprar hasta piedras; pero cuando se acabó la coca, con la fumigación de una parte y la erradicación de otra parte, nos quedamos en la miseria. Acá en ese entonces ha habido bastante pobreza. La coca cuando te da, te da rápido; pero cuando te quita, también te quita rápido. Por decir, cuando tenías coca te ibas con tu plata en el bolsillo y la policía te decía: ¿de qué es esa plata? Y como no había otra producción, ni cacao ni nada, entonces te quitaban. En ese tiempo que no había economía para mantener a la familia y educar a mis hijos, tuve que ir a trabajar a la empresa (Palmas del Espino). (Pero) allí hay que trabajar a presión y es bien controlado.

Después, hemos tocado las puertas de los organismos internacionales. Con el apoyo de Naciones Unidas, he probado como 4 o 5 años con 4 hectáreas de palmito. Pero la fábrica se fue en quiebra por los malos manejos que ha habido. Después probé con *camu camu*, y eso sí, no pasa nada, (pues) no hay a quien vender. Ya como presidente de la asociación fui a Lima para pedir a la GTZ (cooperación alemana) que nos apoyen para mecanizar el arroz; pero no hubo resultados, no me hicieron caso.

A nosotros un poco que nos favorece el terrorismo porque la empresa quería sacarnos de aquí a patadas. Sendero (Luminoso) les habían ocupado y quemado una vez la fábrica en el 84. Del 85 hasta el 95 o 96 los senderistas han estado perennes aquí. Al inicio de la violencia todo el mundo quería irse y estar con ellos; todo era como una loquera. Pero después, ya no. Los hijos ya no querían irse porque había más enfrentamientos y poco a poco ya ellos han ido obligando. Pero acá, sinceramente, los que *más más* violencia han hecho han sido el ejército; llevaban tus cosas, violaban a tus mujeres. Han hecho barbaridades ellos. En el tiempo de la violencia aquí ha habido presos

y ha desaparecido una persona, el primer agente municipal, que lo ha desaparecido el ejército.

En ese tiempo ha llegado a Palmas un nuevo gerente, don Ángel Irazola. Y como el terrorismo iba avanzando, don Ángel pensó que en vez de tenernos como enemigos era mejor tenernos como amigos. Entonces, él dijo que todo alrededor, los centros poblados Mariátegui, Jorge Chávez y Buenos Aires, podían organizarse legalmente para que la empresa les apoye a sembrar palmera y para que así sean su barrera. (Entonces) don Ángel dijo a toditos: bueno, señores, acá yo voy a invertir y vamos a hacer que salga bien, ¡carajo!, pero ustedes me van a devolver, no les voy a regalar ni un nada. Ustedes van a ganar plata y yo también. Y ya entonces nos daban la escritura. Pero (también) nos decía: lógicamente si ustedes no pagan les vamos a quitar.

Entonces también he conversado con el terrorismo para decirles que esto era un apoyo para el pueblo y más que todo que la empresa no nos estaba regalando nada. Pero ahí había un dilema, (pues) ellos nos dijeron que estábamos coludidos con la empresa para que el agricultor siembre y al final nos quiten. (Por lo que) nosotros hemos corrido el riesgo de decirles que hemos hablado con el gerente y que ahí se va mi vida de mí. Con la violencia te encontrabas contra la espada y la pared.

Muchos de nosotros no creían, no estaban seguros y pensaban que no vamos a pagar el crédito y la empresa nos va a quitar las tierras de todas maneras. Entonces algunos han vendido y se han ido. Pero ya no había otra alternativa, porque si tienes tu coca, que es una caja chica, con eso cultivas y haces tus cosas, pero no teníamos nada. Solamente teníamos la tierra. Entonces dijimos: tenemos que entrar a la palma.

Luego tenemos (el caso de) Jorge Chávez y todos los centros poblados vecinos. Ellos nos dijeron: ustedes van a ser sus *cholos*³³⁸ de la empresa toda la vida. Teniendo sus terrenos titulados por el Estado, al final ellos lo vendieron a Palmas (del Espino) y se han ido dejándolo todo. Unos habrán comprado su motocarro y se han ido; (mientras que) otros han quedado como trabajadores de la empresa. Esa fue la táctica de la gerencia y eso cayó, en verdad, muy bien entre nosotros. Entonces se hace este acuerdo y, el 24 de junio del 2003, nos llaman y nos dicen: se aprobó el proyecto.

³³⁸ Cholo: mestizo de rasgos indígenas (uso despectivo).

(Pero) en Mariátegui todo ha sido diferente a otros lados. Por decir, en otros proyectos el Estado, Naciones Unidas, PRODATU³³⁹ o Chemonics,³⁴⁰ han apoyado a medias. Te daban los plantones gratis y luego te abandonaban; por lo que muchos los vendieron, regalaron o botaron. En cambio, en este proyecto no nos ha apoyado ninguna entidad del Estado, nadie nos regaló nada. Porque si vas a pagar, no vas a vender, regalar o botar. Y ese agricultor va a tener que salir adelante, de manera responsable. (Así que) se hizo un convenio con el Banco de Crédito (que) nos dio un millón noventa mil dólares en préstamo con intereses del 10 % anual, para sembrar 478 hectáreas de palmera, a pagar en 10 años. Nos dieron para abono, para fumigar, para todo. Y cada uno ha ido acumulando su cuenta para cancelar. Pero lo gestionó don Ángel a través de la empresa, (quien) fue nuestro garante, y puso una gestora, Gestipalma, que nos ha llevado de la mano hasta la primera cosecha

Luego quiso entrar Chemonics. Ellos querían venir a darnos una bolsa de urea, de abono y darse el lujo de decir que este proyecto lo han hecho ellos. (Así que) le dijimos: *yaaa*, pon medio millón de dólares para pagar toda nuestra deuda (faltante) y decimos que es todo tu proyecto. Nosotros le hemos planteado así y, claro, no han querido. (En fin), hubo unidad y responsabilidad.

Acá la sustitución de la coca ha sido nuestra palmera que ha cambiado de vida a esta zona. Lógicamente que la coca es el cultivo más estable y es más rentable en cualquier momento y en cualquier sitio; pero es ilícito y entonces no tienes la facilidad o la libertad. Pero la palmera es la que más te da porque el café y el cacao tienen su campaña, y en cambio aquí cada 15 días estás cosechando y tienes 24 cosechas al año. (De todas formas) ahora estoy incursionando en el cacao que está a siete soles el kilo.

Nosotros trabajamos toda la familia y también tenemos algunos peones. A veces trabajamos de ayuda con otros asociados: tú me ayudas, yo te ayudo. Pero también hay

³³⁹El Proyecto de Desarrollo Alternativo Tocache-Uchiza, (PRODATU), fue un proyecto de la Cooperación Técnica Alemana (GTZ), desarrollado con fondos provenientes del canje de deuda por inversión en la provincia de Tocache (San Martín), en dos etapas (PRODATU I, para el periodo 2003-2007 y PRODATU II, para el periodo 2012-2016). Sus objetivos apuntaban a mejorar la infraestructura vial, la titulación de tierras, el aumento de la producción lícita, la gestión asociativa y empresarial de las organizaciones de productores agrarios y la gestión ambiental, entre otros.

³⁴⁰Chemonics International Inc., es una empresa consultora norteamericana de desarrollo que fue encargada de ejecutar en la región San Martín el Programa de Desarrollo Alternativo (PDA) de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID-Perú); más tarde denominado Programa de Desarrollo Integral (PDI).

varios, dos o tres, que tienen unas cien hectáreas y traen gente de Uchiza o Tocache para trabajar. Ahora, nosotros estamos mejor que los trabajadores de la empresa (Palmas); pero entre nosotros y ACEPAT, ellos están mejor. La diferencia es que nosotros le vendemos la materia prima a Palmas; en cambio ellos son socios y tienen su propia planta procesadora; (por tanto), tienen utilidades y más ganancias. El problema es el flete (hasta Olpesa); de aquí a allá cuesta más. (No obstante), Palmas nos da créditos en fertilizantes que nos descuentan en un 20 % de cada cosecha. Y ahí si les ganamos.

(Además), a partir del 2004, más o menos, nos afiliamos a FREDEPALMA, que es una entidad gestora que nos apoya y vela por los intereses de la palmera. Siempre hemos ido a Lima a pelear, a hacer huelgas (por la competencia internacional desleal en el mercado del biodiesel).³⁴¹ (El objetivo de las protestas) es más de ellos (de Palmas del Espino) pero de todas maneras nos conviene estar agrupados porque son los que apoyan con la economía.

Aunque hemos tenido momentos muy difíciles, esos tiempos han pasado a la historia y ahora estamos tranquilos. Incluso a los tres años, ya cosechando, nos han dado un año más de gracia. De ahí ya si nos han ido cobrando el 40 % de la cosecha para ir pagando el crédito. (De todas formas), en el transcurso de esos años la palma subió de 80 dólares hasta 190 dólares la tonelada (de RFF) y ahí aprovechamos para pagar, de dos en dos, las letras y cerrar nuestra deuda en el 2013; un año y medio antes.

La situación económica de nosotros también ha mejorado bastante y acá, el que menos ya tiene su moto o su carro. Ahora tenemos incluso profesionales que nosotros pagamos; tenemos un contador, un ingeniero agrónomo y un técnico para ver tantas enfermedades, que pagamos de acuerdo a las hectáreas que tenemos.

(De hecho) hubo intención de hacer una industria (propia) para nuestros frutos desde hace varios años, pero está paralizado porque depende del hectareaje para que sea rentable. Además, nos paró un poco la empresa que nos dice: ustedes solo dedíquense a hacer la materia prima que es lo que saben, De ahí nos quedamos, nos acobardamos. De

³⁴¹ Noé hace referencia a las movilizaciones hacia Lima que el GP ha realizado (2016) con sus trabajadores (existen denuncia que bajo amenazas) y suministradores de RFF exigiendo al gobierno medidas antidumping por la importación desleal de biodiesel proveniente de países con subsidios para el sector (estadounidense, argentino y más recientemente de Indonesia) que ha paralizado la producción de la planta de biocombustibles que la empresa tiene en la provincia de Tocache.

todas formas, hay ganas de agruparse todos los palmeros de FREDEPALMA y hacer una (nueva) planta en Paraíso. Hace falta decisión, pero lo fundamental es la inversión.

Aquí igual hay cosas que son preocupantes. Por ejemplo, cuando yo he llegado había lluvias de una semana y un verano marcado, pero con más lluvia. En cambio, ahorita hay *muuucha* calor y la palmera sufre, tiene estrés y baja su producción. Pesca había cualquier cantidad de *bocachicos*; y ahora ya no es la cantidad de antes. Pero eso es culpa de la política, del Estado. (Por ejemplo), acá hay una concesión que le han dado 13 mil hectáreas de cerro maderable y a nosotros no nos dejan ni tumbar un árbol para hacer nuestra casa.

Pero para mí, sí mereció la pena. Yo principalmente he educado a mis hijos; tres profesionales y otro que todavía está en secundaria. Uno de ellos trabaja como mecánico industrial en Palmas. El éxito de la Asociación José Carlos Mariátegui (AJCM) es la disponibilidad del agricultor de querer sobresalir. (Ahora bien), el Estado tiene que preocuparse por el agricultor, apoyarle y darle créditos a bajo interés; más que todo para fertilizantes. Yo, si no entraba en la palmera, me iba a mi tierra, me regresaba; porque ya no había otra.

Guillermo Ochoa Campos, peón agrícola, secretario general del Sindicato de Trabajadores de Palmas del Espino S.A., Santa Lucía, Uchiza (Tocache), 2019.³⁴²

Yo soy de Chota, Cajamarca, donde nací el 30 de enero de 1967. Llegue acá en el 97 o 98, en pleno terrorismo. Ha estado horrible, pero había la necesidad de trabajar. Cuando entré por Madre Mía me dije: ¡Dios mío! ¿A dónde me vine? No creo que aguante. Pero no tenía papá desde muy joven y en esos tiempos era un problema complicado. Fue comprando mi terrenito de 8 hectáreas con papa, alverja, maíz que me vine con deuda porque no tenía de donde sacar para pagar mis estudios. Vine buscando trabajo, pensando solventarme con eso y además estudiar en mi tierra; pero no fue suficiente porque estaba estudiando Derecho; pero me quedé. Entonces seguí trabajando y, mira, ahora llevo un promedio de 21 años en esta empresa.

³⁴² Las entrevistas que dan soporte a esta biografía fueron realizadas entre abril y mayo del 2019.

Ahora, este trabajo en Palmas es muy complicado; mejor dicho: ¡muy matado! En primer lugar, por las leyes; siempre ha habido malas leyes. Por ejemplo, al comienzo no tenías voz, ni voto. Si decías una palabra, un reclamo, te cortaban y te sacaban a la calle.

Así era acá; ha sido drástico. Pero el tema es que se respete lo que la ley dice. Por ejemplo, que la libertad sindical es libre y espontánea.



Fotografía 31. Guillermo Ochoa Campos en la entrada del Sindicato de Trabajadores de Palmas del Espino S.A., en Santa Lucía

En el año 2008 ya se hizo una huelga por primera vez. El motivo fue un aumento de sueldo y ropa de faena, ya que no nos daban nada; como en la época de las haciendas era; demasiado pésimo. Pero nuestra huelga no fue fructuosa porque se hizo sin fundamento; ni un pliego de reclamos teníamos; nada. Entonces el que dirigía la huelga lo agarraron en mesa redonda, la policía, la gobernación, con cuatro abogados, la fiscalía incluso y le dijeron: todo lo que se está yendo a perder va a ser culpa tuya, por tu huelga. Y como no conocía los derechos como debe ser, comenzó a bajar. Nos

descabezaron.

Ya en el 2009, aunque medio escondidos porque nos habrían despedido en una, se fundó el sindicato de Palmas; (aunque) el de industria (Del Espino) ya existía hace 20 años. En verdad es uno solo, y ambos estamos afiliados a la CGTP³⁴³ y al FENTAGRO³⁴⁴; pero existe (por un lado) la empresa Palmas (Del Espino) que cuenta con 14 mil y pico hectáreas de palma y (por otro) la de Industrias (Del Espino); pero la misma cosa es. Nos convendría un solo sindicato porque así es más fuerza, más unidad, más sólido. Además, la gente de campo es la gente más dificultosa de manejar; mientras la mayoría de industrias tiene secundaria e intelectualmente se dan cuenta, en cambio en el campo a veces ni tienen la primaria completa. Les sacan el ancho y siguen tranquilos.

³⁴³ Confederación General de Trabajadores del Perú.

³⁴⁴ Federación Nacional de Trabajadores de Agroindustria y Afines.

Por diez años nuestro sindicato estuvo negociando y recién ahora tienes ropa de faena, han mejorado tus elementos; ¡pero porque hay un sindicato! Casi vamos por los 400 y pico de expedientes. No sé si industrias tiene el mismo problema, pero la cuestión ahora es que tratan de destruir el sindicato. En abril del año pasado (2018), vino un aumento a todos los no afiliados ¿Y qué pasó? Pues que entonces nos desarmaron el sindicato, (y) comienza a bajar (la afiliación). El otro año no lo denunciaron, pero este año lo volvieron a dar y ahí ya no; metimos una inspección y les multaron a la empresa. Otra práctica también antisindical es que cuando el trabajador afiliado se va, cuando quiere volver a trabajar ya no puede entrar. Así que ahora, antes de irse se desafilian.

Aquí hay quienes son fijos, estables; algunos, (pero) no todos. Hay contratados también. En los últimos dos o tres años han estado incluso contratando algunas mujeres porque se habla de la igualdad de género, más en industrias que en plantación, pero no tanto antes. En promedio vamos a decir que los que rotan durante el año son aproximadamente 6 mil y 1800 son los que están permanentes, todo el año. Unos 220 son estables; el resto entra y sale. Y eso es lo que obstaculiza bastante nuestra acción sindical; porque vienen, trabajan y se van. Hay gente de la que llega que está en extrema pobreza; yo lo entiendo.

Ahorita estamos con la ley 27360³⁴⁵ que nos da demasiados recortes. Por ejemplo, -saca tu cuenta-, ¿cómo vas a mantener una familia de 4 personas con educación, alimentación, vestimenta y casa con 930 soles como la ley dice?³⁴⁶ Sin gratificaciones, ni CTS, que están ya incluidas en las mensualidades. Aquí todos, contratados o estables, tienen el mismo sueldo y el mismo nivel. Por eso nosotros peleamos para que se les reconozca a las personas más antiguas o según el puesto de trabajo: choferes, cortadores, motoguadñaistas, motosierristas, soldadores. (Sin embargo) aquí todos están como agricultor y tenemos un sueldo parejo. No existe escala salarial y eso no puede ser. Pero no lo podemos mover.

³⁴⁵ La Ley de Promoción del Sector Agrario (Ley 27360) promulgada el año 2000 durante el gobierno de Alberto Fujimori, con la precisión de que iba a ser temporal, dado que buscaba incrementar las contrataciones en el sector agroexportador. Fue ampliada hasta el 2021 durante el de Alejandro Toledo y recientemente (2019, gobierno de Martín Vizcarra) hasta el 2031. La ley recorta los derechos laborales de los trabajadores agrícolas, respecto al salario, al pago por Compensación por Tiempo de Servicio (CTS), vacaciones y atención en salud.

³⁴⁶ En la actualidad, la “canasta básica” en el Perú para una familia de 4 personas se sitúa en unos 1147 soles.

El problema entonces es cuando no hay un buen manejo colectivo. En esta empresa no se puede negociar así, con dialogo social, porque hay imposición. Dicen: tengo esto y tú ves si lo tomas o lo dejas. Cuántas veces hemos sabido de otras empresas que manejan bonito el convenio colectivo; sin embargo, acá no (es así). Por ejemplo, el anteaño pasado pusieron su techo de los sueldos a 1.45 (soles de aumento al sueldo diario básico). Y de ahí ni para arriba ni para abajo; y este año han subido 1.60 a los no afiliados y a los afiliados nos obligan a una negociación para igualar bajo ese mismo techo. Y claro, la gente está descontenta, es una discriminación porque aumentan a los no afiliados sin negociar.

Las condiciones, entre antes y ahora, van por ahí nomás. Antes también sufríamos, ahora igual. Sigue para adelante. No hay mejoras. Lo único bueno es para el que sabe ahorrar; si no, nada. Yo tengo a mis hijos estudiando en Lima. Pero, ¿cree que los voy a poder colocar acá? *Nooo*; porque a los hijos de los sindicalistas no les dan trabajo. Y si les dan, el señor que está afiliado tiene que desafiliarse, ¡ahí sí!

Además, nosotros no trabajamos en un trabajo suave; este es un trabajo de riesgo, ¡y de alto riesgo porque mueren personas! Aquí han muerto varios trabajadores, y todavía siguen muriendo. Un último muchacho ha muerto por asfixia en cumplimiento del trabajo en el Campamento Bernal, al fondo. Cuando uno es nuevo hay una meta que se debe hacer y como no saben cómo se maneja el asunto, hacen mucho esfuerzo, se agotan, se asfixian y mueren. Pero eso tampoco dan a conocer. Y la verdad, la empresa se hace cargo si hay quien hable, si hay quien mueva los papeles. Por lo que, si no está afiliada al sindicato, olvídense, ¡humo!

(Además), horas extras si hay en industrias, pero para nosotros no hay. Por eso la semana pasada el sindicato pidió una inspección a la SUNAFIL; porque hay trabajadores que trabajan hasta las 5 y media o las 6 (cuando la hora de salida es a las 4 pm); y sin embargo eso no se les reconoce.

Cuántas veces mejor está el productor que depende de uno mismo. Si tengo 5 o 6 hectáreas de cacao tengo para vivir tranquilo. Por ejemplo, tenía un amigo que era mi mulero; (pues bien), tres años los ahorró al 100 % y se ha comprado un terrenito por Pampa Hermosa, con 10 hectáreas de cacao ¡Y está muy bien ahorita! Ahora ya no hay quien le friegue la paciencia, levántate *tempraaano...*; al contrario, está mucho mejor. Por

eso la empresa en su tiempo no fue nada cojuda, discúlpeme la palabra; comprando más y más terrenos. Toda la gente vendió sus tierras como locos, (pero) se equivocaron. El problema es que no tenían otro lugar donde llevar el producto porque no había otra fábrica; así que tenían que vender, sí o sí. Y los que vendieron ahora están trabajando para la empresa y sus hijos igual. Pero eso fue un error de la autoridad que debía poner un límite; porque casi llega hasta el pueblo de Uchiza y las autoridades no defendieron el espacio (público) como sí hicieron en (Nuevo) Progreso.

Luego tienes a la Asociación (de Palmicultores José Carlos) Mariátegui, que los tienen agarrados pues les ponen asesorías técnicas, abonamientos, ¡de todo! Y siempre salen colgados con deudas, (por lo que) los tienen a todos en sus manos. De ahí le tienen que vender sus productos a la empresa al costo que ellos creen conveniente. Y tienen, *caballeero*, que aceptarlo.

Nosotros no estamos en contra del desarrollo de la empresa porque de ley que genera trabajo; pero que sea equitativo caramba. Queremos que el trabajador tenga a sus hijos estudiando, que su condición de vida sea mejor, que viva como persona; pero una vida adecuada. Estamos pidiendo mejoras en las condiciones del trabajo; pero también que los caseríos y comunidades tengan, como en cualquier otro lugar, como en minería, agua y desagüe, letrinas, luz, ¡qué sé yo! *Aaaños* que no es así. Y las autoridades ¿qué les van a decir si por navidad les dan su canasta, les dan sus cosas? ... ¡Y se acabó!

Fíjate, siendo la empresa más importante del país, ves los caseríos que están en el perímetro de Palmas y ninguno cuenta con letrinas, ni tiene agua y desagüe; no hay mejoras en los colegios, no hay mobiliario. A veces no tienen ni posta médica; no tienen nada. (Y eso) no puede ser. Porque ¿de qué estamos hablando? si no hay un desarrollo.

Por eso siempre me reúno con las autoridades y les digo que hay esta ley de obras a cambio de impuestos.³⁴⁷ Pero en la región San Martín, Ministerio de trabajo, gobernación, fiscalía, poder judicial. Todos están muy manejados. Por decir, cuando hay una huelga, la fiscalía de Uchiza están los primeros acá. Pero cuando hay un problema de salud o te botan, te mandan a la regional Huánuco. Yo tengo nueve juicios en el poder

³⁴⁷ La Ley que Impulsa la Inversión Pública Regional y Local con Participación del Sector Privado (Ley N.º 29230), regula el mecanismo denominado “Obras por Impuestos” que permite a la empresa privada, financiar y ejecutar proyectos de inversión pública de impacto regional y local, con cargo a su impuesto a la renta, mediante la suscripción de un convenio con una Entidad Pública.

judicial, allí, aguantados. Le dan la vuelta dos, tres o cuatro años y al final de cuentas resuelven en un despacho. Otro problema es que no tenemos abogados ni jueces laborales en Tocache. Solo hay un juez mixto. Por eso mismo estamos haciendo un curso en Derecho Laboral en la PUCP apoyados por una oenegé de Estados Unidos por medio de los sindicatos.

Además, políticamente ¡es demasiado! Por ejemplo, el año pasado que estaba de gobernador regional el señor Noriega; yo personalmente le fui llevando tres documentos referentes al mal manejo que se realiza acá: sobre el despido de trabajadores, accidentes e incluso muertes. Y ni siquiera me respondió hasta ahorita. No les importa, ahí quedó ¡¿Qué no va a quedar si a Keiko (Fujimori) le dieron 3 millones 600 mil dólares?!³⁴⁸

Con el caso (destapado) de las coimas del Grupo Romero es que sabemos por qué no se dio debate a las leyes, ni se movió los dictámenes de modificatoria de la ley 27360 que habíamos presentado al Congreso; porque estaban bien amarrados ¡¿Qué van a ir en contra de la empresa?! Ni Fujimori que fue quien creó ni los gobiernos que han venido detrás han dado la mano al campo. Incluso ahorita que sacaron la ley 345 de competitividad y productividad donde hasta a los estables ya también te pueden despedir si no eres competitivo. ¿Y qué vas a poder competir con los jóvenes de 20 años? Entonces ¡¿de qué autoridad nacional estamos hablando si no favorece a sector agrario?! ¡¿Por qué los trabajadores que generamos dinero y desarrollo a la empresa tienen que llorar para darles un aumento miserable?! Por eso a mí cuando hablan de desarrollo me da cólera porque mientras dicen *cultivamos desarrollo*, uno que labora en la empresa, trabajando las horas que corresponden, debería encontrar, caramba, un trabajo digno, una casa digna, una vida digna; y eso lo hacen otras empresas, pero aquí no.

Esto mejoraría si cada trabajador tuviera una casa buena en que vivir, tuviera por ahí un algo para poder educar a sus niños, caramba, adecuadamente. Tenga siquiera agua y desagüe, luz. (Sin embargo), cada día te sacas el ancho, de año en año, y sigues siendo

³⁴⁸ Fuera de la atención mediática que han merecido los casos de corrupción de origen extranjero (Lava Jato), el 2019 se destaparon los millonarios aportes fantasma que el Grupo Romero realizó durante los comicios de 2011 y 2016 a las campañas presidenciales del fujimorismo (Fuerza Popular) con la candidatura de Keiko Fujimori, quien salió derrotada frente a Ollanta Humala, y de Pedro Pablo Kuczynski (Peruanos Por el Cambio), en el 2016, quien resultó ganador de las elecciones generales. Ambos se encuentran enjuiciados a día de hoy por presunto lavado de activos.

pobre. Mire mi caso, yo tengo ya 21 años en la empresa, pero si no tuviera mi chacrita en Chota, Cajamarca, no podría educar a mis hijos. Eso me ayuda bastante.

Pero la raíz del problema está en la desunión; la gente en la Región San Martín también tiene la culpa, porque no son organizados. Si nos juntáramos todos: autoridades, caseríos, rondas campesinas, juntas vecinales, comités de defensa y todos en conjunto echando una mano, yo sé que si mejora. Por ejemplo, en Cajamarca, en la sierra, el Estado no nos ha apoyado, *naaadies*, pero tenemos agua potable, casa comunal grande; sí que no hay problemas y si decimos a una, a una están todos; no es como acá. Allí, si no lo hace el Estado lo hace la gente, los ciudadanos; porque se mueven, se organizan y, caramba, ¡lo *haaacen*! Nos unimos, colaboramos y lo hacemos. La diferencia es que aquí hay gentes de todos los rincones del país. Aunque hay muchas gentes que son de acá mismo, naturales; pero, *nooo*, son conformistas. Mire Tocache cuántos años tiene, y Uchiza; ¿pero acaso tienen agua potable?

(En fin), acá estaré hasta los días que pueda trabajar y después, yo sí, me voy a ir a Cajamarca, claro; allí tengo mi casa y mi chacra. Porque (además) ya no me van a querer más ¿Qué más voy a hacer entonces? Lo mejor será que mis hijos no tengan que venir, ¿para qué? Mejor cualquier (otro) trabajo. Matarse en vida ya *no pe*, ¿para qué? En verdad que hasta ahorita la libertad sindical acá no se da como debe ser. Manejarlo todo a su antojo, eso es lo que quieren; porque esta es una empresa antisindical.

El Grupo Palmas (GP)³⁴⁹ forma parte de uno de los principales conglomerados empresariales del Perú (Grupo Romero)³⁵⁰ y opera desde hace más de 40 años en el sector de la agroindustria de la palma aceitera, para el mercado nacional e internacional donde es el productor más importante del país. Desde el año 1979 explota su plantación de palma

³⁴⁹ El Grupo Palmas es la primera empresa peruana en palma aceitera (para la producción de de aceite de palma y biodiesel), cacao y soya. La empresa tiene un total de 26 mil hectáreas de palma y 1200 hectáreas de cacao y más de 6,000 empleos formales entre el campo e industria; para cuya explotación ha ido constituyendo distintas empresas, como Palmas del Espino S.A, Plamas de Sanushi y Palmas del Oriente. Sus nuevos proyectos de ampliación han encontrado, no obstante, trabas en el poder judicial, quien suspendió la aprobación de cuatro de sus proyectos en 2015, por violación de normas ambientales.

³⁵⁰ El Grupo Romero es uno de los tres más grandes grupos de poder económico del país. Formado por un conglomerado de empresas nacionales dedicadas, entre otros rubros, a la industria de los alimentos, la industria textil y los negocios inmobiliarios, tiene presencia, además de en Perú, en Ecuador, Colombia, Bolivia y Centroamérica.

aceitera “Palmawasi” en el distrito de Uchiza (Tocache), donde se encuentran sus empresas Palmas del Espino S.A.,³⁵¹ e Industrias del Espino S.A.³⁵² Además de su propia producción (90 %), el GP concentra verticalmente a los pequeños productores de la zona en su cadena de suministro de Racimo de Fruto Fresco (RFF) a través de su modelo “Cadenas Productivas” que realiza -de acuerdo a la empresa- siguiendo una política de sostenibilidad, cuidado del medio ambiente y las comunidades, no explotación y respeto de los trabajadores, que corrobora mediante su membresía al RSPO (2016) y al TFT (2017);³⁵³ principales organizaciones que aseguran una producción “responsable”.

Cuando la estatal EMDEPALMA cerró en 1990, Palmas del Espino siguió operando, haciéndose con el monopsonio del procesamiento en Aceite Crudo de Palma (CPO, por sus siglas en inglés), en Tocache. Con los precios en alza, miles de pequeños y medianos propietarios ex cocaleros, bajo la supervisión del PDA, se convirtieron en palmicultores, viéndose empujados a llegar a acuerdos con la empresa. Enervados por los abusos de la empresa e impulsados por el “modelo asociativo” agroindustrial que impulsaba Naciones Unidas”,³⁵⁴ una parte de estos forman -como vimos- ACEPAT y, más tarde, rellotan su propia planta procesadora (OLPESA). Otro grupo, sin embargo, optó por llegar a acuerdos con el GP para ser proveedores de RFF que supone el 10 % de su producción.

La Asociación José Carlos Mariátegui (AJCM) ha sido considerada un caso exitoso de articulación social y productivamente positiva entre la gran empresa y los pequeños proveedores provenientes de la economía ilícita que la literatura reciente ha leído como un “espacio económico codependiente”, sometido a procesos históricos que

³⁵¹ Palmas del Espino cuenta en Tocache con 13.280 ha. de palma aceitera en producción, de donde obtiene el 75 % de su CPO a nivel nacional, cuyo origen es en un 90 % del RFF de origen propio y en un 10 % de pequeños productores de la zona.

³⁵² Industrias del Espino opera desde 1986 como planta extractora y tiene una capacidad de planta de 60 tn/hra., a la que añade una refinera con capacidad de 18 tn/hra. Cuenta además con una nueva planta extractora descentralizada ubicada en Nuevo Horizonte (Tocache), que opera desde 2009 con una capacidad de 20tn/hra.

³⁵³ The Forest Trust (TFT) es una organización internacional que busca garantizar la producción responsable de la palma aceitera y otras materias primas, en términos sociales y ambientales, apoyando a las empresas a lograr una compra responsable de productos, en sus cadenas de valor de los a través de un sistema de verificación global.

³⁵⁴ Con el apoyo de Naciones Unidas y otras agencias de cooperación internacional, en medio de un escenario de crisis económica e institucional, violencia armada, privatizaciones, abandono del mundo rural y ajuste estructural, fueron surgiendo varias plantas procesadoras de CPO en la Amazonía peruana (OLAMSA, INDUPALSA y OLPESA.), bajo un esquema de desarrollo asociativo, de pequeños y medianos productores, que adoptó la denominación de “Modelo Naciones Unidas”.

implica relaciones de poder cambiantes en un contexto de disputas por la posesión de la tierra que generan negociaciones y acuerdos en permanente tensión (HUAMÁN y PALACIOS, 2018). Por otra parte, y de acuerdo a la propia empresa, el Grupo Palmas cuenta con más de 6,000 empleos formales en el campo e industria en sus distintas explotaciones de palmas ubicadas en las provincias de Tocache (San Martín) y Yurimaguas (Loreto).

Sus trabajadores agrícolas, los más numerosos, se rigen por el régimen laboral en el sector agrario vigente y recién ampliado hasta el año 2031 (Ley N.º 27360), en base al cual la empresa declara: “Reconocemos la libertad de asociación de los trabajadores como un derecho humano y laboral, respetamos y valoramos la participación en sindicatos, sin practicar ningún acto de discriminación con relación a los colaboradores sindicalizados”.³⁵⁵ El propio Guillermo parece enervarse tanto con la existencia de un doble discurso que usa la empresa, como con las garantías exclusivamente formales de las leyes; ya que, mientras los trabajadores más jóvenes se agotan, se asfixian y mueren, o los mayores son desechados por improproductivos, prevalece la impunidad.

Para llegar a un análisis similar al que se hizo en el capítulo anterior y dado que es importante ir más allá de los hechos e incorporar críticamente los procesos en el seno de los cuales estos pueden ser históricamente situados, procederé de modo parecido a como hice allí. Abordaré ahora de una parte los programas de Desarrollo Alternativo para la reconversión productiva hacia una economía lícita; y de la otra los procesos de reconcentración de la tierra que tienen lugar en el sector primario desde la década del 1990; tratando de insertar en todo momento los entrecruzamientos de estos con las trayectorias de nuestros protagonistas.

Del desarrollo alternativo al síndrome de la monoproducción agroindustrial

La “guerra contra las drogas” está siendo ampliamente cuestionada desde hace décadas por sus pobres resultados en los distintos eslabones de la cadena de

³⁵⁵ GRUPO PALMAS. **Reporte de sostenibilidad 2013-2014.** Disponible en: https://landmatrix.org/media/uploads/palmascompepalmaswp-content/uploads/2016/03/palmas_reporte_final_2013-2014pdf.pdf. Acceso en: agosto de 2019.

producción,³⁵⁶ tráfico y consumo,³⁵⁷ así como por los efectos dañinos que la enorme economía ilícita está teniendo a su paso como disolvente de la legitimidad y la ética en las instituciones políticas y el sistema financiero o sobre el modo en que aquella atraviesa a los sectores más vulnerables de la sociedad, especialmente en materia de violencia y derechos humanos.³⁵⁸

Ajeno a este importante debate, en los últimos años el gobierno peruano ha estado promocionando en la agenda internacional la experiencia del Desarrollo Alternativo (DA) que se ha dado en la parte norte del VAH; donde la interdicción y erradicación forzosa han formado parte de los procesos de sustitución de los cultivos ilícitos, de forma voluntaria o no,³⁵⁹ en lo que ha venido a llamarse el “Modelo o Milagro de San Martín”.³⁶⁰

Pasados los años más álgidos de la producción cocalera (80-90), los programas del DA son reimpulsados a las puertas del siglo XXI en la zona de Tocache con el apoyo de la cooperación internacional, multilateral (UNODC,³⁶¹ USAID-Perú,³⁶² GTZ-PRODATU) y su contraparte nacional (DEVIDA³⁶³). Una vez alineadas las instituciones políticas regional y local por medio del Acuerdo Común (2003), estas orientan su labor, sectorialmente y de acuerdo a intervenciones escalonadas, sobre tres ejes fundamentales: la producción, la distribución y el consumo de drogas. Dejaremos ahora de lado los dos últimos ya que exceden el alcance de esta tesis para pasar a centrarnos en las transformaciones que sufrió la matriz agroproductiva de Tocache.

³⁵⁶ La superficie total destinada al cultivo ilícito de la planta de coca en América del Sur ha crecido entre el 2013 y 2017 de 120.600 a 245.000 has., alcanzando además las 1976 toneladas de producción de cocaína: principalmente impulsada por el aumento de su fabricación en Colombia. Perú además igualó en el 2010 y volvió a reemplazar a Colombia en el año 2012, por dos años consecutivos, con la mayor cantidad de cultivos de coca y producción de pasta básica de cocaína (UNODC 2019).

³⁵⁷ El número mundial de consumidores de droga 5,5 % de la población mundial (271 millones de personas) continúa aumentando y en la actualidad ha crecido un 30 % con respecto a 2009 (UNODC, 2019).

³⁵⁸ El 33 % de los homicidios mundiales ocurren en América Latina y el Caribe; convirtiéndola en una de las regiones más violentas del mundo.

³⁵⁹ La principal operación de erradicación forzosa de los cultivos de coca en la provincia de Tocache se produjo en mayo de 2005 y fue ejecutada por el CORAH (VAN DUN, CABIESES y METAAL, 2013).

³⁶⁰ La estrategia se basa en cuatro acciones complementarias: primero la erradicación de los cultivos de coca de manera voluntaria o compulsiva como precondition para, segundo, garantizar la seguridad del área; tercera la coordinación de los entes estatales, privados y de la cooperación internacional; y cuarta, el impulso de las actividades económicas lícitas sostenibles.

³⁶¹ Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC).

³⁶² La Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) ha sido el principal financista del Programa de Desarrollo Alternativo (PDA) en San Martín (García, 2013).

³⁶³ La Comisión Nacional para el Desarrollo y Vida sin Drogas (DEVIDA) es el organismo público encargado de diseñar y conducir la Estrategia Nacional de Lucha contra las Drogas y conduce, como la contraparte nacional, todos los fondos de la cooperación internacional dirigidos a la lucha contra las drogas.

De acuerdo al relato de las propias instituciones involucradas, el DA ha impulsado la transición desde una economía de la coca hacia una economía lícita, basada en cultivos alternativos como el café, el cacao, el palmito y la palma aceitera, a través de la asesoría técnica y el fortalecimiento institucional. En ese escenario de excepcionalidad en materia agro productiva al que se sumaba una importante inversión del Estado en infraestructura vial, eléctrica y social, que incluía el fortalecimiento de las instituciones públicas y privadas o el desarrollo del Programa de Titulación de Terrenos Agrícolas (PTT), la extensión de los cultivos de coca fueron a menos, hasta el punto de quedar fuera del segundo *boom* de la coca que arrancó en el año 2000.³⁶⁴ De forma paralela, los cultivos alternativos fueron ganando reconocimiento,³⁶⁵ al tiempo que la pobreza se reducía³⁶⁶ y la gobernanza pública se reforzaba.³⁶⁷

Con todo, y aunque los programas del DA tuvieron un impacto diferenciado de acuerdo a las zonas de intervención, fueron una pieza esencial para el cambio a escala local. Ahora bien, algunos trabajos orientados a analizar las particularidades del DA en la zona, han evidenciado un intento de apropiación oficial del “éxito” de los programas, con miras a legitimar a posteriori el modelo de la lucha antidroga, a fin de que este pueda ser replicado dentro o fuera del país (MANRIQUE, 2015). Por el contrario y frente al relato oficial, coherente y uniforme, en la práctica, la transición pasó por un largo proceso de perfeccionamiento, sujeta a errores (GARCÍA, 2013) y sometida a profundas variaciones a lo largo de tres décadas; cobrando entonces una enorme relevancia la participación activa de la sociedad civil y los gobiernos regionales y locales (MANRIQUE, 2017), así como las aspiraciones de los pobladores por recuperar - recordemos que aún bajo el estado de emergencia-, un clima de paz y seguridad inexistente hasta ese momento (UGARTE, 2014). Otra literatura más orientada hacia la

³⁶⁴ Las áreas de cultivo de coca en San Martín fueron reducidas a apenas 311 en el 2014 (MANRIQUE, 2017). Asimismo, es notable la disminución de su relevancia para la economía regional, pasando de representar el 46 % del valor bruto de la producción total en 1992, a hacerlo en un escaso 0,5 % en 2008 (CABIESES, 2010).

³⁶⁵ En el marco de los programas de DA se consiguió la siembra de 48.868 hectáreas de cultivos alternativos, fueron otorgados 15.506 títulos de propiedad, organizadas y fortalecidas 26 asociaciones y cooperativas de productores, establecidos sistemas de crédito para las mismas, instalado dos plantas de extracción de aceite de palma y otra de procesamiento de palmito, y realizado 1.858 obras de infraestructura económica y social básica (CABIESES, 2010).

³⁶⁶ La reducción de la pobreza fue del 68.2 % al 33.2 % entre el 2001 y el 2008; mientras que la pobreza extrema lo hizo del 43 % al 14.5 %, durante el mismo periodo (CABIESES, 2010).

³⁶⁷ Entre otros, se impulsó el fortalecimiento de cinco gobiernos locales, la realización de un estudio de zonificación económica ecológica y un plan de ordenamiento territorial en la provincia de Tocache (CABIESES, 2010).

economía política en la escala nacional, denuncia que el modelo productivo implementado ha devenido, a despecho de la versión oficial, un objetivo subsidiario respecto a la lucha frontal contra el cultivo, el narcotráfico y la presencia senderista; lo que empujó a los campesinos tocachinos, por la simple desesperación económica, al DA; al tiempo que muchos reubicaban sus cocales en zonas más remotas mientras contenían altos niveles de frustración por el despilfarro de recursos de los programas (VAN DUN, CABIESES y METAAL, 2013).

El relato de Noé muestra, una vez más, que la coca era la estrategia hacia el desarrollo que eligió una parte de los campesinos del VAH para enfrentar la inseguridad económica; por lo que cualquier otro desarrollo sería alternativo siempre y cuando la coca ya no fuese posible como alternativa para ellos. Asimismo, la reconversión parece ser viable solo si su liquidación, física o biológica, viene acompañada por una sustitución que priorice la sostenibilidad económica del cultivo propuesto. En la experiencia de la AJCM, recordemos, en un contexto de competencia entre la coca y la palma, el punto de quiebre fue precisamente la erradicación, pero para la consolidación de la palma lo elemental han sido la bonanza de los precios internacionales y la rápida liquidez que tiene el producto.

Una última aproximación, desde las entrañas del propio VAH, considera que la promesa de la recuperación económica encubre tanto la falta de un desarrollo humano sostenible, como de una total transparencia en el manejo de los recursos financieros (PAUCAR, 2009). El caso de Chemonics, de nuevo en el relato de Noé es -digámoslo sin eufemismos-, la constatación del modo en el que algunos proyectos del DA parecen haber estado enrocándose en el VAH, usufructuando la pobreza y menospreciando los denostados esfuerzos de muchos campesinos por salir de ella.

Sea como fuere, y toda vez que ninguna de las narrativas discute la gran oportunidad que se presenta en el VAH al dejar atrás los peores años de la violencia y la inseguridad permanente, es importante hacer notar que, dada la propia excepcionalidad del proceso de transición que envuelve el DA, este tiempo nos exige más que nunca acudir críticamente a la memoria, precisamente para acentuar los logros, corregir los errores y no persistir en relatos monológicos y simplificadores; al menos en tres aspectos básicos.

Primero, si bien el caso del DA en el departamento de San Martín ha tenido resultados notorios,³⁶⁸ no es posible acotar a las escalas local o regional la solución de un problema complejo, multidimensional y territorialmente volátil, como es el TID, que las trascienden. Por lo que dichos resultados solo pueden ser adecuadamente ponderados tomando en consideración escalas de mayor alcance que obligan a contrastarlos con la reterritorialización de las áreas de producción, los cambios en las rutas del narcotráfico o las mejoras técnicas en los rendimientos en el cultivo o el procesamiento cocaínico. Baste decir que el cultivo de hoja de coca en América del Sur se ha duplicado entre 2013 y 2017 o que, en el último año de monitoreo, Perú arroja un incremento del 14 % respecto al anterior, con 49 900 ha., junto al desplazamiento progresivo hacia los territorios de las comunidades indígenas, las áreas naturales protegidas y zonas de amortiguamiento o las nuevas zonas de producción en las fronteras con Brasil, Colombia y Bolivia (UNODC, 2019).

Segundo, la producción extensiva de unos pocos monocultivos estrella o “síndrome de la monoproducción” (CABIESES, 2010), no hacen sino redundar en problemas de larga data en el VAH, como en sus mejores tiempos la coca, cifrados por ciclos económicos de extrema dependencia a los volátiles mercados de materias primas y sobreexplotados hasta el agotamiento de la frágil base edafoclimática de la ecología andino amazónica. Un riesgo que profundiza la insostenibilidad productiva y, por ende, la inseguridad social que históricamente se ha reequilibrado aquí mediante la agricultura migratoria³⁶⁹ o la presencia de actividades ilícitas como el TID, la tala de maderas y la minería, ilegales; a partir de las cuales resulta fácil preparar el terreno para la llegada triunfal de grandes proyectos extractivos que, con un compromiso por la sostenibilidad aún cuestionable, profundizan más si cabe las disputas sobre el acceso a los recursos, la inseguridad alimentaria y el agotamiento de la biodiversidad existente. Existe en este sentido un llamado de atención en el relato de Noé acerca de las transformaciones que se han estado produciendo en el medio natural con el avance de los proyectos monoprodutivos. Cambios que atentan contra la biodiversidad inicial y que son, por otro

³⁶⁸ En pleno auge de la economía peruana (2001-2009), el PBI del departamento de San Martín creció a un promedio anual del 6,5 %, por encima del promedio nacional que lo hizo al 6,0 %; mientras que el crecimiento del PBI per cápita alcanzó una tasa promedio anual de cerca del 9,3 % (CARRANZA, GALLARDO y VIDAL, 2012).

³⁶⁹ En la Amazonía peruana, la tendencia histórica consiste en que los agricultores accedan a tierras sin aptitud agrícola, las deforesten y, luego de dos o tres años, los suelos estén degradados e inútiles; explicando por tanto por qué es mucho mayor el área deforestada que el área agrícola en esta región.

lado, indicios de la creciente dificultad para la autosubsistencia, vale decir de “descampesinización” (TEUBAL, 1995), fuera de la red de dependencia creada por la economía capitalista hegemónica.

Por último, la “excepcional” presencia de instituciones y expertos en desarrollo, parecen ser la constatación del apresurado intento por revertir los vacíos en la protección de los derechos sociales de los campesinos (también de los pueblos originarios en otros contextos), que, durante largo tiempo, han sido la seña de identidad del proceso colonizador del territorio amazónico. Lo que, en todo caso, podría suceder si de la versión excepcional del desarrollo se pasara a otra garantista que incorporara en grado de “normalidad” las necesidades locales, mediante la participación efectiva de los campesinos en los ámbitos de decisión política del VAH y del Estado. Puede que así, una ciudad “modelo” como Tocache -por iniciar con ella-, pueda lucir con sus calles asfaltadas más allá de las que bordean la plaza de armas o la arteria principal, que pueda contar con servicio de agua, desagüe y alcantarillado, un mercado adecuado y salubre, entidades bancarias, carreteras adecuadas permanentemente para poder desplazarse a las áreas rurales o al sur y al norte de la provincia y, por qué no, una universidad que satisfaga a los cerca de 4 mil egresados anuales de secundaria.

Tal vez de ese modo, Guillermo podría haber seguido los estudios en Derecho que tuvo que dejar para ahora, como peón agrícola y secretario general del Sindicato de Trabajadores de Palmas del Espino S.A., conformarse con enfrentar casi empíricamente las estrecheces del peonaje agrícola en uno de los tres más grandes grupos de poder económico del país y la mayor empresa productora de palma aceitera (Palmas del Espino, Grupo Romero); o, en el mejor de los casos, por medio de discontinuos apoyos externos, como el que ahora recibe solidariamente de una oenegé extranjera.³⁷⁰

Pese a todo, la situación actual de la región dista mucho de la que él conoció al llegar por primera vez a Santa Lucía hace más de 20 años. La expansión de cultivos lícitos de la primera década del 2000,³⁷¹ tuvo como resultado que la producción de café y cacao, para la exportación, se duplicara y (casi) quintuplicara respectivamente. Sin embargo,

³⁷⁰ Santa Lucía" es una pequeña ciudad ubicada a 20 kilómetros de Uchiza (Tocache) con más de 6,000 habitantes que, en su mayoría, son trabajadores de la empresa Palmas del Espino.

³⁷¹ En los últimos años, la producción del café y el cacao crecieron a un promedio anual aproximado del 8,1 % y el 26,4 %, respectivamente (CARRANZA, GALLARDO y VIDAL, 2012).

resulta aún más significativo el gran crecimiento de un cultivo con un potencial mercado interno para la industria de alimentos y la demanda de biocombustibles, como es la palma aceitera, que ha triplicado su producción; especialmente en la provincia de Tocache, el epicentro de su expansión por toda la Amazonía, en un proceso de reconcentración de la tierra de enormes dimensiones.

Concentración de tierras y producción de biocombustibles

Todos los profundos cambios que produjo la Reforma Agraria (1969), fraccionando la propiedad de la tierra y estatizando la actividad extractiva, que transformaron las bases materiales del poder de la oligarquía agraria formada tras la independencia a favor del agro asociativo y de las comunidades campesinas, fueron revertidos a partir de la última década del siglo XX, llegando a niveles de reconcentración mayores a los existentes antes de la misma (DÍEZ, 2019).

Siguiendo la lógica de reconcentración del poder a través de la propiedad privada y las actividades extractivas, desde la década del 90, los distintos gobiernos han ido desmantelando las barreras a la concentración de la tierra y aplicando un marco de impulso empresarial agroexportador a gran escala acompañado de dispositivos legales que favorecen la multiplicación de concesiones sobre el agua, el manejo forestal y sobre el subsuelo, para minería metálica, no metálica y los hidrocarburos.

La concentración de la propiedad de las tierras agrícolas en Perú se desencadenó, de acuerdo a Eguren (2018), en la década de los noventa, durante el gobierno de Alberto Fujimori, mediante la adopción de políticas económicas neoliberales que estuvieron acompañadas por sucesivas modificaciones en la legislación sobre tierras, la ampliación de la frontera agrícola basada principalmente en las inversiones en gran infraestructura de riego en la costa y los subsidios para la gran agricultura de exportación.

En el año 2000, poco antes de acabar abruptamente, el gobierno de Alberto Fujimori promulgó la “Ley de Promoción del Sector Agrario” (Ley 27360) que, aparte de reducir al 15 % la tasa de impuesto sobre la renta de las utilidades (la mitad de lo que tributan las otras empresas), imprimió una mayor flexibilidad laboral y redujo los derechos de los trabajadores agrícolas respecto al régimen general. Esta ley, recientemente prorrogada sin debate con expertos o representantes de los diferentes

gremios agropecuarios hasta el año 2031, a poco de concluir nuevamente de manera abrupta un congreso de mayoría fujimorista, con apenas alteraciones cosméticas,³⁷² sella un pacto de más de 30 años entre el sector agroexportador y el Estado de bonanza para el primero y desmantelamiento para el segundo,³⁷³ aplazando a la gran mayoría del agro, de la sierra y la selva, donde predominan la pequeña agricultura familiar y el asociativismo agrario (el 94 % del sector), carentes de políticas públicas efectivas que mejoren su rentabilidad y competitividad; y en donde las condiciones de vida fluctúan entre altos niveles de pobreza y pobreza extrema, ante la indiferencia política.

El rol del Estado, el mejor aliado de este modelo, ha sido crucial para favorecer las grandes inversiones y liberalizar las importaciones de productos agrícolas mediante la apertura de mercados; en ese sentido, la Constitución de 1993 rubrica el alejamiento de la Reforma Agraria, reduciendo el proteccionismo de las tierras comunales. El modelo tuvo además su espaldarazo mediante la liquidación del Banco Agrario, fuente de financiamiento formal de los pequeños agricultores y la privatización del Instituto Nacional de Investigación Agraria, el debilitamiento del movimiento campesino tradicional³⁷⁴ y el desmantelamiento de la intermediación política de las organizaciones laborales. El caso del Sindicato de Trabajadores de Palmas del Espino S.A., es un buen ejemplo de las dificultades casi insalvables por las que ha debido transitar la actividad sindical del país en los últimos años. Sus inicios clandestinos y las permanentes prácticas amedrentadoras y chantajistas con las que continúa operando la empresa para desalentar

³⁷² Las modificaciones contemplan el incremento de la remuneración de 36 a 39 soles diarios, así como el aporte a Essalud del 4 % al 6 % de la remuneración mensual. Además, las vacaciones pasan de 15 a 30 días. Sin embargo, no hay beneficios en cuanto al CTS y gratificaciones por Navidad y 28 de julio, y las empresas continuarán tributando al 15 %.

³⁷³ El Perú ha tenido un fuerte crecimiento agroexportador durante las últimas dos décadas. Las agroexportaciones se incrementaron a un ritmo anual del 10 %, entre 1994 y 2004, y luego a razón de 14 % por año entre 2005 y 2017. Al año 2017, las agroexportaciones peruanas ascendieron a USD 4.800 millones, casi cinco veces las del año 2004, representando el 12 % de las exportaciones totales (Zegarra, 2019) A diciembre del 2018, además, el sector registró un crecimiento del 12 %, equivalente a USD 6.647 millones; superando las proyecciones realizadas para el año y el monto total registrado durante el 2017.

³⁷⁴ Desde el primer tercio del siglo XX, la agenda política de los movimientos campesinos peruanos estuvo marcada por la reivindicación del acceso a la tierra y la liquidación del sistema de las haciendas. Sin embargo, la Reforma Agraria impulsada por el gobierno revolucionario de las fuerzas armadas (1969), desinfló esta reclamación tradicional desde una particular versión de las transformaciones “desde arriba”. El proceso reciente de neolatifundización y concentración de tierras actual no termina de provocar una reacción por parte de los gremios agrarios ni campesinos; probablemente porque la concentración se viene dando especialmente en tierras fiscales en zonas de la costa, poco pobladas y recién incorporadas a la producción a través de obras de irrigación. Por lo que no son percibidas como amenazas. De un modo distinto ocurre en territorios de comunidades campesinas y nativas amazónicas donde la ampliación de proyectos extractivistas se da a través de dinámicas de desposesión, adecuadamente acompañadas (EGUREN, EGUREN y DURAND, 2018)

la organización de los trabajadores, evidencian cuales son, en la práctica, los singulares métodos que el gran capital tiene de reconocer el “derecho humano y laboral” de “los colaboradores sindicalizados”.

Defensores de un capitalismo irrestricto y desregulado y en medio de un debate público sesgado por el papel que buena parte de la prensa nacional ha jugado a favor de los intereses de los grupos de poder económico y como quiera que la concentración económica conduce a una similar concentración de poder, los grandes grupos corporativos nacionales e internacionales han ido ganando protagonismo empresarial pero también político y mediático en el tablero nacional. Algo que ha traído de la mano la consiguiente “captura política”, por medio de la cual estos intereses corporativos, nacionales y multinacionales, han estado controlando la toma de decisiones a nivel del Estado (CRABTREE y DURAND, 2017). No es de extrañar, en ese mismo sentido, que precisamente el GP, como parte del Grupo Romero, resultara envuelto recientemente en un enorme caso de corrupción política con los partidos que han logrado ampliar hasta el 2013 la mencionada Ley de Promoción Agraria, ya que esta beneficia al sector agroexportador. Pero lo que además muestra el caso de Guillermo es el modo en que opera esa captura a escala local; permitiendo la compra masiva de tierras y la multiplicación subsidiaria de mano de obra campesina despojada de tierras, o que los despidos, accidentes o muertes cuenten con la complicidad de las autoridades locales, regionales y la administración de justicia. Llegados a este punto, no es posible encontrar extemporáneas las denuncias de Guillermo sobre que las condiciones laborales y de vida de los trabajadores de la empresa no distan de las que existían en la época de las haciendas.

Los recientes gobiernos, no solo han continuado las recetas neoliberales sino que además han ido profundizando las condiciones jurídico-institucionales que favorecían la neolatifundización; creando ventajas tributarias, regímenes laborales favorables al gran capital y una inversión del Estado orientada a las ganancias privadas, como la inversión pública en grandes proyectos de irrigación en la costa y la firma de tratados de libre comercio, especialmente con Estados Unidos (EGUREN, 2018), con un coste social enorme para los trabajadores agrarios y los pequeños y medianos agricultores.

En ese contexto, los recursos naturales han vuelto a ser la fuente de acumulación de los grandes grupos económicos. Un impulso al que ha seguido la ampliación de nuevas

fronteras productivas, tanto en la costa,³⁷⁵ como en la selva. En la primera, algunos anteriores propietarios han logrado reconstituir antiguas haciendas; en la segunda, bajo la permanente amenaza a las formas colectivas o familiares de tenencia de la tierra, que detentan los pueblos originarios y los campesinos colonos, de arbitrariedad frente a los derechos a la consulta previa (convenio 169 de la OIT suscrito por el Estado peruano) o la participación política en las instancias locales y regionales de planificación y decisión sobre el uso de los recursos de estos. Lo que ha acabado situando en el centro de los conflictos sociales más importantes y numerosos del país el acceso a los recursos naturales, despertando a su vez a “los Perros del Hortelano” (MONGE; VIALE; BEDOYA, 2009, p. 161).

El incremento de la conflictividad social en torno a la deforestación o los conflictos por la tierra enfrentan, en una pugna desigual, a comunidades nativas y colonos pobres con grandes grupos corporativos cuyas actividades están generando el rechazo y la confrontación. El Grupo Romero que destaca en la carrera por la concentración de tierras en el área selvática, con 29 000 ha., para la producción de biocombustibles, aceites comestibles y jabones, ha estado, una vez más, en el centro de tres recientes conflictos con las comunidades amazónicas.³⁷⁶ Y es que los procesos de expansión de la palma aceitera merecen un lugar destacado dentro de estas dinámicas reconcentradoras de tierras. La disputa entre la AJCM y el GP es, como vimos, un conflicto surgido entre los cocaleros y la gran empresa en el momento en que estos dos cultivos competían por el territorio en un contexto de acaparamiento y escasez de tierras en el distrito de Uchiza.

Para hablar de la palma aceitera además es necesario ubicarla dentro de los *commodities* o cultivos flexibles, puesto que, si bien es la mayor fuente de aceites y grasas del mundo, también encaja dentro del mercado de los biocombustibles, a través del biodiesel. Dicho esto, y siguiendo la literatura nacional reciente (DAMMERT, 2015, 2017), hay que comenzar diciendo que su extensión en el Perú es menor a la media de

³⁷⁵ Este proceso se evidencia en la facilidad y exclusividad concedida por el Estado para la adquisición de nuevas tierras a grupos industriales, principalmente en zonas con irrigación generada mediante deuda pública. Asimismo, en algunos espacios de la costa, antiguos propietarios han logrado reconstituir antiguas haciendas bajo impulso empresarial agroexportador.

³⁷⁶ La empresa Palmas de Shanushi, del Grupo Romero (con una concesión de 7 mil hectáreas, más más 1.829 hectáreas compradas a privados), se ha enfrentado a 60 familias de la comunidad quechua-lamista San Juan de Pacchilla (Loreto). La empresa Palmas del Oriente (3 mil hectáreas), del mismo Grupo, ha suscitado el rechazo de siete comunidades y numerosas familias posesionarias de tierras en la zona de Barranquita (San Martín). Finalmente, la presencia de la empresa Palmas de Caynarachi (6.129 hectáreas), del mismo, ha generado un conflicto en el mismo distrito de Barranquita (San Martín) (BURNEO, 2011).

otros países de la región, aunque se encuentra creciendo a un ritmo mayor al promedio; estimándose que la superficie del cultivo puede triplicarse en los próximos años. El territorio amazónico representa para la agroindustria de la palma un área potencial de 1 135 000 ha., que solo ha sido aprovechado de forma reducida hasta la fecha (86 623 hectáreas georeferenciadas al 2018).

La Amazonía peruana ha entrado, de todos modos, en el punto de mira de los inversionistas del sector, con una creciente presencia de empresas de capitales nacionales e internacionales que cuentan, además, con un contexto político altamente favorable para la ampliación de su superficie nacional.³⁷⁷ Junto a un marco legal favorecedor, precios de la tierra risibles, mano de obra barata y un aumento de la infraestructura de transporte,³⁷⁸ en medio de una permanente confrontación entre las comunidades originarias y la llegada masiva de traficantes de tierra, madereros y mineros. El dilema hoy día no es menor. No cabe duda de que la palma aceitera ha resultado un producto rentable, alternativo a la coca, que cubre una demanda nacional aún no satisfecha.

Sin embargo, la dimensión social de la palma aceitera nos lleva a una discusión más de fondo sobre la tensión entre agricultura familiar y agricultura capitalista. Ahora bien, el modelo del agronegocio (FERNANDES, 2008) de la palma aceitera, como otros monocultivos de gran escala, se está convirtiendo en una seria amenaza para la Amazonía peruana, dado que se trata de un territorio con graves problemas de gobernanza política.

La fase expansiva del cultivo está dando lugar a una serie de conflictos socioterritoriales relacionados con el problema de la deforestación y con el derecho a la tierra y los conflictos asociados a éste. Entre los factores desencadenantes se encuentran la ausencia (o desidia) de ordenamiento territorial, el afanoso estímulo hacia las grandes inversiones y el marco de promoción de las actividades agroindustriales, en particular de la palma aceitera. Sin embargo, no existe claridad en el marco legal sobre la palma aceitera en el país ni en las competencias institucionales referidas a su regulación y

³⁷⁷ Al decreto supremo 015-2000-AG que declara la palma “de interés nacional” y promueve su desarrollo sostenible por la región amazónica (a fin de recuperar suelos degradados por la agricultura migratoria y el desarrollo de actividades ilícitas), siguieron el Plan Nacional de Desarrollo de la Palma Aceitera del 2001 y la Ley 28054 de Promoción del Mercado de Biocombustibles, del 2003, que buscaban tanto cubrir la demanda nacional de oleaginosas, como el mercado de los biocombustibles, a través de cláusulas para el mercado nacional de combustibles de obligado cumplimiento desde el año 2011.

³⁷⁸ Es el caso de la reciente Ley 30723 que declara de interés nacional la construcción de carreteras en zonas de frontera con Brasil de Ucayali.

fiscalización social o ambiental. Por otro lado, el Plan Nacional de Promoción de la Palma Aceitera que orientaba al propio gremio de palmicultores ha quedado obsoleto,³⁷⁹ por lo que se carece de una política sectorial que lo oriente con criterios ambientales y sociales, más allá del voluntarismo de las distintas empresas. Teniendo como resultado un escenario de evidentes irregularidades y deficiencias en la gestión de las autoridades competentes, en los ámbitos nacional y regional (DEFENSORÍA DEL PUEBLO, 2016); lo que favorece la injusticia, la inseguridad y la impunidad ambiental.

En este sentido, el proceso reciente de neolatifundización y concentración de tierras no termina de provocar una acción colectiva unitaria en su contra. Probablemente porque la concentración se viene dando principalmente en tierras fiscales en zonas de la costa, poco pobladas y recién incorporadas a la producción a través de obras de irrigación, por lo que no son percibidas como amenazas (EGUREN, 2018). De un modo distinto viene ocurriendo en territorios de comunidades campesinas y nativas amazónicas, donde representa una seria amenaza para las áreas naturales protegidas y, entre otros, para los Pueblos Indígenas en Aislamiento Voluntario y Contacto Inicial (PIAVCI), presentes en la región (las reservas indígenas Isconahua, Murunahua y Mashco Piro). Las organizaciones nativas amazónicas están, en este sentido, en actitud de resistencia frente a la expansión de los proyectos de monocultivo de palma aceitera o cacao a gran escala.³⁸⁰ Asimismo, cabe reseñar la existencia por más de 20 años del movimiento agroecológico peruano, quien se ha distinguido principalmente por la búsqueda de incidencia política.³⁸¹

³⁷⁹ Una vez cumplida la primera iniciativa oficial, el Plan Nacional de Promoción de la Palma Aceitera, 2000-2010, el sector empresarial, bajo el liderazgo del Ministerio de Agricultura y Riego del Perú y de forma consensuada con actores públicos, privados y sociedad civil, ha trazado el Plan Nacional de Desarrollo Sostenible de la Palma Aceitera 2017-2027, que promueve la sostenibilidad, económico, social y ambiental del sector y que, hasta la fecha, se mantiene sin aprobar.

³⁸⁰ A través de un pronunciamiento público, la Federación de Comunidades Nativas de Ucayali (FECONAU), ha denunciado y rechazado el hostigamiento que vienen sufriendo sus dirigentes, así como el aumento de la tensión social generado con la presencia de estas empresas de plantaciones de palma aceitera que operan en su región. Se puede revisar el pronunciamiento en el siguiente enlace: <http://www.keneamazon.net/Documents/Uchunya/26-05-17-Pronunciamiento-FECONAU.pdf>. En Nueva Requena (Ucayali), de hecho, ya se ha cobrado la vida de seis agricultores silvicultores que ya habían recibido amenazas de “traficantes de tierras” por “resistirse” a vender sus tierras a inversionistas del monocultivo dentro de un Bosque de Producción Permanente (BPP). Asimismo, se puede visualizar un video documental “Plantando conflictos: agronegocios y disputas por la tierra en la Amazonía peruana”, donde se aborda la problemática de las comunidades afectadas por plantaciones agroindustriales de gran escala en la Amazonía peruana; especialmente en Ucayali, San Martín y Loreto. En el siguiente link: <https://www.youtube.com/watch?v=40nC60nQxBw>

³⁸¹ Tal vez uno de los principales hitos del movimiento agroecológico peruano en los últimos años haya sido la promulgación, en 2011, de una ley que establece la moratoria por 10 años a la entrada de semillas transgénicas al Perú; consiguiendo frenar la “ley de promoción de la biotecnología moderna” que la agroindustria nacional y transnacional esperaba consolidar en el país

Con todo, la palma es en el VAH, como en realidad lo fue en su tiempo la coca y a pesar del importante papel que han jugado ambas, un invitado coyuntural. No en vano Noé, anticipando los riesgos futuros, ha comenzado a diversificar su base productiva. Sin embargo, -él mismo lo menciona-, la verdadera llave de entrada a la autonomía campesina se encuentra en el crédito agrícola. Basta entender, siguiendo su propia trayectoria, que la sostenibilidad de la palma está precisamente cifrada en la capitalización permanente que permite su producción continua a lo largo del año -como tan solo hace la coca en el VAH-, por lo que la viabilidad de cualquier otro cultivo estacional depende de la disponibilidad de capital líquido de que disponga el productor. Nadie conoce tanto como los campesinos de la AJCM la experiencia de caminar al filo de la navaja ante el abismo de las deudas. Por lo que resulta importante tener en cuenta su llamado a que la política pública para activar el medio rural enfatice el acceso a créditos de bajo interés.

En fin, es ahí donde, indudablemente, podemos entender en su real dimensión el alegato de Noé sobre la insuficiencia de la tierra como elemento para satisfacer el desarrollo campesino (“Solamente teníamos la tierra. Entonces dijimos: tenemos que entrar a la palma”) y las razones del encadenamiento al GP, quien les provee de crédito y mercado para sus cosechas. Desde aquí también, obviamente, se vislumbran las orientaciones que habrían de tener, en pleno siglo XXI, cualquier medida de signo reformista respecto a la cuestión agraria.

Las reacciones de los grupos que enfrentan el avance de los procesos de acaparamiento de tierras, de acuerdo a la literatura (EDELMAN, 2016; HALL et al., 2015; DAMMERT, 2017), están sujetas a las distintas formas en que aquellos conducen sus relaciones con las empresas en un largo abanico que va desde la resistencia confrontacional organizada hasta los casos de incorporación adversa. En el caso que nos ocupa y de acuerdo a Edelman, puede decirse que la explotación agroindustrial de gran escala en la provincia de Tocache ha propiciado diversas reacciones “desde abajo”.

De una parte, la vía que adoptó ACEPAT-OLPESA responde aproximadamente a lo que denomina “exclusión competitiva”; es decir, cuando los campesinos compiten en una situación de desventaja permanente con la gran empresa. Por otro lado, la AJCM responde más bien a una transición entre la resistencia ante el acaparamiento de grandes extensiones de tierra que ejecutaba la empresa en la primera mitad de 1980 y que suponían un obstáculo si no una seria amenaza a los campesinos cocaleros que desde 1984 y hasta

1990 tuvieron en Uchiza el mercado de droga más activo del Huallaga. La presencia coercitiva del PCP-SL hizo también posible -Noé es también franco en este aspecto- que el papel de contención que jugaba la AJCM frente a aquellos, contribuyera al proceso de titulación de parte de las tierras invadidas (700 ha.) y la incorporación a la cadena productiva de la empresa mediante un proyecto de siembra que, inicialmente, provocó la desconfianza en una parte de los campesinos, quienes vendieron a la empresa sus tierras para migrar o quedar en situación de dependencia ante aquella; muchos de ellos para acabar como peones agrícolas en la misma.

Sin embargo otro grupo (50 pequeños y medianos productores de la AJCM), con el PCP-SL mermado y el desplazamiento de los cultivos hacia las cuencas media y baja del Huallaga a inicios de la década siguiente, tomó la decisión de incorporarse al proyecto de explotación a gran escala -regresando a Edelman-, “bajo condiciones adversas”, como productores que venden el RFF a la empresa, pero dependen de los fertilizantes que esta les proporciona, para persistir en los altos rendimientos; mientras que aquella descarga los riesgos de la producción “hacia abajo”, entre los campesinos o entre los campesinos propietarios y sus peones (como vimos en el capítulo anterior). Las relaciones entre ambos son por tanto notoriamente asimétricas y surgen en el seno de relaciones capitalistas frágiles y complejas que distan de poder ser reducidas a lo filantrópico y socialmente positivo.

Es posible ampliar también el análisis añadiendo que la posibilidad de crear una planta extractora propia parece ser, por encima de todo, el recurso que la AJCM usa para demostrar, a pesar de su debilidad, la capacidad de autonomía frente a la empresa. Sin embargo, la paralización que el GP impuso al proyecto y a pesar del papel que estos pequeños y medianos productores han jugado frente a la opinión pública de este sector *a priori* tan impopular, otorgándoles además una base social para hacer incidencia política sobre las condiciones del mercado internacional de la palma (como en el caso de las marchas contra la competencia desleal en el mercado del biodiesel), son asimismo la expresión de un desequilibrio de lealtades.

Asimismo, y de acuerdo a Hall et al. (2015), estos procesos de expansión y acaparamiento terminan produciendo profundas brechas socioeconómicas en la población local; lo que en el caso de Tocache se expresa a través de la diferenciación que tanto Noé como el propio Guillermo resumen en la tenencia o no de tierras (aunque Noé expresa

además las limitaciones de la simple tenencia). En este sentido y pese a la dificultad de asumirlo tal cual hoy día, la presencia coercitiva del PCP-SL pudo jugar en su tiempo un papel esencial en los límites que el GP se autoimpuso en sus intentos por expulsar a los campesinos que habían invadido sus tierras. Recordemos que pasó algo parecido con la propuesta que les hizo ACEPAT-OLPESA de abrir una planta procesadora cerca de sus plantaciones. Lo que quiero decir con esto es que ese contrapeso que los campesinos recibían involuntariamente con la presencia senderista y que impidió su liquidación, podría hoy día corresponder a la presencia del Estado garantista que proteja, entre otros, el derecho de los productores a abrir o no su propia planta extractora o la libertad sindical de los trabajadores agrícolas.

Por último, dos son los aspectos más reseñables de la confluencia entre este segundo caso de estudio y las trayectorias de Noé y Guillermo. Por una parte, la importancia central que ocupa la presencia (o ausencia) del Estado en el escenario de desigual correlación de fuerzas. La servidumbre campesina de hoy día discurre paralela al cautiverio del Estado respecto a los intereses privados. Ahora bien, de esa misma fijación por el Estado se desprende su centralidad para reordenar la extraordinaria segmentación de la vida social a la que ha conducido el capitalismo agrario a escala local y su capacidad para socavar además las bases democráticas de la aún frágil convivencia política del VAH.

En segunda instancia, y aquí la experiencia de solidaridad comunal preservada por la AJCM resulta tan legítima como la memoria identitaria de Guillermo sobre la unidad campesina en su natal Cajamarca, lo que ambos casos están enunciando es la importancia de tejer lazos de camaradería entre los sectores subalternos; a fin de reequilibrar la desigual correlación de fuerzas y contrarrestar de ese modo las formas de dominación contemporáneas. No en vano, los esfuerzos últimos del sector se han dirigido a enfatizar la certificación de la sostenibilidad social y ambiental, en un escenario de fragmentación y alienación de los trabajadores. Experiencia e identidad conforman por igual, en este sentido, la importancia que la organización juega en la praxis de la resistencia campesina.

ENTRE LA TRAGEDIA Y LA FARSA: BALANCE PROVISIONAL

Sin dejar el presente como punto de referencia, pero desprendiéndonos de cualquier anteojera historiográfica, al resituarse aquel en una trama de más largo aliento, como las dinámicas de colonización del VAH, podemos ubicarlo analíticamente en el seno del debate en torno a los procesos de acumulación y reproducción del capital de la tradición teórica marxista. Ya sea desde la propuesta de la ecología política, de la teoría de la dependencia o desde la geografía crítica, donde este texto se sitúa.

Bajo un amplio repertorio analítico, los procesos neocoloniales de liquidación de los pueblos originarios, la apropiación, privatización y mercantilización de la tierra en la frontera agrícola y el desplazamiento, dirigido o inducido, de colonos campesinos de origen andino en situación de carestía son, en términos generales, procesos de acumulación primitiva en el escenario amazónico, en términos bastante similares a los analizados por Carlos Marx, Rosa Luxemburgo y, más recientemente, por David Harvey.

Si para Marx ([1867]2005) los *enclosure* o cercamientos de tierras rurales en la Inglaterra de los siglos XVII y XVIII que despojaron a los campesinos de sus medios de producción, transformándolos en potenciales trabajadores asalariados, precedieron el auge del capitalismo, más recientemente Harvey (2004), siguiendo a Luxemburgo, sostiene que estas formas de expansión se mantienen, aún con sus particularidades, en el presente. Ahora bien, de acuerdo a las tesis de Luxemburgo ([1913]2001) respecto al concepto de “reproducción ampliada” de Marx, las dinámicas de incorporación de nuevas mercancías, mano de obra y mercados son las condiciones necesarias para la pervivencia de la plusvalía; lo que explica el modo en que opera la dinámica geopolítica de reproducción del capital a escala planetaria. O expresado en términos más domésticos, entre las incursiones de Gómez Arias Dávila a la “frontera de bárbaros” en la “cabecera del soñado país de El Dorado” y los dispositivos gubernamentales para la construcción de nuevas vías de penetración a la selva (Interoceánica y Ley 30723) o las argucias para capitalizar las plantaciones ilegales del grupo empresarial Asian Plantations, pareciera existir un hilo conductor repetido; esto es, la racionalidad extractivista orientada hacia el lucro.

Las contradicciones y crisis del capitalismo se superan, por tanto, mediante el abaratamiento de los insumos: trabajo, tierra, materias primas, mano de obra y mejores

condiciones en términos de impuestos y regulaciones. Ahora bien, -y es aquí donde las asimetrías parecen más resaltantes-, en el caso del GP, quien a pesar de su relación estratégica con pequeños y medianos productores no duda en coaccionarles para mantenerles “encadenados”, en persistir en prácticas antisindicales con sus trabajadores o en acompañar el avance de la pobreza y la precarización en las condiciones de vida de las poblaciones instaladas a su alrededor; todas estas cuestiones no hacen sino alimentar la sensación de haber defraudado las expectativas creadas. Y si en algún lugar confluyen precisamente las cuatro trayectorias presentadas, -Eusebio, Santiago, Noé y Guillermo-, es en el lugar que Tocache ocupaba en sus perspectivas de desarrollo personal. Pero también es importante hacer notar que comparten, más allá o más acá, los flujos y reflujos que 40 años atrás, colocaron al VAH durante décadas, en el epicentro de una ola de violencias y fracturas de los regímenes normativos tras el cénit de las ilusiones frustradas en torno a la coca.

Más aún, en la perspectiva de abrir las posibilidades de inversión, producción y consumo, la geografía histórica del capitalismo requiere colonizar nuevos espacios territoriales no capitalistas, como fuente de medios de producción y como reserva de mano de obra; acudiendo a medios legales o ilegales y empleando, por tanto, la violencia, la criminalidad, el fraude y las prácticas depredadoras en caso de precisarlos.

En este sentido, el modelo civilizatorio de acumulación hegemónico que comienza a estructurar la economía mundial a partir de un patrón de colonización se articula a la región latinoamericana en torno a un modelo extractivista, signado por el saqueo y la apropiación de los recursos naturales para la reproducción ampliada de las economías centrales. Y lo hace mediante dos dinámicas congruentes: el despojo territorial, por la vía legal o ilegal, y la asimilación sociocultural (DAMMERT, 2015). En suma, y colocando la reflexión en clave histórica, los genocidios, voluntarios e involuntarios, que produjeron las incursiones militar y religiosa en el VAH, durante los siglos XVI, XVII y XVIII, están siendo ahora profundizados por buena parte del territorio amazónico en clave de incorporación étnica y descampesinización. O dicho en los términos de Pierre Clastres (2001), si el genocidio opera asesinando a los cuerpos, el etnocidio mata el espíritu de los pueblos, de forma diferida y dependiendo de la capacidad de resistencia que estos tengan.

Asimismo, el capitalismo opera en economías periféricas dependientes bajo el signo de una modernidad con rasgos coloniales; es decir, el patrón de poder de las formaciones sociales latinoamericanas, con sus distintas singularidades, adopta antagonismos de clase que se expresan aquí a través de una estratificación étnica heredera de la idea de raza. Una serie de categorías clasificatorias que afectan a todas las esferas de la vida social, incluyendo la propiedad de la tierra. De tal modo que las divisiones raciales representan aquí categorías esenciales para comprender nuestras estructuras sociales (QUIJANO, 2014). Por lo que no es de extrañar que, siendo de nuevo la tierra la fuente de acumulación, continúen multiplicándose los conflictos en torno a ella; ya que este despojo, que se suma al histórico colonial, persiste en socavar las bases territoriales de la economía campesina y de los pueblos originarios presentes en el contexto amazónico, tan esenciales para su reproducción como sujetos colectivos.

En el marco de la crisis del capitalismo actual, estamos asistiendo a un proceso de reprimarización de la economía global bajo la lógica del desarrollo y, a partir de aquel, a un reimpulso de los procesos que Harvey (2004) denomina “acumulación por desposesión”. Este nuevo ciclo de expansión y profundización del capital, en el marco del denominado “Consenso de los Commodities” (SVAMPA, 2013), se ha orientado principalmente hacia las economías periféricas, como las de América Latina; particularmente hacia aquellos territorios amazónicos que hasta el momento no habían sido objeto de mercantilización.

La concentración y el acaparamiento de los recursos productivos en la región se expresa además de étnicamente a través de procesos de territorialización, reestructurando asimétricamente la región amazónica y sus poblaciones. Por lo que se define a partir de los recursos estratégicos propios de cada territorio, dando como resultado un aumento de las inversiones para la compra de tierras, de concesiones para la producción de agrocombustibles y alimentos, para la exploración y explotación de metales preciosos y petróleo, o la producción de energía eléctrica. En muchas ocasiones estas inversiones van precisamente orientadas a la demanda de mercados externos, violentando la sostenibilidad ambiental y la soberanía alimentaria de las poblaciones locales (RUBIO, 2011).

El Estado se ha convertido, además, por acción u omisión, en facilitador de los intereses de ese capital que busca la acumulación por la vía de la mercantilización de

vastos territorios y el despojo material de los mismos. Los promotores de este modelo hegemónico son las grandes corporaciones multinacionales aliadas a las elites rentistas locales, quienes direccionan las políticas públicas en virtud de sus intereses.

Entre los dispositivos jurídicos, ideológicos, políticos y económicos a través de los cuales opera el modelo de acumulación extractivista, emerge una estrategia permanente de control de población y territorios, intrínsecamente violento. Esta busca obstaculizar e interrumpir además las luchas sociales, sus actores y demandas, mediante una política de estigmatización, criminalización y judicialización de los procesos de resistencia contra hegemónicos para la defensa del territorio (SEOANE y TADDEI, 2003). Estos procesos heterogéneos que ocupan un amplio repertorio de figuras jurídicas están dirigidos principalmente contra aquellos liderazgos comunitarios y sociales, comunidades u organizaciones de oposición a los proyectos mercantilistas de explotación de riquezas naturales. Los estrechos márgenes, por decirlo casi eufemísticamente, entre los cuales opera la actividad que desarrolla el Sindicato de Trabajadores de Palmas del Espino S.A., solo pueden ser entendidos en el clima de permisividad e impunidad que otorga una política laboral a la medida y -ahora sabemos también-, a golpe de talonario. Y unas instituciones con una noción clara de hacia dónde apunta el sistema de jerarquías local. Lo que, curiosamente, recuerda bastante a la forma en que don Héctor, en la segunda sección, explicaba el *modus operandi* de los gamonales en los tiempos previos a la Reforma Agraria.

El modelo agrocapitalista que privilegia los monocultivos para la exportación agroindustrial especulativa, hegemónico en la región, es sin embargo extremadamente cortoplacista e inestable y, a pesar de que hay ciertamente impactos positivos, como la generación de empleo y la dinamización de la economía local, sus impactos negativos son también evidentes. Sostenido en base a la mitificación del desarrollo y el progreso, conduce a sociedades altamente dependientes, frágiles y asimétricas. Privilegia las prácticas monopólicas de poder y aumenta los lazos de dependencia de los trabajadores y pequeños y medianos productores proveedores de las grandes empresas; contribuyendo con la precarización en las condiciones de la vida rural. Lo que expone a las instituciones del Estado a presiones extraterritoriales privadas, por parte de quienes buscan hacerlo cómplice de priorizar la acumulación económica a costa de la degradación ambiental y humana. Al interior de los países todo esto se traduce en pérdida de la biodiversidad y de

la soberanía alimentaria; así como la destrucción de ecosistemas, cambio climático, pobreza rural y conflictos sociales de distinta intensidad.

Sin embargo, este paradigma “desarrollista”, de acuerdo a Fernandes (2004), no puede ser entendido hoy día sin reconocer que la conflictividad emanada de la imposición de modelos de desarrollo territorial que envuelven a sujetos, territorios e instituciones diversas, forma parte de manera intrínseca al mismo. O dicho en los términos en los que Michel Foucault concebía las sociedades de control disciplinario: donde hay poder hay resistencia. Así sea que algunas de sus antiguas resistencias operen hoy día como nuevas formas de dominación.

Con la llegada del capitalismo agrario de gran escala a los espacios locales, se vienen esparciendo las relaciones capitalistas de dependencia, multiplicando las formas de subordinación económica y vulnerabilidad social en el espacio rural amazónico. Con todo, la expansión del modelo en la provincia de Tocache bajo el escenario neoliberal en los albores del siglo XXI, parece estar teniendo una importancia central para la pervivencia del capitalismo en tiempos de crisis y, en conjunto, las distintas experiencias de los campesinos descritas, permiten predecir las tensiones y contradicciones que el modelo instalará en aquellos territorios de frontera económica que vaya incorporando. Mientras tanto, la dinámica parece consistir en tolerar la expansión descontrolada de las economías ilícitas por los territorios más recónditos de la selva y esperar un tiempo para que estas hagan el trabajo sucio y pasar más tarde a incorporar estos escenarios tenidos por ingobernables, bajo el aura de progreso redentor del capitalismo extractivista.

Las coincidencias pasado presente también parecen ser notables respecto a las coartadas desarrollistas con las que se construye la legitimidad del modelo. Así, de la misma forma a como los comerciantes de cera, cascarilla y miel crearon interesadamente -como vimos en la sección primera (pág. 88)-, el mito de la impenetrabilidad y peligrosidad de la selva para mantener el monopolio en las rutas, o el de los grupos de comerciantes e intermediarios que proliferaron tras la llegada de los grandes contingentes de colonos (ver pie de página 109), el agro capitalismo contemporáneo -tomando por igual a profetas y conversos-, tiene trazada su “misión histórica”: sacar a los pueblos originarios del ostracismo en el que se encuentran postrados o revertir la ineficiencia productiva o las actividades ilícitas en las que se mueven los campesinos pobres en el uso de la agricultura migratoria.

Una vez más, el “mito del desarrollo” se extiende por la Amazonía peruana, hacia territorios de frontera, como una amenaza para la vida. Además, el Estado no ha usufructuado el proceso de acuerdo con los intereses de las mayorías. Más aún, la concentración del capital junto a la reducción del tamaño del Estado no ha hecho más que restar autonomía a la política económica, debilitando su capacidad regulatoria y fiscalizadora mientras va siendo cada vez más rehén del capital. La creencia ciega en el progreso económico como resolutor de las fallas del Estado, ha pendulado la historia peruana hacia las fallas del mercado. De modo que, tras el maná neoliberal y la persistencia de patrones de desigualdad referidos a fracturas territoriales, étnicas y culturales de largo aliento, queda la sensación de haberse perdido nuevamente la oportunidad de revertir los mecanismos de producción de la pobreza como de impedir la reproducción de la misma.

Hacia el oriente, los riesgos parecen adecuarse bastante a la cosmovisión amazónica sobre la circularidad del tiempo. Esta vuelta a la racionalidad extractivista al interior de una dinámica de desposesión provoca profundas transformaciones en el espacio social local y, a su paso, expande el signo de la nueva esclavitud moderna: la precarización de la vida; tal y como pudimos sondear a lo largo de esta sección a través de las experiencias campesinas en un espacio de reciente colonización. Mientras, los campesinos de hoy –como los de ayer-, enfrentan la exposición a la barbarie, desde abajo, entre la resistencia y la negociación, desde otros modos posibles de estar, de vivir, de relacionarse con el medio y con los otros.

Los paralelismos entre el presente y el pasado, sin embargo, nos están haciendo nuevamente rehenes de errores que dábamos por olvidados, poniendo en marcha, de un modo imperceptible, los mecanismos más perversos de la dialéctica de la historia; en el sentido de que la repetición de esta, en modo de farsa, puede ser incluso más trágica que en su versión original (Marx, [1852] apud Zizek, 2012).

Luego de varias horas de conversación, me despido de Guillermo sorprendido de su buen sentido del humor, indemne a los malos tiempos. Llueve copiosamente, así que me monto en un mototaxi para llegar hasta el puerto a fin de tomar un bote que me cruce al otro lado del río y desde ahí tomar un colectivo hasta Tocache. Quién sabe si el

ingeniero Savin, quien puso especial énfasis en su informe sobre el transporte para la comercialización de oleaginosas, omitió involuntariamente el transporte de personas a la hora de planificar el futuro agroindustrial para esta zona agreste, que cuenta con carreteras para los camiones de aceite de palma y botes de madera para las familias de los trabajadores de la empresa. Una mujer mototaxista, escasas por otras ciudades y muy comunes acá, me lleva al cruce mientras me cuenta su infructuosa búsqueda de empleo en la empresa que –según me dice- apenas da trabajo a las mujeres.

Mientras el botero regresa de la otra orilla, a resguardo de la lluvia, rememoro la zozobra de la noche anterior (jueves 6 de septiembre del 2018), durante la celebración del aniversario de la Institución Educativa N.º 0412, a cien metros de la plaza de Armas de Tocache, cuando un globo aerostático ocasionó un incendio en el cielo raso del plantel. Del pánico inicial se pasó al bochorno de asistir a la propagación del fuego, sin noticias de los bomberos que una hora después llegaron para *pasar roche*³⁸² por no contar con medios para apagar el incendio que, finalmente, arrasó con todo el techo de la institución, provocando rajaduras en la estructura de la misma.

Ojalá que esa abrupta interrupción de lo festivo no sea un mal presagio para el VAH. Lo que sí pone en evidencia es la persistencia del Estado empírico y el abismo social que Jorge Basadre retrató cincuenta años atrás (1968-70) para explicar un hecho (la Guerra del Pacífico) ocurrida (suma y sigue) más de ochenta años antes, como la doble tara que frustra la realización del Perú republicano.

La lluvia no deja de caer y cuando regresa a mi orilla el bote subo en él. Mientras cruzamos el río, aparentemente manso, sé que mi trabajo llega aquí a su fin. Entonces me da por pensar cuantos años más de oprobio deberán soportar estos campesinos maltratados y de memoria cautiva, en medio de tanta tragedia. Y de repente, emulando el sentido del humor a prueba de penurias con el que don Héctor saludaba un año atrás a sus vecinos de Pucara en los días de lluvia, me asomo al río y pregunto: ¿Por qué lloras Huallaga?

³⁸² Pasar roche: avergonzarse.

CIEN AÑOS (O MÁS) DE SOLEDAD EN EL VAH: EPÍLOGO

El Dorado, nuestro país ilusorio, tan codiciado, figuró en numerosos mapas durante largos años, cambiando de lugar y de forma según la fantasía de los cartógrafos (Gabriel García Márquez, 1982).³⁸³

Volviendo la mirada al texto, en perspectiva, estoy convencido de que su principal acierto consiste en haber dado preeminencia a la cuestión empírica. No es solo el hecho de haber vivido estos últimos años una experiencia personal, intensa y desgarradora a partes iguales, en medio de un escenario asombroso, sino que además ésta me ha permitido conocer a muchas personas, mayoritariamente campesinos y aparentemente insignificantes, cuyos testimonios me han permitido recrear otra historia posible para el Valle del Alto Huallaga. También para mí, de hecho.

Pero todo privilegio cobra también su peaje. Como la mayoría de etnógrafos, mi vida ha estado permanentemente fragmentada en los últimos años. Mientras mi familia debió enfrentar grandes retos sin mi presencia, en Huánuco, pasé gran parte del tiempo alternando el contexto de producción etnográfica en el VAH, sometido además a continuos cambios de residencia, y el académico, en Brasil, sujeto a los imperativos administrativos y en medio de una preocupante deriva política y acoso hacia las ciencias sociales. Afortunadamente en todos ellos encontré siempre empatía y comprensión hacia mí; y los nuevos afectos creados jugaron siempre a favor de llevar hasta el final este proyecto anhelado.

Sea como fuere, la principal impresión que he recibido al releerla es la del paso del tiempo. Ya sea que consiga transmitirlo o no, a mi parecer el texto expresa, antes que nada, una experiencia en transición; la mía propia. Es por eso que no he querido sacrificar comentarios puntuales a mis propias vivencias en el encuentro con las vidas cercenadas e invisibles al mismo tiempo por la “Historia” de estos campesinos que, de no ser por este trabajo, nunca habría llegado a imaginar. Y hacia cuyos afectos se recrea ahora, también, la tensión de la distancia.

En términos generales, sin retomar una a una las distintas etapas, mi llegada al VAH no tardó en hacer tambalear, afortunadamente, las nociones que me había formado

³⁸³ Gabriel García Márquez. La soledad de América Latina. Discurso de aceptación del Premio Nobel 1982. *Educere*, Universidad de los Andes Mérida, Venezuela. v. 18, n. 59, p. 167-170, enero-abril. 2014.

previamente sobre este territorio liminar, bajo todo tipo de mediaciones periodísticas, literarias e incluso académicas que amplificaban las nociones de violencia y criminalidad, haciendo de espejos deformantes de una realidad que, sin embargo, se encuentra fuera de la luz pública. Así, conforme mis apreciaciones iban deshaciéndose del lastre cultural que arrastraba, también fue apareciendo la gramática interna de un escenario rural sosegado y marcado por la pobreza, como tantos otros en Latinoamérica, que desde un inicio imponía adaptar mi labor a los imperativos de un día a día marcado por unas carencias y disrupciones cotidianas que en la vida ciudadanas damos por remotas. Todas estas circunstancias parecían llegar tempranamente para advertirme de lo alejado que mis presentimientos estaban de la realidad y ¿por qué no?, de la invisibilidad con que las experiencias sociales son perceptibles para nuestra disímil posición en las fronteras de clase, raza o género. Por ejemplo, al releer los textos percibo cómo la influencia de mi condición masculina se expresa a través de ellos de forma tan innegable. Obviarlo o negarlo ahora sería reafirmar un sesgo tan evidente como inconsciente.

En cierto modo, había llegado al VAH sabiendo hacia dónde quería mirar, pero me sentía aún bastante inseguro en términos de qué era importante observar y, mucho menos, había pensado seriamente sobre cuál era el lugar que debía ocupar en el texto el propio discurso campesino. Sin embargo, al contacto con la experiencia empírica, mis preguntas iniciales me fueron pareciendo intrascendentes y leves desde el punto de vista de las preocupaciones percibidas desde dentro, donde la pobreza y los imperativos del mercado estaban, de un modo más o menos explícito, a la orden del día. De modo que mis percepciones comenzaron a tomar asiento, a empatizar y a alinearse, de acuerdo a mis propias inclinaciones, con la realidad que viven y expresan cotidianamente los campesinos del valle.

Los problemas que inicialmente había colocado en el centro de mis preocupaciones, el narcotráfico y el terrorismo, eran allí percibidos como subsidiarios, se podría decir que sintomáticos, de problemas que yo no había considerado seriamente en relación a aquellos y que, por lo demás, habían merecido un tratamiento académico indiscutiblemente menor.

Con todo, tras los primeros contactos fueron surgiendo mis primeros intentos por producir síntesis explicativas y, una vez que conocí a otros investigadores de campo, fui descubriendo otras rutas posibles; ampliando mi escala de observación y, por lo mismo,

expandingo mis análisis. De forma paralela, mi escritura, vaga y especulativa en un inicio, iba ganando confianza en sí misma, mientras lograba una profundidad analítica de la que carecía en un inicio.

Con ayuda de interlocutores locales, una de las primeras decisiones que tomé, ahora sé que, de manera acertada, fue delimitar territorialmente las cuatro dimensiones de análisis (colonización, cocalización, violencia armada y desarrollo alternativo) que estructuraron espacial y temporalmente mi trabajo de campo. Estoy seguro que el lector entenderá la compleja relación, a veces incluso la simultaneidad, que todas guardan entre sí. Por decir, mientras el Desarrollo Alternativo era ya una realidad en la provincia de Tocache, los cultivos ilícitos de coca se encontraban aún en pleno apogeo en el Valle del Monzón. O mientras que los mandos de los grupos armados (senderistas, narcotraficantes y militares), tomaban a Aucayacu como epicentro de sus actividades, coexistían de un modo relativamente pacífico en la ciudad de Tingo María, donde planificaban sus acciones.

Como en todo trabajo etnográfico, en este también existieron momentos de impasse que apenas se dejaban sentir en el texto. Por poner un ejemplo, la aparente facilidad con la que don Héctor parece narrar su vida no fue en realidad tal. Como era de esperar y pese a los fructíferos resultados, estuvo sometida a permanentes tensiones, atascos y contratiempos. La amistad y la confianza, como saben los etnógrafos con experiencia, tomó su tiempo. Y aun cuando emergió, las historias estaban sometidas a la discontinuidad, los saltos y lagunas característicos de todo relato oral.

Por último y una vez que la cartografía social local, cada una con sus particularidades, me fue medianamente comprensible, fue necesario también restituir su historicidad; es decir, resituar las trayectorias personales en el cuadro histórico, nacional y global, que atraviesan estos espacios, a la luz de lo cual aquellas recuperaban claridad explicativa. Por lo que, tan solo habiendo realizado una codificación previa de los datos y poniendo las trayectorias en diálogo con las formas teóricas de pensar el mundo social, me fue posible hacer inferencias socio históricas. La idea es, por lo tanto y a despecho de aquellos que piensan que se trata simplemente de humanizar a los sectores subalternos, ponerlos más bien en relación con el todo social; buscando aquellas complejas articulaciones (dinámicas, fronteras, puntos de quiebre y desbordes), entre las trayectorias y la economía política, para ir descartando asimismo las explicaciones esencialistas. En

otras palabras, dar cuenta de la sociedad en la que se inscriben aquellas trayectorias a partir de las mismas.

Por lo tanto, en términos analíticos, el mayor valor que posee para mí este estudio reside en la capacidad que las fuentes empíricas tuvieron de interlocutar críticamente con el campo de reflexión en torno a los territorios andino amazónicos previo, en el cual se han disgregado las dimensiones implicadas y sobredimensionado los aspectos securitarios, para volver ahora a rearticularse con los giros de la historia remota y reciente del Perú; devolviéndole centralidad a la problemática rural en donde aquellas se originan.

Lo cierto es que nada de todo esto habría sido posible de no ser por la labor de mi orientador y parceiro Gabriel De Santis Feltran, quien fue dosificando a partes iguales, el libre albedrío y las sugerencias reflexivas. Entre sus consejos, hubo uno que marcó medularmente el trabajo, cuando aún no había iniciado: “Chico (Francisco), recuerda que nadie más entre nosotros conoce ese Alto Huallaga; así que haz lo posible para que tus textos nos sitúen imaginativamente en él”. Gabriel hablaba en nombre del grupo de investigación NaMargem. Mi trabajo tiene una deuda impagable con sus miembros de quienes adopté el modo de realizar etnografía en las periferias urbanas de Brasil, considerando a los grupos marginalizados como productores legítimos de saberes. Apenas me limité a trasponer sus modos de analizar el funk o el rap de favela, obviamente no de forma literal, hacia los relatos orales o los libros auto producidos por los escritores locales del VAH. Les estoy muy agradecido por ello.

Ya desde un punto de vista teórico analítico, el texto se mueve dentro de un territorio heterodoxo que podríamos denominar “materialismo cultural”, orientado hacia el mundo de las experiencias sociales y culturales de la vida material, en diálogo trasfronterizo con la Escuela de los Annales, la historia social, el posestructuralismo y los estudios culturales; cuyos recursos utilicé sin corresponder con una adscripción fiel y escrupulosa a los fundamentos.

No quisiera redundar aquí lo ya formalmente expresado en los balances provisionales de las distintas secciones, recordaré no obstante de manera sintética algunas de estas nociones. En la primera sección abordé, entre otras, la noción de “imaginarios geográficos” en David Harvey o García Canclini, para desglosar un análisis crítico de los lugares memorables en la cartografía simbólica local de Tingo María. Transitó asimismo

por los sentidos variables del concepto de “naturaleza” en Raymond Williams, para pensar su uso en relación a la cultura colonizadora y el giro mercantilista del medio en el VAH. Por último, acudí a Antonio Gramsci para sustantivar la historia social fragmentaria y episódica de los grupos subalternos, subordinada al relato epopéyico y triunfante de la colonización que enfatiza la historiografía dominante, encubriendo así la ideología anti reformista en que aquella se fundamentó e invisibilizando el callejón sin salida en que colocó a los campesinos colonos.

Ya en la segunda parte, utilicé la noción de “economía moral” de E.P. Thompson, con el objeto de abrir el campo de reflexión que ha emplazado estos territorios en las fronteras de la perspectiva institucionalista o el reduccionismo securitario, para pasar a considerar el punto de vista de los campesinos ligados al TID en el Valle del Monzón. De este modo se buscó poner en consideración los procesos micro políticos (tal vez no tan micro), como las estrategias de movilidad social o de resistencia a las formas de subordinación patriarcal. A la luz de los casos revisados, el enorme sacrificio generacional que hicieron los hombres y las mujeres campesinas para superar la pobreza y la desigualdad de género cobran una relevancia enorme en términos explicativos.

En la tercera sección, de un modo tal vez más ecléctico que en las otras, acudí a nociones y técnicas provenientes de los estudios culturales y del análisis crítico del discurso, para abordar, en el ámbito de lo que se ha denominado los “trabajos de la memoria” (Elizabeth Jelin y Carlos Iván Degregori), cuatro obras literarias del género testimonial que remiten al conflicto armado interno a escala local de Aucayacu (José Crespo y Castillo). Estas, rompiendo los frágiles consensos previos y expresando la vigencia de fracturas en la memoria traumática local, pugnan por que sean tomadas en consideración las violencias previas y posteriores a la política, los olvidos historiográficos o la capacidad para “(re)imaginar la comunidad”, de acuerdo a Benedict Anderson, o que acarrea la “débil fuerza mesiánica” del discurso religioso reminiscente y restaurador, en términos benjaminianos.

Por último, apelé a la noción de “acumulación por desposesión” de David Harvey, para situar las dinámicas del Desarrollo Alternativo en la provincia de Tocache, dentro del nuevo ciclo de expansión geopolítica del agrocapitalismo monoprodutivo, espiritualmente monopólico y de vocación exportadora que, bajo el esquema neoliberal, viene esparciendo por el espacio rural amazónico la descampesinización, las relaciones

de dependencia y las formas de subordinación socioeconómica. Un análisis que se conecta además con el debate en torno al avance de la pobreza, la creciente fragmentación de la experiencia social, el debilitamiento de las formas de resistencia campesina y la precarización en las condiciones de la vida rural. Por consiguiente, el presente remite a un proceso histórico regresivo que parece estar repitiendo las frustraciones de ayer entre los campesinos de hoy, poniendo en riesgo la permanencia de una paz social tan compleja y tardíamente alcanzada.

Debo de reconocer, para concluir con esto, que la teoría no ha pasado de ser un recurso congruente con el espíritu de la tesis. Es decir, si bien en todas las secciones ha sido necesario hacer alusión a nociones teóricas o debates analíticos, en ocasiones ampliados por medio de los pies de página, desde las que he podido iluminar los fenómenos o los giros a los que estaba haciendo referencia, no es menos cierto que he hecho lo posible también por utilizar un lenguaje simple y accesible al lector no especializado, para que todas las sensibilidades puedan tener cabida en la lectura.

Quisiera referirme también a dos cuestiones de orden epistemológico que, con toda probabilidad, no han sido suficientemente tratadas a lo largo del texto y que, sin embargo, considero que se encuentren entre las más importantes premisas que acompañan el trabajo. En primer lugar, la necesidad de “historizar los fenómenos sociales”; recuperando el debate sobre la importancia de retomar la perspectiva histórica en los estudios sociales; dando por buena la tesis de Pierre Bourdieu y Wacquant (2005), acerca de que “toda sociología debería ser histórica y toda historia sociológica”. Por poner un par de ejemplos; la vida de don Héctor apenas parecería una caricatura de novela policiaca de no estar situada en el contexto de los escenarios rurales previos a la reforma agraria. O la titánica lucha sindical de Guillermo Ochoa no podría ser entendible sin emplazarla entre las secuelas de las políticas de ajuste estructural del giro neoliberal de los años noventa.

Prácticamente desde el inicio de este trabajo ha existido un elemento retórico que da cuenta de esta premisa pero que apenas había anotado de forma subrepticia en el título del mismo para expresar la existencia de un hilo conductor invisible a lo largo de todo el periodo de estudio. En cierto modo, aquella ha existido como una hipótesis no expresada que, sin embargo, marcó la ruta simbólica trazada por esta investigación. Me refiero al

mito de “El Dorado”, que alude a la cartografía ilusoria del proyecto colonial y atraviesa, con sus singularidades, cada una de las cuatro dimensiones históricas a las que alude.

Recordemos que, con la llegada al “Nuevo Mundo”, el mito de “El Dorado” personificó desde un inicio la existencia deslumbrante del Paraíso Terrenal que activó el ideal promisorio de la conquista. Y dentro de este, el supuesto de la existencia de tesoros desconocidos situados en regiones fantásticas, surtiendo al imaginario colonial de una promesa utópica que sirvió de imán geográfico del que germinarían una sucesión de exploraciones en las que aquellos aventureros atribulados, ávidos de promesas estimulantes, colocaban su buena fe; y resurgiendo, una vez fracasadas, un poco más allá de donde aquellos habían conseguido llegar.

Pues bien, lo que espero es que este símbolo tenga la suficiente capacidad evocativa para dar cuenta de lo que en mi opinión sintetiza, muy a grandes rasgos, estas cuatro etapas históricas en el VAH: -colonización, cocalización, violencia armada y Desarrollo Alternativo-; las cuales han sido estimuladas, a su vez, por cuatro promesas fundantes, -tierra, dinero, orden y mercado-; que, sin embargo, han estado subrepticamente acompañadas por cuatro tragedias resultantes, -abandono, persecución, muerte y desigualdad-.

En segundo lugar y relacionada con la anterior, la cuestión de la “convergencia estructural”; es decir, la consideración articulada de fenómenos que aparentemente se entendían escindidos, dando origen a interpretaciones disímiles, confundiendo causas con síntomas, cuando tomadas en conjunto, remiten a la ecuación mayor de la cuestión agraria en una economía capitalista periférica. Bajo este marco, pueden entenderse adecuadamente fenómenos remotos y contemporáneos; como la existencia de grandes bolsas de pobreza y flujos migratorios permanentes en el Perú rural, la persistencia de enormes brechas sociales, la pervivencia de formas de subordinación o el recurso a la economía ilegal como forma de subsistencia. Del mismo modo, la promesa del desarrollo y el progreso (El Dorado de antaño), cuya posta retoma hoy el discurso tecnócrata del Desarrollo Alternativo; dejando fuera a grandes grupos sociales y alimentando nuevamente el relato invisible pero imperecedero de la fractura social.

Para acabar esta parte, pondré un ejemplo más, que sintetiza este parecer. En mi opinión, las fracasadas aventuras revolucionarias de los años ochenta y noventa son la

representación antagónica al país imaginado por las elites, aunque igualmente binaria, por lo que expresa la pervivencia de esa matriz modernizante colonial tan arraigada en la cultura política nacional, más allá de los matices. Rompiendo no obstante una lanza por el VAH, no hay nada más alentador, sobre un horizonte de transformaciones, que la trasposición, tal vez no tan involuntaria, entre el “nosotros” y el “Estado” que tuvo Gamaniel Rojas (pág. 64), y otros tantos como él, al tratar de explicarme en Tingo María los caminos que se deben seguir para no regresar a un pasado indeseable, donde los campesinos vuelvan a tener que vivir de la coca, entre sombras, como gusanos.

Como ya mencioné, la perspectiva etnográfica atraviesa de principio a fin este trabajo; siendo además la responsable de que sobre la marcha fuera adecuando las técnicas con las que afrontar los distintos retos de esta investigación. Sirva como ejemplo la adición del testimonio de Agustina, en la segunda parte, como el fruto de la oportunidad, pero también de la reflexión, que me hice en campo acerca de la necesidad de contrastar y dar mayor validez a los registros de don Héctor. Asimismo, en la tercera sección, no fue prefigurado el análisis literario hasta que percibí la saturación testimonial post CVR y la oportunidad que otorgaba, tras la desactivación del PCP-SL en el VAH en el año 2012, la eclosión de obras literarias de escasa circulación.

Otros factores confluyeron, más allá de lo meramente coyuntural, en la selección de las fuentes y las técnicas de análisis usadas. Cabe recordar que se trata de un estudio multisituado basado en cuatro experiencias etnográficas, espacial y temporalmente distintas; por lo que aquellas, sumadas a mi espíritu, por lo general curioso, contribuyeron para que, en congruencia con las posibilidades que el medio ofrecía, buscara alcanzar resultados parecidos a partir de distintos métodos en cada uno de las subáreas del estudio. Por ejemplo, el escaso valor que la historiografía oficial local ha otorgado a las voces subalternas, en pos de la versión épica de la colonización, me obligó a rastrearlas en registros marginales, como las fuentes hemerográficas remotas y de difícil acceso.

Ahora bien, el enfoque etnográfico y las técnicas cualitativas desplegadas en el texto buscan sustantivar, al menos eso es lo que yo espero, la principal referencia del método etnográfico: el otro. Por lo tanto, es a partir de mis experiencias con esa alteridad, registradas en mi diario de campo o en las entrevistas, en las preocupaciones que extraigo de sus testimonios, sean estos orales o escritos, objetivistas o ficcionales, que comienzan

a abrirse camino las diferentes estrategias de análisis. Y desde las cuales pude ir extrayendo un cuadro interpretativo acumulativo, transitorio y contextualmente situado.

No está de más señalar que el reconocimiento de la alteridad que el giro etnográfico presupone es una cuestión que sobrepasa lo metodológico, recayendo más bien en el orden epistemológico o incluso, si se quiere, político. Siendo una cuestión muy discutida en los estudios poscoloniales, el debate de la validez de los saberes subalternos, si bien atraviesa medularmente este trabajo, también es verdad que lo trasciende.

A pesar de mi competencia elemental en el debate teórico de fondo, mi punto de vista es que, llevado al terreno de la metodología, la perspectiva etnográfica es una herramienta que socaba profundamente las bases dicotómicas y barbarizantes que inaugura la alteridad moderna. Este trabajo trata de ser una contribución en esa misma dirección, ya que se basa enteramente en fuentes subalternas que, desde registros primarios o secundarios, toma por susceptibles de fundamentar el conocimiento sociohistórico que se despliega. Una vez más, la importancia de exponer mi propia voz y experiencia en el texto, no necesariamente concordantes con las de los campesinos del VAH y mucho menos equiparable, pero en un mismo plano, muestra la voluntad que en todo momento tuve por respetar y poner en valor los más mínimos detalles de su singularidad. La segunda sección creo que sea un buen ejemplo de esto. En todo caso creo que pocas herramientas contribuyan más a prevenir el ventrilocuismo académico que prefigurar de forma diferenciada la presencia de nuestra voz respecto a las de nuestros interlocutores. Permitiendo además juzgar al lector, fuera de un objetivismo falsario, qué partes de aquellas han sido impregnadas en uno u otro sentido.

El énfasis en la perspectiva subjetivista basada en fuentes primarias, me permite confrontar además aquellos trabajos basados en la producción de datos que relegan la experiencia humana a meros epifenómenos de aquellos; dejándola además abandonada a la imaginación del lector, tomada -esta sí-, por competente y legítima. Lo que se pretende más bien es contribuir con el desarrollo de unas ciencias sociales que superen su insularidad, para trascender, sin traicionarlo, el ámbito académico del conocimiento, trabajando en pos de que sus saberes dialoguen, de igual a igual, con otros discursos sociales. Es ahí en donde sostengo que sea posible reubicar lo que los estudios decoloniales han llamado el “locus de enunciación”; rescatando el punto de vista de “los

vencidos”, a fin de que la puesta en valor de su agencia en la “Historia”, pueda destrabar discursivamente los proyectos de emancipación social de los grupos subalternos.

Es necesario reconocer, no obstante y aprovechando la perspectiva, que esta confianza en el conocimiento subalterno ha sido también fruto de un proceso de transformación; de modo que la propia estructura narrativa de la investigación refleja estos mismos cambios. En este sentido, cuando arranca la primera sección, que por cierto privilegia las fuentes documentales, las voces subalternas sirven para reforzar el hilo de mi análisis discursivo. De ahí, ya en la segunda sección, el énfasis está decantado hacia la voz subalterna, reforzada por medio de una interpretación conclusiva. En la tercera sección se utiliza una mediación local, que va siendo interpretada al tiempo que es desarrollada. Finalmente, la cuarta, ensaya una estructura paralela y equilibrada entre los interlocutores, la base documental y el análisis interpretativo.

Ahora bien, más allá del lugar que ocupa en el relato cada uno, el interlocutor, el investigador o la dinámica historiográfica, lo importante aquí es la naturaleza de su posición respecto al relato; de ahí que la clave del mismo y dada la posición privilegiada que el autor tiene sobre este, reside por encima de todo en la naturaleza de nuestra interpretación. Por decir, la historia del fracaso de las políticas de colonización dirigida es, por definición, menos problemática para explicar la cocalización del VAH que una otra versión que destaque el éxito que tuvo el campesino cocalero para subvertir por vías ilícitas, las también ilegítimas cadenas que lo sometían entre el sistema de haciendas y el abandono estatal. Esta versión que probablemente sea más compleja de asumir desde el punto de vista normativo es, con toda probabilidad, más fiel a los hechos y, además, no subtrae la agencia a los grupos subalternos.

Teniendo ese horizonte como meta, confío que el uso de perspectivas y técnicas poco convencionales contribuyan a reabrir el debate ruralista en torno a las problemáticas que envuelven el territorio andino amazónico y permitan superar además el impasse impuesto por el conservadurismo metodológico vigente. He tenido en cuenta, no obstante, que los sucesivos cambios de registro a lo largo de las secciones puedan ser una dificultad formal añadida para quien se acerque a esta investigación; sin embargo, el mismo carácter evocador de las perspectivas cualitativas y la variedad de los registros emprendidos encarnan mis anhelos de movilizar el estrecho margen de empatía moral que puede acompañar a un escenario sometido al estigma social del narcotráfico y el terrorismo.

Respecto a la escritura de la investigación, debo reconocer que ha sido voluntad mía intentar dotar de un cierto tono literario la base testimonial en algunas partes del texto, especialmente las referidas a mi propia experiencia. Si bien no considero que este registro esté reñido con los fines académicos, -en este sentido siento una enorme admiración por el sociólogo y escritor colombiano Alfredo Molano, recientemente fallecido, y por el ya mencionado Michael Taussig -, también creo que es hora de repensar la escritura en ciencias sociales en términos estético literarios. La idea final es que la producción académica consiga empatar tanto con la subjetividad y las intenciones del actor social como con la sensibilidad o la emocionalidad del lector, y viceversa. Es más, sospecho que es ahí donde precisamente reside la audacia del autor perteneciente al ámbito académico para aportar a un horizonte político de transformación social.

Participo en tal sentido y en conformidad con el escritor español Jorge Semprún (1995),³⁸⁴ sobreviviente al campo de concentración nazi de Buchenwald, que el papel de la ficción en la representación de la realidad extrema, a diferencia de la fantasía literaria y seguramente a despecho de lecturas más científicas, es aproximarse de forma más eficaz a la “verdad” que la narración de los hechos. Es por lo tanto ese estilo desacomplejado y salpicado por lo literario lo que le permite al texto llegar más allá del campo académico y contribuir a emancipar la palabra escrita de la retórica academicista; haciéndola participe de los amplios procesos históricos de emancipación.

Al final este trabajo, como cualquier empresa humana, también se basa en una promesa; la que me hice de transformar tanto esfuerzo, tanta fe de los interlocutores, en un instrumento útil que permita repensar estos territorios periféricos que el proyecto nacional ha barbarizado para alimentar el mito de su misión civilizadora. Toda promesa se basa en una ilusión, pero esta acaba disipándose si no se asienta además en la materialidad del trabajo arduo, metódico y autocrítico. El lector juzgará, en todo caso, si aquí se trata de una ilusión creíble o no.

Posiblemente la mayor crítica que pueda hacerse a este estudio sea su debilidad en términos propositivos. En mi defensa deberían ser consideradas al menos las siguientes dos apelaciones: por una parte, quiero mencionar que, si hubo una discusión recurrente con mi orientador a lo largo de estos años, esa fue sin duda la de no perder nunca de vista

³⁸⁴ SEMPRÚN, J. **La escritura o la vida**. 1. ed. Barcelona: Tusquets, 1995. 330 p.

el horizonte político de la misma; por la otra, creo firmemente en que, fuera de toda especulación académica, por bienintencionada que esta sea, nadie mejor que los propios campesinos del VAH para prefigurar estrategias de desarrollo para este territorio. Fuera de esto, este trabajo es, antes que nada, una historia sobre el pasado con preguntas desde el presente y con vocación de inspirar la política pública en el futuro.

Sea como fuere, todo trabajo académico está también atravesado por alguna matriz de poder. Partiendo de esta base y admitiendo también previamente el carácter situado y parcial del conocimiento, es importante que toda investigación en ciencias sociales pase a considerar, asimismo, la necesaria articulación de sus contribuciones con aquellos agentes sociales transformadores que son susceptibles de emprender formas de acción social alternativas al modelo convencional dominante.

En el caso concreto de esta investigación, se apuesta por instituir dos tipos de prácticas emancipadoras para el contexto regional; una en el ámbito de lo político y la otra en la propia esfera de la producción del conocimiento. Por un lado, si bien nada hace presagiar que las lógicas productivas del capitalismo agrario extractivista vayan a perder hegemonía a corto plazo en la región, a pesar de su carácter inestable y de conducir a la formación de economías periféricas altamente dependientes, frágiles y asimétricas, construidas a costa de la degradación ambiental, ecológica y humana; sin embargo, desde el sur global, se viene gestando una transición productiva hacia un modelo agroecológico. Estas agriculturas alternativas, históricamente desarrolladas por los pueblos originarios y el campesinado, en diálogo con los saberes científicos y las experiencias sociales de la economía popular solidaria (PASTOR, CONCEIRO y WAHTREN, 2017), buscan transformar las condiciones estructurales, promoviendo una nueva ruralidad más preocupada por proveer las distintas necesidades de la comunidad. Por lo que no solo son viables, sino que además resultan deseables desde el punto de vista del “Bien Común” (HOUTARD, 2013).

Por otro lado y partiendo de mi admiración hacia los numerosos científicos sociales que siempre se han atrevido a traspasar las fronteras de sus disciplinas para hacerlas avanzar, creo que también es hora de repensar la manera en que los elitistas campos académicos dialogan con el mundo, de revisar el legado de abordar esencialmente los fenómenos sociales en términos de causalidad y cuantificación, cuando resulta capital entender la subjetividad, las intenciones o la emocionalidad del actor social que aspiramos

que encarne los procesos de emancipación. Siendo este giro, además, un elemento esencial para volver a conectarnos con las distintas sensibilidades de la vida social y conectarlas a su vez entre sí.

América Latina continúa manteniendo, en este sentido, una enorme deuda histórica con sus mundos rurales dado su indiscutible rol en la reproducción de la vida que hoy día, en tiempos de pandemia, se muestran más evidentes que nunca. Pero esta transición productiva requiere, antes que nada, de un tejido social fuerte y organizado que contrarreste el poder que han ganado las lógicas extractivistas, desbocadas e indolentes, de las grandes corporaciones globales. Los pueblos originarios y campesinos, articulados a los movimientos sociales urbanos van encontrando sentidos políticos convergentes en defensa de la soberanía alimentaria, la alimentación saludable, la lucha contra la pobreza rural o la promoción de mercados locales viables; contribuyendo con un viraje hacia el cuidado de la tierra y de las comunidades rurales. Como sujetos políticos de cambio en el escenario nacional han contribuido ya a obtener importantes logros frente a las políticas neoliberales. En definitiva, una auténtica alternativa al “desarrollo como promesa” que instale el Estado de derechos y tenga como prioridad el desarrollo humano efectivo en todo el territorio nacional, con énfasis en los escenarios rurales donde la pobreza ha estado instalada de forma permanente; para evitar así que la Amazonía siga siendo, a escala nacional, el “patio trasero” de nuestros territorios.

No menos importante es expresar que el estado de excepción y la guerra contra las drogas fueron, bajo toda evidencia, una estrategia errada que no hizo otra cosa que derivar al plano militar-policial la solución a una problemática que ya tempranamente, en el año 1978, Tito Jaime situaba en las esferas social y económica (pág. 56), en donde aún hoy espera ser reintegrada, y donde pasaron a enrocarse de forma perenne al territorio del VAH, década tras década. Lo que a todas luces acabó provocando y dilatando una escalada de violencia y destrucción de la institucionalidad democrática cuyos ecos, al menos aquí, seguirán con toda probabilidad escuchándose aún durante décadas.

Vuelvo para acabar al orden empírico, al inicio de todo este texto, pues no quisiera hacerlo sin hacer referencia nuevamente a la huelga de paperos en Huánuco del año 2018. Ahora sabemos que la contrapartida a las políticas favorecedoras de la agroexportación que rubrican los tratados de libre comercio es, junto a otras, la importación de toneladas de papa precocida que ponen en peligro la subsistencia de los pequeños productores

nacionales alto andinos en el país de la papa (y de la coca). Por lo que hoy día estos comuneros y cuando no se dirigen a las ciudades a engrosar las huestes de la informalidad (transporte urbano incluido), se ven nuevamente obligados a migrar a la selva alta, como un siglo atrás hacían sus padres y abuelos, para engrosar las masas de campesinos sin tierra explotados por el modelo agro capitalista de gran escala.

Hijos de una misma fractura, la batalla entre los mototaxistas de Huánuco y los campesinos alto andinos que la periodista capitalina explicaba bajo la argumentación de la infiltración de los cocaleros del Alto Huallaga expresa, a decir verdad, el laberinto de la postración en el que se encuentra sumido el mundo rural peruano. Este texto ha abordado este problema a partir de uno de los vectores posibles, pero es de suponer que cualquier otro camino nos conduciría al mismo punto. Pocas iniciativas parecen contribuir a destejer este enorme ovillo que la de hacer visible que cada nudo hace parte de la misma madeja; tarea que corresponde, junto a otros mediadores, a las ciencias sociales. Toda contribución es necesaria y pertinente ahora para que, a doscientos años de su creación, el país haga realidad el nacimiento de una República de iguales, con todas las sangres. Como expresara en Tocache Santiago Quiñonez (pág. 257), perteneciente a esa última generación de campesinos sin tierra que, a pesar de todo, continúa cosechando día a día, nuevas esperanzas: “Sería lindo, ¿no?”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ÁLAMO, O. Perú, una década de crecimiento, conflictos y desigualdad. **Politai: Revista de Ciencia Política**, v. 2, n. 2, p. 78-89. 2011.

ARAMBURÚ, C. E. Las migraciones a las zonas de colonización en la selva peruana: Perspectivas y avances. **Debates en Sociología**, Lima, n. 4, p. 81-94. 1979. Disponible en: <http://revistas.pucp.edu.pe/index.php/debatesensociologia/article/view/6810>. Acceso en: abr. 2017.

ARAMBURÚ, C. E. Problemas del desarrollo rural y la colonización en la amazonía peruana. **Debates en Sociología**, Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), n. 6, p. 41-70. 1981. Disponible en: <http://revistas.pucp.edu.pe/index.php/debatesensociologia/article/view/6862/6997>. Acceso en: abr. 2017.

ARAMBURÚ, C. E. Problemática social en las colonizaciones de la selva alta peruana. En: Consejo Nacional de Población; Centro de Investigación y Promoción Amazónica. **Población y colonización en la alta Amazonía peruana**. Lima: CNP-CIPA, 1984, p. 65-79.

ARAMBURÚ, C. E. La economía parcelaria y el cultivo de coca: El caso del Alto Huallaga. En: LEÓN, F.; CASTRO, R. **Pasta Básica de Cocaína: Un estudio multidisciplinario**. Lima: CEDRO, 1989. 428 p.

BADIOU, A. **Teoría del sujeto**. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2008. 350 p.

BEDOYA, E. Intensificación y degradación en los sistemas agrícolas de la Selva Alta: El caso del Alto Huallaga. En: CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y PRODUCCIÓN AMAZÓNICA (CIPA). **Estrategias Productivas y Recursos Naturales en la Amazonía**. Lima: CIPA, 1986. p 48-98. (Documento 9).

BENJAMIN, W. Tesis de Filosofía de la Historia. In: _____. **Discursos interrumpidos I**. 1. ed. Buenos Aires: Taurus, 1989. p. 175-191.

BERMAN, M. **Todo lo sólido se desvanece en el aire**. La experiencia de la modernidad. 1. ed. Madrid: Siglo XXI, 1988. 397 p.

BERTEAUX, D. **Los relatos de vida**. Perspectiva etnosociológica, Barcelona: Ediciones Bellaterra, 2005. 143 p.

BEWLEY-TAYLOR, D.; JELSMA, M. Cincuenta años de la Convención Única de 1961 sobre Estupefacientes: una relectura crítica. **Serie reforma legislativa en materia de drogas (Transnational Institute)**, Amsterdam, n. 12, p. 1-20, mar. 2011. Disponible en: <https://www.tni.org/files/download/dlr12s.pdf> Acceso en: febrero 2017.

BOURDIEU, P. La ilusión biográfica. **Acta Sociológica**, México, n. 56, p. 121-128. 2011. Disponible en: <http://www.revistas.unam.mx/index.php/ras/article/view/29460/27409>. Acceso en: oct. 2017.

BOURDIEU, P.; WACQUANT, L. **Una invitación a la sociología reflexiva**. 1. ed. Argentina: Siglo XXI, 2005. 141 p.

BURNEO, Z. **El proceso de concentración de la tierra en el Perú**. Coalición Internacional para el Acceso a la Tierra/Cirad/CEPES, 2011. 67 p.

CABIESES, H. El 'milagro de San Martín' y los síndromes del 'desarrollo alternativo' en el Perú. **Informe sobre políticas de drogas (Transnational Institute)**, Amsterdam, n. 34, p. 1-12, nov. 2010. Disponible en: <https://www.tni.org/files/download/brief34s.pdf> Acceso en: febrero 2017.

CÁCERES, B.; et al. **Hablan los diablos: Amazonía, coca y narcotráfico en el Perú**. Versión recargada. Lima: Programa Democracia y Transformación Global/Transnational Institute (TNI), 2007. 240 p.

CAMPBELL, J. **El héroe de mil caras**. México: Fondo de Cultura Económica, 1959. 241 p.

CANCLINI, N. G. **Imaginario urbano**. Buenos Aires: Eudeba, 1997. 149 p.

CARRANZA, L.; GALLARDO, J.P.; VIDAL R. **Las barreras al crecimiento Económico en San Martín**. Lima: Banco Interamericano de Desarrollo (BID); Consorcio de Investigación Económica y Social (CIES); Universidad de San Martín de Porres (USMP). 2012. 150 p. (Serie Estudios Regionales, 3).

CASAS, F.; RAMÍREZ, M. Actores y escenarios como determinantes clave de la política de drogas en Perú. El caso de la implementación del control de hoja de coca en el valle del Monzón (2010-2015). **Revista de Ciencia Política y Gobierno**, Lima, v. 4, n. 7, p. 33-57, 2017. Disponible en: <http://revistas.pucp.edu.pe/index.php/cienciapolitica/article/view/19300> Acceso en: febrero 2017.

CASTILLO, M.; DURAND A. Movimiento cocalero, política y representación: los casos boliviano y peruano. In: García F. **Identidades y etnicidad y racismo en América latina**. Quito: FLACSO, 2008. p. 47-72.

CASTORIADIS, C. La institución imaginaria de la sociedad. 1. ed. Buenos Aires: Tusquets Editores, 2007. 580 p.

CASTRO, G. **Un mendigo sentado en un banco de oro: Reflexiones sobre Desarrollo y Medio Ambiente en el Perú**. 1. ed. Lima, Perú: Alianza, 2005. 98 p.

CHIRA, M. **Monografía de la Provincia de Leoncio Prado**. 1. ed. Lima: Magdaleno Chira, 1959. 334 p.

CLASTRES, P. Investigaciones en Antropología Política. Barcelona: Gedisa, 2001. 256 p.

COMISIÓN NACIONAL PARA EL DESARROLLO Y VIDA SIN DROGAS (DEVIDA); Observatorio Peruano de Drogas, (Serie Seguridad y Desarrollo Alternativo).

Recuperando el Monzón. Disponible en: <https://www.devida.gob.pe/documents/20182/96750/MONZON-LIBRO.pdf/48402eed-0e54-471a-a536-c50a20eca68e> Acceso en: febrero 2017.

CORREA, C. **Reparaciones en Perú.** El largo camino entre las recomendaciones y la implementación. New York: Centro Internacional para la Justicia Transicional, ICTJ, 2013. 32 p.

COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN (CVR). **Informe final.** Lima: CVR, 2003. 9 tomos.

COX, M. Narrativas “desde adentro” en la guerra interna peruana: presentación y balance. En: DE VIVANCO, L. **Memorias en tinta.** Ensayos sobre la representación de la violencia política en Argentina, Chile y Perú. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2013. p. 450-466.

CRABTREE, J.; DURAND, F. **Perú: élites del poder y captura política.** 1. ed. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, 2017. 202 p.

DAMMERT, J.L. **Hacia una ecología política de la palma aceitera en el Perú.** Lima: Oxfam Perú, 2015. 74 p.

DAMMERT, J.L. **Acaparamiento de tierras en la Amazonía peruana.** 1. ed. Lima: Wildlife Conservation Society, 2017. 95 p.

DE SANTIS, G. Crime e castigo na cidade: os repertórios da justiça e a questão do homicídio nas periferias de São Paulo. **CADERNO CRH**, Salvador, v. 23, n. 58, p. 59-73, Jan./Abr. 2010.

DE VIVANCO, L. **Memorias en tinta.** Ensayos sobre la representación de la violencia política en Argentina, Chile y Perú. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2013. 476 p.

DEFENSORÍA DEL PUEBLO. **Deforestación por cultivos agroindustriales de palma aceitera y cacao: entre la ilegalidad y la ineficacia del Estado.** 1. ed. Lima: Defensoría del Pueblo, 2017. 131 p. (Serie Informes de Adjuntía – Informe N.º 001-2017-DP/AMASPPI.MA).

DEL PINO, P.; JELIN, E. Luchas locales, comunidades e identidades. Madrid: Siglo XXI de España, 2003. 231 p.

DÍEZ, A. Cambios y persistencias en la gobernanza de la tierra en Perú luego de las Reformas Agrarias. En: INTERNATIONAL LAND COALITION-AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE. **Cambios y persistencias en la gobernanza de la tierra.** Una mirada post Reformas Agrarias en América Latina y el Caribe. Lima: ILC, 2019. p. 21-24.

DRINOT, P. **La seducción de la clase obrera.** Trabajadores, raza y la formación del Estado peruano. Lima: Instituto de Estudios Peruanos (IEP)/Ministerio de Cultura, 2016. 325 p.

EDELMAN, M. Siete dimensiones del acaparamiento de tierras que todo investigador tendría que tomar en cuenta. En: _____. **Estudios agrarios críticos: Tierras, semillas, soberanía alimentaria y los derechos de las y los campesinos.** Quito: Editorial del Instituto de Altos Estudios Nacionales, 2016. p. 24-45.

EGUREN, F. La concentración de la propiedad de las tierras agrícolas en el Perú. En: Eguren, L.; Eguren, F.; Durand, F. (2018). **¿Liberalismo o mercantilismo? Concentración de la tierra y poder político en el Perú.** Lima: Centro Peruano de Estudios Sociales/OXFAM, 2018. p. 83-130.

ESCOBAL, J.; ARMAS, C. **Estructura agraria y dinámica de pobreza rural en el Perú.** Lima: Grupo de Análisis para el Desarrollo (GRADE), 2015. 69 p. (Documento de investigación, 79).

FEDER, E. **Violencia y despojo del campesino: el latifundismo en América Latina.** 3. ed. México: Siglo Veintiuno, 1972. 298 p.

FERGUSON, J. **Expectations of Modernity: Myths and Meanings of Urban Life on the Zambian Copperbelt.** Berkeley: University of California Press, 1999. 343 p.

FERNANDES, B. M. Cuestión Agraria: conflictualidad y Desarrollo territorial. En: A. Marcio. Lincoln Center Institute of Land Policy (Harvard University), 2004. p.1-39.

FERNANDES, B. M. Questão Agrária: conflitualidade e desenvolvimento territorial. In: Buainain A. M. **Luta pela Terra, Reforma Agrária e Gestão de Conflitos no Brasil.** Campinas: Editora da Unicamp, 2008. p. 173-224.

FIGALLO, M.; VERGARA, K. La Amazonía peruana hoy. En: BARRANTES, R.; GLAVE, M. **Amazonía peruana y desarrollo económico.** Lima: GRADE/IEP, 2014. P. 47-108.

FRAIJÓ, M. Walter Benjamin: las reflexiones de una víctima de la violencia. En: Binaburo, J.A.; Etxeberria, X. **Pensando en la violencia.** Madrid: Los Libros de la Catarata. 1994. págs. 14-38.

FRASER, R. **Hablan los trabajadores.** Barcelona: Nova Terra, 1970. 167 p.

GARCÍA, J. **2013: La situación del narcotráfico en la región San Martín.** 1. ed. Lima: IDEI-PUCP. 2013. 25 p. (Colección Amenazas a la Seguridad: El Narcotráfico).

GARLAND, E. Colonizaciones a la Ceja de Selva a través del enganche: El caso de SAIPAI en Tingo María. En: Aramburu, C. E.; Bedoya, E.; Recharte, J. **Colonización en la Amazonia.** 1. ed. Lima: Centro de Investigación y Promoción Amazónica (CIPA), 1982. p. 41-104. Bedoya Garland, Eduardo (1982).

GONZÁLES DE OLARTE, E. Crecimiento, desigualdad e ingobernabilidad en el Perú de los 2000. En: VICH, V. **El Estado está de vuelta: desigualdad, diversidad y democracia.** Lima: IEP, 2005. p. 49-69.

GOOTENBERG, P. **Cocaína Andina**. El proceso de una droga global. Lima: La Siniestra Ensayos, Universidad Nacional de Juliaca, 2016. 510 p.

GOOTENBERG, P. DÁVALOS, L.M. **The Origins of Cocaine**. Colonization and Failed Development in the Amazon Andes. Oxon & New York: Routledge, 2018. 178 p.

GRAMSCI, A. Cuadernos de la cárcel. N.º 6. Cuaderno 25 (XXIII) 1934. Al margen de la historia (Historia de los grupos sociales subalternos). En: _____. **Cuadernos de la Cárcel** .1. ed. México: Ediciones Era, 1981. p. 174-187.

GREGORY, D. **Geographical Imaginations**. Cambridge y Oxford: Blackwell, 1994. 442 p

GUHA, R. **Las voces de la historia y otros estudios subalternos**. Barcelona: Crítica, 2002. 115 p.

HALL, R., et al. Resistance, acquiescence or incorporation? An introduction to land grabbing and political reactions 'from below'. **Journal of Peasant Studies**, v. 42: 3-4, p. 467-488, 12 May 2015. Disponible en: <https://doi.org/10.1080/03066150.2015.1036746>. Acceso en: feb. 2019.

HARVEY, D. Between Space and Time: reflections on the Geographical imagination. **Annals of the Association of American Geographers**, Washington, DC, v. 80, n. 3, p. 418-434, sep. 1990.

HARVEY, D. El "nuevo" imperialismo: acumulación por desposesión. **Socialist register 2004**, Buenos Aires: CLACSO, ene. 2005. Disponible en: <<http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20130702120830/harvey.pdf>>. Acceso em: nov. 2017.

HENDRIX, S. Interplay among land law and policy, the environment, the war on drugs, narcoterrorism, and democratization: perspectives on Peru's Upper Huallaga Valley. **LTC Paper**, Land Tenure Center (University of Wisconsin), Madison, n. 150, June 1993.

HOUTART, F. **El bien común de la humanidad**. Quito: Instituto de altos estudios nacionales (IAEN), 2013. 73 p.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA E INFORMÁTICA (INEI). **Perú: Compendio de Estadísticas de Producción y Consumo de Drogas 1980-93**. Lima: INEI, 1994.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA E INFORMÁTICA (INEI); Comisión Nacional para el Desarrollo y Vida sin Drogas (DEVIDA). **Perfil del Productor Agropecuario de los Ámbitos de Influencia Cocalera a Nivel Nacional**. Lima: INEI/DEVIDA, 2015. 119 p.

JELIN, E. **Los trabajos de la memoria**. 2. ed. Lima: Instituto de Estudios peruanos (IEP), 2012. 178 p.

- JIMÉNEZ, F. **La economía peruana del último medio siglo: ensayos de interpretación**. 1. ed. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú-CISEPA, 2010. 373 p.
- KAPSOLI, Wilfredo. **Los movimientos campesinos en el Perú**. 3. ed. Lima: Ediciones Atusparia, 1987. 263 p.
- KERNAGHAN, R. *Coca's Gone: of Might and Right in the Huallaga Post-Boom*, **Stanford University Press**, 1. ed. Redwood City: Stanford University Press, 2009. 320 p.
- KLAREN, Peter. **Nación y Sociedad en la historia del Perú**. Lima: Instituto de Estudios Peruanos (IEP), 2004. 593 p. (Serie: Estudios históricos).
- LEIVA, J. L. **Crónica del Alto Huallaga 1960-2012**. 1. ed. Tingo María, Perú: José Luis Leiva Estela, 2012. 126 p.
- LEPENIES, W. **Las tres culturas: la sociología entre la literatura y la ciencia**. México: Fondo de Cultura Económica, 1994. 425 p. (Colección: Sociología)
- LESEVIC, R. B. Dinámica demográfica y colonización en la Selva Alta peruana: 1940-1981. En: CNP y CIPA. **Población y colonización en la Alta Amazonia peruana**. Lima: CNP-CIPA, 1984. p. 11-56.
- LEVI, P. **La tregua**. Madrid: Muchnik, 1997. 210 p.
- LEZAMETA, P. **Apuntes geográficos e históricos de Pachitea**. Huánuco: Pasaleap, 2011. 275 p.
- LÓPEZ, A. Ilusiones defraudadas: auge y caída del comercio legal de coca y cocaína en los países andinos. **Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura**, Bogotá, v. 45, n. 2, p. 233-260, jul. 2018.
- LUXEMBURG, R. **La acumulación del capital**. Valencia: Ediciones Internacionales Sedov. 2011. 232 p.
- MALLIMACI, F.; GIMÉNEZ, V. Historia de vida y métodos biográficos. En VASILACHIS, I. **Estrategias de Investigación cualitativa**. Barcelona: Gedisa, 2006. p. 175-212.
- MALLON, F. The Promise and Dilemma of Subaltern Studies. **American Historical Review**, Bloomington, v. 99, n. 5, p. 1491-1515, dic 1994.
- MALLON, F. **Campesino y nación**. La constitución de México y Perú poscoloniales. México: Cesas, 2003. 584 p. (Colección Historias).
- MANRIQUE-LÓPEZ, H. Política de drogas y narcotráfico en el Perú: del triunfalismo peruano al laberinto de la cocaína. **Revista Cultura y Droga**, Manizales, v. 22, p. 64-85, ene/dic 2015. Disponible en: <http://vip.ucaldas.edu.co/culturaydroga/index.php/component/content/article/106-vol-22-espanol/110-vol-22-enero-diciembre-2015> Acceso en: febrero 2017.

MANRIQUE, H. El largo camino hacia la economía lícita: Estado y estrategias de desarrollo alternativo en el «milagro de San Martín». **Revista de Ciencia Política y Gobierno**, v. 4, n. 7, p. 161-189. 2017.

MARX, C. **El Capital**. Tomo I Volumen 3. 2. ed. México: Siglo XXI, 1988. 436 p.

MATOS, J. **Hacienda, comunidad y campesinado en el Perú**. 2. ed. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1976. 390 p.

MATOS, J. **Desborde popular y crisis del Estado**. El nuevo rostro del Perú en la década de 1980. 1. ed. Lima: Instituto de Estudios Peruanos (IEP), 1984. 111 p.

MEGGERS, B. **Amazonía**. Hombre y cultura en un paraíso ilusorio. México: Siglo Veintiuno Editores, 1976. 264 p.

MILTON, C. E. **El arte desde el pasado fracturado peruano**. 1. ed. Lima: Instituto de Estudios peruanos (IEP), 2018. 352 p. (Serie: Estudios sobre Memoria y Violencia).

MONGE, C.; VIALE C.; BEDOYA, G. La reconcentración de los recursos naturales...más poder al poder. **Perú Hoy**. Lima, n. 16, p. 137-162. 2009.

MORA, C. Colonos y Nativos en las zonas de Colonización. En: CNP y CIPA. **Población y Colonización en la Alta Amazonia peruana**. Lima: CNP-CIPA, 1984. p. 51-65.

MORALES, E. **Cocaína. Fiebre del oro blanco en el Perú**. 1. ed. Quito: Ediciones Abya-Yala, 1994. 319 p. (Serie: Biblioteca Abya-Yala 7).

MOREL, J. De una a muchas Amazonías: los discursos sobre “la selva” (1963-2012). En: BARRANTES, R. y GLAVE, M. **Amazonía peruana y desarrollo económico**. Lima: GRADE/IEP, 2014. p. 21-46. (Estudios sobre Desigualdad, 8).

MURRA J. El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andina. En: _____. **Formaciones económicas y políticas del mundo andino**. Lima: Instituto de Estudios Peruanos (IEP), 1975. p. 59-115.

NAMUCHE, J. A. **Historia de Tingo María**. 2. ed. Tingo María: Hernán Namuche Rodríguez, 2008. 402 p.

OFICINA DE LAS NACIONES UNIDAS CONTRA LA DROGA Y EL DELITO (UNODC); Comisión Nacional para el Desarrollo y Vida sin Drogas (DEVIDA). **Monitoreo de Cultivos de Coca 2014**. Disponible en: https://www.unodc.org/documents/crop-monitoring/Peru/Peru_Informe_monitoreo_coca_2014_web.pdf Acceso en: enero 2017.

OFICINA DE LAS NACIONES UNIDAS CONTRA LA DROGA Y EL DELITO (UNODC). **Informe Mundial sobre las Drogas 2019** (Resumen, conclusiones y consecuencias en materia de políticas). Disponible en: https://wdr.unodc.org/wdr2019/prelaunch/WDR2019_B1_S.pdf Acceso en: julio 2017.

ONU. Grupo de Trabajo de las Naciones Unidas sobre las desapariciones forzadas o involuntarias. **Observaciones preliminares del Grupo de Trabajo sobre las Desapariciones Forzadas o Involuntarias de la ONU al concluir su visita a Perú.** Lima, 2015. 9 p.

ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LA ALIMENTACIÓN Y LA AGRICULTURA (FAO), **Panorama de la pobreza rural en América Latina y el Caribe 2018.** Disponible en: <http://www.fao.org/3/CA2275ES/ca2275es.pdf> Acceso en: octubre 2019.

OXFAM PERÚ. **Brechas latentes:** índice de avance contra la desigualdad en el Perú 2017-2018. Disponible en: https://cng-cdn.oxfam.org/peru.oxfam.org/s3fs-public/file_attachments/Brechas-Latentes-Indice-2017-2018.pdf Acceso en: febrero de 2019.

PABÓN, C. “¿Se puede contar?” Historia, memoria y ficción en la representación de la violencia extrema. En: de Vivanco, L. **Memorias en tinta. Ensayos sobre la representación de la violencia política en Argentina, Chile y Perú.** Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2013. p. 33-48.

PAREDES, M.; MANRIQUE, H. Ideas of modernization and territorial transformation: the case of the Upper Huallaga Valley of Peru The Origins of Cocaine. En: Gootenberg, P.; Dávalos, L. **The origins of cocaine: Colonization and Failed Development in the Amazon Andes.** Oxon & New York: Routledge, 2018. p. 65-95

PASTOR, C.; CONCHEIRO, L.; WAHREN, J. **Agriculturas alternativas en Latinoamérica.** Tipología, alcances y viabilidad para la transformación social-ecológica. Ciudad de México: Friedrich-Ebert-Stiftung (FES), 2017. 46 p.

PAUCAR, F. **La guerra oculta en el Huallaga, Monzón y Aguaytía.** La política y el poder corruptor del narcotráfico: 30 años de violencia en Huánuco, San Martín, Ucayali. 1. ed. Tingo María, Perú: Centro de Estudios y Promoción para el Desarrollo Agroindustrial (CEDAI), 2006. 234 p.

PAUCAR, F. **¡No llores por mí, Tocache!: 25 años aportando al desarrollo amazónico!** (I y II Parte). Disponible en: <http://leyendadelhuallaga.blogspot.com/2009/12/no-llores-por-mi-tocache-25-anos.html>

PAVLETICH, E. Autopsia de Huánuco (ensayo). Extraño caso de amor (novela). Huánuco: Empresa Periodística Perú, 2009. 107 p. (Coleção Letras Huanuqueñas).

PERÚ. Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI). Dirección Técnica de Demografía e Indicadores Sociales. **Perú: Migraciones Internas 1993-2007.** Lima, 2009. p. 164.

PERU, Ministerio de la Presidencia. Centro Nacional de Planeamiento Estratégico. **Plan de Desarrollo Territorial para la zona del Huallaga al 2021.** Lima, 2015. 168 p.

PERÚ, Municipalidad Provincial de Leoncio Prado-Tingo María. **Pronunciamiento.** Tingo María, 6 de febrero de 2018. 1 p.

PULGAR, J. **El Valle del Alto Huallaga: un análisis regional**. 1. ed. Lima: Sociedad Geográfica de Lima, 2019. 232 p.

PUJADAS, J. J. El método biográfico y los géneros de la memoria. **Revista de Antropología Social**, Madrid, n. 9, p. 127-158. 2000

QUIJANO, A. Colonialidad del poder, eurocentrismo y América latina. En LANDER, E. **La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas**. Buenos Aires: CLACSO, 2000. p. 201-246.

QUIJANO, A. Colonialidad del Poder y Clasificación Social. En: _____. Cuestiones y horizontes: de la Dependencia Histórico-Estructural a la Colonialidad/Descolonialidad del Poder. Buenos Aires: CLACSO, 2014. p. 777-832. (Colección Antologías).

RANCIÈRE, J. **El reparto de lo sensible**. Estética y política. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2014. 72 p.

RENARD-CASEVITZ, F. M.; SAIGNES, T.; TAYLOR, A. C. **Al este de los Andes: relaciones entre las sociedades amazónicas y andinas entre los siglos XV y XVII**. Lima: Institut français d'études andines, Abya-Yala, 1998. 322 p. (Colección: Travaux de l'IFEA, 31-1).

RICOEUR, P. **La memoria, la historia, el olvido**. 2. ed. Buenos Aires: FCE, 2008. 673 p. (Coleção Filosofía).

RODRÍGUEZ, R. **Anuario de Tingo María**. 1. ed. Tingo María: Ricardo Rodríguez Ramírez, 1977. 95 p.

ROMERO, H.; SANTORO, P. Dos caminos en la sociología de la literatura hacia una definición programática de la sociología de la literatura española. **RES. Revista Española de Sociología**, Madrid, n. 8, p.195-223. 2007.

RUBIO, B. Soberanía alimentaria versus dependencia: las políticas frente a la crisis alimentaria en América Latina. **Mundo Siglo XXI (CIECAS-IPN)**, México, v. 7, n. 26, p. 105-118. 2011. Disponible en: <https://www.mundogloxxi.ipn.mx/pdf/v07/26/09.pdf> Acceso en: ene. 2018.

RUIZ, A. Las privatizaciones en Perú: un proceso con luces y sombras. **Nueva Sociedad**, n. 207, p. 130-143. ene-feb. 2007.

RUMRRILL, R. El narcotráfico en el Perú. Penélope en el Valle del Huallaga. En: Tovar H. **La coca y las economías de exportación en América Latina**. Granada: Universidad Hispanoamericana Santa María de la Rábida, 1993. p. 71-86. (Serie: Cursos de Verano).

RUMRRILL, R.; ZUTTER, P. **Los condenados de la selva**. Lima: Editorial Horizonte, 1976. 280 p.

SACHS, J. D.; WARNER, A. M. Natural resource abundance and economic growth. National Bureau of economic research. **NBER Working Papers**, Cambridge, n. 5398. 47 p. dec. 1995.

- SALLERON, D. **El sabor de la pimienta**. 1. ed. Lima: Mesa Redonda, 2008. 300 p.
- SANTOS-GRANERO, F. Crónica breve de un etnocidio o la génesis del mito del "gran vacío amazónico". **Amazonia Peruana**, v. 6, n. 11, p. 9-38, febrero 1985.
- SCOTT, J. C. **Moral Economy of the Peasant**. Rebellion and Subsistence in Southeast Asia, New Haven: Yale University Press, 1976. 326 p.
- SEMPRÚN, J. **La escritura o la vida**. 1. ed. Barcelona: Tusquets, 1995. 330 p.
- SEOANE, J.; y TADDEI, E. Movimientos sociales, conflicto y cambios políticos en América Latina. **Observatorio Social de América Latina OSAL-CLACSO**, Buenos Aires, año III, n. 9, p. 67-72, ene 2003. Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/osal/20110216011537/13introcrono.pdf>. Acceso en: abr. 2019.
- SERJÉ, M. **El revés de la nación**. Territorios salvajes, fronteras y tierra de nadie. Bogotá: Uniandes, Cesó, 2005. 368 p.
- SNOW, C. P. Las dos culturas. Buenos Aires: Nueva Visión, 2000. 159 p.
- SVAMPA, M. N. Consenso de los commodities y lenguajes de valoración en América Latina. **Nueva Sociedad** (Fundación Friedrich Ebert), n. 244, mar- abr 2013. Disponible en: <https://nuso.org/articulo/consenso-de-los-commodities-y-lenguajes-de-valoracion-en-america-latina/> Acceso en: oct. 2018.
- TAUSSIG, M. **Mi Museo de la Cocaína**. Popayán: Universidad del Cauca, 2013. 335 p.
- TEUBAL, M. **Globalización y Expansión Agroindustrial**. ¿Superación de la pobreza en América Latina? Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 1995. 268 p.
- TASHAKKORI, A.; TEDDLIE, Ch. **Handbook of Mixed Methods in Social & Behavioral Research**. California: Sage Publications, Inc, 2003. 768 p.
- THEIDON, K. **Entre prójimos**. El conflicto armado interno y la política de la reconciliación en el Perú. Lima: Instituto de Estudios Peruanos (IEP), 2004. 287 p.
- THOMPSON, E. P. La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII. En: _____. **Costumbres en común**. Barcelona: Crítica, 1995. p. 213-293.
- THOMPSON, E. P. **La formación de la clase obrera en Inglaterra**. 1. ed. Barcelona: Crítica. 1989. 500 p.
- TODOROV, T. **Los abusos de la memoria**. 1. ed. Barcelona: Paidós, 2000. 40 p.
- UBILLUZ, J. C.; HIBBETT, A.; VICH, V. **Contra el sueño de los justos**. La literatura peruana ante la violencia política. Lima: Instituto de Estudios Peruanos (IEPP), 2009. 268 p.

UGARTE, D. **Después de la coca: la persistencia del cambio institucional en Tocache**. 2014. 140 f. Tesis (Licenciatura en Sociología). Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2014.

VAN DUN, M. **Cocaleros: Violence, Drugs and Social Mobilization in the Post-Conflict Upper Huallaga Valley, Peru**. Amsterdam: Rozenberg Publishers, 2009. 399 p.

VAN DUN, M.; CABIESES, H.; METAAL, P. Entre realidad y abstracción Principios rectores y alternativas al desarrollo en zonas de cultivos ilícitos en el Perú. **Informe sobre políticas de drogas (Transnational Institute)**, Amsterdam, n. 39. p 1-12, ene. 2013. Disponible en: http://fileserv.idpc.net/library/Entre-realidad-y-abstraccion_Principios-rectores.pdf Acceso en: febrero 2017.

VARALLANOS, J. **Historia de Huánuco**. 1. ed. Buenos Aires: Imprenta López, 1959. 672 p.

VICH, V. **El caníbal es el Otro**. Violencia y cultura en el Perú contemporáneo. Lima: Instituto de Estudios peruanos (IEP), 2002. 90 p.

VICH, V. **Poéticas del duelo**. Ensayos sobre arte, memoria y violencia política en el Perú. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2015. 314 p.

WEBER, M. **El político y el científico**. 1. ed. Madrid: Alianza, 2012. 240 p.

WIEVIORKA, A. **The Era of The Witness**. New York: Cornell University Press, 2006.

WILLIAMS, R. **Problems in Materialism and Culture: Selected Essays**. 1. ed. London: Verso, 1980. 277 p.

WRIGHT, C. **La imaginación sociológica**. 3. ed. México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 2003. 255 p. (Colección Sociología).

YANCARI, J. **Crisis y pobreza rural en América Latina: el caso de Perú**. Documento de Trabajo N.º 41. Programa Dinámicas Territoriales Rurales. Rimisp. Disponible en: http://www.rimisp.org/wp-content/files_mf/1416858768N41_2009_Yancari_crisispobrezaruralcasoPeru2_rimisp_cardumen.pdf Acceso en: junio 2019.

ZAVALA, G. Relaciones entre españoles e indígenas en una zona de frontera. La entrada a la Rupa Rupa. **Surandino Monográfico**, Buenos Aire, v. 4, n. 2, p. 17-28, 2015

ZIZEK, S. **Primero como tragedia, después como farsa**. Madrid: Akal, 2012, 192 p.

OTRAS FUENTES

Diario El Comercio, 2007 (Oct 07). **El Perro del Hortelano** (por Alan García).

Eusebio Meza Castillo. 2013. **Proceso para la constitución de ACEPAT**. Historia de ACEPAT.

Haydee Escalante Peláez. Naranjillo, 2018. **Breve reseña de la creación del distrito del Padre Felipe Luyando, su capital Naranjillo.**

Periódico “La voz de la selva” (Por el Oriente peruano; Vocero de los agricultores), 28 de julio de 1957: **Un colono que ha triunfado.**

Revista Caretas. 1987 (Sep 07). **Sendero en el Alto Huallaga**

Revista EPA, 1978, **Coca: mil caras de un problema.**

Revista EPOCA, 1978. **La solución; desarrollar el sembrío de la Palma Aceitera.**

Revista Pura Selva, Tingo María. Colección completa

Semanario Regional Avance de Huánuco. 2019 (Ediciones 2015, 16, 17 y 18). **Los canidos en la conquista del Perú, Huánuco y las entradas al Rupa Rupa**

Luis E. Sánchez Zenteno (s/f, p. 6) **La Historia No Revelada de Tingo María.**